

FELIPE SOLSONA AUTOBIOGRAFÍA

Libro 1 | La historia



AUTOBIOGRAFÍA
Libro 1 | La Historia

Felipe Solsona

123@felipe.cc

©2012

A mis nietos
A los nietos de mis nietos

»

INDICE »

Introducción	11
Antes de Cero	
Mi madre	
Mi padre	
Mi madre y mi padre juntos	
0 a 4	41
Nacimiento	
El nombre	
4 a 8	47
Los recuerdos primarios y los primarios años	
Total	
8 a 14	59
La escuela primaria	
La vidas social, el barrio	
La situación económica mejora	
Ezeiza	
14 a 18	78
La escuela secundaria	

Que lindas son las chicas!	
La Cofradía	
18 a 30	93
La universidad	
La guerra	
Trabajos	
Vida social	
30 a 35	121
Amores y casamiento	
La vida en Buenos Aires	
35 a 46	131
La vida en Esquel	
46 a 48	155
El regreso a Buenos Aires	
48 a 53	165
Sud África	
El CSIR	
La muerte de los viejos	
Mamá	
Papá	
Al fin la OPS!	
53 a 58	205
Brasil	
58 a 63	231
Perú	
Lima y el CEPIS	
Lucía y el nuevo amor	

63 a 72	241
La jubilación	
Aitué	
Mirando a los hijos	
Pablo	
Javier	
Huenú	
La muerte de Pablo	
72 a ---	273
Los últimos años	
Los viajes	
El Valle del Rift y la prehistoria humana	
El Salvador rural y guerrillero	
Camellos en el desierto del Kalahari	
Mongu y el árbol de los brujos	
Europa en motorhome	
Motos y buceo en la isla de Zanzíbar	
Cazando un zorro desde el globo	
La peregrinación del Camino de Santiago	
Japón - De viajes al futuro y templos del pasado	
Motos por España	
El largo camino del Perú a la Patagonia	
Un árbol, un hijo, un libro...	
Las cuestiones del corazón (o sobre la salud)	
El autor por el autor	
Ficha técnica	
La historia en fotos	347

FELIPE SOLSONA AUTOBIOGRAFÍA

Libro 1 | La historia

INTRODUCCIÓN

No se si fue Víctor Hugo, Sócrates o alguno de esos famosos que a menudo se mentan en algún escrito que dijo: “Uno es uno y sus recuerdos”.

Hubo otro famoso, que también dijo: “Uno es uno y sus ideas”.

Estoy seguro que por algún remoto recodo del planeta cualquier conspicuo de la historia debe haber abierto la boca para decir: “Uno, en realidad, es quien es gracias al conjunto de creencias, experiencias, acciones y omisiones; ideales y pasiones que portó y aportó a lo largo de su vida”.

Claro... Uno es tantas cosas... Por ello, todos; aún aquellos que puedan representarse como ‘el hombre del traje de franela gris’ para describir a quien ha tenido una vida calma y aparentemente monótona y poco interesante, siempre será alguien con algo que decir y que mostrar. Sus experiencias, consejos y visiones pueden también servir a los demás para aprender, reflexionar y ayudar en muchos aspectos de la vida.

Al igual que los aviones, todos tenemos una ‘caja negra’ dentro de nosotros. Y al igual que en las aeronaves, hay tal riqueza de datos que es una pena (y un desperdicio) que a la muerte nos llevemos con nosotros ese maravilloso cofre cerrado con candados, sepultándolo junto con nuestros huesos y con lo que fuimos.

Mi padre Felipe, fue un tipo campechano y bonachón. Aunque inteligente, bien criado y educado; delicado y sumamente agradable; fue sin embargo poco instruido e informado. Dejó los estudios en el segundo año de la secundaria. No creo que hubiera leído más de treinta libros en su vida entera. Era una persona simple.

Sin embargo ‘el Piri’, como lo bautizaran sus nietos, tuvo un comportamiento y la filosofía de vida de una persona noble, tranquila, trabajadora. Al igual que en la canción de Piero, ‘Mi viejo’ él había ‘nacido con el siglo, con tranvía y vino tinto’ y había vivido la transformación de la sociedad humana que ocurrió en ése su siglo (el XX), pero sin perder nunca de vista sus principios, su buena onda y sus observaciones de la vida. Sin ser un estudioso, fue un sabio. Sin ser un experto en nada, jamás se desubicó ante tantos cambios que vio pasar a su lado. Hasta en la muer-

te dejó una estela de hidalguía, de sabiduría y amor que ojalá todos pudiéramos conseguir.

Cuando ya no estuvo más, miles de preguntas me asaltaron. Tantas cosas hubiera querido saber de él, de su vida, de sus experiencias de épocas que hoy solo vemos en los cines, pero al morir se llevó los recuerdos y sus imágenes de la niñez, de su Buenos Aires antiguo, de su madre (mi abuela Dolores) y su tía (Paz), de sus parientes y amigos. Él fue uno más que se llevó a su tumba la cajita negra sin dejar el contenido para que los que quedamos atrás pudiéramos conocerlo mejor y apreciar su mundo ya ido.

Mi madre Elisa, tuvo otra personalidad, pero ésta fue descollante. Tal como se verá en pocas líneas más abajo, de sus propios orígenes, ni ella misma sabía demasiado. Criada por monjas a quienes mi abuelo Narciso Márquez dejó en custodia, desarrolló una personalidad subyugante. Tal vez por su genética pero sobretodo por su inquietud y sus ganas de vencer, este ser frágil y abandonado, consiguió transformarse en una profesional del tratamiento de la piel con increíble proyección. A través de lo que llamaba su 'consultorio de belleza' era en realidad una especialista en cuestiones dermatológicas a la que acudieron a lo largo de cuarenta y tres años, miles de mujeres a quienes solucionó cantidad de problemas de salud cutánea. Sus conocimientos eran tales que médicos dermatólogos famosos en Buenos Aires enviaban sus pacientes para que 'la Señora Elisa' complementara los tratamientos. Era tal el caudal de conocimientos profesionales que había conseguido desarrollar que en más de una oportunidad le sugerí que escribiera uno o más libros. Que dejara sus experiencias. Me ofrecí hasta a escribirlas yo a partir de sus bosquejos o pensamientos. Pero no lo hizo. Y hoy, otra vez, pienso en la pena que todo su inmenso mundo profesional y también el mundo de su vida personal, lleno de sacrificios, de carencias, de experiencias no comunes, pero también de amor y de una maternidad, que quizás por la falta de una madre amante supo llevar a sus más altos niveles de ternura y de calor, no quedara nada para mí, su hijo o para quien quisiera conocer acerca de su vida ejemplar.

Por citar un último ejemplo, afirmo que fue desgraciado, que no pudiera conocer a mi abuelo paterno, don Justo de Solsona y Jofré, un catalán mariner, que al decir de todos los que lo conocieron fue una espléndida persona. Mis tías viejas que lo habían frecuentado hablaban de él como de un tipo entretenido y cultísimo. Con miles de anécdotas, bastando como ejemplo, aquella de la batalla naval con piratas en el Mar de la China a fines del siglo XIX!

Un sabroso comentario sobre él, de un recorte que tenía mi padre de un diario de Mendoza, donde en ocasión de haber sido éste abuelo nombrado como gerente de un banco local decía nada menos que el viejo era un *"Capitán de la Marina Mercante Española, de espíritu emprendedor y novedoso; con peculiaridades geniales; de personalidad simpática, con méritos reales y positivos; siendo de la estirpe de hombres de voluntad de hierro, que une la cualidad del carácter a la inteligencia, caballerosidad y a todas las más estimables virtudes que honran y dignifican; garantía de orden, honorabilidad y competencia"*. (¿No es encantador saber que al abuelo y al nieto que escribe estas notas los adornaron exactamente las mismas cualidades ?!)

Y encima el viejo escribía. Por sus contactos y 'sus estimables virtudes que honran y dignifican' había conseguido una corresponsalía de la 'Ilustración Artística', una revista semanal que nucleaba todo lo político, económico, cultural y científico que pasaba en el mundo aunque con el epicentro de Barcelona; y adonde don Justo enviaba las noticias de lo que ocurría en el sur del

continente Americano. Escribió y escribió bastante, pero nunca sobre sí mismo. Y siempre pensé que este tipo tan interesante y con tanto que contar, dejó esta vida, pero no dejó sus historias personales, sus andanzas de las mil y una noches, sus visiones o sus consejos.

Por todo eso, yo, que también he pasado por unas cuantas experiencias; creyendo haber conocido una existencia rica en vivencias y pensando que a lo mejor mis hijos luego de mi muerte quieran saber algo que se les pasó de preguntar, y también que algún nieto de nietos quiera conocer algo de uno de sus ancestros, he pensado, más que nada como un acto de amor, dejar algún record de esas anécdotas y experiencias mías.

Pero más importante que esa justificación hay otra y es la estructura que tomó mi familia. Luego del éxodo a Sud África y de la separación de mi primera esposa, la familia se desmembró. Como esos frutos que cuando secos se abren con una pequeña explosión y arroja las semillas al aire y en todas direcciones, así nuestra familia desprendió a sus integrantes, que rápidamente buscaron todos, rumbos distintos.

Fue precisamente en ese momento que hizo su aparición fuerte, masiva y popular la Internet y con ella el correo electrónico. Vi inmediatamente que ésta era una de las estrategias para mantener unida a la familia aún en la distancia, y rápidamente la usé e hice que todos tomáramos a ese medio como la vía de comunicación oficial, funcional y económica. Así lo hicimos y en 20 años llegamos a tejer miles y miles de mensajes. Algunos tan solo 'one liners'; otros, largos escritos.

Los correos fueron entonces la forma de comunicarnos hasta las pequeñas cosas cotidianas; y en más de una ocasión hubo gente que me decía con cierta envidia: 'A pesar de no estar juntos, vos y los integrantes de tu familia saben de las cosas que les pasan a cada miembro, mucho mejor que gente que vive apiñada en un departamento'.

Con el correr de los años se fueron acumulando esos mensajes donde nos contábamos que habíamos comprado un nuevo par de zapatos o que íbamos a comenzar un curso de tal o cual cosa, o que habían salido con una chica o chico, o que el fin de semana lo habían pasado esquiando o mirando TV o estudiando para un examen. Pero también y esa es otra de las razones para esta biografía; a lo largo de mucho tiempo, utilicé esos escritos y ese medio como un mecanismo para ejercer lo que siempre entendí como la función de un buen padre.

En principio, monitorear el camino de los hijos y la forma en que transitaban por esas rutas de la vida. En segundo lugar para que sintieran que a pesar de la distancia seguían protegidos, que eran cuidados, que tanto como si algo grave les ocurría o si tan solo necesitaban un consejo allí estaría su padre para apoyar, cuidar y proteger, rápidamente y en el momento necesario. Finalmente, y quizás la parte más importante, para ejercer la más noble de las biológicas funciones de padre, como es la de brindar orientación a sus cachorros.

A lo largo de muchos de esos mensajes siempre fui dejando enseñanzas, consejos, y las sugerencias que me parecieron esenciales e importantes para su maduración y para transformarlos en personas fuertes, con capacidades e integridad, con principios sólidos y una buena disposición a ser felices y vivir esta vida con alegría.

Con los electrones hubo lecciones, pero también sonrisas, anécdotas, consultas, confesiones y secretos, información y hasta alguna pelea y reconciliación.

Gracias a la magia y capacidad de las computadoras todo ese caudal de palabras escritas se conservó; y hoy, ya en mi vejez, me pareció un hermoso proyecto juntar y ordenar esos escritos que, como acabo de mencionar, no solo comprenden los 'consejitos de la vida' sino también una descripción de muchas experiencias y filosofías de estaño.

Entiendo que una autobiografía (que es el relato de una vida) debería su autor terminarla, justo el día de su muerte, e idealmente, que el agonizante escribiera el punto final justo antes del último estertor... o, quizás si privado de sus fuerzas, que tuviera algún escriba a mano para que éste, en su nombre y sin faltar a la verdad, escribiera el último párrafo donde irían colocadas las ultimísimas palabras y la hora exacta del paso al más allá.

En mi caso no creo que sea necesario un detalle tan preciso. Puedo cortar mi autobiografía bastante antes (espero) del mencionado último suspiro y si bien puede que internamente esté convencido que la Humanidad trastabillará si no quedan para la historia mis últimas impresiones, desgraciadamente es bastante posible que todo siga su curso a pesar de la enorme pérdida.

Por ello estimo que la terminación de mis memorias exactamente al entrar en la década de los 70 es un mejor que mejor momento para plasmarlas y cerrar el círculo.

Es que a los 70 el cúmulo de experiencias vividas son ya más que suficientes para llenar unas cuantas páginas, pero sobretodo y como en lo que sigue se presentará mucho de lo pasado a los hijos, es justo ahora, cuando esos hijos ya son fuertes, maduros, formados, independientes y que cada vez, estando más inmersos en su mundo y menos en el mío; mis consejitos de la vida o mis visiones o mis ensayos ya no son tan necesarios y la producción, obviamente, ha decaído.

No sé además, si pasaré de los 72 o si viviré hasta los 121, pero sea como sea, creo que por aquí ya hay suficiente material como para terminar la cosa.

Todo el conjunto que se presenta; viene más que nada por sus dimensiones, en un paquete doble. Por un lado el

Libro 1 | La Historia

...en donde he sumado los datos biográficos míos y de los ancestros inmediatos, más los recuerdos y sentimientos hilvanados en tantos años; en las correrías y los vaivenes vividos a los que me he permitido agregar unas pocas anécdotas como para no hacer tan monótono el escrito; y por otro lado habrá un ...

Libro 2 | Correo, Cabeza y Corazón

... donde a partir de los mencionados e-mails rescatados y de algunos ensayos creo haber extrapolado desde la visión de una vida particular (la mía) hasta la mirada sobre el gran conglomerado humano y su razón y destino tal como lo he tratado de comprender. Ese caudal de pensamientos estimo que podrá servir para que los nietos de los nietos puedan conocer o entender a

ese tipo que pasó por el mundo en la segunda mitad del siglo XX y en la primera del XXI y con quien comparten buena parte de sus genes.

Otros pocos (sino poquísimos) lectores entre los amigos que queden y algún lector fortuito; quizás por demasiado aburridos o infelizmente desprevenidos a lo mejor encuentren alguna idea o tan solo un rato de entretenimiento con tanta palabra escrita.

Dejo pues, para todos ellos y con el mayor calor y amor, este atado de datos personales y de historias; de mensajes y pensamientos, de anécdotas y ensayos, de visiones y emociones.

Felipe Enrique Solsona

La edición de este primer tomo (Libro 1 - La Historia) ha sido concluida e impresa en una edición limitada de 150 ejemplares en Octubre del 2012.

ANTES DE CERO

[Los Orígenes]

MI MADRE

La historia de mi madre, María Elisa Márquez (siempre y por todos llamada 'Elisa') comenzó bastante trágicamente. Pero para entrar en su propia historia habrá que hacer mención a sus padres y a las circunstancias poco felices de sus primeros pasos.

Mamá fue la hija número 5 de la pareja que conformaban mis abuelos, Don Narciso Márquez y Doña Clementina Gilberti.

De mi abuelo materno solo sé que provenía de una noble familia riojana. Cómo habían llegado los primeros Márquez a Chilecito, un pequeño pueblito de montaña de esa provincia pobre, jamás lo supe. Quizás alguno de sus ancestros españoles (su padre o abuelo) se habrían establecido con algún comercio u oficio. Por qué la bonanza no pudo deberse a que estafaron a los indios del lugar quedándose con algunas de sus tierras? O con todas? Quedará eso en el misterio.

Entiendo que la familia era una de las más importantes del lugar y que pudieron darle educación a sus hijos, es decir a mi abuelo y sus hermanos, que tampoco supe cuantos ni quienes eran. Ese dato tan superficial lo supe al pasar por algún comentario escuchado al tío Manuel, hermano de mi abuelo, único de esa camada que conocí y otra personalidad familiar que no supe aprovechar para recabar datos familiares. En mi descargo diré que este tío murió cuando yo era apenas un niño de diez u once años. Para peor, a pesar de lo que relataré más abajo en cuanto a su actividad intelectual (veremos que llegó a ser el secretario privado de una personalidad argentina), a Manuel nunca se le dio por escribir ni una sola de sus memorias. (No lo dije ya? El bendito problema de no dejar ni una mísera autobiografía de algunas resmas!).

Con lo que mis conocimientos del abuelo Narciso solo se remontan a lo que Mamá llegó a contarme y que fue prácticamente... nada! Lo único que tengo de su historia es que trabajaba en el Correo Argentino donde por su educación escaló rápidamente llegando a lo que estimo en ese momento era la máxima posición alcanzable: Jefe de oficina. En calidad de tal sé que lo llevaron a manejar varias de ellas por distintas zonas del país. De allí que el nacimiento de Mamá se

produce un 25 de mayo (1913) en San Urbano, provincia de Santa Fe, donde la familia estaba radicada por esos tiempos.

Luego de un par de destinos más, el Abuelo recalca en la localidad de El Morro en la Provincia de San Luis, donde algún tiempo más tarde moriría en los brazos de mi madre, cuando ésta era una niña o una jovencita. No tengo la fecha exacta de su muerte ni tampoco la de su nacimiento y menos aún la de su esposa, mi abuela; de la que solo sé que se llamaba Clementina Gilberti. Absolutamente ningún otro dato adicional de ellos dos.

Es que como dije al principio la historia de la familia comenzó muy mal, puesto que luego de haber tenido cinco vástagos uno tras otro (Juan, Narciso, Jorge, Amelia y Elisa – mi madre –) por dificultades de parto al nacer la que sería la última hija (Dora), mi abuela muere cuando Mamá cuenta con tan solo un año de vida.

Elisa nunca conoció a su madre, lo que sin dudas significó una carga psicológica que la marcó a lo largo de toda su vida y la impulsó a deificar la figura materna; tanto la de su madre como la suya propia. Gracias a ello, a este endiosamiento de su propia función, llegó a desarrollar un sentimiento basado en algo así como: ‘si yo no la tuve, mi hijito la tendrá tamaño doble’ y gracias a este enfoque que le dio a su propia maternidad, tuve, al menos en los años de mi formación y hasta la primera juventud a la mejor madre del mundo. Alegre, cálida, protectora, inteligente, buena y recta. Sólo cuando me hice más grande y me empezaron a gustar las muchachas y salir con los amigos, es que la pobre comenzó a joder la pava.

Físicamente bajita, pero bien formada, con una cara no hermosa pero si agradable y armoniosa. Sus amigas decían que era igualita a una actriz de Hollywood muy en boga en esos tiempos: Bárbara Stanwyck. Pero lo más destacable en esa cara de un óvalo clásico era la boca con unos dientes de la más increíble perfección. Recuerdo que cuando de niño tocaba el timbre al regresar a la casa (los chicos de aquella época no llevaban la llave encima) sabía con confianza y beneplácito que al abrirse la puerta me esperaba la hermosa imagen de aquella sonrisa alegre y maravillosa; y sabía también que luego vendría el cálido abrazo y el dulce beso de madre.

Tal vez el primer rasgo característico de Mamá fuera la brillantez de su mente, algo que sin lugar a dudas era un rasgo común en los Márquez. Me gustaba llamar (y sigo haciéndolo) a esa característica, la ‘chispa de los Márquez’. Salvo la tía Amelia, una señora que se dedicó a ser ama de casa y criar a sus cuatro hijos y a quien nunca le encontré nada ‘anormal’, todos los otros Márquez de la generación de Mamá y hasta su tío Manuel, fueron gente fuera de lo común en lo intelectual.

A pesar de que donde otros podían zambullirse con elaborados equipos de buzo o acuanauta ella, que solo disponía de algo así como de una cañita para respirar, con la mentada brillantez intelectual de que disfrutaba se dio el lujo de bucear en varios océanos y siempre encontrar pesca rica y abundante. Lo que en lenguaje menos rebuscado quiere decir que la pobre mujer consiguió éxito en no pocas actividades a pesar de sus escasísimas herramientas de formación e instrucción.

Aquí debo comenzar entonces con lo que sé de su historia y de sus pasos a lo largo de sus primeros años.

Luego de que mi abuela muriera en el parto de Dora, el abuelo Narciso trató de sobrellevar y mantener unida a la familia sin la ayuda de nadie más. Supongo que la tarea debió haber sido difícil en extremo, puesto que aún gozando de un cargo relativamente importante en el Correo Argentino su salario no puede haber sido nada elevado, lo que le debe haber privado de gran ayuda externa (empleadas, nannies, etc). Si lo de alguna eventual bonanza anterior había provenido de algún oficio específico, era notorio que los descendientes habían olvidado los conocimientos de los mismos. Si la fortuna había llovido del mejor almacén del pueblo, algún Márquez borrachín y jugador lo debía haber perdido en una partida de dados en la cantina local. Si en cambio fueron tierras, quizás los indios, se ve que consiguieron recuperarlas. (En fin...triste sino el de los descendientes de gente sin recursos!).

Teniendo en cuenta la constitución de esta familia compuesta por tres hijos varones (Juan, Narciso y Jorge) los primeros de la lista, seguidos por tres mujeres (Amelia, Elisa y Dora), ante la dificultad de sostener y criar a este grupo; en una decisión extrema, el abuelo Narciso decide desmembrar a la familia pero 'deshaciéndose' solamente de las niñas, mientras continúa con los mayorcitos a su lado. Supongo que en su decisión habrá pesado que éstas eran las más pequeñas y necesitadas de atención a la vez que más difíciles de cuidar 'en lo moral y en su comportamiento' teniendo en cuenta que él debería pasar el mayor tiempo fuera del hogar. Deja en mano de unos amigos a la mayor de las niñas y en un acto para mi muy flojo; pone Mamá y a Dora en un internado de monjas. Ese 'poner en internado' siempre me sonó a una especie de dar en consignación o 'sepultar en vida' a estas chiquitas en un antro de represión y oscuridad, cuando no de mucha crueldad.

El sesgo religioso que le impartieron las monjas, fue una guía que orientó a Elisa pero que también condicionó toda su vida (para mi, positivamente en lo que en esa época eran las cuestiones 'morales y de comportamiento' pero muy negativas en cuanto a poder pensar libremente). No sé qué método habrán utilizado estas hermanitas de caridad, pero sin lugar a dudas, el lavado de cerebro que le efectuaron a la niña imprimaron en su mente y en su comportamiento un matiz religioso fuera de lo común que no la abandonaría jamás.

La actitud fervorosa cubría el espectro completo del 'buen feligrés', y las actividades involucraban desde visitas a la iglesia a realizar contribuciones, colección de imágenes, efigies, estampas, íconos e ídolos; el cumplimiento de cuanta fiesta religiosa y los inacabables rezos a cuanto santo o santa cumpliera años en ese día, en el día anterior o en el siguiente. Era tan completo el sometimiento de Mamá a lo religioso que bastaba cruzarse con una monja en la calle para que me mirara y abriera la boca para decir la frase que ya conocía de memoria y que yo me apresuraba a decir antes que ella en total son de burla. Las cinco palabras mágicas eran: ¡Ayyy que linda la monjiiiita....!

Pero si bien mis bromas y sarcasmos con la religión fueron en aumento a medida que yo crecía y sentía una creciente atracción a lo científico, con lo que paralelamente disminuía mi condición de católico creyente; jamás dejé de reconocer que todo esto de la religión no solo le brindó a Mamá la calma que ante el problema existencial todo humano sufre, sino que siendo ella un motor de movimiento continuo, sus creencias le significaron el combustible y el aceite que mantuvieron funcionando esa impresionante maquinaria vital.

La religión fue la satisfacción y el premio para cada cosa positiva que ocurrió en su vida y la prueba y justificación a cada pálida que la acosó.

Visto desde ese punto de vista, Mamá Elisa, al igual que tantos millones de almas ligadas a una religión pudo encontrar la paz y la tranquilidad en el derrotero que ese Dios personal le iba poniendo delante de su vida. Si algo desgraciado la afectaba, agradecía a su Dios por la prueba que le había imaginado. Si el algo era bueno, jeje, allí estaba el premio a su comportamiento! Todo funcionaba bien. La cuenta siempre daba mayor que cero!

Yo me preguntaba si Mamá no se lo imaginaría al flaco éste, su Dios, levantándose a la mañana y luego de empezar con el primer mate, mirando para abajo la buscaba y encontraba a esta buena señora, y sin siquiera pasar lista a ver si alguno de los santos se le había escapado la noche anterior al subsuelo donde Belcebú y los otros nenes malos la habrían pasado bomba con algunas chicas del mal vivir, no empezaría a pensar que buenas y que malas le iba a mandar a ella en el día de la fecha, por ser la receptora number one y tan merecedora de su Atención Divina.

Ese fanatismo y esa convicción de un Dios personal atento y preocupado por cada buena y cada mala acción realizada, aún con toda la protección que le daba; a pesar de tanto consuelo y beneplácito... yo creo que a Mamá jamás le permitieron ser feliz del todo.

Su inmensa religiosidad proveniente de la Santa Iglesia Católica donde todo es sufrimiento y el placer está explícitamente condenado, más la que supongo debe haber sido una limitada educación la que las buenas monjas supieron o pudieron darle; sumado a que su vida no había sido en sus primeros años nada para envidiar, creo que la condicionaron bien para recibir lo negativo pero muy mal para gozar las cosas lindas de la vida. Es que todo ese rejunte de carencias y sufrimientos de sus primeros años, más la rigidez monacal, más las oscuras pretensiones de una religión medioeval, no le permitían disfrutar de nada. Nada. La impregnación religiosa nunca la dejó deleitarse ni regocijarse. Ni desde un helado de chocolate a una sesión de cuentos graciosos. Le estaba prácticamente vedado entregarse a una sana diversión y disfrute y estoy seguro que automática e inconscientemente callaba dentro suyo todas y cada una de las manifestaciones placenteras de su mente.

Dije unos párrafos más arriba que mi mamá temprana, la de mis primeros años había sido una persona alegre y llena de sonrisas. Creo que a medida que envejecía, la Iglesia la fue copando más y más; y a la vez que sus prácticas religiosas se volvían más profundas y continuas, su carácter fue también variando a algo más sombrío, oscuro y demasiado falto de júbilo.

Si bien algunas cosas perduraron inmutables, tales como sus amores por Papá y por mí, su dedicación al trabajo y el apego a una forma de vida simple y metódica; su carácter mudó al de una persona a la que, aún sin ser explícitamente amargada, yo veía como decididamente apesadumbrada, y eso, nuevamente, se lo achaco en enorme medida a la religión, cuestión que coadyuvó, junto con mi postura como hombre de ciencias, racional y postmoderno a denigrar la religión cuando no a mofarme abiertamente de ella.

Por todo esto sé que me iré al Infierno, pero que jorobar! no me veo montado arriba de una nube muriéndome de frío por el viento helado de las enormes alturas y rezando aburrido el rosario junto a un montón de otros viejos y viejas agrios, mustios y arrugados.

Creo que allá abajo, ganándole una partida de truco al Leviatán o a algún ángel de las tinieblas, mientras tomo un daiquiri bien cargado y las chicas bailan en la barra, la voy a pasar mucho, pero mucho más entretenido.

Hecha la primer aclaración sobre un tema (posiblemente el único) que me empañaron la figura de Mamá, quiero volver a lo que sí era admirable en ella. Su inteligencia y sus ganas de hacer, de pelear y de triunfar. Para ello imprescindiblemente deberé volver a traer a colación la famosa 'chispa de los Márquez'. Era ésta tan poderosa en ella, que a pesar de lo que acabo de relatar sobre la pesada carga que la religión y la Iglesia le impusieron, esta mujer nunca dejó de tener una mente brillante y una actitud de guerrero invencible.

No sé quien le habrá impartido la educación escolar, tal vez las monjas directamente o a lo mejor si es que no tenían escuela en el convento la enviaron a algún establecimiento público de la zona. Lo que sí sé, es que jamás le ofrecieron la posibilidad de acceder más allá del tercer grado de la escuela primaria. Tercer grado de una escuela primaria en una provincia menor. Es decir, que la pobre entró en la vida, con apenas algo más que saber leer, sumar y restar. Armas harto modestas para enfrentar los dragones que aparecieron en su futuro.

Lo formidable aquí es que esta formación tan precaria y débil le permitió sin embargo elevarse intelectual y funcionalmente a niveles increíbles. Es como si alguien consiguiera construir un cohete para ir a la Luna, contando tan solo con un par de pinzas, dos metros de cable y un tenedor. (Veremos que algo semejante ocurrió con sus hermanos).

La primera hazaña intelectual que realiza Mamá viene a continuación, pero para eso tengo que relatar la sucesión de hechos que afectaron su existencia.

Después de varios años de viudez, el abuelo Narciso consigue una pareja. Ni idea si el matrimonio se realiza por amor o conveniencia. Ni idea de cómo se gesta y desarrolla. Ni idea siquiera de quien es la señora que se arrima al abuelo. A mi historia no ha pasado ni tan solo su nombre.

Pero es a partir de esta unión que el abuelo encara la reorganización de su familia en el pequeño pueblo de El Morro (San Luis) adonde lo había llevado su trabajo. Mamá, junto con sus hermanas y su hermano Jorge (el menor de los varones) se reúnen en aquella localidad puntana.

Juan (el mayor) ya estaba en Córdoba y Narciso se había ido primero a Córdoba y luego a Buenos Aires. Durante la estadía en San Luis, Jorge también sale de El Morro y se va a vivir a Córdoba.

Quedan entonces las niñas con su padre y madrastra.

Para Mamá (y supongo que para sus hermanas también), el poder tener el calor familiar debería haber sido reencontrar una calidez y un amor que hasta ese momento se le había negado en aquel monasterio que imagino frío y cruel. Sin embargo, esa época infelizmente tampoco trae nada de bueno, sino que por el contrario es dura, mucho más aún de lo que había sido su vida en el convento.

Con el padre la mayor parte del tiempo ausente, las niñas quedaron bajo custodia y cuidado de una madrastra que en vez de madre actuó como la bruja del cuento de Blancanieves y les hizo a las ni-

ñas la vida imposible. Mamá llegó a contarme que esta mala mujer, cuando comenzó a desarrollarse la trataba con una crueldad total y hasta le pegaba... porque le estaban creciendo los pechos!

A los tres o cuatro años de esta vida 'familiar' mi abuelo muere. Estuve en el lugar exacto del fallecimiento. Según Mamá, él iba caminando con ella detrás siguiéndolo junto a un pequeño barranco y cercano a un pozo de agua que pudimos identificar. Cuando lo ve caer ella corre hacia él tomándole su cabeza mientras el hombre da su último suspiro, fulminado por un infarto masivo al corazón.

Puedo suponer la angustia y desesperación que aquejó a esta jovencita y la necesidad de escapar de El Morro junto con sus hermanas.

Es así que sin conocer el destino de Amelia y Dora, sé que Mamá enrumbó con trece o catorce años para un pueblito en las afueras de Córdoba, donde su hermano Jorge había recalado. Éste se había casado, tenía una farmacia y las cosas le empezaban a ir económicamente bien. Jorge y Vicha (Virginia no se cuanto) su mujer, la recibieron gustosos y amables, cosa que Mamá siempre agradeció hasta el último de sus días, pues los tiempos pasados con su hermano y su cuñada deben haber sido los primeros momentos en que realmente se sintió bien tratada y donde le ofrecieron amor, paz y calor.

Éste Jorge, no había tenido mejor educación que Mamá, y apenas llegado a Córdoba había conseguido un empujito como limpiador de una farmacia.

Hay que destacar que en aquellos tiempos no era como hoy en que estos establecimientos, las farmacias, son 'tiendas' donde se venden artículos envasados al igual que un almacén vende cajas de galletas o paquetes de fideos. En aquella época el farmacéutico era un profesional que preparaba los remedios, pócimas y tónicos basado en sus estudios y en su experiencia. Un farmacéutico era en los pequeños pueblos una figura cuya importancia rayaba al nivel del cura, el comisario o el médico. Por ello llegar a farmacéutico no era una meta fácil de alcanzar.

Fue esa chispa de los Márquez, la que hizo que Jorge, uniendo a su inteligencia unas fuerzas y unas ganas de avanzar, pronto lo sacara del oficio de limpia-pisos y lo colocara detrás del mostrador como asistente. En un par de años había avanzado al manejo de la farmacia y en otro par de años más, ya se había transformado en un profesional reconocido y respetado hasta poseer su farmacia propia. En 10 o 15 años más Jorge ya tenía una cadena de farmacias! Se inicia allí su bonanza económica y Mamá, parte de su familia comenzó también a disfrutar del bienestar de su hermano.

Fue ésta época, posiblemente lo mejor que había pasado Mamá en toda su vida. Con una base entonces de tranquilidad y bienestar, esta inquieta mujer sintió que no podía estar inactiva y sin (supongo) que mucho más herramientas que muchas ganas y una fuerza interna en donde se mezclaba lo que había recibido de las monjas y su posicionamiento de corte social, decidió lisa y llanamente crear, montar y dirigir nada menos que... una escuela!!

Me lamento hoy no haberle preguntado por esta epopeya. Como lo hizo? Que permisos obtuvo si los tuvo? Como era la escuela? Donde estaba? De donde sacó fondos? Quienes eran sus alumnos? Cuantos?

Pero lo concreto es que Elisita, con sus solo 3 años de escuela primaria se transformó en dueña, directora y maestra de una escuela en las afueras de Córdoba.

Y esto no fue cuento.

Tendría yo unos 10 u 11 años y habíamos ido con ella al cementerio de la Chacarita a ponerle flores y rezarle a algún o algunos muertos, (cosas que hacíamos bastante seguido con mucho esmero y dedicación); cuando de regreso a casa, sentaditos ambos en el ómnibus, un enorme tipo, morochón y también con un chico como yo junto a él, la miró a Mamá y rápidamente acercándose a nuestro asiento entre agitado y emocionado lanzó:

- Vd. es la Señorita Márquez! – para agregar - Yo fui alumno suyo en la escuelita de Córdoba!

Mantuvieron una cordial conversación por unas cuabras más y el tipo se despidió haciendo que su hijito le diera un beso a Mamá mientras le decía:

- Mirála bien porque ésta ha sido la maestra que recuerdo con más cariño!

Que hazaña! Con solo tercer grado en la mochila!!

La historia de Mamá sigue ahora con otro de sus hermanos, Narciso, el hermano mayor que Jorge.

Narciso, fue el que salió del hogar paterno junto con su hermano Juan. De Juan diré dos palabras pues poco y nada es lo que sé de él. Después de radicarse en Córdoba se casa con una buena mujer (María....) y tienen dos hijos. Mis primos Monona (nunca supe su nombre) y Juan junior (Lalo). Por lo poco que me llegó, a Juan se le da al relativamente corto tiempo de estar casado, por irse con otra mujer. Esa actitud que hoy parecería 'normal' desata las furias familiares y de su entorno social y lo segregan definitivamente de cualquier ámbito conocido. Nunca llegué ni siquiera a ver una foto de él. De lo que deja atrás, sé que la pobre María, una mujer simple pero buena, teniendo a dos pequeños hijos que criar recibe algo de ayuda de su hermano Jorge, pero con su orgullo en alto, toma el compromiso de responsabilizarse y llevar adelante su ahora recortada familia. Sin muchas armas, comienza a trabajar como cocinera en un hospital de Córdoba y así mantiene a sus hijos. Cuando Monona, la mayor de los dos hermanos tiene 15 años comienza a su vez a trabajar y entre ambas mujeres apuestan por hacer de Lalo lo que ellas no pudieron. Con sacrificio y el esfuerzo de todos (el trabajo de las mujeres y la ubicuidad del muchacho que acepta vivir en una administración de guerra) éste comienza a estudiar medicina y poco a poco terminará sus estudios.

Como lo que abunda en Córdoba son los médicos, Lalo, como chico pobre y sin conexiones, sabe que no tiene muchas chances de éxito en esa ciudad por muy buena que sea su práctica; por lo que, albergado en nuestra casa de Buenos Aires, prepara los exámenes para su incorporación en la Armada Argentina, adonde entra y será médico naval por toda su carrera profesional. Volveré al Lalo, pues tendrá una participación importante en los últimos episodios de vida de Mamá.

Dejando de lado al tío Juan, retomo el nombre del segundo de mis tíos, Narciso.

Narciso fue otro de los también ungidos con la 'chispa' famosa. Sus limitaciones de formación no fueron mucho menores que las del resto de sus hermanos y el muchacho ni siquiera pudo terminar la escuela secundaria. Sin embargo, desarrolló una impresionante sensibilidad por las letras. Ávido lector, podía pasar días enteros leyendo cualquier cosa que cayera en sus manos. Hasta que un buen día comenzó a escribir. Primero un ensayo, luego otro y más tarde el primer libro. Tenía claro que si bien La Rioja, San Luis o Córdoba (sobretudo ésta última) tenían actividades literarias de valor, era Buenos Aires la ciudad donde bullía el conocimiento y donde estaban los autores de mayor peso y prestigio del país. Atraído por la oferta cultural de la gran ciudad, se instala en la Capital Federal y consigue uno tras otro, trabajos relacionados con la historia y las letras. Es así que llega a ser el Jefe de Publicaciones y Repositorios históricos del Museo Mitre, Director General de Museos de la provincia de Buenos Aires, Director de Reservas e Investigaciones de la misma provincia y Jefe de la biblioteca del Instituto Nacional Sanmartiniano (donde curiosamente yo haría mi servicio militar unos treinta y tantos años más tarde). Todos esos conchabos le permiten estar en íntimo contacto con sus pasiones: la investigación histórica, la sociología y la escritura.

El activo y brillante joven frecuenta círculos, se hace amigo de los escritores de moda y comienza a escribir. A través de las palabras que va desgranando comienza lentamente a ser una figura reconocida en las letras del país. Su posición socialista, laica, anti bélica y muy social lo lleva a escribir sobre temas tan diversos como la política, sociología, educación y hasta sobre sus recuerdos provincianos. A más de 20 años de su muerte (murió en el 1987 a los 85 años), buceando en Internet se pueden acceder a algunos de sus libros y cito solo a unos pocos que provinieron de su pluma, ya que infelizmente no tengo ni idea del listado completo de su biblioteca:

El mundo en Llamas (1937); Mitre y la República (1954); José Ingenieros (?); La ley fundamental de la enseñanza laica (1936); El concepto social de la Historia (1935); El advenimiento de Occidente (?); Tierra de montañas (1964).

Esta trayectoria tiene su punto culminante en la década de los años 60, cuando es elegido nada menos que 'miembro permanente' de la Academia Nacional de Letras, honor otorgado generalmente a los monstruos de las letras del país!

Una verdadera hazaña de un muchacho sin otra base que unos pocos años de escolaridad y un origen triste y limitado.

A lo largo de la trayectoria descrita, Narciso desarrolla una posición social de relevancia, se casa con una niña bien de la sociedad (Elena ... – he perdido su apellido -) y tiene una cómoda situación económica. En ese contexto, invita a Mamá a ir a vivir a Buenos Aires, cosa a la que Elisita accede cuando tiene unos 20 años de edad. La idea de vivir en Buenos Aires se asentaba en las mejores ofertas laborales que ofrecía la Capital en relación a las más limitadas de Córdoba; lo que todos estimaron le permitirían un desarrollo más rico y amplio.

Mamá se muda y comienza a vivir con Narciso. Éste tiene todas las características que su nombre indica. Narciso es un narciso, con mucha soberbia y un constante mirar de arriba hacia abajo. Como intelectual de buen nombre y relativo éxito, todo el mundo le parece de menor jerarquía. En relación a Mamá, si bien Narciso se comporta como un buen hermano, no le ofrece

la calidez y candidez provinciana de Jorge, así como tampoco Elena la simpatía, buena onda y cariño que Vicha desparramaba a todo el mundo. Por ello, la vida familiar de Mamá en Buenos Aires no alcanza ni de cerca a la profundidad y tibieza de sus días de Córdoba.

Es así que durante sus primeros años en Buenos Aires Mamá consigue un par de empleos en oficinas pero su mente sigue puesta en Córdoba adonde cada vez que puede vuelve para estar con su amados Jorge y Vicha, y frecuentar a los amigos que había dejado.

Es en uno de estos viajes de vacaciones, que en Totoral conoce a Papá que estaba, al igual que ella, vacacionando en la casa de su hermano Arnaldo. Pero esa es otra historia que contaré más adelante.

Quiero seguir con Mamá destacando esa fuerza absolutamente fuera de serie y su capacidad para entrar al campo de batalla que fuere, donde a pesar de sus limitadas armas y aprestos, siempre consigue salir triunfante. Quiero seguir con eso pomposo de la 'chispa marqueziana', y para no cansar con mil anécdotas –que las hay- pero que basten para destacar su fuerza singular, me circunscribiré a solo tres hazañas que marcaron su vida y la nuestra. Una magnífica Quijote con sus dos Sanchos Panzas a su detrás. Me referiré a la creación de la Hostería, el aprendizaje del inglés y el desarrollo de su profesión.

Como se verá cuando hable de mi padre, veremos que su trabajo y por ende nuestra situación familiar se vieron degradados por la Segunda Guerra Mundial. La situación económica de los Solsona se había hecho muy difícil y si bien solo me di cuenta de que habíamos sido tan pobres mucho después, cuando desde otra situación, otros tiempos y otros ojos pude mirar hacia atrás, la verdad es que la familia sufrió una situación de pobreza, que sin ser extrema nos hizo vivir a todos una economía de guerra y limitación. Pero si la malaria me afectó a mi también, fue innegablemente que la situación les pegó sobre todo a ellos dos, con una preocupación y una responsabilidad enormes pues siempre tuvieron una mentalidad de superación, de vivir mejor y tenerme a mi en un marco tal para que el día de mañana llegara a ser alguien de valor.

Así pues, cuánto les agradezco hoy a esos dos magníficos seres el haberme protegido de las angustias que habrán conllevado, las conversaciones que habrán tenido y los análisis y cuentas que habrán redondeado para ver de subsistir y evolucionar mientras yo dormía cálido en mi cama sin idea de las tribulaciones por las que mis padres estarían pasando.

Para comienzos de 1945, la cosa debe haberles apretado demasiado el cinto, y si bien la Segunda Guerra Mundial termina a fines de ese año la decisión de hacer algo o morir de inanición ya estaba tomada.

Me los imagino hablando y hablando después de cenar, evaluando mil opciones y tirando idea tras idea. Hasta que al fin, la decisión fue (nada menos!) que abrir una hostería en una zona de veraneo.

De donde salió esta idea loca jamás lo supe ni sabré. Ni Mamá ni Papá habían tenido jamás nada que ver con la hotelería ni nadie en la familia había incursionado en el ramo.

Lo que tenían en común es que se habían conocido en Totoral, cuando ambos habían concurrido a la villa a vacacionar. Ambos amaban el lugar y desde el punto de vista logístico allí vivía Arnaldo, el hermano de Papá que con sus cosas locas e innovativas a lo que había que sumar

su carisma social, era una especie de ‘notable del pueblo’.

Lo que sé es que tras muchas noches de hacer números y planes, Papá debe hacer pasado por una de las peores situaciones de estrés de su vida: ir a pedir dinero. El dador en este caso fue su tío Adolfo de Mari (tío político, casado con Matilde, la hermana de su madre Lola), con el que tenía muy buena relación y quien había sido por años su patrón en la Oficina de Despachantes de Aduana donde Papá se había iniciado. Papá consigue el préstamo (vaya a saber por cuanto sería) y esa fue la única vez que supe que mis viejos hubieran contraído deuda alguna. Su política siempre fue algo así como:

‘Si el dinero no está en el bolsillo o el colchón, entonces ... vedado el adquirir!’.

Con el dinero en el bolso Papá se larga a Córdoba y ya en la villa y de la mano de su hermano, compra uno de los mejores lotes frente a la plaza, centro mismo del pueblo; en cruz con la Comisaría y con la Iglesia. Location, location, location!

En aquella época los hoteles de este tipo (de veraneo y serranos) eran mustios, casi lóbregos, sin mucha ornamentación externa y una cosa común en esos días: pocos baños y todos comunes, generalmente al final de las habitaciones en las famosas ‘casas chorizo’.

Los viejos, son ayudados por un amigo maestro mayor de obra (Santiago van Thiennen) y entre los tres imaginan una hostería de 10 habitaciones, estilo colonial, con hermosos jardines alrededor de una acequia con aguas cristalinas, mucha luz y colores alegres; y en cuanto a los baños salen con una verdadera novedad arquitectónica para la época, los baños eran piezas centrales y a lo largo de una extensa galería al costado de cada baño se ubicaban dos cuartos que lo compartían. Si bien hoy no nos gustaría tener que utilizar el mismo baño que los vecinos, esa semi-exclusividad, inusual para esos años configuró una verdadera novedad.

En 1946 abrió tal como rezaba un anuncio salido en un pasquín local, la ‘Hostería del Totoral, atendida por su dueña la Señora María Elisa Márquez de Solsona’.

Los que ya andamos leyendo por aquí, sabemos a estas alturas que el asunto era que la Señora en cuestión jamás había visto ni de cerca un hotel o una hostería. Jamás durante su matrimonio y hasta el momento de la decisión ni ella ni Papá, ni juntos ni separados habían tenido la oportunidad de pasar ni siquiera una noche en un hotel. Ni de negocios, ni por cuestiones de cualquier índole, y mucho menos por placer, vacaciones o turismo.

Así que, munida de solo su ‘chispa’ se atrevió al desafío. Mientras Papá se encargaba de la construcción desde la distancia y el tío Arnaldo desde la misma villa, ella comenzó a preparar la implementación. Recuerdo los rollos de tela celeste lisa de donde saldrían cortadas y con su borde primorosamente labrado por sus manos, las sábanas y fundas. El otro rollo de tela de toalla cortado y dobladillado serían los sets de toallas. Los paquetes de tela crema con floritas rojas y hojas verdes terminarían en primorosas y alegres cubrecamas. Todo cortado, hilvanado, cosido por sus manos. Ella que jamás había cosido nada!

Y luego allá en la Villa la contratación del personal; la preparación de menús, la programación y operación de la cocina correspondiente; para un número tan elevado de comensales precisamente esta mujer a quien nadie le había enseñado a cocinar. Todo de cero. Todo a puro pulmón y corazón.

Ya hablaré de mis visiones de esos tiempos en Totoral, pero lo haré desde mis andanzas, siendo que aquí quiero rescatar la labor infatigable de Mamá y su increíble estatura para hacer frente a mil problemas, desde la pobre provisión de medios (comida, repuestos, enseres, etc.) al trato con los pensionistas, lo que incluía a veces el poner en su lugar a algunos veraneantes masculinos que la avanzaban al verla tan exitosa, bonita y solitaria en ese lugar.

Y estaba solitaria en serio, pues Papá seguía trabajando en Buenos Aires y de los tres meses del verano en que operaba la hostería él solo aparecía unos pocos días en diciembre y para el regreso en marzo.

Posiblemente esta separación y el hecho de que Mamá era pacata, religiosa y muy moralista pero no comía vidrio, hizo que desistiera de seguir con la tarea de la hostería; pues si bien el negocio funcionaba y gracias a él la situación económica mejoraba notoriamente, era innegable que a Mamá no le convencía que Papá quedara tanto tiempo solo separada por 700 kilómetros y sujeto a las ‘tentaciones de la carne’; y aún sin conocer los pormenores si es que lo hubo; cuando yo tenía 8 o 9 años y tras buscar y encontrar una nueva actividad económica, deciden vender el negocio. De cualquier forma la Hostería que fue creada y operada durante 4 o 5 años mostró el potencial para hacer de Mamá; la enorme capacidad para emprender cualquier desafío y el éxito con que siempre coronaba su accionar.

Como digo, la hostería se acabó porque en la escena monetaria de la familia entró (nuevamente vía Mamá) la segunda etapa que fue la que la acompañó a ella y a toda la familia durante el resto de su vida.

Observadora delicada, Mamá descubrió que la belleza, la dermatología estética y el cuidado de la cara por parte de las mujeres era una veta comercial que podía investigar. Agendó un par de sesiones con una húngara que le hizo un masaje facial y le compró unas cremas; se anotó luego en un mini curso de Bruno Boval, un tipo que había encontrado un poco antes que Mamá la veta y hasta daba esos cursos primitivos y flojazos ‘de belleza’ y ... voilá! con ese microscópico bagaje, la buena de Elisita se largó al ruedo.

Sobre la cara de un par de amigas (también puso su caripela el sufrido y acompañante esposo) y tras meterse por noches enteras en la cocina donde en las ollas del puchero colocaba unas sustancias malolientes y untuosas hasta que logró desarrollar un set de 4 o 5 cremas que la acompañarían durante los 40 años de su gestión; al igual que don Quijote cuando se aprestaba para cada enfrentamiento con los molinos, esta mujer se preparó para la gran batalla de su vida. Con el rudimento de los masajes vistos y aprendidos en el mini curso y con las cremas desarrolladas en la cocina hogareña se lanzó a una profesión que solo tuvo éxito y esplendor.

Lo que en un principio fue un ejercicio de activación de la circulación de sangre en el rostro, con el tiempo se transformó en una actividad que tenía mucho más de dermatología y medicina que de simple cosmiatría. Su poder de observación, su constante experimentación y una especie de método de prueba y ensayo le fueron dando un conocimiento que pocos médicos logran y a lo largo del estudio y tratamiento de miles de caras, con sus cutis, sus problemas, sus características y sus variaciones se transformó con los años en una profesional conocida y valorada hasta por los mejores dermatólogos de Buenos Aires.

Con una intuición comercial que posiblemente fuera un subproducto de su ‘chispa’, jamás quiso

salir de una semioscuridad que le resultaba ventajosa y exenta de las complicaciones de tener que lidiar con permisos municipales, controles, inspecciones, etc. Si bien pudo haber tenido locales, institutos, salones o academias, todas ellas visibles y populares, jamás quiso salir de la sencillez y tranquilidad de su casa, donde tenía armado su 'gabinete'.

A pesar de que podía atender a 40 o 50 mujeres por día y a pesar de que supo tener hasta 3 ayudantes trabajando con ella, nunca dejó que ese torbellino y esa enorme empresa salieran de su hogar.

El resultado de los primeros años fue la tranquilidad económica que comenzó a reinar en el hogar. En los 10 años siguientes se juntó dinero para comprar un campito de una hectárea y levantar una casa de fin de semana en Ezeiza, una localidad de la provincia cercana a la Capital Federal.

Compramos un departamento muy cómodo y bonito en Añasco 65, Dto. 1, Caballito; (el barrio que siempre nos había albergado en Buenos Aires); y en el año 1961 se llega al primer auto familiar, un Renault Dauphine, que aunque pequeño y frágil y un rodado que hoy solo se usaría como taxi barato en Nueva Delhi o Addis Abeba, significó para la familia Solsona un enorme salto en la posición económico-social de aquel momento.

Pero por encima de lo anecdótico de estos hechos, lo importante del relato de esta etapa que comenzó cuando yo tenía 8 años (1948) y que durando toda su vida terminó con la muerte de Mamá en 1991, es que muestra la increíble capacidad de esta mujer de triunfar donde fuera y como fuera. Su capacidad, su inteligencia, su trabajo y su determinación podían transformarla en vencedora de cualquier batalla o ante cualquier desafío.

Finalizo esta semblanza de mamá Elisa con el tema del inglés.

Una cosa interesante del carácter de mi madre es que si bien por un lado vivía en una nube de religiosidad, donde todo era maravilloso, donde los santos y santas laburaban de santos y santas y se portaban como santos y santas; en fin, donde todo era perfecto de acuerdo a unas leyes y morales mágicas hermosísimas; por el otro, podría decirse que la mujer no tenía todo el tiempo la cabeza dentro de esa burbuja de pedos y que sacándola de tanto en tanto tenía la enorme capacidad, astucia y objetividad como para ver qué era lo que en verdad pasaba fuera, qué se cocinaba y cómo era que las cosas funcionaban en el universo de verdad. Lo que quiere decir que aún con toda esa ingenuidad de catequesis, sabía que la vida tenía aristas duras, crueles, jodidas, mañosas y que la existencia podía estar llena de vueltas y revueltas.

De la misma forma que vio que si no ponía su propio motor en marcha, con Papá a la cabeza no iban a salir del pozo, por lo que encaró hostería y gabinete de belleza; de igual manera tenía la certidumbre total que el desarrollo de un país y en especial de una persona estaban íntimamente ligadas a la formación, la capacitación y el estudio.

De allí que la tenía totalmente clara, que su hijito adorado (yo); para ser exitoso, tenía que llegar a 'Dotor' (expresión tomada en la época de una obra teatral de Florencio Sánchez, un autor uruguayo muy popular en la Argentina de aquellos días); es decir que yo tenía que estudiar mucho y saber un montón de todo. Entre ese 'todo' estaba (por favor fijarse en que percepción y que vislumbre del futuro tuvo esta mujer pues estamos hablando de los años 40) su visión de que, entre otras cosas, el futuro ese de los triunfadores pasaba por ... el idioma inglés!

Increíble sagacidad, pues en el Buenos Aires de aquella época, si bien se hacía mucho negocio con Inglaterra, todos miraban para el lado de Francia de donde venía la gran educación, el refinamiento, la moda, lo más.

Ni que decir que en los momentos en que se desarrollan estas escenas que describo, la crema y nata de la aristocracia porteña no enviaba a sus jóvenes a Londres ni a Nueva York. Los pibes iban a estudiar o simplemente a tirar manteca al techo nada menos que al Quatriéme Arrondissement, en pleno centro de París. Y atención, que en las escuelas públicas adonde yo concurría se enseñaba también francés y no inglés.

Y allí estuvo la vieja, con esa intuición y visiones de futuro que salidas de no sé donde, al llegar el momento de encarar seriamente mi educación fue terminante: 'Nada de francés. Felipito estudiará inglés!' Ya está. Y a cantarle a Gardel! Pero no desde París, sino desde la Quinta Avenida, en pleno corazón de la NYC!

Acá es donde entra la anécdota, pues la cosa ésta del idioma no paró allí, ya que su convencimiento era tan enorme que antes de que yo tuviera que comenzar con el 'Ayam-iuar-jjis...' Elisa decidió que el inglés sería útil para su propio interés también; pues así podría comunicarse conmigo, podría leer libros de dermatología americanos y sobretodo podría estar a la cabeza de alguna onda, cualquiera que ésta fuera cuando llegara la revolución que ella entreveía y que no podía llegar sino de la mano del 'nuevo' idioma. Cuestiones y visiones que se cumplieron ampliamente con el desarrollo tecnológico de la América de la segunda mitad del Siglo XX, con la globalización del comercio mundial y con el advenimiento de la computación.

Tomó entonces una profesora, pidió unos libros, y con su sola determinación, en las pocas horas de descanso que le quedaban luego de su trabajo se dedicó a aprender inglés, y si bien el nivel que alcanzó no era para dictar conferencias en Harvard, le sirvió más que bien para charlar con cuanto gringo se le pusiera delante y para leer un montón de libros y pocket-books. Más aún, tendría yo unos 20 o 22 años cuando me sorprende con un diploma que había sacado estudiando a distancia. Esta increíble mujer se había anotado en un curso de religión con los Knights of Columbus, una escuela de adoctrinación católica a distancia de Connecticut. Y no solo lo había seguido, estudiado y aprendido, sino que a partir de exámenes aprobados, llegó a tener su certificado. Y todo en inglés! Y todo con su solo tercer grado de primaria!!

Los años pasaron y su vida transitó carriles ya más moderados en cuanto a las actividades que desarrollaba, que lentamente se volvieron rutinarias para centrar su vida madura y los años finales en tres grandes áreas de acción o de interés: su familia, su profesión y su religión.

A medida que envejecía creo que dos cosas fueron opacando en algo su ímpetu y su alegría inicial. Por un lado la religión la ofuscaba cada vez más y llegaba a extremos de hacer que sus clientas hablaran fundamentalmente de religión y hasta debían rezar el rosario durante las sesiones de tratamiento. A mí me daba curiosidad ver como mujeres hechas y derechas, mujeres de negocios con mil problemas e inmersas en las dificultades de la vida, mujeres que sabían que sus dilemas de pareja, dinero, hijos o trabajo no pasaban por el ruego a un dios en el que no creían, podían aceptar rezar el rosario mientras eran atendidas por Mamá. Supongo que su poder de convicción o la excelencia del tratamiento que recibían les hacía perdonar la imposición.

Pero es innegable que su mundo espiritual, teñido de lo lúgubre del catolicismo jamás la dejó disfrutar totalmente de nada. Aún cuando comía algún manjar (era muy frugal y esos manjares no eran a veces más que una buena sopa o un potaje de verduras y hortalizas) y su paladar se recreaba, ante por ejemplo un comentario de: 'que rica que se ve tu comidita' inmediatamente mudaba su expresión a una más monacal y disimulaba (o directamente anulaba) su disfrute. El 'no gozarás' del catolicismo la había marcado durante toda su vida; pero con especial fuerza a medida que envejecía.

La otra vertiente de su empalidecimiento fue indirectamente... su hijito. Yo. O mejor dicho, mí (nuestra) movilidad. El acto de irnos a vivir a Esquel que alejaba a su hijo y a sus nietos fue un golpe durísimo que sintió en lo profundo.

La posterior movida de la familia a Sud África fue simplemente, el golpe de gracia. Y si bien en todo momento, directa o indirectamente siempre me lo reprochó, nunca dejé de entender su dolor y como justa compensación por 'mi abandono' me hice una promesa de que cada semana, no importara cómo y donde estuviéramos o qué hiciéramos yo y la familia, siempre ella recibiría una carta de estos afectos. Y me alegro de haber cumplido con esa tarea, pues a pesar de la distancia siempre le llegaron mis notas contando que había pasado en los últimos siete días a las que acompañaba alguna cartita de los nietos, dibujos o fotos familiares.

Como resultado de todo esto, su carácter perdió alegría y los últimos años fueron menos luminosos. La iglesia la absorbió más y más y tal vez como un resabio de su niñez carenciada, proclamaba constantemente que le dolía todo, en lo que para mí no era una forma de exponer el verdadero dolor que sentiría, sino un modo de llamar desesperadamente la atención que no había recibido en su niñez. Creo que en su vejez; a pesar de sentir la inmensa e incondicional compañía de su esposo y mi presencia en la distancia, su niñez tan fría y carenciada de afecto terminaron pasándole una cruel factura.

En el mayo de 1986 le da un violento infarto. Según relato de Papá, ella va caminando por el pasillo del departamento de Añasco cuando se desploma víctima del ataque al corazón. Mencioné a mi primo Lalo Márquez, médico cardiólogo de la Marina y bastante ligado a los viejos. Al ver a Mamá en el suelo, Papá la acuesta en la cama y sin perder un segundo su primera reacción es llamar por teléfono a este sobrino. Viviendo a pocas cuadras y estando en ese momento en su casa, Lalo llega en minutos mucho antes que la ambulancia que Papá también había llamado. Mi primo saca una jeringa (supongo que con adrenalina o algo parecido) y se la clava en el pecho a Mamá. Consigue sacarla y la meten en la ambulancia que también llega prestamente. La internan en el hospital Francés, donde permanece una semana en terapia intensiva. Y zafa.

Apenas enterado del episodio me meto en un avión que justo está saliendo de Esquel donde estábamos viviendo con mi familia y llego a Buenos Aires a las pocas horas del episodio.

Ya no volvería yo a Esquel pues engancho el apoyo y cuidado de Mamá con el proyecto de FENAR que describiré en un par de capítulos más adelante.

Estando entonces con ella y con Papá, instalado en la gran ciudad, en mi antiguo cuarto del departamento de Añasco, vivo toda esta primera etapa de su sobrevivencia, y como nadie puedo certificar que no fue bueno que sobreviviera, pues los 5 años de sobrevivencia que tuvo a partir de ese infarto no resultaron ni plenos ni felices. La incapacidad que sufrió hasta el final, los órganos

mal irrigados y las funciones vitales todas a media marcha le permitieron continuar, pero bajo una pésima condición de vida.

Aunque a ritmo totalmente distinto del que había conllevado antes de su infarto, siguió trabajando cuando se repuso mínimamente, lo cual dentro de los límites que Papá y yo le impusimos sirvió para entretenerla y mantenerla psicológicamente armada. En relación a los afectos de hijo y nietos, disfrutó hasta de una visita que nos hizo a Sud África a fines de 1990.

Y si bien de tanto en tanto aparecían chispazos de lo que había sido, como por ejemplo su decisión de comenzar a aprender piano, algo que intentó y desarrolló hasta conseguir tocar un par de valsecitos, nada de todo eso tuvo la fuerza y energía que había desplegado en su anterior existencia. Los últimos tiempos la vieron cansada, enferma y mostrando pesadumbre y agotamiento. Más adelante relato los momentos de su muerte.

MI PADRE

Mi abuelo fue don Justo Solsona Jofré (catalán nacido en Monistrol de Montserrat, España el 11 de diciembre de 1861) hijo a su vez de don Ramón Solsona y de Doña Rosa Jofré, ambos españoles también, pero sin muchos más datos para mostrar.

Su esposa, mi abuela, fue doña Dolores (Lola) Martí (nacida en la provincia de Buenos Aires (donde?) el 1 de septiembre de 1877; casándose ambos el 21 de octubre de 1899. Él con casi 38 años y ella una nena de apenas 22.

La historia de ese romance fue linda. El abuelo, que como ya dijera era un capitán de la Marina Mercante Española, había atracado en uno de sus viajes en el puerto de Buenos Aires. Estando unos días holgando por la ciudad mientras el buque hacia lo que los buques saben y deben hacer, acertó a subir a un tranvía de los que en aquella época transitaban tirados por una yunta de caballos. Se sienta el catalán en uno de los asientos de madera para encontrarse frente a frente con esta atractiva jovencita. Por dimes y diretes y por algunas fotos que algún pariente supo conservar, la joven más que hermosa hermosa, era lo que hoy se diría, una bombita sexy. A tal punto que el caballero (curtido por mares tropicales y de los otros), me la avanza con fina gracia y galantería, a lo que la anhelante niña, en actitud absolutamente revolucionaria y totalmente reprobable para la época, no solo no lo manda al demonio, sino que acepta los requiebros y permite que el marino la acompañe caminando desde la parada del tramway hasta la mera entrada de su casa. Trescientos metros de oro en los que el lobo de mar debe haber metido la hélice a seis mil revoluciones, dejando a la Lola exultante y baboseante. En los pocos días en que el barco permanece en puerto, el audaz marino, sobreviviente de tantas batallas con los piratas chinos, visita diariamente a la joven y sucumbe perdidamente a sus encantos; siendo por otro lado, que su experiencia de vida, más su elegante, mundana y varonil presencia la deja a la lolita con un producido de hormonas como para poner una tienda y vender al por mayor.

Vuelve el corsario a España, renuncia a la Mercante, vende, remata y/o regala sus posesiones en Barcelona y se larga a la colonia (Argentina) en 1989 con algunos dinerillos, unos pocos bártu-

los y mucha pasión para casarse a poco de su llegada.

No tengo datos de sus primeros años como pareja en Buenos Aires, aunque es claro que una de sus más dedicadas actividades es dar rienda suelta a su pasión y así van naciendo sus tres primeros hijos (mis tíos)

- ✦ Rosa Zulema Antonia ('Rosita') (Buenos Aires, 30 agosto 1900)
- ✦ Justo Ramón Felipe ('El Gordo' o 'Tito') (Buenos Aires, 27 julio 1902)
- ✦ Arnaldo Antonio José ('Arnaldo') (Buenos Aires, 29 enero 1906)

A principios de 1907, al abuelo, que en esos pocos años había conseguido relacionarse social y económicamente, le ofrecen la gerencia de un banco en Mendoza. Allí se muda la familia y ese mismo año de 1907, el 24 de septiembre, nace mi padre,

- ✦ Felipe Rodolfo Emilio

'Felipe' o 'Perelélé' como lo llaman las tías y más tarde gracias a una ocurrencia de su primer nieto Pablo que lo bautiza como el 'Piri', le quedará hasta el final de sus días este nuevo apelativo. En realidad, la verdadera historia de este último apodo es la de un proceso inverso. Pues es el abuelo quien comienza a llamar a su nieto 'Pirijucio' que en catalán quiere decir algo así como 'niño' o 'muchachito' y Pablo, muy chiquito, asocia a su abuelo con ese nombre que siempre pronuncia y cada vez que lo ve, le grita 'Piri!' 'Piri!'. En ese boomerang, el llamado pasa a ser llamador y el apelativo cambia de sujeto. De Pablo pasa a su abuelo.

Detrás de papá nace el último vástago de la pareja, también en la ciudad de Mendoza y a quien llaman

- ✦ Rodolfo Carlos ('Rodolfo') (20 julio 1909).

Mientras espera que su mujer de a luz, el abuelo que hasta ahí gozaba de plena y robusta salud, presenta un forúnculo en el cuello. Se infecta. En pocos días desarrolla una septicemia y sin antibióticos a la vista muere a tan solo 4 días de nacido Rodolfo, el 24 de julio de 1909.

El matrimonio duró 10 años y quedaron los 4 varones y la mujer al cuidado de la madre joven, quien, con algún dinero de los buenos ahorros y del resto que quedaba del marino, decide volver a Buenos Aires donde se compra una casa en la calle Peña. La decisión de ese retorno, supongo que se basa más que nada en que en la Capital vivían sus dos hermanas con las que era bien unida. Por un lado Matilde, casada como ya he mencionado con Adolfo de Mari, y la menor, soltera y profesora de piano y canto, de nombre Paz.

Lola se asienta entonces en la casa con sus pequeños y con la ayuda de 'la tía Paz' que se muda al toque con su hermana; cría a sus hijos. Papá solía contarme que a la hora de las comidas, se sentaban los hermanos en la mesa y las mujeres ocupando Lola una punta y Paz la otra. Y va la anécdota de que a la menor trasgresión a los buenos modales y al buen comer por cualquiera de los hijos/sobrinos, volaba un sopapo perfectamente dirigido que podía llegar desde cualquiera de los extremos de la mesa. No había escapatoria!

Así fueron creciendo los chicos. Rosita una señorita de linda y fina estampa que a temprana edad se puso de novia y se casó con un excelente tipo, pintón y sumamente agradable, Juan Passano. No tuvieron hijos.

El Gordo, siendo el mayor, comienza los estudios universitarios y se gradúa de odontólogo. Se

casa con una joven (Fanny Iparraguirre) que si bien no pertenecía de lleno a la 'sociedad' (que en esa época estaba delineada por la cantidad de hectáreas que disponía la familia en la pampa húmeda), tenía sin embargo algunos delirios e ilusiones de pertenecer; y de algún modo, a partir del noble esfuerzo del trabajador marido, tienen una vida notable para los estándares familiares. Tienen dos hijos: Justo ('Jujo') y Clelia ('Pirunina' o 'Piru'). Piru será un ama de casa afable que debido a una infeliz temprana viudez se aboca a sus 4 hijos, en tanto que Jujo se transformará en uno de los arquitectos más famosos e importantes de la Argentina.

Arnaldo es un caso interesante. Increíblemente inteligente, tiene demasiado de bohemio. Estudia medicina y la lleva bastante bien, hasta que en una vacación entre año y año académico se va de tour al norte de Córdoba y allí, en un pueblito casi perdido conoce a una hermosa muchacha piemontesa. Margarita Pautassi. Una rubia italiana de ojos celestes, que a pesar de casi no hablar el español lo flecha al porteño piola, el que tira al diablo estudios y futuro en la gran Buenos Aires y se orienta al minúsculo pueblo. Se casa con Margarita y se establece en Totoral a 70 kilómetros al norte de la capital cordobesa.

Tienen dos hijas, Edelmira (siempre conocida por 'Chachi'; apelativo que le viene pues al nacer la niña según el padre, sale 'arrugada como la perra' que tenían, de nombre Chicha. No le dejan al tío ponerle a la beba el nombre del animalito, pero empecinado en ligar a su hija con la perra, corta el 'chicha' en dos y poniendo las mitades al revés le queda lo de 'Chachi', alias que la acompañó a mi querida prima hasta el final).

La otra hija, llamada igual que la madre, Margarita, sufre una suerte similar. El tío la bautizaría como 'Yuyi', llamada de esta forma porque era chiquita, flaquita y enclenque 'casi como un 'yuyito', por lo que allí nomás le plantó el alias que también acompañó a esta mujer toda su vida. Arnaldo, haciendo uso de su brillantez y de su carisma social, rápidamente se transforma en un notable de la villa y pasa de Jefe Político (un cargo que le inventan en ese momento), a Profesor de la única escuela, a comisario, a empresario, a dueño del único cine de la zona y a otras muchas cosas más. Despierto e inteligente, se convierte en el imprescindible que todo lo soluciona en el pueblo. Ejemplo: tienen que hacer una presentación con unas diapositivas que habían traído desde Europa pero no hay ningún proyector en la redonda pues nadie usaba en las sierras cordobesas esos artilugios didácticos de tan alta modernidad.

El siempre inspirado Arnaldo se encierra en su pequeño taller. En unas horas sale con un ingenio que funciona perfectamente. Ha logrado un excelente proyector armando con una lata de galletas la carcasa, con un peine al que le ha sacado algunos dientes la lanzadera e improvisa un excelente lente condensador llenando una bombita de luz con... agua!

Pasado el tiempo, la gente local lo honra con innúmeras menciones y una escuela especial en el pueblo del Totoral lleva hoy su nombre en reconocimiento a su vida y a su labor.

Si Arnaldo tiene algo de bohemio, Rodolfo el último hijo le gana por goleada. Simpático, parlanchín, interesante, muy social pero pésimo estudiante y con pocas ganas de trabajar fuerte, abandona los estudios apenas comienza el secundario. Se vuelve anarquista y socialista y trabaja de obrero. Como tal, como socialista y trabajando en fábricas incorpora el lema: 'Hay que cambiar las estructuras y el gobierno'. Con esa postura va saltando de trabajo en trabajo, de lugar en lugar, de ciudad en ciudad. Pasan meses sin que su madre tenga ni idea por donde deambula su

Rodolfo. Es que a veces su actividad lo hace poco simpático a una patronal que lo ve complicado o peligroso y muchas veces tiene que escapar para que no lo apresen o le den una paliza. Es así que allá por los años cuarenta, trabajando en una mina de oro en San Luis, se retoba y consigue enojar a los propietarios; al punto que éstos contratan a unos matones que lo corren por la sierra para matarlo y cuando lo encuentran, tras pegarle un balazo lo dejan tirado dándolo por muerto. Pero no está muerto. Malherido consigue llegar a un villorrio donde le brindan ayuda y consigue zafar del entuerto.

El episodio sin embargo, lo llama a sosiego y a partir de allí manda al diablo anarquismo y socialismo y recalando en Buenos Aires consigue un trabajo simple y rutinario en el sistema de pensiones de Argentina.

Rodolfo es sin embargo un bohemio hasta el final. Atractivo, charlatán y mujeriego, se le conocen montones de novias y enamoradas; pero para su partenaire final y definitiva, escoge para no dejar de ser coherente, a una mujer que desafiaba las normas de la sociedad porteña de los '40. Angélica era divorciada, rubia teñida y ... fumaba!!

Al morir la abuela Lola, su hermana, la Tía Paz se refugió en una casa de Ituzaingó (en las afueras de Buenos Aires), donde muchos domingos Papá y sus hermanos se reunirían para pasar un día de gran familia. Era también un lugar de eventos.

Siendo yo muy pequeño recuerdo la noche en que en esa casa de Ituzaingó, Rodolfo presentó a la familia a su nueva compañera. Y recuerdo también que de vuelta a casa en el tren, escuchando la conversación de mis padres tengo grabadas las palabras de Mamá: 'Será rubia y divorciada, pero me gustó. Me parece una buena mujer que lo quiere a Rodolfo, y para mí ya está bien!'. Y allí la vieja también acertó. Angélica resultó en verdad 'una buena mujer' pues lo acompañó a Rodolfo hasta el final en las buenas y en la malas. No tuvieron hijos.

En el medio entre Arnaldo y Rodolfo nació y vivió Papá.

Felipe al igual que sus hermanos tuvo un origen de familia bien, educado con sobriedad, orden, respeto por los demás y mucho calor dados por su madre, tía y hermanos entre los que había muy buena camaradería. Eso hizo de Papá un tipo bueno, con enormes valores morales y una corrección que jamás le vi quebrar. De excelentes modales y cuidado léxico, más una pinta que infelizmente no me pasó con sus genes, era un tipo que las muchachas solían mirar con interés (Mamá, con lo mucho que me quería y aún pensando que su hijito era lo máximo en todo, solía decir que desgraciadamente, yo no le había salido 'tan buen mozo').

Pero hay más.

Al quedar viuda, Lola, que jamás había perdido su encanto y su sex appeal a pesar de que cargaba con sus críos, consigue un nuevo marido, un tal Armando Casavilla, señor del que prácticamente nada sé, pero que al casarse, por aquellos sentimientos machistas que aún hoy subsisten en varias culturas, ninguno de los hermanos comulga demasiado con este 'intruso' y Papá se independiza dejando los estudios en el segundo año del secundario para ponerse a trabajar con su tío Adolfo (de Mari) como despachante de aduana.

Con buen trabajo, dinero y bastante tiempo libre, Felipe comienza una vida nocturna de cafetines y milongas. Frecuenta bares, juega al billar, es amigo de todo el mundo. En estos trances, su personalidad se vuelve la de un tipo simpático, entrador, campechano, contador de cuentos e historias alegres, enorme bailarín de tangos y portador de una personalidad encantadora. Enamora a mil muchachas y nunca le falta compañía en momentos de soledad o pasión.

Imagino a mi padre de 20 años, llegando de trabajar en la tarde y cambiando de ropas para salir a juntarse con sus amigos a algún café de las cercanías o del centro de Buenos Aires. Charlar de fútbol, minas y política matizando todo con un buen café en invierno y cervecitas en verano, más un juego a tres bandas que lo llevaba hasta la hora de cenar. Llegar a su casa en una reunión con madre, tía y hermanos; afable y larga si no estaba Casavilla a la vista; ríspida y corta si el padraastro era presente, para luego salir en la noche yendo a bailar o frecuentando algún piringundín donde las chicas harían honor al tango A Media Luz ('Corrientes 348, adentro cocktail y amor..').

Si he podido definir a mis tíos: Justo como el profesional de la high society, Arnaldo al genio inventor y hombre de los mil recursos, Rodolfo el revolucionario y bohemio por excelencia, entonces a Papá Felipe me sería difícil poder ponerle una chapa de algo fuera de lo común. En las primeras hojas de esta biografía hice mención al hombre del traje de franela gris, como una forma de asignarle a un ser humano cualquiera, una existencia simple y sin demasiada complicación o vuelta, sin grandes vuelos ni experiencias de novela, y quizás eso fue todo lo que yo vi y viví de mi padre.

Tal vez fuera la influencia y el carácter fuertísimo de mamá que sin quitarle su simpatía y su carisma consiguió imponerle un sosiego que lo hizo un hombre básicamente de familia y hogar; pero es innegable que durante sus años mozos Felipe padre disfrutó de lo mejor que brindaba la sociedad porteña de comienzos de siglo XX. No en lo fastuoso o de exclusividad social, sino en la vida alegre y pícara que un Buenos Aires fuerte y vibrante ofrecía a aquella juventud.

Si hubiera algún rasgo que quizás distinguió a mi padre en su época juvenil, ése fue sin dudas el deporte. De los cuatro hermanos Felipe era el atleta familiar. Dotado de un físico delgado pero armónico, hizo todos los deportes populares y comunes de su época. Nadador, gimnasta, basquetbolista (a pesar de su relativamente baja estatura), boxeador y futbolista. Como hombre del balompié, jugó en varios equipos llegando a disfrutar durante muchos años una presencia importante en la segunda división del club Ferro Carril Oeste, con un par de ocasiones disfrutando de tribunas llenas al jugar en primera división.

Tal debe haber sido la farra constante que este muchacho disfrutó hasta los 22 años, que cansado de minas y milongas en vez de pasar los fines de semana en un oscuro salón de tanguería o en los brazos de alguna naifa de cortas faldas y fuertes pechos, encaró por el lado de la vida sana al aire libre y junto con 8 o 10 amigos más erigieron una casilla elevada junto a las costas del Río de la Plata, más o menos por donde ahora está Victoria a unos 30 Kms de Buenos Aires. Los fines de semana dejaron así atrás la noche porteña para pasar a ser jornadas de natación y pesca en el río, paleta en la playa y muchas risas, cuentos y enorme camaradería.

De esta forma pasó Papá su juventud, que fue sana y alegre hasta llegar a sus 30 años en que como ya comentara, al visitar a su hermano Arnaldo ya instalado en Totoral, conoció a Elisa, quien también visitaba a una amiga en un viaje de vacaciones similar, tal como se verá en el punto siguiente.

Es a partir de allí, de la entrada del gran amor en la vida de Papá que cambia totalmente su forma de accionar y sin dejar de ser el tipo bueno, campechano y agradable de siempre se vuelve mucho más familiar y unido a su mujer.

Es ese hombre el que yo conozco a partir de su vida nuclear y de su función de padre mío.

Excepto por su falta de iniciativa o decisión para hacer frente a ciertas dificultades, no tengo recuerdos malos o negativos de él.

Cuando decide no estudiar más, tal como era norma en aquella época y tal como debe haber puesto en claro su madre, mi abuela Lola, 'si hoy dejaste de estudiar, pues entonces éste será también tu primer día de trabajo', es que buscando un lugar donde insertarse laboralmente consigue un trabajo de oficinista en Supervielle, una empresa comercial; pero posiblemente por la poca importancia de la chamba y el bajo salario, al poco tiempo pasa a trabajar con su tío Adolfo De Mari que era un gran despachante de aduana porteño. Aclaro para quien no tenga la información que un despachante es el intermediario que maneja toda la tramitación cada vez que alguna empresa, industria o persona importa o exporta bienes.

Luego de unos años a su lado aprende los secretos de la profesión y se independiza, asociándose con un uruguayo, Francisco 'Pancho' Rabajoli, un tipo absolutamente formal y buenazo, un verdadero pan de Dios, al que mencionaré más adelante por algo que fue importante en mi niñez, y del que curiosamente, por su formalidad recuerdo que a pesar de haber sido muy amigo de Papá, de haber sobrellevado algunas juergas juntos, de jamás haber tenido el más mínimo roce, discusión o problema entre ellos y de una relación social y laboral inmaculada, jamás consiguió tutearlo al viejo y siempre lo saludaba con un 'Buen día Solsona, como está Vd?!'.

Ya como '*Rabajoli y Solsona, despachantes*' pasan a trabajar full-time en una firma francesa (Descours & Cabaud) que importaba acero de Francia (aún no había acerías en Argentina y si las había no eran fuertes ni importantes). Cuando Papá se casa, ya hacían muchos años que él y Pancho procesaban las importaciones de Descours, y como tenían comisiones de cada tonelada de acero que entraba todo había ido viento en popa.

Como se verá pocos párrafos más adelante, en la primera época del casamiento de mis viejos había una cierta bonanza dado el nivel de las importaciones y las comisiones consecuentes, pero yo nazco justo cuando se inicia la Segunda Guerra Mundial y con ello Francia, en guerra, cierra totalmente las exportaciones de un material tan estratégico como el acero. Caen las comisiones y con ello los Solsona entran también en una economía de guerra a la que me referiré cuando hable de mi niñez.

Pero en este tramo, es justicia recalcar la actitud de Papá, el que ante la caída de la entrada monetaria se abate. Se desorienta. Recuerdo algunas tardes en que llegado a casa se sentaba en un sillón y mirando el fuego de la estufa, se lamentaba lanzando de tanto en tanto un leve gemido que aún tengo en mi memoria. Si a este hombre bueno hay alguna crítica que hacerle, es su falta de energía para pelear, la decisión para salir adelante, para vencer adversidades, para tomar la lanza e ir a buscar y matar al mamut.

La historia final de la familia Solsona-Márquez en la faz económica y del bienestar asociado a lo que el dinero proporciona terminó, a pesar de aquellos inconvenientes, siendo exitosa, al menos en las metas que esta pareja tuvo desde el inicio: vivir dignamente, lograr los bienes que les permitieran una renta jubilatoria adecuada, quitar el peso de una carga laboral al hijo para que concentrara su atención en los estudios y poder disfrutar de algunas retribuciones personales como su quinta de fines de semana en Ezeiza o los numerosos viajes que disfru-

taron tanto dentro como fuera de su país, con el cherry on the top de un notable y excitante periplo a las Islas Malvinas y a la Antártida Argentina.

Es decir que si bien ambos cónyuges trabajaron y vivieron dentro de una economía y un patrón de administración familiar regulado y austero pero que les otorgó un buen nivel de vida y una gran cuota de seguridad económica para lo que ellos fijaron como sus necesidades, es justicia destacar que el verdadero éxito no fue de Papá sino del empuje, tesón y valentía de su mujer. Mamá fue la energía, la fuerza y la decisión que compensaron las bajas revoluciones de su marido que en el mejor de los casos apoyó pero no lideró.

Y aquí sí que se completa la pintura de mi padre. Que resumiendo podría enmarcar en sus características externas como un tipo bueno, noble, espontáneo, afable, sociable, resimpático, querible. Y como cuestión central, un ser que a pesar de la falta de energía anotada para enfrentar dificultades fue un tipo dotado de los mejores valores morales y de una calidez y ternura no común en los varones de aquella época.

MI MADRE Y MI PADRE JUNTOS

Habiendo hecho la reseña del carácter y la historia de mis viejos pero desde mi conocimiento de cada historia individual, diré ahora algunas cosas de ellos dos como unidad, destacando que lo hago porque como pareja, consiguieron lo que pocos logran, una simbiosis y una armonía que los transformó en una sola y exitosa entidad.

Aquí va la historia de amor.

Ya hemos visto como Mamá viviendo en Buenos Aires con su hermano Narciso se escapaba cuando y cuanto podía a su querida Córdoba para verlos a Jorge, Vicha y las sobrinitas y sobrinitos que comenzaban a poblar la provincia.

Por su parte, Papá, preparaba sus vacaciones y hacía grandes planes, pero casi siempre terminaba yéndose a Córdoba, a la Villa General Mitre (más conocida como 'Totoral' y hoy 'Villa del Totoral').

La Villa tenía en esa época grandes atractivos. Era el primer punto de atracción norteco para un montón de tucumanos con dinero que bajaban a la provincia de Córdoba, en esos años reputadamente una de las mejores regiones de veraneo argentinas. Como tal, siempre habían lindas chicas y un jaraneo juvenil que dadas las características ya anotadas de su juventud tanguera y minera, le caían bien a Papá y a cualquiera de su edad.

Pero por encima de estos atractivos, y tal como se mencionó, en Totoral vivía Arnaldo, quien sin lugar a dudas fue su hermano máspreciado, o al menos con quien mejor se entendía.

Ambos hermanos se querían muchísimo y era lindo verlos juntos a los dos solitos, charlando bajo un sauce junto a la acequia en la casa de Arnaldo, tomando mate y riéndose a mandíbula batiente, pues el tío éste era un empedernido (y excelente) contador de cuentos que terminaba sus floridos relatos en una de dos formas: o se quedaba totalmente serio mientras todos a su alrededor estallaban en carcajadas lo que producía un efecto más hilarante aún o si no reía con el resto a carcajada limpia, para exclamar al final de alguna risotada su ya famosa frase: "Que mal estoy!".

Corría el año de 1936 y ese verano los encuentra a Felipe y Elisa vacacionando. Felipe junto a su hermano y Elisa que había ido a Córdoba city, pero que con una amiga se larga por unos días a la Villa donde tenían otra amiga en común que había decidido veranear ese año en el Totoral.

Es así que el destino los junta. Surge el romance y al enterarse que ambos viven en Buenos Aires, queda ya sentada la relación que comenzará con mucha fuerza, aunque con la formalidad reinante en aquella época. No tengo datos del tiempo de sus amores de novios, pero supongo que fiel a los tiempos que corrían, se verían una vez por semana, irían al cine con algún/a chaperón/a (la tía Elenita o el hermano Narciso o alguna vieja tía) y ni hablar de una buena franela o de un rico y saludable polvo; cuestión que innegablemente habría acelerado mi venida al mundo y no me habrían tenido esperando tanto tiempo en un limbo anodino y aburrido. Lo bueno es que hoy soy al menos, unos cuantos meses más joven.

Luego de los dos años en estas condiciones, el 17 de octubre de 1938 se casan por civil y dos días más tarde, el 19 de octubre, aunque en una ceremonia muy simple y recatada, sin vestido de novia ni más invitados que un puñado de amigos y el tío Narciso, lo repiten por la inevitable iglesia. Un lindo día en que se realiza la concreción de lo que sería esa larga, buena y sólida vida matrimonial.

Como experimentado conocedor de los intrínquilis y desafíos que deben confrontar ambos participantes de una relación matrimonial, siempre he sentido y creído que en el eventual éxito de una de éstas uniones hay uno de misterios más increíbles del ser humano. Porque... que dos personas que se juntan portando cada una de ellas una formación, un físico y una sicología específica cuando tienen 20 años, todas condiciones y características que a medida que pasan los años van cambiando sin que haya paralelismo perfecto posible; donde desde las emociones a los sentimientos van madurando independientemente, lo que lleva a que luego de 20 o 30 años estas dos personas han evolucionado con sendos cambios en emociones, vivencias, visiones de la vida y hasta en la morfología de sus cuerpos, haciéndoles en la mayor parte de los casos dos tipos casi extraños entre sí.

El misterio y el prodigio ocurren cuando a lo largo de ese enorme y bifurcado camino esta pareja no se ha distanciado o divorciado. Es más, hasta diría que es casi increíble que no se hayan asesinado en el trayecto!

Por ello, si por encima del casi inevitable desamor o desinterés que se ha producido, quedan al cabo de esas dos o tres o cinco décadas ganas de estar con el otro; si el cariño y el amor por el otro ha conseguido sobrevivir, si la pareja de viejitos se sigue queriendo y están cómodos el uno con el otro, estamos entonces mis amigos, en presencia de una cuestión atípica; infrecuente. Un pequeño milagro.

Así de excepcional fue la relación que a partir de ese 19 de octubre de 1938 y hasta la muerte de Mamá en 1991 supieron llevar adelante Elisa y Felipe.

En todo momento armoniosa y cálida. Los vi pelearse tal vez en tres o cuatro ocasiones pero nunca esas peleas fueron más que tormentas pasajeras. Hubo entre ellos indudable amor y una atmosfera de notables tranquilidad y tibieza.

Como motor que era, y como centro de la familia; la mayor parte de las inquietudes y visiones partían del lado de Mamá; pero jamás las decisiones que se tomaron fueron unipersonales. Papá participaba de todos los proyectos y su voz era escuchada. Era innegable la preeminencia que Mamá tenía en la pareja, y yo lo veía al viejo colgado de las alas de su mujer; pero en mucho o en poco, fuera 80/20 o 60/40 la simbiosis que desarrollaron nunca afectó a ninguno en forma individual y los supo mantener juntos en un clima de cariño y armonía durante 53 largos años. Fue uno de los pocos matrimonios bien exitosos que vivieron con paz y armonía un proyecto conjunto que nunca abandonaron durante todo el tiempo compartido.

Aún tengo en la memoria el recuerdo de Mamá, luego de su tremendo infarto y sabedora que sin mucha vida por delante y con un esposo que la sobreviviría pero que estaba ya entrado en años, solía decirme cada vez que estábamos solos, con palabras dichas casi en complicidad, dulcemente y por lo bajo: 'Cuando me muera no lo abandones a mi viejito...!'

El haber sido buenos padres junto con la sabiduría y recursos para desarrollar y preservar un matrimonio modelo; nada más que eso, los hace merecedores de un respeto y admiración que muchísimos otros, mucho más encumbrados e instruidos ni siquiera pudieron o pueden llegar a conseguir.

Bravo por ellos!

Gracias queridos viejos!

0 - 4

[Rompiendo el cascarón]

NACIMIENTO

No nací en un pobre hospital público, de mala muerte y lleno de ratas (aunque es posible que en aquella época las cosas no fueran tan malas en la Argentina pre-Perón). Nací en una 'clínica', que si bien era una casa que hoy veríamos como bastante tétrica (la visité de mayorcito), tenía menos características públicas de lo que en 1940 debió haber sido un hospital argentino. Y no nací en un hospital, porque en la familia Solsona-Márquez hubieron al parecer tres épocas económicas dispares, nada más que entre el año del casamiento (1938) y el del 'Libertador General San Martín', esto es: el 1950.

Desde que armaron la pareja hasta mi nacimiento hubo dos buenos años de una cierta holgura. Papá trabajaba bien y ganaba acorde dados los grandes cupos de importación de acero que la firma manejaba; pero yo aparecí junto con la guerra (la Segunda Guerra Mundial) y eso resintió su trabajo tal como lo he mencionado. Durante todo el tiempo de la contienda bélica y aún unos años más hasta que mamá comenzó a trabajar como cosmiatra hubo una era de profunda sequía económica que recién comenzó a aflojar cuando cumplí mi primera década de vida.

Quizás por lo de esa bonanza inicial y gracias a una administración férrea, los viejos deben haber reservado algún dinerillo para lo que considerarían la más importante faena a realizar en aquellos tiempos: tener sus hijitos. La reserva no solo significó un parto atendido con médico y todo, sino que también hubo, según algunas fotos que por ahí quedaron, hasta para unos conjuntitos de bombachudo, gorrita y babero que eran una divinura.

Así fue que nací en la 'Clínica Luna' situada en la calle Rivadavia 6028. Pleno barrio de Flores de la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Pisos desinfectados con lavandina. Sala de parto con puerta y todo. Médico y partera. Un bombón.

Para hacerme el difícil, di vueltas antes de aparecer pues según Elisa, ella tuvo horas y horas de trabajo de parto hasta que finalmente, exactamente a las 02:05 de la madrugada del 10 de julio

de 1940 y a pesar del curtido frío que hacía, salí a ver que se estaba dando por la zona.

Pesé 3,480 Kg y mi estatura alcanzó unos precisos 50 centímetros. Cabeza, patas y deditos todo en su lugar. Según la historia clínica el nacimiento fue espontáneo y sin sufrimientos. El mencionado médico partero fue un tal Dr. Ismael García quien no solo fue el que propinó el primer sopapo de mi vida, sino que siguió los meses iniciales de mi desarrollo; y en una visión clarividente de cómo sería de grandecito ese bebe tan monono, el flaco éste me bautizó con el merecido y profético apelativo de: 'El simpático'.
(Gran tipo! Enorme profesional!)

En párrafos siguientes relato mis primeras impresiones pero como las vieron otros y no yo, así que lo que diré a continuación solo tiene como comprobantes, los relatos paternos y lo escrito en un viejo álbum titulado 'Mi vida desde su comienzo'.

De todo ello saqué que:

Salvo el ídolo de mi tío Rodolfo que fue el único que se atrevió con unos juguetitos, entre familiares y amigos de los viejos, me regalaron un montón de porquerías, tales como zapatitos, prendedorcitos, trajecitos, toallitas, sabanitas y vestiditos. Más que familiares y amigos, una manga de desubicados!

Como mamá ya sabemos que tenía alma de monja, no podía dejar de bautizarme y rapidito; cosa que se hizo en la Iglesia de San José de Flores el 15 de septiembre (1940) con Blanca T. de Garassino (nunca supe que era la 'T') y el ya mencionado tío de Papá, Adolfo de Mari, esposo de su tía Matilde, como padrinos.

A los 6 meses ya estaba confirmado y la vieja me debe haber paseado por cuanta iglesia, parroquia, convento, monasterio y catedral había en el Buenos Aires de aquella época. Lo que se dice un buen cristiano.

Crecí rápidamente con buena leche materna a lo que a solo 30 días de nacido se sumaron poderosas mamaderas de 'leche de vaca con quáker diluido en agua', porquería que hasta el día de hoy me sigue repugnando.

El primer diente apareció el 9 de agosto del año siguiente (medio tardón para la dentición y muestra de lo que siempre sería una boquita de dientes fallones). Gateé por primera vez el 1 de abril del '41 y el primer pasito en soledad fue el 6 de agosto de ese mismo año.

La primer palabra emitida fue 'Papá' y la cortada de pelo y barba número uno fue realizada por la progenitora, posiblemente como muestra del ahorro que se estaba por venir, el 12 de mayo también del 41. El pelito era de un castaño muy claro con reflejos dorados.

Según las mismas crónicas, la primera bronca jodida, prelude de todos los berrinches que me aquejarían en una larga y fecunda vida, fue el 14 de marzo de 1942. La razón? Que una vez que me subieron al petiso de la calesita y luego de unas pocas 20 vueltas los desubicados de mi viejo y mi tío Narciso me quisieron bajar de prepo.

Seguro que algo tuvo que ver el incidente en mi futuro, porque a lo largo de la vida y desde el punto de vista del carácter siempre fui bastante 'lechehervida' y poco tolerante; y desde el punto de vista caballar, si bien los pingos me resultaron mascotas simpáticas, mantuve una rara actitud de jamás haber querido ni entrar a presenciar una galopada en un hipódromo. Nunca.

El primer suelazo importante lo sufrí el 23 de diciembre de 1940 con una caída tipo stunt desde el borde de la cama y aterrizaje contra un ropero. Aunque no debe haber dolido tanto parece que hice un show de aquellos para la gilada que miraba aterrada, presintiendo que a lo mejor el golpe cerebral podría en el futuro menguar la capacidad intelectual del niño. Todo lo contrario! El porrazo debe haber ordenado las neuronas para que les fuera así de simple emanar tanto pensamiento gentil.

Una cosa linda que perduró gracias al famoso álbum de Mi Vida, fue una especie de lenguaje que inventé para comunicarme. Si bien la invención llegó a la edad en que otros pibes ya jugaban a la 'Oca' y al 'Doctor' con las nenas del vecino, no deja de ser interesante la capacidad y sagacidad lingual del bebote en cuestión. Aquí van las palabras y sus traducciones:

Palabra	Quería decir	Palabra	Quería decir
<i>Patán</i>	Zapato	<i>Caliá</i>	Caliente
<i>Mainá</i>	Madrina	<i>Quequé</i>	Queso
<i>Tolú</i>	Dulce	<i>Miló</i>	Limón
<i>Abuá</i>	Agua	<i>Nanga</i>	Naranja
<i>Ávua</i>	Guardar	<i>Calá</i>	Calesita
<i>Gaetá</i>	Galletita	<i>Hico</i>	Caballo
<i>Camalá</i>	Caramelo	<i>Chapaz</i>	Paz
<i>Cucó</i>	Cuchillo	<i>Onoló</i>	Omnibus
<i>Tungazó</i>	Ituzaingó	<i>Tamalá</i>	Tranvía
<i>Sutanoló</i>	Subterráneo	<i>Potobém</i>	Porto bien

EL NOMBRE

'Felipe Enrique Solsona.'

Mamá vivió siempre enamorada de su marido. A pesar de que fue ella y no él quien fuera el eje sobre el que giró la familia, Elisa se casó profundamente embobada con su Felipe y así siguió toda su vida.

Ese buen amor tuvo muchas formas de expresión y una más de ellas fue el hijo que esperaron con tanto ahínco y al que, como una muestra adicional de todo ese cariño, tuvo que llevar como bonus o yapa el mismo nombre de quien le había colocado la semillita. De allí salió el 'Felipe'.

Mencioné al pasar al bueno del tío paterno de Mamá: Manuel Márquez. Fue lo más cercano a un abuelo por el lado de la vieja ya que, cuando hablé de mi abuelo dejé bien establecido y sin margen de dudas que de esa camada no conocí a nadie más.

El tío en cuestión, a quien ya conocí muy mayor y al que siempre vi como a un viejito, había sido un tipo interesante, ilustrado y todo un personaje a su manera. Y sin dudas que también poseía lo que di en llamar 'la chispa de los Márquez'.

Manuel tenía dos facetas para mí destacables, las que describiría una como histórica y la otra intelectual.

Lo histórico, era el hecho de que el tío Manuel había sido un integrante de la primera camada que hiciera el servicio militar obligatorio inaugurando las instalaciones militares de Campo de Mayo, donde muchos años más tarde yo también pasaría a hacer mi 'importantísima instrucción militar obligatoria'. Como anécdota, me contaba que cuando temprano en la mañana el cabo de guardia venía a levantarlos, él y otros niños bien, le gritarían: 'Cállate idiota! Déjanos dormir un rato más. Fuera chusma!' y otras linduras que sería muy interesante saber qué efecto producirían si fueran pronunciadas hoy en algún cuartel de los equipos de SWAT o de los marines de cualquier armada.

Como se ha dicho, tanto él como mi abuelo provenían de Chilecito en la provincia de La Rioja. Gracias al buen estándar que parecen haber tenido los Márquez cuando él y mi abuelo Narciso eran pequeños, ambos habían sido educados en lo mejor que ofrecía el lugar. Pero teniendo en cuenta que tanto Chilecito como La Rioja eran zonas carenciadas del país, es fácil entender que a pesar de los muchachos haber tenido lo mejor de lo mejor en cuanto a educación, la misma no debe haber sido nada más que lo peor de lo peor de la Argentina de aquellos tiempos.

El logro intelectual entonces fue que al igual que Mamá, este buen tío Manuel aún con su escaso bagaje educacional llegó a una posición de éxito como el secretario privado y principal del doctor Joaquín V. González.

Este Joaquín V. González, riojano también, fue un verdadero hombre de la patria y un tigre en toda la línea. Esos tipos de los que siempre hablan los libros de historia y los que disfrutaban de estatuas en parques o plaza públicas. Sicólogo y doctor en jurisprudencia, entre 1890 y 1920 fundó periódicos y escribió libros, cubriendo en su prolífica vida pública cargos que fueron desde rectorados a gobiernos provinciales a diputaciones nacionales, llegando a ser ministro del Interior y ministro de Justicia también.

Con su capacidad intelectual, el tío Manuel acompañó y estuvo siempre ligado a este gran hombre por lo que no puedo negarle su mérito y su logro.

Infelizmente yo no disfrute de lo que debió haber sido su vivacidad intelectual de hombre joven. Porque a pesar de ser yo muy pequeño me daba cuenta que se trataba de una persona mayor y que esa vejez lo hacía distinto a la otra gente que conocía. Vestía a lo viejo y por viejo dos cosas me llamaban la atención: una que tal vez por no ver bien en su espejo se afeitaba muy mal, y siempre tenía unos pelos largos en la base del pescuezo.

La segunda, tal vez más mortificante, es que era muy hinchapelotas. Reiterativo, podía en una misma velada repetir hasta 10 veces un par de cuartetas que había inventado y que supongo, él pensaría que lo iban a conducir hasta el Nobel de Literatura. La primera cuarteta era derivada de su anti peronismo profundo y decía:

La gallina peronista
puso un huevo en la canasta.
Y ése solo ya le basta,
por ser de un gallo justicialista.

La segunda, bastante más 'pícaro' y que muchos años más tarde me sirvió para engrosar mis cantos de 'Se va el caimán', decía así:

Una vieja se tiró
Un pedo bajo un latón
Y un tipo que gritó:
Otra vez revolución!

No gastaré más espacio en este familiar de segundo nivel en mi entorno, excepto para contar que entre sus variadas formas de romper la paciencia, la perseguía y atormentaba a su sobrina embarazada pidiendo y exigiendo que al nacer me pusiera a mí de nombre, su 'Manuel'.

Mi pobre madre, comprometida en un respeto a un mayor pero horripilada por dentro por lo que consideraba un apelativo espantoso, tuvo una salida genial.

Para ello hay que mencionar que el tío en cuestión estaba casado con una señora muy buena y bonita, una rubia elegante de procedencia italiana llamada Enriqueta.

Mamá juntó entonces las dos cosas: sacando fuerzas de no sé dónde le dijo al tío que ya le había prometido a Papá ponerme Felipe, pero que por segundo nombre no sería Manuel pero que en su honor y por amor a él y a su querida esposa me pondría también el de 'Enrique'. Fue una justificación muy muy floja, pero funcionó y así salí portando el Enrique en vez del Manuel. Que en cualquier caso, como segundo nombre jamás sirvió para otra cosa que para demorarme cada vez que tuve que llenar un formulario donde se me pedían los nombres completos. Tan solo por eso, nunca tuve buena relación con ese Enrique.

4 - 8

[El comienzo]

LOS RECUERDOS PRIMARIOS Y LOS PRIMARIOS AÑOS

Hay mentirosos que dicen: 'Yo me acuerdo que cuando tenía 8 meses, el desgraciado de mi hermanito me quitó la mamera'. Otros quizás sin mentir tanto, hablan de recuerdos a tan tempranas edades como 2 y 3 años (Lucía, mi esposa, cuenta que apenas cumplió los tres añitos salió un día con su padre a dar una vuelta en auto y recuerda el camino que hicieron). Bueno, al final, quizás todos no sean tan mentirosos y en cambio pasó que yo tuve un lentísimo desarrollo neuronal, pero en verdad es que por lo lenteja de ese desarrollo o por lo que fuera, mi primer recuerdo es recién de cuando tenía 4 bien atesorados pirulos.

Era una tarde y el viejo me había llevado a ver un partido de fútbol en Ferrocarril Oeste, el club de nuestro barrio. Me había llevado pues en aquella época los hinchas no tiraban ni con ladrillos ni con orina. La cosa era familiar.

Volvíamos por un atajo que quedaba en el costado de las vías (en esos tiempos también se podía caminar por los durmientes porque venían los trenes cada muerte de obispo) y al pasar por el costado del parque de maniobras del gran molino harinero de Morixe, distante tan solo 200 metros de casa, vi un pajarraco que me llamó la atención.

Sin dudas fue ese animal lo primero que se me fijó en la memoria pues aún lo recuerdo como la impronta del primer pensamiento consciente. Era una cigüeña y cuando pregunté qué era eso, la respuesta aguda, moderna y masticada del viejo fue: 'Es la que te trajo a vos desde París' con lo que salió del paso y me dejó un lindo rollo que afortunadamente no incidió más que lo estándar en mis conocimientos sexuales de aquella época, a la vez que me introdujo en la gran geografía mundana aunque reconozco que después de ahí, siempre pensé que París debía ser un lugar bacán lleno de purretes lindos como yo.

Después de ese, tengo muchos recuerdos hermosos asociados fundamentalmente a mis dos padres. Los dientes perfectos en la igualmente perfecta sonrisa de mamá, siempre atareada y cantando. Su cariño y la constante protección que brindaban sus brazos cálidos.

Luego, a las tardecitas, la espera del timbre que anunciaba la llegada del viejo, que después de haber tomado unos mates mientras charlaba con mamá, se dedicaba a su hijito comenzando los juegos que describiré al hablar de mi vida de pibe.

Mis primeros recuerdos están pues, firmemente asociados a esos dos padres que nunca me dejaron solo. Adonde iban ellos, allí iba yo. Al mercado, a caminar, a ver alguna amiga/vecina, a visitar a la tía Paz en Ituzaingó o a la casa de mi madrina en Flores.

Si la vieja, allá a las perdidas iba a visitar a una amiga, esa tarde se vestía lo mejor que le daban las pocas pilchas que tenía, me ponía a mí el trajecito 'de salir', me peinaba el jopo; sobre el jopo la gorrita y allá íbamos los dos a hacer la visitación. Que para mí, eran más que aburridas, pues me pasaba dos horas sentadito en una silla, con un papel y un lápiz (teníamos uno negro y otro rojo) y yo hacia una y mil veces la misma casita con el mismo árbol con el mismo jagüel. Eso sí, tranquilito, sin joder, sin molestar, sin hablar (llámenme educadito o sojuzgado que me la merezco!) hasta que llegaba la hora de la liberación que era volver a casa. Al departamento.

Nuestro pequeño departamento de la calle Rojas al 240 (Dto. 'E') era pequeño sin dudas y hoy me parecería excesivamente humilde, pobre y feo. Nuestra economía de esa época era verdaderamente de guerra y las carencias enormes, lo que en mi caso particular se notaba en la ropita que usaba (un solo pantalón para el colegio y otro para estar en casa y jugar; un par de zapatos para el cole y uno de zapatillas para todo terreno y ocasión.

Al respecto, hay una anécdota que muestra lo delicado del universo económico de esas épocas. Mamá notó que las uñas de los dedos gordos de mis pies crecían solo por la mitad. Cada uno de mis dedos mostraban solo media porción de uña. Preocupada por la anomalía me lleva a un hospital para que el médico le diga que hacer; y el tordo, tras mirar las uñas agarra las zapatillas y con la mayor delicadeza que pudo sacar en el momento le contesta: 'Pies y uñas están bien. Lo que este chico necesita señora... son zapatillas más grandes! Ya no le entran los pies.'

Ni que decir de los juguetes de los que tenía pocos y que en general habían venido de algún otro lado, difícilmente habían sido comprados por los viejos. Recuerdo así una caja de bolitas, con algunos bolones ciegos y otros de colores múltiples que me había regalado Enrique Granada, un primo segundo de Papá de cuando él había sido niño; un hermano de Enrique (Alberto) me había regalado un equipo de química compuesto por un tubo de ensayo, una escobilla, una pinza para tomar el tubo y un mechero de alcohol, todo de un nivel pedorrísimo y que no servía para nada, pero yo igual usaba el tubo de ensayo para meter dentro alguna aspirina y mirar como la magia del poder disolvente del agua dejaba en suspensión las partículas del acetil salicílico. ¿Habrán sido esos breves y únicos momentos de contacto con la química los que hicieran que más tarde me decidiera por estudiar esa ciencia?

Tenía unas cuantas figuritas salidas de vaya a saber donde, 7 u 8 soldaditos de plomo que si hoy algún dueño de juguetería vendiera lo meterían en galera por lo peligroso del juguete porque supongo que cada vez que el soldadito recibía un tiro (un papelito tirado con una bandita elástica) largaría plomo en cantidades tales que podría dejar estúpido a más de un pibe que no tuviera tantas neuronas para regalar como el niño que esto escribe; un autito que preparaba con un par de gomitas y un plomo adentro (otra vez el Pb!) para que corriera más y un par de pelotas de

trapo hechas con viejas medias de Mamá. Ese era el arsenal de mi imperio donde solo aparecía algún juguete de verdad para mis cumpleaños. Estos juguetes sí eran importantes y recuerdo un remociclo, un buen arco con flechas y un aparato con una pelota atada por una cuerda a un poste, al que le pegaba con una paleta de cartón duro.

Si bien estos últimos juguetes hoy no serían aceptados por un chico de villa miseria, para mí eran un lujo y una fuente de orgullo y placer. Eran los juguetes con que mis padres me homenajaban en ocasión de cumplir años a los 6, los 7, los 8.

Bueno... eso es lo que yo creía. Que los viejos se mataban para comprarme por lo menos una vez al año un juguete como la gente. Pero la triste verdad que conocí ya crecido por una confidencia de Papá... era ésta: el autor de los regalos no eran mis padres sino el bonachón de Pancho, quien tal vez por la amistad y buena onda que mantenía con su socio, o porque a lo mejor consideraba que yo era un pibito macanudo, o quizás porque siendo lo único infantil en su mundo de soltero empedernido, era este buen uruguayo quien gatillaba para esos juguetes inusuales. Yo asumía que los juguetes venían de los viejos y ellos quizás con culpa, quizás con vergüenza callaban el verdadero origen de los regalos y nunca especificaban nada. A Pancho le dirían que al nene le habían parecido fantásticos y que se los agradecía un montón. Todos en paz, todos contentos y yo una vez por año disfrutaba de un momento de bonanza y abundancia jugueteril.

Pero había otras muestras de pobreza, pudiendo recordar dos que me molestaban bastante. Una era la luz. Para ahorrar en el pequeño departamento solo habían foquitos de luz de 20 y 40 vatios, lo que de noche daba un aspecto macabro a todos los ambientes y cuando me mandaban a buscar algo al cuarto, aunque prendiera la luz, todo seguía tan tenebroso que yo iba remuerto de miedo porque era como si me hubieran enviado al castillo de Drácula, allá por las lejanas Moldavia y Transilvania. De allí que cuando fui grande y tuve mis propias moradas (propias o alquiladas) siempre utilicé lámparas de enorme wattaje que me brindaran la luz y la claridad que no había tenido de chico.

Por encima de lo mustio y penumbroso de la iluminación de nuestra casa, si quedaba alguna luz prendida y no había nadie en la habitación Papá salía con el latiguillo de siempre: 'Andá a la habitación que hay un ladrón. Apagá la luz que esa lamparita prendida nos está robando la plata!'

La segunda que me molestaba bastante era la comida. Si bien es cierto que jamás jamás me faltó alimentación y nunca supe lo que es el hambre que padecen los pobres de solemnidad, la comida no era ni la más rica ni la más tragable.

Consciente de que las proteínas eran fundamentales para el crecimiento y la buena salud, Mamá nunca dejaba faltar la carne en nuestra mesa. Pero claro, como el dinero era tan escaso compraba la peor de las carnes y para mí era un martirio pasarme esos churrascos durísimos, con tanta vena y nervaduras. Sin embargo, a pesar de la tortura, las proteínas estaban y eso era lo importante.

Hubieron muchas más muestras de la pobreza de aquellos años pero no me parece demasiado justo enumerarlas, pues por encima de la enormes restricciones materiales que innegablemente sufrí hasta los 8 o 9 años, yo viví esa primera etapa de mi vida como en un castillo encantado y jamás sentí que me faltaba nada de nada. Era el pibe más rico del mundo, porque a través del

cariño, el calor y la protección de mis viejos lo tenía todo.

Nuestro departamento tenía un comedor pequeño donde entraban nada más que una mesa con sus 4 sillas, dos aparadores, dos sillones y un par de estantes. Los sillones uno a cada lado del hogar a leña que se prendía algunos días de excesivo frío gracias a unos quebrachos que el primo Enrique conseguía no sé por qué conducto y le enviaba a Papá como regalo en cada entrada invernal.

Luego teníamos dos cuartos, simples, chicos, con una cama, una cómoda y un ropero.

Un baño entre ambos y la cocina pequeña con una mesa plegadiza adosada a una pared y un mueble donde iban los platos y cubiertos. Con el tiempo y cuando las cosas mejoraron un poco, también entró una pequeña heladera.

Nuestra vida familiar oscilaba entre los dos sillones del comedor y los banquitos de la cocina. Yo hacía los deberes en la mesa cocinera y las más de las veces las reuniones familiares eran también en ese ámbito.

Como he mencionado, las mañanas estaban delineadas por cuestiones bien concretas. Felipe padre al trabajo, Elisa al mercado, a lavar, limpiar y cocinar. Felipito jugando y ya más mayorcito en la escuela.

Mediodía con la venida de Papá, el almuerzo y la inevitable siesta. Luego nuevamente Papá a su trabajo, Mamá con alguna tarea y cuando éstas no eran muy exigentes, tejía, cosía o bordaba, y yo, luego de los deberes y de tomar 'la leche' (un tazón inmenso de leche con unas gotas de café, mucho azúcar y un pan enorme con manteca) me largaba a la calle. Eran las 4 y media o 5.

Papá volvía del trabajo a eso de las 7, por lo que yo, aún sin reloj encima, sabía que se aproximaba la hora de su regreso y abandonando juegos, charlas o lo que estuviera haciendo con los otros chicos, me largaba para casa.

Y al fin se producía la esperada llegada paterna. El viejo llegaba, se ponía cómodo con un pantalón añejo (también él tenía un traje de trabajo, en realidad dos, y estando en casa había que cuidarlos para sus funciones específicas); tomaba unos mates en la cocina charlando con Mamá mientras yo al costadito, quietito, sin joder ni molestar esperaba que el viejo me dijera 'Vamos a jugar'. Y allí comenzaba la magia de la relación padre-hijo que tanto me dio, tanto me formó y que lo mejor que pude traté de repetir con mis hijos.

Papá, que no tenía ni la mitad de la brillantez del tío Arnaldo, igual se las ingeniaba para inventar mil juegos maravillosos. Hacer carreras de bolitas por las canaletas de la mesada de la cocina; con un colador agarrado a la parte de arriba de esa mesada, hacer picar una pelotita de pimpón en el suelo para embocarla de sobrepique dentro del colador; a un muñeco hecho con una vieja media colgado de una araña tirarle con dardos hechos con escarbadientes; con una servilleta armar un conejito y hacerlo correr por el brazo tratando de agarrarlo mientras el 'animalito' se escurría; con la pelotita de pimpón tirarla arriba de la pantalla de luz de la cocina y apostar por el lado que caería, hacer barquitos de papel, colocarlos en la pileta de la cocina y con un avión (un cacho de madera) pasarles por encima y tirarles bombas (nueces con su cáscara). En la misma pileta, armábamos un 'submarino' que en realidad era un pedazo de maderita de un cajón de frutas al que el viejo le había hecho un agujero y por el que pasaba un bulón al que colocándole distintas tuercas con distintos pesos, conseguíamos que el pedazo de madera anduviera por el

agua debajo de la superficie o directamente por el fondo. Todo eso y mil invenciones más a las que había que agregar los tradicionales fútbol en uno de los patios, básquet con el aro hecho de una vieja lata de aceite de 5 litros, carreras de autitos con los autos que a pesar de su poca maña artesanal me hacía y hasta competencias de pimpón, en la cocina, con la mesa apoyada contra la pared y nosotros tirando contra la misma y agarrando el otro el rebote. Las paletas y pelotita, no lo he mencionado, pero habían sido otro de los regalos del bueno de Pancho.

Terminados los juegos, justo antes de la cena venía la hora de la diversión tecnológica. Televisión no había pero podíamos disfrutar de buenas emisiones radiales. En la radio que se colocaba sobre la mesa de la cocina (una Philips marrón con dial amarillo) mientras Mamá cocinaba nos poníamos un cuarto de hora a escuchar el Glostora Tango Club (a pesar de que ahora no iba a los piringundines Papá nunca dejó de ser un gran tanguero y de amar esa música); al que seguían otros maravillosos 15 minutos más, que aún a un pibe tan chico como yo también tenían enganchado: era el programa de 'Los Perez García', una emisión diaria en que se relataba la vida de una familia típica porteña en donde pasaba de todo, con unos actores que eran ídolos populares aunque no se conocieran sus caras (en realidad las populares eran sus voces, claro!) y donde la imaginación de los libretistas, verdaderos genios, armaban cada historia, cada bolonsky, cada entuerto, que apasionaba a la audiencia y te dejaban prendido para la siguiente entrega nada más que para ver como cuerno iban a zafar de tal o cual lío. De tanto inconveniente, problema, contrariedad y conflicto que los pobres integrantes de la familia tenían que afrontar en su día a día, la picardía popular originó un dicho que hasta el día de hoy, 60 o 70 años más tarde, mucha gente utiliza: 'Vos tenés más problemas que los Perez García.'

Pasados los 30 minutos del show time, la cena y a la cama.

Lo importante de estos momentos no era lo que yo me entretenía, sino todo lo que sentía se me daba, pues el increíble regalo de estos dos personajes, tanto Papá con sus juegos luego del trabajo, como Mamá a lo largo de todo el día, era el TIEMPO que me dedicaban. La atención y el sentirme protegido y querido. A lo largo de la vida siempre me sentí fuerte, aún en las enormes adversidades que me acosaron, y no tengo dudas que la mayor fortaleza vino de aquellos días primeros, por la atención y el cariño de mis padres.

Y si alguna vez alguien 'me acusa' de ser hijo único, como si eso hubiera sido un pecado original, tal como relataré a continuación jamás tuve el tratamiento de tal si nos atenemos a la imagen del hijo malcriado, pues nunca se me permitieron caprichos, exigencias o esquivos de bulto a lo que me mandaban hacer. Claro que era hijo único, pero si hubo una gran cuota de hijuniquería fue solamente en ese enorme cariño y protección que no tuve que compartir con nadie más y que tanto agradezco.

Voy ahora a agrandar este asuntillo.

Muy seguido, amigos y parientes en son de chichoneo cuando me aferro a algún razonamiento del que estoy absolutamente seguro de estar en lo cierto, me dicen:

'Cómo no vas a ponerte tan intransigente si sos un... hijo único!'. Bzz! Wrong!!

Estoy convencido de no ser el hijo único caprichoso, que siempre quiere salirse con la suya; lo que me viene de aquellos hermosos días de la niñez, en que sobre el mencionado cariño, atención y preocupación que los viejos me brindaban, había también un listado de normas y adver-

tencias; de 'leyes' y prohibiciones clarísimamente establecidas que no había manera de quebrar y que no dejaban lugar al nene caprichoso y mal educado.

Empezaba la cosa por el colegio. Como ya he expresado, jamás me decían luego de la siesta si hacía, si había hecho o si haría los deberes. Deberes y estudiar era como respirar y evacuar las tripas. Algo casi fisiológico. Absolutamente prohibido no estudiar o faltar a clase porque sí.

Luego los modales en la mesa. Recuerdo un día en que con unos 7 años, supongo que nada más que por joder comencé a sorber la sopa en la cuchara haciendo ruido. 'Brrup! Brrup!'. 'Eso no se hace!' dijo el viejo. Pero yo seguí con el 'Brrup! Brrup!' en la siguiente cucharada. 'Que te dije?' fue su segunda advertencia ya en tono serio; y yo que había agarrado impulso mandé un poco más, sorbiendo más fuerte aún. Ni lo vi venir porque encima lo tenía a mi derecha y bien cerquita, pero el revés de zurda que me encajó fue con tal mala suerte que justo el viejo anillo que tenía en el anular me abrió el labio.

Me largué a llorar y vi en la cara del viejo un atoro, como que se dio cuenta que se le había ido la mano. Claro, como vas a hacer sangrar a un pibe? Alcé la mirada hacia la vieja pidiendo ayuda y esperando la válida reprimenda al hombre; pero vi que Mamá sofrenó el impulso de agarrarme para sosegar mi llanto y enganché una mirada de complicidad entre los dos, mirada que claramente decía: 'Sí, fue un poco mucho, pero ya no hay vuelta atrás, que quede así la cosa'. Entonces el hijito único; pobrecito; solito se levantó y se fué a lavar la sangre a la pileta de la cocina, para volver a sentarse sin decir ni mu.

Con la mirada baja terminé toda la sopita y oh! cosa interesante... a partir de ese día jamás volví a sorber la sopa de la cuchara en toda mi vida. Ni de viejo. A ver? Un puntito para el tratamiento anti-hijo único!

Y no fue ése un incidente aislado. Siempre latían la severidad y los límites. Sin drama, sin esfuerzos, todo muy fluido, pero muy clarito también.

Yo era un pibe bien bueno y obediente. No daba problemas, no jorobaba y si había que definirme, se me podía haber tildado de un chiquilín tranquilo.

Lo que no quiere decir que como pibe 'normal' que era, por ahí me mandaba alguna cagada, una falta, una rotura importante. Cuando algo de eso ocurría, allí tampoco había regalo o perdones fáciles. Si luego de varias amables solicitudes de: 'No jugués allí con la pelota', yo seguía y añicaba una lámpara por ejemplo, no existía en este universo la forma de evadir el castigo, que siempre eran dado in situ e in momentum porque el 'cuando venga tu padre ya vas a ver' eso sí, es una tortura psicológica que muchas madres emplean seguidito y que a mí nunca me pasó. Como digo, los castigos no eran psicológicos sino que ultra directos y momentánicos. Al reproche y la explicación de porqué había cometido la macana, cuando ésta era mayúscula y lo merecía, junto con algún reto o rezongo se adjuntaban unos buenos chirlos en la cola cuando era chiquito y de sopapos, coscorriones y pegadas mas fuertes cuando más grandecito.

Desde aquellos tiempos han pasado dos generaciones y hoy darle un zocotroco a un hijo es una especie de pecado mortal, merecedor de la silla eléctrica. Si te ven los vecinos seguro que llaman al 911. Y yo... no estoy de acuerdo.

Soy un convencido del diálogo, del convencimiento a través de la razón, de la explicación y de

tener paciencia, mucha paciencia. De la fuerza del ejemplo, del diálogo, del ponerse en el lugar del otro. De la persuasión, de la bondad y del aguante. Pero cuando en ocasiones vemos que estamos chocando contra una pared y las cosas han pasado su límite, creo que nada en el mundo de la enseñanza a los hijos coloca tan pronto y tan bien en su dimensión y en su finalidad como una paliza. Eso no solo hace entender pronto y claro como son las cosas, sino que también es un mecanismo casi mágico para sentar algo que hoy en día se ha perdido muchísimo, y que es la jerarquía; el respeto a los padres por el solo hecho de ser los padres, por ser los mayores. Hoy un chico de 14 años ante la merecida reprimenda por alguna cosa mal hecha, lo mira desafiante al padre y le restringe en la cara: 'No me rompás las pelotas, boludo!'.

Jeje, me hubiera gustado ver qué pasaba si yo o alguno de mis amigos en aquellos años de los 40, siglo XX, Argentina, nos hubiéramos atrevido a cosa tal. Todavía nos estarían doliendo los dientes o estaríamos viviendo con un culo trasplantado!

No abogo que se pegue a los hijos como si fueran un puching-ball ni tampoco es aceptable hacer lo de la nueva camada de padres y madres 'tigre' que utilizan técnicas orientales que van desde castigar, encerrar, presionar y hasta llamar 'estúpido', 'bolsa de basura' o cosas peores a los hijos. El chirlo o coscorrón tiene que ser muy pero muy esporádico y absolutamente justo y solo en el momento preciso.

Los castigos que me dieron y que fueron unos cuantos, jamás me incomodaron más allá del momento en que me los dieron y del llanto pasajero. Jamás dejaron huellas ni rencores y me permitieron aprender rápidamente lo que los viejos querían que hiciera. Ni que decir que además contribuyeron a elevar más aún todo el respeto que les tenía y que nunca dejé de tenerles. Yo era yo, pero mi viejo era mi viejo. Capisce?

Cuando en su momento me tocó a mí educar a mis hijos en su infancia, repetí el plato. Pablo fue el que más ligó, quizás unas 7 u 8 veces, Javier 3 o 4 y de Huenú solo recuerdo haberle pegado una vez; pero a pesar de lo flojo de ese 'tratamiento' junto con el mucho cariño siempre hubo conexión y un gran respeto que se extendió a lo largo de todo el camino. Desde mi visión, el método es más que eficaz.

Si bien me disgregué con esto de los castigos no quiero dejar el tema del hijo único, por lo que voy a dar un par de ejemplos más para seguir mostrando que si bien era 'único' lo que menos tenía era un tratamiento de tal.

Si no había guita para casi nada, menos había guita para ayuda en la casa, por lo que todo lo que se hacía en tareas domésticas era un producto in-house. Los pisos los barría Mamá y como no teníamos aspiradora o lustradora, Papá era el que pasaba un cepillo pesado, que la mejor forma de definir sería decir que era un... 'cepillo pesado'! Un cepillo de cerdas duras con una cobertura de fierro y un largo mango que se pasaba ida y vuelta por el piso encerado en una tarea que requería verdadero esfuerzo. Esfuerzo que era mucho para Mamá y que me excedía a mí que era chiquito. Entonces no había ninguna tarea para mí? Que va? El hijito único era encargado de hacerse su cama, sacar la basura y podía estar absorbido, entretenido y disfrutando alguna actividad o juego, solo o con algún amiguito, pero si sonaba la orden: "Felipito! Necesito azúcar!" el pobre hijito único no encontraba donde estaba el tratamiento

especial, porque rapidito, sin chistar y con cara de alegría tenía que salir corriendo al almacén a buscar el medio kilo de sacarosa!

Para terminar este trozo en que hablo de mis primeros años, quiero mencionar un recuerdo cálido de algo que desarrollaron los viejos motivados por su buena relación y por la inteligencia que tenían; episodios que yo disfrutaba en mi niñez pero que hoy en la vejez entiendo en toda su magnitud y significancia.

Los viejos tenían claro que la vida era más que vivir para trabajar y ni aún en los peores momentos de sequía económica dejaron de tener chispitas de lo que querían ser y hacer en la vida. Un ejemplo fue Las Cuartetas.

En los años cuarenta, había algunos cuantos restaurantes en Buenos Aires y en ese contexto, un par de pizzerías, que sin tener la importancia y jerarquía de un lugar de comidas elegante, permitía comer 'afuera'. Si tenías dinero podías ir cuantas veces quisieras a ser atendido y comer rico. Si no lo tenías te quedabas en casa comiendo puchero. Los viejos ya sabemos que estaban más que carenciados, no tenían ese dinero, pero sabían que para sentirse bien, debían darse un gustito por mínimo que fuera, por lo que desarrollaron la costumbre de ir, una vez al mes, no a un restaurante de clase y nivel pero si, salir a algún lugar donde ser servidos y tener 'un día especial'. Para tal fin, los viejos eligieron Las Cuartetas, una vieja pizzería ubicada en la calle Corrientes al 800. La salida en cuestión no era obviamente de alta alcurnia (en la escala zoológica de los restaurantes, las pizzerías ocupan el escalón inferior, justo al nivel del plancton) y ningún miembro de la clase aristocrática porteña de esa época se hubiera dejado ver entrando a ese lugar de comidas; pero para los Solsona esa incursión mensual era mucho más que 'una salida'. Era una ceremonia. Y más aún: configuraba una esperanza.

La cosa era así. No sé qué día del mes habían escogido, pero seguramente era un día fijo. La vieja y yo salíamos de la casa, tomábamos el subte y nos íbamos hasta el trabajo de Papá. Subíamos a su piso, saludábamos a Pancho y luego los tres nos íbamos caminando hasta Corrientes. Llegábamos a Las Cuartetas, subíamos al primer piso ('Salón Familias') y nos sentábamos en una mesa del centro del local. Venía el mozo, Papá pedía un vaso de vino, Mamá soda y yo, que tendría 4 o 5 años por ese entonces decía ante el embobamiento de los progenitores y la sonrisa cómplice del mozo:

- Nene toma copetín!

Y cuando el mesero traía el pedido venían el vaso de vino, un sifón de soda y un refresco en base a granadina que era lo que yo llamaba copetín (aún no había llegado al país ni la coca cola ni la otra sarta de gaseosas). Por supuesto que del set de bebidas solo había una única vuelta, pero para mí era más que un montón.

Tras los tragos venía la pizza de mozzarella que todos comíamos con enorme placer entre la amena y alegre charla de los viejos; y hoy me doy cuenta que algo tan simple como esa misia pizza comida entre tres personas que se querían, era una ceremonia tan importante que ni todos los palacios Buckingham del mundo podrían llegar jamás a igualar por más que se casaran quinientos príncipes o que se coronaran mil reyes todos juntos.

En esa simple salida había tanto para celebrar y tanta inteligencia emocional de mis dos viejos que hoy, tantos años más tarde, cada vez que hago un pedorro asado con mi mujer y/o mis hijos y/o algunos amigos, al calzarme el delantal y tomar los utensilios del asador no puedo dejar de recordar esas noches mágicas de Las Cuartetas ni bajarle importancia a esa ceremonia tan especial.

Lo de Las Cuartetas viene a cuento para rescatar una vez más que esta gente tenía sus metas, sus ambiciones por modestas que fueran y su bien delineado plan de acción futuro; que pasaba en pocas líneas, por vivir con dignidad, educar a su hijo, guardar para el futuro y dentro de ese esquema dejar aunque fuera mínimo, un diezmo para sentirse bien.

En ese momento ellos no lo sabían pero 30 o 40 años más tarde saldría la Organización Mundial de la Salud definiendo a la salud como 'el completo bienestar físico, mental y emocional'. Y para las últimas dos condiciones había que poder darse algún lujito, algo que te dijera que no eras un esclavo como los ilotas griegos. Las Cuartetas era uno de esos lujos.

Con el correr del tiempo se aúnan la siempre férrea administración y el cuidado del gasto, más la labor de Papá que pasada ya la guerra mejora la situación de su despacho aportando en mayor medida; para finalmente, con la consolidación del gabinete de belleza de Mamá, al que me referiré más adelante, se configura una entrada considerable para los Solsona que comienzan entonces a respirar mejor, épocas a partir de las cuales los viejos se dan gustos por encima del nivel de aquellas comidas en la pizzería de Corrientes; pero creo que nada, nada nada, pudo empardar la importancia y el valor psicológico que alcanzaron las de mozzarella con aceitunas verdes de aquella época de mi temprana infancia.

TOTAL

Es en este momento del relato en que debería introducir el tema de Totoral, pues desde el punto de vista etario, la era Totoral comprende desde los 4 a los 8-9 años de mi vida.

Esto también está ligado a la economía de la familia, pero en especial a las oportunidades que dentro de las limitaciones existentes tuve la suerte de disfrutar; lo que como veremos significó para este chico humilde algo así como sacar la grande, el premio mayor, aún sin haber comprado ningún billete. Aquí voy...

Ya he hablado y lo volveré a hacer en relación a los limitados recursos de los Solsona y de cómo afectó la falta de dinero a mi vida de pibito. También he hecho referencia a cómo a pesar de no sufrir penurias por falta de alimento, techo o calor, tenía poco de todo lo demás, desde juguetes a diversiones; desde ropa a cualquier otro tipo de bienes.

Y si alguno de mis amigos se iba de vacaciones a un hotel en Mar del Plata, o Santa Fe o Mendoza, yo no iba a ningún hotel; pero... mágicamente; afortunadamente; pasaba las más largas y mejores vacaciones que cualquiera de mis amigos o compañeros del colegio!

La razón era que indirectamente, por la actividad de Mamá de manejar la hostería, yo me pasaba 3 meses en el mejor de los mundos, y mientras la vieja la yugaba atendiendo hospedados y viajeros yo discurría en un mundo de sol, cerros, arroyos y muchas aventuras.

Desde comienzos de diciembre hasta el día anterior al comienzo de clases en marzo, Mamá atendía la hostería.

Íbamos en tren a Córdoba y de allí en ómnibus hasta la Villa, en un periplo que solía durar 24 horas. Papá nos acompañaba y era parte importante en poner todo en funcionamiento, y en tanto él lidiaba con pinturas, aguas y moblajes Mamá alquilaba un sulky y daba vueltas por el pueblo y sus alrededores buscando personal. Una mucama aquí, una fregadora allá, la cocinera por el otro lado, un muchacho para mandados y trabajos de fuerza, etc.

En pocos días la empresa estaba pronta para recibir a sus huéspedes, los que comenzaban a llegar prácticamente en tropel.

En un par de semanas Papá volvería a Buenos Aires; Mamá se enfundaría en su papel de dueña, manager, administradora y efectora de todo lo que tuviera que ver con su hostería y yo... yo entraba en el mejor de los mundos!

Para que el lector tenga una idea del panorama que se me abría debo hacer referencia al marco en el cual me movía comenzando con una breve descripción del Totoral. Una villa muy pequeña con tal vez mil o dos mil habitantes, todos conocidos entre sí. Con un trazado de calles simple que hacía imposible perderse al vagabundear incluso para un chico de 5 o 6 años. Un par de avenidas, una de las cuales terminaba en un cerro, el Cerro de la Cruz; y como detalles destacados cruzaba por toda la villa una acequia que con su cantarín ruidito hacía placentera la siesta y acompañaba a cualquier paseante por los caminos que tomara por el pueblo.

Un río de cierta importancia para lo seco que es la provincia de Córdoba con una hermosa piscina pública en medio de una zona sombreada por árboles y vegetación en el llamado El Balneario; otro cerro con un colosal busto de Sarmiento y un tercer cerro con una gruta de San Cayetano.

Todo este reino en un área de no más de 4 o 5 kilómetros cuadrados, lo que para un chico de corta edad configuraban buenas y considerables distancias para cubrir y desarrollar sus aventuras, pero también era lo suficientemente pequeña para que no se pudiera perder o en caso de algún percance o problema siempre se encontraría una mano amable y conocida para ayudar al niño en dificultades.

Súmese a esto algo que si bien no he mencionado entre los tesoros y pocos regalos recibidos, configuraba sin dudas un bien de millonarios. Porque apenas tuve fuerzas para pedalear, en el segundo viaje a Totoral los viejos me compraron una bicicleta. Era una Raleigh rodado 24; reacondicionada, con el cromado saltado, vieja, pesada, enorme y fea, pero para mí y sobretodo para mí en el entorno de la Villa era mejor que el más recamado y tecnificado de los Rolls Royce últimos modelos. Un vehículo que me permitía cubrir los caminos de la Villa en un santiamén y programar viajes y visitas como se prepara una carrera Paris-Dakar. Algo maravilloso!

Por último estaban los amigos. Compañeros que siempre aparecían entre los hijos de los veraneantes a la hostería a los que es inevitable sumar la presencia de mi querida prima Chachi, siempre dispuesta para las actividades más arriesgadas o varoniles. Una compañera de aventuras que tanto estaría a mi lado subiendo a la Cruz o tirándose desde las piedras en el río, justo en el Cajón de Piedras. Recuerdo con una sonrisa como esta chiquilla de 7 u 8 (era un par de

años mayor que yo) podía estar espadeando contra mí en una aventura de corsarios, cuando en medio de una estocada pararía y con su acento recontra cordobés me diría:

- Paaará!! Paaará Feliipito, que tengo que haaaacer pis!!

Y agachándose allí, delante mío y con total desinhibición procedería a la reconfortante micción, para apenas terminada, levantarse las bragas, tomar nuevamente la espada y seguir en la lucha a muerte contra el Capitán Garfio, que ése era yo. Una verdadera ídola por lo que sin duda ha sido la más querida y recordada de todas mis también queridas primas.

Es así que este chico pobre y sin recursos, gracias a la necesidad de los padres de mantener en operación un negocio ligado a la supervivencia familiar, se transformaba entonces en un disfrutante de vacaciones inimaginadas por otros chicos de igual condición social.

Es decir que directa o indirectamente, en los 4 o 5 años en que funcionó la hostería yo pasé las mejores vacaciones que un rico se pudiera haber imaginado.

Luego del desayuno, tomaba la bici y me largaba con algún amigo o quizás solo a pasear, a recorrer caminos, huellas, senderos; a bordear al río, subir alguno de los cerros, robar higos de tuna, juntar flores, piedras, mirar los chanchos de un paisano que los criaba con chala de maíz, entrar en el bosque de algarrobos siguiendo los senderos de vacas o perseguir conejos.

Si el calor apretaba me acercaba al río siempre presente en la geografía de la villa y sin más trámite que dejar la bicicleta tirada, me sacaba las zapatillas y así, tal como estaba me tiraba directamente al agua. Total, la única vestimenta que siempre portaba era un pantaloncito con elástico a la cintura y nada más; pues en aquellas épocas de atmósferas sin agujeros de ozono no era necesario cuidarse del sol; ya que por el contrario, un chico pálido era sinónimo de debilidad, mientras que yo, a pesar de mi flacura, por lo bronceado del cuero nadie hubiera dicho que no era sino la viva imagen de la fortaleza y la salud.

Estas andanzas se repetían a lo largo del todo el día, con los apropiados respiros para almorzar y a la tardecita tras una ducha y cambio de ropas (que no era otra cosa que sobre el mismo pantaloncito de la mañana me ponía una remera) para salir a dar vueltas a la plaza, charlar/jugar con los chicos que estuvieran a mano y una vez por semana, con los 5 centavos que Mamá premiaba el que no le hubiera roto a ella la paciencia o que yo no me hubiera roto a mí la cabeza, me iba, generalmente con Chachi, al Petí Café, el único bar-confitería situado en cruz con la hostería, adonde me deleitaba con un maravilloso helado de frutilla o de limón.

Completaba la magia de esos veraneos el Pilón.

Dentro de la filosofía de 'servicios completos' que ofrecía la Hostería, Mamá tenía también 4 caballos que se alquilaban a los turistas. Habría que reconocer que los tungos no estaban para un gran clásico del Hipódromo de Palermo, pero daban y bastante bien para la vuelta por las serranías cercanas a la Villa que los clientes valoraban.

Dentro del pack de cuatro, quizás el más vejete y cachuzo era un zaino flaco, ancudo, con una

rodilla a la que cuando menos deberían haberle hecho los meniscos y que como detalle singular en la parte de arriba de la cabeza, le faltaba... una oreja!

Al parecer en los campos de aquella zona, a las bestias que por cualquier razón hubieran perdido uno de aquellos apéndices se les daba el mote de 'pilón' y de allí el apelativo al matungo aquél: el Pilon.

No sé porqué me enquerendé con ese bicho. Como digo, no era el más bello o lozano de la tro-pilla; pero era bueno, dulce y yo lo amaba; así que cuando allá... a las perdidas, cuando no había solicitud de los veraneantes o cuando a Mamá le parecía que había pasado tiempo suficiente entre prestada y prestada, me dejaba que saliera a dar una vuelta por solo una hora con 'mi' caballito.

Eran esas tardes en que yo, aún andando alrededor de la plaza o dentro del terreno de la hostería me sentía el más feliz de los mortales, y aunque andaba al paso o al trote suave, en mi cabeza flotaban imágenes en donde yo me veía convertido en un árabe con turbante y una larga cimitarra peleando contra piratas de tierra, o volaba hacia la luna en este Pegaso alado blanco como la nieve (color al que ni acercaba), o entrando en una aldea de indios navajos matando a mil de ellos para salvar a alguna damisela o robarles un cofre lleno de piezas de oro y plata.

Finalizo lo de la hostería y lo de esa etapa de los 4 a los 9 años con la misma cantinela sobre la que volveré: que fui un chico pobre pero que por las circunstancias en que viví y en la atmósfera en que me desarrollé jamás sentí carencias de ningún tipo. Sería injusto si dijera que no tuve una infancia feliz y plena, y que cuando saltaban las insuficiencias o algo no se podía o no se conseguía, los viejos supieron hacerme ver cómo era la cosa y como había que bancársela; pero con una mezcla precisa de firmeza, dulzura, raciocinio y mucho sentido común; que en rigor, no solo nunca dolió sino que me acondicionó a lo largo de todo mi futuro para saber aprovechar las vacas gordas y aguantar sin tanto drama la llegada de las flacas o menesterosas.

8 - 14

[Entrando en sociedad]

LA ESCUELA PRIMARIA

Con la entrada a la escuela se inicia una nueva etapa en mi vida. Salgo obligadamente del entorno casero y de las protectoras alas de la vieja para enfrentar al mundo como uno más; sin cuidados adicionales para encarar los problemas solito y solo. Es decir que la escuela es el primer ámbito donde debo aprender a valerme por las mías.

Entraba además a un mundo distinto que no me era familiar para nada. Jamás había ido a un jardín de infantes (nido o kindergarten) y mis juegos habían sido más bien los de un chico solitario.

Es decir que de pronto, al igual que Don Quijote al enfrentarse a los temibles molinos de viento; la vida me puso mano a mano con la atemorizante escuela a la que tuve que encarar sin que prácticamente nadie me la presentara. Si eso no es crueldad...

Relato aquí la crónica de aquellos comienzos...

Nosotros vivíamos en Rojas al 200, a 2 cuadras de Rivadavia, la gran arteria que divide Buenos Aires en dos y en donde proliferaban los negocios y el movimiento barrial. Por esa avenida, dos cuadras y media hacia el centro, justo a la altura del 5200, destacaba un viejo edificio; típica casa de principio de siglo; con una pieza al costado de la otra, de la otra y de la otra, así hasta la calle de atrás; atravesando la manzana desde Rivadavia hasta Yerbal.

La vieja casona había sido remodelada al menos en los baños y en el salón central que justo a mitad del edificio separaba un set de aulas del otro.

Las aulas en cuestión no habían sido pensadas para lo que estaban siendo usadas; eran cuartos vetustos, con pisos de madera envejecida, poca luz natural aunque de buenas dimensiones, donde entraban unos 15 a 20 bancos, dobles, colocados a veces en dos, tres o cuatro filas según las características de cada uno de ellos.

Los pupitres eran de madera noble con un agujero sobre la derecha donde se colocaba el tintero (los zurdos infelizmente no tenían otra que joderse porque... a quién se le ocurría en aquella época nacer izquierdista?!)

Cada mañana Manuel, un negro bondadoso que hacía de segundo encargado, los traía llenos desde un cuarto donde no nos permitían entrar. (Allí se guardaban los tesoros de la escuela, como borradores, tizas enteras, papeles y las hermosas pelotas con que jugábamos en las horas de educación física).

El primer encargado era Jesús, un español también buen tipo, aunque no tan simpático como el negro y que por su jerarquía se encargaba de las tareas más complicadas y/o de mayor responsabilidad, como repartir las tizas, manejar la correspondencia que llegaba a la escuela y vigilar los baños para que nadie hiciera macanas adentro.

Completaba el staff de los escueleros Margot, una naifa de cuarta categoría que a las 10 en punto; justo en el recreo más largo, aparecía por los patios con un curioso carro con miles de enormes vasos de leche que a mí me repugnaban pero que tomaba porque la vieja me había dicho que era buena para la salud y porque en esos tiempos la corrupción no existía y la leche que te daban era de pura vaca vacuna y no agua con tinturas de coco como la que toman los pobres pibes de hoy en día.

De Margot poco recuerdo. Solo que mostraba pocas palabras y muchas tetas. Era lindo verla por el patio detrás de su carricoche con el zangoloteo de ese enorme par de melones que hacía que uno se preguntara si todo el fluido que contenían aquellos vasos más que de una holando no habrían venido de sus enormes y vigorosas gomas. Pero no me disgregaré en un par de tetas por más poderosas que ellas hubieran sabido ser.

Sigo.

Comenzamos por primer grado que en aquellos días era 'primero inferior' y luego venía el primero superior y así hasta el sexto que era en verdad un séptimo. Misterios de la enseñanza argentina.

Recuerdo el primer día en que los viejos me dejaron luego del acto de inauguración. En el medio de un denso montón de guardapolvos blancos, yo que no conocía a nadie y también que a pesar de mis 7 años cumplidos (con esa edad se empezaba en aquella época), no había salido mucho a dar vueltas por el mundo, no pude menos que sentirme huérfano o como abandonado en una isla repleta de caníbales.

La maestra que nos tocó, Elvira Ayala Gassi (la 'Señorita Elvirita'), nos llevó hasta nuestra aula, el salón que daba sobre la avenida Rivadavia y nos ubicó de a dos en los bancos.

De entrada me sentí como un pescado fuera del agua pasando rápidamente a ser un ratón en un mitín de elefantes en el mismo instante en que la señorita en cuestión dirigiéndose al pizarrón escribió unas cuantas vocales preguntado:

- A ver niiiiños, quien me puede decir que letra es ééésssta?

Mi marcador de angustia saltó fuera de rango cuando casi todos los pibes largaron al unísono:

- La 'aaaaaa'!

Cuando la cosa sigue con la 'é' y luego con la 'ó' y más atrás con el '1' y de ahí saltando al '3'; yo... que no conocía ninguna letra, ningún número ni siquiera lo que era un punto o una coma, sentí que mi angustia, soledad e indefensión ya no tenían límites.

Hoy los pibes nada más que para entrar en el kindergarten tienen que recitar el poema Annabel Lee en inglés o explicar la ecuación de conversión de masa en energía de Einstein, pero en aquellos tiempos los purretes entrábamos pelados de conocimientos porque los padres pensaban que la escuela se encargaría de todo, y mis viejos parece que pensaban mucho más en eso, por lo que no se habían preocupado en prepararme enseñándome ni siquiera como agarrar el lápiz.

Así que allí estaba yo; fuera de casa, sin ninguna protección catódica, ni el auxilio del 911 (que en aquellas épocas por supuesto que ni existía).

La situación pues era esta:

Estaba solo; en un lugar que de entrada no me gustaba; perdido en medio de un montón de desconocidos; a mi entender... todos sabios! y con la perspectiva de que tras ese día vendrían nada menos que 7 años más! Puede dudarse de que sintiera un gran desconcierto y enormes ganas de morirme en ese mismo banco?

Afortunadamente la cosa no fue tan agria. Porque la ya mentada Elvirita fue una maestra maravillosa, tierna, dulce y excelente formadora; y el flaco que me tocó como compañero de banco un tal Osvaldo Paulucci, terminó siendo mi mejor amigo a lo largo de todo ese año.

Los recreos trajeron sociabilidad y los juegos en los que nos embarcábamos como leones, tanto fuera fulbito, la mancha, o vigilantes y ladrones; más tarde las figuritas, el trompo, la rayuela y las bolitas fueron armando el tejido social dentro del que me enganché luego de las primeras semanas con facilidad y alegría.

A lo largo del año me fui consolidando y rápidamente me encontré si no disfrutando de las clases, al menos pasándola bien, con un montón de amigos y sin sufrir demasiado en las tareas de aprender y estudiar pues afortunadamente me era bastante fácil salir adelante y avanzar.

Quiero en este punto hacer una digresión en relación a mi escuela. Mejor dicho a la escuela argentina. Mejor dicho aún, a la escuela argentina de mi tiempo.

Yo disfruté de mi pasaje por el estudio porque me gustaba aprender. Y como he expresado, luego del shock inicial terminé gustando de la sociabilización que la escuela me ofrecía.

Sin saberlo expresar en ese momento y tal vez sin darme cuenta cabal del porqué y del cómo, sentía que algo dentro mío me decía que 'esto era bueno', que estar ahí era un bien y que había que aprovechar o disfrutar mi estancia en la escuela; que lo de ese momento me serviría para más adelante de algún modo, de alguna forma.

No creo confundirme al pensar hoy, que eso es exactamente lo que tenía in mente el recordado Domingo Faustino Sarmiento cuando en el último tercio del siglo XIX pergeñó su proyecto

educativo para la Argentina del futuro. Porque en principio su idea era que la escuela primaria enseñara a sociabilizar, la secundaria a pensar y la universidad ofreciera las técnicas y conocimientos de una profesión que permitiera subir de nivel. Dentro de esa idea la escuela (en todos sus niveles) era como un círculo al que uno podía entrar desde cualquier cuadrante (eso es desde cualquier estrato social) y salir también por cualquier otro cuadrante (la salida significaba la oportunidad gracias a la capacitación).

Según su esquema, uno podía ser muy pobre, humilde o perteneciente a las clases más bajas, pero a través de la escuela argentina podía desarrollar las competencias necesarias para desempeñarse en cualquier lugar y poder adentrarse así en los niveles sociales que uno quisiera. Ese modelo que comenzó en su ministerio con visitas a Inglaterra, Francia y Estados Unidos sumados a su visión y amor por la patria a lo que luego, cuando fue presidente aportó maestras y técnicos de otros países y armó ese proyecto educativo, fue lo que yo y mis compañeros llegamos a disfrutar 70 años más tarde, siendo ésta, una entrega que me hizo el país de la mejor factura y condición.

Vaya en este contexto un comentario sobre la reunión que tuvimos en ocasión de cumplir los 50 años de habernos recibidos de bachilleres en el colegio Nacional Mariano Moreno donde realicé mis estudios secundarios.

En la reunión que nos congregó a los compañeros que habíamos participado conjuntamente de los 5 años de escuela media y en la ceremonia que nos ofrecieron en el salón de actos, varios nos levantamos a decir unas palabras.

Las mías fueron más o menos así:

“Tal vez yo haya sido el Mafaldo de la división, pues si recuerdan a Mafalda (y me refería a nuestra querida protagonista de la historieta de Quino) ella quería trabajar en las Naciones Unidas y yo tuve la suerte de pertenecer a esa institución por 10 largos años, lo que me llevó a prácticamente todos los rincones del mundo. Como asesor de la ONU y también como investigador científico trabajando para el Gobierno de Sud África, tuve que enfrentarme a una larguísima lista de profesionales en muy variados campos. Lo que quiero destacar es que en esos encuentros jamás me sentí en desventaja. Jamás fui un profesional de menor valía que otros. Y eso no ha sido ni más ni menos que la educación, la formación, la capacitación que me dio la escuela argentina. Desde la primaria a la universitaria, pasando por estas queridas aulas de nuestro Moreno.”

Mis palabras de esa recordación repetidas en este escrito, hacen honesto eco a mis sentimientos en relación a la escuela argentina. Mis padres no tuvieron que gastar un solo centavo para que yo, partiendo desde el primer grado inferior llegara a obtener dos títulos universitarios que, tal como dije en mi discurso del Moreno, me situaron entre los mejor capacitados del mundo entero.

No sé cómo estará en el siglo XXI la educación de mi país, pero la que yo disfruté fue de primera. Y por encima de la objetiva capacitación, de la información; es también honor destacar otra importantísima faceta de esa escuela: la formación humanística.

Soy una persona de bien y mis valores morales y éticos los mejores. En su mayor parte eso vino de mis padres, que con su palabra y su ejemplo me signaron así; pero no puedo descartar lo que aportó por un lado la sociedad que con sus valores y cultura me cobijaba en ese entonces y mucho menos la importantísima influencia que tuvo la escuela. Porque allí en las aulas era donde

junto con las matemáticas y la lengua se nos inculcaban los principios que hacían a alguien una persona de bien.

Por todo lo expuesto no tengo sino las mejores palabras, el más cálido recuerdo y un inmenso agradecimiento a esa escuela que desde los 7 hasta los 20 y pico largos me acunó y me preparó de la mejor forma para enfrentar todos los aspectos de la vida.

Luego de la disgregación sobre la escuela y la escuela argentina de aquellos tiempos, que me sacó del relato de lo que fue mi aprendizaje, tengo que confesar que afortunadamente lo propiamente educativo no me pesó. Luego del susto de verme tan atrasado con respecto a mis compañeros que antes de empezar ya conocían la 'o', la 'm' y el '2' y el '3' rápidamente entré en onda y fue una suerte que anduve a cien por hora y nunca tuve problemas de ninguna clase.

Cuando hoy veo que la mayoría de los pibes requiere de un profesor de refuerzo, de un matemático que lo apunte con las cuentas, de una maestra que lo oriente en cómo escribir una composición, pienso en la inmensa fortuna que tuve de entender siempre y salir para adelante sin ayudas ni apoyos y por supuesto sin drama alguno.

Es más; si desde antes de entrar al primer grado mis padres nunca se habían preocupado en enseñarme nada de nada, una vez que hube estado dentro, mucho menos.

Era tal la independencia, mi responsabilidad y mi dedicación que también disfruté de poca intromisión, o control por parte de los viejos; al punto que ni siquiera se metían con los deberes. Jamás mis padres se preocuparon por que estudiara o no. Y si controlaban, posiblemente lo hacían por encima de mi hombro o mirando escondidos detrás de la puerta; pero viendo que yo respondía se quedaban al margen disfrutando que 'el nene les hubiera salido taaan bueno'.

Por mi parte, y aunque suene extraño para un chico tan chico, estaba tan tácito que eso de la escuela era como un trabajo ineludible e inevitable, que en ningún momento ni me retobé ni los viejos tuvieron que actuar al respecto.

No recuerdo como sucedió, pero es casi seguro que la vieja me metió en el subconsciente que eso, lo de estudiar en serio, era tal como expresé unos párrafos más arriba, algo semejante a respirar o comer, por lo que nunca me pareció ni fuera de lugar ni algo espantoso. Había que hacerlo y se hacía.

Es decir que si hubo presión y seguro que la hubo, fue tan sutil y profunda que nunca me impactó y lo incorporé como si fuera una ley.

Lo malo del asunto es que adosado al tener que estudiar hasta el final, es decir hasta llegar a 'doctor', lo que fue muy bueno; hubo otra impronta que fue... muy mala.

Se trató de algo muy común en muchos padres (de ayer, de hoy y de mañana) y que en mi caso partió definitivamente de Mamá.

La pobre Elisa hizo tanto por mí que no puedo castigarla o condenarla por este pecado, porque como siempre, y como todo padre amante y bien intencionado, lo hizo con la mejor de las intenciones. Pero lo cierto es que junto con la presión de estudiar introdujo la maldición de querer hacerme 'el mejor'.

‘Tenés que sacarte un 10 y no un 9,50’; ‘Lo que hagas... como el as!’; ‘Sobresalir, sobresalir’; ‘En la vida el primero llega antes que el segundo’...

Pobre Mamá! Nunca tuvo idea de cómo muchos años más tarde esa presión me jodió, llegando a enfermarme y a quitarme buena parte del disfrute por muchas cosas que hice y que salieron más que bien pero donde no fui el mejor. Todo por no fallarle. Tal como ella quería.

Lo cierto es que gracias a la facilidad natural más el esfuerzo adicional para ser el mejor, terminé siendo en efecto, el mejor.

Al terminar mi ciclo primario, en diciembre de 1953, me entregaron la bandera para llevarla en la ceremonia final; reconocimiento por haber sido el alumno de mejores notas en toda la escuela (mi promedio sobre 10 puntos posibles fue un olímpico 9.86!).

En la ceremonia, reconozco, yo iba con orgullo, el viejo mirando desde la tribuna con una sonrisa ancha y feliz y la vieja... la vieja con lágrimas en los ojos.

La etapa educativa que se inicia en mi vida con la escuela primaria también estaba ligada al estudio del inglés; y relacionado con éste último recuerdo una anécdota que muestra dos cosas de mi vida estudiantil. Por un lado la importancia y el lugar que tuvo el aprendizaje de idiomas y segundo lo que siempre afirmé: que fui hijo único pero que ‘a pesar de ello’ nunca hubieron atenciones especiales o límites que yo manejara a mi paladar.

La vieja sabía que para que su hijito llegara a doctor había que prepararlo muy bien desde la largada, siendo una condición sine qua non que hablara inglés.

Hubo aquí otra visión que no entiendo muy bien cómo consiguió tener esta mujer. Estamos en la década del 40 en que la Argentina aún miraba más a París que al resto del mundo. Desde los años 20 la pituquería de nuestro país solo iba a gastar sus pesos a la Ciudad Luz. Si estudiabas un idioma extranjero ése era el francés. Las cartas de la diplomacia se redactaban y enviaban solo en el gallo y el RSVP que hoy se pone en cualquier invitación desde casorios a reuniones, es un resabio de aquella época. Cómo es entonces que Mamá coloca sobre la mesa la necesidad de que yo estudie Inglés? De donde sale la visión proyectiva? Que hecho o dato la convence de que el futuro ya no estará en el francés sino en el inglés?

Y Felipito es inscripto en el Instituto de Inglés de Flores; lo mejorcito que había por ese entonces en los alrededores. Profesoras inglesas o que habían pasado por Inglaterra.

No hace falta muchas entendederas para darse cuenta que a un pibe de 9 o 10 años estudiar un idioma como el inglés en vez de jugarse unos buenos partidos de fútbol o hacer cualquier otra mataperrada en el potrero; solo le podía causar mucha, pero mucha contrariedad. Al punto de que una tarde de invierno, hace algo que nunca había intentado hasta entonces: se rebela.

Sentado en la mesa de comedor y altamente frustrado sin poder entender como ‘wind’ es *güind* y ‘rewind’ es *riguaind* justo cuando la vieja pasaba del cuarto a la cocina le espeto en un tono que nunca me había salido tan alto:

- No me gusta el inglés! No entiendo nada! Se acabó! No estudio más!

Y acá va la anécdota de cómo el hijo único tenía bien poco de hijo único, ese de la imagen del caprichoso que siempre se sale con la suya.

La vieja no dijo nada. Pero ni una palabra. Como era invierno, recuerdo su pollera de una tela gruesa, tipo lanilla, con colores de un kilt escocés verdes con las finas rayas rojas. Muy linda pollera sostenida por un cinturón de cuero negro, grueso, pesado, duro.

La vieja no dijo nada, dije. Solo hubo actuación. Pura y limpia acción. Como en teatro de mimos. Se sacó el cinturón descrito y comenzó a correrme alrededor de la mesa del comedor tirando cinturonzos como latigazos tiraba el Zorro contra los soldados españoles en el Méjico del 1800.

Supongo que visto desde afuera la imagen debe haber sido graciosa. Por un lado, esta noble dama corriendo enloquecida alrededor de una mesa, con una mano blandiendo un enorme cinturón con el que tira mandobles a diestra y siniestra, mientras con la zurda se agarra la escocesa que amenaza caerse sin el sustento necesario; y por el otro, un borreguito corriendo pavoridamente gritando como loco: 'No me gusta, no me gusta, NO ME GUSTA!'

Digamos también que a esas etapas, el niño por ser niño y más por el pánico que lo atenazaba, mostraba una agilidad que la digna señora no podía confrontar. Pero el hecho es que tras varias vueltas infructuosas, la suerte; (lo que es la suerte!); le permite finalmente a la señora acertarle un correazo al pequeño... por el lado de las patas. Pero correazo de los buenos.

Y que creen que sucedió?

El muy cobarde cambió los gritos desafiantes de 'No me gusta!' en otros de súplica miserable:

- Ahora me gusta el inglés! Quiero estudiar inglés. QUIERO ESTUDIAAAR!!!

Con lo que no nos queda más que confirmar que por un lado, el jovencito en cuestión no era uno de los valientes épicos y por el otro, un hijito único a quien lo trataban bien poco como 'único'.

Sirva como comentario final que la anécdota relatada es para reforzar mi posición en cuanto a que un chirlo en la ocasión correcta vale más que mil palabras, porque en el evento descrito hago notar que la noble dama no profirió ni una sola palabra; fue todo cine mudo; pero el mensaje entregado fue más claro y mas entendido que si hubiera sido explicado y voceado un millón de millón de veces.

'La letra con sangre entra.'

LA VIDA SOCIAL, EL BARRIO

Pasadas las improntas primarias, entramos en lo que podría denominarse la era del pibito de barrio. Eso era yo. Un pibe de un barrio medio en el Buenos Aires de los años cuarenta. Un chiquilín proveniente de una familia de clase media baja (a falta de una clasificación norma ISO, distingo a la Clase Media en: ALTA (guita + posición social generalmente a través de una profesión del padre - ya que las madres no iban a la facultad en esa época -); la Media MEDIA: donde hay o guita o profesión pero no las dos juntas) y BAJA (no hay guita ni profesión). Sin eufemismos ni vergüenzas sociales, puedo certificar que los Solsona éramos de la clase media 'bien baja'.

Había sin embargo algo bueno, que siempre me gustó y que de algún modo me llenó de orgullo: los viejos no eran pobres de origen. O de principios. O de moral. O de maneras. O de roce. Mucho menos de neuronas.

Lo que les daba esa connotación de 'bajos' era sin más ni menos que la contundente falta de dinero. Maldita sociedad que fue, es y muy posiblemente seguirá honrando el volumen de la cuenta bancaria frente a los otros valores que son mucho más 'valores'. Una pena.

Y cómo era entonces la vida de un pibe de barrio, clase media baja?

Temprano en la mañana escuela. Los tres primeros años de la mano del viejo y a partir del cuarto (que correspondía al tercer grado de primaria) solito o con algún compañero que siempre se avistaba en las 5 cuadras que habían desde casa a la escolita.

Vuelta al medio día al hogar y encuentro con el viejo que venía desde el centro a comer en familia. Luego del almuerzo a Papá le gustaba dormir una corta siesta y supongo que para que yo no jodiera con la pelotita, me llevaba a dormir con él, y luego de un par de comentarios y charlita, él se dormía y yo solo, aburrido, también lo hacía, desarrollando uno de los hábitos más saludables y ricos del ser humano, el que afortunadamente no solo incorporé sino que no abandoné hasta el final.

Luego de la siesta y ya listo para enfrentar la tarde, dos actividades importantísimas me esperaban: hacer los deberes y/o estudiar para el día siguiente y... salir a jugar!

Como hijo único que era, tenía buenas jornadas de soledad y si bien he pasado miles de horas entreteniéndome jugando a mil juegos con más imaginación que recursos físicos (juguetes), no podría decir que era un pibe solitario, porque las más de las veces terminados los deberes pegaba grito de 'me voy al potrero' a la vieja que lavaba o planchaba o hacía alguna de las tareas domésticas para las que no había ayuda alguna y me largaba a la calle donde absolutamente sin fallar siempre habría algún amigo entre los que no era difícil encontrar un compañero de la escuela.

Estos eran los pibes del barrio, la pandilla; un rejunte de unos 20 chicos entre los que a pesar de haber un montón más, recuerdo especialmente a Palito, Ricardo, Lechuga, el Goma, Mario Castro (el bullyboy), el Cabezón Gómez, Eduardito, el Polaco, Vicente, el Tano, Fosforito Ludueña y Felix 'Naní' Daglio, que junto con Ricardo eran compañeros míos de grado. Lo de 'Naní' – por 'nariz' – era obviamente, por su descomunal apéndice nasal. Curiosamente, Gra, su hermana 3 o 4 años mayor que él, portaba también una nariz de tamaño considerable, pero en ella pasaba totalmente desapercibida gracias a su increíble lomo, que ya a esa temprana edad nos hacía saltar los ojitos cuando salía o entraba a su casa y nos saludaba con condescendencia desde la posición de mujer mayor a los nenes imberbes que la observaban (observábamos) babeando.

Era ése rejunte un puñado de pibes de parecidos orígenes y clase social, entre los que había buenos y dulces, no tan buenos y un poco amargos y hasta algún grandote como ya he anotado, el Mario, que hacía las veces del pesado del barrio; arena, circunstancias y conjunto social que configuró la primera y gran escuela de vida donde aprendimos relaciones humanas a todos los niveles, la inmensa confraternidad y las primeras confesiones. Sin faltar tampoco las primeras discusiones que muchas veces terminaban a las piñas y patadas. Enorme formación que gracias a una increíblemente sagaz visión de los viejos, jamás me negaron y sí apoyaron, dándose cuenta que si a este hijo único lo obligaban a quedarse tras las faldas de la vieja, con el tiempo lo iban a transformar en un maricón sin contacto con la realidad y los peligros de la vida.

Y claro que había peligros pero me gusta considerarlos ‘peligros sanos, de los buenos, de los necesarios.’

Cuando hoy veo que los padres sacan a su hijo a montar un triciclo y le ponen un casco, rodilleras y coderas de Kevlar 49 o que hasta por ley un pibe no puede andar en auto en el asiento delantero; que en los parques públicos las escaleras de los juegos infantiles tienen que estar forradas de goma, que en algunos países no puedes llevar al chico en el caño de bicicleta, o que a un pebete de 10 años que bracea mejor que un campeón olímpico no lo dejan meter en una pileta si no hay un guardavida con licencia hasta para operar un cáncer; entonces me río pensando en la cantidad de veces que yo y otros como yo nos caímos igual que una pera madura de la rama de algún árbol; que era raro el día que volvías a casa sin chorrear un poco de sangre, sin raspones o moretones. Porque si pasaba un carro tirado a caballo lo corrías; por pura joda te subías en la parte de atrás y colgando andabas un par de cuadras y si te caías... te caías! y aprendías a no ser tan boludo en la próxima y a colgarte como se debía; o cuando a las largas por ahí pasaba un auto y luego de tirarle una bomba hecha con papel mojado y fideos pasados tenías que correr por tu vida porque el conductor muerto de la bronca te seguía por toda la cuadra y si te agarraba lo menos que ligabas era una patada en el culo o un buen cachetazo. Idéntica mala suerte que podía tocarte si el que te agarraba era el carrero del carromato al que corriendo te habías acercado y corriendo habías manoteado alguno de los cientos de duraznos que el tipo traía (el más inocente de los hurtos si es que los hay!).

Como no comparar los cuidados y prevenciones de hoy con las peleas a piñas y patadas con uno de la barra porque por jodón o desgraciado o hambriento le afanaste una galletita a uno que la traía floja en su mano, o con las batallas a cascotazos con los de la otra cuadra por un gol que fue o que no fue, o con las guerras con gomeras a las que cargábamos con ‘bulicas’ (semillas de los árboles de plátanos que adornaban las calles de Buenos Aires) y que cuando te daban en alguna zona fofa (el cogote por ejemplo) te dejaban poco menos que llorando de dolor y con una marca que duraba 15 días?

Copio a continuación algo relacionado que escribí en el libro *Kwakukundala* cuando hablo de mi niñez y que hace aquí a cuento:

“Entre tanto despliegue de tecnología apropiada, cómo no recordar un sistema lanzador de bombas, que consistía en varas flexibles clavadas en el suelo que utilizábamos para colocar latas usadas de conserva y tras flexionarlas, lanzarlas a distancia y con potencia contra ‘el enemigo.’”

“Este excitante juego, que desarrollábamos en un potrero cerrado de la calle Campichuelo al 200, y que llamábamos ‘Verdún’ en recuerdo de aquella famosa batalla de la Primer Gran Guerra; nos apasionaba, aunque terminaba relativamente rápido cuando alguna lata daba en la cabeza de un ‘enemigo’, quien llorando abandonaba trincheras y petates para ir a lavar heridas en su campamento.”

En aquella época pocos eran los autos que pasaban y jugar a la pelota en medio de la calzada, con dos latas como arcos era la de todos los días. Pero además y como cada dos cuadras había un potrero, un baldío o las mismas vías del tren que estando a solo doscientos metros de casa ofrecía mil lugares de aventuras, desde vagones abandonados a materiales varios como rieles, ladrillos, durmientes y muchas cosas más que gracias a la imaginación de aquellos pibes de antes, se transformaban en fuertes, castillos, guaridas de bandidos, carpas de indios o aviones (de los que volaban en esos días o de los otros tipo cohete, en un avance de ciencia ficción y futurismo).

Tres o cuatro lugares adicionales eran el sueño de nuestros sueños. Por la calle Bacacay al 900 y pegada a las vías había un baldío que nos congregaba con especial predilección.

Tenía unos árboles inmensos que parecían puestos solo para nuestros propósitos, con ramas gordas y horizontales en las que hacíamos casas aéreas comunicándonos entre ellas por medio de sogas o tablas y hablando entre casa y casa con teléfonos hechos con latas y piolines.

Por Martín de Gainza, frente al Club Ferro Carril Oeste, donde ahora no queda ni un resquicio de verde, había una chacra de 2 hectáreas dividida por alambradas en varios lotes, algunos con lugares verdes donde con dos varas plantadas en el suelo teníamos canchas de fútbol. Un italiano, Don Pascuale, dueño del lugar, no se molestaba y nos dejaba jugar con la condición de que no pasáramos a las zonas plantadas y en producción (era una huerta y supongo que el hombre vivía del producto de su chacra), y que por supuesto, no tocáramos ni sacáramos nada de allí.

La norma se respetaba bastante bien, aunque... en ocasiones... en verano... luego de algún partido particularmente agitado, los pibes, muertos de calor, y a pesar de las recomendaciones y amenazas del tano, mandábamos al carajo la prohibición y nos cruzábamos el alambre para robar algunas naranjas de los cítricos que tenía en cantidad. Quizás por el calor, quizás por la sed, tal vez por lo prohibido, esos jugos de néctar me sabían a manjar y en cuanto a los castigos del tano, nunca nos pasó nada por esos robos; porque siempre sospeché que la bondad de Don Pascuale era tal que desde su casa nos veía y sabiendo en la andábamos lo imagino con una cálida sonrisa diciéndose para sí mismo: 'Ahh questi pibi di porcaría!'.

Por Bogotá al 800 teníamos otro lugar de ensueño. La obra de un templo evangelista. Vaya a saber por qué razón el mamotreto quedó parado por varios años justo en el medio de la construcción. Era un edificio de unos 3 o 4 niveles, complicadísimo, con laberintos, escaleras, espacios enormes y otros minúsculos; cuartos y cuartuchos; arcadas y agujeros en las paredes como si fueran puertas para gnomos. Ni que decir que esta maravilla, libre para el uso de los pibes del barrio configuraba un castillo medioeval más atractivo que los de Chenonceau o Chambord; y allí dentro, en la época en que se nos daba por los caballeros medioevales jugábamos por horas y horas.

Los juegos eran simples. Nos dividíamos en dos bandos, los del Caballero Negro y los del Príncipe Valiente. Unos se metían adentro y eran los dueños del castillo en donde había un trofeo que tomar, el 'estandarte'; una vara torcida con un trapo sucio en la punta, que se colocaba en lo más alto de la torre del campanario del templo, justo hasta donde se podía llegar por las escaleras no terminadas; y los otros, los de afuera, los atacantes, quienes tenían que invadir y tomar el estandarte.

En la pelea, nos protegíamos con un escudo y para el ataque algunos caballeros llevábamos lanzas y otros espadas. Queréis vosotros conocer la descripción de estos artilugios bélicos? Escuchad!

Escudo = un cacho de madera o lata con un alambre para agarrarlo desde adentro.

Lanza = un palo un poco largo.

Espada = un palo cruzado por un palito más corto.

La lanza tenía más alcance pero era más difícil de manejar en tanto que la espada si bien de menor llegada era más dúctil y maniobrable. Yo era de las espadas, porque si conseguía eludir el palazo de la lanza entonces teniendo al otro bien cerca le daba sin asco con mi mágica Excalibur de eucalipto.

El desarrollo del juego era así: los defensores del castillo metidos todos adentro del templo, esperando, bien atrincherados, cerradas las entradas con algunos tablonces y caballetes de la misma obra.

A la voz de 'Ataque!' los de afuera siempre se daban maña para tirar abajo, a las patadas, las defensas. Conseguido esto y una vez en contacto directo los de afuera con los de adentro... empezaban los palazos!

Curiosamente esto funcionaba exactamente igual que en el lejano pasado cuando la toma de baluartes. Si en medio de ese fragor te encajaban un palazo bien metido, por culpa del dolor y de las ganas de que no te dieran más salías como rata por tirante o te hacías a un lado o te tirabas al suelo, en cuyo caso no te pegaban más y pasaban por el costado. El que te había encajado el palazo gritaba: "Muerto!" y como estamos hablando de lo que sobraba en aquella época medioeval, que eran los caballeros, se hacía honor al honor quedándote mosca tirado en el suelo como muerto que estabas; para desde esa cómoda y ahora segura posición mirar como seguía la matanza o sino cuando te habías recompuesto del dolor, directamente salías a la puerta a esperar que la batalla terminara. Al rato, allí, a la entrada del templo -es decir, del castillo- nos reuníamos todos para saber si el estandarte se había tomado o no y para discutir juntos, los avatares y características de la batalla vivida.

Lo bueno del caso y que le daba un atractivo interesante al juego era que a veces ganaban los atacantes tomando el estandarte y otras tantas los defensores conseguían repeler los ataques y no había como desalojarlos o tomar el banderín.

Aunque parezca cruel o violento, no sé si por lo relativamente ineficaz de las armas de ataque, por la protección de los escudos o porque este juego siempre era invernal y con el frío uno andaba con dos o tres pulóveres para abrigarse, lo que configuraba una blindaje hasta mejor que el mísero escudo, no recuerdo que saliéramos más que con un par de moretones o raspones cuando mucho; y en solo una oportunidad ocurrió que a un pibe casi le sacan un ojo. Con una lanza le hicieron un corte de importancia justo al ladito del de mirar. Que magia o que códigos no escritos pero tácitos teníamos! Porque cuando algo grave así pasaba, el juego se detenía mágicamente y todos trataban de ver cómo solucionar el problema que se antojaba un problema de todos.

Creo que en aquella época nunca mejor empleado el proverbio que dice que 'lo que no te mata te fortalece'. Era un fortalecimiento no solo físico, sino también espiritual, emocional y social. Una verdadera universidad que te preparaba mejor que Harvard o Princeton para lo que venía más adelante.

Esa era mi vida de juegos y de pibe de barrio. Pero había también otra, la más social, la familiar.

Como he dicho varias veces, tuve la inmensa fortuna de crecer en un ambiente de armonía, calor y afecto. La relación entre mis padres siempre fue muy buena, y a pesar de que con los años desarrollé un cierto cinismo en relación a la institución del matrimonio y una enorme desconfianza sobre las posibilidades de éxito de una larga relación entre un marido y una esposa, la unión de mis padres no deja de presentarme un ejemplo de que se puede, de que a pesar de dificultades, tentaciones y miles de problemas, algunos son capaces de preservar por toda la vida una relación de afecto, calor y color.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA MEJORA

He mencionado en páginas anteriores la famosa hostería y en este punto del relato es necesario hacer una nueva mención pues la hostería estaba relacionada en lo familiar con la mejora de la entrada económica.

Luego de 4 o 5 exitosas temporadas vino la venta y abandono de la actividad hotelera tal como he explicado, y si bien el producto monetario de esa labor había sido interesante, el dinero hasta ahí producido había tenido un solo destino: el banco donde estaría seguro hasta que se tuviera que usar en algo importante.

En tanto, había que seguir intentando mejorar las entradas que seguían siendo flojas.

En su búsqueda de alguna actividad que aumentara la exigua entrada monetaria que traía el viejo, Mamá intenta un par de cosas. La primera fue vender productos cordobeses. Había conseguido un contacto en Colonia Caroya, norte de Córdoba y desde allí se hacía traer la producción comestible local, a saber: dulce de leche, chatres, alfajores, quesos de cabra, vino de uva chinche, miel y otros. Se había comprado una balancita (azul con plato metálico) y entre vecinas y amigas se hacía unos pesitos vendiendo los comestibles. Pero eran monedas y los requerimientos no para comer sino para un futuro más venturoso y seguro requerían mayores entradas.

Y aquí es donde llega lo de la belleza, los tratamientos faciales; a los que también he hecho ligera referencia, pero que en este lugar es donde ampliaré pues de algún modo tiene que ver con el tratamiento de hijo único-no-único que siempre tuve.

Mirando y mirando en el limitado contexto en el que se movían los viejos, no había mucho para investigar. Pero alguien le habló a Mamá de que había ido a hacerse un tratamiento de belleza y posiblemente su afinado olfato le indicó que es podía ser un camino a explorar. Sacando algún pesito de sus ahorros pidió una cita con quien le dijeron era una experta en tratamientos de cutis. Una húngara que vivía en el centro. Allí fuimos la vieja y yo, a la sazón un purrete de 7 años, casi 8. Recuerdo que me senté quietito con mi papel y mi lápiz para dibujar y mientras la húngara trabajaba sobre la cara de Mamá yo miraba de reojo al tiempo que me salía una casita toda torcida con unos árboles a los que parecía les había agarrado la sequía.

La vieja (mi vieja no la otra) debe haber colocado los radares en situación de emergencia porque al parecer no perdió ni el más mínimo detalle de lo que la experta le hizo ese día. Sin decir mucho se fijó y fijó en su mente desde el tipo de masaje a las cremas que usaba, los tiempos dedicados al mentón, las mejillas y los párpados. Los aparatos que manejaba y sobre todo lo que la mujer, en su afán de consolidar una nueva clientela decía con abundancia de datos, como por ejemplo en el capítulo de las cremas, súper sanas, lubricantes y revigorizantes del cutis que ella misma hacía a base de lanolina y vaselina. Lanolina y vaselina? Je! What a good piece of information!!

Terminó la sesión y volvimos a casa, portando ella una inmensa sonrisa de complacencia. Estaba radiante por el masaje recibido pero mucho más porque algo interno le decía que había dado con el bingo! Por ese lado, por el de la belleza estaba el futuro venturoso que buscaba y hacia allí había que apuntar. Que perspicacia, que visión, que inteligencia!

Ya en casa y tras comentarle excitada a Papá todo lo vivido, en menos que canta un gallo y sin que mediara ningún plan demasiado complicado, decidió que a partir del día siguiente largaba hacia el nuevo rumbo. Como era costumbre, Papá aprobó y prometió apoyo; y sin que pasaran más de 48 horas desde la visita a la húngara, la vieja ya había conseguido la vaselina y la lanolina y mezclando y probando, variando concentraciones y agregando aquí y allá perfumes y otros insumos (hasta metió clara de huevo lo que resultó inmejorable), en dos o tres noches de arduo trabajo, entre ambos consiguieron producir el primer kilogramo de crema, que con muy pero muy pocas variaciones acompañó su campaña a lo largo de las décadas en que trabajó como cosmíatra.

El segundo paso fue desarrollar un método práctico operativo. Había que preparar una técnica de trabajo. Es decir una rutina. Esto quizás no fue tan difícil pues recordaba con exactitud los movimientos que le había hecho la húngara y con el auxilio de unas pocas voluntarias (mi prima Monona, sus amigas Elida y Margarita más un par de vecinas y hasta el mismo viejo que prestó su caripela) en 3 o 4 días adicionales estuvo lista para largar. La chispa de los Márquez había convertido a una mujer desorientada en qué hacer, totalmente discapacitada en la nueva actividad y sin absolutamente ninguna experiencia, en una profesional lista relista para salir a ganarle al mundo. Ésa era la vieja!

Pero aún le faltaba algo, y aquí viene la justificación a todo este rollo pues si el lector bien recuerda, esto de la belleza lo comencé a contar dentro del contexto del hijo único-no-tan-único.

Lo que faltaba era el gabinete, el lugar de trabajo. El espacio físico.

Una noche, la vieja me agarró y me dijo que había que trabajar y que todos íbamos a tener que hacer algún sacrificio. Que vendrían mujeres (clientas) para ‘hacerse la cara’ y que la casa estaría la mayor parte del tiempo ocupada. Que del poco espacio que había en el departamentito, quedaría mucho menos aún, pues el comedor-living iba a convertirse en sala de espera y que mi cuarto (el cuarto del ‘hijito mimado’) iba a convertirse en el gabinete de trabajo.

Con mis ocho años ayudé al viejo a colocar un tirante que dividía al cuarto en dos. Una cortina dejaba ocultos el ropero y la cómoda y en lo que sería el ‘gabinete’ quedaban la cama (a partir de allí pasó a llamarse ‘camilla’) un boudoir donde colocaría los implementos necesarios para los masajes y un gran espejo. Un sillón del patio hizo durante algunos años de butaca (más adelante compró un sillón más cómodo) y voilá! listo el gabinete y adiós el cuarto del jovencito!

En el departamento de Rojas vivimos hasta que tuve 21 años; lo que quiere decir que pasé la terminación de mi primaria, toda la secundaria hasta haber entrado en la facultad sin cuarto y sin casa pues cuando llegaba al hogar, entraba y me quedaba en la cocina, y muchas veces viendo que el comedor estaba lleno de mujeres me retorcía aguantando las ganas de mear o cagar, pues dándome vergüenza de pasar entre tanta mujer me aguantaba para no ir al baño. Las inacabables e incontables horas de estudio las hice con los libros y apuntes colocados en la mesa de la cocina, sentadito yo en un banquito de madera, diámetro 25 centímetros. Cuatro patas. Color verde. Que me dejaba el culo chato como feta de mortadela.

Aquí debo incluir unos párrafos sobre esto de la belleza pues signaron nuestra vida en más de un sentido y también porque hace al espíritu y temple de Mamá.

Si bien los inicios de su profesión fueron totalmente al tanteo, rápidamente la chispa de la vieja, unida a una capacidad de observación y una predisposición para el hacer, fueron a través

de un proceso de aproximaciones sucesivas, de éxitos y supongo que también de algún error, engrandeciendo su conocimiento. No había pasado mucho tiempo cuando su accionar fue variando del simple masaje facial a algo mucho más profundo, que en pocos años estuvo ligado a un conocimiento que tenía muchísimo más de tratamiento dérmico, orgánico, médico, que de algo puramente mecánico.

Es así que corrida la voz de clienta a clienta (Mamá jamás hizo propaganda y como expresé nunca salió del ámbito de su hogar), llegaban a su gabinete mujeres con miles de problemas. Acnés, pruritos, huellas, cicatrices, crasitudes o securas, varices, venas, pelos y pelitos; todo, todo tenía solución en la observación, las manos y el consejo de la vieja.

Apenas se sentaba alguna mujer en el sillón, Mamá la miraría y le diría cosas como:

- Tiene que suprimir tanto hidrato de carbono de su dieta – o ...
- Lo suyo requiere no menos de un par de gramos de vitamina C por día

Como he mencionado en las primeras páginas de la introducción, sus logros y su fama habían trascendido largamente el ámbito cerrado por las paredes de su gabinete y era común que cuando Mamá preguntaba a una nueva clienta quien la había recomendado, la respuesta fuera 'el doctor tal' o 'el dermatólogo cual'.

En resumen que su increíble capacidad intelectual la hizo crecer a alturas impensables si uno tenía en cuenta su humildísimo origen y la educación que disfrutó, aunque en rigor debería decirse 'que no disfrutó' y que de alguna forma su misión social en la vida no se verificó como ella quizás hubiera querido, siendo monja o dando comida en una parroquia o iglesia, sino a través de la mejora en el cutis y la autoestima de miles de mujeres que pasaron por sus maravillosas manos.

Y no es errado decir que había una cuota de 'cosa social', porque los tratamientos de la vieja eran baratos. Sus atenciones nunca tenían el sello de 'buenas pero costosas' y si bien los bajos costos de atención podían verse como una estrategia comercial, muchísimas veces le oí decir: 'Como voy a cobrarle caro si esa pobre mujer necesita el tratamiento y no lo puede pagar...?'

Pero tampoco era tonta y sus ganancias si bien no estaban en el monto individual lo estaban en la cantidad. En vez de una venta de 10 pesos ella hacía 10 ventas de 1 peso y con ello las entradas de dinero desde el mismo inicio de su actividad fueron interesantes.

EZEIZA

Estamos ya en los alrededores del 1950 (yo con 10 años) fecha en que, secundados por la bonanza descrita en el párrafo anterior, varios indicadores de la economía solsoniana comienzan a mostrar mejoras importantes.

Cambiamos heladera, se compra una licuadora (Osterizer), tengo ya más de un pantalón y como dos o tres zapatillas para jugar. Una vez cada 15 días me dan plata para ir al cine a ver la función de dibujos y las series. La familia se hace socia del Club Ferro Carril Oeste cuya sede a solo 200 metros de nuestra casa y donde comencé a hacer deporte y jugar con los chicos que allí conocí abrió nuevas puertas.

Pero hay más. Los viejos se reúnen con amigos una o dos veces al mes a comer en la casa de alguno de ellos (o en casa) y hasta en algún restorán de moda (ya no más la pizzería ut supra descrita). Y siendo que los fines de semana se pasan... medio aburridos encerrados en el departamentito, los esposos, con ganas de estar al aire libre encaran lo de Ezeiza.

Pancho, el inefable y amable Pancho, había comprado hacía milenios una hectárea por allí perdida y a solicitud de Papá, se la vende, con lo que los viejos deciden levantar una casa de fin de semana.

El lugar era medio donde el diablo perdió el poncho, en Canning, cercana a la localidad de Ezeiza, distante unos 40 Km de Buenos Aires. Un predio a 2 kilómetros de la estación de tren y sin mucha gente cerca. Puro campo. Pero lindo. El predio rodeado de 100 eucaliptos enormes y con solo tierra de estancias alrededor.

Para llegar hasta el lugar había que hacer un largo viaje que incluía un tranvía desde Caballito hasta Constitución. Allí tomábamos un tren que nos dejaba en la estación de Ezeiza y venía entonces la caminata, las interminables 20 cuadras que hacíamos cargados con bolsos y paquetes, de los que yo no me salvaba y que me parecían una tortura atroz.

'Ezeiza', (de aquí en más llamaré así al lugar, la casa, el entorno, el fin de semana) se transformó en un hito familiar adonde confluyen dos cosas importantes para mí en la etapa de pibe desde los 10 a los 15 años.

Se comenzó con unas idas los tres a pasar el día, con una canasta con unos sándwiches para el mediodía y unas galletas y mate para la tarde.

Los viejos eligieron el lugar y armaron un plano de la casa por demás simple. Una galería de baldosas rojas con la entrada a un pequeño living comedor que tenía una chimenea. Un cuarto principal con dos placares y un segundo cuarto bien mínimo. El pequeño baño daba a los dos cuartos y una minúscula cocina con una pileta, una cocina/fogón Istilart (a leña) que permitía preparar alimentos y que también calentaba el agua para el baño. El segundo cuarto tenía una puerta que daba a la parte de atrás, un patio de ladrillos. Toda la casa no pasaba de unos 45 metros cuadrados y si bien la construcción era noble, toda la implementación era más que simple y precaria. El agua había que bombearla con una bomba de mano a un tanque elevado (si habré pasado horas bombeando para llenar el maldito tanque!); y como era campo campo y no había electricidad, de noche nos iluminábamos con dos lámparas a kerosén y un farol 'Luz de noche'. Una simplicidad que hoy estaría a nivel de lo que se tiene en una villa miseria o pueblo joven pero que para nosotros significaba un paso hacia arriba en el camino a una vida mejor; a un estatus más elevado y a un disfrutar de fines de semana como verdaderos magnates.

Con Papá y mi ayuda plantamos un montón de árboles frutales. Teníamos higos, duraznos, peras, quinotos, manzanas, ciruelas, granadas. Papá separó la hectárea para tener dos zonas, una con la casa, jardín y frutales y la otra de campo donde sembraba alfalfa para los caballos. Todo muy simple y básico pero puro, natural y amable.

Lo importante de Ezeiza era que configuraba un escape maravilloso y un sistema de recargar pilas que los viejos usaron por muchos años con la mejor de las performances.

Para ellos, que siempre iban solos, era un estar tranquilos, juntos y disfrutando cada uno a su manera de la vida rural. Mamá se relajaba de sus ajetreadísima rutina semanal del gabinete to-

mando sol y leyendo libros. A veces tejía y a veces se dedicaba a la cocina. Papá se enfrascaba en las tareas rurales, podando plantas, cortando pastos, arando, sembrando, cosechando, cortando leña. El hombre trabajaba como un eunuco y todo con doble esfuerzo por lo precario de sus herramientas y utensilios de campo, a saber: una pala ancha, una de puntear. Rastrillo, hacha y sierra para madera. Una caja de herramientas con un martillo, tenaza, pinza y destornillador. Como muestra de la tecnificación exacerbada teníamos un arado de mancera y un sulky, ambos tirados por el Chiche (ver más adelante). Y se acabó. Con eso se hacían las mil cosas y con eso se paseaba y hacían compras.

Y yo (aquí es donde hablo de una de las cosas que me hicieron tan bien de Ezeiza), jugaba solo o con mis amigos (muy a menudo me dejaban llevar algún amigo o compañero de escuela) o bien me largaba a andar a caballo 'abriendo caminos' (la segunda cosa importante que me dejó Ezeiza).

Jugar en Ezeiza no era jugar en el barrio o en la plaza. Aquí había enormidad de todo; fundamentalmente de espacios abiertos. Si queríamos ir a pescar había un par de lagunas, que aunque misias (más bien charcos) y que no permitían pescar más que tres o cuatro ranas significaban expediciones interesantísimas. Podíamos jugar al fútbol en una cancha sin fin, a veces pateando la pelota por cientos de metros y luego volviendo atrás. Subirse a los enormes eucaliptus que rodeaban el terreno era abstraerse en un mundo distinto. Uno de estos inmensos árboles tenía las ramas tan bien colocadas que había armado una casa tipo Tarzán y supongo que juntando las horas que pasé ahí arriba podría decir que en mi vida de homínido, tuve mucho de arbóreo.

Lo bueno de todo esto es que estando solo o acompañado, estos árboles y ésta vida se abrían a la imaginación y me enriquecieron en forma enorme. En tantos fines de semana jugando e imaginando, mi mente abrió puertas maravillosas que me permitieron correr aventuras en mundos lejanos en medio de marcianos y jovianos, ser el cowboy más rápido de la comarca, el Tarzán del nuevo mundo o el submarinista de las profundas moradas de los aquamen. Subir desde las ramas más bajas a las más altas del eucalipto era pasar de la cubierta inferior a la superior del submarino, o del avión, o del barco o de la casa de la selva o del castillo que había que tomar. Y las ramas y hojas que me envolvían pasaban de ser los tules que se agitaban en las ventanas de la alcoba de algún castillo o las algas gigantes del mundo submarino de los delfines parlantes o directamente se transformaban en los temibles seres gelatinosos del segundo planeta de Aldebarán.

Creo poseer una viva y fecunda imaginación; y el origen de ella no puedo equivocarme, fueron mis andanzas por los mundos fantasiosos que los juegos de Ezeiza me brindaron.

La segunda cosa que le agradezco a ese lugar de fin de semana fue la libertad de mente que me dio. De mente y cuerpo. A eso iré en un minuto.

Al cabo de dos años de que Ezeiza estuviera implementada y que nosotros ya hubiéramos desarrollado la cultura de ir todos los fines de semana, los viejos decidieron comprar caballos. Un caballo era algo fácil de tener y se vendían en la zona a precios muy bajos.

Tuvimos varios. El Chiche, un azabache más bien chicón, duro y trabajador pero de mal carácter. Yo no lo quería pero era el que hacía todo. Era el caballo de tiro que servía para el arado o para tirar del sulky. Luego el Pinto, un zaino bueno para andarlo aunque de vez en cuando afloraba una pata y cuando lo hacía trastabillaba y casi se iba al suelo. No me gustaba por eso, por

lo poco confiable. Tuvimos también un buen caballo negro, que era zarco y que por un alarde de imaginación bautizamos como el Zarco (un ojo zarco es un ojo sin pigmentación, color blanco o azul blanco). Este animal era bueno para galopar y un bicho sin problemas. Le tenía aprecio. Luego estaban Rocinante un ancudo de color rojizo de galope largo y sostenido, pero de tiro corto porque se cansaba pronto, por su edad sin duda; y Matusalén, un tordillo viejo como el Matusalén de la biblia, que fue el tipo más anciano que se menciona en el antiguo testamento y que llegó a cargar nada menos que 900 y pico de años. Nuestro tungo era tan vetusto que no podía andarle muy lejos en edad a lo del patriarca. Era viejo de verdad. Rocinante y Matusalén eran los caballos para las visitas que no sabían andar muy bien o para los chicos más chicos. He descrito los caballos ‘comunazos’ que pasaron por Ezeiza, pero ahora destacaré al rey de todos los reyes. Porque en rigor toda la caballada descrita era barata, flojona, vieja o con problemas mecánicos. Con mañas o de mal carácter. Viendo la calidad de esos pingos, el gran Martín Fierro seguro habría dicho: ‘Se ve que no es tropilla de indios.’

Hasta que llegó el Picaflor.

Una siesta, mientras los viejos dormían el sueño de los justos, jugaba yo con mis amigos imaginarios a la pelota bajo el fuerte sol del verano cuando se acerca al alambrado un paisano de buen mirar; montado en lindo corcel y con otro caballo a la rastra. Con una sonrisa me pregunta:

- Está tu papá?

Le iba a decir que estaba durmiendo la siesta y que no quería que lo molestaran pero algo me dijo que este tipo era un gaucho bueno, que era importante, que tenía algo que decir; así que entré al cuarto y los desperté al viejo y a la vieja que estaban en lo mejor del Morfeo. Se acercan ambos al alambrado y tras saludar, el paisano le dice:

- Mire mi amigo, si le gustan los caballos, tengo éste que es un lujo y que lo vendo por necesidad. Solo por necesidad... porque éste es un caballo que no se debería vender.

Nuestras miradas se concentraron entonces en el animal que traía a tiro. Un alazán roano (crines blancas) de buena alzada, joven, vivaz, con un fuerte cuello, ancas redondas, patas sólidas, pecho ancho y una hermosa cara.

El gaucho dijo el precio que era alto, pero era tan obvio que los tres, Papá, Mamá y yo nos habíamos enamorado del bicho en el mismo instante en que fijamos la vista en él que los viejos no saltaron ni retobaron. Dieron en cambio un paso atrás, conversaron entre los dos unos minutos, tras los cuales con una sonrisa Papá se volteó, se acercó al caballo, le acarició el pescuezo y para mi maravilla escucho que le dice al hombre:

- Ta bien! Lo compramos. No hay duda de que es un gran caballo!
- Y como se llama? – preguntó Mamá
- Picaflor – dijo el paisano.
- No me gusta – dije yo
- A mi sí – dijo Mamá, y ahí quedó sellado el nombre.

De ahí en más el Picaflor pasó a ser parte de la familia.

Familia que tuvo un problema al respecto del bicho pues nunca se llegó a dilucidar a quien 'per-tenecía' el animal. Papá decía que él lo había comprado y que por ello era 'su' montura. Mamá decía que a ella no le importaban los caballos pero que éste era distinto, era como un hijo más, por lo tanto era suyo. Y yo que no decía nada pero que como era el que pasaba horas y horas con el animal, sentía que la comunicación que había entre ambos era tal que en el planeta Tierra este caballo solo podía tener un amo, un dueño, un compinche y un amigo... y ése era yo.

De la misma forma en que tantos chicos forman duplas de una enorme amistad con un perro o un gato, yo me volví uña y mugre con el Picaflor. Podía pasar horas rasqueteándolo, peinándolo, acariciándolo, hablándole. Con tanta pasada de manos por todo el cuero lo acostumbé a no tener cosquillas y ante la mirada incrédula de algún paseante o visita a Ezeiza, yo me paseaba agachado entre sus patas sin temor a una coz; o lo montaba y con solo tirarle las riendas lo hacía parar en dos patas. Me di cuenta que no le gustaban las plantas con abrojos; entonces colocaba montones de esas plantas y lo enfilaba al galope tendido hacia los mismos y como no le daba pie a que parara, el bicho no tenía más remedio que saltar, y así de a poco lo acostumbé a saltar alturas cada vez más importantes; hasta que en una oportunidad me animé a encarar a un alambrado completo. Lo azucé, largué con todo y no le di tiempo a parar o esquivar, por lo que no tuvo más remedio que saltar; y como era un caballo de una fuerza y lozanía increíbles lo hizo limpiamente, tanto que hasta sobró un montón todavía. Y no solo saltaba. Un día me conseguí un taco y un par de bolas de polo y taqueando por horas y horas lo acostumbé también a portarse como petiso de polo siguiendo la bola y poniéndose de costado para que yo taqueara con comodidad. Con solo un talón o apretón de piernas podía hacerle variar el paso o el tono del galope. Era el caballo perfecto si uno lo miraba como caballo. Y era el caballo más lindo y noble si uno lo tomaba por amigo nomás, porque su carácter era dulce, tierno, dócil y cariñoso. Era tal la onda que había entre los dos que al verme me daba cuenta de que se ponía contento, sabía que llegaba el amigo, el compañero de juegos que le daría una caricia o que le traería un terrón de azúcar y que decir que cuando enfilábamos para el pueblo a la tardecita, y cuando estábamos cerca de la heladería juro que él sabía perfectamente lo que se venía y se deleitaba de antemano; porque el heladero que nos conocía, al vernos llegar preparaba dos barquillos de 20 centavos; de chocolate y frutilla para mí y el otro de durazno para el Picaflor; porque si algo disfrutaba ese animal eran los helados. Parados en la puerta de la heladería era una fiesta para mí y para los que estaban comiendo helados ver al caballazo éste comerse su helado como un chico goloso, y mientras lo comía, sin haberlo ensayado ni nada, yo le preguntaba: 'Te gusta?' y en tanto terminaba de manducar su porción subía y bajaba la cabeza como los caballos de circo. Una delicia.

Todo eso era este caballo y aquí la segunda de las cosas lindas que Ezeiza a través de este caballo me dejó: el sentimiento de la libertad y el de siempre buscar nuevos horizontes.

Porque había días, cuando estaba solo, sin amigos, que le decía a los viejos:

- Me voy a pasear hasta la noche

Y armando una mochilita con un sándwich y un poco de agua ensillaba al Picaflor y con un adiós me largaba por todo el día con la aprobación del viejo que supongo le gustaría ver que el

gurí tenía su cuota de independencia y con el consentimiento de la vieja que sabía que nada malo me iba a pasar porque el caballo me traería de vuelta al pago. No había forma de perderse.

Estoy hablando de los fines de los 40, principios de los 50 y donde hoy hay muchas casas, countries y hasta algunas villas, en aquellos tiempos solo estaba el campo con huellas de carros.

Era así que escogía un rumbo y para allá me largaba, al paso o al tranco, despacio, mirando el paisaje, hablando con mi caballo, pensando y filosofando lo que un chico de 12 o 13 años puede pensar o filosofar, que no recuerdo bien que sería; pero lo que es seguro y eso si recuerdo, es la sensación de amplitud que me daba esa visión de una pampa enorme y despoblada y le emoción e intriga que me aportaba cada vuelta del camino o aquellas largas rectas matizadas quizás por uno o dos ombúes, con mi Picaflor y yo siguiendo un horizonte que nunca llegaba.

Allí desarrollé el afán de responder al reto de esos confines desafiantes que parecían decir: 'Aquí estamos! Porque no te animás?!

En esos viajes solitarios comprendí que no hay un solo horizonte sino muchos, que detrás de una curva del camino hay otra curva y que si vemos algo bueno o lindo por aquí, por allá puede haber algo mejor. Por eso cuando años más tarde tuve mis propias alas, viajé. Mucho. Siempre viajé; y como poca gente esos viajes me llevaron a vivir en varios países y en muchas ciudades. Nunca me sentí demasiado atado a un lugar y también saqué que las enormes ciudades con miles de departamentos por cuadra me son lindos, entretenidos y atractivos; pero por muy poco tiempo. Luego me gusta volver a la calma, a la soledad. Tengo que confesar que solo me siento tranquilo y en paz cuando mantengo un inacabable espacio ante los ojos.

Y eso... todo eso, se lo debo a Ezeiza y a ese maravilloso amigo que se llamó Picaflor.

14 - 18

[De púber a adolescente
o de sonso a menos sonso]

LA ESCUELA SECUNDARIA

Comienzo esta etapa de mi vida, continuando con la etapa educacional. Entro ahora en la etapa del secundario, que comencé en marzo de 1954 y terminé en diciembre 1958; años en que se recorre el interminable camino desde el niño al que le cambia la voz hacia el púber sonsonazo, luego al adolescente con cara de salamín y finalmente a una especie de semi hombre, que es cuando ya se tiene una cara y un cuerpo más respetable y una actitud un poquito menos alborotada.

Entremos en el colegio.

Dentro del esquema educacional argentino, la secundaria sirve para preparar al egresado según la orientación que escoja. Un chico puede al salir del secundario orientarse a la teneduría de libros, al comercio. Estudiará entonces en la escuela Comercial y tendrá al recibirse su título de Perito Mercantil. Si desea enseñar, estudiará Magisterio y obtendrá el título de Maestro/a. Si quiere trabajar en la rama técnica, se escogerá cualquiera de las muchos tecnicones que producen Técnicos Mecánicos, Eléctricos, Forestales, Químicos, Maestros mayores de obra, etc.

Mi elección fue muy simple. Mamá la hizo por mí. Su razonamiento fue el siguiente: 'Felipito no solo va a ser un buen profesional, sino que también tiene que ser culto e informado. Debe ir al bachillerato'.

El bachillerato era el menos glamoroso porque a diferencia del resto de las opciones educacionales secundarias, era el único que no otorgaba un título habilitante. Si uno se recibía de bachiller eso no le servía para entrar a trabajar directamente en ningún lado. Cual era la ventaja entonces de seguir esa dirección? Que como ninguna otra especialidad en el bachillerato se proveía a los muchachos y chicas de una amplia información general. Se les entregaba un caudal enorme de conocimientos con la intención de sacar 'gente culta' de sus filas.

Como es obvio a estas alturas del relato de mi biografía, no mentí al principio de las líneas cuando dije que la pobre Elisa quería tener un hijo A-1. Que todo lo que se le había negado a ella, su querido vástago lo pudiera disfrutar para ser un verdadero triunfador.

Como casi siempre, la vieja tenía razón y en esto de la capacitación (tanto de estudiar, como lo que había que estudiar –y aquí incluyo hasta el famoso inglés-) tampoco se equivocó. En esto de elegir el bachillerato también le pegó en el centro.

Luego de un exigente pero exitoso examen de ingreso (saqué 43 puntos sobre 45) conseguí una plaza en el Colegio Nacional Mariano Moreno (Rivadavia 3577 aunque entrabamos por la calle de atrás, por Bartolomé Mitre). Mi División: la 1°- 5ª.

El Moreno era un colegio de primer nivel al que habían concurrido hombres famosos de la historia argentina. Un colegio señorial, de tres plantas, importante edificio que hasta tenía una pileta de natación en su subsuelo. Aulas espaciosas, iluminadas, confortables.

Lo que aprendí en esos 5 años del Moreno no solo me sirvió hasta el presente (aún recuerdo muchísimas cosas aprendidas en aquellos días), sino que me abrió la mente en una forma que también disfruto hasta hoy a través del ansia de ver más, de conocer mejor, de ampliar mis conocimientos. Los años pasados en esa casa no solo fueron buenos desde el punto de vista educacional sino también en lo social, pues allí forjé amistades que perduraron hasta el presente.

Estudiar y aprender tampoco me resultó pesado o difícil es esta nueva etapa. Igual que con la primaria, la secundaria me trató cómodamente y anduve sin problemas o notas bajas.

Si bien ya no fui el primero tuve un alto desempeño y nunca llevé una materia a examen, con excepción del último año en que una excelente profesora por una tontera me tomó ojeriza y en forma absolutamente injusta me mandó a examen, y aunque lo pasé en diciembre con facilidad, me hizo perder el invicto. Pero no hay dudas de que fui un muy buen alumno, sin preocuparme ni preocupar a los viejos. Al punto era tan distendida la cosa que si algún día por muy complicado o porque se había juntado demasiada presión ‘no me convenía’ ir, directamente avisaba en casa que ‘mañana no voy al cole’ y era tal la confianza en que no haría cagadas que los viejos me decían simplemente: ‘Vos sabrás lo que hacés’ y como evaluaban los resultados y éstos eran rebuenos, entonces me dejaban hacer.

Tal libertad me había ganado por la responsabilidad que mostraba, que había llegado casi al final de mi carrera en el secundario sin saber que era una ‘rata’, un escaparse sin ir a clase, sin haber conocido el atractivo sabor de lo prohibido.

Como había visto miles de veces a un montón de compañeros rateándose, me dije que no podía morirme sin haberme hecho una escapada al menos; así que un día que se antojaba medio bravo por un par de profes que iban a tomar lecciones, me uní a otros 5 vagos que no iban a entrar a la escuela por esa misma razón. ‘Adonde se van a ratear?’ les pregunté. ‘Al Ancla’ que era una playa sobre el Río de la Plata en Vicente López.

Temprano al día siguiente salí para el cole como todos los días; pero en la valija no llevaba libros sino zapatillas y un pantaloncito para jugar al futbol, un sándwich hecho a escondidas y una banana. No dije nada en casa (ese era el secreto de hacerse la rata, al menos para mí) y me fui con una emoción enorme. En la esquina del cole nos juntamos los 6 pibes y nos fuimos a Retiro.

Tomamos el tren y nos pasamos el día en la playa, jugando, disfrutando, charlando con unas chicas que aparecieron por allí. Volví a casa a la hora normal y los viejos ni se dieron cuenta de nada. Terminado el episodio, ahora 'sabía' lo que era una rateada, pero no sé si la disfruté tanto o si me pareció que no valía la pena. Quizás por la libertad que me habían dado y el sentimiento de responsabilidad que me habían metido dentro, creo que en el fondo ni se justificó no haber ido a clase ese día. Pero en fin... al menos había tenido la experiencia!

Como corolario de mi pasaje por esta etapa educacional debo decir que fue buena, tranquila y que disfruté de esa estancia en el secundario; pero lo más importante es destacar que me sirvió en muchos aspectos de mi vida futura.

Unas nuevas 'gracias', para el país, para la educación que me brindó y para el recordado Sarmiento.

Ligado a los tiempos de la escuela, están los tiempos sociales, en este periodo en que uno pasa de niño a muchacho. La etapa entre los 14 y los 18 años es de cambios, de búsquedas, de descubrimientos, de aperturas, de crecimiento, de maduración, del despertar del sexo, de los comienzos de la independencia.

Con toda esa mezcla de cosas que indica el párrafo anterior, es entendible que muchos padres se mesan los cabellos por lo difícil que puede ser entenderse con los cambios del proceso. En mi caso y por lo que he visto en el caso de mis amigos íntimos, la fase de entrada en la adolescencia no fue tan difícil. Creo que había dos variables que facilitaban las cosas para todos los involucrados; elementos que hoy han desaparecido en buena medida.

La primera variable, era un sistema de jerarquías bien establecido. El viejo era el viejo y donde reina el rey... calla sabiamente el monigote. Cuando hoy veo que una madre no se compra una camisa que necesita porque el dinero lo usa para cumplir con el capricho del pibe que quiere un *Transformer* de los grandes; o cuando un padre o madre se levantan para dejarle el mejor asiento al nene o a la nena, directamente no puedo entender a donde mierda se fue todo. Porque cuando Felipito, hijo único, adorado, cuidado y amado como... hijo único, entraba con Papito y Mamita al vagón del subte, si había un solo asiento libre, allí se sentaba la mamá. Si había un segundo asiento vacío allí se sentaba el papá y si luego sobraba un tercer asiento, recién; pero solo recién, y siempre y cuando no hubiera a la vista ninguna señora o viejo o vieja o mujer embarazada o rengo o cieguito, o monjita o gente con paquetes considerables, podría el culo de Felipito tener aprobación para su merecido descanso. A partir de esa jerarquía bien impuesta y respetada, las reglas establecidas en el hogar, simplemente... se respetaban!

Si el viejo decía: 'Acá nadie vuelve después de las 12' uno se sentía como la Cenicienta pensando que al primer minuto después de medianoche el carruaje se volvía un zapallo y los hermosos corceles dos míseros ratones. Si el viejo amenazaba: 'Que no te vea jamás borracho', guay de volver a la casa oliendo a moscatel, porque se podía venir una jodida. Cosas mayores como afanar; mentir; ponerse excesivamente protestón; montarse a alguna prima (y que se descubriera, claro) o macanear con las notas del colegio, todo eso era equivalente a puro y limpio delito. Y como tal se castigaba. A veces largas encerradas, otras tajante corte de dinero si uno no trabajaba y recibía alguna manutención; en no pocas ocasiones una buena patada en el orto y si la cosa era más grave y el viejo muy duro, hasta te podían echar de la casa.

Luego de eso de la jerarquía, la segunda variable de la ecuación es que las mencionadas re-

glas, eran claras, muy claras. Reglas que salían como acabo de decir, de la casa, del viejo y de la vieja, pero también de la sociedad, del entorno y hasta de la escuela. Y en las reglas estaban enganchados los valores de la época. Siempre digo que fui educado con los mejores principios de urbanidad, de orden, de respeto. Desde chico se me inculcaron valores morales y éticos extraordinarios. Y si nos ponemos a pensar vale preguntar... como es que mis viejos lo hicieron así, tan bien? Eran iluminados? Eran dos tipos fuera de contexto? Ni lo uno ni lo otro. Por el contrario; era el mismo contexto el que les ayudaba a sentar las reglas, a imponer lo que se debía. Y no porque lo pensarán mucho o tuvieran que rebuscar aquí y allá. No. Es que eso era lo que había en la calle. Y mi viejo que era un común en su laburo de despachante de aduana, junto a los otros padres de mis amigos, entre los que habían un empleado, un oficinista, un bancario, el dueño de una camisería, un vendedor de seguros, un cabo de la policía; todos ellos tomaron de la misma calle las reglas que regían a la sociedad de ese momento; por lo que todos mis compañeros y amigos fuimos cortados con la misma tijera y nos sirvieron las mismas normas y nos impusieron los mismos valores.

Por todo lo considerado entonces, por el respeto a la jerarquía y por la existencia y acatamiento inevitable a las normas establecidas, no había tanto drama y el pasaje del púber al adolescente transcurría en ocasiones con algún sobresalto sí, pero sin las tragedias e inconveniencias generalizadas que se ven hoy en día.

Mi paso en ese camino del sonso de 13 años al piola de 18 fue dentro de esos carriles. Era un pibe bueno, tranquilo. Socialmente me desempeñé bien, no hubo grandes conflictos. Tenía amigos (nunca fui de muchos amigos, sí de pocos y muy queridos) con los que pasaba todo el tiempo libre que tenía. No había hermanos pero disfrutaba de lindos gomías. Siempre me sentí aceptado y respetado porque era bueno en los estudios (eso siempre generaba un respeto no hablado entre los pares), y otra cosa que también daba frutos en esto de lo social era que me desempeñaba mejor que la media en los deportes y de algún modo, esa tontera pagaba alto también.

Hablando de 'pagar,' un comentario sobre el dinero. En rigor, nunca había un mango en el bolsillo y vivía de lo que por ahí me tiraban los viejos. Tengo que reconocer que jamás hubo presión para que yo mismo me ganara algo o para que contribuyera a la olla familiar. Supongo que la filosofía de la Vieja era más o menos así: 'Éste, lo único que tiene que hacer bien es estudiar para llegar a 'dotor'. Lo demás no tiene importancia, así que ése es su trabajo y si con aquello me cumple ...ya está bien.' Y como yo cumplía y con creces, entonces no había drama. No tenía que trabajar y me daban un diezmo, que aunque solo apto para pordioseros, siempre me fue suficiente por dos cosas. Por un lado porque nunca dejé de ser gasolero (por ejemplo: hasta de viejo y cuando ya podía, me he seguido vistiendo mal, con ropas poco vistosas o costosas y jamás tirando por tirar manteca al techo) y por otro lado porque en aquellas épocas tampoco había demasiado en qué gastar.

QUE LINDAS SON LAS CHICAS!

Mi vida de muchachito porteño, década del 50 fue normal, tranquila, diría que feliz. Si hubo algún inconveniente en todo ese pasaje, sin duda estuvo por el lado de la cara.

Me miraba en el espejo y no me gustaba lo que veía. Orejudo, medio narigón, y sin la espectacular dentadura de Mamá era obvio que no tenía pinta para lo más importante en esa época cuando las hormonas comienzan a bullir dentro: levantar minas.

A los 14 y 15 años cuando ha despertado todo el ímpetu sexual y uno daría cualquier cosa por tener contacto con una ninfa, una buena facha era un pasaporte del que yo carecía por completo. Hubieron algunos escarceos y entre ellos recuerdo un bailonguito que para un cumpleaños (creo que fue el de 15) pude organizar en el departamento. Los viejos me dejaron solo, con unos amigos y en total hacíamos unas 5 o 6 parejas. Yo lo había invitado a Naní más que nada para que la trajera a Gra, la poderosísima hermana que ya relaté, nos deleitaba verla pasar por la calle con ese lomo descomunal. Si venía y aunque no la pudiéramos tocar, esa mujer era tal despelote de cuerpo que con solo mirarla uno estaba hecho. Ni que decir también, que su sola presencia nos jerarquizaba la más que misia reunión.

El asunto es que no se que le pasó a Naní a último momento y la hermana se vino solita, total conocía a casi todos los pibes y supongo que también habrá ido para divertirse con los 'nenes'. Charlamos un rato entre todos y uno de los flacos puso uno de los únicos 2 longplays que teníamos a mano. Creo que el disco era de los Plateros o algo parecido. Música lenta, romántica. Dos o tres parejas se pusieron a bailar. Yo mirando desde afuera como los vagabundos hambreados que miran a los que morfan en el restaurant. Sin animarme ni a respirar. La Gra seguía sola. También! Quien tenía las bolas suficientes como para invitarla a girar?

Que te digo que de la nada, la Gra, que a la sazón portaba un escote desmedido para la época y donde se podía ver esa increíble cantidad de carne tierna y firme a la vez, se me acerca y me dice: 'Vos sos el del cumple así que voy a bailar con vos.' Tragué saliva pero no reulé a pesar de que ni podía articular palabra. Tal era el cagazo y tal la calentura.

Y ahí nomás comenzamos; primero medio separaditos y luego juntándonos más y más. Alguien apagó la luz principal y yo entré en un mundo de ensueño moviéndome lentamente mientras sentía el calor y cada recodo de ese cuerpo imposible que se apretaba contra mi humanidad. Con cada paso que dábamos las pegadas mejillas se iban moviendo de a un infinitésimo por vez, acercando más y más los labios entre sí, hasta que finalmente se encontraron unidos en un beso que me pareció celestial. Luego vino un largo chape que aunque discreto por las circunstancias y el entorno, configuró el mejor regalito que se le pueda hacer a un nene de tan corta edad.

Pero la cosa medio que paró por ahí. Cuando un par de días más tarde quise acercarme a la Gra (que vivía en la misma manzana pero en la calle de atrás), me salió con que tenía que hacer, con que no podía, que estaba ocupada, que no tenía tiempo, en fin... aunque no dicho... estaba cristal: con mucha gracia y dulzura me dejó entender que no confundiera un regalo caritativo y bien servido... con sacar la lotería; y que si no tenía mucho para hacer... que me fuera a la puta madre que me parió! Capito!

Y siguió muy parado esto de las minas, porque al sentirme feo y con poco arrastre, mi natural timidez de ese entonces aumentó; lo que obviamente dificultaba más el acercamiento al sexo opuesto.

En dos o tres años en ese pasaje de pubertad a adolescencia hubo poca pesca y un par de polvos más malos que buenos. Y eso que había tanta esperma para donar y tantas ganas de hacer la entrega!

Tantas... que Mamá se avivó que yo estaba medio alborotado con esto del sexo y la pobre no tuvo la mejor idea de empezar a joder con lo malo, antireligioso y pecaminoso que era 'eso' antes del casamiento. (Pero ella no conocía la historia del Viejo o se hacía la boluda?).

Con lo cual fue en ese preciso momento que comenzó mi etapa número 1 contra la religión, a la que directamente empecé a odiar, o si no a odiarla, a verla al menos como algo equivocado. Sin sentido. Una barbaridad. ¿Cómo podía Dios, darte toda esa carga natural de hormonas más las enormes ganas de coger para luego el prohibirte usarlas? Pero es que éste también se hacía el boludo? Puesto en la disyuntiva y mirándome en el espejo, me dije que así la cosa no iba, que había que hacer algo, tejer una estrategia de acción para alcanzar el objetivo buscado, que a la sazón era muy fácil de definir: un catre con una mina encima. Y en bolas, por supuesto!

En el colegio, todos pibes de 14 a 17 años, andábamos en la misma y cada cual la pasaba y operaba como podía. Si bien no éramos amigos entre todos, habitábamos los mismos barrios y muchas veces nos encontrábamos en bailongos o reuniones, a veces con éste, a veces con éste otro. Entre tanto compañero teníamos uno, el Bocha Herrero que me llamaba la atención pues cada vez que lo veía en alguna reunión o estaba rodeado de dos o tres pibas, o directamente lo veía chapando con la más redonda y voluptuosa de todas. Lo raro, lo llamativo, era que el flaco no valía nada. Cara normal, un poquito narigón, morocho; petizón y un físico casi de enfermito. Viéndolo desde lejos resultaba imposible entender cuál era el secreto de tanto éxito. Entonces me puse a observarlo. Cada vez que lo encontraba en un bailongo me ponía cerca y veía que hacía y decía. El secreto era muy simple. El Bocha era un típico entrador que la laburaba de amoroso simpaticón. Tenía una enorme sonrisa que manejaba con la destreza de un espada-chín; contaba cuentos y chistes con gracia y velocidad haciendo reír a todos los que estaban a su alrededor. Bailaba como Fred Astaire; no tenía complejos y era muy encarador, haciendo todo con enorme desparpajo. Tenía cosas locas como ésta: estaba en medio de un grupo con 2 o 3 flacos y 3 o 4 chicas contando un chiste y entonces de golpe y porrazo paraba el parlamento en lo mejor del cuento; agarraba de la mano a la piba que estaba más fuerte y con su enorme sonrisa les decía al resto: 'Perdonen que pare; esto es urgente; tengo que sacar a bailar a Clarita porque en la mitad de este bailongo me va a dar un chupón!'. Y dejando con la boca abierta a todos arrastraba a la Clarita al medio de la pista, que entre aturdida y/o sorprendida y/o halagada y/o complacida y/o entusiasmada y/o excitada lo seguía y aceptaba la apretada con que el petiso iniciaba el baile; y uno que había quedado tan sorprendido como la piba, lo seguía al Bocha con la vista mientras danzaba y chamullaba, esperando ver qué pasaba cuando llegara la mitad del baile; para comprobar con sorpresa y negra envidia que en el momento culminante la piba le entregaba el hocico abierto y sensual para que el Bocha procediera. Lo que se dice un verdadero hijo de puta!

Pero anécdota aparte, la cosa estaba cierta. El secreto era tener simpatía, alguna condición que destacara y encarar bien por el medio.

A través de un proceso que más tarde aprendería en business development hice el simple esquema: Estoy en A, quiero llegar a B, la estrategia a desarrollar debe ser C.

Dentro de ese esquema cuyo punto A era 'Felipito bobina' y cuyo B era un 'Felipe ganador con las minas', salió que C iba a ser la que finalmente desarrollé entre los 17 y los 20 años: Simpatía (la mejor que pude encontrar y mostrar), contar cuentos (saber muchos y contarlos con gracia), tocar la guitarra (canciones de moda a lo Elvis, Paul Anka y Bill Halley), bailar bien (me destacué en el rock and roll) y la mayor y mejor de todas... escribir! Nunca imaginé que escribir me daría tan buenos resultados, tal vez porque contar chistes o bailar bien, lo hacían otros flacos; pero eso de escribir (en mi caso cuentos, sobretodo de ciencia ficción que debo reconocer me salían bastante interesantes), ya eran palabras mayores y llamaba mucho más la atención; como que largaba más feromonas.

Gracias a todo eso si bien jamás fui un playboy ni tuve minas de a dos o de a tres siempre tenía 'alguieto'; una piba con quien mantener esa chispa del romanticismo, una compañía para caminar tomado de la mano un sábado por Palermo, alguien de quien sentirse enamorado aunque fuera un fin de semana y en unas cuantas ocasiones la magia de carne tierna y dulce para mandarse unas nobles, santas, ricas, relajantes y poderosas revolcadas sobre un colchón. Que yo disfrutaba doblemente, porque encima... sabía que estaban penadas por mi vieja y por la Santa Iglesia Católica!

LA COFRADÍA

Como es normal, en los colegios uno hace mejores migas con algunos compañeros que con otros. Yo tenía buena onda con muchos pero se dio que para el quinto año, por las charlas que manteníamos en los recreos, por algún proyecto que se nos ocurría o por alguna otra cuestión que no recuerdo, nos juntamos 7 cumpas con la decisión de reunirnos a tomar un café un viernes a la noche, una vez por mes.

Fue a mediados de 1958 y la primera reunión la hicimos en el bar ubicado en Campichuelo y Rivadavia y que al momento de escribir estas notas ya no existe más.

A pesar de la incomodidad de no llamarme Carlos entré desde el principio a este grupo al que dimos prontamente en llamar 'La Cofradía' a secas, gracias a que mis amigos fueron magnánimos al no exigir que le pusiéramos el nombre de 'Cofradía de los Carlos' pues la misma estaba formada por Carlos Carrere, Carlos Bouret, Carlos Casullo, Carlos Rizzo y los descastados no carlianos, Eduardo (el Negro) Barrios, Daniel Silva y yo.

Carrere tenía el sobrenombre de 'el Abuelo'. Le habían puesto ese alias porque ya en cuarto año de la secundaria estaba pelado. El Abuelo era un tipo brillante y si bien tenía algunas pequeñas locuras, era ocurrente y escuchar una historia contada por él significaba deleitarse por horas pues precisamente podía, por horas, prolongar un relato que tenía más de imaginación que de verdad histórica. Luego de la secundaria estudió ingeniería mecánica y fue un excelente ingeniero, aunque nunca supo vender lo bueno que era. Pasó algunos años en un paraje remoto y desierto de la Patagonia en un campo de extracción de gas. Ni qué decir que sus anécdotas en esa tierra tipo 'lejano Oeste' eran más que divertidas, como aquella de la noche en que en un pequeño paraje de la estepa, medio borracho y jugando a los dados con la madama dueña del burdel... se lo ganó! (al burdel!), para cambiárselo al sábado siguiente por un polvo gratis con

dos de las mejores chicas de la casa. En la vejez el Abuelo infelizmente decayó totalmente; su mente se enajenó y terminó recluso y alejado del mundo por voluntad propia.

A Bouret lo llamamos 'Papá' y fui yo quien le puso ese alias. En aquella época leía una revista de comic 'Bucaneros', que tenía una historietita, Ken Shannon, un detective que siempre iba a comer a un restaurante atendido por un viejo al que lo extorsionaba la mafia y Ken lo rescataba. El viejo se llamaba 'Papá' Schultz y no se porqué encontré una ligazón entre los apellidos Schultz y Bouret (como puedo justificar eso?), así que a nuestro Bouret lo empecé a llamar también 'Papá' como el del comic, y como este pibe era también bastante calvo, el apodo prendió bien. Papá Bouret, era (es) un gran tipo; un buenazo, que venía de una hermosa familia con 6 hijos, con las hermanas número 2 y número 3 más que lindas y con hermosas delanteras. Papá tenía bastante de formal y era el menos 'especial' del grupo. Más tarde estudió ingeniería y se dedicó a la higiene y seguridad industrial. Como dato curioso o quizás derivado de su forma de ser, fue el único del grupo que nunca se divorció de Gladys, quien, al margen de ser una buena mujer siempre mostró la imagen de una formal Susanita, la amiga de Mafalda.

Carlos Casullo era un típico introvertido, el mayor de 3 varones que habían quedado huérfanos de madre. Vivía en la calle Eduardo Acevedo, en una casona hermosa, con montones de rincones y salas y salones y una escalera de madera que desde lejos se veía hecha con la mejor madera del mundo. Su padre era médico y provenía de una familia pudiente, siendo la casa de Acevedo una clara indicación de ello. Aquí entra lo de la clasificación que intenté al medir la clase media argentina. Ésta, la de nuestro amigo, era una clase media alta mientras que las del resto de los cofrades seguían siendo bajas. Por ello, Carlos hacía gala de un mayor poder adquisitivo que el resto de nosotros, pero jamás desentonó con nuestro nivel, pues nunca sus cosas o compras eran frívolas o pueriles sino importantes y las disfrutábamos todos, como equipos electrónicos que recién comenzaban a aparecer, cámaras, equipos de fotografía, telescopios, un buen cuarto oscuro, aparatos de música, etc.

Carlos fue médico (trabajó como neurólogo en Bariloche hasta su muerte acaecida en el 2009 por un cáncer atroz que él mismo se buscó pues era un empedernido fumador), pero estudió medicina nada más que por complacer al padre pues su vida era la electrónica y de ésta sabía más que un ingeniero. Al margen, era brillante para cuestiones artísticas pues dibujaba realmente bien. Como anécdota al respecto, recuerdo que una vez que había pasado por casa a visitarme, mientras yo lustraba mis zapatos y estábamos en plena charla, tomó una hoja de diario que había en la mesa, metió los dedos en la pomada para zapatos y con cuatro zarpazos sobre el papel, produjo la cara de un soldado con su casco; la mirada desencantada y perdida en un horizonte de humo y desolación; cuadro que sin dudar hubiera merecido lugar destacado en cualquier pinacoteca.

El último Carlos, el Rizzo era el menos interesante de todos los componentes del equipo. No tenía el nivel del resto, creo que ni en inteligencia ni en ubicación social o visión de muchas cosas. Decía que le interesaba la marina y que si no entraba en la de guerra, lo haría en la mercante, cosa que finalmente concretó. Más adelante, cuando se instauró la dictadura militar en el 73, la defendió tanto, como tanto defendió los reprobables métodos que ésta usaba, que el malestar que nos producía su posición político-social nos perturbó al punto que dejamos de llamarlo para las reuniones. Como viajaba bastante por su trabajo en el mar la separación ocurrió sin

demasiado drama. La salida de Rizzo del grupo fue un hecho casi natural pues era evidente que este muchacho no pertenecía en alma y sentimiento a ese panel.

El Negro Barrios era el más recatado y tranquilo del grupo. A pesar de su baja estatura siempre pareció el patriarca de la tribu. Objetivo, con juicios serenos y mostrando desde muy joven una ubicuidad y un sentido común extraordinarios, era una delicia confrontar puntos de vista con él. Diferente al resto de los cofrades, todos de alto nivel energético y discutidores, a él nunca se lo veía excitado en nuestras charlas; pero sí atento y listo para apoyar o contradecir basado en su criterio, sentido común y el enorme caudal de libros que desde temprana edad comenzó a acumular llegando su biblioteca a cargar con miles y miles de ejemplares. Pero por sobretodo, el Negro emanaba un halo de tranquilidad y mesura, configurando una especie de moderador de grupo, quizás tan solo por su amable presencia parecida a la de un viejo maestro Jedi.

Como dato interesante, este muchacho nunca había sido gran deportista. Nunca había jugado al fútbol o cuando en la época de los potreros si lo había hecho, lo había hecho con bien poca gracia. Sin embargo adoraba patinar. Primero en ruedas, más tarde en hielo; llegando a ser tan excelente patinador que por los años 60 y pico la compañía de Holiday on Ice que pasó por Buenos Aires, se lo quiso llevar para recorrer el mundo patinando, y él no aceptó pues hubiera sido truncar su estudio de medicina al que le faltaba poco para terminar. Se recibió y llegó a ser un gran oncólogo radiólogo. Fue el padrino de mi hijo Pablo y por nuestra relación y el cariño mutuo que nos tuvimos supo ser por años el efector de mi Testamento de Vida (el responsable y encargado de efectuar y disfrutar mi desenchufe a algún sistema de vida artificial si hubiera quedado torcido por culpa de enfermedad o ataque cerebral). Infelizmente en julio del 2011, el Negro muere por culpa de un cáncer de hígado. Él, que a lo largo de toda su vida profesional había ganado mil batallas peleando contra el cáncer de sus pacientes, perdió la más importante cuando tuvo que pelear por la suya.

En una última recordación de amistad y admiración dejo un par de comentarios sobre la posición ante su muerte. Al igual que cuando describí el paso de mi padre, el Negro mostró una tranquilidad y una fortaleza increíbles frente a su fin. Tuve la suerte de estar con él hasta una semana antes del deceso. Hablamos mucho sobre su destino y me dijo que estaba bien, que había transcurrido su vida tratando de dar algo (cuantos miles de pacientes habrán disfrutado de su palabra tranquilizadora en tantos años de profesión?!) y que si alguna vez hubiera errado en algo, nunca había sido con maldad. En relación a su muerte que sabía estaba a solo pocos días de distancia, la esperaba como se espera a un amigo, sin miedos; aunque eso sí, sin ganas de sufrir. Sus compañeros médicos de la clínica donde trabajaba le habían prometido que así sería y así fue nomás. Este gran tipo murió en paz dejándonos un gran recuerdo y una hermosa enseñanza.

Daniel Silva estudió de todo y no se recibió de nada, pues siempre estaba saltando de una disciplina a la otra. Ingeniería, matemáticas, computación. Pero con título o sin él desarrolló un conocimiento impecable y terminó en el mundo de las computadoras, comenzando con las tarjetas perforadas hasta llegar a los grandes sistemas donde aún hoy sigue dando cátedra.

Desde el punto de vista de la Cofradía eso no era lo importante en el aporte de Daniel, porque quizás como ninguno Danny era un 'originador' (de discusiones). Tal vez sería mejor llamarlo 'agitador' o 'instigador'. Ejemplo: llegaba a una reunión y decía muy suelto de cuerpo: 'Acabo de cruzarme con un negro (algo muy inusual en el Buenos Aires de aquella época). Vds. no piensan que son inferiores y que habría que mandarlos de vuelta al África?'

En ese juicio puedo jurar que no había absolutamente ni una palabra en la que Daniel creyera, no era un pensamiento suyo; pero sin lugar a dudas ese comentario aparentemente torpe y a todas luces provocativo era la chispa que originaba una discusión que empezaba con los negros, seguía con la raza, luego los genes, el darwinismo, los creacionistas, etc. y etc.; cuestiones y discusiones que podían durar toda la noche.

Esos debates, que como he ejemplificado se originaban hasta por las cosas más absurdas o baladíes, podían llevar horas en las que se analizaban puntos de vista, opiniones, citas de otros, lecturas que habíamos tenido, textos que se traían, etc.

Cada uno exponía sus razones y pensamientos y si era consensuado todo bien; pero claro... eso pocas veces ocurría, y la idea sobre la que uno había elaborado y estaba quizás hasta orgulloso, se encontraba de pronto atacada ferozmente por algo así como una jauría de perros furiosos que refutaba con dientes afilados, es decir con razonamientos impecables, con lógica pura, con sentido común. En oportunidades los encuentros duraban horas y solo terminaban cuando nos echaban del bar porque ya estaban cerrando y reíamos al sentir que nuestros cerebros parecían pan mojado en leche. Metafóricamente se podría decir que hervían, hasta que dolían.

Pero lo maravilloso de esos foros era que servían para varios fines.

Primero, que se aprendía; porque los tópicos iban desde el espacio infinito a los componentes del átomo, desde el arte a las finanzas; desde el sexo a la religión, desde la ciencia al humor. Estamos hablando de gente joven, inteligente, muy despierta y abiertas las mentes a todo lo que se cocinaba por ese entonces. Es decir que la ansiedad de conocimientos era tal que todos participaban con algo, todos ponían la última novedad en el tema que fuera sobre la mesa. Era en verdad una academia de enseñanzas y aprendizajes.

Segundo, que el proceso mismo de las discusiones, ese de todos contra todos; el tener que defender o atacar una opinión, no era un juego destructivo porque sí; sino que representaba la dialéctica griega pura. La Academia de Platón hacía lo que hacíamos nosotros. (Ok, está bien. La cosa puede haber sido al revés, nosotros hacíamos lo que ellos), esto es: una idea es expuesta con su *tesis*, para luego presentarse la *antítesis*, llegando a través de la discusión a la *síntesis*, que es una resolución o la nueva comprensión del problema. Dicho de otra forma, un mecanismo para obtener un resultado lo más cercano posible a la verdad.

Tercero, el foro era una escuela de desarrollo y auto aseguramiento. Es que cada orador no solo preparaba su idea sino que había que defenderla; había que mantener el compromiso personal con su verdad. Si mi punto de vista era bueno y yo creía en él, no podía dejar que con una falacia o una liviandad o que por mejor mérito expresivo alguien me ganara la discusión. Si la batalla estaba abierta y uno estaba en medio de ella, había que pelear con las mejores armas, sacando fuerzas hasta de donde no las tuviera. Si yo creía en mi opinión y si los argumentos de mi contrincante eran buenos, pues entonces tenía que ingeniármelas para sacar de donde fuera argumentos mejores. Y a no dudar que ese laboratorio nos preparó y pulió para lo que tuvimos que afrontar cuando fuimos profesionales y enfrente tuvimos momentos y situaciones duras de batallar.

Cuarto, que allí aprendimos a respetar las opiniones de los demás. Simplemente expresado: las

reuniones del café nos enseñaron a no ser necios.

Cuando el argumento de alguien era mejor que el de cualquier otro, aprendimos a respetar y a aceptar que no teníamos razón, que estábamos equivocados; y esto, en gente inteligente y preparada es difícil de encontrar. Saber que se tiene mucha y buena información al lado de un Cociente Intelectual (CI) elevado, es un boleto directo para la soberbia y la necedad.

No recuerdo haber constatado necedad en mis amigos de ese grupo y creo que tampoco necio soy yo. Esa facultad, al menos en lo personal me ha ayudado muchísimo, tanto en cuestiones sociales como profesionales. Otra cosa que le debo a la Cofradía.

Finalmente, la última positividad a destacar, es que quizás porque éramos todos unos *homo sapiens* bien *sapiens*, el nivel de inteligencia que corría por la mesa era altísimo, y no había meta o cuestión que nos sintiéramos incapaces de encarar; al punto que hasta llegamos a hacer los cálculos para lanzar un cohete fuera de la atmósfera! (Y si hubiéramos tenido más ganas y tiempo para eso, o presupuesto, o contactos apropiados, es posible que lo hubiéramos logrado).

Tal vez la neurociencia diga lo contrario pero yo creo que la Cofradía coadyuvó a que todos levantáramos algunos puntos más nuestros CIs.

Como dato histórico, estas reuniones que comenzaron en 1958 en el bar de Campichuelo pasaron luego a nuestras casas. Con el correr de los años incorporamos a enamoradas, luego a las novias y finalmente a las esposas; y si algún viernes una de ellas no podía concurrir, lo sentíamos, pero allí nos juntábamos los cofrades, pues a estas sagradas ceremonias se fallaba solo por cuestiones muy pero muy serias.

Las reuniones se mantuvieron para mí, en su forma de reunión mensual, hasta 1975 (casi 20 años!) en que nos mudamos a la Patagonia; aunque cada vez que pasaba por Buenos Aires llamaba al Negro, quien rápidamente armaba una 'extraordinaria' para recibir al 'miembro alejado' en su paso por la Capital (el otro 'alejado' era Carlos Casullo que se había ido a Bariloche unos pocos años antes que yo).

Para el 2011, las reuniones habían caído notablemente. Carlos Casullo y el Negro muertos; el Abuelo muy mal y encerrado, y yo viviendo en otro país. Solo nos vemos esporádicamente, pero sin dudas que ni el espíritu ni el recuerdo de la Cofradía morirán jamás.

Como última mención al tema, y entregándole una mención de honor, expreso que La Cofradía fue sin duda la otra gran escuela de la vida, que junto con mis padres, la primaria y secundaria y los porteros de Martín de Gainza y de Bacacay hicieron de mi quien fui y quien soy.

Relataré ahora el asunto de los viajes, que en esta etapa de la juventud fueron importantes.

Esa fue otra de las cuestiones que podría llamar 'fuera de lo común' en la vida de un muchacho típico del Buenos Aires de los 50.

Desde chico tuve gran inclinación por los viajes. Los esporádicos *Patos Donalds* (la revista de Disney) que me llegaban a las manos me fascinaban por dos personajes. Uno era el Bichito Bucky (al que me referiré mucho más adelante) y el otro era Mickey, un ratón que no solo era gran aventurero, sino que la mayoría de esas aventuras las corría en países lejanos. No era infrecuente verlo a Mickey por las selvas de Borneo, o en Mónaco, o en Río de Janeiro, o por los nevados austríacos. Los dibujos que acompañaban al ratón aventurero y que hacían de fondo a cada per-

sonaje, eran lo que más me llamaba la atención, justamente porque me hablaban de regiones de las que no tenía ni idea. Aunque yo no lo viera, los dibujos me mostraban que había algo mucho más grande, más colorido, más pintoresco que estaba fuera de mis fronteras.

Hay que tener en cuenta que la familia Solsona, exceptuando los veraneos en Córdoba poco o nada había salido de Buenos Aires y que mi pequeño mundo era uno de pocas manzanas cuadradas, siempre dentro del ejido de Caballito, ciudad de Buenos Aires.

Pero quizás las andanzas que había tenido la fortuna de disfrutar por el Totoral de la hostería y mis paseos en el Picaflor en las pampas cercanas a la casita de Ezeiza, sí me habían permitido saber que eran las aventuras y que significaban los horizontes lejanos, lo que muy posiblemente debe haber sumado a mis ansias de caminos y empresas arriesgadas.

Como he relatado varias veces, para el 48 el avance económico dio base al sentimiento de los viejos que había que pensar en algo más que laburar, comer y guardar en el colchón. Como también he recalcado que los viejos tenían claro que la vida requería un poco más que cumplimentar con esas funciones vitales y lo habían demostrado con lo de Las Cuartetas, supongo que dentro de la bonanza que se comenzó a entrever, los viejos deben haber dicho: 'Desde que éramos solteros que no tenemos el disfrute de una vacación, así que ha llegado el momento. Ahora nos mandamos!'

Claro que la mandada no fue a las Seychelles ni a una villa romana del Adriático, sino a Montevideo (Agosto 1948) a lo que siguió Mar del Plata (1952) y finalmente Bariloche en 1954.

Lo de Montevideo casi no lo recuerdo. Fue un fin de semana, algo muy corto pero me gusto el viaje en vapor desde Buenos Aires a Colonia y lo que me quedó es el juego que hacíamos con el viejo a ver si en el río muy picado, agarrábamos aquella ola o no la agarrábamos. Todo mientras la vieja vomitaba en el baño del vapor.

Mar del Plata en cambio fue de mayor envergadura. Una semana entera, y como era marzo, hasta dio para bañarse en el mar y caminar por la hermosa ciudad feliz. Pero lo increíble fue conocer el mar, el bendito mar del que había oído hablar...

Bariloche en cambio tuvo un matiz distinto pues ese viaje fue de mucho impacto en mis emociones y recuerdos.

Obviamente que a pesar de los dibujos de las historietas leídas en el Pato Donald nunca había imaginado de verdad esos panoramas, esas montañas y sobretodo el poder tocar la nieve. Era nada más que un chico pero fue tal la emoción y tan excitado y encantado estaba que recuerdo con una precisión increíble que en una excursión que hicimos al Circuito Chico, al parar sobre el puente del río que une a los lagos Moreno con Nahuel Huapi, mirando tanta belleza ese chico de 14 años, casi en éxtasis y dirigiéndose a las montañas que lo rodeaban hizo el siguiente voto: 'Juro que algún día vendré a vivir en estos paisajes y espero también poder morir aquí'; emotivo compromiso que cumplí 20 años más tarde cuando nos largamos a vivir a Esquel, (es decir, cumplí al menos en la primera parte del juramento pues al momento de escribir estas líneas aún no he dejado de respirar. Veremos donde me toca clavar la guampa y quien sabe...? Tal vez sea por el sur nomas...).

Lo importante de estos primeros paseos era que si bien cada uno de ellos duró muy poco pues eran viajes básicamente cortos y sencillos, significaron sin duda, una apertura; y para el niño

con alma de ratón Mickey, la aseguración de que detrás del horizonte que se veía, había otros mundos encantados.

La mente es tan increíblemente compleja que a pesar de lo inmenso del avance en el conocimiento de sus mecanismos, aún tenemos muchísimas dudas sobre cuestiones fundamentales. En el caso que nos ocupa, ni el más encumbrado neurólogo podría asegurar que mis ansias viajeras de hoy y de toda la vida se originaron por la influencia del Ratón Mickey o por las expediciones al Cerro de la Cruz en Totoral o por la falta de verdaderas vacaciones cuando niño; o si fueron las largas cabalgatas sobre el Picaflor o el impacto del descrito viaje a Bariloche. También quedará la incógnita si fue algo de eso o si en cambio fue una simple disposición de mis bien dispuestos pedazos genéticos donde las travesías del abuelo marino supieron tener su influencia. El hecho que sea una la causa, o dos, o todas ellas, siempre sentí unos deseos casi irreprimibles de viajar, un hormigueo en el traste que me llevó a husmear por todas partes.

Al margen de las mínimas escapadas que he relatado en los párrafos anteriores, debo decir que los primeros viajes en serio comenzaron en la época de la secundaria, con la compañía de parte de los amigos de la Cofradía; porque del corazón del grupo se desgajó una comisión de Aventuras compuesta por los que éramos más inquietos en el rubro: el Abuelo Carrere, Papá Bouret y yo; a los que sumamos otro compañero del Moreno muy amigo mío: Miguelito Gordon. En paralelo a la creación de la Cofradía dimos formación también en el año 1958, al Grupo 'Los Tragamillas', nombre que le inventé y que prendió entre sus integrantes.

La primera aventura que se nos ocurrió fue hacernos una casa flotante, algo así como una casilla de madera sobre pontones para bajar el río Paraná. Hicimos planos y diseñamos la forma constructiva. Como la mayoría iba a estudiar ingeniería el diseño salió como por un tubo. Piece of cake. Simplísimo. El plan era que una vez construida, la llevaríamos unos 1,000 Kilómetros hasta Paso de la Patria en la provincia de Corrientes; la pondríamos en el agua y la dejaríamos bogar aguas abajo hasta regresar al Delta de Buenos Aires. Para evitar embanques, salir y entrar a algunos puertos o atracar en playas llevaría un fuera de borda. Nosotros poco haríamos pues la corriente se encargaría de todo. Solo nos quedaba tomar sol, filosofar y pescar para comer.

Plan magistral. Infelizmente sin poder concretar.

En rigor, éste fue el primer fracaso de producción importante que me acometió y que acometió al resto de los cofrades por algo muy simple que no habíamos tenido en cuenta en la preparación de tan elaborado plan: parece ser que para producir todo ese enorme despliegue creativo, constructivo, transportivo, viajero, etc., se necesitaba... money!

Como he relatado a lo largo de esta historia, nunca tuve un mango y mis amigos de igual condición social que yo, estaban en la misma. El único que podría haber aportado era Carlos Casullo, pero a él no le interesaban las aventuras. En aquellos tiempos no había sponsors como hoy y cuando comenzamos a hacer los cálculos nos dimos cuenta que ante la miserable falta de 'vento', había que intentar otro tipo de aventura.

El plan B, más modesto, al menos en lo económico, fue irnos de mochileros a Bariloche; y esta sí que fue la primera gran aventura viajera que viví para cuando terminamos la secundaria. Tomamos el tren (segunda clase, bancos de madera) que tardaba 26 horas entre Constitución y

San Carlos de Bariloche. Llegamos a la Patagonia a la tardecita, dimos unas vueltas por el pueblo y como llegaba la noche, nos tiramos a dormir entre dos columnas de la catedral que está junto al lago Nahuel Huapi. Prácticamente a la intemperie. Teníamos bolsas de dormir y nos envolvimos en un plástico por si llovía. Al amanecer del día siguiente nos despertó Bariloche con su imponente impacto visual dentro del que sobresalía un lago increíblemente azul con las montañas nevadas de fondo. Una maravilla que nos acompañó en todas las caminatas que hicimos recorriendo decenas y decenas de kilómetros con nuestra caparazón de caracoles a la espalda. Subimos varios cerros y entramos en áreas que hoy están totalmente vedadas a los caminantes. Conocimos un montón de lugares alejados y me fascinaba llegar en la tardecita, luego de haber caminado 10 o 15 Kms a la vera de un arroyo para acampar y pasar la noche. Teníamos dos pequeñas carpitas en los que dormíamos el Abuelo y Papá en una y Miguel y yo en la otra.

Plantábamos la carpa, hacíamos fuego, cocinábamos algo y luego alrededor de la fogata disfrutábamos de amables charlas bajo la luz de las estrellas.

A lo largo del mes pasamos gozando esa vida sana, tan natural; maravillándonos ante tantas cosas hermosas en medio de una enorme camaradería que nunca tuvo puntos flojos.

Pero lo más importante quizás, fue que ese viaje abrió la puerta a todos los demás periplos que vendrían después, puesto que a lo largo de los 10 o 12 años siguientes, hasta que finalmente me casé; no dejé de salir todos los veranos y algunos inviernos también; ora con los Tragamillas; ora solo con mi alma como única compañera.

Prometiéndome volver a eso de los viajes, debo mencionar, en esta etapa de mi vida, otra cosa importante que disfruté que fue el tema de los deportes.

He expresado que Papá fue el más atlético y deportivo de los hermanos de su camada. Tal vez por la ductilidad del viejo y por esas cuestiones genéticas, yo no salí manco en ese aspecto. Es cierto que no fui un superdotado ni el top de los tops, pero me las rebuscaba bastante bien en cuanto actividad deportiva se ponía al tiro.

Era buenazo jugando al pimpón, nadaba, a pesar de no ser alto encestaba bien al básquet y en el juego de casi todo los días, el fútbol, siempre era elegido cuando iba a los potreros o en el club y campos de práctica porque podía jugar en cualquiera de los once puestos; desde arquero a wing izquierdo pues pateaba bien con ambas piernas.

El deporte fue algo muy positivo que me acompañó siempre, y supongo que contribuyó también a forjar parte de mi personalidad, dándome el gusto y placer de ejercitar, pero también enseñándome a aceptar que a veces se gana y a veces se pierde. No sé si habrá sido a través del viejo, del secundario, de mis amigos, del club o de la misma práctica, pero aprendí y aprehendí que al jugar hay que dejar la vida en el campo o cancha, que hay que tratar de ganar con todas las armas y capacidades honestas en cualquier juego; pero que terminado el partido el resultado es para olvidar y que solo deben quedar las bromas y las anécdotas para celebrar.

Me referiré a mi verdadera etapa deportiva en la siguiente sección.

18 - 30

[La maduración]

LA UNIVERSIDAD

A los 18 años terminé el secundario abriéndose la era del estudio universitario, cuestión que estaba íntimamente ligada al paso a otra etapa de la vida.

Hablo de la época de la maduración que circunscribiré al período comprendido entre la entrada a la universidad y la formación de la familia.

Si bien la etapa anterior, la de la escuela secundaria, fue tranquila y los cambios que hubieron fueron fundamentalmente en la parte física (mi cuerpo) y en la formación de mi carácter y mis emociones, poco había sido el cambio en lo que hace a mi relación con el gran mundo y con la gran gente ya que mi vida transcurría en un ámbito reducido.

Por el contrario, la siguiente etapa sobre la que me extenderé ahora, tuvo pocos cambios en mi cuerpo pero si muchos, muchísimos en mi vida de relación, tanto con la gente, el mundo, las cosas o los acontecimientos.

Si bien la impronta en cuanto a los valores y ubicuidad social ya habían sido forjados en los primeros años por mis padres en gran medida y luego por la escuela y el pequeño mundo social en que me movía, es ahora, entre los 20 y los 30 en que se produce lo que llamaría el 'ajuste fino' de mi visión de la realidad y el inicio de las verdaderas y sólidas líneas que me acompañarían por el resto del camino en cuanto a las relaciones sociales, el afecto y compromiso por la familia; la visión de un mundo mágico que siempre hay detrás de cada horizonte al que había que recorrer, la postura frente a la ciencia y de cotelete frente a la religión; las ansias por el saber, el conocimiento y la cultura; y finalmente la responsabilidad frente a los compromisos y a los sucesivos trabajos a desempeñar.

Comenzaré en este relato que tendrá algunas páginas de longitud con lo que da el nombre a la sección: la vida universitaria.

La culminación de la vida cómoda de la pubertad y adolescencia sin responsabilidad laboral y con solo el deber de estudiar y andar bien en el colegio, cuestión que como he comentado no fue complicada ni pesada, se acabaría para dar paso a la verdadera juventud, con más presión por el estudio universitario y por la necesidad de comenzar a trabajar.

Como he dicho muchas veces, estaba tan tácito que debía seguir estudiando, que la decisión de entrar a la universidad no fue ni siquiera pensada o cuestionada.

Lo complicado en cambio, radicó en la elección de la carrera porque para aquel entonces no tenía ninguna orientación clara o predeterminada.

Cuando analizaba que quería ser y como quería desarrollar mi vida pensaba en una y otra profesión; y mis razonamientos, si bien todos absolutamente criticables por lo sesgados y poco racionales, me llevaban inevitablemente a un único resultado de indefinición o negación; pues si decía: 'médico' pensaba en que hoy le daba un remedio a un tipo y lo curaba de cáncer pero si el mismo remedio se lo daba al día siguiente a otro tipo con el mismo problema el flaco se moría como un sapo (¿y como me sentiría yo al jugar con la vida de otro con tan poca seguridad, con el azar jugando tan fuerte en la profesión?). Entonces... medicina no!

Si pensaba en los que arreglan mentes (cosa que me mostraba algún atractivo por aquel entonces) veía que un psicoanalista te habla de 'técnicas' y 'métodos científicos' cuando a su disciplina no podía dejar de verla como un arte antes que una ciencia y entonces, eso tampoco iba (porque en el fondo a estos profesionales de la mente los veía en alguna medida, profesando culto a la charla vana).

Pensaba entonces en los abogados y decía, ¿pero como puede eso ser bueno cuando su accionar es estar metido en la litis, en la pelea entre gente, entre intereses que a veces hace muy difícil diferenciar lo que es correcto de lo incorrecto, lo bueno de lo malo; cuando se miente mucho y cuando toda tu clientela se te acerca con una pálida y con ganas de hacer papa al del otro lado? Me dije que eso tampoco.

¿Y los militares? (cuestión que en aquella época no era una actividad despreciable y muchos pibes se enrolaban en los liceos militares o navales); pero nuevamente, la filosofía detrás de todo eso, la agresión, la guerra, la violencia no eran para mí; que sin ser un maricón, andaba mucho más por el lado de las flores y el amor que entre fierros y cañones.

No estaban mal las áreas de la comunicación (enseñanza, relaciones públicas, publicidad, periodismo, algo de marketing, etc.) pero no me llegaban totalmente y hasta me parecían (también aquí equivocadamente) que eran un poco... poco.

Finalmente ni hablar de disciplinas ligadas a áreas que directamente me desagradaban y que veía como deleznable, como cualquier desempeño dentro del comercio, la política, diplomacia y 'cosas' de ese tipo.

Estuve cerca de largarme para el lado de la arquitectura y si hubiera sabido entonces el disfrute que tuve cada vez que me metí entre ladrillos y cementos o cuando tiraba líneas para diagramar mis casas o la ampliación de un cuarto de baño; si hubiera mirado en el futuro y visto que entre los libros que llegué a escribir el único que hice sobre arquitectura fue uno de los que más disfruté, creo que haber elegido esa profesión hubiera sido una gran pegada. Por poco no me quedé

con arquitectura y fue una pena que no lo hiciera pero mal o bien, el asunto es que tampoco allí estuvo el camino francamente abierto.

Ante toda esa tremenda confusión había sin embargo una cosa que me estaba clara: lo que ‘menos no me gustaba’ eran las ciencias.

Así fue como tras ese proceso tan poco y tan mal elaborado de ‘orientación profesional’ pero gustando lo que ofrecía la ciencia y sintiendo de alguna forma que ser un científico con todas las de la ley me caería bien, un buen día decidí y aquí sí, sin la presión o siquiera sugerencia de los viejos, que me iba para el lado del científico; y una vez tomada la decisión sobre la gran área, enfoqué con mejor detalle para elegir lo que más me atrajera. Hablo de la elección entre geología, ingeniería, bioquímica, matemáticas, biología, física, química. Finalmente me decidí por la última nombrada.

Debo aclarar que esto de ‘científico’ lo tenía más claro que lo de ‘químico’ y muchas veces me pregunté si la elección por aquello que estudiaba la composición y propiedades de la materia vino tal vez por aquel pedorrísimo jueguito incompleto de química con el tubo de ensayo de la niñez; o si habría sido por el tío Pepe, un amigo de la familia que era químico en la industria fotográfica y que no solo hacía cosas lindas (estar con eso de las fotos) sino que también le iba bien económicamente; o quizás por la ‘Más Allá’, una revista/libro que habiendo salido en su primer número en junio del 53 y cuya colección de 48 números a uno por mes conservé (y conservo) entera y que nos hablaba de ciencia ficción con toda su carga de naves espaciales, tecnología y ciencia, donde también la química estaba siempre tan presente.

Pero fuera una razón o todas ellas, el hecho es que en marzo de 1959 no solo ingreso a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales sino que como dije al principio de esta sección, es por ese hecho que entro en la vida universitaria y en otra etapa de mi vida.

Nuevamente la vieja tenía razón. Quizás no por lo que veía ella que supongo era la elevación social y económica de su hijo; sino porque el pasaje por una alta casa de estudios es para mí esencial en los que desean ‘algo más’ en la vida.

No sabría decir en qué momento, o por qué mecanismo mi paso por la universidad me marcó, me cambió, me dió otras alas.

En grandes términos, la vida universitaria nos conecta con gente que al igual que uno, está en saber, en conocer. Hay inquietudes y entre tantos pares con los que se interacciona, hay uno que viene con la idea del teatro, otro con la filosofía; otro con los libros, otro con la política, otro con el esoterismo, otro con la lucha contra la injusticia, otro con la revolución.

La universidad es un caldo donde se juntan los fideos más raros y con más inquietudes, ilusiones y proyectos. Hay ideas, ansias, fuerza y unas ganas enormes de cambiar todo, el mundo, la especie, el cosmos, la vida.

Te encontrarás con miles de revolucionarios y contestatarios; tipos que dudan y cuestionan todo, que en su ilusión e idealismo abrazan causas tan dispares y locas como la gesta de los ianomis en el Amazonas o el salvataje de las ballenas o la limpieza de las playas de las islas tailandesas. Todo muy loco y si bien uno puede mirarlos como desorbitados es inevitable que algo del idea-

lismo, de la inquietud, de la garra aunque sea por ósmosis se nos pasa y de allí la importancia, repito, que siempre le vi a la vida universitaria para que cada quien pueda elevarse un escaloncito más en los valores e inquietudes personales.

Encima de eso, siempre tuve que la exigencia con la que toda buena universidad te exprime se parece a las ceremonias de iniciación de esas tribus perdidas en el Amazonas, y muchísimas veces encontré enorme paralelismo cuando tenías que presentarte ante tres hijos de puta en un examen rejudado, con aquello que tenía que sobrellevar el joven nativo cuando es dejado solo en la selva llena de serpientes y pumas con nada más que un palo en la mano, para que en caso de sobrevivir, pudiera ser considerado 'hombre adulto'. En ese contexto, la universidad con su carga de exigencias, presiones y exámenes es una importante formadora tanto de voluntades como de caracteres para el futuro profesional.

Una pequeña anécdota de una noche de año nuevo muestra los niveles de exigencia, esfuerzo y frustración por los que la mayoría de los muchachos y muchachas que pasan por las altas aulas tienen que sobrellevar.

Tenía un examen de una de las Orgánicas el 4 de enero; una de esas materias en las que hay que aprender diez mil fórmulas y diez mil reacciones. No podía perder un segundo porque era tanto lo que había que meter en el cerebro... así que pasadas las 12 de la noche del 31 de diciembre, luego de brindar someramente con los viejos para recibir el nuevo año, volví a mi cuarto para continuar estudiando. Pero estaba mal. Mientras todos mis amigos estaban bailando, bebiendo, disfrutando... yo; el pobre idiota muerto de calor, sudando y estudiando la maldita síntesis de Wurt no podía sino sentirme más que miserable.

En un determinado momento, pasaron por la vereda de enfrente del departamento dos parejas, abrazadas, besándose y tomando los cuatro de una botella de sidra o champán. Me aparté de los libros y los observé a través de la ventana. Reían, gritaban, danzaban. Estaban borrachos. Al terminar la botella uno de los muchachos la lanzó al aire y junto con la explosión de la botella al dar contra el adoquinado estallaron las carcajadas. Fue una expresión de máxima felicidad, de alegría, de libertad... mientras que yo, seguía hundido en la mazmorra, torturado, sufriendo.

No sé que pasó, pero en ese preciso momento me puse a llorar. Lenta, muy lentamente... mientras los veía alejarse abrazándose, besándose, riendo, y me pregunté en medio de mi congoja, si todo mi esfuerzo y sacrificio valía o valdría la pena.

Y claro que valió.

Porque mi paso por la universidad, al margen de muchos tristes momentos como el descrito, tuvo todo lo que tenía que tener y si bien sufrí, también lo disfruté no solo en el ámbito interno de las aulas, sino en lo que a través de ella pude obtener fuera de sus paredes. Sin lugar a dudas que en mi formación, tal como expreso en un párrafo anterior, la universidad fue un hito importantísimo, cuestión que valoro y agradezco pues es innegable que me hizo mejor; más fuerte, más capaz, mejor ubicado, mucho más ordenado, orgulloso de mi saber y creo que sirvió también para afinar mi inteligencia.

Hasta las mismas discusiones dentro de la Cofradía no habrían tenido la misma intensidad y fragor si los integrantes de la misma no hubiéramos pasado por las altas aulas.

Con lo que como corolario puedo aconsejar a quien lea estas líneas que jamás permita que un hijo o un afecto suyo no se beneficie con ese paso maravilloso por las aulas terciarias.

Focalizando en la disciplina elegida, debo hacer mención a que fue lo que pasó específicamente en mi carrera de Ciencias Exactas.

Por un lado fue buenísimo; bravo por el otro.

Buenísimo porque me dio lo que buscaba, que era una comunión con la ciencia y la técnica de las que gustaba a priori pero sin conocerlas en profundidad. Me permitió entrar en ese mundo especial que lo hace a uno también especial en el sentido de que se sabe que se tiene más conocimientos del funcionamiento de tantas cosas de las que la gente no tiene ni idea o que simplemente no entiende; refrendándose aquí eso de que 'el conocimiento es poder'.

Comencé entrando por la puerta grande de la ciencia pura y desde el primer momento en que empecé a estudiarla, me di cuenta que mi corazón y mi mente estarían ligados a estos conocimientos y a esas disciplinas por siempre jamás. Si alguien podía llamarse 'científico' sin dudas que yo era un candidato. Porque para pertenecer al grupo de los científicos no necesariamente uno tiene que vestir un viejo pantalón arrugado y un suéter de cuello alto; fumar en pipa, tener la cabellera desordenada y haber descubierto que $E=mc^2$; sino que para sentirse 'científico' basta con comulgar con los conocimientos puros, amar lo que se conoce pero mucho más lo que se desconoce, porque la búsqueda de lo nuevo pasa a ser un juego, una ansiedad y una necesidad. El que se siente científico siente un placer y un orgullo especial porque en el fondo sabe, que aún sin saber, sabe más que el resto de los mortales; y la sensación es hermosa porque por un lado uno tiene certezas pero por el otro son miles las dudas que lo asaltan y si uno estuvo bien enseñado en la facultad, tiene que ser un master dudante; de todo, pues a través de la duda es que el verdadero hombre de ciencias avanza hacia otro conocimiento mayor.

Estar en contacto con las ciencias me ayudó también a pensar, a organizar mis pensamientos y mis acciones. Vaya como ejemplo: un buen día nos explicaron la función de los ingenieros toma-tiempos; gente especializada en mejorar procesos y acciones individuales. Si un operario tiene que hacer en 100 piezas dos agujeros, uno de 1 mm y otro de 2 mm, ¿que será más efectivo? Que el hombre coloque en el taladro la mecha de 1 mm y haga los 100 agujeros en cada una de las 100 piezas para luego cambiar la mecha y hacer ahora los otros 100 agujeros de 2 mm, o que tome una pieza y le haga el agujero de 1 mm, luego saque la mecha y coloque la de 2 mm para hacer el segundo orificio y deja así la primer pieza terminada, para luego repetir este proceso 99 veces más?

Esto que es tan obvio, lo he visto y lo veo repetidamente, una y otra vez, en toda la gente que me rodea, efectuando miles de operaciones de todo tipo con una falta enorme de eficiencia, dejando en el camino un montón de recursos (tiempo, esfuerzos, rezongos, a veces dinero) que podrían utilizarse mejor para otros usos mas provechosos. Como digo, nada más que ese simple modus operandi que incorporé a mis acciones tratando de ser más eficiente en todos mis actos, fue uno de los tantos ejemplos que puedo mostrar sobre como el sumergirme en las ciencias cambió mi forma de ser.

Gracias al bachillerato del Colegio Moreno, que como dije se especializaba más en dar cultura que oficios y gracias al darme temprana cuenta que en la vida la cultura y la información son vitales para alguien con ganas de superación es que fui todas las veces que pude al Teatro Colón a ver óperas,

ballet y música 'seria', así como que me metí a tratar de entender un poco la pintura yendo al museo de Bellas Artes y a exposiciones y a galerías y hasta me hice de varias pinacotecas, donde a las reproducciones de los grandes cuadros los observaba y estudiaba con fruición, especializándome en el surrealismo, del que llegué a conocer bastante (y por supuesto que me chupé la lectura de todo el *Manifiesto Surrealista* de André Breton).

Sin dudas que en esa búsqueda de conocimientos las lecturas eran la vía predilecta para incorporar información. Desde muy temprano, cada vez que tenía una moneda extra, la había guardado para comprar algún libro y si bien llegue a leer mucho, siempre mi tendencia fue y sigue siendo hacia las informaciones y las novedades en la ciencia y en la técnica.

Mis suscripciones a revistas rondaban el *Scientific American*, el *Discover*, el *Nature*, el *Science Illustrated*, la *Science News* y otras dentro de ese contexto; confirmación una vez más de mi enorme amor por las cuestiones exactas del saber.

El entrar y ser absorbido por el mundo de la ciencia tuvo otra importante consecuencia, que llamaré la 'Etapa Número 2 de rechazo a la Religión'.

Comenté que en aquellos días juveniles, las hormonas me explicaron con meridiana claridad y mucho mejor que los ininteligibles balbuceos de la venerable Iglesia Católica, que un Dios que te da algo para no dejártelo usar, no solo me parecía muy contradictorio, sino bastante burro e incongruente por no decir muy pelotudo si es que a uno ya ni le quedaba algo de miedo para cuando fuera recibido en alguna nube al momento de tener la mala leche de morir.

De allí que surge esa primer etapa en que se produce un abandono en las prácticas de la Iglesia a las que me había metido Mamá en mi niñez y una consecuente caída en mi respeto por la Religión (así con mayúscula porque en esa mayúscula meto no solo a la que me vio nacer, la católica, sino a toda la otra sarta de dogmas, cultos y creencias).

Por aquella época de la primera juventud, tengo un inocultable enfrentamiento con la Iglesia que concentro en una digna representante, mi vieja; a quien mucho he admirado por todo lo que supo ser, pero que a pesar de la chispa, inteligencia, brillantez y todas las cualidades que mostró en las mil áreas en que se desempeñó, en esto de las religiones era muy, pero muy naba, bajando su elevado CI posiblemente a un -10.

Es así que en las charlas que mantengo con Mamá, para mí era como estar discutiendo con toda la curia y el papado entero en el living de la casa.

La diferencia entre mi posición de la primera época con la de la universitaria, es que a lo largo de aquella yo cuestiono a toda la Religión con una postura cínica, sarcástica, muy adolescente; riéndome a veces descaradamente de algunas angustias que mi actitud le producía a Mamá y de las prácticas (medievaes) que le imponía la liturgia con su carga de penitencias, penas y amenazas. La segunda etapa en cambio, ya no es hormonal sino intelectual. Como científico entro a jugar dentro del team que se enfrenta a la religión y paso a participar de la enorme controversia que a lo largo de la historia y hasta el presente no se ha podido aclarar o siquiera llevar a algún punto de encuentro. Me refiero a las posiciones enfrentadas de la ciencia con las de la fe.

Sin profundizar mucho más en el tema, baste decir que cuando a los 70 años de edad abrazo la tarea de aprender mecánica cuántica estudiando las profundidades de la materia y del cosmos,

me doy cuenta una vez más que los dictámenes y posiciones de la religión están tan, pero tan apartados de las más mínimas posibilidades de que lo que promulgan sea verdad, que siento que desde aquellos años de mi veintena hasta ahora, si en algo no estuve errado fue en alejarme de la idea de un Dios que me mira y negocia conmigo si el domingo deja o no que mi equipo gane en el partido de fútbol; y mucho más aún de no involucrarme con una religión que hoy por hoy la veo buena solo para gente muy primitiva; de escaso nivel intelectual; con mucho miedo a la muerte o sin posibilidad alguna de salir de una vida de esclavitud e indigencia.

LA GUERRA

Un par de párrafos para algo que si bien no tuvo tanta trascendencia...fue importante para mi posición ante otro tema que hoy no es tan importante como lo era en mi niñez y juventud pero que igual tiene su vigencia, al menos en otros lados del mundo: la guerra.

A los jóvenes de aquella época al llegar a los 20 años nos tocaba hacer el Servicio Militar, algo así como la preparación de los ciudadanos varones para caso de que el país entrara en guerra. El conflicto armado que hoy ha pasado con preeminencia a ser patrimonio de países muy subdesarrollados y de los venerables Estados Unidos de América, (la potencia que en aras de su dominio mundial ha desarrollado una maquinaria de guerra impresionante que debe mantener activa para vigorizar su propia economía), era en aquellas mis épocas, algo casi común. No se debe olvidar que yo nací justo al comienzo de la tremenda y horrible Segunda Guerra Mundial y que los conflictos generales y zonales no eran inusuales.

El enorme edificio en cruz con la casa Rosada en Buenos Aires que hoy es el Ministerio de Defensa, en mi juventud tenía el gallardo nombre de 'Ministerio de Guerra', por lo que el paso por el Ejército, la Fuerza Aérea o la Marina, a menos que uno tuviera tres patas, dos narices o careciera de algún apéndice de esos que cuelgan, era difícil de evitar y habría en la vida de cada muchacho un también inescapable período de entrenamiento militar para estar pronto para 'defender a la patria'.

Es así que en marzo de 1963, con 22 años a cuestas entro a formar parte del Ejército Argentino, y tras 60 días de vivac en un área militar de Campo de Mayo a unos 60 Kms de Buenos Aires, donde nos hacen correr, saltar y soportar humillaciones y estupideces de cabos y sargentos más brutos que un arado y donde desde el vamos se pone de manifiesto que lo que manda en el ejército no es la inteligencia o la razón sino la estrellita de más que se tenga en la solapa o en la hombrera; paso a un destino intermedio, en la Compañía Comando y Logística del Comando de la Primera División de Infantería Motorizada, enorme e imponente título para definir una barraca de mierda, inmundada, fría e inhóspita en los grandes cuarteles de Palermo; a dos cuadras de Pacífico y a otras dos del Hipódromo precisamente ubicada sobre la avenida Juan B. Justo, ciudad de Santa María de los Buenos Aires.

Tras dos meses de estar limpiando letrinas y barriendo la cuadra, me derivan al que sería mi destino durante un largo año y medio, como oficinista y chofer del Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, ubicado en Palermo, en un elegante edificio que replicaba la casa de

Grand Bourg de Francia donde San Martín pasara sus últimos años.

Como chofer mi tarea era buscar y devolver en su casa por un lado y durante el día llevar de aquí para allá al presidente en cuestión, un tal Juan Florit, pomposo general de brigada, que dicho sin eufemismos, era un viejo de mierda; verdadero hijo de puta, que cada vez que podía me molestaba por como manejaba, por que iba por la izquierda cuando debía ir por la derecha y porque iba por la derecha cuando tenía que ir por el aire; por el largo del cabello, por las arrugas en mi uniforme y por lo que pudiera inventar en el momento; pero que a pesar de todo eso, diría que en amplias líneas no la pasé tan mal pues con ese destino sanmartiniano había evitado la insoportable vida de cualquier cuartel.

Lo que infelizmente no pude evitar fue que perdí miserablemente dos años de mi vida universitaria pues no pude cursar ninguna materia, las que en Exactas requerían de enormes presencias y atenciones de clases magistrales y continuos trabajos prácticos.

Al margen de la escueta descripción de mi 'vida militar' lo que quiero destacar de esta etapa es algo que pasó mientras aún estaba destacado en Palermo.

Por aquellos tiempos y tal como he expresado, lo militar no era poco importante y los militares como profesionales eran señores que tenían predicamento en la sociedad, disfrutaban de cierto respeto y poseían en el país un peso político de envergadura.

Eso hacía que cada dos o tres años estos señores tras agruparse en distintas facciones se pelearan o directamente se disgustaran con el presidente de turno y alegremente se mandaran una revolución.

(Recuerdan el poema del Tío Manuel? "Una vieja se tiró un pedo bajo un latón y un tipo que gritó: otra vez revolución!" maravilla de la lírica universal a la que si al día de hoy no se ha hecho justicia colocándola junto a los versos de Amado Nervo, Vallejo o Neruda, no podría encontrarse una pieza mejor para resaltar la problemática militar en el día a día argentino de aquellos años).

Ni aún hoy tengo demasiado claro que fue lo que pasó, las razones del despelote que se armó; pero posiblemente por algún 'quítame esas pajas' el admirado Ejército Nacional se dividió en dos, Azules por un lado y Colorados por otro y tras lanzarse a las calles, ocupar cuarteles y zonas militares, tras incorporar a la Marina por un lado y a los aviadores por el otro armaron un bolonsky de aquellos, con el país en vilo, las bombas explotando aquí y allá, los tiros surcando el aire y en medio de todo eso, encontramos a mi humilde humanidad metida sin arte ni parte, armado de casco y ametralladora, morral de combate y balas por todos los bolsillos y cananas.

Una noche de esas, nos juntaron, nos metieron en camiones donde apenas cabíamos por las cajas con balas que habían colocado previamente y nos sacaron en dirección a La Plata para meternos en los bosques del Parque Pereyra Iraola, a mitad de camino entre aquella ciudad y Buenos Aires. Sentíamos balazos por todos lados y en una de esas, el lejano zumbido de aviones a reacción que venían adonde estábamos nosotros. Al pasar por encima nuestro tiraron bengalas en paracaídas que caían lentamente dando un aire fantasmagórico a toda la escena: un montón de camiones tratando de refugiarse escondidos entre el ramaje de los árboles mientras que los aviones hacían pasadas rasantes.

Entonces sonó el grito que nos llegaría desde la espesura, siendo esa afirmación como la peor sentencia de muerte que todos sabíamos podría llegar en cualquier momento:

- Ahora nos bombardean!

Nosotros no lo sabíamos ni podíamos verlo en la noche, pero el bosque ése se había preparado para campo de combate y estaba sembrado de cañones, algunos antiaéreos, que ante la embestida de los aviones comenzaron a repeler el ataque que venía del aire. Fue en ese momento, sintiendo las bombas explotando y el zumbido petrificante de los aviones en picada que los integrantes del camión (éramos unos 20 o 25 muchachos) que hasta allí habían permanecido en el mayor de los silencios estallaron en una sinfonía de ayes, quejas y gritos de espanto.

El sargento y el teniente que iban en la cabina habían desaparecido, posiblemente se habían escondido entre la maleza y nosotros habíamos quedados encerrados en la caja del camión con ganas de saltar también pero sin animarnos a hacerlo por miedo a represalias.

El miedo general se esparció como un virus en cuestión de segundos y el mío personal era tan grosso que se puso de vuelta y media, como que me desbordó y a partir de un cierto punto fue como ya tener la certeza de mi muerte. Pero de algún modo supongo que eso fue positivo, pues en vez de gritar o intentar salir corriendo sentí la misma sensación que es la que creo se siente momentos antes de pasar al más allá. Mágicamente el miedo desapareció; me invadió una profunda paz y entonces como si estuviera salido de mi cuerpo (pero ojo que no era la famosa cuestión del alma y el hilo de plata, sino solo una sensación) me dediqué a mirar a mi alrededor para ver en todo su detalle la angustia y el terror de mis compañeros. Pues los soldaditos comenzaron a actuar como ratas encerradas; aquél intentando tirarse abajo del camión con su compinche agarrándolo de las piernas, otro gritando desesperadamente incoherencias absurdas, uno, al final de la fila llamando a su madre. Me impactó otro que con el casco ladeado y apoyando la cabeza contra la pared de la caja lloraba con una profundidad como nunca había visto, en un llanto profundo, sentido, mucho peor que de dolor, en una imagen patética que aún hoy recuerdo impresionado. Un soldado petisón y simpático con el que siempre charlaba en el cuartel, aferrado al caño de su fusil, en su desesperación y angustia, en medio del griterío atroz cantaba un tango a viva voz.

Todo un aquelarre infernal que no terminó en tragedia porque los aviadores nos perdonaron la vida y guardaron las bombas para otra ocasión.

Pero lo cierto es que tras ese episodio y en la semana que duró la contienda, me vi entrando a ocupar una base naval (el Fuerte Barragán) igual como se hace en las películas, con los tanques por delante y nosotros escudados en esos formidables mastodontes corriendo detrás, igualito que las películas de John Wayne o Errol Flynn; y luego tomamos también los astilleros navales de Puerto Belgrano en otra épica acción en la que si bien no tuve que disparar ningún tiro, viví las más intensas emociones y sensaciones que se tienen en cualquier acción de guerra para quedar como corolario, y esto es lo más importante del relato, que a través de lo casi nada que pude ver de la guerra, la odié y la odio, y la veo como un producto despreciable dentro de la temática relacionada con el ser humano; un producto de los intereses a veces de unos pocos que afecta a tantos y de forma tan cruel, maligna y angustiante. Cuando hoy veo que todavía algunos países (como los ya mencionados Estados Unidos) que usan a la guerra como elemento de poder me

pregunto cómo es posible que la masa humana no cuestione y condene esa aberración, pero no de modo declamatorio, sino en forma que fuera imposible intentar siquiera comenzar o amenazar con la misma; y como es que soldados y afectados, actores e involucrados en las actividades bélicas no hagan el mismo juramento que me hice aquella noche mientras esperaba las bombas de los aviones y esperaba también la muerte; juramento que al día de hoy me sigue llenando de orgullo y que fue:

“No importa lo que pase, juro que independiente de la situación en que me vea, no voy a matar a nadie; y juro también en que si a partir de esta imbecilidad bélica me veo en una situación que no pueda manejar, directamente me iré; me escaparé entre los maizales, porque no hay guerra que justifique ni mi dolor ni el de otros como yo”.

Nunca dejé de honrar ese sentimiento ante la/s guerra/s y cada día que pasa me aferro más a aquel juramento de 50 años atrás.

Finalizo este tema de la guerra con algo relacionado pero que en rigor tiene que ver con otro tema que es el azar y como los riesgos existentes pueden derivar en nada o en un todo.

Como fuerza de ocupación en el Astillero Naval de Río Santiago, el último día de nuestra estada allí dentro, se me acerca un sargento y dándome dos baldes me manda a buscar leche a un depósito distante unos 500 metros.

Salgo caminando con mis baldes y en el camino veo una división limpiando sus armas. Son unos 40 o 50 soldados, que sentados en el cordón de la vereda (el astillero es como una ciudad con edificios, lugares verdes, calles); manipulan sus fusiles y ametralladoras. En la vereda de enfrente un tanque estacionado. Paso con mis baldes entre la fila de soldados y el tanque cuando escucho un disparo. ‘Bang!!’ y tras el tiro el grito estentóreo de un cabo o sargento: ‘Soldado pelotudo!!! ¿Cómo no te fijaste si había bala en recámara?! Pelotudo!!’

Lo destacable es que a la fracción de segundo del disparo yo sentí un zumbido increíble, potente. Un ZZZUUMMM! que pasó rozando mi oído derecho! La bala disparada había pasado a escasos centímetros, tal vez a milímetros de mi cabeza!

Sin siquiera darme vuelta a ver quien había sido el ‘soldado pelotudo’ seguí caminando como si nada hubiera pasado, inmutable, andando derechito, erguidito, sin respirar siquiera demasiado fuerte.

Este tonto episodio de la guerra también me dejó la clara enseñanza que ... verdaderamente no somos nada flotando en manos de un destino inclemente! Que por cualquier acción fortuita de un azar ciego en un santiamén podemos transformarnos en millonarios, en los seres más felices del mundo o bien terminar siendo boleta por una estúpida bala perdida...

TRABAJOS

La facultad donde me fui a meter era demandante por demás. A las larguísimas horas de exposiciones teóricas teníamos que cumplir con los trabajos prácticos que en química eran largos y generalmente a razón de 3 veces por semana. Cursando dos materias (digamos una de química

inorgánica o cuali o cuantitativa y otra de química orgánica) ya teníamos 5 o 6 tardes o mañanas full ocupadas nada más que con las prácticas; a lo que sumando las mencionadas teóricas y las enormes horas que había que dedicarle al estudio, no daban para mucho tiempo libre. En rigor, en aquella época eran pocos los estudiantes de ciencias en la UBA (Universidad de Buenos Aires) que podían trabajar.

Razón por la cual recibíamos algún diezmo de los viejos que reconocían el esfuerzo y si había necesidad de mayor dinero había que satisfacerlas en trabajos cortos, de mediodía, freelances o a destajo.

Es así que a lo largo de mi época universitaria tuve un montón de trabajos menores, que si no fuera para no desmerecerme mucho podríamos llamar 'changuitas misias', que abarcaron desde vender medias de mujer a revistas por suscripciones a discos fonográficos a disyuntores diferenciales. Con mi amigo Guillermo Ventín (a quien me referiré con más detalle al hablar de los libros escritos) que trabajaba para una empresa de análisis no destructivos pasé no pocas jornadas nocturnas y fines de semana tomando radiografías de soldaduras en piezas enormes de metal, tipo mega calderas, reactores, aparejos industriales, etc. Trabajábamos en grandes establecimientos siderúrgicos entre fierros y mucho ruido. Yo colocaba el tubo que emitía rayos X y luego revelaba las placas. Guillermo las analizaba.

Me hice visitador médico part-time y a partir de promocionar entre los doctores un aceite súper refinado de maíz que supuestamente era maravilloso para reducir la arteriosclerosis aprendí dos cosas: una, que hay tres términos que maneja la gilada como si fueran uno solo, pero están errados; no son iguales 'arteriosclerosis', 'arteriolosclerosis' y 'aterosclerosis' (información al pedo y totalmente inútil para mí, pero que no me la pude sacar de la cabeza); y dos, que Linneo primero y Darwin después, cuando clasificaron las especies animales deberían haber hecho un nicho especial para los médicos, porque este grupo se cree un escalón por encima de todas las otras especies y no solo no tienen empacho en hacértelo saber sino que tratan al resto de los humanos como si estuvieran por debajo de los celenterados y los paramecios.

Con un par de amigos nos metimos también en el Mercado de Abasto, donde por una simple artimaña nos hacíamos de unos pesos. En la subasta de carne, comprábamos una res entera, se la llevábamos a un carnicero que la despostaba (la separaba en todos los cortes que puede tener una res) y luego la vendíamos por piezas a otros carniceros. Todo dentro del mismo mercado. No era mal negocio, pero era una actividad dura, sucia y en un ambiente desagradable, por lo que a los pocos meses la dejé por otra cosa.

Algo que funcionó bastante mejor y que se prolongó por varios años hasta el fin de esta etapa fue la fotografía. Tenía dos buenas cámaras y poco a poco me había implementado con filtros, flashes, aditamentos y hasta procesaba las fotos con soluciones (baños) que mis conocimientos químicos me ayudaban a que fueran de excelencia. Es cierto que todo era medio precario y cada vez que hacía fotos tenía que armar el laboratorio en el escusado de la casa adonde entraba en calzoncillos por el calor inmenso que se generaba allí dentro y cada operación, a veces de varias horas de revelados y enmarcados me hacía perder un par de kilos en agua transpirada. Pero no me quejaba; era un trabajo, no me exigía horarios incompatibles con la facu y rendía buen dinero. Como fotógrafo hice trabajos de todo tipo, desde casamientos a comuniones; fiestas, comuniones, retratos, infantiles, promociones. Llegué a hacer un importante trabajo para Coca-Cola. Ilustré folletos, desfiles de modelos, fotografía nocturna (foto de estrellas y satélites), en fin creo que toda la gama.

Tan ligado estuve a la foto y a las emulsiones que un día apareció la posibilidad de entrar a trabajar en los Laboratorios Alex; enorme empresa que procesaba todas y cada una de las películas cinematográficas que se hacían en Argentina y países aledaños. Dada mi limitación de horarios por la exigencia de la facultad conseguí que me dejaran trabajar de 6 a 12 del mediodía, cuestión que era brava y que solo aguanté un año corrido pues todos los días debía levantarme a las 4:30 y hacer un largo viaje de una hora hasta el conchabo en pleno centro de Núñez.

Mi tarea era la de un químico que debía velar por la calidad de los baños de revelado y fijación de las emulsiones en el procesamiento de los films; soluciones líquidas que ocupaban enormes bateas de un metro y medio de ancho y casi 20 de longitud por donde el film pasaba en un largo camino donde se revelaba o fijaba.

Mi trabajo no era malo y el ambiente agradable. Pasaba el tiempo en un laboratorio bien implementado con un par de técnicos, buenos chicos, que dependían de mí; más el jefe del laboratorio, un judío que debió llamarse Goldbaum o Chernowsky pero que por confesión propia sabía que se había cambiado su judiísimo apellido al más cristiano (y mejor tolerado en cualquier parte y en cualquier tiempo) de 'Tabernero'.

Tabernero no era mal tipo y su trato con los técnicos y conmigo siempre fue correcto, hasta afable. Sin embargo a través de él tuve una lección que me significó una bofetada de realidad y me ubicó muy bien en cómo, según las circunstancias, alguien que está a tu lado y de tu lado te puede apuñalar por la espalda. Lo que dicho de otro modo, fue la muestra de que muchas veces nos encontramos viviendo en un real y crudo 'mondo cane'. O como hubiera dicho Aristóteles en latín: 'Homo homini lupus' (el hombre es un lobo para el hombre).

La historia es así. Un día se abre la puerta del laboratorio y entra uno de los capataces de planta, desesperado.

- Nos avisan de la sección de Edición que en la banda de sonido hay unos ruidos de 'Clack!' que se mezclan con las frases de los actores. Hemos mirado la cinta y encontramos basura, como sedimentos en las superficies.

Corridas, gritos, angustias. Cada batch de baños significaba enorme cantidad de dinero si se tenían que descartar sin haber sido usados; pero mucho más preocupante aún era si el film no se podía recuperar, ya que ello significaba que todo lo filmado se perdía y había que volver a rodar la película o al menos parte de ella.

Tomamos muestras de los baños y en el laboratorio las analizamos en marcha contra reloj. Para sorpresa, nuestros análisis dan perfectos. No hay desbalances, no hay sustancias extrañas, no encontramos sedimentos, cada componente en su proporción de fórmula, cada fórmula en su química correcta.

Tabernero toma una decisión fuerte: 'A cambiar todos los baños!' lo que significaba un costo importante pero él era el jefe y el problema no estaba resuelto.

Se cambian los baños (cosa que normalmente se hacía una vez cada varios meses) y se efectúa una nueva prueba. Nuevamente el mismo problema! Otra vez los ruidos que se producían en la banda del sonido.

Mientras la gente seguía corriendo y la desesperación aumentaba en todos los niveles yo tomé un trozo de negativo, me lo llevé al laboratorio e hice lo que nadie había hecho hasta ahí: lo metí en un microscopio y descubrí dos cosas. Primero que las basuras que producían el ruido no estaban solamente sobre la banda de sonido, sino sobre toda la superficie del negativo, y si no se veían en la proyección era porque la luz de la lámpara disimulaba la perturbación en la imagen, pero no pasaba igual con la zona del sonido. Segundo y esto fue clave, que todas las ‘basuras’ eran idénticas. En vez de depósitos irregulares lo que yo veía eran pequeños círculos. Casi microscópicos. Y me di cuenta que no era algo agregado desde afuera sino que venía del mismo líquido revelador. Estaba solo dentro del laboratorio y supongo que al igual que Arquímedes cuando gritó ‘Eureka!’ me di cuenta de que era lo que pasaba: no había sido ‘suciedad’ sino algo que formaba burbujas sobre la superficie del negativo y que al secarse dejaba un resto circular. Solo una burbuja rota sobre una superficie podía dejar un resto circular! ¿Y que era lo que podía formar burbujas? Solamente la agitación o un tensioactivo.

Corro a ver al capataz y le pido que me muestre las botellas de detergente (que en poca cantidad se le agregaba al líquido para hacerlo mas deslizante) . Me da la botella y veo que no es el producto que se usaba normalmente.

- Aquí está el problema – le digo – El detergente.
- Pero si estamos usando lo que nos manda el proveedor de siempre – me contesta
- Pero éste no es el que usábamos antes. La etiqueta tiene otro color. ¿De dónde salió este detergente? – le pregunto
- Ya te dije, del mismo proveedor. La misma marca. Ahora es mucho mejor que el anterior. Este viene reforzado.

Corro a verlo a Tabernerero que a la sazón estaba verdaderamente desesperado corriendo entre las bateas y le digo,

- El nuevo detergente, por ‘ser mejor’ nos está arruinando los baños. Es más tensioactivo; produce más espuma y la basura no es basura sino burbujas secas del mismo detergente. La solución es bajar la dosis de este nuevo detergente.

El hombre da la orden, diluimos los baños bajando la concentración del producto nuevo sin tener que remplazar nada y voilá! solucionado el problema!

Grandes sonrisas y alivio general luego de que por horas había estado toda la empresa en vilo. Volvemos al laboratorio y Tabernerero me pone la mano en el hombro. ‘Lo tuyo fue espectacular Felipe’, me dice.

Es en ese preciso momento que se abre la puerta y entra nada menos que el dueño de los Laboratorios, un viejo de apellido Sessa a quien solo había visto un par de veces. Es que este tipo era intocable, lo máximo, el prócer, la guita. Se dirige a Tabernerero y le dice:

- Menos mal! ¿Cómo llegaron a descubrir el problema?

Me pongo ancho esperando la felicitación y sintiendo el orgullo de haber hecho algo tan provechoso para la empresa. La palabra de mi jefe con el reconocimiento a mi labor supondrá cantos

de ángeles. Taberero da un paso al frente y colocándose justo delante de mí, (digamos que entre el Dios y yo); abre la boca y dice:

- Tuve la inspiración de mirar en el microscopio y ver que solo eran burbujas de detergente.
- Gran trabajo Taberero! ¿Qué haríamos sin un químico como Vd?!

El hijo de puta baja la cabeza con una fingida humildad a la vez que asiente con una medida sonrisa. Es su momento de máxima gloria. El Gran Amo da media vuelta y como vino se va. Se cierra el telón mientras el pobre Felipito queda con la boca abierta, atontado porque no puede entender que haya pasado lo que pasó; pero sin dejar de sentir el dolor de una certera puñalada en el corazón.

Lo miro a este tipo que me acaba de traicionar con una mezcla de incredulidad, bronca y dolor pero yo tampoco digo nada. No me sale nada para decir.

Termina la mañana y al mediodía, justo cuando estoy por salir para irme a casa, Taberero me llama a su oficina.

- Sentáte pibe – me dice paternal; y sin vueltas ni eufemismos me larga las dos siguientes líneas
- Por varias razones yo necesitaba desesperadamente esas palabras del dueño. Mucho más que vos. Lo siento pero... así es la vida! Podés irte.

‘Así es la vida’... me dijo... y ese ‘Así es la vida’ me preparó para todos y cada uno de los trabajos que desde allí y hasta mi jubilación supe tener. Y me preparó en dos formas. Una, sabiendo que si ‘así era la vida’, había que estar preparado para que cuando otros Tabereros te volvieran a cagar entonces no doliera tanto; y dos, que en base al dolor, humillación e injusticia sufridas esa vuelta, juré que nunca pero nunca iba yo hacerle algo así a un subordinado. Cosa que creo haber cumplido a cabalidad.

VIDA SOCIAL

Como dije, la entrada en la universidad cambió hábitos y situaciones. En lo social y sin dejar jamás de lado a los integrantes de la Cofradía, cambié de amigos, aunque seguí privilegiando los pocos, buenos y fraternales a los muchos y poco íntimos.

Me sentía cómodo en ternas y formé varias muy queridas. Con el Pocho Collins y Georgie Shilton una; otra con el Beto García y Daniel Silva; con Miguel Gordon y el Abuelo Carrere; con Fernando Damianovich y Jorge Sigal (estos dos, compañeros de la facultad).

De todos modos quizás la tríada más conspicua y con la que oscilo más que con ninguna otra durante largos años es la primera de las mentadas. Georgie y el Pocho, son dos tipos que nos habíamos conocido en el club de Ferro y con los que teníamos una compenetración total. Dos tipos excelentes, de gran nobleza y un hermoso carácter con lo que nuestras charlas iban desde lo más profundo de la filosofía que podíamos encarar en esos tiempos a las estupideces máximas, que podían hacernos reír por horas como si fuéramos imbéciles infradotados. Y pongo como ejemplo el siguiente episodio que era típico de las tonteras que tanto nos hacían deleitar.

Alguno de nosotros había traído el chisme que los pedos eran gases inflamables. Desarrollamos entonces el 'proyecto científico' de comprobar si tal aserto era verdadero o no. Una noche en que los padres de Georgie no estaban en la casa, nos cocinamos un guiso de porotos y luego nos sentamos en el living a charlar hasta que las alubias hicieran su labor. Como a las dos horas de estar paveando, el primero en sentir los efectos es Georgie, que en medio de una conversación comienza a gritar desafortadamente: 'Aquí viene uno, aquí viene!'. Se saca los pantalones, se repantinga en el sillón, pone el traste al aire y yo agarro la caja de fósforos a esperar la salida de la ventosidad. La escena era la siguiente: un tipo todo doblado en un sillón agarrándose las piernas y con el culo peludo enfocando hacia el techo, gritando como loco que ya llegaba y que ahí venía con todo. Yo apurándolo y maldiciendo a mi amigo porque no hacía verdadera fuerza y ya me estaba quemando los dedos con el fósforo que se consumía y el Pocho con una máquina de fotos gritándome a mí, para que en mi entusiasmo 'no le tapara el ángulo' (del culo claro!). Hasta que finalmente cuando sale el primer gas se produce un fognazo tremendo y mientras Georgie gritaba que se le habían incinerado los pelos y le ardía todo, nosotros con el Pocho nos abrazábamos tras el éxito del experimento, igual que Watson y Crick cuando descubrieron la doble hélice del DNA. Y encima teníamos la foto!

Patético; espantoso ... pero muy, muy sabroso, risueño y de esas cosas que consolidan una amistad para siempre y por siempre jamás.

Quiero plasmar un par de párrafos para otro de los amigos de quien quiero dejar alguna huella en mi historia. Fernando Damianovich.

De todos mis compañeros de estudio en la facultad Fernando fue con quien más materias estudié y por varios años nos sentamos larguísimas horas, tete a tete, a tratar de entender los secretos de la química y sus compuestos.

Lo lindo y atractivo de este amigo era (y sigue siendo) una dualidad muy poco común. Porque habiendo siendo hijo de padres viejos y alcurniados Fernando había sido criado no solo con unos principios y una moralidad a pruebas de balas sino también en una formalidad que caracterizaba cada gesto, cada movimiento y cada acción suya; nada de lo cual se ha perdido a lo largo de la vida.

Sin embargo... ligada a esta esencia de aparente cosa antigua, presentaba (y la sigue presentando) una faceta absolutamente opuesta, la del hombre muy al tanto de cómo las cosas han cambiado y que se expresa con un lenguaje de la calle con giros del más profundo lunfardo y con la picardía y chispa del típico porteño de hoy. Ambivalencia que le da a su personalidad un pintoresquismo y sabor tan especiales que lo hacen un tipo con el que da gusto pasar todo lo que se pueda en su compañía.

A lo largo de nuestra inmensa amistad creo que hemos aprendido uno del otro en muchos aspectos, pero aquí quiero destacar algo que él me enseñó y que me dejó marcado de forma buena, positiva.

Estábamos en su casa estudiando, cuando al mirar por la ventana vió un cúmulo de basura en la calle delante de su puerta. Paró de estudiar y tomando la guía comenzó a llamar por teléfono a la Municipalidad. Debe haber hecho no menos de una docena de llamadas hasta que finalmente encontró al funcionario responsable por quitar las basuras de las calles. Le explica lo del montón de residuos y el tipo le promete que en ese mismo día le limpiarán el lugar.

Demás está decir que comencé a burlarme diciéndole que había engrosado la cuenta telefónica de su casa y que el funcionario ése debía estar riéndose juntos con sus colegas por una llamada y una solicitud tan naif a la que con seguridad ese burócrata jamás iba a responder.

Al juntarnos al siguiente día para seguir estudiando, me corro al balcón y veo con sorpresa que la basura ya no está. Le comento a mi amigo que el de la municipalidad parece haber cumplido y suponiendo que el episodio terminaría allí tomo los libros y lo invito a comenzar a estudiar. Pero Fernando me dice:

- Esperá; antes lo tengo que llamar al tipo este.
- No! Dejáte de jorobar y empecemos de una vez - le digo y su respuesta es:
- No viejo; esto no puede quedar así; yo tengo que hablar con este hombre.

Vuelve entonces Fernando a pasar los teléfonos que había marcado en la víspera hasta dar una vez más con el empleado en cuestión y cuando lo tiene a tiro del otro lado del tubo, le espetta:

- Vd. ha cumplido con su promesa y con el trabajo que tiene a su cargo. Es una persona de bien. Un funcionario valioso. Lo felicito! - y cortó.

Y la lección que me regaló; que contabilicé profundamente y que a partir de allí siempre traté de implementar vino con la última frase:

- En general somos rápidos para retar al que hace mal las cosas. Y está bien. Pero también hay que premiar al que se rompe y responde. Ante el cumplimiento de la promesa, un destaque y un agradecimiento a lo que hizo este tipo no solo es un reconocimiento merecido, sino que con esta simple llamada acabo de transformar un pobre burócrata en un técnico eficiente y comprometido con su labor. Y fijáte lo poco que costó!

En paralelo a esto de los amigos y en el asunto de chicas salí con unas cuantas de variados pelajes, y hasta hubieron un par de cosas increíbles como Susana D.C., una mina que había levantado en un viaje a Mar del Plata y con la que mantuve un romance pasional que duró unos cuantos meses. Esta piba era una hermosura, una verdadera belleza (que cada vez que nos metíamos en un catre y yo la observaba en todo su esplendor me preguntaba cómo este pedazo de camión me podía dar bola a mí, que por más cuentos de marcianos que escribiera ni arrimaba a la pinta de otros vagos que siempre la rondaban). Como dato corroborante de que esta piba era de una hermosura fuera de serie, mencionaré que luego de nuestro romance llegó a ser una starlet de televisión, donde en uno de esos programas de espanto, con risas falsas y humor del baratísimo, ella iba de acá para allá, aguantando las groserías de los humoristas de turno, pestañando sus hermosos ojos verdes y portando una microscópica faldita que le dejaba al descubierto esos dos increíbles remos para baboseo de la 'inteligente' teleaudiencia nacional. (Yo incluido).

Es decir, que hubieron algunos lindos romances; pero si tuviera que hablar de una primera relación un poco más importante tendría que mencionar a Liliana Rivas, una atractiva morocha que estudiaba leyes y quien, lo que son las cosas, tenía una hermana, Alicia, cuestión para nada especial, excepto por el hecho de que mientras yo salía con Liliana, Georgie salía con Alicia y

el Pocho con una prima de Georgie (Chinga); arreglo estructural que permitió conformar un grupo bastante unido y que se centró en la casa de las hermanitas, un caserón grande y muy bonito en la calle Nicasio Oroño, cerca de Plaza Irlanda; 'establecimiento' al que transformamos en el centro de reuniones y farras de un conjunto de muchachos y chicas nucleados en un grupo de unos 15 o 20 y que representábamos un verdadero gang al estilo de los que se veían en el cine en las películas de John Travolta y Olivia Newton-John.

Los viejos de las hermanas, (Luis y Amanda), eran todo oferta y no solo nos dejaban usar las instalaciones los fines de semana sino que aportaban gratarola una cuota importante de consumos (morfi y chupi), que nosotros jamás dejamos de agradecer ni tampoco de consumir. Inteligentes, los viejos que tributaban para (supongo) tener a las hijitas más o menos bajo observación y control (je!) no abundaban en los tragos etanólicos, pero hay que reconocer que eran otras épocas y los consumos se concentraban en gaseosas y una que otra cerveza, para que todo estuviera en paz. Lo cierto es que durante dos o tres años, en los sábados por la noche, las reuniones en lo de los Rivas fueron espectaculares y un disfrute a todo pulmón, a todo bailongo y a todo chape, por lo que si bien mi relación con la Lili no progresó mucho más de ser casi un puppy-love, durante el tiempo que duró me dio estabilidad emocional y la posibilidad de disfrutar en paralelo de la amistad y alegría de todos los vagos y niñitas que caían o resbalaban por la casona de Nicasio Oroño. La hospitalidad era tan buena que con Georgie hasta llegamos a disfrutar de dos vacaciones de 15 días en una casa de Necochea adonde los Rivas pasaban el verano. Gente de la buena!

Fue esa época veinteañera una etapa en que todo significaba goce. Un goce enorme. Como que todo salía con fritas. Relajadamente. Fluidamente.

Tenía un hogar sólido donde los viejos eran buena gente. Ellos se llevaban bien y conmigo también había buena convivencia. Gracias a la economía en levante, dada por el trabajo de Papá que sin ser de locura había mejorado notablemente desde los tiempos post-guerra, más la siempre importante (importantísima) actividad del gabinete de Mamá; sin que (atención!) jamás se tirara manteca al techo, las cosas tenían un aire de más holgura y definitivamente vivíamos mejor. Habíamos salido del minúsculo departamento alquilado de la calle Rojas y mudado al adquirido de la Calle Añasco (Añasco 65, Dto. 1); una regia vivienda donde Mamá había armado un gabinete mucho más profesional y yo 'hasta' tenía un dormitorio propio, cosa que durante los primeros 21 años de mi vida se me había negado.

Los viejos tenían un auto pequeño pero que los fines de semana daban para algún paseo y si yo tenía que salir con alguna mina 'muy especial', tras charlarlo con el tigre del viejo, que comprendía como eran esas cosas, (supongo que pensando en sus tiempos de jodas juveniles) también podía disponerlo.

El estudio andaba un poco lento por la situación descrita ut supra, pero eso no parecía calentarme; tenía buenos y queridos amigos; me repito diciendo que siempre había alguna chica a mano y como cherry on the top, los fines de año unos viajes fabulosos a los que haré mención un par de párrafos más después.

El país andaba bien; no había violencia ni delincuencia; y la salud, salvo algún dolor de cabeza que comenzaban a insinuarse, era muy buena.

Había mil cosas que hacer sin necesidad de guita y todas se hacían. Repito: todo fluía bien. Todo se disfrutaba. Tal como decían los versos de *Yesterday* de los Beatles:

‘Life was such an easy game to play...’.

No lo he mencionado hasta aquí, pero otra de esas cosas que me llenaba mucho eran los deportes. Jugaba a todo y me gustaba todo. No había fin de semana sin un partido de fútbol y con Georgie solíamos pasarnos noches enteras jugando al pimpón en Ferro.

Había una actividad que me copaba: la montaña. Tal vez porque de chico no había visto nunca una montaña hasta los 14 años o quizás porque en alguna vida anterior fui un ermitaño montañés, el asunto es que los cerros me tiraban mucho; como que la montaña me prestaba un cobijo, una protección; por lo que a la primera de cambio, me conecté con amigos que hacían andinismo y un septiembre creo que del 59 o 60 con Miguelito Gordon nos hacemos socios del Club Andino Buenos Aires (CABA) anotándonos para un curso de alta montaña y andinismo en Sierra de la Ventana, con la inmensa suerte que nuestro instructor resulta nada menos que un tirolés de nombre Gerardo Watzl que a la sazón era el único tipo que en la Argentina tenía más de 8,000 metros (porque había estado en el Himalaya, en la primera expedición argentina al Daulaghiri, donde murió su jefe, el legendario Teniente Ibáñez. Curiosamente la misma montaña a la que en el 2008 iría en otra expedición mi hijo Pablo y donde moriría también un compañero suyo: Darío Bracali).

A partir de ese hito, con Miguel nos hicimos (oficialmente) montañistas y realizamos un montón de subidas allí mismo en la Sierra, un lugar especial donde el escalador podía encontrar los miles de problemas que presenta cualquier montaña.

Al margen de estas escapadas y por varios años concurríamos en las vacaciones de verano a Bariloche, donde teníamos una base inmejorable, la casa de un querido amigo, Horacio Pescuma, justo en Puerto Pañuelo cerca del Lago Nahuel Huapi.

Partiendo entonces desde la casa de Horacio nos largábamos a hacer (e hicimos) los principales picos de la zona (el Principal del López, la Lürs, las torres del Catedral, los picos que rodean a la laguna Tonchek, el cerro Campanario, el Argentino del Tronador, este en hielo y roca; y unos cuantos más).

Esto de la montaña era genial pero claro...no era un deporte de fin de semana.

Y además había algo que me molestaba un poco.

Yo practicaba todo bien, me defendía en todo; pero no me podía engañar: nada de lo que hacía en el área del deporte era de excelencia y tenía ganas de hacer algo con un poquito de mayor altura, con mejor nivel. Quería practicar un deporte en serio.

La ocasión se presentó a través de un amigo y compañero de la facultad, Alberto Campos; un flaco que había sido compañero del secundario y que jugaba al beisbol, en primera división del Club Comunicaciones, un club importante de Buenos Aires. Charlando una tarde en la facultad y cuando le expreso que me gustaría encarar en serio algo deportivo me invita:

- Vení a ver un partido, vas a ver que es interesante. Además es un deporte con poca gente; si sos bueno, rápidamente podés estar entre la gente que mueve la cosa y muy importante: es un deporte que tiene campeonatos todo el año por lo que siempre hay actividad exigente.

Así fue que un domingo me aparezo en un partido; lo veo a Alberto en acción y en efecto, me termina gustando; aunque también me doy cuenta que habían una cuantas minucias, la fineza y sutileza del juego de la que yo no tenía ni idea. Es allí donde me ayuda la determinación. Era verano y tres veces por semana, luego de cenar había un campeonato nocturno de softball (ya se sabe, el beisbol chico, que se juega casi idéntico al beisbol pero en cancha más chica y con pelota un poquito más grande). Así que cada noche de partidos me iba al Parque Chacabuco donde se realizaba el campeonato y observaba el juego.

Lo primero que hice fue ver la acción de cada uno de los 9 jugadores cuando se desparramaban por el campo, hasta elegir la posición que más me gustaba. Que fue la del Tercera Base. Ya sabía de qué quería jugar. Ahora tenía que ver 'cómo' se jugaba. Así que ante cada batazo yo observaba y analizaba los movimientos de los tipos que ocupaban el lugar del Tercera en la cancha y veía que reacción tenían ante cada situación. Tal vez esta no fuera la forma en que la mayoría de los deportistas encaran el inicio de un deporte, pero esa fue mi forma, que analizada mucho después encontré interesante; como la de un tipo que se proponía un proyecto, lo estudiaba, lo preparaba y cuando estaba confiado recién salía al ruedo para ponerlo en práctica.

Decidido y definido que iba a hacer; con el apoyo de Alberto, me hice socio del Comunicaciones y comencé a entrenar con el equipo. Iba todos los jueves a la sesión de preparación, jugando como sustituto en los partidos de práctica para los domingos concurrir a todos y cada uno de los juegos en que participaba el equipo.

Comunicaciones se desempeñaba en Primera División de la Liga Argentina de Béisbol participando todo el año de los campeonatos que abundaban. Y si el club jugaba el año entero, el pobre Felipito durante casi un año entero ahí estuvo, pero haciendo banco! Era un jugador de primera; estaba ahí... pero nunca salía a la cancha. Eterno suplente. Pasaba que el Tercera del equipo era muy bueno y el tipo no se moría más.

Pero como todo, el día finalmente llegó. Fue en el año 61 en que el flaco tuvo no sé qué problema y no apareció. Así fue como Felipito entró a la cancha, con todos los dioses hinchando de su lado, ayudándole a jugar un partidazo. A partir de ese día y durante los siguientes ocho años no abandoné la titularidad de la tercera base en el primer equipo del Club Comunicaciones y si bien no llegué a ser un Maradona, un iluminado; tuve un desempeño lo suficientemente bueno y constante tanto en béisbol como en softball que puedo respaldar con dos episodios que aunque vistos desde afuera pueden no significar mucho, pero que para mí fueron hitos deportivos (al menos hasta donde pude llegar), a los que hay que añadir un momento que llamaría alegremente de 'fama incalculable'.

El primer hito fue cuando en mi sexta o séptima temporada, recibí la llamada telefónica del director técnico del seleccionado de softball de la Liga de Buenos Aires. Me habían seleccionado para ocupar la tercera base de la selección de Capital Federal (que nucleaba a los mejores clubes del país) y no solo ocupé ese lugar hasta que me retiré un año más tarde, sino que también ligué varios viajes que hicimos con el seleccionado, a La Plata, a Bahía Blanca y a Mar del Plata.

El segundo hito fue en rigor el 'último' momento de mi carrera. Como jugador no era tan buen pegador (bateador; los que pegan y corren) como lo era defendiendo (cuando uno sale al campo), al punto que me llamaban 'La Pared' porque tenía tan buena reacción que siempre detenía o agarraba las pelotas que volaban cerca de la tercera base. No pasaba nada por ese lado.

Aquella tarde estábamos jugando en nuestro club contra el equipo de River Plate cuando un jugador de ellos va al bate y le sale un drop corto, muy corto. Un tiro que hace una curva y si bien la bola estaba demasiado lejos vi la oportunidad de tomarla de aire (fly) y dejarlo al tipo out. Salí corriendo como flecha y salté en el aire. Esa pelota no se me podía escapar! No recuerdo demasiado bien como, pero debe haber sido sin dudas un salto increíble. Tanto que al final del vuelo interminable caí de panza y resbalé un par de metros; con la pelota en el guante, el tipo out y los hinchas de la tribuna gritando entusiasmados; pero infelizmente, pegando muy duro con la rodilla izquierda contra el suelo. La acción fue tan espectacular que todos me vinieron a felicitar y cosa insólita en este deporte: hasta el umpire (el juez del partido) hizo un alto; se me acercó y me dio la mano a la vez que con una sonrisa me dijo: 'El mejor catch que haya visto!'.

Pero la rodilla había quedado tan mal, que no solo abandoné la cancha sino que tuve que abandonar el beisbol también. Estaban ligamentos y cartílagos tan perturbados que el médico que atendía al equipo me ofreció operar los meniscos, con cargo al Club; pero me achiqué. No tuve ni ganas ni fuerza para hacerlo y además estaba convencido que había llegado al final del recorrido en este deporte. Esa gran acción fue lo último que tengo para contar sobre mi mayor experiencia deportiva juvenil, y ahora solo haré mención a mis 5 segundos de fama.

Que en rigor no se trata más que de una tontera, algo muy pequeño que pasó una noche en uno de los campeonatos nocturnos en el Parque Chacabuco, pero que me hizo gracia y dejó un sabor dulce y agradable en mi orgullo.

Estaba entrando el equipo a la cancha y desde el vestuario pasábamos cerca del público, casi rozándolo. Lindos uniformes, los zapatos con spikes que hacían ruidos en el piso, guante grande de cuero y gorra con escudo y colores del club. Entre la gente, dos pibes de unos 10 o 12 años y cuando paso al lado de ellos, escucho por el costado de la oreja que uno le dice al otro, como en secreto, con voz de admiración (o al menos me pareció en ese momento; o al menos quise creer que era de admiración):

- Y este... es... Solsona!

Increíble! Un pibe desconocido, dentro de la multitud... me conocía! Era famoso!! Me sentí a la altura de Pelé, de Maradona (aunque todavía no había nacido), de Babe Ruth, de Mickey Mantel, de Joe di Maggio. Como digo, fueron solo 5 segundos de fama; los 5 segundos que tardé en dejar a estos pibes atrás y entrar en el campo de juego, pero... que 5 segundos!!

Como expresé unos párrafos más arriba, la otra gran área de mis actividades en la década de los veinte fueron los viajes.

Lo que había comenzado con las primeras excursiones a Bariloche y a Sierra de la Ventana se hizo importante con el auge de los Tragamillas que comenzaron una serie de importantes periplos que me marcarían toda la vida futura.

Al ya comentado primer viaje de los Tragamillas, siguieron otros varios, de a cuatro, de a dos,

o simplemente solo, casi siempre a Bariloche que era una especie de imán que nos convocaba continuamente; pero también hice e hicimos viajes a Sierra de la Ventana, a Córdoba, a Bolivia, a Perú, a Chile y a Brasil también. Es decir que en los años siguientes, hasta final de la veintena de años, salí año tras año a un montón de lugares generalmente en la época de las vacaciones de la universidad.

Exclusivamente a modo de anécdotas voy a relatar un par de acontecimientos ocurridos en esos viajes, tanto como para matizar el relato de esta biografía. Son quizás curiosas historias.

Visitar el Brasil fue una aventura incalculable. Era la primera entrada a un país de habla distinta y las distancias que tuvimos que recorrer eran enormes. Iniciamos el viaje los 4 Tragamillas, aunque en la mitad nos dividimos (Miguel y yo por un lado, El Abuelo y Papá Bouret por el otro) pues era medio difícil andar de a tantos, No teníamos dinero para pasajes en medios de transporte convencionales y todo lo hacíamos 'a dedo'. Era más fácil conseguir una llevada si éramos dos que si cuatro.

De todos modos, Brasil, con su hermosura increíble me cautivó y me enamoré de sus paisajes, de sus playas, de su vegetación y de sus gentes, todas amables, risueñas, alegres.

En mi periplo con Miguel anduvimos por todos lados y como anécdota contaré mi viaje a Brasilia.

Habíamos oído que estaban construyendo una enorme capital en el centro del país, lo que luego se llamaría Brasilia. Estaban partiendo de la nada y parecía que sería algo muy muy grosso. Con Miguel nos fuimos al aeropuerto local de Guarulhos y nos metimos entre los aviones. Estoy hablando del año 59 o 60 y en esa época no había guerrilleros ni terroristas ni demasiados delincuentes, por lo que entrar y salir de esas zonas que hoy son más prohibidas que rascarse el cuero delante de la reina, era algo fácil de hacer. Entre tanto avión vimos un par de milicos con una gorra más llena de laureles, estrellitas y dorados que una torta de bodas por lo que supusimos que estos aviadores de alto rango eran los ideales para solicitar.

- Bon día yeneral, somos estudanchis arychinos y queremos coñecer Brasilia'

Uno de los laureados nos miró, miró nuestras ropas, sucias y arrugadas, las mochilas con la banderita argentina, se sonrió; hablo por lo bajo con el otro laureado y nos dijo que casualmente estaban saliendo para Brasilia, que subiéramos a 'esse avião' que ya partían.

No lo podíamos creer! Que increíble suerte habíamos tenido! Subimos en lo que más que avión era una avioneta, con solo 4 asientos de pasajeros. Y sin que mediara más que 10 o 15 minutos desde que entráramos a Guarulhos ya estábamos volando los cuatro hacia esa maravilla que se suponía era la nueva capital del Brasil. Vuelo tranquilo y charlando con los dos comodors éstos que creo eran de lo más encumbrado en la 'maior aviação do mundo' pero que al margen de su simpatía parece que se habían olvidado donde quedaban las palancas del avioncito, porque de milagro no nos hicimos trapo al bajar.

En la llegada le chingaron al suelo por lo menos en 2 o 3 metros, y más que un aterrizaje fue un atterrazazo. De todos modos, aunque casi nos quedamos sin futuro ... estábamos en la ciudad del futuro!

Agradecemos a los pilotos y salimos del aeropuerto. Mucha actividad, camiones de aquí para allá, grúas de allá para acá, gente que iba y venía, y nosotros que no entendíamos nada, no sabíamos dónde estábamos ni qué debíamos hacer.

Nos acercamos a un garoto que era lo único que parecía no estar en movimiento y solicitamos información básica. El flaco nos aclaró: 'Estamos construyendo todo. Tengan cuidado con las máquinas y agarren para aquel lado. Por ahí está lo ya construido de la ciudad'.

El Planalto era una mezcla de edificios levantándose, estructuras, andamios, caminos a medio hacer, camiones llevando y trayendo miles de miles de materiales.

Grúas, guinches, topadoras, motoniveladoras y retroexcavadoras activas y bulliciosas como hormigas marabunta cazando en sus caminos amazónicos y levantando nubes de polvo rojo y pegajoso. Y luego la gente. Gente por todos lados. Que a pesar de la buena onda de todo el Brasil, a veces daba miedo por las truchas que tenían. Decían que Niemeyer (el gran coordinador en la construcción de esta ciudad) había tenido que obrar igual que Colón que para poder juntar gente para su viaje a las Américas tuvo que recurrir a criminales y ladrones que sólo aceptaban el viaje para lograr su libertad. En Brasilia, se comentaba que habían llevado gente de los presidios y que en las obras se podían contar hasta tres o cuatro delincuentes por cada trabajador honrado.

Quiero expresar que a través de las estructuras a medio levantar, de los esqueletos que serían más tarde rellenos y de las enormes avenidas sin pavimentar pero ya bien trazadas, no se podía dejar de entrever esa enorme maravilla arquitectónica y urbanística que se venía venir. Pero claro, el conjunto entero por ahora, no era sino un colosal caos, un estrépito mortal y una aparentemente inacabable confusión. Desde la gente a los mismos lugares que habitaban; desde los almacenes a comercios básicos a los puestos y tiendas de todo tipo; desde los burdeles a las farmacias, las cantinas, los vendedores ambulantes.

Un verdadero Far-West que a mí, acostumbrado a la tranquilidad y el orden de una ciudad como Buenos Aires por un lado me llamó poderosamente la atención, y por el otro me hizo sentir que en efecto era parte de algo muy parecido a la conquista del Oeste americano en la segunda mitad del 1800 en los Estados Unidos; con esa mezcla de afán, de gente dispuesta a todo y con el correlacionado muestrario de todo lo malo, corrupto y pecaminoso; pero también de muchas muestras de grandeza; entre ellas el concepto de que lo que se estaba forjando era para un futuro mejor.

Este sentimiento lo volví a experimentar 30 años más tarde al visitar los garimpos, curiosamente también del Brasil, en el Amazonia, donde trabajadores dispuestos a todo sacaban oro de las márgenes de los ríos con la esperanza de que el destino los pusiera en contacto con alguna súper pepa para volver a Rio o Sao Paulo y vivir como millonarios, cosa que casi nunca pasaba.

Tan feo se veía el entorno y el ambiente que con Miguel, verdaderamente asustados de ese enjambre que parecía altamente peligroso, juntamos las pocas monedas que teníamos y nos metimos en una posada de mala muerte, con olor a muerte y pinta (de que otra cosa sino de...?) posada de la muerte, ubicada en Cidade Livre, un conglomerado donde residía la mayor parte de quienes construían la gran ciudad.

La posada ostentaba un cartel escrito a mano con letra temblorosa que decía: "Hotel Monteiro, a prolongação de seu lar". (Y maldita sea si mi 'hogar' hubiera sido como el hostel Monteiro!). Porque en esa beldad de telo, las camas venían sin sábanas, las almohadas sucias portaban mar-

cas de babas de vaya a saber que borracho previo durmiente, la letrina que estaba afuera era fea, oscura y maloliente y si uno se arriesgaba a un baño para un aseo más profundo, la ducha era una regadera a la que había que llenar con agua y levantar con una cuerda, ponerse debajo y que el agua al caer hiciera lo que pudiera para quitar los sudores y ese maldito polvo rojo.

Pero si bien todo lo del rededor era feo, desagradable y caótico, cuando uno comenzaba a caminar por los lugares en donde estarían las áreas comerciales, o las de los bancos o de los clubes o la enorme avenida de los ministerios, donde si bien por ahora, solo habían dos de los 11 previstos ya se vislumbraba la maravilla que esa obra del futuro, de ciencia ficción, significaría para los habitantes que tuvieran la suerte de vivirla y aún para los visitantes y turistas.

Cuando se entra en una obra en construcción, por ejemplo de un edificio de departamentos que se está levantando, todo es desbarajuste e incoherencia y uno piensa generalmente que 'esto es un desmadre y un desorden'.

Hagamos ahora el ejercicio de proyectar esa visión y ese pensamiento para el caso de nuestra visita a Brasilia, en donde esa enorme maraña, ensalada, confusión, alboroto y tumulto no tenía las dimensiones de la obra de un edificio por grande que fuera, sino de toda ... una ciudad! Es decir que estamos hablando de una obra en construcción del porte de una de las más grandes ciudades de América Latina!

Así fue que anduvimos de acá para allá, metiendo narices, preguntando, viviendo esa experiencia mágica y única. Desbordados pero impresionados, sorprendidos y asustados; perdidos y admirados.

Un atardecer mientras Miguel esperaba a que yo llegara arriba para sacarme una foto, me subí lentamente al domo de la Cámara de Diputados del Congreso, ese famoso edificio con un plato hacia arriba (Senadores) y el otro hacia abajo (Diputados) y mirando ese increíble eje mayor, esa avenida con 6 o 7 carriles por lado en un atardecer de rojo sol, me pellizcaba pensando que gracias al sentimiento viajero que tenía dentro había podido meter mi cabeza en esa burbuja del futuro y que esto era, sin dudas el mañana que tantas veces había leído en mis revistas *Más Allá*.

Teníamos certeza de que habíamos llegado con mucha suerte a Brasilia y que el regreso no iba a ser tan fácil. Pero nos equivocamos. También fue relativamente sencillo el regreso. Luego de pedir en la Fuerza Aérea tuvimos fortuna nuevamente con un pasaje que le dieron a Miguel, quien a los 3 días se volvió a Rio para no perder la oportunidad, mientras yo me quedaba una semana más. Para dormir, había conseguido un lugar en el suelo en un cuarto donde vivía un estudiante que trabajaba de técnico eléctrico y además me habían prometido un pasaje hasta Rio viajando como periodista de la revista *Manchete* bajo el nombre de Sergio Henriquez. Eran otros tiempos en que no se pedían documentos ni había tanto control para subir a un avión.

Así fue que en días siguientes recorrería casas de departamentos para ver cómo estaban pensadas, ví el dragado de la Laguna (enorme) de Paranoá; asistí al levantamiento de una de las ramas (bananas) de la famosa Catedral de Brasilia que más tarde estarían cubiertas con hermosos vitreaux, y caminé miles de kilómetros por todos lados hasta tener una excelente idea de cómo quedaría la ciudad en el futuro.

La tarde en que disfrazado de Henríquez subí al avión abandonando Brasilia, recuerdo estas palabras que me dije un poco en tono de alegría, otro de orgullo y finalmente como autofelicitación: 'Si no te hubieras largado, nunca la habrías vivido, y que suerte que la conociste, porque si hay algo seguro en la vida, es que aquí, a Brasilia, Felipito no volverá jamás', lo que corrobora que nunca se debe decir 'que de esta agua no he de beber' pues a partir de 1993 pasé nada menos que 5 años de mi vida en esa ciudad. Increíble.

A Brasil fui dos veces, la segunda a Rio porque me fascinaba todo el calor de esa ciudad y porque las garotas me encantaban con sus bikinis tan diminutas y su moral tan abierta. La segunda estada fue corta porque no tenía mucho dinero, pero dio para aventuras varias, como recorrer en profundidad la ciudad maravillosa, nadando y buceando en todas sus playas, comiendo coco y siendo casi un habitante más del Rio natural. Todo eso, hasta llegar a adentrarme en algunas favelas y la no menos anecdótica experiencia de ser agarrado por un policía, una noche, en un parque de Niteroi, detrás de unas matas, en medio del fragor de una dulce batalla con Vera Lucia, una carioquinha que había conocido y levantado a la tarde en la playa y de quien no llegué saber mucho más que su nombre, pues luego de que hiciera su aparición el representante de la ley (que fue amable, condescendiente y me dejó ir sin más que una sonrisa y el sermón de 'Isso o senhor não deve fazer na praça pública'), no le volví a ver el pelo.

Dentro del 'todo' que hice esta vuelta estuvo también el Carnaval, con el deslumbramiento de esas carrozas y las escuelas danzando: algo que viví en dos oportunidades colándome en sendos clubes donde la joda era total y finalmente, en la segunda noche de desfiles por la Avenida Rio Branco en que me fui a un lugar donde me enteré que daban credenciales para periodistas y con el mayor descaro, presentando mi cedula de identidad argentina dije: 'Fotógrafo del diario Clarín de Buenos Aires, y ... (eran otros tiempos!) ahí nomás me dieron la tarjeta que colgada de mi cuello, junto con la pedorra cámara que tenía, me permitió estar toda una noche dentro del perímetro de la avenida haciendo que tomaba fotos y disfrutando del espectáculo desde una primerísima y aventajada fila.

Para volver a casa, ya no tenía casi para nada. Esa vuelta me dije que volvería en barco, y había sacado un pasaje en un carguero que venía desde Japón trayendo inmigrantes a Sao Paulo. Pero solo tenía el pasaje y unas pocas monedas en el bolsillo. En el máximo de coordinación y cálculo había programado entrar al barco en el mismo día en que se me acabara la poca plata que me quedaba, pero oh! el destino!; el barco se atrasó una semana y me vi forzado a sobrevivir durante 7 días sin comida en la ciudad de Río de Janeiro. En rigor no fue una semana de dieta total, pues rascando los bolsillos encontré lo suficiente como para que me diera para comprar un pan tipo galleta por día. Como no quería desperdiciar mis energías no era mucho lo que hacía. Deambulaba de aquí para allá hasta la llegada del mediodía en que iba a la panadería y me compraba el famoso pan diario. Es interesante como en las situaciones de emergencia la gente se transforma en solidaria. Así fue que una tarde charlando en una plaza con un flaco venezolano que andaba en algo parecido a lo mío me regaló una de las dos botellas de ketchup que se había robado de un bar.

La botella en cuestión pasó a ser una posesión importantísima para mí en esos días. Llegado el mediodía entonces, compraba el pan y lentamente me dirigía caminando al lugar más lindo que

podía encontrar: la base del Pan de Azúcar, Praia Vermelha, Ipanema, el camino secundario que sube al Corcovado por detrás; y una vez llegado al lugar, como si fuera una ceremonia del té con la Reina de Inglaterra, abría el paquete con el pan, sacaba de la mochilita mi botella de ketchup y comía el más rico y dulce de los manjares, maravillado por la hermosura del paisaje que me rodeaba.

Así día a día hasta que finalmente al octavo, llegó el Kocho Marú, el carguero que desde Osaka traía a un montón de japos con su carga de esperanza al nuevo mundo.

El barco quedó anclado en puerto unos 5 o 6 días más pero (eran otros tiempos, repito), cuando les mostré el boleto y les conté la situación, me aceptaron a bordo y a partir de allí comí y dormí en el vapor. Que en realidad era lo más carguero que uno pueda imaginar. Dormía en la sentina, la parte más profunda del barco en donde 20 camastros se apilaban y donde dormíamos bastante apretados hombres, mujeres y niños todos juntos.

El barco se desplazaba muy lentamente y tardamos un montón de días en llegar desde Rio hasta Sao Paulo. La vida era aburrida pero no demasiado para mí, puesto a observar a tanto nipón suelto. Y la verdad... me encantaron. Los vi gente sana, limpia, con hermosos hábitos y una capacidad de convivir en esa situación de precariedad extrema sin perder sus costumbres y usos donde en todo momento noté un increíble respeto por la jerarquía de los mayores y buena onda general entre ellos.

No nos podíamos comunicar y yo los miraba desde lejos, cuando a las 8 a las 11 y a las 4 de la tarde se reunían en cubierta y al son de una música que salía lenta por los altoparlantes, todos: viejos, hombres, mujeres y chiquillos se ponían a hacer una suave gimnasia rítmica.

Hacían también unas pulseadas con una cuerda que se agarraba con la derecha y pasando por detrás de la cola salía hacia el contrario que la tenía agarrada del otro lado de igual forma. El asunto era mover las caderas y la mano estirando o aflojando la cuerda para desequilibrar al otro, pues quien movía los pies perdía la pulseada.

Una mañana uno de los muchachos, que tendría unos 18 años me invitó a jugar. Acepté y en la primera pulseada me hizo dar una vuelta y salí disparado para un costado. El japo era un maestro en esto de las pulseadas. Repetimos y me volvió a revolear ante la risa y complacencia generalizada del resto nipón.

Le propuse entonces que cambiáramos de pulseada y le expliqué la que yo conocía. Parados frente a frente con la pierna derecha adelantada, tomar al otro por la mano con los brazos levantados y empujar o tirar del brazo del otro hasta conseguir su desbalance. Hicimos la primera y empujándolo lo desequilibré. Para la segunda, sabía que se vendría hacia mí con todo, así que no solo lo esperé sino que lo ayudé a que viniera hacia mí con lo que prácticamente pasó volando a mi costado. Esta vuelta hubo una nueva risotada entre los japos y como una especie de aceptación de mi persona.

Me hice amigo así de este muchacho, Tatsumo Seki; y a partir de allí y en los días hasta que descendió en Porto Alegre tejimos una linda amistad a partir de nuestras difíciles charlas en su mal inglés, pero que me permitió conocer a ese pueblo del que nada sabía, y muchos años más tarde visité, cuestión que relato en la sección de mis viajes notables, casi al final de este libro.

Como dato anecdótico, la demora en llegar a Buenos Aires, me hizo perder un año de la facultad, pues no pude llegar a un examen clave y perdiendo esa materia, no pude cursar la que debía hacer por su correlatividad. En fin... gajes del oficio de... un alma viajera!

Para finalizar con Brasil, tierra maravillosa y que tanto quiero, voy a copiar un pequeño trozo que escribí por aquella época y que relata un episodio simple y pequeño en la vida de un caminante; episodio de tan solo unos segundos que viví en una isla del estado de Río adonde había llegado ya ni recuerdo como. Alguien me había prestado una bicicleta con la que comencé a rodar por la diminuta isla, que como todas las de la costa centro y sur del Brasil son verdes y muy hermosas. Llovía y en mi pedalear acerté a pasar por una calle donde en un portal, protegida de la lluvia había una hermosa muchacha de mi edad con la que mantuvimos una larga mirada y nada más; pero ... buen; aquí esta como conté la breve historia en aquellos días y que dí en llamar... 'Una burbuja de amor'.

Di vuelta al camino y la ví. Apoyada contra el muro, bajo la arcada que la protegía de la suave lluvia. Un rulo de flores caía sobre su cabeza como una guirnalda de vestal. Era hermosa. Más que hermosa. Mientras mi bicicleta me seguía llevando pasé delante de ella con nuestras miradas cruzándose para sentir al instante el impacto del amor.

Las preguntas brotaron con velocidad: ¿Quién era ella? ¿Qué hacía allí? ¿Cómo podía ser tan bella? De pronto todo se aclaró. Supe que había estado esperando. A mí. A que el amor pasara por su vida. Pero mi bicicleta siguió su camino y... no paré.

¿Por qué no pare? ¿Por qué nadie detuvo el movimiento de mis piernas?

Hoy, con el tiempo pasado creo que ese episodio fue de lo más hermoso que me pasara en la vida, pues en los breves segundos que tardé en pasar delante del portal, viví una de las más bellas historias de amor y sé que jamás la olvidaré, como jamás olvidaré aquellos ojos ansiosos y amorosos mirándome, suplicando que me detuviera y que besándola le diera mi amor. Pero que al no hacerlo tuvo que guardar en su corazón la imagen de ese extranjero pedaleando alegre bajo la lluvia, con su anorak azul, su barba tupida y esa promesa de amor que jamás satisfaría, porque todo no había sido sino una maravillosa... burbuja de amor!

Como expresé un par de párrafos más arriba, haré casi al final de mi historia, un relato de ciertos viajes que me dejaron alguna huella. Por lo extraños, por lo que ví o viví, por lo que me enseñaron o mostraron. Pero son relatos de viajes realizados ya de mayor, después de mi treintena de años.

En los relatos que acabo de hacer he mechado los viajes y aventuras más destacables de mi época juvenil, y terminaré este listado contando un último viaje exploratorio, esta vez al Perú pues es interesante ver como siempre hay algo más allá de lo que vemos, de nuestra percepción básica.

A los tropezones, en camiones, en autos, a pie, a dedo, había salido de La Paz y bordeado todo el lago Titicaca para llegar finalmente a Puno, en camino hacia el Cusco.

Luego de mucho rogar y rogar (recordar que viajaba siempre sin dinero), una tarde conseguí algo muy raro, que un camión me llevara como carga, junto con varias gentes más y sin cobrar-me ni un sol.

Era casi de noche y salimos cuando comenzaba el frío fuerte, apiñado yo junto al resto en la caja abierta del camión. Seríamos unos 20, hombres mujeres y niños. Un par de cabras, una oveja y no pocas gallinas atadas todas por las patas. Me acomodé como pude entre polleras, hatos, animales y mucho olor desagradable. Al caer la noche el frío era tan intenso que yo, que estaba enfundado en mi saco de duvet dentro de mi bolsa de dormir aún sentía la incomodidad de la temperatura tan baja.

A pesar del frío los serranitos, todos aymaras hablaban animadamente entre ellos. Intenté participar en sus conversaciones, pero era evidente que no se sentían cómodos con mi presencia o directamente preferían ignorarme. No pude entrarles.

Serían las 2 o 3 de la mañana, y me encontraba semidormitando por lo incomodo de la posición y por el frío, cuando de pronto estalló un escándalo. Una de las mujeres comenzó a gritar desesperada mientras en la semioscuridad del camino veía como tiraba al aire una y otra vez un bulto. El estruendo fue tal que inmediatamente paró el camión. Lo que la serrana tiraba al aire era su guagua, su hijito de un año escaso que estaba muriendo por el frío. El bebe no respiraba y al tocarlo lo sentí duro como una piedra. Todos hablaban entre los gritos de la desesperada madre y yo pedí que me dejaran darle un poco de alcohol, de una pequeña petaca que llevaba con ron. Le froté los labios con un poco del fuerte líquido pero no surtió efecto. El chico se moría. Entonces un indio idéntico a Patoruzú, calzado con ojotas, sacó de algún lugar de debajo de su poncho un paquete con cigarros de chala. Repartió 4 o 5 a los más cercanos y todos comenzaron a pitar y echarle humo en la cara al chiquillo. Increíblemente, luego de un par de minutos de esta técnica que a mi se me antojó en ese momento como absurda por decir lo menos, el bebe comenzó a dar señales de vida, hasta resonar con un llanto de angustia pero de vida también. El humo de los cigarros lo había renacido!

Ofrecí entonces a la madre que me dejara tener al niño dentro de mi bolsa, con lo que mi calor y la protección del abrigo permitirían que el chico se recompusiera. Así hicimos. Metí a la guagua bien pegada a mi cuerpo dentro de la campera y de la bolsa de dormir y el chico pronto quedó dormido. La conversación se generalizó y a pesar de que seguían hablando en quechua yo sabía que hablaban de mí pues en medio de tanta palabra rara se colaba el 'gringo' con que hacían referencia a mi persona. Era obvio que mi oferta y mi compasión los había hecho aceptarme y el resto de la noche hasta llegar a Cusco, lo que ocurrió cerca de la mañana inicial, charle con ellos hasta por los codos y me llegaron a contar increíbles historias de dioses, de madres tierras, de animales enormes, de arañas con patas de hasta un metro de longitud, y hasta con la revelación de que los incas sabían moldear la piedra gracias a un pájaro que tenía en su garguero una sustancia que la disolvía y varias maravillas más. Ciertos los cuentos o no, me gustó comprobar los vuelos y creencias de esa cultura tan distinta a la mía y comprobar cuánto puede lograr y abrir una actitud de empatía y consideración por los problemas de los demás.

30 - 35

[Casamiento y formación de la familia]

AMORES Y CASAMIENTO

Pasada ya la época de los Rivas estamos llegando al final de la década de los 60 y entre las chicas que entran y salen, aparece en escena una que definitivamente me mueve el piso. Georgie salía con una muchacha que vivía en un pensionado de monjas y una noche salimos con una compañera de ella: Mirtha Criado, una estudiante del profesorado de inglés en la Universidad del Salvador.

Mirtha era de Esquel, adonde vivían sus padres y pasaba la temporada de estudio en Buenos Aires en un pensionado de monjas, en la calle Carlos Calvo. Conocerla y sentir que ésta sí era distinta, fue uno solo. Mirtha era interesante, inteligente, con opiniones bien fundadas, posiciones claras y todas en la misma frecuencia de las mías. No era una belleza, pero tenía lindas piernas, era esbelta y obviamente me atraía sobremanera. De todos modos su personalidad me era más importante que el escaparate. Poco a poco nos fuimos conociendo más y rápidamente nos pusimos de novios. Fue una etapa muy linda que duró 2 o 3 años hasta que finalmente decidimos casarnos.

Yo hacía ya más de un año que trabajaba en Saneamiento Ambiental y mis viejos nos habían prometido como regalo de casamiento que usáramos un departamento muy alegre que ellos tenían en Vicente López, sobre la Avenida del Libertador al 1780 (novenio piso), frente al Río de la Plata.

Con todas esas ventajas nos casamos en Esquel el 21 de febrero de 1971.

Nuestra vida de recién casados fue linda, aunque habían algunas cosas que de entrada me llamaron mucho la atención.

No sé si habrá sido una cuestión psicológica o de formación y educación, pero yo había visto en los años que habíamos sido novios que Mirtha siendo poco menos que perfecta, con un carácter lindísimo y que nos llevábamos a las mil maravillas tenía como un lado oscuro que

si bien no me incluía a mí, significaba un punto en contra. Era la relación que mantenía con su hermana Marta, quien vivía también en el mismo pensionado. Mirtha y Marta no se llevaban bien. Es más; tenían tantas peleas que las otras compañeras y amigas dentro y fuera del pensionado cuando querían hacer referencia a dos personas que se llevaban mal, no decían 'Se pelean como perro y gato', sino que expresaban: 'Están como Mirtha y Marta'. Y para mí, observando desde fuera, me parecía que ambas tenían una intransigencia que yo no conseguía comprender, porque hacia mí, Mirtha no tenía ningún tipo de actitud parecida a la que tenía con Marta.

Por otro lado parecía como que necesariamente Mirtha necesitaba un depositario no sé si de frustraciones o de broncas, pero alguien tenía que estar del otro lado para recibir su parte negativa y esta persona, innegablemente que por años y bajo el conocimiento de todo el mundo que conocía y quería a ambas hermanas, había sido y era Marta.

Me casé absolutamente enamorado y con el proyecto de llegar con esta mujer hasta el final. Si bien tenía clara conciencia de que no era fácil mantener un matrimonio feliz, tenía siempre a mano el ejemplo de mis viejos, que nunca dejaron de ser una sola cosa, una armonía que manifestaba por se que la cosa por más difícil que fuera... podía ser.

No habían pasado más que unos pocos meses cuando comencé a notar en el comportamiento de Mirtha algo que nunca había pasado antes durante nuestra relación de novios. Se mostraba más exigente en una cantidad enorme de áreas y donde nunca había habido una discusión o pleito comenzamos a llenarnos de ellos.

Llegué a pensar que Mirtha había transferido a la receptoría de sus malos humores o frustraciones de Marta a mi persona.

No habían pasado más de 4 o 5 meses, cuando algo dentro mío prendió luces de alarma y llegué a pensar aún en esos primeros momentos de nuestro incipiente matrimonio que el mismo podría llegar a tener término en un futuro no lejano. Es decir que ya desde los primeros meses me apareció fresca, la temida idea de una ruptura.

Pero algo inesperado puso un elemento que varió todo el panorama. Nos cuidábamos del embarazo con la medición de la temperatura. Para junio del 71 tan solo 4 o 5 meses después del casamiento Mirtha queda embarazada. Por fechas, por temperatura, por ubicación frente al término de la menstruación no podía ser. Pero fue.

El 22 de marzo de 1972 nace nuestro primogénito, Pablo y la presencia de un hijo hace que apueste por el proyecto familiar si o si, dispuesto a tragar unos cuantos sapos, cosa que haré por 20 largos años, fundamentalmente para que mis hijos no tuvieran un padre ausente.

Dejo muy claro que no todo se transforma en malo o tumultuoso. Mi matrimonio tuvo momentos muy lindos, cálidos y fuimos sin dudas partícipes ambos al menos del proyecto común de desarrollar hijos sanos y alegres, cosa que supimos hacer, pues tanto ella como yo pusimos a nuestra cría por encima de muchas cosas y estimo que gracias a esa devoción llegaron con el tiempo a ser adultos perfectamente fuertes y balanceados.

En esos veinte años en que nuestro matrimonio fue lentamente carcomiéndose como un herrumbre que va debilitando una chapa de metal, nuestra relación fue aumentando en conflictos,

en problemas. Sin que hubiera nada específico, puntualmente catastrófico, aquella corrosión diaria fue llevándonos hasta una situación insostenible que culminó en la separación mientras estábamos en Sud África.

Pero entre ambos momentos, el de la unión y la separación; en ese lapso de dos largas décadas hubieron muchas cosas, que entre buenas y malas voy a relatar pues esa es parte de mi vida en lo que llamaría las etapas de Buenos Aires, de Esquel y de Sud África.

LA VIDA EN BUENOS AIRES

Nuestra vida en Buenos Aires, y dentro de los carriles anotados de mi relación con Mirtha en los que como ya he expresado habían días buenos y otros no tanto, fuimos desarrollando un estilo de vida típicamente porteño, familiar.

En 1970 yo había comenzado a trabajar en la Dirección Nacional de Saneamiento Ambiental, en la Subsecretaría de Salud Pública, un organismo que se acababa de crear y donde se nucleaba la primer y segunda camada de los ingenieros sanitarios que se producían en Argentina y que con buenos presupuestos detrás convocó a un conjunto importante de gente muy joven e idealista. Tipos y tipas inteligentes, bien preparados y con ganas de hacer. Es cierto que todos éramos 'empleados públicos', connotación negativa si las hay; pero ni en Argentina ni en ningún otro lado, ni antes ni después, llegué a ver un conjunto tan motivado y comprometido con su profesión y su trabajo.

Allí calcé yo como licenciado en química recién recibido actuando como soporte de quien tenía la misión de implementar un programa nacional de vigilancia de la calidad del agua.

Había llegado al país el momento en que el agua que consumía la población tuviera un control no solo de la empresa que proveía 'el producto' (el agua), sino una vigilancia de un ente de Salud Pública, de la misma forma que se comenzaba a efectuar en los países desarrollados y según las sugerencias de la Organización Mundial de la Salud.

Entre las tareas a realizar en ese campo y con una responsabilidad específica a mi persona 'me tiraron' encargarme también de 'fluorurar el país'; esto es de investigar y desarrollar los métodos para que se adicionara flúor al agua de consumo como una medida sanitaria para reducir las caries dentales.

Puesto a responder a esa responsabilidad llevé a cabo un rosario de actividades que cubrieron todo el espectro del flúor en agua y que significaron desarrollar técnicas de detección química del ión fluoruro en agua hasta inventar dosificadores de gran exactitud para dosar con seguridad las soluciones de flúor en las plantas de agua potable.

Resurgió aquí lo improntado por Mamá Elisa en cuanto a la responsabilidad en todo y cualquier cosa que encarara, y fue así que tomé mi trabajo con una seriedad y una profesionalidad enorme; gracias a lo cual en menos de un año había avanzado tanto que habíamos desarrollado técnicas, construido equipos e instalado un montón de sistema de fluoruración en plantas de tratamiento de varias provincias argentinas, con una dedicación personal que no conseguí ni quise delegar (el 'doer').

Esos trabajos me llevaron a ser uno de los redactores de la 'Ley Argentina de Fluoruración de las aguas potables de abastecimiento público' (Ley 21172) y pasé a ser algo así como el 'Hombre-Flúor' de la Argentina.

Todo ese esfuerzo y dedicación en lo profesional tuvo una verdadera y consecuente recompensa, pues fueron esos trabajos los que más tarde me abrieron las puertas de la OMS.

A sugerencia de mis jefes, a principios de 1972 presenté un trabajo con lo realizado en el tema del flúor en un congreso de saneamiento realizado en Córdoba y no habían pasado más de dos meses de ese congreso cuando una tarde recibo una llamada telefónica.

- Soy el ingeniero Olman Cordero, funcionario de la Oficina Central de la OPS en Washington. Estoy en Asunción y si la semana próxima está Vd. en Buenos Aires me bajaría para charlar pues he leído su trabajo sobre el flúor y nos interesa contactarlo.

Aclaro para el lector desprevenido algo que mencionaré varias veces en este documento y es la mención a la OPS y la OMS. A pesar de usar dos siglas diferentes, en rigor son sólo una institución. Ocurre que la OPS - Organización Panamericana de la Salud - se crea como una institución internacional para atender los asuntos comunes de salud que deben manejar los países del continente americano alrededor de 1902.

La OMS - Organización Mundial de la Salud - que se crea luego de la Segunda Guerra Mundial, desarrolla una estructura semejante para todo el mundo, pero como ya existe la OPS, la incorpora como su rama americana. Por la experiencia y el tiempo ya vivido, por el renombre alcanzado en casi medio siglo de existencia previa, la OPS no quiere abandonar su nombre y utiliza así la sigla OPS/OMS. Pero repito, ambas son la misma institución, una de las agencias especializadas de la Organización de las Naciones Unidas.

De aquí en más me referiré a la OPS cuando hable de las acciones que realicé en el continente americano y de la OMS cuando hable de lo que actué en otras partes del mundo.

Llegó finalmente a Buenos Aires este Olman, un tico (costarricense) muy agradable con el que pasé un par de días mostrándole todo lo que en los dos años anteriores había hecho. Al dejarme el hombre éste me dice:

- Estoy impresionado por el buen trabajo y voy a recomendar su experiencia en nuestro nivel central.

Tan solo un par de meses más tarde llegó la primera invitación a una consultoría corta de un mes para hacer una evaluación y proponer mejoras en algunos sistemas que usaban flúor en Brasil, específicamente en los estados de Bahía, Minas Gerais y Rio de Janeiro.

Realicé en ese viaje un interesantísimo periplo donde comprobé lo lindo del Brasil y de su entorno vegetal; conocí alguna de sus playas y hasta tuve el privilegio de pernoctar en el peor hotel del mundo. El peor? El PEOR! Acá va la historia.

Nos desplazábamos el chofer, el ingeniero contraparte y yo en una camioneta que nos llevaba por todos lados visitando las oficinas de las empresas estatales responsables de las plantas po-

tabilizadoras y por supuesto inspeccionábamos las mismas plantas potabilizadoras también.

Un buen día por las cuestiones propias de la gira, se nos hizo muy tarde y los tres ya estábamos muertos de sueño y cansancio.

Eran más de las 12 de la noche cuando pasamos por un pueblito y mi compañero me dice: 'Creo que lo mejor será buscar algún alojamiento en este pueblo porque la ciudad importante más cercana es Belo Horizonte y está demasiado lejos'. Asentí y buscamos el hotel para al cabo de pocas cuadras darnos cuenta que en ese villorrio tan pequeñito poco era lo que podríamos encontrar. Pero lo encontramos.

Visto desde afuera parecía el motel de la película *Psicosis* donde el loco propietario mata a la protagonista. Al entrar la cosa fue peor pues en la penumbra (porqué no había luz?) se vislumbraba al propietario con una cara de más loco que el loco de la película.

De una bandeja colocada sobre una mesita nos tendió a cada uno de nosotros una vela y una cajita de fósforos. Se volteó y de un estante que estaba a sus espaldas el tipo sacó una almohada y una (una!) sabana que nos entregó para comenzar a caminar con nosotros detrás por un par de tenebrosos pasillos. A lo largo del trayecto, sus únicas palabras fueron: 'El baño está allá afuera' y con un ademán vago de 'para allá' nos fue dejando a cada uno en nuestras habitaciones. La mía tenía una puerta sin llave porque buen...tampoco tenía cerradura! así que una vez adentro arrimé el único mueble que encontré: un banquito contra la misma para mantenerla más o menos cerrada y para escuchar cuando se arrastrara si es que el loco entraba para rebarnarme con un cuchillo.

Con la mortecina luz de la vela traté de recorrer la habitación. Era un cuarto pequeño con un ventanuco colocado en una extraña posición, casi al nivel del piso y con un papelito pegado al costado, algo como un cartel que por la oscuridad no pude leer. En el lugar solo entraba una cama con sus barrotes de metal y no mucho más. El catre tenía un colchón que era quizás más de terror que la cara del dueño, pues los colores y manchas que lo adornaban parecía un cuadro surrealista de Kandinsky. No pude ver muy bien pero en un costado del piso de la habitación unas cuantas tablas de la madera faltaban. Había un agujero y no era pequeño. Así que tratando de no caer en el pozo me desvestí, tiré la sábana sobre el colchón y apoyando la cabeza sobre la almohada me dormí al toque a pesar del calor que hacía en la habitación.

No sé cuánto tiempo habría pasado cuando me despierta un cosquilleo por todo el cuerpo. Algo se movía. Me paso la mano por el lomo y compruebo que lo que me produce la cosquilla son insectos! Me levanto disparando, asqueado y asustado; tanteo para encontrar los fósforos y prendo la vela.

Hormigas! Del agujero salían bandadas de hormigas voladoras. Intenté mirar con la vela pero el agujero parecía no tener fin. Tal vez llegara hasta el propio Infierno! Maldita mi suerte! Por allí abajo había reventado un hormiguero y me la tenía que aguantar. Así que con el pequeño trapo que era la sábana traté de envolverme en un delicado equilibrio para evitar por un lado que ningún centímetro cuadrado de mi cuerpo tomara contacto con el asco del colchón y por otro para cubrirme y evitar el tránsito de las hormigas. Muerto de calor y casi sofocado semi dormí hasta la mañana en que me desperté ya con luz en la habitación. Aún había hormigas dando vueltas. Sentí ganas de orinar.

‘Donde era que quedaba el baño en este hotel de mierda?’ pensé y con toda la mala idea me acerqué a la pequeña ventana que quedaba justo a la altura ideal para hacer lo que tenía ganas de hacer.

Pero me detuve.

Ahora podía leer lo que decía el cartel:

‘É PROIBIDO MIJAR PELA JANELA’ (Está prohibido ‘mear’ por la ventana).

De los miles de hoteles que en toda mi vida supe pasar, sin dudas que éste fue el más espantoso de todos. Pero también tuvo otro record tipo Guinness. Fue también el más barato. Por la noche entera el loco me cobró... 1 Dólar!

Terminado mi viaje carretero volví a Rio, me encerré en el hotel que me habían reservado para preparar mi informe y por aquella famosa responsabilidad y porque intuía que esta consultoría en la Organización era importante y no podía quedar mal, me empeñé al máximo.

Pasé dos días enteros enclaustrado, prácticamente sin dormir escribiendo, dibujando y pasando todo a máquina (me habían prestado una portátil en el hotel, pues en esa época no existían las laptops), hasta que dejé mi informe que al día de hoy creo que fue uno de los mejores trabajos técnicos realizados. Y de algún modo funcionó porque desde el mismo viaje al informe todo configuró la llave dorada que abrió la primera puerta de las Naciones Unidas, la puerta de las consultorías que aunque siempre externas, significaron el primer hito en el sendero que me llevó muchos años más tarde hasta la meta de funcionario de la ONU.

En paralelo a mis trabajos en aquello de la fluoruración, apoyaba a la química Lidia Paksa de Featherston en su tarea de preparar el mega plan de vigilancia de la calidad del agua para toda la Argentina; y la ayudaba con ideas, con escritos, con viajes. Para fines de 1972 se decidió lanzar el proyecto a nivel nacional. Había que recorrer todo el país, convencer a profesionales y autoridades de cada provincia, implementar laboratorios, capacitar a los técnicos, desarrollar los mecanismos de control y establecer las relaciones con quienes serían los controlados: las empresas y las plantas de tratamiento de agua.

Lidia sintió que todo eso era mucho peso y declinó la nominación proponiéndome a mí como el candidato ideal para llevar adelante el proyecto. En un curioso acto de solo 15 minutos que fue lo que duró la reunión con el Director de Saneamiento, pasé de ser su subordinado al jefe de esta mujer; pero la onda de los dos fue tan buena y nos complementábamos tan bien que jamás ese cambio radical nos significó problema alguno.

Comencé a viajar por todo el país y a llevar a cabo la tarea asignada. Me sentía cómodo y las cosas salían bien. Publicaba y también hacía conocer mis trabajos a la OPS y a la OMS rindiendo sus frutos tal como se verá cuando hable, más adelante del libro de las *Guías para la calidad del agua potable*.

Vivía a mil por hora, tenía vida familiar con un bebe que comenzaba a caminar y con el que jugaba todo lo que podía. Aunque no tanto como hubiéramos querido teníamos también una vida social con amigos del lado de Mirtha y con las parejas ya formadas de mis hermano/amigos de la Cofradía.

Por nuestro trabajo teníamos un íntimo contacto con el asesor en salud ambiental de la OPS en Argentina, un colombiano de nombre Alberto Florez, quien me había tomado cariño y me trataba como a un pupilo o a un protegido en el técnico quehacer.

Demás está decir que el cargo que este hombre ocupaba y la función que desarrollaba de asesor y apoyador de varios de nuestros programas era la admiración y la envidia de todos los que trabajábamos en Saneamiento Ambiental.

Si bien 20 años más tarde conseguí alcanzar esa meta, para el año 1973 la misma estaba tan lejana que ocupar un puesto en la Organización no era sino una tonta quimera.

Es por ello que me salta el corazón cuando una tarde de cierto día de 1973, al verme pasar por un pasillo Alberto me hace una seña; busca una oficina vacía y haciéndome entrar junto con él me hace esta confidencia:

- Es posible que me nombren Director del CEPIS, un centro regional de ingeniería sanitaria en Lima y me gustaría llevar conmigo a gente en que la pudiera confiar. Tú eres una de mis apuestas, pero para eso debes ser ingeniero sanitario. Porque no haces la maestría en esa disciplina?

Ni que decir que la promesa (que más tarde el bueno de Alberto jamás cumplió ni recordó) me sirvió en cambio para pensar seriamente en hacer el curso, una especie de post-grado o maestría en ingeniería sanitaria.

Hablé con mis jefes de ese momento y como lo mío andaba muy bien, me dijeron:

- El curso es de un año, todas las mañanas. Si estás dispuesto a ir a la facultad por la mañana; por la tarde venir a cumplir tus funciones por lo menos 4 horas diarias y estudiar de noche o cuando puedas, veremos como solucionar entre todos, los viajes y el resto de lo que no puedas hacer. Si estás preparado para el esfuerzo... adelante!

Acepté; para a partir de marzo de 1974 entrar en una vida realmente complicada. Salía de madrugada para la Facultad de Ingeniería para comenzar las clases a las 8 y terminarlas a las 13. Comía un sándwich y me iba caminando al trabajo en el edificio del Ministerio de Bienestar Social en la Plaza de Mayo. Trabajaba como un eunuco hasta las 6 y luego en un largo camino de retorno volvía al departamento para ver muchas veces que Pablo ya estaba dormido. De noche estudiaba hasta quedar rendido sobre los libros y apuntes y así hasta fines de semana incluidos.

Mirtha apoyaba mientras se preparaba para el nacimiento de nuestro segundo hijo, Javier, que nació el 28 de noviembre, unos pocos días antes de que yo me recibiera; y recuerdo el día de diciembre de ese 1974 que nos entregaron los certificados de término de curso (el diploma formal de ingeniero sanitario lo entregarían un par de años más tarde); adonde concurrimos con los abuelos Felipe y Elisa; Pablo de mi mano y Javier en un bultito, un bebe de pocos días y que también participó del emotivo momento.

Ese increíble esfuerzo sumado al de aquella noche de fin de año en que tal como comenté lloré ante el tremendo esfuerzo de un estudiar sin desmayo, los recordé a lo largo de toda mi vida

profesional; y cada vez que viendo adonde había llegado y las ventajas o distinciones o prebendas de cualquier tipo que lograba, sentí que de algún modo era un pago justo por todos los esfuerzos y sacrificios pasados.

Dentro de ese contexto de exigencia que la vida me impuso en los primeros años de matrimonio tratamos de llevar una vida familiar lo más normal que pudimos, pero se notaba que rondaba un ansia de cambio en el aire.

El dinero no abundaba pues mi salario en Salud Pública no era más que lo que se pagaba a un profesional operando como funcionario público que no era para construir palacios.

No lo he mencionado aún pero entre todo lo que hacía, ejercía también un poco de docencia. Me habían nombrado profesor titular de la cátedra de Química Sanitaria en la Universidad de Morón, cuestión que no me demandaba esfuerzo o demasiado tiempo, puesto que los requerimientos eran asistir una vez por semana para dar unas clases que mucho disfrutaba pues hablaba básicamente de lo que estaba haciendo y de lo que creo sabía bastante. La contra era que el pago por mi docencia era una miseria y no aportaba tampoco mucho a las arcas familiares. Es decir que hablando de dinero, debo reconocer que las posibilidades de mucho vuelo para los Solsona eran limitadas.

Y dinero... se necesitaba, para vivir, para mejorar, y también para viajar, puesto que no solo era parte de mi gusto por la vida, sino que Mirtha, siempre anhelante por 'hacer' y disfrutar, presionaba para salir al exterior cuantas veces se pudieran y como a partir de 1972 ya comencé a viajar como asesor de la OPS, ella me acompañaba y mientras yo hacía mi trabajo ella paseaba por los alrededores. Luego de mis tareas, casi siempre yo me robaba una semana para andar los dos sueltos por ahí. Así visitamos México, el Caribe, Brasil y hasta tuvimos una interesante tour por Europa en un motorhome (lo que se relata en la sección de *Viajes*).

En lo familiar, trataba de estar lo más que podía con Pablo con el que ya se podía interaccionar, pero con Javier que era un bebe mi contacto era menor.

Tanto amor me despertaban estos críos que me daba cuenta de que la situación no era la mejor. No estaba feliz porque cuando salía de casa los chicos estaban generalmente durmiendo y cuando volvía a la noche, también ya estaban acostados. Comenzó a surgir con enorme fuerza, un deseo de abandonar esta vida, de cambiarla por algo mucho más familiar a la que se sumó el gusto por nuevos horizontes y el problema económico mencionado, todo lo que me hizo tejer una estrategia para abandonar Buenos Aires.

Apliqué a un par de embajadas, entre ellas la de Canadá, pero nada ocurrió en el corto plazo.

Hasta que un buen día ... el milagro! Nos reunieron en el trabajo pues había llegado un Secretario de Salud que acababa de asumir en el Chubut; un tal 'Maní' Corchuelo Blasco. Tipo joven, piola; un médico con ideas innovativas en la cabeza y entre éstas, las ganas de montar un aparato de Saneamiento Ambiental en su provincia.

'Estoy convencido que la buena salud comienza con el buen vivir. No se puede tener gente sana si no tienen agua decente y disposición de excretas y basuras. Necesito voluntarios, algún inge-

niero sanitario que quiera ir a hacerse cargo del Saneamiento en el Chubut, perorata y solicitud que me cayeron como del cielo en aquella reunión informal.

Casi graciosamente, todos los dedos me señalaron. 'Allí tiene el candidato', dijeron mis compañeros y así fue como luego de conversar con este hombre sentamos las bases para la movida al sur.

- Pero te necesito en Trelew – me dijo Maní - La cabeza del departamento estará allí.
- Yo voy pero si es a Esquel; si no, no me interesa – respondí.
- Ok, pero entonces tendrás menor nivel.
- No importa. Acepto; pues lo que busco no está ni en la playa ni en un escritorio más grande. Está en los bosques y las montañas.

Así fue como un 15 de noviembre de 1975 llegamos a Esquel, con el avión que casi no consigue entrar por la copiosa nevada cayendo en aquel mediodía. 'Esta nieve no puede ser sino, el mejor augurio para la vida que nos espera en este rincón' pensé, y en muchos aspectos este designio se transformó, afortunadamente, en certeza.

Esquel bullía de actividad pues estaban construyendo la presa Futaleufú para dar energía a la fábrica de aluminio Aluar en Puerto Madryn, y la ciudad era el centro de aquella actividad. Sin poder conseguir una casa para alquilar, nos instalamos en lo de los suegros, quienes nos recibieron con los brazos abiertos y desde el mismo instante en que pisamos el sur y que recomenzamos nuestra vida allí, todo o casi todo, cambió para bien. La movida a la Patagonia fue una de las mejores decisiones tomadas y nunca me arrepentí de haberla hecho.

35 - 46

LA VIDA EN ESQUEL

A partir de 1975 comienza una larga etapa que se prolongará hasta 1986/7 en 12/13 importantísimos años que resultarán como un pivote en mi vida, siendo quizás los más relevantes de toda mi existencia. Son años de verdadero cambio en mis circunstancias personales, donde alcanzo mi madurez como ser humano a través de un crecimiento que abarca casi todas las áreas de mi vida social, emocional y material, puesto que crece mi familia y con ella mis responsabilidades, crece mi actividad profesional, crece nuestro compromiso con el medio local y el amor por ese lugar patagónico que he elegido para vivir. Como cosa muy hermosa veo crecer a mis hijos fuertes y buenos, mientras que en lo negativo siento como crecen también los conflictos en la pareja. Pero vamos por partes.

La razón de salir de la gran ciudad, Buenos Aires, para lograr una vida familiar se cumplió al 100%. Esquel, más que una ciudad, era un pueblito de montaña que con 10 por 20 cuadras daba y dio perfectamente para eso. Llegar al trabajo significaban 5 minutos cuando en Buenos Aires me tomaba una hora y media. Es decir que la nueva vida me regalaba así como así, de la nada, tres horas más para disfrutar de la familia y de tantas otras cosas.

Al llegar vivimos un año y poco con Chola (María Luisa Ayats) y Tito (Héctor Criado), dos suegros y abuelos de primera a los que siempre agradecí su buena onda y calidez. Recién a comienzos de 1977 conseguimos una casa para alquilar, en la calle Rivadavia (565), donde al poco tiempo de mudarnos, precisamente el 10 de agosto, nació Huenú conformando de esa forma la familia definitiva.

Mi relación con los hijos fue exactamente lo que yo quería y disfruté de la forma de criarlos y verlos crecer tal como esperaba, fuertes y sanos física y emocionalmente.

Los tres se desarrollaron en un ambiente netamente familiar y de mucho cariño, donde la presencia constante de los abuelos Tito y Chola más la de los primos (Elsa Marzoa –prima hermana

de Mirtha - y su marido Rolo Lombardelli, con sus hijos Bruno, Valeria y Paola) conformaban un entorno de mucha seguridad y compartición; algo así como un viejo clan australopitecusino (esos monos que supieron ser nuestros ancestros algunos millones de años atrás).

Hablando de compartir, fue hermoso ver como a medida que iban creciendo los tres niños compartían familia, amigos y todo lo que brindaba un pueblo chico, desde la escuela al club de montaña.

A los tres años compramos un bungalow en construcción, en la calle Pellegrini 380 y como era mucho lo que faltaba para hacerlo habitable, me dediqué con alma y vida a arreglarlo y terminarlo. Esa fue mi primera *Kwakukundala* (ya se verá esto al hablar de Brasilia y el libro correspondiente) y practiqué allí todo lo que se hace en una obra: levantar paredes, pintar, hacer conexiones eléctricas, de aguas y desagües; carpintería, aislamientos, vidriería, decoración; you name it.

A pesar de ser un bungalow con estructura de cabaña, era inmenso, funcional y para nosotros muy bonito. Tenía un hermoso living comedor de 12 metros de largo, con un gran hogar y una enorme cocina y comedor de diario dando en la parte de atrás a un jardín interno.

En la parte superior tenía tres cuartos que aunque pequeños daban para la familia. En uno los padres, en otro los varones y el tercero para la nena. La planta baja tenía un cuarto adicional mientras que arriba, en el tercer nivel, estaba la habitación más carismática, 'el Aguantadero' como cariñosamente lo llamábamos; lugar donde estaba la máquina de escribir y donde se instaló a su debido tiempo, nuestra primera computadora familiar.

Esa habitación con los techos en ángulo total (todo el bungalow tenía un techo con ángulo agudo) tenía una ventana que daba al R-21, la hermosa montaña que protegía a Esquel desde el este. En ese cuarto solía pasar la mayor parte del tiempo en que hacía cosas en casa, tanto para el trabajo, la universidad, el diario o las escrituras. Los chicos solían hacer sus deberes allí también.

En el amplio terreno de 1,000 m², en la parte trasera teníamos un depósito, un taller con unas cuantas herramientas y un quincho enorme con una parrilla para asados y reuniones. Había dejado un pedazo de tierra para una pequeña huerta, un gallinero con 5 o 6 gallinas, una casita de muñecas para Huenú y una cancha de fútbol para los varones.

Nuestra casa era lo más parecido a una isla donde se tiene todo lo necesario para desarrollar una vida completa y feliz. Y la verdad que en muchos aspectos así fue.

Durante los inviernos, que era la maravillosa época del esquí, temprano en la mañana (tan temprano que siempre era de noche cerrada), los chicos caminaban hasta la esquina, enfundados en sus trajes de nieve pues a las 7 pasaba el colectivo del Club Andino Esquel que los levantaba y junto con los demás pibes y amigos pasaban toda la mañana esquiando en la montaña.

Yo entraba también a las 7 a mi trabajo en la Jefatura Sanitaria de la Zona Noroeste del Chubut, adonde era el Jefe del Departamento de Saneamiento Ambiental. Mirtha se quedaba en la casa, arreglándola/limpiándola y preparando las clases que daba por la tarde en su instituto de inglés.

Todos regresábamos para la una, almorzábamos y yo llevaba los chicos al colegio (la Escuela Normal) y los volvía a buscar a las 5:30 para retornarlos a la casa donde tomaban su refrigerio de la tarde, hacían los deberes y luego comenzaban a llegar los amigos de los varones para jugar generalmente al fútbol en nuestra canchita, mientras que Huenú se juntaba con Valeria, la hija de los Ongarato, unos vecinos que vivían exactamente enfrente de nuestra casa, a jugar a las muñecas y a sus cosas de niñas.

Mi vida por las tardes dependía de la temporada. Si era invierno y la tarde estaba buena, me iba para la Hoya, adonde en 20 minutos ya estaba esquiando y donde siempre encontraba algún amigo o conocido para no estar solo. Si era otra época o si tenía mucha carga entonces me dedicaba, luego de una corta siesta, a preparar clases o a trabajar para el diario. Y aquí haré referencia a mis trabajos en Esquel.

Obviamente que mi tarea en la Jefatura Sanitaria era lo más importante y el centro de mis actividades. Si bien tenía un ayudante, Luisito Soto, un chico despierto que había rescatado de un corralón de materiales y que con paciencia y cariño transformé en un excelente agente sanitario, en rigor todo lo que había para hacer en el área del saneamiento me tenía a mí como el teórico y el práctico, en algo así como el 'yo lo hago, yo lo vendo, yo lo cobro'.

Eso, ligado al ya referido profundo sentimiento de responsabilidad, más un sentido compromiso con mi tarea, hacía que jamás pasara un minuto hueveando, tomando café o charlando por aquí y por allá. Era un 'doer', un hacedor y no solo respondía a las solicitudes en un tiempo y lugar donde mucho las había, sino que también me inventaba tareas, proyectos y desafíos técnicos para llevar adelante.

Cuando comencé a trabajar allá en el '75 no tenía absolutamente nada de nada. Como no había estructura para el Saneamiento ni partidas ni (repito) nada de nada, con gentileza pero sin piedad, me dieron las coordenadas de donde desarrollaría mis actividades. Cuando el primer día me presento en la dirección, me quería morir. Era un zaguán!!! (Era el zaguán de un depósito que administraba el hospital local) y en el zaguán como ni habían pensado en mi llegada los otros compañeros que allí había (eran 5 personas) amistosamente me asignaron la mitad de un escritorio que debí compartir con el que clasificaba la correspondencia y que también era el que barría la vereda!

Pero mi alegría de estar en Esquel era tan grande que ni siquiera esas incomodidades me amilaron. Comencé a pensar acciones y lo primero que hice fue utilizar un comparador de cloro que había llevado conmigo para, caminando, ir por la ciudad tomando muestras y mostrando resultados donde comencé a ver que habían algunos problemas de calidad en la red de distribución.

Supongo que algunos de esos resultados más mi entusiasmo más el apoyo que en forma de órdenes o consejos llegaban desde Rawson por parte de Maní, comenzaron lentamente a acreditar mi presencia al punto que en pocos meses pasé de ser: 'Quién carajo será ese barbudo?' a: 'Solsona está analizando otra vez las aguas!'.

En menos de 5 meses ya me habían pasado al Hospital Zonal; estaba en el cuarto de al lado del Director de Zona y hasta tenía un escritorio para mi solito! A partir de allí lentamente fui creciendo y haciendo crecer el saneamiento ambiental.

Es así que desarrollamos programas de vigilancia de la calidad del agua con muestras que tomábamos según un prolijo programa de muestreo por toda el área que cubríamos con nuestro accionar (desde el límite con Río Negro por el norte hasta Gobernador Costa por el sur y desde el límite con Chile hasta 150 Kms al este, bien dentro del semidesierto patagónico).

Fue allí que diagramé una metodología de inspecciones sanitarias que salió con fritas. Resultó tan innovativa, altamente funcional y de tan buenos resultados que más tarde, cuando la hice conocer

en la OPS, entusiasmó tanto que pasó a la gran OMS y ésta las impondría a través de las Guías OMS para el agua potable, cuya anécdota y situación contaré al hablar de los libros producidos.

Pero la cosa iba muchísimo más allá del agua, porque dentro del saneamiento había necesidades de todo tipo, fundamentalmente en el área rural que era donde más focalizaba las acciones de mi departamento. Desarrollé programas y acciones tan abarcales como que iban desde la construcción de pequeños acueductos rurales a trampas para moscas, desde letrinas a disposición de residuos; desde mataderos rurales a proyectos de tratamiento de aguas servidas hospitalarias. Conocí, desarrollé e implementé construcciones de viviendas usando bloques hechos con la máquina (bloquera) Cinva-Ram en la metodología Heart Filled, que más tarde usaría con éxito en el África haciendo tanques de agua. Me metí en programas de letrización y en todo lo que requería el saneamiento básico, desde control de vectores a levantar paredes, desde control de la hidatidosis (una enfermedad transmitida por los perros muy en boga en la zona) a investigar, desarrollar y levantar fogones caseros de alta conversión.

Como ya era conocido en la OPS que me contrataba para consultorías cortas en muchos países del continente, aprovechaba mis visitas a Washington o mis contactos con los ingenieros de la organización para mostrar mis ideas e interesarlos (vendiéndoles) lo que podría ser útil para la región, lo que hizo que en no pocas oportunidades me apoyaran con dinero que usaba en desarrollar algunos inventos (como el del dosificador de cloro con un venturi ad-hoc o el famoso dosificador de fluoruros para reducir las caries dentales que armé con una botella vacía y una lata de cerveza, pequeños engendros que en su momento tuvieron éxito y difusión, llegándome contactos y noticias de su uso en varios países de América y Europa. Y todas esas ideas las volcaba en mi zona de influencia, tanto con el desarrollo de acciones y/o programas de salud pública como a partir de una audición que semanalmente sacaba al aire por Radio Nacional Esquel (LRA9), en un programa que di en llamar: 'Salud al Campo'.

Curiosamente, quizás el programa no fue lo más importante que hiciera durante mis años profesionales patagónicos, pero sin lugar a dudas fue lo que más quedó en la gente, pues cuando 30 años más tarde regreso a la zona, muchos pobladores cuando me presentaba me contestaban con esta frase: 'Ahh! el del Menguante Funes!!'

Es que había armado una historia basada en un personaje que siendo hijo del 'Apurado' Funes, cuando el chico nace, el padre mira en el almanaque para ver de que santo era el día ese para ponérselo de nombre al chico tal como era costumbre en el campo muchos años atrás; pero el Apurado, haciendo honor a su nombre, no mira en el calendario debajo del número donde aparecía el santoral, sino que lo hace arriba, justo donde decía 'Luna en cuarto Menguante' y de allí el nombre de mi héroe: El Menguante.

Héroe que siendo hombre de campo (lo ubiqué en un pago imaginario de la provincia de Buenos Aires: Esteban Echeverría) era un simple peón, que por un hijito enfermo tiene que ir a un hospital de Buenos Aires a buscar un remedio y cuando le indican adonde tiene que ir se equivoca y en vez de entrar en la farmacia del nosocomio se mete en una salita donde daban un curso para agentes sanitarios. Escucha embobado un buen rato y se prende en el asunto, volviendo al pueblo con la idea de transformarse en un agente para su comunidad; cosa que hace una vez que termina el curso. Historia a partir de la cual comienza el relato

de todo lo que va haciendo en su comunidad dentro del saneamiento básico y que es transmitido a mi audiencia rural patagónica.

Como tenía clarísimo que dar una serie de consejos de como tratar el agua, los alimentos o mejorar la casa podía ser muy aburrido, incorporé dos cosas que le dieron audiencia y también fama al programa. La primera era un lenguaje bien campero, que yo conocía de mis días de Ezeiza, pero que a pesar de ello, en cada audición pasaba previamente por el filtro de Rosa Chiquichano (Chiqui), una india mapuche que trabajaba conmigo como jefa de personal en la jefatura y que me indicaba qué estaba bien y que había que cambiar para que la paisanada local entendiera sin problemas.

El segundo gancho era situar todo en un marco muy humorístico, donde constantemente se tiraban ocurrencias, humoradas e ironías en anécdotas e historias que les hacía vivir al Menguante y a varios otros personajes que lo acompañaban en cada audición; y obviamente, dentro de las historias que iba armando cada semana, se metía casi subliminalmente el mensaje sanitario de turno. Durante 8 largos años disfruté de estar frente a un micrófono y sentir el placer y la magia de poder llegar a tanta gente necesitada.

Junto con lo de Salud al Campo, al trabajo de la Jefatura Sanitaria, le dí también una gran orientación de tipo educativo e informativo.

Para esa época, la prima Elsa (a quien ya mencioné), siendo médica del hospital, es promovida a jefa de Atención Primaria de Salud, y con ella en una perfecta armonía y concordancia comenzamos a manejar en forma conjunta al plantel de agentes sanitarios que le tocaron como tropa de combate para realizar acciones en el mundo rural y en el de los barrios más pobres. De golpe y porrazo me encuentro con un pequeño ejército que antes no existía y con Elsa que significaba un apoyo vital en lo organizativo y en las ideas para hacer cosas.

Encaramos entonces dentro de lo educativo algo que sonó en su momento altamente innovativo. El gobierno de turno (Raúl Alfonsín) implementa para la gente de menores recursos, los sin trabajo y los carenciados, un programa de repartición de alimentos que dan en llamar el PAN (Plan Alimentario Nacional) que consistía en la entrega quincenal de cajas con alimentos básicos.

Con Elsa centralizamos la entrega de las cajas en una serie de lugares concretos, como postas sanitarias, hospitales, centros vecinales, algunas escuelas; y a través de los agentes sanitarios se van dando las cajas con comida pero con la condición de que para recibir el paquete, antes cada beneficiario debía atender a una charla de los agentes, charla que se apoyaba en audiovisuales que yo había armado previamente, dibujando unos cartones y transformándolos en slides.

Más adelante y cerca ya de mi salida de Esquel, consigo dinero para montar un laboratorio. Me adjudican un departamento en la calle Alvear al 1600 y allí, con el auxilio de Luisito, haciendo de albañiles y carpinteros armamos un laboratorio y comenzamos a procesar muestras para analizar bacteriológicamente. Un verdadero éxito y una concreción que al escribir estas líneas, treinta y tantos años más tarde de su inauguración sigue fuerte y consolidado.

Como corolario de esta etapa profesional, debo decir que fue una etapa maravillosa. Donde hice mil cosas que las aprendí... haciendo. De jovencito había escuchado el dicho:

Cuando escucho ... olvido
Cuando veo... recuerdo
Pero cuando hago... comprendo!

Sin dudas que mi trabajo del Dto. de Saneamiento Ambiental en el Chubut tuvo la magia y la generosa ofrenda de enseñarme permitiéndome hacer. La experiencia ganada a través de las acciones desarrolladas entre las que hubieron un sinfín de logros y también algunos fracasos, me hicieron crecer en conocimientos y en seguridad profesional. Y encima me vistieron y aumentaron mi imagen en la OPS, institución a la que yo en aquellos años miraba como una meta casi imposible de alcanzar, y quizás por eso más apetecida y deseada.

En los 12 o 13 años de saneamiento pasé unas cuantas situaciones bravas o difíciles como ir a buscar gente aislada o parturientas en medio de la Patagonia bloqueada con nieve hasta la cintura o como la noche en que regresando de un larguísimo día de trabajo en Puelo y El Hoyo, siendo las 2 o 3 de la mañana mientras yo dormitaba en el asiento trasero y el chofer y Luisito compartían el asiento delantero, un fuerte grito del chofer me hace levantar como resorte. 'Cuidado! Nos caemos!'

Al levantar la vista veo que por el costado izquierdo una cosa nos pasa a enorme velocidad.

Acto seguido el auto se cae sobre una de las ruedas. Lo que nos había sobrepasado era una de las ruedas con eje y todo que desprendiéndose había sido eyectada a velocidad para perderse en la noche. El auto se paró y tardamos buen rato en encontrar la rueda como a 50 metros, aún hirviendo de caliente a pesar de la nieve en donde estaba enterrada. Porque el accidente nos había dejado en medio del camino que tenía no menos de 30 o 40 cms de blanco manto.

Estaríamos a unos 30 Kms de Esquel y no podíamos quedarnos quietos a esperar a algún otro auto que pasara, pues eso era muy difícil. El frío podía matarnos si esperábamos hasta que saliera el sol o a que pasara alguien.

Decidí que teníamos que caminar. Mi campera y la del chofer eran buenas, así que la única manta que teníamos se la dimos a Luisito que parecía asustado y preocupado y comenzamos a caminar. El frío era intenso, con muchos grados bajo cero; pero la noche era calma y la luna sobre el inmenso manto dibujaba un paisaje de encanto. Seguimos caminando en las casi borradas huellas del camino para que a los pocos kilómetros Luisito comenzara a gemir: 'No doy más' 'Quiero parar'. Le dí un par de retos y me preocupé porque al irse quedando atrás sentí que el chico no iba a poder llegar a Esquel, así que entre ruegos y órdenes lo fui arreando aunque con enorme preocupación. Habríamos andado unos 8 o 10 Kms cuando en el infinito silencio que ofrece la nieve fresca se oyó a lo lejos el ruido de un motor. Era un auto o solo la imaginación? Lentamente el ruido se hizo más fuerte y finalmente allá muy a lo lejos vimos un tenue resplandor de los faros que se acercaban.

Cuando la camioneta paró junto a nosotros, (se trataba de un viejo poblador que había salido muy tarde pues el vehículo había tenido un problema mecánico), sentimos que nos habíamos salvado. Llegamos cerca de la mañana al pueblo, muertos pero contentos pues a pesar del percance no tuvimos mayores inconvenientes, en una aventura que podría quizás haber terminado muy mal.

Ésta y muchas otras anécdotas de una tierra hermosa pero dura, son aquí contadas no para que queden como relatos de aventuras tipo Tin Tin, sino para afirmar que ellas, así como muchas otras que no es necesario contar, nunca dejaron de ser experiencias que quedaron como cálidas

o interesantes anécdotas y que a todas ellas jamás las viví con pesar o abatimiento, pues hasta el congelarme completamente de frío lo veía como un increíble privilegio que tenía de experimentar por el solo hecho de haber tomado aquella maravillosa decisión de dejar Buenos Aires y largarme a la aventura patagónica.

Cierro esto de mi trabajo ingenieril en el sur confesando que a lo largo de toda mi carrera profesional mis años de la etapa de Esquel solo fueron superados en intensidad, color y magnitud por lo del CSIR de Sud África, que relataré más adelante, por lo cual dejo más que explícito que para mi paso por el Saneamiento Ambiental del Chubut solo tengo agradecimientos y cálidos recuerdos.

Siempre me gustó la educación, no solo desde el valor filosófico que tiene sino también como ejecutor. Creo que enseñar es una de las más nobles tareas realizadas entre los seres humanos. El desprendimiento de dar lo que uno sabe, de entregar lo que se ha ganado tal vez con esfuerzo y tesón en forma desinteresada y solidaria es una de las acciones más realzantes de la naturaleza humana. Personalmente, siempre disfruté de pararme frente a un público para entregarle algo de lo que pude o supe entender y conocer y por ello en la primera oportunidad que tuve ya en Esquel, me inscribí para dar clases.

Comencé por unas suplencias de química reemplazando a profesores ausentes por enfermedad en la Escuela Normal, cosa que pasó sin mucho esfuerzo ni gloria.

Cuando se crea la Universidad San Juan Bosco de la Patagonia con una sede en Esquel, la necesidad de profesores es enorme pues no abundan para esa época mucha gente en capacidad de dar clases. Me buscan y tras enormes forcejeos pues no me interesa el tema, más por apoyar la patriada de tener una universidad local que por gusto o vocación, acepto un puesto como profesor adjunto en Química General e Inorgánica. Estoy un año sufriendo y como no me sentía cómodo teniendo que estudiar algo que ya me estaba quedando muy lejano en el pasado (hacía rato que yo era un 'ingeniero' y sabía mucho de eso, mientras que ya no me sentía un 'químico' para nada y ni me acordaba demasiado de lo que había estudiado en Exactas), así que diría que mi paso por la Universidad local no fue glorioso ni creo que nadie me recuerde especialmente.

Pero sí hubo algo que me gustó y que desarrollé durante unos cuantos años. Fue la Escuela Politécnica de Esquel, adonde me sentí mucho más en mi elemento. La Politécnica preparaba técnicos y maestros mayores de obra y allí dí varios cursos de ingeniería sanitaria y de higiene y seguridad industrial, materias ambas en las que me sentía súper cómodo y que me gustaban enormemente. Disfrutaba además del contacto con los chicos, toda gente bastante crecida (17, 18 y en casos aún mayores), pibes y pibas con los que se intercambiaban puntos de vista, charlas, pensamientos y en ocasiones me daba cuenta que más importante que saber que en la desinfección del agua hay que valorar la ecuación Concentración x Tiempo, era preferible a veces exponer las visiones que uno con sus 20 o 25 años más les podía abrir ojos y mentes.

Hubieron algunos cursos en especial, creo que los de ingeniería sanitaria del 83, 84 u 85 que me dejaron recuerdos imborrables.

Las clases de mi materia se daban en la parte vieja del edificio y yo tenía un aula fea en la que en lo peor del invierno se colaba frío por todos lados. Para calefaccionar había un solo elemento:

una estufita de hierro fundido que los chicos cargaban al empezar el día y que con su calor disipaba algo del fuerte frío del invierno patagónico.

Sentía que para una buena comunicación todos debíamos estar cómodos y por eso los alumnos usaban la estufa para calentar café y agua para el mate, que ellos tomaban y me convidaban mientras yo daba mi lección. Esos cursos eran del último año y como expresé, con pibes y pibas ya adultos lo que permitía una relación mucho más madura y horizontal. En ese ambiente, donde yo era uno más, nos enfrascábamos en serias discusiones; los dejaba que me tutearan (cosa no común en ese tiempo) y no hubo tabú en los temas a tratar. Algo así como librarlos a una especie de escuela griega o como al menos yo me imaginaba la escuela griega: con mucha libertad, 'pausas para descansar' y hasta llegué a dejar que algunos fumaran durante la clase.

Intercambiábamos opiniones sobre la ingeniería sanitaria, pero también y en muchas oportunidades sobre la vida, la relación, el sexo (había entre estos chicos como 3 parejas ya formalizadas y reconocidas por sus pares), el futuro, el mundo, etc.

Entre las cosas que también implementé estaban 'los caramelos', enorme tontera que me dio muchísimos buenos resultados en cuanto a mantener la atención y la buena onda general: cuando hacía una pregunta y alguien la contestaba bien o la contestaba primero, sacaba de mi bolsillo un caramelo (de los que siempre traía buen provisión) y se lo tiraba para que él o ella lo agarrara en el aire como premio a su atención o a su sabiduría o al haber estudiado.

Al margen de la buena onda y el cariño que sentía cada vez que entraba al aula cuando era el momento de dar mi clase hubieron dos pequeños episodios que me llenaron la vida y que reafirmaron la maravilla de la enseñanza, del ofrecer y dar en un aula. Que termina devolviéndote mucho más que lo que diste.

En uno de esos cursos mencionados y entre todos los tipos que tenía como alumnos había uno al que la general de buena onda y caras amistosas no le daba. El flaco, un grandote altazo, siempre tenía cara de vinagre y medio que estaba como de gracia, como para hacer el favor. Me daba la sensación que en el mar de camaradería y alegría que había conseguido armar, al pibe éste yo no sabía como hacerlo entrar. Claramente no conseguía tenerlo de mi lado. Estaba ahí, estudiaba y hacía lo que había que hacer, pero quizás era el único que no compartía la enorme cofradía que se había generado en mi aula.

Así fue todo el año hasta que llegó el fin de clases, el recibirse y la ceremonia de final de curso en un acto importante (como todos los años). Los pibes del sexto año estaban en un estrado y al término de la entrega de diplomas los profesores nos mezclábamos con los alumnos para felicitarlos e intercambiar un par de palabras amistosas. Estaba en esto charlando con una parejita de esa clase cuando me tocan la espalda. Me doy vuelta y era el amargo, el pibe de la cara de pocos amigos. 'Que miércoles querrá éste ahora?' me debo haber preguntado. Pero esta vuelta el grandote tenía una sonrisa amplia en el gesto amistoso; y sin que yo supiera que iba a pasar vi como al pibe se le humedecieron los ojos, y a la par que me daba un bear hug, un verdadero abrazo de oso, me susurró en la oreja estas palabras:

- Gracias por todo lo que me dió. Lástima que de ahora en más, cada vez que haga una cosa bien no lo voy a tener cerca para que me tire los caramelos esos, porque aunque le hubieran costado 5 guitas, para mí valían mucho más...

La segunda cosa hermosa que disfruté de la politécnica y que fue otro buen fruto de la docencia, pasó en otro año y con otro alumno de ese mismo curso de ingeniería sanitaria. Una tardecita después de un día de clase, estaba solo en casa, leyendo en el living cuando suena el timbre. Abro y era Enrique; un alumno aplicado y siempre atento, algo así como un nerd antiguo pero amable y siempre muy dispuesto.

Entró casi sin que yo lo invitara. Me miró a los ojos y me dijo estas otras inolvidables palabras:

- Ya hablé con mis viejos. Cuando salga de la poli, voy a ir a Buenos Aires a estudiar ingeniería sanitaria. Quiero ser como Vd! Gracias!

Me abrazó, dio media vuelta y se fue sin que yo hubiera conseguido decir ni una sola palabra porque había quedado paralizado por la sorpresa. Cerré la puerta y me puse casi a lagrimear en un puchero suave que solito supo acompañarse de una sonrisa placentera, cálida e increíblemente reconfortante.

Entre las actividades rentadas que desarrollé en Esquel no puedo dejar de mencionar el periodismo. Felipe periodista? Si! aunque parezca sacado de la galera, así fue. Durante 10 años fui el corresponsal del diario *Jornada* en Esquel, más otras tareas periodísticas que paso a relatar.

Harían uno o dos años que estábamos en la Patagonia, cuando el diario local, el *Esquel* lanza un concurso de cuentos. Había que enviar un cuento de tantas líneas y el premio para el ganador era su publicación en la edición del domingo.

Como desde la juventud tenía tantos de esos cuentillos acumulados no me fue difícil agarrar uno cualquiera. Elegí 'El humo blanco' (un relato en primera persona de un habitante – tal vez del futuro - que vive en una ciudad subterránea y que un día ve como calles, pasadizos y estructuras se llenan de un humo blanco que los va matando a todos. El tipo éste corre junto con los otros habitantes, se esconden, ponen barreras, suben, se meten en túneles pero es inútil. Nada puede contra ese fatídico humo blanco que se cuele por todos lados y que finalmente los termina por aniquilar. La última línea del cuento rezaba así:

'El jardinero sonrió. Las malditas hormigas no comerían ya más de su rosal favorito'.

El habitante que relataba el cuento no era un tipo sino una hormiga, la ciudad subterránea un hormiguero y el humo blanco el hormiguicida. Cool... supongo...

El asunto es que no sé cuantos otros cuentos se habrían presentado pero el concursito lo gané fácil según me contó Dorita Feldman, la nuera del dueño del diario *Jornada* que era uno de los más importantes de la provincia con sede en Trelew.

El *Esquel*, un hijo del *Jornada* era casi un pasquín que se manejaba desde la costa con una estructura muy reducida en la cordillera, razón por la que querían aumentar al menos con un corresponsal que mandara noticias a la costa y que también lo apoyara al director local en Esquel con algunas noticias del lugar.

El tema es que luego de la publicación del cuentito, un día que me encuentro con esta mujer en la calle, me invita a charlar en la sede del diario y casi a boca de jarro me larga:

- Me gusta como escribís. No te animás a ser el corresponsal del *Jornada* aquí en Esquel?

- Y cómo es eso? –pregunté intrigado
- Fácil. Nosotros acá sabemos que es lo que está pasando y lo que va a pasar. Te decimos por ejemplo: hoy llega el presidente de una importante compañía a esquiar en la Hoya. Acercáte y hacéle una nota focalizando en su interés por el esquí local. Entonces vas (como sos periodista y tendrás una credencial vas a ver como te dejan pasar a prácticamente todos lados), lo encarás y le hacés preguntas. Ahí es donde estará tu visión de la cosa, tu sagacidad, tu simpatía, tu inteligencia para hacer preguntas piolas. Luego pasas eso al papel y ya está. Te animás?

Encima había un pago que aunque nada extraordinario sumaría a la siempre necesaria demanda familiar de dinero, así que súper entusiasmado y casi sin pensarlo dos veces retruqué con un: 'Y...Sí... dále!'

Tras ese simple 'dale' me transformé en un periodista; profesión que me fascinó. La primera nota la hice en la Hoya, siguiendo a la escuela de infantes del Club Andino, que era algo muy lindo y muy local cordillerano. Una especie de jardín de nieve donde se llevaba a los chiquitines de 4, 5 y 6 años a dar vueltas por el bosque nevado y por las laderas cubiertas, para que comenzaran desde así de pequeñitos a tomar contacto con la nieve, ya que más tarde comenzarían con la escuela de esquí. Un verdadero jardín de infantes de montaña adonde iban en ese momento y entre otros pibes mis dos varones, Pablo y Javier. A los chiquitos se los llamaba 'los copitos' y a la escuelita 'la escuela de los copitos', por lo que luego de escribir la nota le coloqué como copete (como título) lo siguiente:

'En la Hoya cayeron varios copitos ... pero luego se levantaron y siguieron jugando.'

Prodigio de imaginación y juego de palabras entre los 'chicos copitos' y los 'copitos de nieve' tan sutil e inteligente que me convencieron que con esa primera nota no solo entraba a la escritura periodística con una joya literaria que el mundo tenía que admirar y disfrutar, sino que desde el vamos me daba cuenta que con tanta creatividad y genialidad mi carrera futura en el papel prensa estaría asegurada y que yo ya sería periodista (al menos de corazón) for ever and ever!

Debo reconocer que a pesar de ese enamoramiento con la nueva disciplina, a esto del periodismo lo lleve muy de cotelete, como algo totalmente secundario y era bien poco el tiempo que le dedicaba. Tiempo que acomodaba perfectamente entre lo que me quedaba libre de las actividades importantes, como la de mi trabajo en Salud Pública, la docencia y las más que adorables tardes de esquí en la Hoya en el invierno. Y eso era lo bueno, pues con solo un rato diario y a veces con un poco de atención cada dos o tres días me entretenía un montón, embolsaba unos pesos; andaba en medio del grupúsculo de periodistas, la mayoría unos improvisados que poco tenían de profesionales pero sí mucho de simpaticones, bohemios y tiros al aire con quienes era siempre lindo platicar e intercambiar conceptos y... como ya afirmé, uno estaba siempre en la cresta de la ola. Se sabía todo lo que estaba pasando y lo que se cocinaba. Me enteraba de los mil chimentos a todo nivel. Y escribía y escribía. Hasta tenía una especie de columna que sacaba cada tanto con algún relato risueño de cuestiones que hubieran pasado en la familia (en mi familia) y que me hacían popular de esta manera: iba por la calle y

algún poblador me gritaba desde la vereda de enfrente: 'muy bueno lo de las gallinas!' o: 'me he reído cuando se te cayó la rama en la cabeza' o: 'a mi me pasó lo mismo que a vos el domingo cuando al ir al lago nos olvidamos uno de los pibes en casa!'. Cosas que al pasar no me dejaban más que una sonrisa, pero era de complacencia y hasta de un cachito de orgullo.

Aprendí también el poder que tiene este precisamente llamado 'cuarto poder', pues más de una vez, algún poderoso u hombre público (un abogado, el intendente, algún empresario) solicitaban como favor alguna nota especial o algún comentario que destacara algo hecho o por hacer, por sí o por su institución o empresa, cuestiones que lo colocaban a uno en una situación que si bien nunca utilicé me di cuenta que podía redundar en claros beneficios personales, cosa que creo sinceramente se hace todos los días, en todo lugar y en todo país. Digamos que es la parte negra del periodismo.

También vi el poder en la capacidad destructiva que puede tener cualquier difusión pública. Recuerdo que una tarde estaba escribiendo sobre unos programas que había comenzado a desarrollar la municipalidad local y al mencionar al intendente, escribí la palabra 'útil' al referirme a lo que había hecho este hombre; cosa en la que honestamente creía.

A continuación volví atrás en el texto y coloqué las dos letras 'in' antes del 'útil'. Lo que hacía el intendente era ahora 'inútil', y pensé como con tan poco uno podía contribuir a levantar o a hundir una persona, pública o privada, tan solo con el simple manejo de dos miserables letras. Algo que sin dudas vemos todos los días en los medios de difusión.

El asunto es que a pesar de lo que se hacía, del trabajo de toda esa gente, incluidas mis notas 'geniales', quizás porque no éramos tan capos ni tan geniales como nos creíamos, tal vez por el poco público o las pocas noticias o las pocas páginas, el asunto es que a los 3 años de haber entrado en el diario, el Esquel sucumbe. Los dueños del Jornada no lo bancan más y lo cierran.

Yo me quedo sin el trabajo del Esquel pero me siguen manteniendo como el corresponsal del Jornada en la cordillera.

Que el pueblo de Esquel quedara sin diario obviamente no podía durar mucho y en efecto, en poco tiempo aparece un empresario con dinero, también de Trelew, que arma un nuevo periódico local, 'El Cordillerano'.

Este hombre nuclea a los pocos hombres de prensa del lugar entre los que estoy yo y luego de algunas charlas y de ver lo que había escrito en los tiempos del Esquel, me elige para que comparta la escritura de los editoriales, lo que me halaga y permite seguir en la tarea que a estas alturas ya sentía como mi segunda profesión.

Al margen de compartir los temas y producción de la parte más importante del diario, comienzo a publicar un semanal de entretenimientos. Lo llamo "The Saturday Morning Balero Star" (porque salía obviamente los sábados por la mañana y porque para resolver los acertijos, había que hacerse la cabeza, 'el balero'), con un personaje que diseño y hasta dibujo que era un simple balero con ojitos y sonrisa más una capa; actitud y vuelo como los de Superman.

El Saturday Morning tenía 4 páginas donde yo desarrollaba una serie de entretenimientos que iban desde buscar errores a palabras cruzadas, citas, chistes y acertijos. Y no solo los pensaba sino que también debía armar las 4 páginas (un librito de 2 hojas) adonde pintaba los dibujos, pegaba

fotos y trazaba las rayas de los crucigramas. Toda una tarea que me tomaba buen tiempo pero que disfrutaba hacer en el aguantadero de nuestro bungalow.

Dura esto unos 5 o 6 años más hasta que este otro periódico también colapsa. Se funde y el dueño vende la maquinaria a un nuevo empresario que le cambia el nombre poniéndole 'El Oeste'. Queda al frente de la dirección un joven vecino de Esquel, Patricio Mare, que poco tenía de periodista y mucho de comerciante, pues hasta ahí solo podía mostrar haber sido el exitoso dueño de un quiosco central. Este hombre me llama y me pide que siga escribiendo. Propongo hacer una columna trisemanal y la llamo 'La Columna del Sol'.

En este espacio de una página me largo entonces a apreciar lo bueno que pasaba en el pueblo y señalando también lo que estaba mal y había que enmendar. Una especie de observador lo más objetivo e imparcial posible.

La voy llevando bien y la columna no solo era leída sino que me daba cuenta que era tenida en cuenta, valorada por la gente pensante del pueblo.

Tal vez en el peso en sus apreciaciones y de críticas o alabanzas, estuviera la razón de su reputación pero también esa sería la raíz de un problema que terminó siendo fatal cuando en una nota critico a la Cámara de Comercio local, por apuntalar una política de precios exagerados en los comercios esquelenses, pretendidamente justificados por los elevados costos del transporte desde Buenos Aires. Como ese transporte se realizaba prácticamente por una sola empresa (Transportes Angélica) y como había hablado largo con los dueños de la misma y visto sus precios y lo que significaban en los costos de los productos, era para mí demasiado obvio que habían tomado a estos transportistas como torpe excusa para hacer de Esquel una plaza con productos de precio inflado.

Esto fue tomado como un insulto por quienes tenían en ese momento el verdadero poder en el pueblo; por los que no querían cambios y mucho menos por los que no deseaban que se resaltara la inconveniencia. Tamaña afrenta no me la iban a permitir.

A las dos horas de haber salido el matutino a la calle me llama Patricio a mi trabajo y me dice: 'Se armó un quilombo tremendo con tu nota sobre los precios. Ya vino a visitarme una comisión de la Cámara y fueron clarísimos: o vos dejás de escribir o no veo más un anuncio de publicidad, lo que me cerraría el diario'.

Le contesté:

- Lo que escribí no les gustó porque les sacude sus estructuras de conveniencia, pero lo que dije, vos sabes que es la verdad. Yo estoy dispuesto a pelearla, a seguirla y pienso que vos también tendrías que pelearla ya que tenemos la razón de nuestro lado.
- No. Lo siento pero... tenés que irte! – me dijo por el teléfono y yo sentí el dejo de vergüenza en su voz antes de que colgara, para que todo terminara allí.

Y verdaderamente que terminó pues ya no volví a escribir en los diarios locales. Al poco tiempo, un tanto por este episodio que me había mortificado bastante y otro poco por el escaso tiempo que tenía entre tanta cosa que hacer, más los viajes a partir de los contratos de la OPS, la OMS, UNICEF, etc., que me caían constantemente y a los que haré mención a continuación, decidí colgar en el perchero, al menos hasta mejor aviso, mi profesión de periodista. Renuncié a la

corresponsalía del Jornada y deje las letras del periódico aunque con no poca pena pues aunque nunca dejé de ser un amateur, en los años en que la desarrollé viví la potencia de esa disciplina, la importancia, la movilidad, la agilidad y la ubicuidad que le da a quien la ejerce. Una hermosa profesión que respeto y admiro.

Terminando con mis actividades laborales no puedo menos que mencionar algo que iba en paralelo con todo lo que he descrito hasta aquí. Mis trabajos con las Naciones Unidas de los que ya he hecho varias menciones.

A partir de aquel encuentro con Olman Cordero en Buenos Aires y de la primera consultoría en Brasil, vinieron varias más. Muchas más. Olman dejó su puesto a otro tico, un ingeniero muy serio pero una persona sumamente agradable y excelente técnico: Guillermo Roviralta, quien por sugerencia de su antecesor me contactó apenas tomó él la posta. Como desde la OPS querían implementar la fluoruración de las aguas de consumo en todos los países de América, había dinero y mucha actividad, por lo que se tejió una estrategia de coordinar acciones desde la oficina central en Washington y se establecieron 3 hubs o pivotes en el continente para que sirvieran como comodines y coordinadores subregionales. Al margen del eje central en la OPS (Roviralta) se designaron a Bernardo Grinplastch en y para los Estados Unidos, a Miguel Arciniega en México para el área de Centro América y a mí en Argentina para coordinar toda Sud América. Los tres tipos éstos: Guillermo, Bernardo y Miguel fueron colegas con los que me llevé increíblemente bien y a pesar de los distintos orígenes y culturas terminamos siendo excelentes y profundos amigos.

Quizás no nos veíamos por un período medio largo, pero por ahí nos juntábamos dos o tres veces en un mismo año, en cursos, reuniones, seminarios. Y me encantaba sentir como estos cruces parecían el reencuentro de viejos amigos, que no solo compartían algo muypreciado en común (éramos ‘el saber’ del flúor en el continente), sino que nos vacilábamos en las horas fuera del trabajo mientras comíamos o chupábamos. Hiper-especialistas con imágenes de sabihondos durante las horas de trabajo y al término de la labor, patas amiguísimos que reían o se hacían confesiones en la barra de algún bar de mala muerte como los más comunes de los mortales. Me encantaban estos subproductos de las consultorías.

Era algo un tanto extraño en realidad esta figura del consultor externo, pues yo no era nada en la OPS, pero definitivamente en la Organización me re-conocían y me usaban cada vez que necesitaban algo; en cada oportunidad que querían desarrollar algún programa o proyecto; cuando necesitaba dar cursos, hacer peer-reviews, que les escribiera algo, que desarrollara un producto o método, etc.

Esto significaba que yo era una especie de héroe de cómic, no por lo que se hacía (que era lo que cualquier buen profesional especializado en un tema habría hecho), sino porque vivía una doble vida, en la que por un lado era un casi oscuro profesional en una provincia menor y en un cargo sin demasiado peso, para de golpe y porrazo transformarse en un consultor internacional que salía al extranjero munido de prebendas, condiciones, tareas y salarios totalmente anormales para lo que era su vida diaria y la de sus compañeros. Algo así como cuando Clark Kent se metía en la cabina telefónica y se transformaba en Superman.

Es decir que yo desarrollaba mi vida cotidiana y ‘normal’ cuando de pronto me llegaba un telegrama que rezaba más o menos así:

‘Responda a la brevedad disponibilidad para consultoría en Panamá (por ej.) del 1 al 25 de julio. Si acepta recibirá términos de referencia, formularios y pasajes.’

En paralelo, la organización enviaba un mensaje directo y sin mucho preámbulo a quienes eran mis autoridades, tanto podía ser mi jefe inmediato como el Secretario de Salud Pública de la provincia; y tan importante y de tanto peso era cualquier agencia de las Naciones Unidas que nunca un jefe o una autoridad me trabó una salida al exterior o a cualquiera de los trabajos que me propusieron desde Washington, aunque en el fondo pudiera estar muriéndose de la envidia.

Fue así que viajé por casi todo el continente en trabajos de consultoría dando cursos, proponiendo mejoras, ayudando a desarrollar programas, proyectando plantas y sistemas, verificando formas operativas, ayudando a crear normas, co-autorando trabajos técnicos, etc., etc.

Tengo en estas actividades hasta la increíble aventura de que en el 79 me llevan al norte de México, cerca de Durango para que desactivara un tanque de cloro que por años había quedado colgado contra un muro luego de una caída en una planta potabilizadora y que todos temían que explotara. Como nunca me había negado a una consultoría por difícil que me pareciera, en esta ocasión me encontré frente a frente al desafío de desactivar ese enorme cilindro, y mientras varios ingenieros y técnicos miraban desde unos 20 metros, todos bien protegidos para el caso de la explosión, yo me auto preguntaba que mierda estaba haciendo allí y si no sería que mis andanzas iban a terminar justo en el México lindo y querido, llegando a San Pedro no en una nube de blanco algodón sino en otra verdosa amarillenta del noble gas chlorine.

Para los curiosos que quieran saber como terminó esta aventura, diré que la cosa fue mucho más fácil de lo pensado y prácticamente sin riesgos. Yo había estudiado bien como era el cilindro por dentro, la estructura y los tubos que tenía internamente, así que me dije: ‘Si hago girar el cilindro para que el tubito ‘B’ quede para abajo no habrá problema porque entonces el tubito ‘A’ quedará libre y apuntando al cielo para permitir la salida sin problemas del gas.’ Pedí ayuda que se concretó en el trabajo de una pequeña grúa, con la que tras rotarlo al tanque abrí la válvula con una enorme llave inglesa y el gas en efecto, fluyó sin problemas y ya pudimos mover y almacenar el cilindro. Palo y a la bolsa!

El hecho es que todas estas actividades me permitieron visitar una lista de países entre los que recuerdo: Chile, Uruguay y Paraguay; Brasil junto con Perú y Colombia varias veces, Venezuela, El Salvador, Panamá, Guatemala, Honduras y Nicaragua. En México llegué a ser un habitué pues también lo visité una carrada de oportunidades. Paseé además por el Caribe en Martinica, Saint Lucía y Cuba y como de algún modo lo que comenzó con la OPS me hizo conocido en otras agencias de las Naciones Unidas recibí y ejecuté contratos con UNICEF, la OMS y DANIDA (la agencia de ayuda exterior dinamarquesa), lo que me permitió trabajar en Europa (Suiza e Inglaterra), en Asia (Tailandia) y en el África (Zambia y Etiopía). Toda una plataforma que me serviría bastante más tarde para la entrada concreta y efectiva a la gran Organización de las Naciones Unidas.

Y que pasaba mientras tanto en Esquel? Siendo un típico ciudadano acostumbrado a mi existir en el enorme Buenos Aires, la vida en Esquel se me antojaba una vacación permanente. Es

que cuando en la gran ciudad mirar hacia cualquier lado era encontrar paredes y ventanas, aquí me envolvían las montañas, los pinos y un cielo tan cambiante que parecía un programa de tv. Cuando en la ciudad había que ser muy creativo para poder entretenerse y hacer algo un poquito fuera de lo común, en este poblacho bastaba a la noche del viernes hablar con un par de amigos para encontrarnos a las 8 de la mañana del sábado en nuestra casa dos o tres padres con sus chorrera de pibes (8 - 10 - 12 años) y con las mochilitas con un par de sándwiches y unos chocolates, caminando tan solo 4 cuadras ya estábamos en la base del Colorado o del Nahuel Pan y alegremente subíamos los cerros en una fiesta de padres e hijos, de amigos y de naturaleza inigualables.

No solo esta vida me permitía disfrutar algo totalmente impensado años atrás, sino que lograba lo que había sido mi intención primaria: poder tener una vida familiar más intensa y un contacto íntimo con mis hijos.

Como dije no solo los llevaba y los iba a buscar al colegio sino que participaba en muchísimas de sus actividades; casi todas la tardes teníamos partido en nuestra canchita o quizás si estaba en mi taller y pasaba Javier jugando a los cow-boys y me decía: 'Se me rompió el rifle' yo tomaba un pedazo de madera; en 3 minutos con la sierra le tallaba otro rifle y el chico seguía jugando; todo en un contexto de enorme intimidad. Corté una tabla medio gorda en el quincho para que nos sirviera de mesa para los asados y de mesa de pimpón. Les enseñé a jugar a los chicos y nuestros partidos y campeonatos llegaron a ser interminables. A veces hasta la magia se daba al simplemente ir caminando por el pueblo y cruzarte con tu hijo o con la nena que caminaban por la vereda de enfrente.

Luego estaban los días de esquí en la Hoya y los domingos en lo que era el 'Día del lago' con toda la familia donde se incluían los abuelos y los primos de los chicos, con sus padres los tíos Elsa y Rolo.

Por allá en el 84 me enteré de que un tipo vendía una moto prácticamente regalada. La compré y con unos pesos y un poco de paciencia la fui poniendo operativa. La moto se transformó así en la salidera sabatina, pues cada sábado me iba a hacer algún viaje a parajes cercanos, tal vez 40 o 50 Kms con los chicos en turno. Cada semana le tocaba a uno distinto. El viaje era muy aventurado pues la moto era bastante impredecible y a veces se quedaba y también era pesada y difícil de maniobrar y en varias oportunidades nos dimos algún buen roscazo. Pero íbamos por esos caminos y parábamos en un arroyo, sacábamos nuestra cañas de pescar telescópicas que llevábamos en la mochila y luego una parrilla donde hacíamos una hamburguesa o un choripán para seguir disfrutando de esa comunión padre/hijo-a.

Es decir que pasábamos una enorme cantidad de tiempo juntos en una armonía familiar y un contexto casi tribal donde diría que el pueblo todo participaba de la crianza y protección de los niños.

Muchos años más tarde, allá por el 2006 o 2007 estando en Madrid de visita a Pablo, éste me invitó a una conferencia que daba un compañero de su MBA. Al término de la presentación, en el enorme hall del local nos juntamos con sus compañeros y amigos. Charlaba yo con una ex camarada de Pablo quien estaba a mis espaldas hablando con otro amigo cuando con la oreja de costado escuché estas palabras de su boca que fueron la reafirmación de que la decisión de

cambiar Buenos Aires por Esquel había sido la correcta: 'Solo voy a tener hijos el día que yo les pueda dar el tipo de vida que mis padres me dieron a mi cuando era chiquito'.

Es que no solo Pablo, Javier y Huenú tuvieron lo que creo fueron (fuimos) buenos padres en Mirtha y en mí, sino que también el pueblo ese, pequeño, simple, en algunos aspectos carenciado y para nada reluciente, tuvo también la enorme oferta de tiempos relajados, enorme libertad, paz, ambientes cálidos y una naturaleza que los acompañó y les enseñó a disfrutarla y amarla.

Todo lo cual, les permitió ir conformando la personalidad individual que en su etapa de niñez y pubertad viví y observé según relato a continuación.

Afortunadamente los tres fueron niños que tuvieron el paquete básico para poder desarrollarse con éxito y que como es bien sabido comienza por un conjunto de hélices bien conformadas; es decir buenos genes de los dos lados, lo que les brindó el software de base sin demasiados errores.

En segunda instancia tuvieron una nutrición sana y apropiada.

Tercero, disfrutaron de un ambiente casi ideal. Como relataré en pocos párrafos más, la relación que me unía con Mirtha no era la mejor y habían muchas nubes en nuestro matrimonio; pero creo que aunque a veces saltaban las chispas, pudimos de común acuerdo mantener los conflictos lo más alejados posible del mundo infantil.

En relación al sentimiento de hermandad los padres siempre cuidamos que hubiera mucha comunicación entre los chicos y que trataran de disfrutar la mayor cantidad posible de tareas o actividades en forma conjunta.

Si iban al estadio a participar en un campeonato de fútbol, yo trataba de que ambos varones estuvieran en el mismo equipo, lo que significaba que cualquiera que hiciera un gol era para festejo de todos; que las camisetas, lindas o feas fueran iguales para ambos; y cuando corrían carreras de esquí lo hacían como compañeros del mismo club (El Andino) con lo que lo importante se transformaba (o lo transformábamos) en ganar puntos para el club que era el club de los tres hermanos. Se trataba de que el triunfo de uno fuera la alegría de todos. Por su lado Mirtha hacía un aporte similar en eso de mantenerlos juntos fomentando una amistad dentro del lazo de sangre.

Pocas veces los varones se trezaban en peleas, pero si los veía peleando yo me ponía en medio o los agarraba a cada uno por el brazo y les gritaba:

- En esta casa Papá no tolera agresiones ni violencia!! Si siguen peleando les corto la cabeza a los dos juntos y se las tiro a los chanchos! Entienden? No quiero violencias!!

Con lo que rápidamente captaban la tonta y absurda ironía, se reían y se acababa la disputa.

En rigor recuerdo muy pocas peleas entre Pablo y Javier y francamente no tengo memoria de ninguna entre alguno de ellos y la hermanita.

Los tres fueron chicos de muy buen llevar y también se desarrollaron en forma calma, tranquila. Cuando veo películas americanas en donde siempre se muestran las guerras entre los teenagers o entre éstos y sus padres, veo esas escenas con conmisericordia pues nunca tuvimos problemas con ninguno de los tres hijos. Su pasar de la niñez a la pubertad y de ésta a la adolescencia fue armonioso y tranquilo.

Quizás parte del secreto fuera tanto contacto y tanto tiempo juntos. Nos veíamos un montón de veces a lo largo del día y si Mirtha estaba presente como amante y cuidadosa madre brindando toda la protección maternal que bien supo darles, yo no los dejaba en las cosas que le gustan a los chicos, como las pequeñas aventuras, los juegos, el fútbol, el esquí, las salidas, y muy especialmente en tener en cuenta sus problemas y necesidades.

Como ejemplo recuerdo que un día notamos que Javier estaba molesto, preocupado, y al preguntarle nos contó que una compañerita del colegio lo perseguía y cuando lo tenía a tiro le decía... que lo amaba!

Para nosotros, como supongo que para cualquier padre, la situación inmediatamente nos produjo una gracia y ternura inmensas, pero para los 7 años del chico, la actitud de Romina (la 'acosadora') era de preocupación, de molestia y vergüenza frente al resto de la clase.

Siempre pensé que si en ese momento le hubiéramos contestado con alguna tontería o nos hubiéramos reído, o directamente hubiéramos ignorado su preocupación, el chico podría haberse sentido muy mal, y más aún; es posible que no hubiéramos evitado que el chico cargara con una de esas crucecitas que muchas veces dejan huellas y que más tarde se harán presentes cuando menos se las necesite.

Lo que hicimos fue sentarnos con él para conversar el problema explicándole que en el fondo eso no era malo sino lindo; porque sentirse querido o admirado era algo que todos necesitaríamos alguna vez. Que no escapara ante los reclamos sino que charlara con la chiquita y tratara de hacerse amiguito de ella. Javier aceptó; se calmó y a partir del día siguiente en la escuela, en que respaldado por los consejos pudo enfrentar la situación, nos dijo que todo estaba bien y que de ahí en más ya serían amiguitos para siempre.

Esa fórmula que ni sé si la habíamos leído en el *Baby and child care* del Dr Spok o si la fuimos auto desarrollando en el correr del tiempo, fue la de nunca dejar de escuchar un problema y siempre tener un tiempo, un buen tiempo para compartir y para charlar. Para poder educar y aconsejar.

Dentro de esa atmósfera familiar nuclear hay que reconocer otro inmenso aporte en cuanto a cariño, cobertura y protección que brindaban las figuras de los abuelos.

Mis viejos que pasaban los meses de verano en Esquel, en una casita que habían comprado en la calle Perito Moreno (666) venían casi todos los días a nuestra casa y eran una presencia agradable y amistosa para los chicos; pero quienes deben llevarse los máximos laureles son la Chola y el Tito, los padres de Mirtha, que fueron los abuelos con quienes los niños más interactuaron. Ambos podían pasar horas enfrascados en tareas para el beneplácito de sus amados nietos.

Tito no era afecto a los besos y cariños pero regalaba atención y dedicación. Como ejemplo vaya la imagen del abuelo enseñándole a Pablo de 4 o 5 años a hacer un asado, lo que significaban larguísimas explicaciones de como poner el fuego, de como irlo corriendo, de como agregar mas leñitas, de como sazonar la carne, de como dar vuelta los chorizos, etc., mientras el chico con los ojos agrandados e increíblemente entretenido seguía las evoluciones y las explicaciones del abuelo.

O la Chola que cuando Huenú tenía tan solo 6 años de vida, le enseñó a tejer un pulóver con nada menos que 4 agujas, en cuadrados blancos, grises y negros que quedó maravilloso; así como maravilloso era el cuadro de la abuela sentada en un sillón junto al fuego dando indica-

ciones y sugerencias, mientras del otro lado su nietita con las agujas hacía punto arriba, punto abajo, punto al medio. Y verlas no solo me daba una ternura increíble sino que también pensaba en lo bueno que eso le hacía a mi hija y en todo el agradecimiento que yo le debía a esa mujer que tanto amor estaba ofreciéndole a su nietita.

Para aumentar el contacto familiar quedaban además los fines de semana de la Hoya. La Hoya era el back-yard de nuestra casa. Tan cercana como estaba y tan fácil llegar a ella que como dije en temporada, yo pasaba muchos días de la semana en las laderas, al menos por un par de horas.

Para mí era el sumun del placer deportivo. Con un estilo descuidado y desprolijo aprendido a ponchazos y caídas, me sentía sin embargo tan seguro que andaba por todos lados y a mil por hora. Tenía unos cuantos amigotes con los que bajaba las pistas siempre buscando nuevas rutas, y un amigo en especial Teddy Lloyd, un excelente esquiador y cálido amigo fuera de las pistas que era mi mejor y mayor compañero de aventuras.

Vaya como ejemplo el Campeonato Nacional de Trineos Neumáticos, eufemismo para carreras de cámaras de camión ejecutadas con una metodología por demás simple: aparecerse en el borde superior de alguna pista justo allí donde la pendiente fuera más tremenda; subirse de a 2 en la cámara inflada al mango y largarse montaña abajo. El primero en llegar al llano ganaba.

Je! así de simple.

Con Teddy participamos en dos de estas competencias a las que concurrían unos cuantos locos de varias partes del país. Felizmente había leído en una revista americana que en estas carreras para ganar velocidad se debía disminuir la fricción encerando la parte inferior de la goma, cosa que hicimos en secreto con mi amigo para en ambas competencias salir campeones nacionales. Pequeñas grandes delicias que nos brindaba esa magia llamada La Hoya.

En relación a la familia, esas laderas y esa nieve era adonde todo el clan pasaba el día; y como en aquellas épocas existían pocos medios de elevación en el centro de esquí, era imposible no cruzarse mil veces a los chicos por las pendientes o seguirlos en sus entrenamientos, puesto que los tres, siendo excelentes esquiadores, participaban del equipo de competición del Club Andino Esquel.

En ese nuevo mundo que se había abierto y dado la activa participación de los hijos en las carreras, no tenía más remedio que inmiscuirme y apoyar las acciones del club, siendo una práctica común que los días de carrera tuviera que estar junto con otros padres y socios por horas de horas en la montaña, cuidando alguna puerta, tomando tiempos o llenando planillas. Más aún: en no pocas ocasiones debíamos hacer maletas y enrumbar para otros centros de esquí en donde los chicos corrían para el campeonato argentino.

Queden para el recuerdo los campeonatos ganados por Huenú (dos veces campeona nacional argentina), por Javier (dos veces subcampeón nacional) y por Pablo (campeón provincial), más un sinfín de carreras y medallas ganadas; y quede también para ese recuerdo un domingo en que los tres ganaron en su categoría, para al día siguiente observar con enorme orgullo como el diario El

Cordillerano destacaba la hazaña en primera página, con una foto de los tres pibes mostrando sus medallas bajo el título de 'Triplete de Solsonas en la Hoya'.

Todo un muestrario de actividades altamente familiares, fuertemente tribales y de mucha auto afirmación que les permitió conformar las características que los haría más tarde hombres y mujer.

Entre esas características recordaré a cada uno con una semblanza que paso a describir. Así eran mis hijos en aquellos días de su infancia:

Pablo como un típico primer hijo. Abierto, social, con muchos amigos. Muy popular, simpático, agradable e interesado en todo; desarrollando mil actividades y siendo difícil encontrarlo en casa. Un excelente alumno que al igual que su papá, terminó también como abanderado de su Colegio (la Escuela Normal): aunque dándome la impresión que le costó bastante menos que a mí.

Javier era en cambio, el típico segundo hijo. Con los dos años y medio de diferencia, caminaba a la sombra de la exuberancia de su hermano, pero lo hacía a su paso y a su modo en un andar que tenía todo de seguro. Si bien antítesis de Pablo, con menos amigos y un perfil mucho más bajo; con introversión y poco hablador, mostraba sin embargo su carácter y su presencia. Muy observador, profundo en su pensar y en su sentimiento a lo que sumaba como cosa linda una dulzura y una calidez poco común en un varón de tan corta edad.

Huenú por su parte, certificaba lo que suele decirse de los terceros; que son los más libres, los más independientes y seguros de sí mismos. En efecto, la Gorda (llamada así porque de beba tenía los cachetes regordetes) era algo más que una dulzura. Con un ceceo que la hacía adorable era el encanto y la alegría familiar. Graciosa y ocurrente siempre se la veía de buen humor. Ah! y también mostraba una seguridad y determinación (será que todos los de Leo son así?) que nos decía como iba a ser esta niñita una vez que se transformara en adulta total.

Mi relación con los tres chicos fue maravillosa. Disfruté con ellos una vida verdaderamente familiar y me sentí feliz y orgulloso del trato y la relación que conseguí crear con cada uno. Muy seguramente, esa impronta en las relaciones primeras fue lo que nos mantuvo unidos y con tan buena onda a lo largo de toda nuestra vida, en la que a pesar de las distancias jamás dejamos de estar ligados en el sentimiento y el amor. Un tremendo reconocimiento para el paso dado de dejar la gran ciudad y acurrucarnos en el pequeño pueblo cordillerano cuestión que nos permitió tanto contacto y tantas vivencias juntos.

Ahora los nubarrones...

Toda la belleza de esta vida relativamente simple y natural no fue sin embargo suficiente para reducir el conflicto que teníamos en la pareja.

Tengo absoluta claridad de que para bailar tango se necesitan dos de la misma forma en que en los males de una pareja no existen ni el cero ni el cien ni alguien totalmente culpable ni un otro absolutamente inocente.

De mi parte el análisis podría partir de la impronta dejada por la formación sobre la que he hablado; que si bien con muchas cosas positivas, tenía algunas características que aún hoy y a pesar de que las peleo, no me han abandonado completamente.

El afán de perfección que me impuso mi madre tuvo dos consecuencias. La primera que en la búsqueda por que todo fuera inmaculado puedo haber exigido de quienes estaban y están a mi alrededor un comportamiento también excesivamente cuidado y un atenerse a las reglas como el que yo traté de autoimponerme; lo que pudo limitar los comportamientos y las libertades de los demás. Dicho de otro modo, tal vez exigí demasiado a los otros para que hicieran las cosas bien (la 'perfección') y eso pudo haber molestado y causado cansancio en mi mujer.

La segunda consecuencia es que la auto-imposición creó en mí mismo un estrés enorme. Todo debía estar bien. Y por 'todo' quiero decir... 'todo'.

Yo no podía fallar como padre, como profesional, como jefe de familia, como componente de una sociedad que por ser pequeña nos miraba a cada uno constantemente. No podía fracasar como esquiador, como consultor de Naciones Unidas, como profesor del colegio, como periodista, como jugador de la bolita o del balero. Sin lugar a dudas que esa búsqueda de que nada se desviara ni un milímetro me generó mucho estrés y por no joder a los demás lo volqué hacia adentro, hacia mí mismo, con el tremendo resultado que generé unas migrañas tremendas.

Es cierto que desde pequeño había tenido dolores de cabeza; que en la época de la facultad por la demanda del estudio y los exámenes se habían hecho más frecuentes, pero una vez casado y con la familia a la que desarrollar se tornaron habituales. Los dolores de cabeza eran constantes y con el correr de los años se volvieron cada vez más fuertes. Aprendí a vivir con ellos, al punto que me levantaba con dolor y al final del día me acostaba siempre con el mismo dolor. Comía, defecaba, trabajaba, viajaba, jugaba con los chicos, tenía sexo, esquiaba, me divertía... todo con el maldito dolor de cabeza!

En el 84 y 85 concurrí a dos sicoanalistas para ver porque yo era así y para tratar de que a través del análisis pudiera encauzar las cosas. Pero tanto uno como la otra, no aportaron mucha claridad a mi problema.

Jamás he creído mucho en el psicoanálisis del que creo es muchísimo más un arte que una ciencia y si no se engancha con el artista iluminado es difícil que le hagan un buen cuadro. Es decir que mis casi 2 años de análisis nada me aportaron para solucionar el problema de mis dolores.

Si como bien digo, aprendí a convivir con esa tremenda carga, es innegable que estar al lado de un tipo con cara de culo por el tormento que lo aqueja no es una buena fórmula para la felicidad y la buena onda. No dudo que mi problema tuvo que influenciar la actitud de Mirtha y que pudo tener influencia o aportar desde mi lado unos cuantos porotos para el fracaso de la relación.

Por el sector de mi mujer, la problemática y el aporte a la crisis eran distintos. Si bien jamás lo pude probar, yo mantengo mi posición de que Mirtha tenía un problema de focalización de frustraciones y molestias reprimidas. En los años en que fuimos novios Mirtha mantenía una relación con su única hermana Marta, que tal como ya he comentado, era... mala.

Es difícil definir con claridad cuales pueden ser las causas de un problema psicológico y el comportamiento derivado, pero tal vez por frustraciones o ambiciones o vaya a saber qué, cada vez que Mirtha tenía un problema o un malestar la tomaba a Marta como puching ball armándose unos líos considerables: y cuando se casa conmigo, tuve la sensación, de que Mirtha había cambiado el foco de su frustración, angustias o lo que fuera de Marta a mi persona. He descrito todo esto y en este punto solo puedo confirmar que fuera eso verdad o no, al menos así lo sentí en carne viva.

He comentado también que luego de los primeros meses de casados ya tenía luces de alarma encendidas pero que la llegada del primer hijo alejó al menos en esos primeros tiempos de la unión la idea de un divorcio.

Simplemente expresado: si era tremendamente responsable para preparar una clase o hacer un análisis de agua, como no lo iba a ser mucho más para cuidar, proteger y desarrollar a mis hijos? Yo no podía abandonarlos hasta que fueran grandes y así lo hice.

Sería por otra parte injusto decir que no hubieron buenos momentos, porque los hubieron. Mirtha era una mujer inteligente y una buena madre y tejimos planes y realizamos viajes y aventuras conjuntamente. Las reuniones familiares, fueran un domingo en el lago o alrededor de la mesa diaria del desayuno o de la cena eran cálidas y la presencia y participación de los hijos componían una imagen de una familia linda y bien formada.

Pero internamente, la mayoría de las veces cuando estábamos a solas, surgían durezas, agresiones, exigencias. Entre las últimas estaba la de mayor dinero. Es cierto que yo apuntaba más a una satisfacción profesional y que mi trabajo de salud pública me transmitía todo lo que se necesitaba para ser feliz en la parte laboral. Pero tanto ese trabajo como la docencia y el periodismo que tanto me gustaban también, no eran lo que pueda llamarse ni una caja de Pandora ni un cofre con oro. Por el contrario, todo el conjunto configuraba una entrada más bien modesta mientras que ella como dueña de su instituto de inglés generaba más entradas que yo con toda la artillería laboral que desplegaba.

En esto del dinero había sin embargo y a pesar de lo sólido de instituto un problema asociado y que tenía influencia en la relación. Pero vayamos por partes y hablemos del Instituto.

Apenas llegados a Esquel, Mirtha intentó trabajar en las escuelas como profesora de inglés, pero no habían muchas horas libres y tampoco eran ni la caja ni el cofre con oro mencionados.

Por otro lado, su formación era excelente y daba para mucho más que unas simples clases o suplencias en la escuela Normal.

La oportunidad para dar un giro llega en febrero del 77 cuando nos visita una amiga y compañera de Mirtha en los años de facultad a nuestra casa de la calle Rivadavia.

Lidia Ceriana, no solo era una excelente profesora pues había tenido las mejores notas como alumna, sino que también era amiga de los dos y tenía una linda y buena onda. A mi me caía muy bien y convencidos que con su presencia se podía armar un instituto de ingles le ofrecimos encarar el proyecto conjuntamente. Fue afortunado para todos que consintiera.

Tito tenía una barraca a la entrada de su casa, una especie de cuarto grande aunque primitivo que nos cedió para que las chicas comenzaran allí a desarrollar las clases.

Me metí con patas y uñas a prepararlo y con no poco esfuerzo lo transformé en un aula con cierto charm. Le bajé el techo con unas lonas que colgué como bandos. Recubrí paredes y las pinté de blanco. Adosé contra las mismas unos cercos de madera que le daban carácter; coloqué un par de posters de los Beatles y luego me dediqué a la carpintería. Hice un pizarrón; traje de El Bolsón unas maderas enormes y armé unos escritorios que quedaron buenísimos. Compramos unas cuantas sillas, un armario y voila! listo el instituto al que las dueñas dieron en llamar 'Instituto de Idioma Inglés Oxford'. Como no podía faltar un escudo, un signo distintivo, inventé un logo con 3 'I' y una 'O' entrelazada. El 1 de abril de 1978 las profesoras comenzaron una

empresa coronada de éxitos y que al día en que se escriben estas notas, aún sigue funcionando con total salud y muchos laureles; y aunque cuenta con varias profesoras más, ahora opera solamente bajo mano y dirección de la perseverante y triunfante Lidia.

En relación a lo que era parte de nuestro conflicto de pareja, hay que decir que aún en medio del éxito mencionado, del dinero que se recaudaba y de la imagen que proyectaba, Mirtha comenzó a decirme que no tenía ganas de seguir por mucho tiempo más pues la docencia al nivel en que ella la desarrollaba era sumamente demandante y cansadora y que teníamos que buscar otras salidas económicas.

Esta posición aumentaba una de las causas de nuestro malestar, que era la insuficiente cantidad de dinero que entraba al hogar y que se requería para lo que Mirtha pretendía para disfrutar de una vida 'como la gente'; que no era otra que mayor holgura, supongo que mejores vestimentas y frecuentes viajes al exterior, ya que los pocos que hacía colgada de mis asesorías no le bastaban para su modelo, que si mal no recuerdo apuntaba a nunca menos de un viaje cada dos años, idealmente uno anual.

No sé en cuanto habrá afectado esa mala onda nuestra a los hijos, pero siempre tratamos de que las discusiones nunca los involucraran aunque solo fuera con su presencia.

Niños aparte, lo real es que el conflicto estaba presente y a pesar de que lo hablamos y vaya si lo hablamos! jamás conseguimos minimizarlo, sino que por el contrario a medida que pasaban los años se hacía cada vez más grande, más patente y más patético. En el año 80 y luego de una serie de crisis muy bravas le propuse la separación; pero con pocos argumentos me lo desbarató. La bandera de los niños sin padre presente era demasiado fuerte para ella y cómo negarlo? a mí mismo me sonaba atroz, así que decidí seguir 'tirando' todo lo que pudiera, aunque muy dentro mío crecía día a día la certeza de que nuestro matrimonio iba a un fin seguro.

En ese contexto no sería honesto negar que en relación al dinero Mirtha tenía buena parte de razón. Cada día las cosas se ponían más caras y los chicos, si bien gasoleros y jamás exigentes per se, requerían sin embargo más y mayores cuotas. Más ropa, más alimentos, más actividades.

Como ejemplo: comenzaban a aparecer las computadoras. Siendo un tipo netamente volcado a la tecnología y las ciencias, no podía abstraerme de esa maravilla que comenzaba a penetrar los estratos de la sociedad humana. Tengo el orgullo de saber que la segunda PC que entró en Esquel tuvo su asiento en nuestro bungalow. La primera la había traído un ingeniero de Bosques (una institución provincial), y fue tal la novedad que desató que este muchacho comenzó inmediatamente a dar clases. Allí está entonces una muestra de un costo sin antecedentes: la compra de la Commodore 64 y las clases de computación para Pablo y para Javier.

Como segundo ejemplo: los esquís. Los tres chicos Solsona habían salido excelentes esquiadores y sabemos que pertenecían al equipo de competición del Club Andino. Como corredores requerían pertrechos ad-hoc, por lo que la provisión de botas, esquís, ropa, bastones, etc., configuraban gastos que no solo secaban las entradas mensuales sino que también mermaban las reservas.

Para 1985 nuestras entradas combinadas comenzaron a no satisfacer las necesidades pecuniaras mensuales y comenzamos a utilizar parte de los ahorros compuestos fundamentalmente

por lo que yo traía de las consultorías fuera del país. Me di cuenta que cuando quisiéramos enviar a los chicos a estudiar a Buenos Aires (una meta casi ineludible para nuestra visión de esos tiempos), la cuestión económica iba a clamar por otro tipo de arreglo o provisión. Si a eso le sumamos el ‘cansancio’ de Mirtha y la amenaza de que en cualquier momento paraba de dar clases, era cierto que había que hacer algo al respecto.

La OPS me seguía contratando como consultor externo. Ya era uno de los ingenieros sanitarios más populares en el área de la calidad del agua de consumo y lo bueno del caso era que estos viajes de las Naciones Unidas no sólo aportaban un dinero complementario a nuestras entradas, sino que daban mayor experiencia y lustre a mi nombre e imagen más la satisfacción personal de hacer proyectos que dejaban alguna huellita aquí y acullá; y... (cosa interesante) también me daban acceso a lo que se cocinaba en relación al tema que me ocupaba: como mejorar la calidad del agua.

Fred Reiff, un colega americano asentado en las Oficinas Centrales de la OPS en Washington me entusiasmó con unos nuevos equipos para desinfectar aguas. Eran unos productores de cloro y ozono que trabajaban con sal común de mesa. Un día en que cumpliendo con una consultoría tuve que pasar por Washington, Fred me lleva en su auto a Alejandría donde estaba la fábrica que hacía los equipos americanos.

- Si comprás esta tecnología podrías largarte por tu cuenta y nosotros desde la Organización te vamos a apoyar comprando equipos para sistemas de agua rurales en toda la Región.

No sonaba nada mal la propuesta y ello configuraba la posibilidad de ‘salir de pobre’ y apuntar a una entrada de dinero que como dije, íbamos a necesitar tal como Mirtha vaticinaba.

Para marzo de 1986 la decisión estaba tomada. Yo pediría una licencia sin goce de haberes en Salud Pública, renunciaría a mi cargo en la Universidad y me iría a Buenos Aires a ver de montar un pequeño taller para producir aquellos equipos americanos de desinfección.

Una tarde de aquella época voy a la Universidad con un sobre en la mano. Al entrar me topo con Nardi Chornik, el ingeniero que era decano de la Facultad de Ingeniería.

- Te busco a vos. Estoy presentando mi renuncia – le dije

Nardi realizó un tímido intento de retenerme y cuando vió mi determinación me hizo una serie de preguntas: ‘Por qué? Que vas a hacer? Cómo?’

Le expliqué someramente de que se trataba; le dejé el sobre y me fui a mi casa.

No habrían pasado dos horas cuando suena el timbre. Abro y Nardi con una sonrisa me dice:

- Vengo con una propuesta para asociarnos. Me gusta lo que vas a hacer y puedo ayudar.

Yo lo conocía a este tipo solo de saludarnos en la Hoya y por los escasos encuentros que habíamos tenido como decano él y profesor yo en la universidad. Sin embargo no me disgustaba. Parecía un tipo serio y buena gente, y encima venía con un regalo que no era para despreciar

- Mi suegro – me dijo continuando con la charla - vos sabés que tiene mucho dinero; le he hablado y está dispuesto a ayudarnos con un préstamo muy blando para que comencemos. Nos pone 30,000 dólares y si nos va mal, no le deberemos nada.

En efecto estábamos hablando de un judío rico que poseía en ese momento las empresas más fuertes de Esquel: el Frigorífico local y una fábrica de hilados y tejidos. Un verdadero peso pesado. Acepté la irrechazable oferta y quedamos que para julio o agosto nos iríamos a Buenos Aires para comenzar a trabajar conjuntamente desarrollando los benditos aparatos de desinfección.

Pero como dice el refrán: uno propone y el destino dispone. Aparecieron otros acontecimientos que aceleraron el proceso.

El 26 de mayo de ese año (86) justo al día siguiente en que Mamá cumpliera 73 años, me llama Papá desesperado por teléfono a la oficina. A la vieja le había dado un infarto masivo y estaba en terapia intensiva.

Mirtha que ya se había enterado y que estaba en el bungalow me armó la valija con unas pocas ropas y habló con los amigos que teníamos en Aerolíneas Argentinas explicando el problema. Le contestaron que el avión estaba por salir para Buenos Aires pero que verían como lo retenían un rato para que yo pudiera llegar hasta el aeropuerto. Típica y maravillosa cosa que solo en pueblo chico puede ocurrir.

Tito me pasa a buscar con la camioneta y salimos como tejo para alcanzar el avión. Llego al aeropuerto, corro, subo y me meto con valija y todo en la nave para apenas poner el pie dentro cerrar la puerta y partir a Buenos Aires.

Llego a casa para encontrar a Papá muy caído. Lo calmo y juntos nos vamos al Hospital Francés donde Mamá estaba internada.

Es ahí, justo en ese momento en que mi vida toma un nuevo rumbo y que configura la siguiente etapa en mi azarosa vida.

46 - 48

EL REGRESO A BUENOS AIRES

La partida tan brusca de Esquel no dio tiempo en el momento en que ocurrió, para sopesar todo lo que se dejaba atrás. Un cambio tan brusco y traumático significaba abandonar todo lo bien amado, los chicos, el trabajo, la Hoya, nuestro bungalow, la enseñanza, la belleza natural, las montañas, la comunidad tribal, mi imagen y presencia en esa tribu, la elección hecha tanto tiempo atrás y que había probado ser excelente... en fin, todo; todo quedaba de un plumazo en el pasado.

Tras una docena de años en Esquel definitivamente se había forjado una nueva vida, totalmente distinta a la que hasta el 75 habíamos llevado en la gran ciudad. Dentro de nuestra cuidadosa (económicamente hablando) forma de vivir, lo habíamos hecho dándonos gustos, hasta con alguna holgura, con comodidad. Disfrutábamos de unas casi continuas vacaciones; plasmadas en una vida diaria a la que los de Buenos Aires, Córdoba o Santa Fé solo podían darse el lujo de gozar, con suerte, en una mísera quincena anual.

Mirtha que en rigor había vivido pocos años en Buenos Aires, amaba el ruido, las luces y las posibilidades de la gran ciudad; pero para mí, el volver fue una inmensa pérdida y si no hubiera sido que en efecto nuestras economías tenían que ser alteradas para bancar las demandas que se avecinaban, jamás habría dejado ese pequeño paraíso rural.

Mi felicidad en la docena de años esquelenses fue sólida; solo desdibujada por los dolores de cabeza y las disputas con mi mujer; pero es incuestionable que mis conflictos internos y mi relación destructiva con Mirtha habrían ocurrido en Esquel, en Jakarta o en Nueva York; por lo que afirmo sin dudar que mi vida tribal del sur patagónico fue excelente y repito hasta el cansancio, que mi decisión de mudar de vida en el 75 fue una de las más acertadas de mi existencia entera.

La nueva etapa que se inicia en Buenos Aires no solo cambia el entorno sino que lo hace hasta en mi forma de vivir. Los primeros meses son de terror. Por la mañana voy a la casa de Nardi, que sabiendo que yo estaba en la Capital, se había mudado casi al toque para iniciar nuestras actividades. La desgracia era que su casa quedaba en Villa del Parque, muy lejos de Caballito y de la casa

de los viejos donde yo paraba. Tras un viaje largo y cansador en un par de colectivos comenzábamos con Nardi a ensayar y probar formas de construir nuestros equipos. Yo tenía los conceptos básicos y los elementos clave (unas membranas y unos electrodos de titanio especialmente recubiertos) que me había traído de la fábrica de Alejandría; pero en nuestro emprendimiento había que adecuarse a los productos y materiales que teníamos en Argentina y había además que poner a punto una tecnología que como rápidamente comprobamos, necesitaba mayor desarrollo. Tras un día entero rompiéndonos la cabeza, que por otra parte y en mi caso volaba casi constantemente a Esquel, a mi madre peleándole a la muerte y a esta nueva vida que ya veía como ingrata; tomaba otra serie de colectivos para ir al hospital donde Mamá permanecía internada.

Tras un par de semanas, la vieja consiguió superar el trance y volvió a casa. Pero estaba destruida. No podía casi moverse, ni ir al baño, ni siquiera sentarse en la cama. No se quien la recomendó pero conseguimos una señora mayor, María, que vino a vivir a casa y que se hizo cargo de Mamá en todo lo que era atenderla, cuidarla, limpiarla, darle de comer. Esto sin abandonar el tiempo y atenciones que también Papá le dedicaba y que yo al regresar de la casa de Nardi compartía con él.

Así contado, la cosa no parecería tan mala, pero en rigor, era espantosa.

En el emprendimiento comercial yo veía que había mucho por delante. Demasiado por hacer. No solo teníamos que producir y vender un producto, sino que ni siquiera teníamos claridad total de como tal producto tenía que ser. Nardi por su parte, si bien un tipo de apariencia casi normal, parecía más entretenerse y jugar que tener in mente un negocio para armar. Se enfrascaba por horas en desarrollos de plaquetas y circuitos (su especialidad era la electrónica) lo que evidentemente era a lo que le gustaba jugar. Cuando al fin de la jornada yo volvía a la casa de Caballito, me encontraba con el cuadro de Mamá hecha un despojo. Al parecer el infarto había sido tan masivo que le había disminuido enormemente la capacidad de bombear sangre a todo el cuerpo. Todos los órganos estaban casi sin irrigación y el cuerpo entero funcionaba a media máquina, produciéndole fatigas, dolores e inconvenientes. La siempre viva y activa mujer se había transformado en una sombra, un espectro que caminaba del brazo de María como los muertos-vivos de las películas de horror. Su sentir tanto físico como emocional debe haber sido muy malo, lo que trajo como consecuencia que la pobre mudó completamente su carácter. Durante el resto del año en que yo conviví con ellos, estar al lado de mi pobre madre fue suplicio; tanta era su mala onda, y el negativismo que emanaba.

Aunque con un par de viajes cortos a Esquel para ver a la familia, viví 1986 en casa de los viejos una vida de espanto. Extrañaba 'mi' casa de Esquel, los chicos, la vida anterior.

El trabajo con Nardi no adelantaba como debía y mis momentos de descanso luego de horas de pensar, armar equipos, ver resultados, hacer tests y pruebas en lo de Nardi, los tenía que pasar en un ambiente de desgracia y muerte que flotaba alrededor de la pobre vieja.

Vuelvo a Esquel para enero del 87 y levantamos la casa. Con dolor en mi alma, la ponemos a la venta y nos preparamos para la gran mudanza a Buenos Aires.

Mirtha se va en el auto que teníamos (un hermoso y nuevo Renault 18) con Pablo y Huenú y yo preparo el Renault 4, que era un viejo autito que los Piris (mis viejos) tenían allí en el sur para moverse con mayor facilidad.

Con Javier de acompañante nos vamos hasta Bariloche. Compramos un boleto en el tren 'Mosquito' (un vagón abierto que transporta autos) y nos metemos en un camarote.

La presencia del niño creo que fue lo único que impidió que yo no diera rienda suelta a mi preocupación y tristeza, porque sentía que ese movimiento me desgarraba y separaba de lo que amaba. Encima veía que el futuro se mostraba demasiado incierto y poco venturoso. Ese viaje de un padre y su lindo hijo de once años que debió haber sido un periplo jovial y alegre, lo tengo, tantos años más tarde, como un pasaje de desolación y angustia interior.

En Buenos Aires Mirtha había conseguido alquilar el departamento de una tía en la calle Montañeses a metros de las Barrancas de Belgrano. Mi mujer también había hecho negociaciones para incorporar a los chicos a un colegio privado, el Lincoln, un buen establecimiento que nos hizo rebaja pues Mirtha se comprometió a dar clases de inglés en el mismo.

El departamento era feo. Un pequeño living y dos cuartos; en uno dormíamos el matrimonio y en el otro Javier y Huenú. A Pablo le arreglamos el diminuto cuarto de servicio y así vivimos todo el año en cuestión.

Los chicos mostraron una adaptabilidad enorme y jamás nos hicieron sentir las frustraciones o el sentimiento de lo dejado atrás si es que lo tuvieron. Destacaron en la escuela y cada uno dentro de sus características y caracteres supieron hacer amigos y encontrar nichos donde entretenerse y sociabilizar.

Mirtha y yo, si bien dentro de un marco de cuidado del dinero también aprendimos a sociabilizar con los amigos que habían quedado de antes de nuestra emigración a Esquel, entre los que estaban firmes todos los integrantes de la Cofradía más algunos otros que teníamos por el lado de la hermana Marta y de Oscar Landi, su marido.

Quizás la reinsertión en la sociedad porteña no fuera tan negativa ni traumática. De todos modos yo había vivido la mayor parte de mi vida en esa ciudad y allí estaban mis amigos más antiguos.

Al año de estar en el oscuro departamento de Montañeses, conseguimos alquilar otro, cercano también a las Barrancas de Belgrano, precisamente en la esquina de 3 de Febrero y Mendoza, en donde estuvimos más cómodos y como el piso era muy alto (piso 23) teníamos una buena vista y un mejor sentir.

Tal vez si la cuestión económica, razón del cambio, hubiera sido exitosa, el resultado de todo lo que pasó después de ese cambio, bien otro hubiera sido.

FENAR

Para abril del 87 ya estábamos totalmente instalados en Buenos Aires.

Nuestras jornadas de trabajo con Nardi y todo el brain storming que desarrollábamos día a día se iban concretando en equipos que había que comenzar a producir y vender. Para ello, necesitábamos un lugar acorde, algo así como un taller o un local. Como entre los judíos la colaboración es parte de su esencia, un primo de Nardi nos alquiló con muchas facilidades un galpón de 500 metros cuadrados en la calle Rojas al 1300, prácticamente en el corazón de Warnes, la zona de Buenos Aires donde está todo lo relacionado con autos, repuestos y talleres.

Armamos la compañía a la que dimos en llamar 'FENAR' (denominación que salió de la in-

creíble sagacidad y de una imaginativa digna de dos mentes iluminadas, cuando sumaron las primeras letras de los dos nombres: Felipe y Nardi).

Con lo que iba restando del préstamo del suegro ricachón, compramos algunos equipos, máquinas y elementos imprescindibles. Contratamos a 3 o 4 chicos estudiantes de ingeniería y comenzamos a fabricar, vender e instalar nuestros equipos que ya estaban si no perfectos, al menos funcionando con entregas de gases desinfectantes. Los llamamos equipos GIDOX - Gases In situ para Desinfección Oxidante -. (Ahí también dimos muestra de una sagacidad admirable).

Rápidamente nos dimos cuenta de que nuestras ventas no eran fáciles. Equipos desconocidos que había que promocionar para hacerlos visibles y luego mantener una infraestructura para instalar, y respaldar técnicamente si es que había algún problema.

Pero por encima de esas cuestiones insoslayables, era evidente que tanto Nardi como yo éramos demasiado virginales en esto de operar comercialmente. Ahí recordaba más que nunca las palabras del Pato Franzetti un ingeniero sanitario de la primera camada argentina (allá por los 60) y único que vivía en el Chubut en las épocas que yo aparecí por Esquel. El Pato me había dicho lo siguiente charlando una tardecita luego de que él cerrara su enorme y exitosísimo corralón de materiales (eso era lo que hacía y no la ingeniería sanitaria) en una vuelta que lo visité en Trelew:

- Mirá Felipe, vos estudiaste 7 años para recibirte de profesional. Si querés tener un comercio como éste y que sea exitoso, que no te afanen ni te morfen, necesitás otros 7 años de aprendizajes y ardores, porque esto tiene reglas y normas que solo se aprenden luego de que te cagaran y perdieras muchas veces. Tenés que ir otra vez a una universidad que no podés evitar y que no es la UBA sino la 'Universidad de este lado del Mostrador'

Cuánta razón tenía este amigo! Porque a cada vuelta del camino me daba cuenta de lo duro y complejo que era la calle y lo poco capacitados que estábamos nosotros.

Como ejemplo van dos anécdotas:

Junto con la venta de equipos Gidox incursionábamos también en cualquier tratamiento de agua que se presentara. A unos judíos de la vuelta de nuestro taller, les habíamos hecho un sistema importante para tratamiento de incendios. Cuando terminamos y les voy a cobrar el dueño me dice que no me va a poder pagar 'porque las cosas no le andan bien'. Pero... (le respondo yo) - tenemos un contrato firmado', a lo que el tipo con una sonrisa me responde: 'En realidad, ese contrato lo firmaste vos. Yo no lo hice. Lo siento!'. Salí de su negocio como si estuviera en el aire. No lo podía creer y no se me ocurría que hacer o que hacerle al hijo de puta ése.

Otra buena para contar es aquella en la que a través de mis contactos llegué a la cúspide de Obras Sanitarias de la Nación, empresa que para esos tiempos manejaba toda la provisión de agua para la ciudad de Buenos Aires. Esta gente, al margen de la enorme planta potabilizadora de Palermo tenía 21 perforaciones diseminadas por la ciudad. Yo sabía que esas perforaciones no se cloraban, que se entregaba el agua cruda a la red, y aunque de buena calidad conllevaba un riesgo sanitario al no tener una desinfección preventiva como la norma especificaba. Hablo y negocio con la dirigen- cia (que era gente conocida) para la implementación de la desinfección. Nosotros instalábamos los equipos de ozono cloración, los operábamos y manteníamos y OSN nos pagaba una cuota

mensual por el servicio. Ellos cumplían al 100% con la norma y aportaban muy poco esfuerzo. A la semana de haber ofrecido este arreglo me llama uno de los gerentes y me dice:

- Felipe, lo tuyo no anda. Tenemos la oposición del sindicato
- Por qué? – pregunto
- Porque hay personal que ya cobra por operar y mantener los equipos
- Pero si no hay equipos!
- Precisamente. Están cobrando por algo que no hacen y no quieren perder esa prebenda

Pequeñas perlas que mostraban al desnudo y en carne viva lo difícil de vivir en un mundo cruel. Y eso no era todo. Teníamos para divertirnos un gobierno radical (Alfonsín) que a los tumbos trataba de componer el delicado y complicado panorama político que le había tocado; con los militares por un lado que en los 80 aún tenían fuerza y metían presión puesto que venían de una larga temporada en el poder y que se los podía encontrar inmersos en todos los niveles de la sociedad; a lo que había que sumar una contra política (la peronista) que sabotaba y se oponía a las acciones que trataba de impulsar el gobierno. Todo lo cual llevaba a situaciones de huelgas increíbles, a problemas de energía (teníamos corte de electricidad varias veces por día) y a inflaciones imposibles de manejar. En medio de ese estofado turbulento, nosotros, virginales e inocentes, tratando de asentarnos, de madurar y de crecer!

Pero ni nuestros productos ni nuestra modesta capacidad para maniobrar o actuar en lo que recién he bien llamado un 'mundo cruel', fueron lo suficientemente fuertes como para poder escapar a un agujero negro adonde día a día íbamos enfilando. Para mal de males, cuando acudo a Reiff para recordarle que la OPS nos iba a comprar 'muchos' equipos me responde que por cuestiones de recortes presupuestarios no iban a poder ni ayudar ni apoyar.

Todo lo cual se traducía en problemas, deudas y la incapacidad de retirar dinero para vivir. Por el lado de mi socio no había ningún drama pues el suegro multimillonario ponía la cuota mensual para que su hija y nietitos no sufrieran ninguna limitación, pero por el de los Solsona era angustiante pues se nos consumían las reservas, entre las que estaban la venta de la querida casa de Esquel, los ahorros trabajosamente acumulados y los restos físicos de lo poco que nos quedaba. Íbamos en verdad, derecho al agujero negro!

Para fines de 1988 entramos en algo parecido a una quiebra. La cosa no daba para más y yo sentía que la compañía de Nardi era un karma que me ahogaba. Es que vivíamos en mundos opuestos. Mientras yo me desesperaba viendo como rescatar o producir un peso para llevar a la familia, él seguía jugando a inventar una plaqueta electrónica que lo catapultara al nuevo Nobel de Ingeniería. Pasaba las horas diagramando y pensando circuitos mientras yo le decía que había que instalar un equipo, o salir a promocionar más ventas o que tenía que arreglar algún aparato que estaba dañado y que teníamos que componer. Maldecía mi suerte por la mala elección de socio tan apático y me repetía que haber elegido al único judío en el mundo que no le interesaba hacer más gaita era simplemente estar demasiado meado por los dinosaurios.

Por marzo del 89 terminamos la sociedad. Tras un día muy difícil con tensas situaciones en donde cada uno trató de quedarse con lo más que pudiera y donde no nos agarramos a las patadas de pura casualidad, salí de lo que hasta ahí había sido nuestra empresa, nuestra fábrica y nuestros sueños.

No tenía adonde ir, así que me atrincheré en una piecita del departamento donde teníamos nuestra computadora.

Inventé algo así como una nueva compañía a la que llamé LeLac y salí a recorrer a quienes habían sido clientes de Fenar, tratando de interesarlos en lo que aún podía hacer.

Pero al no tener un taller, una fábrica, no solo no podía mostrar mucho sino que eso se sumaba a la situación general del país que no solo era negra para mí sino para todos los industriales y aún para la gente en general. Se debe recordar que el pobre Alfonsín se vió tan jaqueado que tuvo que entregar el poder antes de su término. Era innegable que la mala suerte nos había acompañado. Después de tantos años de vivir en dependencia, justo cuando me largo con algo personal, el mundo se descalabra y se vuelve en contra.

Toda esta situación tremendamente negativa repercutió en dos áreas de vital importancia: mi salud y la relación con Mirtha.

Era tal el estrés que tenía que mi cabeza volaba constantemente destrozada por las jaquecas. Pero la cosa iba más allá. Viendo que caíamos en un barranco sin fin y sintiendo el peso de la responsabilidad familiar comencé a tener increíbles palpitaciones, sentía el corazón galopándome en el pecho; me despertaba a los saltos en la cama a las 2, a las 3 de la mañana y desarrollé una diarrea crónica porque supongo que hasta las tripas las tenía convulsionadas y trabajando a puro nervio.

Voy a ver a un médico que me recomiendan y el tipo tras revisarme y escuchar mi historia me dice:

- Vd. vuela de la presión y está en alto riesgo. Le voy a dar medicación para controlar esos tremendos picos que tiene, pero por sobretodo lo que tiene que hacer es no preocuparse...
- Como dice?
- No se preocupe, tome las cosas con calma...

Me dió tal indignación que me levanté de la silla, agarré la receta con la medicina prescrita y le grité:

- Doctor! No sea pelotudo!

Di media vuelta y me largué.

El asunto es que con pastillitas o sin ellas, ese fue el momento en que mi corazón comenzó a fallar, con una deficiencia que me acompañó (que me acompañará) hasta el final. Como al escribir estas líneas aun no me ha matado del todo, supongo que en algún momento lo hará, y eso es algo que también se lo deberé a mi época de Fenar, a los equipos Gidox y a la patriada de haber querido ser algo que me quedaba grande, pues debo admitir que nunca tuve capacidad ni inteligencia para ser un empresario de tiempos modernos.

La segunda resultante de todo este desaguizado fue el impacto que tuvo en la relación con mi esposa. A la larga lista de desavenencias, discusiones y agresiones que ambos sufríamos a mano del otro se sumaba de mi lado el fracaso de no poder salir adelante. Por parte de ella era clara la toma de distancia sobre la eventual solución del problema, que quedaba prácticamente para ser resuelto solamente de mi lado.

En medio de este fragor ya no nos quedaba prácticamente reserva alguna. Mis viejos que estaban al tanto y sufrían en silencio nuestra situación nos regalaron 3,000 dólares y otro tanto hicieron más adelante los buenos de mis suegros. Pero eso era como una gota en el océano. Consumíamos mucho y aún esos generosos regalos no podían durar más que unos pocos meses. Recuerdo un día que ya dado todo por perdido, fui a ver a un ex-cliente que tenía una fábrica de equipos y materiales para tratamiento de agua. Algo que era complemento de lo que nosotros hacíamos. Lo veo y le digo:

- Hemos quebrado y necesito trabajo. Vos me conocés; sabés que te puedo ayudar, te puedo servir.
- Claro! – me respondió – Me encantaría que trabajaras acá. Te ofrezco trabajo por 300 dólares mensuales.
- Pero eso es casi un insulto – le dije molesto, porque nuestras necesidades mensuales orillaban en ese momento en los 1,800 dólares y un sueldo tan bajo era propio de un barrendero, no de un ingeniero experimentado. – Vos no podés ofrecerme esa miseria...!
- Sí, es bajo, lo reconozco y vos valés mucho más; pero la calle está dura y vos no tenés más remedio que aceptar o morirte de hambre junto con tu familia. Es esto o nada.

Me levanté y el flaco creo que llegó a ver como se me empezaban a caer las lágrimas. No dije nada; salí a la calle y me fui con una angustia tan profunda buscando una mano en el hombro, un pecho donde llorar.

Así destrozado llegué a nuestro departamento y al contarle a Mirtha, en vez de sentir su apoyo... pobre Mirtha! pronunció las palabras que definieron allí y en ese momento mi decisión de separarme de ella, cuestión que haría cuando fuera el momento, pero que ya no habría marcha atrás. Las tremendas palabras de mi mujer fueron:

- Mucho libro escrito, mucho nombre internacional... pero no podés parar la olla de la familia...No serás un cartón pintado?

He dicho 'pobre' Mirtha porque esas palabras fueron al menos para mí las que signaron definitivamente el fin de nuestra relación. Sin embargo y a pesar del inmenso significado que tuvieron quiero quizás disculparla pues siento que las mismas u otras muy parecidas las habría dicho cualquier otro o cualquiera otra en igual situación, pues cuando se pasa por una crisis tan severa si una pareja está fuertemente constituida, saldrá a pelear hombro con hombro como si fuera una unidad; pero si la relación está muy lastimada las crisis solo servirán para separar más a cada integrante. Una crisis solo aumentará la desunión.

Estamos ya en septiembre del 89. Todo es desesperanza, caos. Recorro a la embajada de Canadá, a la de Australia; intento abrir puertas con la Universidad de Loughborough en el UK donde tenía contactos; pido a amigos y conocidos apoyo para encontrar trabajo, busco en diarios, hago colas como desempleado. Todo en vano. No solo la situación de la Argentina está malísima y existe una recesión espantosa, sino que parecería que el exterior está tan carenciado como mi país. Deambulo casi sin saber que hacer por la calle Florida cuando me topo con Guillermo Ventín del que haré una mejor descripción al hablar de los libros escritos.

- Que tal, Moyerguito?
- Como el culo! – me da su respuesta – Este país es una mierda y quiero rajarme. Estoy pensando seriamente en emigrar una vez más (Guillermo ya había andado por el mundo y vivido en Israel, Canadá y otros lugares que no recuerdo)
- Pero dónde? Yo ya he probado en varias embajadas y como todo el mundo quiere irse ni te dan bola; además las colas son infinitas

Entonces, con una sonrisa y como mostrando el as ganador mi amigo me dice con una mueca de complicidad:

- Sud África. La papa está en Sud África.

Pero claro! Como no había pensado en aquel maravilloso país que había conocido solo de pasada pero que en el par de días que había visitado Johannesburgo me había parecido sensacional?

- Vení a casa – le dije – vamos a comer una pizza y quiero que esto lo hablemos con Mirtha.

Esa noche fue de gran excitación, pues comiendo los tres juntos sacamos un montón de información y la seguridad de que nadie conocía a este país, lo que daría más posibilidades a quienes intentaran emigrar allí.

Al día siguiente fuimos al consulado y nos atendieron más que bien. Tal como esperábamos nadie había pensado en este país, así que el mismo agregado comercial nos atendió en persona. Con Mirtha le hablamos en inglés lo que aumentó la deferencia hacia nosotros.

Este hombre nos dijo dos cosas importantes. Una, que yo con mi expertise podía encontrar trabajo allá y dos, que utilizara las direcciones que me daba para comenzar con los contactos.

Salimos contentos pues en la negrura de la noche había aparecido, aunque microscópica, una luz de esperanza allá a lo lejos.

Mandé varias cartas (aún no existía el e-mail) y aguanté en una espera con más de tortura que de cualquier otra cosa porque cada día que pasaba la situación se tornaba peor y peor.

A mediados de octubre recibo una respuesta. Era del CSIR (ya hablaré de esta institución) donde me decían que les interesaría hablar conmigo, sugiriéndome que les enviara más documentación sobre mis trabajos y experiencias. Lo hice al toque, pero sabía que los días corrían y ya no teníamos reservas monetarias ni de donde sacar un peso más. Lo único importante que nos restaba era el Renault 18 por el que íbamos a sacar tras su venta, dinero como para sobrevivir unos 4 o 5 meses más. El Renault era en verdad lo último de lo último de nuestras posesiones que no se había evaporado.

Hago la suma de los días que tarda una carta en ir y volver y me doy cuenta que no puedo esperar más. Tomo la decisión de largarme para Sud África aún sin tener respuesta del CSIR y de otros lugares adonde había enviado correspondencia. En un santiamén los del consulado me otorgan la visa de entrada (turística) y con Mirtha juntamos todo el dinero que nos queda, contabilizando hasta las monedas. Nos dá para sacar el pasaje a Johannesburg y yo me

largaré con tan solo 500 dólares en el bolsillo. A Mirtha le quedan chirolas y el Renault 18, que al día siguiente ella rematará en alguna concesionaria.

El 10 de noviembre parte mi avión a las 5 de la tarde. Armo una valija ligera con muchos papeles, mis antecedentes y CVs adentro. Tengo que despedirme de Papá y Mamá. A mediodía me voy a Caballito. Conduzco el Renault 18 y al salir pienso: 'Tengo que ir con cuidado porque esto es lo último que nos queda. No vaya a ser que lo choqué.'

Tomo por Chacarita y al doblar en Corrientes me para la barrera baja del tren. Al detenerme noto que de la parte delantera del auto sale algo así como un hilito de humo. Bajo; abro el capó y ...me envuelve la cara una llamarada de fuego infernal! Todo el motor está en llamas!!!

En segundos (literalmente fueron unos pocos segundos) el auto se envuelve en una vorágine de fuego. No lo puedo creer! Lo único que nos quedaba desaparece en minutos! Quedo como zombi, paralizado; con las llamas que me lamen la cara. Alguien de los que se juntan en ese momento me retira piadosamente hacia atrás en el instante en que llegan los bomberos. Curiosamente hay una dotación a tan solo 150 metros y llegan en segundos. Tiran agua con presión; meten la manguera en el tanque de gasolina y rápidamente apagan todo. Pero el fuego ha sido tan voraz que no queda sino una masa negra y maloliente que entre bomberos y alguno del público empujan hacia el cordón; donde queda como una ofrenda macabra al señor de los infiernos lo último y único que tenía para que mi familia pudiera resistir.

Me subo a un taxi y llego a la casa de los viejos. Me bajo y los enfrento llorando. Llorando estas dos pobres almas escuchan mi relato y me despido de ellos. Me vuelvo a casa en otro taxi y le cuento a Mirtha que pobre! debo reconocer que ella tuvo también que pasar por todo ese calvario. Al ver mi desesperación tan profunda y mi llanto que no cesaba de caer, trata de darme fuerzas y me dice que ella se hará cargo del auto y que conseguirá aguantar hasta que yo haga pie en S.A.

Mi cuñado Oscar me lleva hasta Ezeiza y yo me meto en el avión. Recuerdo vívidamente ese viaje porque durante 10 o 12 horas no dejé de llorar y repetía como en una letanía las palabras que jamás podré olvidar:

'Dios, hijo de puta, si es cierto que existís mandá este avión al fondo del mar, porque yo no doy más. A ver? A ver si existís? Cómo? No nos caemos? Entonces esta es la prueba de que sos una mentira, reverendo hijo de puta!'. Un mantra que leído con frialdad puede parecer estúpido o infantil, pero que me permitió hacer el peor viaje de mi vida sin enloquecer ni intentar abrir la puerta del avión y tirarme abajo.

El final de este período que di en llamar 'La etapa de Buenos Aires' merece un comentario adicional. Mirando hacia atrás desde el balcón de los setenta años, los 3 años vividos en la Capital entre el 86 y el 89 fueron sin duda los peores de toda mi vida entera.

A lo largo de ese lapso había abandonado el lugar que yo amaba con sus montañas, sus lagos y su vida tribal. Había intentado una empresa y había fracasado. En esos tres miserables años habíamos perdido absolutamente todo lo que en casi 20 años de matrimonio supimos juntar y levantar. Nuestra pobreza era total. No teníamos nada. La relación matrimonial había tocado

fondo y era cuestión de tiempo o de oportunidad para llegar al divorcio. Mi cuerpo había sentido el inmenso estrés y ahora era una persona enferma; frágil. Mis dolores de cabeza se hicieron más que nunca intensos y feroces. Mi vida había alcanzado un deterioro tal que hasta llegué a fantasear con la idea del suicidio.

La tremenda realidad que vivimos en Buenos Aires más el episodio del auto quemado, como si hubiera habido un designio divino de una prueba atroz y cruel para ver si conseguía resistir, representan un conjunto de maleficios que muchas veces pensé que iban más allá de una simple coincidencia. A pesar de mi agnosticismo, llegué a creer que algún ser sobrenatural, quien sabe por que razón, se había ensañado conmigo y me había enviado esas tremendas pruebas, tal como dice la biblia que Dios le envió a Jesús durante su calvario por el desierto.

Fueron tales las angustias y la desesperación sufridas en esa etapa que a partir del viaje a Sud África nada me pareció imposible de sobrellevar. Ni siquiera la inmensa pérdida de mi querido Pablo.

Mucho más adelante en el tiempo y en varias oportunidades me topé con gente desesperada. Personas que estaban en condiciones similares a las que yo sufrí antes de emigrar. Ofrecerles mis relatos de todo lo vivido a fines de 1989, creo que les sirvió para tener una esperanza; para saber que al menos hubo alguien que estando en el fondo del abismo, en la mayor negrura y aflicción consiguió salir y retornar a la vida.

48 - 53

SUD ÁFRICA

Llegué al aeropuerto de Johannesburgo y tomé un bus que me dejó en el barrio de Hillbrow. Era de noche y por la ventanilla veía las calles tenebrosas, los negros deambulando; alguna prostituta apoyada contra una pared simplemente esperando. Fui allí porque ese era el barrio adonde me habían dicho conseguiría un hotel barato; pero a no dudar que era de lo peor en la gran ciudad africana.

La descripción que hace Wikipedia hoy, de ese barrio es la siguiente:

Hillbrow: suburbio de Johannesburg conocido por sus altos niveles de densidad habitacional, desempleo, pobreza y criminalidad.

En 1989, yo no podría haber hecho una descripción mejor que la aportada por la gran enciclopedia internética.

Tomé en alquiler una piecita en un humilde hostel y la convertí en mi centro de operaciones. Era tal el ambiente que circundaba a esta residencia que solo me atrevía a salir y volver durante el día. Haberlo hecho de noche o con oscuridad significaba coquetear con el peligro y aún la muerte.

Comencé mi búsqueda de trabajo mirando la sección de oferta laboral de los diarios y yendo a los head hunters locales, es decir todo lo que giraba dentro o alrededor de Johannesburgo. Como he mencionado, tenía a mi disposición solo 500 dólares y eso no era demasiado para moverse en grandes distancias, que eran las que se necesitaban cubrir para ir de una empresa a la otra; pues la organización de las ciudades sudafricanas es muy semejante a la americana, en donde no existe mucha aglomeración sino que las empresas e instituciones tienen sus oficinas en centros comerciales o industriales o de oficinas diseminados por áreas inconmensurables.

Viendo que era imposible acceder a alguno de estos lugares por ómnibus, un día alquilé un auto, para concurrir a solo tres entrevistas donde al final de las mismas salí con solo el respetuoso: 'sí

hay novedades se las haremos saber' que era una forma elegante de mandarme al carajo sin demasiadas esperanzas. Y lo peor era que un auto significaba mermar mi tesoro en un porcentaje elevadísimo. Esa no era la forma.

Cada día mis nervios y expectativas iban a aumento. Me torturaba la soledad y el pensamiento de mis hijos quedados a la buena de Dios. Recuerdo que en una entrevista tuve tanta ansiedad, que se me secó la boca de una forma que no pude articular palabra. A tal punto llegó mi vergüenza que sin más que una seña con la mano me levanté y me fui disparando de ese lugar. Ni idea de lo que habrá pensado esa jefa de personal que intentaba hacerme la entrevista. Es que me daba cuenta que estaba jugando a vida o muerte.

O conseguía un trabajo o directamente no sabía que hacer. Eran momentos y situaciones sin salida. Realmente estaba a todo o nada. Y si bien me decía: 'Si todo se pierde... al menos te queda la muerte'; por el otro lado una convicción aún mayor me decía que mi compromiso y mi amor para con los hijos jamás me dejaría tomar una decisión tan drástica. Quizás podría intentar robar, algo que no solo iría contra mis más profundos principios, pero que por amor podría llegar a hacer. Más tarde en la vida, muchas veces ante gente desesperada que roba para comer o para que coman sus hijos, he sentido una cierta empatía y un sentimiento como de 'vivir y dejar vivir', porque nadie puede ni imaginar todo lo que en esos días tremendos pasó por mi cabeza.

Sin embargo, a pesar de esos terribles pensamientos que me torturaban no bajé la cabeza y seguí intentando e intentando hasta volver cada noche, muerto y desesperanzado, al hotelucho infame. Di con un head hunter, un buen tipo del que he olvidado su nombre, que me tomó en cuenta y que se preocupó en serio por mi situación, la que expuse sin quitar ni un cabello y sin vergüenzas. Esto hizo que el tipo trabajara con mi CV con un real interés en conseguirme algo; pero a pesar de ello, pasaron los días y nada se conseguía concretar, lo que empeoró mi situación emocional. Si este tipo, interesado no solo profesionalmente sino por el drama que veía en mí, se rompía todo y nada conseguía, era obvio que mis posibilidades eran más que mínimas.

Como a las dos semanas de frustraciones johannesburgicas; con la moral totalmente en baja y con casi nada de plata en el bolsillo, decidí viajar a Pretoria. Allí estaba el famoso CSIR al que a pesar de tener una carta de ellos no había encarado aún para no perder la posibilidad de ver que pasaba en una más cercana Johannesburgo, ciudad que a mi vista era mucho más activa y comercial que la capital del país (Pretoria es la capital del ejecutivo sudafricano. Hay otras dos capitales para la legislación y para el poder judicial).

Tomé un bus que parecía un lechero pues tardé como 3 horas en cubrir los 70 Kms entre las dos ciudades. Sentadito sin mirar a nadie, yo parecía una mosca blanca en una taza de café, porque todos los pasajeros eran negros y me miraban con curiosidad y/o agresividad porque ningún sudafricano blanco supongo habría osado tomar un bus que recogía negros por el borde de los townships. Pero llegué finalmente a la plaza central de Pretoria sin haber sido descuartizado, aunque una vez allí tuve otra odisea para conseguir un nuevo bus que me acercara a la institución que estaba en medio casi de la nada. Desde donde el ómnibus me dejara tuve que caminar bajo un fuerte sol casi 5 Kms.

Había pasado ya el mediodía cuando llego a la entrada (un impresionante hall con seguridad, posters y carteles sobre las actividades del centro y varias secretarias rubias, bonitas). Pido ha-

blar con la persona que había firmado la única carta que tenía de ellos donde me pedían mayor información sobre mis experiencias. Un tal Koos Wium.

Habré estado allí unos 15 minutos consumiéndome en mis nervios cuando llega un auto y para delante del hall. Baján 3 personas, me encaran y se presentan: Koos Wium, jefe de programa del Cuidado del Agua; otro jefe de programa, un tal André Gerber y Klaradyn Serfontein (la jefa de personal de Watertek).

Koos me da la mano y me dice las palabras mas alentadoras que había escuchado en mucho, muchísimo tiempo: 'Veo que se cruzó con nuestra carta pues recién hace una semana que le escribimos pidiéndole que se acercara a este campus. Pero...espere un poco... ya es tarde, Vd. debe tener hambre igual que nosotros, así que lo invitamos a almorzar mientras charlamos sobre Vd., sobre el CSIR y sobre lo que podríamos hacer juntos.'

Subimos al auto, deambulamos unos minutos y nos bajamos frente a un restaurant enmarcado por la floresta que lo rodeaba (todo esto sin haber salido del campus). El restaurant en cuestión era igual a cualquier verdadero restaurant comercial, de impecable y maravillosa ornamentación, con mozos de guante blanco y enormes ventanales por los que se veían aquellos bosques llenos de flores y cervatillos (sí, habían pequeños ciervos que iban de aquí para allá). Todos piden vino (una buena costumbre que luego disfruté a pleno en ese país), y yo en ese ambiente, con la excelente comida y el relax que el tinto me produjo; más la esperanza que se abría con cada palabra que íbamos tejiendo en la charla, comencé a pensar que había finalmente traspasado la barrera que separa el infierno del paraíso.

El almuerzo fue espectacular. Tal vez el miedo, o los nervios o el espanto o la desesperación me transformaron en un encantador de serpientes y desplegué mis mejores oraciones, las anécdotas de mis viajes por el mundo y por supuesto lo más que pude de mis experiencias en la ingeniería sanitaria.

Este almuerzo inolvidable se prolongó durante casi tres horas y al cabo del mismo sentí que se había producido el milagro: tenía trabajo con condiciones de maravilla, que incluían un buen salario y un montón de prebendas como pasajes para traer a toda la familia desde Argentina junto con muebles y vituallas. El CSIR se haría cargo de todos los trámites para conseguirme el permiso de trabajo y a nuestra llegada nos esperarían con una townhouse para que nos instaláramos hasta que llegara nuestro container. La institución nos daría recomendaciones para que los chicos pudieran entrar en los colegios cercanos pues en general había dificultad para conseguir plazas.

Increíble!

Se había producido un prodigioso milagro y luego de tantos años de amargura y desesperación sentía que finalmente había conseguido vencer la mala suerte. Seguía vivo y la familia tendría una hermosa oportunidad en un país que desde el vamos se me antojaba fabuloso (aunque mi entrada la hubiera hecho por Hillbrow, la puerta de atrás).

Tuve que hacer unos cuantos trámites y me recomendaron que me mudara de Johannesburgo a Pretoria. Afortunadamente, un gran muchacho argentino de nombre Oscar Bupo, y al que conocí por un conocido de un conocido me ofreció su departamento en el centro de la ciudad pues él tenía que irse un par de semanas a Cape Town por cuestiones de trabajo.

Me instalé en ese departamento y todos los días iba al CSIR a realizar algún trámite o mantener alguna reunión.

Asimismo, tuve que pasar uno de los exámenes más largos y difíciles de mi vida. Entré uno de aquellos días a las 8 de la mañana y salí a las 8 de la noche (me dieron de almorzar en un break del mediodía), y estuve toda la jornada haciendo mil tests, mil pruebas, mil entrevistas con jefes de personal, sicólogos e ingenieros, tuve que pasar por la tremenda (pero muy interesante) prueba de 'la balanza' y hasta midieron mi cociente intelectual. Estudios y pruebas que me sacaron a la luz hasta los pensamientos que tenía empolvados en el más lejano rincón del cerebelo. Pero había triunfado! La oferta de ese trabajo significaba que el mal trance estaba finalmente superado. Que la etapa de Buenos Aires y de Fenar quedaban en el pasado!

Para fines de diciembre regresé a Argentina y los primeros días de enero de 1990 toda la familia partió para el nuevo destino. Muebles y todo lo que teníamos en el hogar salió en paralelo por barco en el container que llegaría un par de meses más tarde. Ni que decir que este vuelo desde Buenos Aires a Johannesburgo tuvo características absolutamente distintas a las de mi anterior, luego de la quemada del Renault. Ahora había una esperanza esperándonos!

La inserción en el nuevo país fue rápida y sin sobresaltos. Nos cobijaron de entrada en una casita, una townhouse de la institución. Compré un auto usado hecho puré pero que nos llevaba de un lado al otro, y que permitía que Mirtha acercara a los chicos al colegio. Los varones fueron a la Glenn High School y Huenú a la Glenstantia Primary, y era gracioso verlos salir por la mañana con sus uniformes que los transformaba en cuasi soldados nazis: pantaloncito ultra cortito para los varones, pollera plisada para Huenú. Camisas tipo militar, medias largas y zapatos cerrados. Todo color caqui y como dije, bien de estilo castrense.

Pablo ya había hecho en Argentina el 5to año de la secundaria y podría haber intentado entrar a la universidad, pero entre toda la familia decidimos que repitiera el último año de la secundaria, pues pensamos que era mejor que se adaptara al medio antes de entrar en la universidad local que tenía la mayoría de sus cursos en afrikaans.

Javier entró en tercer año de la high school y Huenú al 6to de la primaria para la siguiente entrar ella también al Glenn High.

Venir de otro país, con otra cultura y otro idioma conllevaba riesgos y posibles trastornos para los chicos, sobretodo en su entrada y contacto con los compañeros de las escuelas.

Pero con Mirtha habíamos sido muy claros al hablarles: 'Nadie los está esperando. Es tarea de cada uno de Vds. hacerse de amigos; abrirse a la nueva cultura y entender a esta gente. No esperen que nadie venga. Vds. deben ir'.

Fue maravilloso que los tres siguieran esas simples instrucciones al pie de la letra, pues en muy poco tiempo se insertaron sin trauma ni inconvenientes y todos comenzaron a desarrollar una vida normal, con amigos, sociabilización y alegría.

Mirtha por su parte consiguió un trabajo en una institución dependiente del CSIR y comenzó a trabajar allí con algún beneplácito.

En un par de meses habíamos alquilado una casa en la calle Snowy Walker y al instalarnos nos sentimos absolutamente cómodos. Teníamos 4 cuartos, un gran living comedor, una enorme

cocina y los exteriores eran inmejorables. Un hermoso y verde jardín, una piscina que usamos casi todos los días de ese verano en que llegamos y un quincho con barbacoa y todo. Un lugar verdaderamente de lujo.

Compramos una perra labrador (Pampa) y para el cumpleaños de Huenú le regalamos un maltés amoroso, petiso y puro pelo, una verdadera delicia de can que la gorda bautizó Max.

Como si el maleficio hubiera estado en el otro lado del océano, apenas iniciada la nueva vida en Sud África cambiamos totalmente nuestra atmósfera y se notó inmediatamente la diferencia que teníamos en relación a lo que había sido la vivencia en Buenos Aires.

Nuestros salarios conjuntos no nos daban para demasiados extras, pero estábamos finalmente lo suficientemente holgados como para vivir en un hermoso lugar, con todo lo necesario y hasta nos dábamos unos cuantos lujitos como salir de aventuras y viajar a ver las cosas lindas e interesantes que ofrecía el país entre las que Sun City en Boputaswana o el Kruger National Park, el zoológico más grande del mundo con sus animales totalmente libres eran imágenes de lo mucho maravilloso e interesante para ver.

La vida diaria familiar era tranquila y se desarrollaba en lo que más parecía un ambiente de ciudad americana que cualquier lugar de Argentina. Todas las casas estaban esparcidas en buenos barrios donde primaba el orden y había mucha vegetación, con flores y cercos arreglados. Pretoria era llamada la ciudad de los jacarandá, pues tenía decenas de miles de esos árboles en las calles y para octubre y noviembre era increíble andar por las vías con ese olor y color que alegraban el alma.

Nuestra casa estaba a 20 minutos del centro de Pretoria y vivíamos bastante cerca del trabajo. Estábamos también a un tiro de piedra de Menlyn, un centro comercial enorme donde había de todo y todo de gran calidad.

Sud África nos resultó desde el comienzo una experiencia positiva y agradabilísima. Viniedo de la Argentina, un país que definitivamente no es el peor en la escala zoológica de los países pero que incuestionablemente está un par de escalones debajo del africano, nos hizo sentir un avance importante en el tipo de vida una vez que nos asentáramos en el nuevo rincón. La infraestructura, desde el edificio de correos a las magníficas autopistas; desde el cuidado trabajo de la construcción de calles con sus bordes jamás de agresivos cordones pero en cambio de chanfleados bordes para que no hubiera ningún riesgo con los neumáticos, al orden y limpieza de los centros comerciales; desde la calidad del agua salida de las canillas a la policía (casi toda compuesta por oficiales blancos) en la que se podía confiar y que estaba lejos de ser susceptible de corrupción; desde los vecinos acostumbrados a mantener un contacto gentil y discreto a los espacios y lugares de diversión y esparcimiento; desde ver que las cosas funcionaban a los impuestos que tenían un claro destino de obras; todo; todo nos parecía algo que jamás habíamos visto o disfrutado.

La única contra era la enorme cantidad de negros por todas partes. Y no es que el negro por definición nos molestara, pero no se podía negar que en toda Sud África latía un conflicto racial que podía estallar en cualquier momento y que nos encontraría a nosotros en medio, sin tener ninguna participación o culpa de todo ello.

Como injerto reciente, los Solsona no tenían el conocimiento exacto, el análisis detallado del estado de la situación blancos-negros. Tal vez un local, con claro entendimiento de la sintonía fina, de la idiosincrasia de estas culturas podría estar más tranquilo, pero nosotros solo alcanzábamos a ver las diferencias, el odio y la agresión que de ambos lados se manifestaban continuamente, y eso nos intranquilizaba. Estar en cualquier lado, fuera en la calle o en un local donde solo había negros y ningún blanco a la vista era para nosotros motivo de alarma y preocupación y rápidamente tratábamos de escapar de esa situación.

Cuando uno vive en un barrio de blancos: sabe que si un negro es visto caminando por la calle después de las 5 de la tarde y puede llamar a la policía que en 3 minutos vendrá con un patrullero para llevarse al negro al que con seguridad le darán una buena pateadura en la comisaría, no puede dejar de pensar que eso tiene que desarrollar un odio y un ansia de revancha o de venganza en cualquier ser humano. Es así que cuando uno sabe que puede ser el depositario de esa bronca y de esas ansias de desquite, sentir algo de incomodidad o preocupación no es en modo alguno exagerado o alarmista. Aún cuando uno no sea el causante de la injusticia o de la inequidad no puede estar indiferente a ellas.

Debo decir finalmente que a pesar de estos problemas raciales dentro de un férreo apartheid, en el que nosotros fuimos la parte beneficiada simplemente por ser blancos, afortunadamente jamás tuvimos ningún episodio que nos afectara.

El inicio de la vida en Pretoria fue tranquilo y sin incidentes. Los chicos rápidamente se ubicaron en el nuevo contexto y las lecciones del Instituto Oxford mostraron su excelencia pues el idioma no fue barrera para la adaptación.

Rápidamente nos hicimos de unos cuantos amigos. La comunidad argentina no era demasiado populosa, tal vez unas 8 o 10 familias más un par de individuales sueltos y como estaba nucleada alrededor de la gente del Consulado (aún no había embajador pues las relaciones por culpa del apartheid no eran abiertas, pero si teníamos un agregado naval) pasamos nosotros también a ser parte de esa cofradía y nos hicimos amigos de todos los que frecuentaban el núcleo de expatriados.

La nueva vida estaba entonces constituida por una pequeña tribu de buena relación, con la mayor parte de emigrados como nosotros y también con algunos locales con los que prontamente habíamos hecho buenas migas y entre los que había gente verdaderamente interesante y de valor. Entre éstos últimos recuerdo a Jeannette y Rob van Oefferen, ella colega mía del CSIR que siendo más joven se hizo amiga tanto de nosotros los papás como de los hijos en especial de Pablo; mi jefe Koos Wium un duro con el corazón más blando que haya visto y su mujer Irene; Ian Pearson otro colega, un tipo de primera, de increíble inteligencia e incommensurable bondad y un par de negros entre los que destacaba mi queridísimo Cecil Chibi, un ingeniero de Swaziland pero formado en Inglaterra que trabajaba en mi team y con el que al menos una vez por semana jugábamos unos partidos a muerte de pimpón en la mesa que teníamos en casa, para luego sentarnos en el jardín a charlar y tomarnos una bien ganada cerveza. (Éramos bien parejos pero yo le alcanzaba a ganar casi siempre. Por ello, cuando conseguía hacerme un buen tanto, meterme un pelotazo que yo no había podido agarrar, se paraba en el otro lado de la mesa, tiraba su paleta sobre la tabla; ponía sus manos en la cintura y con una inmensa sonrisa de dientes blancos y enormes me gritaba entusiasmado, excitado y triunfante: "Take that!! Misterrrr Solsoona!!! Take thaaat!!" a lo que yo no podía parar de reírme disfrutando la compañía y amistad de este tipo tan simpático y buena gente).

Es decir que internamente parecíamos una familia normal, linda, amorosa, interesante y bien avenida.

Las increíbles presiones laborales y económicas a las que había estado sujeto en Buenos Aires habían desaparecido. Y a tal punto lo habían hecho que antes de salir de Argentina para aplacar la angustia y el tremendo estrés me habían recetado unas pastillas tranquilizantes y relajantes que apenas conseguían aplacar en algo la tremenda excitación en la que vivía inmerso en el universo Fenar. Pasar del martirio enervante de antes a la tranquilidad y seguridad de ahora aplacó tanto mi ansiedad que un día en que concurrí a una conferencia en Johannesburgo, estando en el hall de entrada directamente me desmayé, siendo atendido y sufriendo la clásica vergüenza del ‘pelotudo que se desmaya como las minas’. Cuando al día siguiente voy al médico, éste me dice: ‘Pero como no te vas a desmayar si al haber bajado las revoluciones y tomar este calma-caballos es de milagro que no estés dormido todo el día porque ahora no necesitás para nada este tremendo calmante’.

Este cambio en las condiciones de vida, más lo hermoso del nuevo entorno, más lo extraordinario de mi trabajo al que más adelante me referiré, eran condiciones que me confirmaban a cada minuto que en efecto y tal como ya mencioné, había traspasado las barreras del infierno y moraba ahora en el paraíso. La vida familiar en relación a los chicos era maravillosa. Mucho contacto y una convivencia feliz. La casa nos brindaba un marco de alegría y confort y como buenos argentinos hacíamos uso de las instalaciones, tanto de la piscina como del quincho y las áreas de descanso. Jugábamos al pimpón; al fútbol, al waterpolo; disfrutábamos con los perros. Venían a casa un par de amigos por semana a charlar y a comer.

Los africanos habían inventado una metodología espectacular, el ‘bring and braai’. Algo así como un ‘traé y asá’, que se traducía en algo absolutamente funcional. El dueño de casa llamaba por teléfono a unos cuantos amigos. ‘Hoy hago un bring and braai a las 8’, entonces esos amigos o la familia amiga, los invitados, llegaban a la hora señalada con su bandejita con lo que deseaban asar: un pedazo de cordero, unas chuletas, unos chorizos, lo que fuera. Junto con la carne, la bebida y el postre que él y/o su familia iban a consumir. El dueño de casa ponía las brasas, la ensalada y el pan. Punto. Cada familia comía solamente lo suyo (no se estilaba comer del aporte común) y cada jefe de familia asaba su carne en la parrilla común. Cada uno tomaba lo que había traído y si se quedaba corto... se quedaba corto. Y lo que le había sobrado, simplemente se lo llevaba de vuelta a su hogar.

Este arreglo, totalmente simple, establecido y aceptado en toda Sud África casi como una norma IRAM y que no ocasionaba costos o molestias extraordinarias a los dueños de casa era y es una institución en aquel país y nosotros rápidamente nos adecuamos a ella, adoptándola como si hubiera sido la más fiel e inveterada costumbre de nuestras pampas argentinas.

Los fines de semana siempre había algo que hacer, o llevar a los chicos a algún lugar o partido donde jugaban. Íbamos a casa de amigos y aún a las reuniones sociales del grupo de colegas del CSIR. En los fines de semana largos nos íbamos a alguno de los parques o reservas a ver los animales salvajes o a descubrir paisajes extraños o de maravilla. Los viernes por la tarde nos corríamos a un parque acuático en Johannesburgo donde nos deleitábamos sentados en nuestras reposeras tomando vino mientras mirábamos las aguas danzantes al son de los mejores vales de Strauss.

Para fin del primer año (1990), estábamos súper establecidos y totalmente adaptados al nuevo país y a la nueva cultura; todo lo cual disfrutábamos.

Pablo había conseguido él solito una beca para estudiar ingeniería en Cape Town y a comienzos

del 91 nos fuimos Mirtha, él y yo con nuestro auto (ahora teníamos un Corolla) para dejarlo en la ciudad del Sur.

Conseguimos un cuarto en una casa cercana a la UCT (University of Cape Town) donde vivían dos o tres estudiantes más. Le compramos un pequeño escritorio, una silla y lo dejamos con su bicicleta. El cuarto era pequeño pero tenía una hermosa vista a la Montaña de la Mesa (Table Mountain). A pesar de que lo dejábamos en buenas condiciones y que él estaba contento me partió el alma dejar a mi hijo en este primer desprendimiento familiar.

De regreso a Pretoria, armamos nuestra existencia sin la presencia de Pablo, pero dentro de los carriles que ya nos eran estándares. Todo fluía bien y como dije, parecíamos una familia ideal, perfecta.

Habíamos tocado la felicidad?

No. Lejos de ello. Todo estaba bien menos la relación con Mirtha. Las tensiones vividas y las agresiones sufridas por ambas partes en la etapa Buenos Aires, habían sido demasiado desgastantes e infelizmente ya habíamos pasado el punto del no-retorno.

Discutíamos casi constantemente. Al menos una vez a la semana teníamos alguna pelea tan violenta que ambos terminábamos exhaustos y veíamos en los chicos la preocupación que esto les causaba. Ya nos costaba mantener nuestro conflicto fuera de su vista y alcance.

No había ningún hecho que no causara una discusión o una acotación agresiva por parte de alguno de nosotros.

Todos los días, al ir al trabajo, dejábamos primero a los chicos en el colegio, yo luego dejaba a Mirtha en su trabajo cercano al CSIR para finalmente dirigirme al mío. Todos los días nuestro viaje terminaba en alguna discusión y hasta llegué a individualizar una zona de unas 10 cuadras en donde invariablemente Mirtha levantaría algún tema para concretar la discusión y la pelea matinal. Recuerdo que un día decidí no contestar, no hablar. Me dije: 'no importa lo que me diga, no abriré la boca.' Así lo hice y cuando ella, al pasar por la zona conflictual comenzó con la agresión y yo no respondí, su expresión fue: 'Ja, no hablás, pero yo se lo que estás pensando. Estas pensando que ... bla y bla y bla!'

Habíamos llegado sin duda al final del camino.

Para comienzos de Julio Mamá sufre su derrame y muere. El detalle de esta muerte, así como la de Papá la narro un poco más abajo.

Sin embargo, en los días que paso en Buenos Aires, asistiendo a las últimas horas de Mamá y luego a todo el trámite de desarmar la casa y hacer los papeles para traerme al viejo a Sud África hay un hecho que es también determinante en cuanto a mi relación con Mirtha.

Cuando llego a Buenos Aires, me encuentro que a Papá lo cuida amorosamente una clienta de Mamá. Apenas al rato de haber llegado a casa, hace su aparición Lidia del Saz trayéndole unas milanesas al pobre viejo.

En los siguientes días en medio de tanto ajeteo y tanto dolor por la inminente muerte de Mamá, Lidia se transforma en un alma caritativa que nos cuida, vela por nosotros y su presencia pasa a ser una constante en el departamento de Añasco.

Yo ya la conocía a esta mujer de haberla visto en el gabinete de Mamá y siempre me había im-

presionado por su belleza y por su increíble sex appeal. Una divorciada de cuarenta y poco que era, en verdad, más que hermosa.

Una tarde en que nos había visitado en el departamento llevando como siempre algo para que el viejo comiera, al retirarse aproveché y salí junto con ella, para apenas haber pisado la vereda invitarla a tomar un café en el bar de la esquina.

Aceptó.

Nos sentamos e inmediatamente de comenzar a charlar fue clara la química que se desarrollaba entre los dos. Nuestras miradas no se apartaban de los ojos del otro; la conversación era cálida, encendida y rápidamente noté su interés y clara excitación.

Sin mucho detalle, diré que rápidamente entramos en un dulce enamoramiento y una increíble pasión, iniciándose de esa forma y en esos días una relación que sería clave en la decisión de dejar a Mirtha y que nos acercaría como pareja por varios años en el futuro.

Este episodio en el que encuentro una mujer que me quiere y que me atrae muchísimo hace que por primera vez en los veinte años de mi matrimonio, me sienta enajenado.

Quiero decir que esto no se trataba de una relación ocasional y aleatoria que un marido pudiera tener con cualquier mina pasante por la vida o por la ocasión pintada calva. Significaba un enamoramiento, casi un compromiso interno y sentía que el solo hecho de estar enamorado y mantenerme dentro del matrimonio con Mirtha, era por primera vez algo incorrecto. Si me sentía involucrado tan emocionalmente con alguien como lo estaba con Lidia, no era honesto que continuara con un compromiso en el que ya no creía. Debía separarme.

Sin embargo, la decisión de Papá de acompañarme a Sud África colocaba una perturbación a la decisión que había tomado de alejarme de mi esposa. No podía llevarme al viejo y tenerlo en Pretoria en un departamento los dos solos, cuando el pobre podía disfrutar de una vida familiar en contacto con los chicos y un entorno menos frío, lo que haría que pudiera capear mejor la muerte de Mamá.

Me convencí de que debía posponer al menos por un tiempo el divorcio, hasta que el viejo hubiera asimilado todos los cambios por los que el pobre estaba pasando. Al relatar la muerte de mi padre, unos capítulos más abajo, hago mención a esta época vivida en casa y a la cálida y humana aceptación que Mirtha le brindó a Papá, cosa que siempre reconoceré agradeciendo su grandeza, a pesar de que nosotros nos tratábamos como perro y gato.

Tan solo 6 meses más tarde, en enero del 92 Papá muere también; y esa muerte, aunque muy sentida por todo el cariño que le tenía al viejo, me significa una liberación importante.

A los pocos meses y ya en medio del intolerable ahogo que sentía cada vez que veía a Mirtha, con los pelos que se me erizaban en cada discusión que manteníamos y a lo que sumaba el enganche, la ilusión y la calentura que me producía Lidia, con quien luego del inicio de nuestro romance en Buenos Aires seguíamos conectados por carta o hablándonos por teléfono, sentí que había llegado el momento de disolver nuestra unión. Nuestro matrimonio ya no daba para más.

Cuando le expongo que me voy, Mirtha siente el golpe. Pienso que a pesar de su inteligencia y de estar plenamente consciente de que ya teníamos una vida insoportable, estaba convencida de que el momento concreto en que se planteara una disolución efectiva nunca llegaría o de que habría podido tener alguna reversibilidad.

Durante dos días enteros no nos movimos de la cocina discutiendo los términos de la separación.

Mirtha mantiene una posición durísima. Le confieso que hay otra mujer, pero ya no importa si hubo infidelidad o no. Ahora se discute la parte comercial. Estamos en Sud África por mi incapacidad de haber podido tener éxito en Argentina. Hemos perdido todo el patrimonio familiar. Todo es por mi culpa y tengo que hacerme cargo de eso. Y de ella. Y de los chicos. Y del futuro de todos.

Al haber muerto los viejos, como hijo único he quedado con los bienes que supieron concretar que al momento sumaban: el departamento de Añasco, la casita de Esquel y un departamentito de dos ambientes que habían comprado en la calle Viamonte, en Buenos Aires. Una cuenta en el banco con unos cuantos dólares.

La presión es tan grande y tan dura su posición que salvo la posesión del departamentito de Viamonte (aunque no el alquiler que quedaría para ella), le cedo todo el resto. Inmenso caudal a lo que tengo que sumar el importante monto que el CSIR mantenía en reserva para nuestro regreso a Argentina, más una cuota de 2,000 dólares mensuales hasta finales de 1996, más el cuidado de la salud de toda la familia. Más el auto familiar. Más todos los muebles. Más todo lo que había en la casa, desde las ollas a las toallas.

En ese momento (1992) le dejé un capital de unos 300,000 dólares; una pequeña fortuna que era prácticamente todo mi patrimonio por herencia; pero aclaro que mis ansias de liberación eran tales que si me hubiera pedido una mano, creo que allí mismo, en esa maldita mesa de la cocina donde negociamos durante los dos días, también le habría dejado el pedazo de carne sangrante. Tanta era mi necesidad de escapar de esa relación.

A esta altura del partido, ya tenía algún nombre dentro del CSIR y me consideraban una especie de niño mimado. Fue así relativamente fácil que me otorgaran un favor especial: me permitieron ocupar una casa de las que tenían solo para visitantes esporádicos; las casitas de Entabeni, y la que me tocó, la Numero 2, era hermosa, con un gran living comedor y dos dormitorios ubicada en medio del bosque donde los cervatillos merodeaban libres y acudían cada mañana a comer algunas frutas que les dejaba como ofrenda por su compañía.

A pesar de ello, en el momento de la partida del seno familiar mi tristeza alcanzó niveles increíbles. Se producía la temida separación con mis amados hijos. Dejar la casa en mi auto que ya no era más mío sino de Mirtha, con unas valijas y bolsos que ahora era todo lo que me había quedado de la inequitativísima separación de bienes para instalarme en mi nueva casa fue sin embargo, un momento de enorme bivalencia. Dejar el contacto diario con Javier y Huenú, con mis afectos en los que entraban desde los perros a María la empleada negra que nos limpiaba la casa; desde las flores del jardín a los adornos que a lo largo de tantos años había ido juntando en mi deambular gitano; todo conformaba un dolor profundo que reconocía como irreversible y que me acompañaría para siempre (esto lo volví a sentir recrudecido tras la muerte de Pablo).

Pero por otro lado la sensación de libertad, de haber escapado de la cárcel en que se había transformado mi relación de pareja era tan amplia y reconfortante que hacía de algún modo pasable el dolor por la pérdida de los chicos. Ni que negar que la otra variable importante de esta ecuación era la presencia invisible pero latente de Lidia, que a partir de la pasión que me había despertado conformaba una ilusión, una esperanza y un tierno sentimiento que también ayudaba a paliar la desazón de la separación.

Mirtha tenía muchas virtudes, pero la pasividad y la falta de orgullo no eran su fuerte. Apenas repuesta de nuestra separación emprendió una campaña de desprestigio (no sé cómo llamarla) contra mí. Recorrió todo el espinel sudafricano y viajó a Argentina supongo que diciendo que yo era un mal parido que por una mina había tirado a la basura 20 años de una familia ejemplar. Y falseando el hecho de que Lidia no había sido la causa sino la consecuencia y poniendo el caso al revés (‘por culpa de ella se deshizo la familia’), convenció a todos nuestros amigos, a parientes y conocidos que yo no era buen tipo. En verdad: un hijo de puta.

Tal eficiencia tuvo esta cruzada, que prácticamente todas mis relaciones, amigos y parientes me hicieron a un lado. Dejaron de hablarme y hasta Oscar Landi, que más que cuñado era un amigo íntimo ni siquiera quiso escuchar mi lado de la historia.

Se me hizo a los dos lados del océano un vacío muy desagradable, pero me la banqué pues reconocí que eso era otro de los precios para la liberación y también estuve dispuesto a pagarlo.

Afortunadamente, Mirtha ignoró a un pequeño grupito de argentinos a quienes no consideraba ‘importantes’ y que quedaron de mi lado como los únicos amigos que me acompañaron en estos primeros momentos de soledad y tristeza. Fueron los hermanos Jorge y José Prozzi, Pablo Balmaceda, y un boliviano, José Heredia, a quien llamábamos José ‘Bolita’. Todos ingenieros y compañeros del CSIR.

Qué enorme reconocimiento le tengo a estos tipos, sobretodo a los dos Prozzis y al boliviano, pues sabiendo mi estado tejieron entre los 3 una estrategia de apoyo para levantar mi ánimo y luego del trabajo me visitaban, 2 o 3 veces por semana para jugar al beach volley en una cancha que había muy cerquita de Entabeni. Unos partidos en donde José Prozzi y yo siempre luchábamos contra su hermano y José Bolita en unas justas que eran reñidísimas y maravillosas pues al terminar nos juntábamos en la casita del bosque para reírnos y tomar unas cervezas.

Que linda y protectora puede ser una noble amistad...!

Para finales de 1992 Mirtha decidió irse a Cape Town. Javier también debía entrar en la universidad y lo haría igual que Pablo, en la UCT, mientras que Huenú concurriría al secundario allí en el sur del sur.

Luego de que madre e hija se hubieran ido, el día que Pablo y Javier se despidieron de mí en Entabeni para irse juntos a Cape Town, (se fueron en el autito de Pablo que le habíamos ayudado a comprar), recuerdo que sentí tal desazón, tal tristeza que los abracé llorando, pero llorando tan profundamente que el pobre Pablo no sabía como ayudarme a controlar mi ansiedad mientras que Javier un paso más atrás sufría en su acostumbrado bajo perfil.

Al ver partir ese auto llevándose el último resto de mi querida familia, tuve la plena conciencia y convencimiento que ya nunca volvería a ver a todos juntos y unidos. Que tendríamos lazos de amor pero que de ahí en más solo serían a la distancia. Que aquel núcleo que habíamos logrado con tanto amor, esfuerzo, dolor, alegría, fuerza, unión, problemas y acuerdos; esa familia hecha con epopeyas enormes y con momentos pequeños, con llantos y con alegrías, con penas y disfrutes... se desarmaba, se desataba.

Cuando el auto con los chicos se hubo ido, entré en la casita como un hombre vencido y sin dejar de llorar me senté en el living. Eran algo así como las 7 de la tarde. En esa posición, en ese sillón, mirando el bosque y sin dejar de llorar pasé la noche entera. El llanto era lento y sostenido y no entiendo como mis lagrimales pudieron producir tanto durante cuanto tiempo; pero sentía que ese llorar era la única forma en que yo podía blanquear esa otra gran derrota que sentía sobre mis hombros.

Tan es así que a pesar de lo negro de esa noche de angustia, fue bueno que de esa forma lo viviera; pues ese llanto interminable, una vez acabado, me permitió tomar fuerzas y llegar a la determinación que ante la nueva etapa de vivir solo, no me desmoronaría, que le haría frente y podría seguir adelante en mi camino por la vida.

Afortunadamente la soledad no duró mucho. En Octubre de ese año Lidia me vino a visitar. Tomé vacaciones y dejamos que el tiempo fluyera entre nosotros, para intimar, para conocernos, para hacer planes, para amarnos. Tomamos unos días para conocer las cataratas Victoria y recorrer Botswana. Su compañía consiguió aplacar en buena medida la angustia de la separación con los chicos y esos maravillosos días de romance y pasión significaron también una esperanza; o mejor dicho la aparición de una llave que me abriría las puertas de un futuro, que aunque yo ahí no lo sabía era un futuro que me sacaría de mi África querida.

El CSIR

He sido un afortunado trabajador en el sentido que siempre me ha gustado lo que he hecho. Casi siempre. Si no contabilizo los años que pasé sufriendo las más abyectas penurias en Fenar, en Buenos Aires; puedo afirmar que en todos los trabajos por los que pasé, pasé con alegría, con gusto; haciendo cosas que me distraían, que me enseñaban, que me desafiaban. Y encima me imbuían de un sentimiento de plenitud, quizás podría llamarlo también de felicidad; en cuanto a que mis trabajos siempre estuvieron ligados a ayudar a gente con menores recursos y/o menores conocimientos.

Cuando más adelante hable de la producción literaria, es decir de los libros que llegué a escribir, haré mención a la gente que puede haber mejorado su calidad de vida gracias a mi trabajo. Que pudieron haber sido muchos (posiblemente y ojalá que así haya sido) dado el valor multiplicador que tienen las sugerencias y enseñanzas de libros afortunados en tener distribuciones masivas por haber sido producidos por una organización como las Naciones Unidas; pero también hubieron otras acciones mucho más focalizadas, que a veces se concentraban en una villa, o en un grupo o familia; en ocasiones hasta en gente aislada.

El asunto es que se escribiera un libro con recomendaciones para mejorar el agua de bebida de cientos de miles o que se ayudara a construir una simple letrina para un negro en Malawi, la sensación de dar, que casi siempre me aportaron mis trabajos, fue algo que les reconozco y que tal vez sean parte de esa sensación de haber amado y gustado de mis fajinas.

Quiero decir que sacando la temporada de Fenar, desde mis trabajos iniciales de fluoruración y de mejoramiento de la calidad del agua en Salud Pública de Argentina, a los años de saneamiento básico rural de la Patagonia, a lo que hice en el CSIR y a las tareas más normativas que desarrollé en la OMS, siempre me sentí bien, regocijándome, sintiéndome útil.

Eso si, lo que tengo muy claro es que si a pesar de ese disfrute general, amplio y extendido en el tiempo, tuviera que elegir una época, un lugar y las tareas que más me llenaran laboralmente, sin lugar a dudas que exclamaría: Sud África y el CSIR!

El África, pobrecita, no puede mostrar demasiados centros de alta pesquisa; por lo que decir que el CSIR es el centro de investigación y desarrollo más importante del continente puede no parecer

demasiado, pero teniendo en cuenta su estructura y el hecho de estar situado en un país de corte primermundista, ello nos da una idea de su importancia.

El CSIR, en mi época estaba ubicado en las afueras de Pretoria (hoy sigue allí todavía), en un predio de unas 360 Hectáreas, con 15 o 20 edificios enormes, talleres, plantas de energía, jardines, bosques, centros deportivos, calles y avenidas más todo lo que podría caracterizar a una ciudad pequeña donde trabajaban unas 7,000 personas, de las cuales nada más y nada menos que 3,400 de ellas éramos científicos cubriendo todas las ramas del saber humano: desde ingenieros a sociólogos, desde arquitectos a matemáticos; desde físicos a programadores; desde comunicadores a biólogos.

Dentro de este universo es que pase casi 5 años de mi vida (profesional) y no solo he disfrutado como acabo de decir, sino que aprendí tantas cosas, técnicas, gerenciales, administrativas y de mercadeo como no lo hice en todo el resto de mi vida laboral.

Tanto le debo a esta etapa que seré descriptivo en relación a este período.

Yo trabajaba para la ese entonces WATERTEK o División de Tecnología del Agua. Allí había 12 programas y yo estaba en el de WATER CARE o 'Cuidado del Agua'. El jefe era un afrikáner de unos cincuenta y pico largos, un tipo alto, pelado, medio gruñón, duro a la vista aunque tenía muy buen sentido del humor y era un tipo súper recto y justo: Koos Wium.

Apenas llegado en mi primer día me llamó a su oficina y tras unas pocas palabras de recibimiento y acercamiento me dijo:

- Que necesitás?
- Supongo que una oficina, la mejor PC que puedan darme; información sobre el Centro y como nos manejaremos - respondí

Me llevó entonces a un hermoso salón como de 6 x 6 con un escritorio, ventana a un verde parque; un par de muebles y una estantería; me dijo que pidiera lo que necesitara de mobiliario. Usando el teléfono de esa oficina (que sería de ahí en más mi propio teléfono) pidió no sé adónde o de dónde una computadora que llegó en un par de horas y me dejó un grueso libro con algo así como las acciones del CSIR.

Al cabo de unos pocos minutos entró en la habitación un colorado con el pelo ensortijado y una amplia sonrisa en su cara bonachona. Koos me lo presentó: 'Este es Ian Pearson, un ingeniero con el que vas a trabajar bastante. Los dejo para que se conozcan'.

Se volvió para cerrar la puerta dejándome con el nuevo conocido pero antes de salir y todavía agarrado del picaporte me dijo como al pasar:

- Felipe: Aquí trabajamos con ideas, con iniciativas. Esperamos no poco de vos.

Charlé un rato con Ian pero más que nada en relación a quien yo era y de donde venía y como era mi trabajo latinoamericano y cuando este flaco se fue quedé solo en mi nuevo mundo.

Con gran excitación hice lo que todo tipo que comienza una actividad hace en su primer día laboral. En ese momento las computadoras eran bastante primitivas así que dediqué buena parte

de la jornada a arreglarla, meterle mi información, ponerme un poco canchero con el software primario que había (un procesador de texto que no era Word, una hoja de cálculo muy embrionaria y un dibujador simple y fácil de manejar).

Así pasé el primer día, muy encerrado y muy aislado.

Para la mitad de mañana del segundo día ya había hecho prácticamente todo lo que tenía para hacer. Quedé un par de horas paveando sin saber que encarar y esperando instrucciones y como nada vino, por la tarde salí a dar vueltas y caminar por el campus para ver que era y donde estaba cada cosa; desde la biblioteca a conocer a unos ingenieros argentinos (los ya mencionados hermanos Prozzi y Pablo Balmaceda) que estaban en otras divisiones.

La mañana del tercer día transcurrió más o menos igual y para la tarde ya comencé a sentirme muy incómodo. Por qué Koos no me llamaba y me daba instrucciones, órdenes, orientaciones? Para el cuarto día ya estaba desesperado. NO PASABA NADA! Nadie me llamaba, ningún colega tocaba mi puerta. Encima yo tenía miedo de ir a jorobar al jefe y decirle como un idiota: 'Y ahora qué hago?'. Si todavía no había empezado con nada!!

A la mañana del quinto día no aguanté más esta situación y me corrí para verlo a Ian. Entré en su oficina y le dije:

- Ian? Por qué no pasa nada? No sé qué hacer. Que tengo que hacer?!

Su respuesta me dejó helado pero fue también la primera lección de una nueva forma de trabajo que iría aprendiendo en ese Centro:

- Cómo que tenés que hacer? Koos fue claro el primer día. Es más; lo dijo delante mío: tenés que mostrar iniciativas. Traer ideas, pensar en proyectos. Ya sabés que hacemos acá, y en líneas generales como trabajamos. Esto es un centro de investigación y desarrollo. Hay que proponer líneas de acción, áreas de investigación, cosas para hacer y desarrollar. Vos venís de otro mundo, fundamentalmente del universo rural latinoamericano y tendrás otra visión distinta en donde has hecho y visto cosas que son diferentes a las que verás en el África. Pensá qué cosas de tu mundo pueden ser útiles en nuestras áreas rurales. Sólo queda que empieces a tirar las ideas que te pidió. Y a desarrollarlas.

O sea que había perdido una semana esperando órdenes que en rigor ya me habían sido dadas pero solo como sugerencias. Qué extraño!

Me di cuenta que esa primera cosa rara para mí no era la única. En realidad me di cuenta que prácticamente TODO allí era distinto a lo que yo había vivido y a lo que estaba acostumbrado en mi mundo de servidor público en la Argentina y también en mi experiencia como consultor de las Naciones Unidas.

Rápidamente entré en el nuevo juego y todo comenzó a fascinarme por la eficiencia que había en cada cosa que se hacía.

Tal como se me había sugerido comencé a elaborar proyectos basados en lo que había visto en Latinoamérica y en mi experiencia fundamentalmente rural.

Los proyectos se encaraban 'vendiéndolo' la idea a través de un proyecto que había que armar y que se presentaba a financiadores, que eran agentes ajenos al CSIR que podían ver las posibi-

lidades técnicas o sociales o comerciales de cualquier proyecto que se ofreciera, fuera éste un programa de desarrollo social, una metodología para mejorar o enseñar alguna técnica en especial, un plan de educación y/o transferencia de tecnología o directamente un producto físico concreto (un aparato, un equipo, un instrumento).

Cada uno de los profesionales manejábamos una decena de proyectos en promedio y cada proyecto se armaba como si fuera un cuerpo de comandos. Si mi proyecto necesitaba el apoyo de un ingeniero, incorporaba a un compañero del Proyecto General (Water Care). Si el proyecto requería un físico, tendría el apoyo de uno de los físicos que nos acompañaban y si necesitaba un sociólogo, pues en el equipo para ese proyecto tendría un sociólogo. Quiero decir que cada uno de esos 10 -12 proyectos que uno manejaba a veces solo requería mi comando y nada más. Otro tal vez requiriera de tres o cuatro compañeros y en ocasiones tuve proyectos que necesitaron el auxilio de 8 o más. A mi vez, yo participaba con algún expertise mío cuando me solicitaban para un proyecto de algún compañero. Es decir que la cosa se armaba como se arma un comando. Si hay que tirar abajo una torre detrás de un cerco, se juntan un milico que sepa cortar alambradas y dos que entiendan como colocar bombas. Si en cambio el proyecto fuera hundir una embarcación, entonces el comando se armaría con un tipo que supiera manejar una lancha y dos buzos expertos en bombas submarinas. Cada comando siempre estaba compuesto por distinta gente en función de los requerimientos específicos del proyecto en cuestión.

Ni que decir que esta rotación, esta variedad en lo que se hacía y en la gente con la que se interaccionaba diariamente le daba un gran color y diversidad a cada una de las jornadas que pasábamos allí dentro. Encima, y esto era algo que me hacía sentir maravillosamente bien, el ambiente era de excelencia. Todos mis compañeros eran genios, tipos brillantes. Compartir con ellos puntos de vista, intercambiar opiniones y establecer pimpones sobre cuestiones técnicas era una delicia. Y ello no solo con mis compañeros de equipo, sino con todo el CSIR. Tenía esto una veta de exigencia, en cuanto en que por ejemplo si tenía que producir un aparato en una caja plástica donde se generaría cloro (un gas extremadamente agresivo), tenía que ir a otra División ('Materiales') para que me recomendaran que usar, y allí me toparía con algún flaco especializado en plásticos con el que tendría que mantener una conversación altamente técnica sobre lo mejor a utilizar. Si el equipo requería una batería habría entonces que recurrir a otra sección en donde debería discutir ahora con un especialista en materiales para electrodos y allí debería sacar de mi galera mis conocimientos traídos de la facultad para poder entender cuestiones sobre posibilidades, costos y performances; sin escapar a discutir en una pizarra las ecuaciones de Nernst de termodinámica.

Había días en que sentía que mi cerebro hervía por lo encendido y atento que debía estar; en rigor por todo lo que se me exigía para estar a la altura de tanta ciencia y sapiencia generalizada en ese inmenso Think Tank que era el CSIR.

Mentiría si dijera que no me gustaba eso o que me estresaba, pues era innegable que disfrutaba de dos cosas muy positivas íntimamente ligadas entre sí. La primera que creo que nunca me vi 'en verdaderas dificultades'. Nunca quedé pagando sin saber de que se hablaba ni jamás dí la imagen de un tipo con falta de conocimientos o preparación. La segunda que esa sensación se dio por un lado por la experiencia de casi 20 años de profesión, pero muy especialmente por la educación que supe tener en mi país. Mil veces, luego de una intensa pero reconfortante discu-

sión que había mantenido con un especialista en algún tema específico de su cartera, me remitía a mis escuelas tanto primaria como secundaria y a mis facultades de la UBA (tanto la de química como la de ingeniería), agradeciendo el nivel de los conocimientos que me habían ofrecido. Y agradecí también tantas veces al bueno de Domingo Faustino Sarmiento por su visión de cómo debía ser la educación argentina, algo de lo que ya he hecho mención. Agradecí finalmente a los momentos de debilidad propia superados ante los esfuerzos para llegar adonde se llegó. Esa sensación de plenitud profesional representó un premio más que me brindó esa maravillosa institución y ese país que me supieron acoger.

Quizás mi dedicación, mi gusto por lo que hacía, me brindaron algunos lindos éxitos: un montón de felicitaciones, una de ellas hasta de un ministro de Bostwana; un par de patentes por equipos desarrollados y hasta un premio muy especial, el de la 'Innovación' que significaba un reconocimiento que se otorgaba una vez por año a solo 4 científicos –de entre los 3,400 de nuestro CSIR - un buen reconocimiento y una imagen extendida por todo el universo de la institución.

Es así que en poco tiempo crecí en Water Care y se me ofreció el liderazgo de un grupo de trabajo llamado el ATG o Appropriate Technology Group.

Nuestra tarea era armar proyectos, desarrollar metodologías y diseñar productos para el medio rural y para los habitantes de las villas miseria (o villas de emergencia o pueblos jóvenes) que circundaban cada gran ciudad.

De la época del Apartheid, cada urbe 'blanca' tenía como satélite una ciudad donde vivían los negros, mano de obra y servidumbre de la élite blanca inglesa y afrikáner (como ejemplos: Soweto la de Johannesburgo; Mamelodi la de Pretoria; Kayelitsha la de Cape Town), y como era de esperar, las condiciones de vida en esas subciudades o 'townships' donde solo moraban negros pobres eran malas, ruines o directamente miserables. A esas dos áreas, las townships y las villas rurales era donde apuntaba mi programa de Tecnología Apropiaada a la que llamábamos TA.

Si bien mi mayor expertise siempre había sido el agua potable y además yo era conocido como un experto en ese tema; creo que mucho antes de haber cursado altos estudios y de haber entrado en eso del agua, yo ya había abordado casi desde la infancia el tema de la TA; y si bien mi reconocimiento al tema del agua era grande por las satisfacciones de todo tipo que me había brindado, no mentiría al decir que el agua estaba en mi cabeza pero la TA anidaba en mi corazón.

Quizás se entienda mejor como se desarrolló ese sentimiento, copiando un trozo tomado de mi libro Kwakukundala, que es básicamente un libro sobre TA. Aquí va:

Cuando era muy pequeño, hizo su aparición en el Buenos Aires de mitad de siglo XX la primera edición del Pato Donald, una revista del equipo de Walt Disney, en donde desfilaban semana a semana los más conspicuos personajes, que aún hoy, dos generaciones más tarde siguen haciendo las delicias de los niños de muchas partes del mundo.

Sin embargo, y a pesar del interés que Mickey, Donald, sus sobrinos o la pizpireta Minnie despertaban en mí; había una historieta que me fascinaba por encima del resto.

Se trataba de 'Bichito Bucky' ('Bucky Bug').

La historia rondaba alrededor de las peripecias de un simpático bichito de San José, con cortas antenas y su caparazón roja con manchas negras redondas.

Bichito Bucky, era un andarín de selva (posiblemente algún jardín de la clase media americana), que debía desafiar muchos peligros y resolver no pocos problemas al parecer insalvables para llegar sano y salvo a su casa o para rescatar a la 'bichita' de turno de las garras de alguna araña peluda y fea, de la voracidad de un sapo malévol o de las cuchillas de alguna cortadora de césped.

Lo fascinante para mí de esa historieta, no eran ni el Bichito Bucky ni sus andanzas, sino un personaje secundario, un grillo grandote, viejo y mal entrazado, que adornaba su cabeza con una quebrada galera, llamado 'Juan el Vagabundo' ('Bo' en la versión inglesa), cuya casa... atención! era un viejo zapato tirado justo en la orilla de un basural!

Cada vez que Bichito Bucky debía hacer frente a alguna tarea fenomenal, y cuando sus fuerzas o su capacidad eran francamente sobrepasadas, entraba Juan el Vagabundo en escena.

Juan escuchaba el problema sentado en la puerta de su casa (el zapato), recostado en una hoja retorcida en forma de hamaca, tomando su trago bajo un alero hecho con una caja de fósforos de papel.

Con la típica actitud de esos vagabundos sabios, que han dejado la facilidad de las grandes ciudades para recluirse en alguna gruta de montaña, lo primero que Juan hacía, era tranquilizar a Bucky y asegurarle que juntos solucionarían el inconveniente.

Juan medía entonces la magnitud del problema, y aquí ocurría lo que me maravillaba.

Dejaba el grillo su trago y su hamaca bajo el alero y se dirigía al fondo de su casa (la parte de atrás del zapato) justo donde comenzaba el basural.

Con ojo escudriñante y gran concentración caminaba seguido de un Bichito Bucky atento y respetuoso. Juan pensaba, caminaba, miraba, y tomaba de aquí y de allá cosas sueltas que encontraba tiradas. Un carretel, una aguja, un lápiz roto, una hoja, una llave, un botón, un trozo de resorte.

En los cuadritos siguientes, Juan iría armando con los restos encontrados, el artilugio imprescindible para llevar a buen fin la andanza semanal; y así iría produciendo una ballesta, una escalera, un puente, un carro, un cañón, un tobogán, un helicóptero y una variedad de botes entre los que destacaba la cáscara de nuez con mástil de escarbadientes y vela de hoja de jazmín.

Ésa, precisamente ésa, era la parte que me fascinaba. Ver como la sabia mente de Juan podía idear tanta maravilla, tanto producto útil a partir de los más inútiles desperdicios.

Sin saberlo, aquel niño estaba entendiendo el principio de la Tecnología Apropiada e incorporándolo dentro suyo como uno de los nortes que habrían de regir toda su vida futura.

Por si no queda absolutamente claro de que se trata este tipo de tecnología baste decir que es una rama de la ingeniería con una filosofía hart o simple: se trata de solucionar problemas con lo que haya a mano en el lugar y al menor costo posible. Algo así como:

Si una persona común produce algo que le cuesta 100 pesos, un ingeniero lo hará por 10. Un especialista en TA necesitará 1 solo peso para solucionar el asunto.

Mis conocimientos en el tema se basaban en todo lo que había experimentado y realizado en la Patagonia más lo visto en mis viajes anteriores al África y a Centro América a lo que fui sumando una nutrida biblioteca que hoy es una joya sobre TA.

Todo ello: experiencias, lecturas y contactos con otros especialistas me había enseñado que para manejar esta tecnología no bastaba el tino ingenieril. Yo tenía claro que no se le puede dar a la gente sin instrucción ni educación cuestiones ajenas a su cultura y a su forma de ser. Al traspasar cualquier ingenio tecnológico uno debe tener muy en cuenta cómo será tomado por los individuos y por la comunidad algo que por ser desconocido es normalmente rechazado.

En los años 70 y 80, a través de programas de ayuda internacional de agencias mundiales y de países desarrollados se llenaron los villorrios y conjuntos humanos, de bombas para sacar agua del subsuelo. Pero eran artefactos extraños para la gente, difíciles de manejar y arreglar cuando se descomponían. El resultado es que para el comienzo de los 90, el 70% de todas las bombas que se habían donado en esas décadas, estaban abandonadas. Rotas sin que las hubieran podido o querido reparar localmente.

La TA ante la necesidad de sacar agua del subsuelo para una comunidad, tomará un camino distinto. No colocará una costosa aunque complicada bomba que sin dudas será social y culturalmente rechazada, sino que observará que hay disponible en el lugar y utilizará ese recurso. Si por ejemplo la caña bambú es nativa del entorno, abundante y los lugareños la usan para hacer un puente, una cabaña y un armario, entonces el ingeniero o el técnico en TA lo que debe hacer es inventar, crear algún artilugio que permita elevar el agua desde un pozo excavado por ejemplo, pero haciendo uso de esas bambús. Cortará la caña en pedazos creando vasos o 'cangilones' y luego por medio de una roldana y una cuerda las atará en un aro flexible que bajará y subirá trayendo el agua desde el subsuelo. El aparato se verá entonces como algo local, que proviene de un elemento propio y conocido. Solo entonces será aceptado y tendrá éxito. Lo bueno de todo este asunto es que dado un problema, para su solución no hacen falta grandes elucubraciones, pero sí una inmensa cuota de imaginación y sentido común.

Si se tiene poca leña para cocinar y la comida es grasosa, entonces habrá que idear una cocinilla que utilice casi nada de combustible (palos, ramas, yuyos o bosta) pero que aproveche la grasa que gotea de lo que se está cocinando. Será la misma grasa la que sirva para cocinar la comida.

Otro buen ejemplo es la letrina Sanplat en la que me ví involucrado.

La importancia sanitaria de cualquier letrina es que permite separar la gente de la materia fecal dispuesta en el hoyo. El problema son los costos y sobretodo la forma de preparar o construir el elemento de separación: la losa que cubre el agujero en la tierra, porque casi todas las letrinas que funcionan bien, que duran, llevan una plataforma de hormigón armado: esto es concreto más hierro en barras.

El asunto en que en los lugares alejados, en el África escondida y donde más necesarios son estos elementos sanitarios, se conoce en cierta medida el cemento pero no el hierro el que es más difícil de llevar por caminos primitivos donde no entran camiones. Además al hierro no se lo acepta culturalmente tan bien como se acepta al cemento.

En un viaje a Kenia, conocí a un arquitecto sueco (Bjon Brandberg), que había desarrollado el modelo inicial. Un tipo simpático, con el que tomé varias cervezas bajos los famosos árboles acacia en las afueras de Nairobi donde se estaba haciendo un taller sobre letrinas. Charlamos largo sobre la TA y sobre nuestros proyectos y con gran desprendimiento me ofreció que usara sus ideas para desarrollar mis Sanplat en Sud África. Tomé así la filosofía de su artilugio, la llevé a Pretoria y le hice una serie de modificaciones para simplificarla más aún. El resultado fue la Sanplat CSIR. Ésta era una plataforma redonda de 1.40 m de diámetro de tan sólo 4 cms de espesor y que no llevaba ni un solo hierro en su interior!

El secreto era la forma en cúpula que le permitía mantener el esfuerzo estructural basado solamente en el principio del domo, que transmite las fuerzas del peso sobre los bordes y no sobre

el centro (así fue como se hicieron en la Edad Media las grandes catedrales europeas). Pero lo más importante del método constructivo era que con solo un poco de cemento y arena, una regla de madera y un redondel de cualquier material se armaban estas maravillas que a pesar de su aparente fragilidad permitían soportar el peso de hasta 5 personas. Ni que decir que esta tecnología fue ampliamente exitosa y a partir de los proyectos de implementación se construyeron cantidades de estos elementos hasta en los rincones más alejados de Sud África y de otros países vecinos.

Con esto muestro la importancia que tenía la TA para el desarrollo de mejores condiciones de vida de un montón de gente viviendo en condiciones deplorables.

Junto con esos ejemplos, produjimos con el grupo un montón de artilugios como reguladores de agua, aparatitos casi infantiles para desinfectar el agua de bebida, sistemas simples de construcción de viviendas con una técnica que había tomado del Chubut y que perfeccionamos, la HFB (Heart Filled Block) que nos permitía levantar una habitación o un tanque de agua en solo una mañana por lo simple de la forma operativa que esa técnica mostraba. Inventamos kioscos de agua (donde en medio de lugares remotos se ‘vendían’ 20 litros de agua (el precio era irrisorio, pero la idea detrás de los kioscos era que los beneficiados tuvieran conciencia de que el agua que se les proveía tenía un costo y había que cuidarla). Con toallas y un simple vidrio construimos desalinizadores domiciliarios; usamos el sol para desinfectar agua colocada en botellas de Coca-Cola (SODIS o Solar Disinfection); preparamos briquetas con papel usado para combustible, ideamos muy eficientes calentadores solares con mangueras negras enrolladas, desarrollamos una técnica simplificada para montar sistemas rurales de biogás, intentamos conducciones de agua con cañas bambú, varias formas simplificadas para mejorar la calidad del agua y también de comida, con desecadores y conservadores. Nos metimos en el desarrollo de filtros dinámicos y los instalamos en lugares remotos. Vemos tratamientos de aguas residuales y vendemos esa tecnología a reservas de animales donde por razones ambientales no deseaban tener ‘equipos altamente tecnológicos’. En un viaje a Bostwana me piden alguna idea para mejorar la calidad del agua que los salvajes bosquimanos consiguen en las dos o tres únicas lluvias que caen al año. Se me ocurren unos simples socavones al costado de los cauces por donde en esos días de lluvia corren los torrentes de agua y para evitar toda la porquería que arrastra el agua en esa vorágine (palos, ramas, suciedad) sugiero unos filtros primarios con membranas de geotextiles.

Y así en muchas líneas de trabajo que como dije produjeron ingenios (cosas, productos) junto con metodologías que se implementaron a través de planes y proyectos que vendíamos a instituciones y organizaciones.

Al respecto de la mencionada ‘venta’ es interesante en este punto comentar algo relacionado al cambio que ocurrió dentro del CSIR y que viví sufriendo (o disfrutando) una suerte de transformación interna yo también.

Si he mencionado que en la institución había un enorme caudal de inteligencia, no podía ser que las cabezas (un directorio de verdaderos genios técnicos y gerenciales) no lo fueran en menor medida. Estamos hablando del comienzo de la década del 90 y para ese entonces Sud África estaba sufriendo una fuerte presión internacional para que eliminara el apartheid. Si bien no podría hablarse de ‘esclavitud’ era innegable (y eso yo lo veía a diario), la discriminación y el tratamiento abusivo por parte del blanco al negro.

Era inevitable por el ahogamiento que el país estaba sufriendo que pronto se terminara ese abominable tipo de coexistencia, que se llamara a elecciones libres y generales (hasta ahí los negros nunca habían podido votar) y se llegara a un inevitable gobierno liderado por gente de color.

Ante ese panorama los gerentes del CSIR tejieron varias estrategias, pero diría que dos de ellas tuvieron un impacto directo en mí.

La institución operaba como un órgano del gobierno blanco sudafricano. Su mirada estaba centrada en una ciencia aplicada fundamentalmente para el desarrollo de todo aquello que hace a una sociedad humana de punta. Se investigaba así en tecnología espacial, ingeniería genética, materiales futuristas y hasta en virología informática. En alimentos especiales, en fuentes de energía alternativa, en nuevos tipos de caminos.

Nuestro gran programa madre de Water Care y especialísimamente el nuestro de ATG apuntaban en cambio no a lo súper nuevo y al hombre del futuro sino que por el contrario intentaba producir y promover tecnologías básicas, simples, primitivas para la gente subdesarrollada, para aquellos situados en la parte más baja de la pirámide del progreso humano.

Si antes del cambio propuesto, frente a los otros científicos del Centro que hablaban de armas satelitales o de cañones láseres capaces de bajar un avión en vuelo los integrantes de nuestro ATG podíamos vernos como humildes cenicientas al presentar el desarrollo de un dosificador de cloro hecho con una botella de vino vacía y un vaso invertido dentro; repentinamente nos pusimos en la visión y en el decir de todo el CSIR, y nuestras acciones y proyectos comenzaron a mirarse, a estudiarse y a evaluarse con inmenso respeto.

La razón? Si cambiaba el gobierno y se instauraba un poder de 'otro color', lo primero que la nueva gente haría sería preguntarse: 'Para que quiere la masa negra, pauperizada por generaciones, ese cañón o ese satélite? Lo que vamos a necesitar es agua potable, letrinas, energía y viviendas producidas por una tecnología simple para desparramar bienestar y salud sobre el inmenso universo de las áreas deprimidas, el campo, las villas miseria y los townships'. Y oh maravilla! Eso era justo lo que hacía mi grupo por encima de las centenas de otros grupos dentro del Centro.

Siendo un país tipo primer mundo, con un alto desarrollo y alto Producto Bruto, los fondos con que operaba el CSIR eran harto generosos y provenían al 100% del gobierno nacional. La gerencia del CSIR o tuvo información clasificada o presintió que los cambios que se avecinaban conllevarían también una caída estrepitosa en el nivel del aporte de fondos operativos, por lo que decidió entonces implementar una política de cambio mediante la cual debíamos pasar de tener un presupuesto gubernamental a uno eminentemente propio; es decir, que si antes con solo pedirlos se recibían alegremente fondos en cantidad, ahora se debería vender lo que se hacía, fuera investigación o desarrollo. Había que cambiar los fondos gratarolas por dineros conseguidos en la venta de lo que se sabía o se podía hacer.

Ahí estuvo la segunda variable de cambio que me impactó. Si antes bastaba pedirle a Koos, el jefe, que me apoyara con algo de su dinero para desarrollar un decantador para tratar agua turbia de la que frecuentemente se encontraba en los ríos africanos, ahora teníamos que salir del centro y acudir a otros entes gubernamentales (como la Water Research Commission que solía apoyar investigaciones relacionadas, el Ministerio de la Vivienda o el de Salud), o... no gubernamentales como ONGs establecidas, bancos, instituciones privadas, grupos de inversión, etc.

Pero la gerencia tenía también claro que no se le podía pedir así como así a un científico que había pasado 20 años encerrado en un laboratorio solicitando y recibiendo los bienes que necesitaba, que ahora saliera a vender con éxito lo que hacía. Había que preparar a esa gente; adiestrarla, capacitarla para poder realizar las ventas con posibilidades de traer dinero a casa. Fue así que me vi inmerso en una serie de capacitaciones de alto nivel, en donde me enseñaron lo que era negociar, como comunicar y qué eran las técnicas de venta y las de aproximación a posibles compradores.

Todo esto que se sumaba a lo ya mencionado de estar todo el tiempo en contacto con ciencia y científicos del primer nivel, más esta no esperada capacitación me parecían un regalo del cielo. Encima aprendía una gestión comercial como nunca me había imaginado que podría operar un centro o una empresa y pensaba como me habría servido tanto conocimiento cuando estábamos frente a Fenar.

Citaré un ejemplo de esta transformación. Hasta llegar al CSIR yo siempre había trabajado como un empleado al que se le pagaba lo mismo que se le daba al tipo que tenía al lado con igual función. Acá la cosa era distinta. Todos los profesionales teníamos contratos individuales que si bien contenían una porción igualitaria para gente de igual nivel, luego se diferenciaban en razón del expertise, de lo que se hacía y de lo que se conseguía. Me encantaba el sistema de evaluación. Cada 6 meses debíamos pasar por una valoración cuya finalidad era ajustar nuestro salario. Para eso teníamos que evaluarnos. Y digo 'evaluarnos' pues cada uno de los científicos debía llenar un formulario con puntuación sobre lo que había realizado y sobre los logros y fallas de cada uno a lo largo de esos seis meses. Por su parte el jefe hacía lo mismo y en una reunión privada se cotejaban los resultados. Si los puntajes de jefe y subordinado diferían en más del 10% se analizaba y discutía el porqué de la distinta visión de las dos partes. Si la diferencia era menor o igual al 10% entonces se hacía el promedio el que iba a otra fórmula para ajustar el salario del semestre siguiente. Ni que decir que era raro que yo o mis compañeros tuviéramos mucha diferencia con la evaluación del jefe. Es que cada uno sabía donde había andado bien; que se había logrado y donde también se había fallado.

Finalizo relatando como desarrollaba mi trabajo.

El día a día era algo totalmente variable. Podía estar haciendo cálculos o dibujos para el desarrollo de algún aparato, podía ir a un playón o a un enorme galpón donde un equipo funcionaba con alguno de los técnicos operando pues me gustaba ver si todo caminaba como se esperaba e ir evaluando los resultados que se iban obteniendo. En oportunidades salía a contactar a alguna organización o institución que podía estar interesada en alguno de nuestros productos o sistemas. Podía acudir a algún encuentro de profesionales o simposios y casi siempre varias veces al mes salía al campo para ver nuestros proyectos de agua potable, construcciones, biogás o cualquier otro que estuviéramos llevando adelante. Los viajes eran normalmente dentro de Sud África, pero también viajaba frecuentemente por el África entera, a algunos lugares para ver cómo estaban funcionando nuestros equipos; en otros para vender alguna tecnología y en otras oportunidades para ver posibles lugares de implementación de nuestros proyectos o métodos. Recorrí así intensamente desde Kenia a Madagascar, desde Zambia a Zimbabwe, desde Botswana a Tanzania. Un premio adicional para un viajero incondicional, en donde en cada recodo del camino alguna sorpresa me esperaba y siempre sintiendo lo que decía Hemingway cada vez que visitaba el continente negro:

‘Llegar al África es sentir en el aire un cierto olorcillo a sangre y aventura.’

Si bien la violencia es algo inherente al universo africano, y si bien mis andanzas eran fundamentalmente por donde mayor peligro había que como he mencionado era donde estaban los negros más pobres, fui afortunado en jamás verme agredido... exceptuando aquella noche en el Kwandebele en por muy poco sufro una de las más terribles y crueles experiencias en la que mi vida y mucho más estuvieron en juego ...

Pero antes de esa anécdota debo mencionar a la gente que me acompañaba en mis tareas del ATG porque uno de ellos, el ‘Black Demon’ tuvo mucho que ver en ese episodio.

Entre los varios compañeros blancos voy a destacar a los 4 o 5 más íntimos, con los que más trabajé y que más me secundaron. Gente con la que llegué a tener una íntima y calurosa relación. Tipos y tipas de primera a los que mucho quise y siempre extrañé al dejar la querida Sud África.

Debo comenzar con Koos Wium, mi jefe, que si bien no participaba en nuestra labor directa, era quien nos miraba y controlaba por encima de nuestros hombros.

Koos era un afrikáner alto, pelado, de ojos muy azules. Como jefe lo vi siempre como el ideal pues estaba siempre ubicado en la justa medida entre la flexibilidad y el no dejarse pasar por incauto. Nos daba gran amplitud de maniobra pero era inflexible e intransigente en el momento en que había que exigir. Un duro de imagen pero de noble y tierno corazón.

Al respecto quiero mencionar una anécdota que me hizo valorarlo con un ser humano cálido y tierno.

Esa noche ambos nos habíamos quedado trabajando muy tarde. Él lo hacía porque su carga de trabajo era mucha y yo fundamentalmente para no estar en casa. Estoy hablando de esos pocos días que seguí viviendo en la casa de Snowy Walker luego de la decisión de separarnos y antes de irme definitivamente a Entabeni.

La situación era tan insoportable que no quería estar ni un momento en la casa y solo iba para dormir y nada más. Pero al margen de no querer ningún contacto con Mirtha, mi estado era un desastre y mis angustias enormes.

Al ya irse a su casa Koos vio la luz en mi oficina y se paró en la puerta para preguntarme:

- Porqué tan tarde? Algún problema?

Entonces decidí contarle todo lo que estaba viviendo y como dos viejos amigos nos sentamos a charlar sobre mis problemas, la separación y la disolución de la familia.

Mi emoción fue en aumento hasta que en un momento determinado le confesé que mi tremenda angustia era porque ya no conviviría con mis amados hijos a los que sabía que extrañaría con toda mi alma. En ese momento de la confesión y sin poderlo evitar bajé la cabeza y comencé a llorar. Cuando a los pocos segundos la levanto y lo miro, Koos, el tipo rudo, el a veces seco en exceso... estaba llorando a mi par! Su enorme sensibilidad le había hecho ponerse en mis zapatos y entendía y compartía plenamente mi angustia.

Nos levantamos, nos dimos un abrazo y dando media vuelta el afrikáner salió de la habitación.

Nunca imaginó Koos, como ese gesto, esa emoción compartida me acompañó a lo largo de mu-

cho tiempo, ayudándome a sobrellevar mi intenso dolor. Un gesto que nunca olvidaré y que me hizo valorar a este tipo muy pero muy por encima de su función de justo y correcto jefe.

Entre los que eran mis compañeros y mis apoyos en el ATG, quiero mencionar en primera instancia al ya mentado Ian Pearson, un tipo de lo más bondadoso y de una inteligencia increíble. Era mi apoyo cuando tenía dudas y jamás dejó de darme los mejores consejos tanto en la parte ingenieril (en donde sus conocimientos eran los de un gigante) como en la parte social, lo que me permitía relacionarme con la gente local. De la misma forma que mi compañera de Saneamiento de Esquel, la mapuche Chiqui me había aconsejado en el qué y el cómo decir para manejarme adecuadamente con los pobladores rurales e indios de la Patagonia, Ian me aconsejaba sobre la mejor forma para relacionarme efectivamente con los habitantes rurales de Sud África. Un gran tipo, una excelente persona y un increíble ingeniero.

Dave Still era otro ingeniero también brillante. Un colorado buen mozo que se encargó fundamentalmente del desarrollo de nuestros equipos caseros de desalinización y de los equipos para los kioscos de agua. Sabía de electrónica y de computadoras como ningún otro. Para el 91 se comenzaba a popularizar el correo electrónico como medio de comunicación. El CSIR no era ajeno a este increíble desarrollo, pero la implementación se iba haciendo a medida que las necesidades o el interés particular de cada grupo o programa lo requiriera. Obviamente era cuestión de poco tiempo para que todo el centro estuviera conectado con e-mails y con LANs internos, pero el proceso se desencadenó de a pasos en un periodo que llevó casi un año entero. Como Pablo estaba ya en Cape Town me ardían las ganas de tener este medio de comunicación para usarlo con él que veía barato, funcional y futurístico. Así fue que desde el vamos no dejé de jorobar a Dave para que implementara asap el correo en nuestro Programa. Con el aval y apoyo de Koos, el colorado sobrellevó todos los inconvenientes técnicos de esos inicios y fuimos de los primeros en el CSIR en tener ese medio de contacto; y yo, uno de los primeros papás en comunicarse con su hijito casi diariamente por esa vía maravillosa.

Cecille Thom era una física joven que nos apoyaba en evaluaciones, en toda la parte de cálculos y en instruirnos en cuestiones de física (fuerzas, apoyos, estructuras, etc.); cosas de las que la piba mucho sabía. Bonita y femenina era un gusto tenerla involucrada en el grupo y debido a que yo era un gentleman, en varias ocasiones cuando hicimos viajes conjuntos me refrené de hacerle alguna aproximación con fines inconfesables. En verdad: lo que se dice un perfecto caballero.

François Smith era un arquitecto con el nos manejábamos en las cuestiones constructivas; los bloques de la técnica HFB, los sistemas de construcción de tanques de agua, de viviendas y toda la gama de ensayos de los materiales que desarrollábamos.

Con él hice un montón de viajes a la zona rural alemana a Durban en el Sudoeste del país para ver unos proyectos sobre aguas condominiales y otros de cloacas de pequeño diámetro para barrios pobres. Los viajes con este muchacho (menor que yo) eran un gusto y generalmente volvía a Pretoria con dolores de barriga por todo lo que nos reíamos en los días que duraba la visita al sur. Él fue quien me enseñó una expresión en afrikaans:

'Aj... kak man!' que cada vez que la decía enfrente de afrikáners, absolutamente TODOS, se persignaban, se escandalizaban y reían azorados. Estoy convencido que era una expresión atroz

y solo me la aceptaban pues se daban cuenta de que yo no tenía ni idea del espanto que estaba expresando. Al momento de escribir estas líneas, sigo sin saber qué miércoles quiere decir esa frase que sea tan tremenda.

Baby Mogane era socióloga. Una de las pocas profesionales negras que había en esa época en Sud África porque no era fácil para un negro acceder a una universidad en la era del apartheid. Baby era una increíble comunicadora y cuando teníamos que negociar con las comunidades rurales por ejemplo para instalar sistemas de agua u otros, solo ella podía conseguir tanto en tan poco tiempo y con tan pocos recursos. Ultra simpática aunque no muy bonita, tenía sin embargo un enorme trasero que cada vez que me veía en un pasillo lo escondía fingidamente contra la pared. Es que ya era una costumbre, casi una ceremonia, que al verla yo comenzara a cantar la canción de los 50: 'Baby! You're my baby' y al pasar a su costado le daba una palmada en el culo, lo que en vez de ofenderla le causaba una gracia inmensa, al igual que a cualquiera de nuestros compañeros que reían desafortunadamente al verme hacer algo que consideraban que solo un loco extranjero, muy loco y muy extranjero podía animarse a hacer en Sud África.

Cecil Chibi era el hijo de una acaudalada terrateniente de Swazilandia. Ya he mencionado que este ingeniero, formado en Inglaterra era de excelentes maneras y una gran simpatía. Era quien me visitaba en la casa de Snowy Walker para jugarnos unos tremendos partidos de pimpón y tomarnos unas buenas cervezas. Dedicado, inteligente y brillante en la faz profesional mostraba gran simpatía y comunicatividad en lo social. Una enorme sonrisa con la que mostraba unos dientes inmensos y blanquísimos le encendía contantemente el rostro. Fui su confidente en muchos aspectos de su vida en donde rankeaba alto su problemática de negro sin ganas de serlo y era claro que me apreciaba por encima de lo que apreciaba al resto de sus compañeros. Me sentí honrado cuando me pidió que fuera padrino para la tesis de su doctorado.

A Wainaina Kariuki lo conocí en uno de mis viajes a Kenya. Yo había hecho una presentación sobre unas técnicas que habíamos desarrollado y este ingeniero también formado en Inglaterra se interesó y entusiasmó tanto que luego de la presentación me abordó y me dijo a boca de jarro: 'Quiero trabajar con Vd. Contrátame y me voy a Sud África. Quiero hacer lo que Vds. hacen.' Me impresionó tanto su fuerza y su determinación que a lo largo de los días que estuve en Nairobi lo entrevisté varias veces y me dije que este tipo podía andar muy bien en mi grupo. Hablé por teléfono con Koos y le dije que había encontrado un tipo valioso; que lo quería conmigo. 'Es tu proyecto y vos manejas tu dinero y tus metas' me respondió. 'Si ambas cosas te dan... por mí: adelante! Una vez que esté aquí lo ayudaremos a obtener su permiso de residencia.' Así fue como este negro flaco y enjuto pasó a formar parte de las huestes de mi proyecto. Fue mi compañero y mi ayudante. Siempre dispuesto a ayudar y quien me secundó en todos los estudios y desarrollos que llevaron a la escritura del manual sobre Filtración Dinámica. (Más tarde, una vez que me hube ido ya del África, él siguió solito estudiando la performance de los filtros que instalamos en varias partes del África y escribió un segundo manual; una continuación del mío, y su fidelidad fue tal que aunque yo ni sabía de la existencia de ese manual, él lo firmó como co-autorado por mí. Un lindo y noble gesto de reconocimiento!).

Al nivel de los técnicos (todos negros), en el programa madre de Water Care teníamos varios que nos apoyaban en nuestros proyectos y en nuestro ATG cinco de ellos eran con los que más

trabajábamos. Jeffrey Zgongo, Philemon Mongallo, Exter Quineba, Viktor Maboka y el último: Timothy Motshoeme.

Cada uno de ellos tenía sus características peculiares: Jeffrey simpático pero difícilmente se lo vería con alguna luxación o molestia muscular por el mucho trabajo. Exter por el contrario era eficiente pero siempre andaba serio, con cara cúlca y uno jamás podía saber que ocurría en su mente. Philemon ya estaba demasiado viejo y cansado por lo que era mejor no pedirle mucho; y Viktor inteligente y buen trabajador, pero era un típico resentido contra los blancos y siempre se le escapaba algún comentario al respecto. Ejemplo:

‘Cuando tengamos ‘nuestro’ gobierno los matamos a todos. Vos también sonás aunque no seas de acá. Sos blanco y por ello perdiste’; chuza que me decía 4/5 en broma 1/5 en serio.

En rigor no tengo demasiado para decir de ellos. Digamos que cada uno con su carácter eran parte del paisaje cotidiano y con quienes teníamos que lidiar y convivir.

Debo ahora destacar que al margen de estos flacos recién descritos, lo teníamos a Timothy. Si en la escala de productividad 10 es igual a ‘Labrador’ y 0 a ‘Vago redomado’, Timothy caía en un cómodo 3,50.

Ventajero, mentiroso, mañoso, vueltero. Y sin embargo... no sé porqué le agarré cariño. Era simpático a más no poder y verdadero producto de una calle que para estos negros era dura, cruel y extremadamente difícil. Al poco tiempo de tenerlo trabajando conmigo era tal el apego que le agarré que siempre me lo llevaba como compañero cuando tenía que hacer viajes a las zonas rurales. Sus charlas y sus anécdotas de ‘negro pícaro’ me regocijaban y ayudaban a conocer y entender a esta gente subvalorada y en casos despreciada.

Había veces en que lo agarraba en deslices, en macanas, en tareas no realizadas o directamente en mentiras apocalípticas. Lo sentaba entonces en una silla y como si yo fuera de la Gestapo le pegaba una filípica que él aguantaba siempre con una sonrisa, lo que hacía que al final del reto yo también terminara sonriendo y llamándolo ‘Oh you, Black Demon!’.

Esa relación tuvo su fruto desde el otro lado. El tipo la tenía clara, que cada vez que me hacía una, yo se la agarraba en el aire, pero que tras el regaño en vez de castigarlo como se merecía o de enfrentarlo con Koos (que no hubiera sido tan benévolo), lo perdonaba; y así fue que el negro me agarró también un cariño que traspasó y por mucho las barreras inevitables del jefe/subordinado o del blanco/negro.

Sus mañas y mentiras lentamente fueron mutando a devoción y fidelidad y así al poco tiempo de comenzada la relación Timothy se transformó en un perro fiel y protector.

Con el tiempo llegamos a ser buenos amigos y en esa extraña y no común relación (recordar que estábamos en una Sud África aún inmersa en el apartheid) yo notaba su mayor entrega, y disfrutaba de sus sentires íntimos y hasta de confesiones que yo estaba seguro nadie, pero absolutamente nadie conocía en todo el CSIR.

Ejemplo? Un día que tomábamos una cerveza en un pequeño pueblito al norte de Johannesbur-

go donde estábamos pasando unos días para instalar unos equipos de distribución de agua, quizás como oferta o como muestra de su amistad, me hizo una confesión que me dejó helado:

- Felipe quiero que sepas algo que solo mi madre y mis más íntimos amigos saben: En mi tiempo libre, cuando no estoy trabajando en el CSIR, yo soy un... ladrón! Robo tiendas, bares, casas vacías. En una oportunidad hasta robé un banco...

Wow! Esa sí que era una revelación! porque el tipo me ofrecía como prenda de su amistad uno de sus más preciados secretos; estaba poniendo en mis manos quizás una parte de su seguridad personal; y yo aprecié esa confesión en toda su magnitud y significado.

Ligado al tema de los robos, si en alguna oportunidad veía que me pasaba algo o que algo me faltaba, acudía a mí con la actitud del buen ladrón, del Robin Hood. Lo demuestro con otro ejemplo: Llego al trabajo y le comento que se me ha reventado un neumático a pocas cuadras. Se me acerca con una cara de seria actitud y mucho de conspiración y como en una confesión, en voz baja me dice:

- Tranquilo... mañana te tengo un neumático igual. Esta tarde cuando salga del trabajo me robo una goma como la tuya y mañana la colocamos en el autito.

- Timothy! – le salto con el mismo tono que se usa para decirle al niño que no debe tocar la sartén con el aceite hirviendo – Yo no puedo hacer eso! No estoy acostumbrado. Me educaron diciéndome que eso estaba mal. Que era pecado. Que no era correcto.

- Dios mío! – rezonga entonces en retorno con una sonrisa – O sea que en la Argentina también la educación es un desastre!!

Entre sus confesiones que repito, para mí pasaban más por certificar y asegurar la amistad y confianza que tenía en mí, posiblemente el único blanco al que le brindaba tal tratamiento y honor; estaba el cuento de sus actividades raciales anti-blancos.

Sabido era en esas épocas de apartheid que cada tanto, por quitarme esas pajas, la policía (blanca) hacía raids por los townships para buscar algún negro o directamente para amedrentar a la población de esas localidades. Los policías llegaban en carros blindados y en motos y se metían en las callecillas pegando palos y tirando gases o tiros hasta que encontraban al que buscaban o hasta que habían asustado a los habitantes del lugar.

Cuando eso ocurría, cuando llegaba el escuadrón se corría la voz entre los jóvenes negros que estaban disponibles, casi siempre los vagos que no trabajaban y que sin duda eran todos tipos bravos y en segundos se armaba la contraofensiva. Timothy, aunque trabajaba, era un integrante de esas brigadas 'anti-cops' y cuando estaba en el township rápidamente se confundía con los grupos que hostigaban a la policía. 'Mi especialidad es tender cables de acero entre árboles a cada lado de la calle. Cuando pasan los 'cops' en sus motocicletas el cable los tira al suelo y cuando están caídos les tiramos piedras, rocas y todo lo que tenemos a mano. Lo disfruto mucho!'

A veces lo agarraban y me decía que no recordaba el año en que no le hubieran dado una buena paliza en alguna comisaria. Algo que llevaba con honor, como signo de su valentía, de su desafío al régimen dictatorial del apartheid y como emblema de la lucha de su raza.

Cada vez que teníamos varias jornadas de trabajo en alguna zona rural, mientras que yo me refugiaba en el mejor hospedaje de la villa, lo que traducido significa un 'miserio hostalsucho', él se despedía y desaparecía para aparecer agotado a la siguiente mañana.

- Donde has estado? - le preguntaba al siguiente día
- Con una novia – era su respuesta
- Pero cómo un tipo casado como vos puede tener tantas novias en tantos lados?

Así una y otra vez hasta que un día vino la respuesta completa:

- Mirá Felipe, la cosa es muy simple. Yo tengo algunas novias pero esto no debe llamar la atención a nadie en el África. Esto es común entre nosotros los negros.
- Es más, te diría que hoy por hoy no soy ni la sombra de lo que fui. Yo he llegado a tener hasta 4 mujeres embarazadas al mismo tiempo! Y hoy solo mi mujer de Mamelodi está encinta. No te parece una mariconada?

A lo que yo le respondía con mi latiguillo: 'Oh you... Black Demon!!'

Éste era pues mi Timothy, del que ahora voy a contar la anécdota que prometí antes de comenzar a hablar de mis compañeros del ATG pues él fue el causante de una de mis más extremas; terribles y peligrosas experiencias africanas.

Como he expresado, nuestros proyectos pertenecían a regiones de negros. Nuestro ATG trabajaba casi un 100% para los negros. Como tal, era corriente que nos tuviéramos que mover a las regiones donde obviamente solo ésta gente moraba. Es decir que yo, blanco, me movía en el universo de los negros.

A lo largo de mis años en África, visité muchos países llenos de gente de esa raza, y en casi todos lados no sentía el rechazo o la sensación de enemistad que reinaba en Sud África. Es que en ese país, por el apartheid y porque la explotación había venido siempre del lado del blanco, el sentimiento racista era fuerte, muy fuerte en la población negra sudafricana.

Meterme en una zona negra conllevaba siempre algún nivel de riesgo. Por tal razón, si bien en ocasiones no tenía más remedio que ir con algún blanco de mi grupo, me sentía mucho más seguro cuando iba con alguno de mis técnicos negros. Además yo sabía que Timothy me iba a proteger y cuidar más que a sí mismo. Era, en ese sentido una garantía para mí.

Viene a cuento, que en un determinado momento se concretó un proyecto para dar agua por un sistema de distribución a una aldea matabele, en el centro de la región del Kwandebele. El gobierno pondría el dinero, nosotros nuestra tecnología y la comunidad parte del trabajo.

Teníamos que tomar contacto con los líderes de la aldea para explicar cómo íbamos a trabajar conjuntamente.

Como nunca había estado en ese lugar y con esa gente, siempre y cada vez que entraba en una villa negra rural sentía una ligera incomodidad que iba desapareciendo a medida que me veían trabajar y que se daban cuenta que 'éste era un blanco bueno'. Sabía yo también que esta gente rápidamente se pasaba la voz y el sentimiento de que 'éste no es de los que hay que eliminar' me cubría como una especie de escudo protector.

Pero claro, hasta que eso ocurría generalmente en una segunda o tercera aparición por el lugar, el primer contacto siempre me significaba algún escozor, un tanto de intranquilidad. La violencia en el África es enorme y todos los estamentos, todos los niveles de la sociedad tienen un alto grado de esa violencia incorporada en su forma de ser y de vivir. Personalmente no tenía ganas de que me mataran o que me cortaran una mano en ninguna aldea rural.

Aquella tarde fue larga. Nos habíamos reunido por el CSIR solo Timothy y yo con los representantes de la comunidad, unos 10 o 12 integrantes, en una especie de lugar público, algo así como un saloncito comunal. Se entraba por una doble puerta y dentro del recinto que era estrecho solo cabía una larga mesa con sus sillas y al costado un pasadizo por donde la gente pasaba medio apretada. Al final del salón había un espacio más amplio donde se almacenaban palas y carretillas. Caía la tarde cuando terminamos con nuestras deliberaciones. Yo estaba feliz pues se habían limado todas las dificultades y me daba cuenta de que el proyecto iba a funcionar bien, que la gente cooperaría. Estaba cansado y solo deseaba irme a la posada local para tomar una cerveza y tirarme en la cama a dormir.

Todos los presentes nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta. Como yo había estado sentado en la cabecera al extremo opuesto de la puerta, era obviamente el último que saldría del salón. Iba a trasponer la puerta cuando Timothy me para. Me pone la mano en el pecho y en voz baja me dice: 'Vos no.'

Cierra la puerta y quedamos él y yo solos en el cuarto. 'Que pasa Timothy?'

Pone su cara de mayor seriedad y concentración y me dice lo siguiente:

- Esta gente me ha hablado hace un rato. Están encantados con el proyecto y mucho más aún, me dicen que nunca han visto un blanco tan bien dispuesto, tan piola como vos. Quieren agasajarte. Demostrarte todo lo que reconocen y agradecen tu visita y el proyecto. Quédate aquí, no te muevas que te tienen preparada una sorpresa.

Acto seguido se da vuelta, sale y cierra. Quedo solo.

Un instante más tarde la enorme puerta vuelve a abrirse y menos mal que la puerta, como dije, era enorme; porque se necesitaban las dos hojas, abiertas de par en par para que pudiera pasar la negra más imponente, gorda y elefantiásica que había visto en mi vida. La bestia pesaría no menos de 170 o 180 kilos. Era en verdad inmensa; alta, con facciones feas y mofletudas deformadas por la excesiva gordura.

No había salido de mi estupor al ver este fenómeno, cuando la gorda me larga con una sonrisa y en un tono espantosamente meloso la frase que me deja helado:

- Darling, soy Mimi y los del pueblo me han contratado para que te haga pasar la noche más inolvidable de tu vida. A ver?? Vení aquí que te doy un besito!

Espantado retrocedo lo más rápido que puedo por el angosto pasadizo hasta donde estaban las palas y carretillas; tan aterrado que no conseguía articular palabra.

La gorda, a pesar de su increíble masa me sigue casi a mi misma velocidad y cuando estoy contra la pared me encierra ubicándose a dos centímetros y acercando su cara a la mía. Podía sentir

el aliento grueso y con olor a cerdo y tabaco. No sabía cómo reaccionar ni cómo escapar del encierro cuando la bestia toma mis manos entre las suyas y las lleva a sus enormes tetas para comenzar a apretarlas y acariciarlas. Tuve la sensación de estar apoyado contra dos bolsas de harina de 80 kilos cada una.

La gorda acerca entonces su boca a la mía mientras me rezuma dulzonamente:

- Kissie! Kiss poor little Mimi!

Sentí que me iba a desmayar. Tenía los ojos dilatados del espanto. Estaba tan aterrado que no me salían las palabras. Finalmente, y dentro de la mayor desesperación y cuando el beso era inminente el alarido consigue escapar de mis labios:

- Heeeelp!!! Timothy... HEEELP!!!!

El grito fue la llave mágica. Repentinamente la puerta volvió a abrirse y del otro lado aparecieron Timothy y los negros que habían estado en la reunión ... todos riendo a mandíbula batiente y aplaudiendo como en el mejor de los teatros kabukis!

Mimi también reía y aplaudía a la par, y en un susurro me dijo al oído:

- Todo fue un juego que armó tu amigo Timothy. No soy Mimi. Me llamo Sophie y lo siento si te asusté – para agregar con un guiño de picardía – pero lo cierto es que te podría haber hecho pasar una noche inolvidable!

El chongo no había sido más que una jugarreta, una joda del reverendo hijo de puta del Timothy!! Tremendo Black Demon!

Más tarde aquella noche, y durante varios días más, cada vez que el atorrante me miraba, no podía contener la risa y se burlaba de mi expresión. Con el correr de los años y en cada oportunidad que lo tenía que reprender, me paraba en medio de mi rezongo y me decía con una sonrisa:

- Ya está bien patrón. Si no la paramos, guarda que llamo a la Mimi!

Y esa entonces, fue sin duda la experiencia más aterradora, cruel y peligrosa que viví en mis cinco años en el África negra!

Voy a clausurar en este largo escrito esta temporada pasada en Sud África con un recuento de lo vivido a lo largo de estos casi 5 años en ese país.

Tal como dije al principio de este tema, haber salido de Argentina y recalado en Sud África significó una vuelta de tuerca absoluta y en términos generales altamente positiva en mi vida.

Quizás entre lo más importante se pueda mencionar en primera instancia haber podido escapar de la situación de inanición económica que nos había ahogado en Buenos Aires derivada de la mala performance de Fenar. Luego de cinco años estábamos lejos de una bonanza real, pero con la apuesta desesperada de haber saltado al África había podido superar la negrura y la situación de vida o muerte, dándole a la familia la continuación de una vida con el nivel que siempre había disfrutado.

La segunda cuestión positiva era que finalmente me había separado de Mirtha. Los años de infelicidad vividos a su lado, fuera por culpa de quien fuera, quedaban finalmente atrás. La liberación que tanto me había costado se había conseguido.

En el tiempo transcurrido en Sud África, los chicos habían pasado de púberes a adolescentes y a pesar de la pena y el dolor que la separación de sus padres les había ocasionado los veía fuertes y encaminados. Mi vínculo con ellos a pesar del conflicto vivido y de la distancia física que nos separó a partir de allí, no melló nuestro amor mutuo y continuamos nuestra relación fuerte y armoniosamente.

Tan importante fueron esos resultados: salir de la depresión económica, liberarme del ceпо matrimonial y ver a los hijos encaminados que fue durante mi estadía en Sud África que mis tremendos dolores de cabeza comenzaron a disminuir.

Pasado hoy tanto tiempo desde aquellos momentos de Esquel y del África veo con más claridad la razón de mis dolores de cabeza. Es cierto que desde joven, por los deportes, por golpes y por lo que fuera que mi columna era una fuente de dolor. Es cierto que al hacerme análisis miles saltó que mis arterias podían ser proclives a dilataciones y contracciones más continuas que el resto de los mortales y eso también pudo haber sido fuente de dolor. Pero no tengo dudas que la mayor componente fue una cuestión tensional, derivada de la presión que mi madre (pobre vieja!) me metió en cuanto a que todo en mi vida debía ser perfecto. La búsqueda de la perfección y la inmensa responsabilidad que también me metieron para todo lo que encarara, fueron sin cuestión alguna las más importantes causas de mi auto-agresión. Tener la familia perfecta, los hijos soñados, la situación económica holgada, la profesión exitosa fueron sin duda para el pobre Felipito, desde su más tierna infancia, un corsé del que recién pudo salir cuando se comenzó a ver el éxito, cuando muchas cosas empezaron a caer en sus respectivas cajitas.

Si menciono que en Sud África comencé también a manejar técnicas yoga, sobretodo de relajación, introspección y meditación, en sesiones diarias que a veces duraban dos o tres horas, estoy describiendo el complemento fisiológico y biológico a la parte emocional. Gracias a todo ello, pude salir del África no sin dolores pues éstos me acompañaron y supongo que estarán conmigo hasta el final, pero ahora los tenía y los tengo absolutamente dominados. Los dolores ya no son parte de mi vida diaria, parte de un tormento que duró demasiado y que fue causado por una ingrata forma de querer a un hijo.

Valga el comentario de que decidido a que mis hijos jamás pasaran por lo mismo les inculqué el valor de la excelencia frente al de la perfección.

Perfección es hacer todo como el mejor. En la búsqueda de la perfección uno no tiene más remedio que ser el number one.

Excelencia en cambio es hacer lo que haya que hacer de la mejor forma posible pero con las armas que se tengan a mano. Si soy excelente me romperé para que todo salga lo más lindo que pueda; y si salgo primero, si todo sale inmaculado, entonces estaré feliz pues ese es un bonus, un premio adicional que hasta me podría haber sorprendido.

Ser excelente es poner lo mejor de uno y eso es bueno y no tiene porque ser estresante. Ser perfecto significa ser el ganador en una carrera donde corren 100 tipos; lo que no solo es casi imposible de lograr, sino que si salimos segundos la frustración nos hará infelices o como en mi caso, podrá hasta dañarte la salud.

Sud África significó en lo laboral y en mi parte profesional el espaldarazo. Quizás lo que vino después, ser un funcionario de Naciones Unidas fuera muchísimo más importante que desarrollarme como un científico en un centro de investigación y desarrollo; pero yo sé bien que el desafío, la diversidad y la confrontación técnica que tuve en el CSIR fueron únicos en mi vida profesional. Nada de lo que hice antes o después me exigió tanto ni me dio tanto en términos de satisfacción laboral. Si bien las responsabilidades que en mis primeros trabajos en Salud Pública de la Nación fueron altas y el inmenso campo de experimentación y producción que desarrollé en el Chubut fueron interesantes y formativos, nada se empardó con las demandas del centro sudafricano donde sentí que recién tras el paso por él me había convertido en un profesional totalmente sólido y exitoso.

Al margen de las satisfacciones por lo realizado, el trabajo en el CSIR me permitió viajar por todo el continente. Si viajar era una de mis pasiones, que me pagaran los viajes a regiones ignotas, pintorescas, extrañas, fue un premio adicional que tengo que sumar a todo lo que me dio ese trabajo.

Conocí a varios blancos y a varios negros locales con quienes supe hacer buena amistad. En todos los casos me sentí aceptado por esa gente buena, la que en los momentos en que se abrieron para dejar ver sus corazones los encontré absolutamente iguales a los de mi gente, independientemente del color de sus pieles y de sus ojos. Otro punto importante para ese rincón sureño del continente.

Finalmente el país como un todo, con su increíble infraestructura; sus centros comerciales, sus increíbles reservas de animales salvajes, su organización, sus servicios, sus autovías inmensas y esparcidas por todo el mapa, etc., me gustaba. Me hacía sentir bien.

No soporto el caos pues definitivamente soy un tipo que está más cómodo donde hay orden y donde las leyes se respetan y se hacen respetar. Sud África tenía esa disciplina y ofrecía la correcta protección para el que sabía cumplir con los códigos establecidos.

Al dejar ese país sentí muy dentro mío otra pérdida semejante a la que había experimentado cuando tuve que irme de Esquel. En serio que sufrí y que al dejar atrás a Sud África tuve la sensación que estaba abandonando a un gran amigo que había sido bueno, cálido y protector; que me había recibido con mi cultura y mis curiosidades; que me había dado la gran oportunidad y me había sacado de mi desesperación; que me había tendido grande sus brazos para que mis hijos se sintieran bien en él, que pudieran estudiar y hacer amigos; que pudieran vivir en libertad.

República de Sud África; querida amiga: muchas gracias y mi mayor reconocimiento por todo eso que me ofreciste de corazón!

LA MUERTE DE LOS VIEJOS

Es en este punto en donde introduciré un tema importante en mi vida, la muerte de mis padres. Las incluyo en este punto, pues fue durante mi estadía en Sud África que ocurrieron ambos fallecimientos.

MAMÁ

26 de junio de 1991. Serían las 2 o 3 de la mañana mientras dormíamos en nuestra casa de Pretoria cuando suena el teléfono. Era Papá diciéndome que Mamá había sufrido un ataque

cerebro vascular y que esta vez había sido tremendo.

Temprano en la mañana pongo la noticia en conocimiento de Koos y él convoca a mis compañeros. Entre todos se reparten mis tareas y obligaciones inmediatas y esa misma tarde parto para Buenos Aires. Llego al día siguiente y con Papá nos vamos al hospital Francés. La veo a Mamá en la sala de terapia intensiva entubada por todos lados. Solicito una reunión médica y me confirman que está totalmente descerebrada. Pasa una semana en que su situación no varía en absoluto. Mi tarea a lo largo de la misma es contener a Papá y todos los días ir a visitarla sin poder más que mirarla y acariciar su cabeza. Al cabo de la semana, junto con el primo Lalo que trabajaba en ese mismo hospital, pedimos una junta médica y me confirman que mi madre no tiene retorno. Está total e irreversiblemente descerebrada.

El jefe médico en el mejor ejercicio de la medicina-comercio me dice que él prefiere que Mamá siga en terapia.

- Pero está descerebrada o no? - le pregunto ante la perturbación de mi primo, incómodo por la situación frente a un colega de su hospital

- Sí... claro – me contesta el médico con más incomodidad todavía

Lo miro fijamente a los ojos y le largo sin la más mínima perturbación:

- Entonces me parece que lo tuyo, que supongo no es en rigor lo que sentís sino lo que tenés que hacer como vocero obligado de la política de este hospital, no es nada más que un acto de triste comercio; mientras que yo como hijo, y en un acto de verdadero amor solicito y me hago responsable de que a mi madre la desconecten.

Con una mezcla de bronca y vergüenza el tipo baja la cabeza, asiente en silencio y se aparta para hablar con una enfermera.

Mamá muere en paz el 4 de julio de 1991 a los 78 años de edad.

Cuando al día siguiente me piden reconocer su cadáver, por una lado me da una tremenda congoja verla allí, con el frío del invierno yaciendo en una blanca losa de mármol; pero por otro siento algo así como un orgullo y un enorme agradecimiento de que esta maravillosa mujer me hubiera dado la vida, su calor, su entrega, su protección, su pasión y su increíble ejemplo.

Tras cremarla, con Papá la enterramos en un cementerio privado, en medio de hermosos prados con árboles y flores y allí descansa en la Parcela 29, Manzana 20, Sector 8 del Jardín de Paz, situado en la ruta Panamericana Km 32.5, Ramal Pilar, en la Provincia de Buenos Aires.

PAPÁ

Apenas terminamos de enterrar a Mamá me vuelvo al viejo y le espeto:

- Qué querés hacer ahora que estarás solo? Vas a un geriátrico, te quedás en el departamento con alguien que te cuide o venís conmigo a Sud África?

- Prefiero estar con vos. Vamos a Sud África.

Ya he hablado de lo que entiendo por eficiencia y como trato de hacer mis cosas, sean profesio-

nales o personales de la mejor forma posible. Esto es, del modo más rápido y correcto utilizando los menores recursos posibles.

Creo que nunca desarrollé esta capacidad mejor que en la semana que siguió a la muerte de Mamá en la que preparé todo para el viaje conjunto de Papá y mío hacia Pretoria.

Con el viejo a las espaldas y con su aprobación en todo lo que le proponía vendí en una subasta todo lo que no nos llevaríamos a Sud África. Regalamos la ropa de Mamá y la sarta de artefactos (íconos e imágenes sacras incluidas) a gente amiga y/o instituciones de caridad. Cerré cuenta de bancos, hice transferencias, concentré y preparé toda la documentación de papeles de vida, muerte, escrituras, posesiones e historias presentes y pasadas. Di de baja a Mamá y a Papá de sanatorios, clubes y cuanta relación quedaba con instituciones argentinas. Como broche de oro y en una acción que ni un Rambo avisado hubiera hecho mejor, conseguí pasar por encima de decenas de jubilados en colas interminables y en 48 horas conseguí finiquitar el trámite de paso de la pensión de Papá desde un banco argentino a uno de Sud África. Increíble!

Dejé un poder para que vendieran el departamento de Añasco y otro a Tito para que vendiera la casita de Esquel.

Fue así que tan sólo 8 días después de mi llegada, salíamos el viejo y yo juntos, en un avión rumbo al continente negro. El Viejo de tanto en tanto largaba algunas lágrimas sentidas, pero siento con orgullo y tranquilidad que mi presencia, el apoyo que yo le daba y la perspectiva de una nueva vida más bulliciosa en contacto con los chicos y en un nuevo país de algún modo le permitían paliar su angustia y dolor por la partida de su compañera amada.

La casa de Snowy Walker era enorme y fue así que le preparamos un lindo cuarto para él solito. Mi relación con Mirtha para esos días ya era inaguantable y nos llevábamos mal. Sin embargo vuelvo a destacar reconociendo y agradeciéndole que en todo momento se comportó maravillosamente con Papá; lo trató bien, lo cuidó, lo hizo sentir cómodo.

El viejo era un rey en la casa que como describí tenía un jardín hermoso con su piscina y quincho. Yo le dejaba hacer los asados y como la comunidad argentina, tal como también he comentado, aunque reducida teníamos bastante sociabilidad, tanto en casa como en casa de amigos y a todos lados y en todas ocasiones el viejo estaba presente. Papá era un gran campechano y nadie quedaba inmune a su simpatía y sencillez, por lo que pronto se hizo reconocido y siempre había en esas reuniones argentinas quien le diera palique o escuchara sus cuentos.

Sin embargo...

Todo estaba bien mientras Mirtha, yo y los chicos estábamos en casa. Cuando los hijos o los mayores entrábamos al hogar todo era ruido, risas, gritos, agitación. Pero el asunto era que todos los miembros de la familia salíamos temprano de casa y volvíamos a la tardecita, con lo que el pobre Felipe padre, pasaba la mayor parte del tiempo solo y muy aislado, pues no podía leer el diario ni ver televisión y María, la empleada solo alcanzaba a decirle:

- Preparou mate don Filipi?

Para mí que esa soledad inevitable y tanto tiempo disponible para pensar lo condicionaron irremediamente. Un día, antes de la cena y mientras tomábamos un vino junto a la piscina, tomó respiro y me dijo como en una confesión:

- Sabés hijo? Creo que hasta aquí llegué. Vds. son muy buenos y te agradezco todas las aten-

ciones, pero Vds. tienen su vida que es atareada y yo... yo la extraño a Mamá. Creo que mi ciclo se cerró.

- No! – le dije – Vos tenés que adecuarte a tu nueva realidad. Como bien decís nosotros por nuestra vida no podemos darte más de lo que te damos, pero dentro de eso que te ofrecemos vos tenés calor, seguridad, buen trato y mucho cariño. El aburrimiento por el mucho tiempo solito lo tenés que manejar vos con tus recursos. Mi consejo es que no pares de tener proyectos. Para no deprimirte armá cualquier cosa. Obviamente que no vas a hacer proyectos a 20 años plazo, pero sí a una semana, a un mes, a un año. (Para el 24 de septiembre, su cumpleaños, le habíamos regalado un hermosísimo sillón para que se sentara en el jardín a ver los pájaros y las lechuzas que anidaban en un pino del vecino) - Agarrá el sillón y tirando migas a los pajaritos hacé una lista de los que vas viendo y todos los días ampliá el listado. Aprendé a conocerlos y hablarles. Otra: sabés que en la fraternidad argentina todos penan por no conseguir perejil. Agarráte un pedacito del jardín y sembrá perejil para repartir a todos los argies de la zona. Eso te lleva un mes. Que se yo? Caminá todos los días alrededor de la manzana y traéte una flor nueva cada día. Ves? Hay montones de proyectos de corto plazo que podés hacer y así estar entretenido hasta nuestro regreso al hogar.

Allí terminó nuestra charla, pero a pesar de ella y del consejo, su decisión estaba tomada. A los 84 años ya había dado lo que había que dar y en efecto, la partida de su esposa, que fue 'compañera' en todo el sentido de la palabra lo dejó sin deseos de seguir peleando.

Una mañana de febrero íbamos a ir al Kruger Park, toda la familia (Papá incluido) más mi cuñada Marta y sus hijos que estaban de visita; y cuando voy a su habitación a apurarlo para salir me dice que no se puede mover; que tiene un dolor a la altura de los riñones que no le permite ni respirar. Dejo que se vaya al Kruger el resto de la familia y lo llevo de urgencia a nuestro médico generalista, Bob Sherman. Lo atiende rápidamente y me dice que es la próstata. Me deriva a un urólogo. Corro. A media mañana lo atiende el urólogo. Le hace el tacto y me pregunta si Papá habla inglés. Le digo que no. Entonces con voz alarmada me dice:

- Le juro que en mi larguísima vida profesional como urólogo, jamás vi un cáncer de próstata de este tamaño. Tiene que internar urgente a su padre pues no creo que le queden muchos días de vida. Los dolores son una explosión de un cáncer que está diseminado por todos lados. Juraría que al margen de la próstata, están afectados fémur, hígado, quizás pulmón, pleura. Es increíble que no presentara dolores antes de esto. Un milagro pues podría haber tenido un penoso proceso con mucho sufrimiento.

Volamos al hospital que me indica y a mediodía habíamos hecho todo. Visitas a dos médicos, análisis, internación.

Un párrafo merecen los hospitales sudafricanos y sobre todo en aquellos días con apartheid vigente, los hospitales para blancos eran una delicia de arquitectura, funcionalidad y atención. El viejo solo tenía el problema de la incomunicación, pero las enormes nurses afrikáners ponían su cuota de respeto y calor para que el viejo estuviera bien.

Había hablado con los médicos del hospital y me habían dicho que no le quedaba más que 3 o 4 días. Así fue que al día siguiente lo fui a visitar y estando charlando con él sentado al lado de su

cama me dice que quiere ir al baño, que lo lleve. Lo acompaño y me quedo mientras se sienta en el inodoro. De pronto veo que su cara se oscurece y se levanta asustado. Me asusto yo también pues en la taza del inodoro solo se veía un mar, un torrente de sangre roja y ardiente. Llamo a una enfermera que enseguida se hace cargo de la situación y 5 minutos más tarde el viejo está de vuelta en la cama, limpio y calmo. Me agarra la mano y me pregunta:

- Hijo... me estoy muriendo?

Con una lágrima que yo derramo pero él no, le contesto que sí, que ha llegado finalmente el momento de partir para encontrarse con Mamá.

Yo estoy tocado, angustiado, sentido. Él no. Está en paz, como agradecido a la llegada del esperado momento.

Los médicos que lo atienden me dicen que al día siguiente lo transferirán a un hospicio. Me entra un escalofrío pues en español la palabra 'hospicio' es un orfanato, un asilo para huérfanos o abandonados.

Me dicen que le tocará uno que está pegado al hospital así que en una camilla vamos empujándolo una nurse y yo al lugar que le toca. Mi sorpresa no tiene límites pues el 'horrible orfanato' es un lugar hermosísimo, con bellos jardines y un aire de paz y armonía maravillosas. Allí descubro (y luego lo refrendé en el diccionario) que 'hospice' en inglés quiere decir: 'residencia para enfermos terminales'.

El viejo pasa allí entre dormido y despertándose los siguientes dos días, y los pasa encantado del comando a distancia que le permite subir y bajar la cama, del trato de las nurses y del ambiente de su cuarto privado con vista a través del ventanal a las bellas flores del jardín.

En la noche del 23 de febrero, cuando los médicos han aumentado la dosis de morfina y me indican que no pasará de esa noche, estoy acompañándole en su sueño. Solos los dos.

Será la 1 o 2 de la mañana cuando de pronto se abre la puerta y entra una enfermera enorme, cara de sargento de caballería y modales afines. Lo agarra al viejo y lo da vuelta en la cama.

- Qué hace!?! – le grito

- Lo doy vuelta y le pongo crema para las escaras – me contesta.

El asunto es que con el sacudón Papá se despierta. Está visiblemente confundido, no sabe que pasa. Veo su cara aterrada y salto a abrazarlo. Entonces al oído me dice esas palabras tan dulces que en ese viejo-niño no pueden sino hacernos sonreír a pesar del momento trágico y que aún llevo dentro de mí.

- Ya... estoy... muerto?

- No. Todavía no. Falta poco y acá estoy yo acompañándote.

Eso lo serenó; apoyó la cabeza en la almohada una vez más en la paz y tranquilidad que le había visto a lo largo de todo el proceso de la última semana; para con un esbozo de sonrisa en los labios despedirse como solo los grandes, los verdaderamente grandes pueden hacerlo:

- Entonces que todos sean muy felices...

Y así dejó esta vida ese hombre bueno, que a lo largo de toda su existencia vivió simplemente; que supo aceptar lo malo, valorar lo bueno y que nunca tuvo maldades ni segundas intenciones. Un padre ejemplar que hasta en el último instante, el momento de su muerte me dejó una enseñanza de hidalguía ante la propia extinción con un postrer mensaje cargado del más noble amor.

Papá falleció el 24 de enero de 1992 a los 84 años de edad. Lo cremé en Pretoria y al entregarme sus cenizas, parte las esparcí por el bosque de Entabeni dentro del campus del CSIR como un homenaje a la tierra sudafricana que lo cobijó en sus últimos días y que él aprendió a querer como la había querido yo.

La parte más importante de las cenizas las llevé a Buenos Aires y las enterré en una urna junto con Mamá en el Jardín de Paz.

Ambos amantes y amantes padres están juntos como siempre lo estuvieron y como siempre anhelaron hacerlo.

AL FIN LA OPS!

A lo largo del relato no me pareció importante describir los viajes que debí hacer como un Project Leader del CSIR, que fueron muchos y a muchos lugares bien interesantes. Sin embargo, tengo que remitirme a uno en especial puesto que tuvo decisivas implicancias en mi destino futuro.

Entre otras cosas, en el ATG estábamos desarrollando unos equipos de desinfección por generación de gases generados con sal de mesa común. Eso era algo que estaba relacionado con lo que habíamos intentado hacer en Fenar (recordar la mención a los GIDOX) y aproveché las facilidades del centro de investigación para continuar con lo iniciado en Buenos Aires unos años antes.

Mis conexiones seguían fuertes con Latinoamérica y con la OPS a la que nunca dejaba de informarle que seguía haciendo. Fue así que un cierto día para abril o mayo de 1992 recibí una invitación para que fuera a mostrar lo que habíamos conseguido en Sud África, y poderlo comparar con lo que se estaba trabajando y logrando en Latinoamérica y Estados Unidos. El simposio se haría en el DF de México y Koos estuvo de acuerdo en que fuera.

El evento era muy gordo y estaban presentes 5 o 6 de los asesores en salud y ambiente (los ingenieros) de la OPS. Yo había hecho ya tantas consultorías que conocía más que bien a todos ellos. Es así que luego de las jornadas de trabajo, en una de las cuales expuse lo que estábamos haciendo en Sud África (aunque esto no es relevante al relato), nos íbamos todos juntos a cenar y/o tomar unas copas; siendo yo el único outsider pero al que 'le permitían compartir el selecto grupo de los consultores OPS'.

En una de esas noches en un bar de copas, uno de ellos, Julio Roberto Jimenez, el asesor de país de Colombia, me dice en forma que me pareció de alabanza:

- No sé como tú no estás aún como consultor en la OPS
- Yo tampoco lo sé... y eso que he tratado! – contesté sonriendo

Entonces mi amigo me hace la promesa:

- Mira Felipe, me tomo el compromiso de que cuando se abra algún puesto de ingeniero

en cualquiera de nuestros países te haré llegar los formularios para que apliques y ojalá que se te dé...!

La cosa quedó allí nomás. Volví a Sud África y fue casi sorpresa que unos meses más tarde, allí por mediados de 1992, Julio Roberto cumpliera su promesa cuando recibo los formularios con el ofrecimiento del puesto de ingeniero de país (cuya real y correcta denominación era y es 'Asesor en Salud Ambiental').

Por toda mi actuación en la Organización yo sabía más que bien que un formulario no significaba casi nada. Cuando un puesto se abre en alguna de las agencias de Naciones Unidas se presentan cantidades. Literalmente cientos de postulantes. Una mayoría ni siquiera arrima, pues quienes no tienen una excelente formación, antecedentes, experiencias, idiomas y trabajos que hayan tenido cierta repercusión son rápidamente descartados. Un caso típico de la respuesta a estas aperturas de cargos en la OPS sería más o menos la siguiente: supongamos 150 postulantes; 120 se descartan en una primera pasada por falta de peso. 20 son severamente escrutinizados pues es gente con grandes antecedentes y los últimos 5 o 10 son verdaderos pesos pesados, algunos con larga actuación, otros son figuras famosas en la ingeniería sanitaria regional y aún mundial.

Yo sabía que mis antecedentes eran buenos. Me conocían bien. Había hecho cantidad de trabajos realizando consultorías para varias agencias de Naciones Unidas y otras internacionales. Estaban mis Guías escritas para la OMS; hablaba perfectamente inglés y tenía experiencias realizadas en muchos países. Además, estar trabajando en el tema de la ingeniería sanitaria en el África era sin duda un gran espaldarazo. Sin embargo y a pesar de que los procesos de reclutamiento de asesores son bastante limpios, nunca se pueden desestimar algunas presiones que se ejercen para apoyar a determinados candidatos. Es así que ante iguales antecedentes la sugerencia de algún ministro de salud y en casos hasta de algún presidente de país es determinante en el momento de la selección final. Obviamente yo carecía por completo de ningún aval o apoyo que no fueran mis antecedentes pelados.

Por ello es que llené mis formularios y los envié a la Oficina Central de la OPS en Washington sin demasiado entusiasmo.

Pasaron más de 6 meses y estaríamos por marzo/abril 1993; yo totalmente olvidado del asunto de la OPS, cuando una noche, bien tarde, en la casita del bosque de Entabeni, suena el teléfono. Era Horst Otterstetter el Director de la División de Salud Ambiental, la División que manejaba la ingeniería sanitaria de la Organización.

- Felipe. Felicidades! Eres el nuevo ingeniero sanitario del Brasil!

Wow!! No lo podía creer! El deseo, la esperanza acumulada desde la primera consultoría en el 1972, se estaba haciendo realidad! Habían pasado más de 20 años de sembrar y esperar y finalmente se había dado! Abrí una botella y mi primer y agradecido pensamiento fue para mi pobre vieja. Sabía que con esa noticia Mamá Elisa habría tocado el cielo con las manos. Finalmente su hijito adorado había alcanzado el éxito y todos los anhelos que siempre volcó en su hijo junto con el legítimo orgullo que hubiera sentido, le habrían hecho disfrutar el momento como poca gente; habría sentido que todo su amor y su dedicación habían alcanzado el final feliz.

Y porque era tan importante este trabajo? Es que trabajar para las Naciones Unidas tenía una serie de características que pocos empleos (de los 'normales' y 'populares') podían emparejar. Salarios altos (en Brasil ganaba 10 veces más que en Sud África), viajes constantes, una posición de privilegio admirada, respetada y envidiada por las contrapartes nacionales en cualquier país, y luego los beneficios adicionales ('fringe benefits') que iban desde una jubilación alta que uno podía cobrar en cualquier parte del mundo, como que en cualquier parte del mundo la cobertura del seguro médico lo seguiría. Con toda felicidad te podías quebrar una pata en Tokio, Helsinki o Costa de Marfil y el seguro médico te la pagaría en cualquiera de esos lugares.

En cuanto a los hijos, la Organización cubría también la salud hasta que fueran mayores y mucho más aún, pagaba sus estudios hasta el nivel universitario.

Quedan como adicionales las satisfacciones de estar trabajando en forma abaricante, lo que quiere decir que se laboraba tejiendo políticas, realizando planes y proyectos siempre para muchos en un trabajo social que por las características propias de una institución tan internacional te ofrecía la recompensa de saber que estabas llegando prácticamente a todas partes. A muchísima gente.

Es decir que no hace falta mucho más para comprender por qué estos puestos eran tan buscados por la enorme cantidad de profesionales.

En los meses que siguieron a la notificación entablamos muchas comunicaciones para concretar el traspaso desde Sud África a Brasilia, el destino que me esperaba.

Sabía que volver a Latinoamérica me alejaba más de los hijos, pero también tenía plena conciencia de que era una salida 'oportuna'. Un año antes todos habíamos presenciado la liberación de Nelson Mandela de su prisión de Robben Island.

El apartheid se desmoronaba; se veía venir un gobierno negro pero no se veía en cambio como se resolverían los conflictos inter-raciales blancos/negros, cuestión que podía llegar a transformar el país en un peligroso infierno. Si la situación se volvía irrespirable, tener un pie fuera de Sud África era una carta de seguridad en la manga para poder sacar a la familia de allí.

Estaba además el mejoramiento de la cuestión económica. Yo debía mantener a las dos familias, por un lado yo viviendo en el CSIR, y Mirtha por otro lado con Huenú y Javier en Cape Town. Además estaba el hecho de que no solo le había dado toda mi herencia a mi ex esposa, sino que había aceptado pagarle una pensión durante algunos años más.

Afortunadamente Pablo se había conseguido una beca que con su magnífica administración le permitió mantenerse él solito, pero había que pagar el colegio de la gorda y la universidad de Javier, que también entraría a UCT para seguir Computer Sciences. Demasiada demanda que no alcanzaba con lo que ganaba en el CSIR.

Relacionado con esto del salario me da gusto comentar que quizás por lo que habíamos conseguido en los años de trabajo del ATG, tal vez por algo de la imagen lograda o por el entusiasmo con que yo me desempeñaba en la institución, cuando se enteraron que me iría de la misma, un día me llamó a la oficina el gran Director de la División, Ben van Vliet, un tipo al que yo le tenía una inmensa admiración pues me parecía y aún me parece, el mejor CEO que jamás humano alguno pudiera llegar a disfrutar.

Reunido con él me preguntó por el nuevo trabajo y me dijo que lo repensara; que en el CSIR

me apreciaban y querían mantenerme en sus filas. En un país sin inflación había entrado ganando 35,000 rands y ahora, para que no los abandonara me ofrecían 130,000! Más un auto de la compañía!

Tremendamente apenado le dije:

- Por qué no me hiciste esta oferta un año atrás? No hubiera buscado otros horizontes. Esto que se me abre con las Naciones Unidas es único y no puedo desperdiciarlo. Infelizmente, ahora es tarde. Me duele el corazón dejar algo que he amado profundamente porque a lo largo de estos 5 años en la institución no he tenido un solo segundo que no fuera de desafíos, excitación, placer y amistad. Nunca los olvidaré y me voy con una pena tremenda... pero debo irme.

Se levantó; solo me dijo: 'Entiendo. Gracias por este tiempo en que has sido parte nuestra, y sabes que acá tienes las puertas siempre abiertas. Mucha suerte'; me dio un abrazo y así me despedí de la que fue, vuelvo a decirlo, la etapa más reconfortante de mi carrera profesional.

53 - 58

BRASIL

El 1 de julio 1993 llegué a Brasilia. Me habían reservado alojamiento en el Hotel Kubitschek ubicado sobre el eje central de la ciudad, y la vista desde el piso 13 era impagable. Por las noches la inmensa avenida de 6 carriles por lado, toda iluminada, con la visión de la inmensa estructura que cobijaba la antena de TV era monumental. En rigor, todo en Brasilia era monumental y de entrada me encandiló. Los recuerdos del 60 cuando había venido por primera vez estaban desfigurados por el tiempo, pero aún así me daba cuenta de que con viaje previo o sin él, también me habría encontrado asombrado y descolocado pues aquella enorme obra en construcción de treinta y tantos años atrás poco tenía que ver con esta nueva metrópolis, con más pinta de futuro que de presente o pasado y ya consolidada tal como Oscar Niemeyer la había pensado antes de que naciera.

Difícilmente me fui moviendo por una ciudad que eso sí, no estaba pensada para caminantes; así que enfoqué mis mayores esfuerzos a la salida de mi trabajo en conseguir un auto. Como había salido de Sud África prácticamente sin valores encima (todo mi capital, que llevaba conmigo ascendía a 4,000 dólares) así que no solo tuve que esperar al primer salario sino que debí comprar un auto bien usado. Que afortunadamente y aunque con algunas ñañas terminó sirviendo en forma decente todo el tiempo que viví en Brasil. Era un Ford Sierra convertible.

La segunda prioridad era un departamento. Tuve que rescatar y apuntalar mucho de mi fuerza interior para sobrellevar ese primer mes, encerrado en un hotel, pensando que hacía lejos de mi universo amado compuesto por los hijos, Sud África y el CSIR.

Finalmente para agosto conseguí un departamento en uno de los bloques típicos de la ciudad de Brasilia. Estaba ubicado en el primer piso en la calle SQN 108, Bloco H, a escasos 5 minutos del trabajo.

Era un departamento de los considerados 'típicos' del planalto. Un living relativamente pequeño y tres dormitorios. Lo bueno, eran sus amplios ventanales que daban a jardines públicos y podía andar en cueros porque desde ninguna ventana se veían otras ventanas vecinas.

Al igual que todos los bloques de departamentos en la ciudad, bajando uno se encontraba con un 'bloquinho' donde lo mínimo y primario se podía conseguir en tiendas alineadas en un par de cuadras. Era solo bajar del departamento a los jardines y acceder a las tienditas.

La OPS situada en el sector de Embaixadas Norte, tenía un predio espectacular de 6 Hectáreas todas parqueadas; y desde mi oficina, en el primer piso, disfrutaba de una vista maravillosa y tranquilizante. No me podía quejar en cuanto al lugar de trabajo.

La relación con los compañeros fue interesante. La Representación (así se llaman cada una de las oficinas que la OPS tiene en cada país) cobijaba a unas 60 personas de las cuales 20 éramos asesores en distintas áreas (vacunas, desarrollo social, mujer, infancia, enfermedades transmisibles, desarrollo institucional, etc., etc.). La que yo ocupaba era el área de Salud Ambiental (vuelvo a aclarar: yo era el ASA o Asesor en Salud Ambiental, cargo popularmente conocido e identificado en la jerga interna de la organización como 'el ingeniero de país').

El resto de la nómina tenía que ver con las áreas de respaldo y servicio: secretarías, encargados de personal, administrativos, gente de economía y finanzas, seguridad, etc.

Fiel a mi forma de ser, rápidamente hice buenas migas pero con unos pocos de los muchos que allí había, tales como la administradora, Lucía Jimenez, una uruguaya que fue mi apoyo inicial en recomendarme dónde encontrar esto o aquello y con quien, por obvias cuestiones idiosincráticas rioplatenses nos entendíamos rebien; y al menos un puñado de consultores entre los que figuraban dos gringos, Bob Zimmerman y Mike Nelson. Con Bob jugaríamos al vóley y Mike sería mi compañero constante y predilecto para los deportes de aventura que comenzamos a realizar y a los que haré mención un tanto más abajo.

Para referirme a mi trabajo específico, esto es a la tarea que debía realizar, debo antes explicar qué finalidad tuvo y tiene una organización de Naciones Unidas y en especial la OMS.

Existen una cantidad de actividades humanas y de intereses ligados a esas actividades que traspasan los límites de las fronteras de cualquier país. Una plaga se extiende independientemente de que en el borde de un país haya una barrera o no. Cuestiones comerciales, como una divisa que suba en un país repercute en todos los otros que mantienen relaciones con aquel. Aspectos migratorios, manejo de recursos como ríos y mares, fábricas y sus efluentes contaminantes, problemas limítrofes, son pocos ejemplos de la necesidad de contar con una mesa donde todas las partes puedan sentarse para acordar y aún hasta para pelearse. Ese foro es la Organización de las Naciones Unidas.

Como entidad, como institución, la ONU está lejos de ser perfecta. Existen presiones, arreglos, compra de votos, a veces manejos y posiciones realizadas por personal que en sus países pueden tener inmenso poderío y contar con las mejores influencias, pero que en foro mundial pueden también ser maravillosos imbéciles o poco idóneos para lo que deben defender o proponer.

La organización funciona con el dinero que aportan los países, y esas 'cuotas' están determinadas en relación al peso, importancia y poder de los miembros.

Estados Unidos, Gran Bretaña, Israel, Japón, Alemania y otros países poderosos, tienen que poner alcuotas enormes, cuestión que más está decir no disfrutan, pero claro; eso tiene la ventaja de que quien más pone, posee mayor poder de decisión o la fuerza para hacer torcer las decisiones; es decir, de desviar las necesidades y la opinión de muchos en favor de unos pocos. Sin embargo, no existe a nivel de la especie humana otro foro en donde, repito la figura, los representantes de todos los países puedan sentarse a la misma mesa; todos juntos; lo que independiente de las contras anotadas, es innegable e irrefutable que ha permitido logros que de ninguna otro modo y bajo ningún otro mecanismo se habrían logrado. En el balance total, mi opinión es que las Naciones Unidas, con sus agencias especializadas es uno de los mayores logros de la Humanidad y un mecanismo maravilloso de entendimiento global.

Al nivel de lo que nos tocaba hacer en la OPS estaba en forma primordial la transferencia tecnológica.

He comentado que la OMS y la OPS son la misma cosa, pero que si la OPS mantenía su nombre en la forma OPS/OMS es porque siendo la OPS la 'hija' de la OMS (es una de las 5 ramas que la OMS tiene en el mundo), esta hija era y es más vieja que la madre, pues como también he mencionado, la OMS se crea luego de la Segunda Guerra Mundial en tanto que la OPS tiene su origen en los primeros días del siglo XX, cuando se construía el canal de Panamá y los obreros morían como moscas sin saberse porqué. La incipiente OPS lo que hizo fue traer especialistas (casualmente ingenieros sanitarios) desde Francia para que evaluaran y descubrieran que la causa de las muertes era la malaria, por lo que el problema panameño se solucionó secando pantanos y matando mosquitos. Fue ese traspaso de información, esa transferencia tecnológica lo que dio origen a la institución. La principal finalidad entonces de la OMS es poner en contacto soluciones donde hay problemas sin capacidad de resolución local, lo que ocurre generalmente por falta de personal capacitado.

Esto que describo para la Latinoamérica de comienzos de siglo XX era importantísimo y sin dudar, la mejor y mayor empresa que se podía llegar a realizar dada la falta de expertise en la región; pero 100 años más tarde la situación había cambiado considerablemente. Si se habla de la ingeniería sanitaria... mientras que en el 1900 podrían haber en el Brasil 30, 40 o 50 ingenieros sanitarios, para el fin de siglo la Asociación Brasileira de Ingeniería Sanitaria nada más, contabilizaba 8,000 ingenieros inscriptos, lo que nos hace pensar que una organización encargada de traspasar conocimientos técnicos no podía tener una tarea demasiado pesada, pues se supone que entre los 8,000 ingenieros irremediamente debían haber algunos cuantos que lo supieran todo.

Esa es la verdad y aquí es donde entro con lo que fueron mis tareas en el Brasil. La cooperación técnica, que en rigor es un puente entre las novedades y lo que aún no se conoce localmente, no tenía demasiada cabida en lo que yo tenía que hacer. Pero como la Organización ofrecía una inmensa imagen y una tradición que había sabido desarrollar y mantener, nos solicitaban apoyo para millones de cuestiones.

Si bien Brasil era y es un país importantísimo por su poderío; por su producto bruto, por ser la séptima, octava o novena economía mundial; a pesar de ese poderío y característico de un tercer mundo, mostraba también enormes inequidades, con tremendos bolsones de pobreza y de gente carenciada en amplias regiones del país. Allí era donde se apuntaban proyectos de de-

sarrollo y de implementación de las necesidades primordiales que aporta el saneamiento básico, y que son provisión de agua potable, tratamiento de excretas y manejo de las basuras. No solo se aportaba algo de conocimientos tecnológicos (que por aquellos 8,000 ingenieros sanitarios que había en el país no eran tan fundamentales) sino dinero (de aportes de las Naciones Unidas y de patrocinadores que conseguíamos interesar), así como el manejo financiero de tales fondos, cuestiones en las que ahí sí, éramos importantes pues a pesar de nuestra burocracia éramos mucho más eficientes que los mecanismos administrativo contables locales.

Otra característica importante de la Organización era que al tener por lo menos una oficina en cada país del mundo, conformaba una red que permitía una conexión, una comunicación de primer nivel. La red se transformaba de paso en un mecanismo de intercambio y contacto de la gente local con similares o contrapartes en otros países de la región y aún del mundo. Allí también nuestra tarea era considerada, utilizada y apreciada.

Además, en un país tan grande y tan poderoso, las reuniones, los congresos, simposios, talleres, seminarios y cuanta forma de reunión de profesionales para mostrar, intercambiar o trabajar información, eran constantes.

No pasaba más de 10 días sin que tuviera que asistir a alguna de estas funciones en donde a veces solo estaba en la mesa de apertura, otras en la platea como oyente y no pocas veces como orador. Esto comenzó prácticamente al inicio de mi entrada a la organización, pues ya la primera semana tuve que asistir a un enorme congreso en Río de Janeiro.

Mi manejo del portugués al llegar a Brasil era menos que poquísimo, por lo que cada vez que tuve que abrir la boca en público durante los primeros tres o cuatro meses lo que hice fue pedirle a mi secretaria que escribiera en perfecto idioma local un par de párrafos en donde decía que acababa de llegar al país, que me sentía honrado y feliz de estar en él y en el evento del caso; y que me perdonaran pues haría mi presentación en español, aunque antes de comenzar quería decir también en portugués, que reconocía que 'O jogo bonito do futebol de Brasil é demais!'... para entonces largar el rollo en castellano, hablando no muy rápido y modulando lo mejor posible.

A partir del tercer o cuarto mes ya me largué a hablar en un perfecto portuñol, que aunque cocoliche nunca se dejó de entender y los oyentes ni escandalizaron ni rieron (mucho).

Cuando me fui del Brasil llevaba ya un caudal idiomático que sin tener el nivel que llegué a alcanzar con mi inglés, fue lo suficientemente bueno como para manejarme fluidamente en todos lados al punto que en los últimos tiempos me dio hasta para escribir algunos documentos en ese idioma.

Esto de asistir a presentaciones y actos y reuniones en verdad era tan frecuente que yo ya funcionaba como un robot en cada una de esas asistencias. Recuerdo que en un congreso que se realizó en Cascavel, una pequeña localidad del sur brasilero cercana a Foz de Iguazú, me invitaron y solicitaron que me sentara en la mesa de apertura, junto con el gobernador y otras autoridades locales e institucionales.

'Tengo que hablar?' pregunté. 'No. Solo queremos que honre nuestra mesa. No es necesario que el señor hable.' Y con esa consigna aparecí el día antes en Cascavel.

Comenzó el congreso ante unos 200 o 300 participantes y en el mismo acto de apertura me encontré sentado en una larguísima mesa con unos 10 o 12 tipos. Me habían tirado para una de

las puntas, lo que confirmaba que solamente estaba ahí como figurita representando a una gran organización, pero nada más.

Empezaron los discursos, uno tras otro, donde en más o en menos se repetía la misma cantinela, solo cambiando el punto de vista. Tirando para la política si quien hablaba era un político, tirando para la parte de los fierros si el que hablaba era un ingeniero.

Sabiendo que solo estaba en esa mesa como un simple figuretti, encontramos así y en la oportunidad al bueno de Felipito en el más lejano de los planetas del sistema de Aldebarán siendo protagonista mental de una espeluznante aventura de Star Trek, en donde justo cuando tenía que abatir al monstruo de cuatro cabezas se le había atorado el lanza-láseres.

Estaba en esto de ver como zafaba del maldito monstruo aldebarano y ni tenía conciencia de que estaba pasando a mi alrededor cuando en medio de la nube somnolienta me pareció escuchar algo así como: 'E agora o engenheiro Filipe Solsona falará en representacao da OPAS/OMS'. Puta madre!! El mismo ganso que me había asegurado que no tenía más que sentarme para prestar la caripela ahora me lanzaba al ruedo, sin aviso, coraza ni anestesia.

Pero... y aquí viene el asunto adonde quería llegar: tantas veces había dicho 'hermosas palabras' en relación a la caca, el agua y la basura; tan acostumbrado a pararme delante de gente para hablar, enseñar, comunicar, y tantos ice-breakers tenía a mano (aclaro que los ice-breakers son esos 2o 3 párrafos de inicio que uno dice para quebrar el hielo y hacer que la gente simpatice con uno, de los cuales y entre los varios que yo solía utilizar, sobretodo cuando estaba frente a una audiencia latinoamericana, mi preferido era el siguiente: "Perdonen un tanto mi español tan especial pero nosotros los argentinos hablamos así. Aunque supongo que al verme buen mozo, inteligente y mostrando esta humildad ya todos saben que soy argentino"); que sin azorarme ni un micrón, tomando del disco duro cerebral un poco de aquí, otro de allá y algo más del sector 3, armara en el tiempo que se tarda de ir desde la silla en el costado de la mesa hasta el micrófono, un espiche que recibió no pocos beneplácitos de la distinguida platea.

Este pequeño sofocón era quizás de lo más difícil y complicado a lo que tenía que hacer frente en el área laboral.

Del trabajo en Brasil como ASA, no puedo decir entonces mucho más en cuanto a desafíos o dificultades y debo confesar que extrañaba la demanda, la exigencia técnica que había tenido en el CSIR en donde si no pensaba bien, si no tenía el cerebro a mil, las cosas podían fallar fácilmente. Acá en la OPS lo que más tenía que cuidar era no meter la pata ni técnica ni diplomáticamente.

En mis años de Brasil, lo poco técnico que tuve que manejar jamás significó algo que no supiera ni comprendiera. No hubo en rigor, nada complicado o difícil. En la parte política, en lo que llamaríamos la diplomacia y el manejo de situaciones, la estrategia que desarrollé y llevé a cabo no falló ni un micrón a pesar de que el secreto fue por demás sencillo:

No prometer cosas imposibles de cumplir, tratar de responder con la mayor diligencia a las solicitudes cualquiera que ellas fueran y jamás llamar 'Pelotudo' a algún profundo pelotudo de los que varios encontré a lo largo del periplo.

Sin embargo en este punto tengo que hacer un enorme elogio al Brasil y los brasileros. Brasil es un país de alegría, de futbol y carnaval. De gente que danza a la menor provocación, a la menor alegría y a la menor tristeza. Un pueblo vital, movedizo y jubiloso.

En los cinco años que pasé en esa tierra jamás sufrí un episodio de agresión o de descortesía. No

tengo más que reconocimientos para lo bien que me trataron a todos los niveles.

Tan bien me trataron que constantemente era invitado a reuniones y fiestas en donde la jarana era alta, pues abundaban solteros y solteras, divorciados y divorciadas en esa faja tan agradable para la joda de los 40 a los 50. No lo pasé mal en verdad con esta gente y hasta conocí y disfruté de la alegría y el desprejuicio de unas cuantas señoras de buen ver.

Hablando de señoras entra aquí Lidia del Saz en escena.

Lidia había jugado un papel importante en mi separación. Repito: no porque fuera la causa (la verdadera causa fueron los 20 años de tanto conflicto), pero sí su existencia me ayudó a tomar la decisión, quizás porque la promesa de una relación que se me antojaba profunda y no conflictiva me había permitido sobrepasar la barrera de alejarme de mis hijos y sobrellevar el dolor que ello configuraba.

Tal vez por el momento en que nuestras dos vidas estaban pasando, ella tras la separación de su esposo que había sido su amor desde casi la niñez y yo con el ya mencionado conflicto que había explotado tan poco antes, nos sentíamos libres y dispuestos a nuevos desafíos.

Desde el instante cero, en aquella tarde del bar de Caballito, entre los dos siempre hubo una chispa de alta energía. Nuestra química resultó perfecta y el enamoramiento fue fortísimo en ambas orillas.

Yo había viajado y arribado a Brasil a principios de julio y para fines de agosto llegaron mis cosas de Sud África, que si bien no eran muchas traían algo que me conectaba a mi pasado, puesto que en la negociación de nuestro divorcio había conseguido mantener algunos recuerdos traídos de la casa de los viejos en Añasco, algunos platos, cubiertos, unas cuantas herramientas, mi ropa y un par de adornos, a lo que tenía que sumar el conjunto de mis libros. Junto con esos recuerdos llegó Lidia a Brasilia y ella me ayudó a desarmar los cajones y armar 'nuestra' morada; la que nos cobijaría en el departamento que ya describí en la SQN 108.

Lidia trabajaba en el Colegio Marianista de Caballito donde era profesora de filosofía. A lo largo de 1993, no sé que artilugios manejó, pero consiguió a través de permisos, licencias y otras cuantas trapisondas, pasar la mayor parte del año en mi compañía. Al año siguiente (1994) dejó la escuela y se estableció conmigo en forma definitiva, lo que se prolongó hasta fines del 95.

Con cuarenta y pico de años, era una mujer tan hermosa y tan sexy que bastaba que entrara en un recinto para que todas las miradas masculinas viraran sin excepción en su dirección. Rubia, de largos cabellos, un magnífico cuerpo y una mirada sutil que manejaba de igual manera que mi amigo el Bocha Herrero lo hacía con su sonrisa. Supongo que yo, a los 53 años estaría en un buen momento también, por lo que ambos, luego de la liberación de que habíamos conseguido en nuestros matrimonios, transformamos nuestra relación en algo profundamente pasional. Personalmente, me parecía increíble que esa mujer tan bonita compartiera tanta efervescencia; pero al margen de toda la cuestión sexual, me gustaba su compañía, su forma de ser pausada, tranquila, introvertida.

Durante un par de años mantuvimos una relación amable, típica de dos recién casados en los que ella se ocupaba de la casa, me esperaba a la llegada del trabajo, comíamos, salíamos, paseábamos, charlábamos, caminábamos; todo dentro del contexto de una ciudad con tanto verde y tanto espa-

cio para poder sentirse solos. Me acompañaba en muchos de los frecuentes viajes dentro del país y cada vez que nos tocaba alguna reunión en una ciudad costera, pasaríamos también un par de días en la playa o visitando los rincones tan pintorescos de los que Brasil está plagado. Durante dos años y medio esta mujer simbolizó la compañía ideal y dentro mío creció la convicción de que ahora sí, había encontrado con quien iba, definitivamente, a compartir la vida.

Pero...

Lidia tenía tres hijos, tres varones que al irse ella a Brasil, quedaron viviendo juntos en su casa de Floresta en Buenos Aires, y cada dos o tres meses, ella se daría una vuelta por la Capital para verlos, controlar que todo estuviera bien y regresaba luego a nuestro nido brasiliense.

Para fines del 95 tuve que hacer un viaje a Edmonton en Canadá para una negociación con un laboratorio canadiense y habíamos quedado que a mi regreso a Brasilia, yo tomaría vacaciones y nos iríamos a Suiza, donde Javier y Pablo estaban trabajando en Leysan. También llevaríamos a Huenú, que se uniría a nosotros allí mismo, para que iniciara sus estudios en Bluche.

Al regresar aquella noche a Brasilia me llamó la atención que no estuviera en el aeropuerto esperándome como siempre lo hacía. Tomé un taxi y en el mismo momento de entrar en el departamento sonó el teléfono. Era ella que me llamaba desde Buenos Aires. Llorando entrecortadamente me informó que Jorgito, su hijo menor, debía ser operado de un tumor en un muslo. Que el médico le había dicho que podía ser algo malo.

Al día siguiente tomé un avión para Argentina y la encontré en una clínica al lado de su hijo recién operado. Con 19 años, Jorgito era un pibe hermoso, alto, esbelto, con una larga cabellera; un actor de cine. Desde hacía un año que le había aparecido un bulto en un muslo, y todos creían que había sido el remanente de una hematoma por una patada en un partido de fútbol. Pero el diagnóstico fue lapidario: una agresiva forma de cáncer muscular.

En el momento en que recibimos la noticia todo fue un caos; Lidia se desmayó, los hermanos y el padre, a quien yo conocía lloraban desoladamente y al margen de mi tristeza por lo que comprendí sería el futuro inmediato de ese pibe hermoso, tuve un feo presentimiento en cuanto a la relación con mi compañera.

Tras un par de días en Buenos Aires, dejé a toda esta familia con su drama y me embarqué, ahora obviamente solo, para Suiza a encontrarme con los chicos, lo que relataré luego de terminar el tema de Lidia.

A partir del comienzo de 1996 Lidia ya no vivió más conmigo. En Buenos Aires se desarrolló un largo camino de desesperanza, de dolor y sufrimiento. El pobre chico debió pasar por tres o cuatro operaciones, en las que poco a poco le iban sacando un pedacito más de músculo tratando en forma desesperada que no se extendiera más el mal.

A lo largo de ese año Lidia viajó varias veces a visitarme a Brasilia y yo bajé a Argentina en varias oportunidades también.

Durante este proceso, traté de apoyar en todo lo que pude: con palabras, con aliento, con dinero, consiguiendo medicamentos que no había en Argentina, hablando con médicos y hasta curan-

deros, tratando de estar lo más presente que me dejaban mis obligaciones. Lo llevé al chico a Brasilia para que disfrutara de unos días en otro país; lo mimamos todo lo que se pudo.

Para fines del 96, el chico ya estaba en las últimas, luego de enormes sufrimientos y crueldades por las que tuvo que pasar a lo largo de mil tratamientos, quimios y las mencionadas operaciones.

Pero tal como había sentido la premonición, algo estaba rompiéndose entre nosotros dos a grandes pasos.

No me queda otra que suponer que los pensamientos de Lidia a lo largo de ese proceso deben haber sido que su hijo se moría pues ella no había estado a su lado para detectar el cáncer por haberse trasladado a Brasil para estar conmigo. Nunca pude encontrar otra razón para la dureza y agresividad con que comenzó a tratarme a lo largo de ese año. Me llamaba por teléfono desde Buenos Aires nada más que para dar rienda suelta a su cólera, a su frustración; hasta llegar a algo bastante parecido a los últimos tiempos de mi relación con Mirtha, en donde aún si abrir la boca igual recibía la acometida de agresión.

Fue así que tal vez sin que hubiera un punto concreto, una fecha determinada, lentamente la relación fue apagándose. Cada vez las llamadas se espaciaron más, los contactos pasaron a ser casi un reporte de sufrimientos y dolores aunque matizados por la nunca desaparecida agresividad y finalmente dejamos de llamarnos. Solo volví a hablar con ella cuando me hube enterado del fallecimiento de Jorge.

Era tal mi desazón que por esos tiempos comencé a beber más de lo que debía.

Me cuestionaba que había pasado, porque se había perdido algo que había tenido todo para ser exitoso. Pasaba horas al regreso del trabajo caminando por dentro de la casa y mientras tomaba cachaza mi cabeza no dejaba de preguntarse: Por qué se había roto la relación? Que había hecho mal? Que era lo que tendría que haber hecho? Por qué esta muerte tan injusta en un chico tan lindo? Por qué el bendito destino nos había castigado tan duramente a todos? Y sin saber que ese 'bendito destino' me deparaba algo igual a mí, a 20 años en el futuro; razonaba que si la muerte de un hijo es algo tan poco probable, tan 'antinatural'; porque le había tocado a esta pobre mujer esa maldita ruleta rusa?

Así por horas y horas y por muchos y muchos tragos hasta que finalmente caía aturdido en la cama hasta el día siguiente.

Me di cuenta que cada día tomaba una medida de más y que también me costaba estar fresco por la mañana.

Hasta que finalmente, un día me levanté para ir a trabajar y la desazón que me embargaba era tal que sentí que solo un trago de whisky me haría pasar el mal momento. Me serví el vaso y en el momento en que lo iba a tomar vi en el reloj de la cocina que eran las 7 de la mañana!

Como si me hubiera picado una víbora aparté el cristal de la boca; me senté en un sillón del living y como rezando una oración me dije:

- Si tomás este vaso, estás jodido y para siempre hermano. Acá hubo una apuesta y ganaste un premio, pero eso ya se terminó. Y si ya fue... entonces ... ya fue! Destruirte no reparará nada y te castigarás por algo en que no tuviste culpa alguna.

Acá no se podía seguir penando. Había que cortarla.

En la seguridad y la autoafirmación de que Lidia había salido para siempre de mi vida, decidí que a partir de ese momento y por lo que tenía, por lo que yo era, por lo que había conseguido, por mi orgullo, por el respeto que a mí mismo me debía, y fundamentalmente por mis hijos, había que pararla. En ese mismo momento y costara lo que costara.

Con mucho esfuerzo dejé el vaso y me fui a trabajar en lo que sin dudas comenzó como una jornada negra de mi vida. Sin embargo, a medida que pasaban las horas me sentía mejor; más ligero, con la angustia de muchos meses que al igual que el alcohol de las venas, comenzaba a disiparse. De lo negro pasé a la luz y ese día fue, finalmente, el de una gran victoria luego de la tremenda derrota del amor perdido!

Quiero dejar en este punto un par de comentarios sobre los vicios, las caídas, las pasiones y la inteligencia; pues en el episodio descrito el escape del pozo fue posible gracias a la fuerza del razonamiento... superpuesta por sobre la emotividad pura e irracional.

En el frecuente auto-análisis que hago de mi ser, sin pensarme un fuera de serie en cuanto a mis valores, me siento bien si embargo al ver que poseo algunos de los que se consideran (o se consideraban) virtudes firmes y morales. Esa carga de principios es la que me dieron los viejos, la escuela, el barrio, los amigos, la universidad y en líneas amplias mi cultura de aquella época en la que fui forjado. Esto ya lo dije.

Tuve y tengo la suerte de haber salido también inteligente. Por genes, por alimentación, por medio ambiente, por estudio y por ejercitación. Unido a un cociente intelectual alto, creo haber podido desarrollar también una inteligencia emocional respetable. Sobre esto también me despaché.

Tengo además e insoslayablemente, lo que es mi fase humana; mi parte biológica, mi esencia animal. Como tal he sentido las pasiones que tocan a cualquier ser humano con la misma intensidad que posee cualquier otro habitante de esta especie.

El porqué de la mención a esas tres características: los valores, las pasiones y la inteligencia es debido a que ahora las ligaré en el siguiente razonamiento.

No sé si estaré errado o no. No tengo el conocimiento psicológico y biológico para afirmar lo que digo con total seguridad; pero desde mi óptica, estimo que una persona lo suficientemente inteligente debería poder manejar sus pasiones; controlarlas al menos hasta evitar que las mismas lo descontrolen y lo hagan entrar en crisis (que en el caso de las cuestiones psicológicas son simplemente dicho: las psicopatías; los trastornos mentales).

Como ser biológico, como animal homo, he sentido pasiones. He sentido el amor, la cólera, la pasión, el repudio, el dolor, la abrumación. Placer, encono, felicidad.

Los he sentido y hasta he disfrutado no ya de los buenos, sino también de aquellos fastidiosos y desagradables. Tal vez lo haya hecho para sentir que estaba vivo, que la sangre corría por mis venas. Es más, lo he hecho al punto que en varias ocasiones esas pasiones llegaron a límites que hubieran sido muy fáciles de cruzar y que me hubieran llevado a situaciones de psicopatía, de enfermedad, de depresión. Tan solo unos párrafos más arriba he confesado como un segundo fracaso amoroso me tuvo al punto de un mal quiebre con el alcohol.

Pero de la misma forma en que pude salir, creo que cualquier persona, llegado el momento de estar frente a la barrera que nos marca el límite entre control y descontrol, si es verdaderamente inteligente, debe anteponer su razón y su ubicuidad para evitar así pasar al otro lado.

Entre las más visibles adicciones como la droga, el alcohol, el sexo y el juego; alguna o más de una, nos han tocado a todos. De las épocas de la facultad recuerdo algunas reuniones y farras con mucho trago y porros de marihuana. Fuimos muchos en aquellos años del hipismo y del inicio del 'amor sin barreras' que fumábamos y tomábamos. Conocí unos cuantos que estaban realmente pasados de vueltas; a pesar de ello y abonando mi tesis, no todos cruzaron la frontera.

Es que en mi opinión, los que la cruzan no son los débiles, sino los no-inteligentes. Porque no puedo entender y aceptar que una persona verdaderamente inteligente no vea donde está parada; no consiga comprender cuál es el estado de su situación, el camino por donde circula; y si hay un precipicio cercano, palpable; si lo ve... que deliberadamente decida ignorarlo. Que en última instancia, no pueda colocar su inteligencia por encima de su pasión. Y digo que si no puede... entonces no es tan inteligente!

Dejo de lado este pensamiento que quería plasmar para retomar aquí y entonces lo dejado antes de mi viaje a Suiza para encontrarme con Huenú e ir a ver a sus hermanos a Leysan.

Al volver de Buenos Aires tras la primera operación del hijo de Lidia, me embarqué al día siguiente para Europa.

Llegué a Ginebra y en el aeropuerto me encontré con enorme alegría con mi gorda querida, Huenú; que con todas sus expectativas y entusiasmos estaba pronta para iniciar sus estudios en la escuela Les Roches de hotelería. La gran maravilla de las Naciones Unidas que permitían a los hijos de sus funcionarios internacionales estudiar en cualquier parte del mundo! Y aquí estaba el premio: hotelería suiza, en uno de los mejores colegios del mundo; en un rincón de los Alpes dentro de un marco de maravillosa belleza.

Tomamos uno de los famosos trenes suizos y recalamos en Leysan.

Pablo, que ya se había recibido de ingeniero en el 94, y que estaba trabajando en Alcatel, había tomado vacaciones y había conseguido un trabajo de instructor de esquí en ese resort alpino. Había alquilado un departamento con su novia sudafricana, Kim Broderick y al ver la regia onda del lugar, antes que nada había pensado en tener la compañía de su hermano y le había avisado a Javier que apenas terminara la universidad se uniera a él que lo esperaba con un trabajo similar.

En noviembre del 95, Javier se recibe de Bachellor in Computer Sciences, y sin esperar que le den el diploma se toma un avión y se reúne con su hermano en Suiza para comenzar a trabajar juntos.

Allí y entonces es donde caemos con Huenú a principios del 96 y nos amontonamos todos en el departamentito suizo.

Pasamos unos días muy lindos yo en una de las pocas ocasiones en que estaría con mis tres hijos y para fines de enero seguimos viaje, la gorda y yo, en tren hasta Bluche.

Bluche es un pequeño villorrio muy cercano, arriba en la montaña pero un poquito debajo de Crans Montana, la famosa estación de esquí.

Al dejarnos el tren en la estación, tomamos un funicular para subir por la ladera de la montaña. Huenú estaba fascinada y yo maravillado también de gozar de esos panoramas de locura.

El pueblito no era más que un puñado de casas, una vieja pero muy pintoresca (como todo en Suiza) hostería y la famosa escuela de hotelería Les Roches.

Me hospedé en la hostería e hicimos los trámites de admisión de la gorda que más tarde fue asignada a un chalet cercano que sería su dorm durante los próximos tres años.

En los tres días que compartí allí con mi hija, en los que conocimos a fondo la escuela, a algunos compañeros, y que recorrimos los lugares por esos increíbles senderos montañoses suizos; más un par de visitas a Crans quedé tan feliz de poder brindarle a mi niñita la posibilidad de estudiar en ese lugar, que me dije que nada más que con eso, se justificaba mi entrada en la OPS; y que pasara lo que pasara, mi agradecimiento a esa institución no podía ser menos que infinita. Sentí un inmenso placer y un orgullo porque sabía que en los próximos tres años mi hija crecería y maduraría en ese entorno.

La escuela funcionaba de la siguiente forma para otorgar el título de gerente en hotelería: tres años divididos en dos semestres cada uno. Durante el primero, los alumnos atendían sus clases en la escuela, en Bluche. Si aprobaban sus estudios entonces a lo largo del segundo semestre pasaban al stage, que era trabajar a un hotel. En cualquier país. Como estos chicos son buenos por la formación que van logrando, y como también estos stagistas son baratos pues les pagan salarios de estudiantes, existe una gran oferta de muchos hoteles en toda Europa, y los chicos eligen donde ir a trabajar.

Al segundo día de mi estada en Bluche abrimos una cuenta en el banco local y le deposité allí 6,000 dólares para que manejara sus gastos a lo largo del primer semestre. Huenú debería reponerlos con lo que ganara en su stage para tener con que vivir durante el primer semestre de su segundo año. Y así en el tercer año también.

Me da un inmenso gusto y orgullo decir que al igual que lo había hecho Pablo administrando su beca en Cape Town unos años antes y Javier con el dinero que le enviaba para su manutención mientras estaba en UCT; la gorda administró, manejó y vivió durante todo el tiempo que duró su vida estudiantil de ese primer dinero, en una administración y control de gasto que la formó para toda su vida futura.

De regreso a Brasilia continué con mis actividades de siempre en la OPS. Como mencioné, por lo de su hijo, Lidia había vuelto a Buenos Aires y si bien a lo largo de ese año (1996), iría a visitarme en varias oportunidades, yo había vuelto a los efectos prácticos a estar solo nuevamente.

Sin embargo, en los días que había estado en Leysan, había charlado con Javier que tenía la intención de ir a vivir unos años a Londres adonde se largaría una vez que terminara con Pablo su temporada de instructor.

- Porque no me venís a visitar? Que se yó, un mes, lo que quieras y luego seguís tu viaje al UK, total si todavía no tenés trabajo agendado, podemos pasar unos cuantos días juntos en Brasilia, ahora que estaré solo.

Para principios de abril Javier llegó de esa forma a visitarme. Lo haría por 30 días y luego seguiría su plan de radicarse para comenzar su carrera en Inglaterra.

Dadas las características tan ideales de Brasilia a las que haré referencia más adelante, había visto que era la ciudad ideal para manejarse en moto. No solo por la facilidad de transitarla sino por todo el entorno rural que la rodeaba a tan solo minutos de camino.

El año anterior me había comprado una moto, una Yamaha DT, dos tiempos, que era una maravilla. Liviana, suave, rápida e ideal para meterse en piedras, cerros, cauces de ríos, bosques. Un vehículo ideal que me había abierto un mundo riquísimo de placer y aventuras.

Quien me atendía la moto era un brasilero simpático con el que me había hecho amigo y un par de semanas antes de que llegara Javier, me llama por teléfono y me dice:

- Felipe, eu tenho tua irma na loja. (Felipe tengo a tu hermana en la tienda)

Me corrí ese mismo día a su taller, me lleva a la parte de atrás y me muestra la que en verdad, era la hermanita de mi moto. Exactamente igual, hasta los mismos colores.

- Si teu filho esta chegando a Brasilia, como é que voce vai a esperar-lo sim una moto assim?

Casi regalada, allí mismo la compré; y al llegar Javier lo llevé al garaje en donde junto con mi moto, lo esperaba la suya, igualita a la mía, lista para salir juntos a recorrer caminos.

Y eso fue lo que hicimos. Los fines de semana, metíamos las motos en un tráiler y nos largábamos 100 o 200 Kms a algún pueblito en donde hacíamos base y desde allí recorríamos los lugares aledaños, trepándonos a cerros, metiéndonos en los ríos o haciendo off-road por caminos del monte.

Lo lindo de la presencia de Javier fue que de algún modo me hizo disimular la soledad en que me había dejado la enfermedad de Jorgito, y me abrió un nuevo panorama de enorme complacencia.

Javier era y es una persona tierna, inteligente y muy tranquila. Tirando a introvertido y posiblemente el más proclive a engancharse en pensamientos filosóficos y o trascendentales de mis tres hijos, era un gusto charlar con él sobre el destino, la muerte, la esencia de la vida, el futuro, los alienígenas, las computadoras, el universo y el átomo.

Adicional y afortunadamente, casi imposible de tener problemas o broncas con él, lo que lo configuraba un tipo más que agradable para convivir. Fue así que desarrollamos en la mayor de las armonías un modus-vivendi típico de dos roommates o de dos solteros compartiendo un espacio con la mejor de las ondas.

Por la mañana, mientras yo me iba al trabajo, él se quedaba en el departamento estudiando, y ese estudio fue muy importante pues allí comenzó su instrucción y la introducción a la que sería una impresionante y exitosísima carrera en las artes de la computación gráfica. Almorzábamos juntos; volvía yo a mi trabajo y a mi regreso temprano por la tarde (alrededor de las 5) ya nos tomábamos el tiempo para hacer cosas en pareja. Nos íbamos al cine y a comer a Las Jirafas unas hamburguesas de pollo increíbles; o tomábamos las motos para salir a buscar nuevos rinconitos por la ciudad que a la sazón era mitad urbe del futuro y mitad campo virgen del pasado; nos íbamos a jugar pimpón al quincho de la OPS y hasta nos juntábamos con gente de otras embajadas para jugar vóley, en lo que hacíamos los dos un buen team de beach.

En esa época, yo ya me había hecho muy amigo del ya mencionado colega, el gringo Mike Nelson, que se había transformado en mi pata aventurero. Con él, y con Javier como ad-látere, comenzamos a hacer cavernas y canyoning, lo que significó otras actividades de fines de semana espectaculares, emocionantes y aventurísticas que pude disfrutar con mi querido hijo.

Era tal la buena onda que teníamos entre Javier y yo, que a la noche, más que nada para divertirnos y para chichonearnos; habíamos desarrollado una práctica; casi una ceremonia, para ver quien preparaba la comida.

En el tercer cuarto, la biblioteca en donde estaba la computadora; teníamos sobre la puerta un aro de básquet al que tirábamos para embocar con una pelota fofa. Jugábamos entonces un montón de partidos para ver quien preparaba la cena y luego de haber comido, repetíamos la ceremonia del juego para ver a quien le tocaba lavar los platos.

Al igual que como lo había hecho con Lidia, cuando tenía que viajar por trabajo e ir a alguna playa o a algún lugar interesante, lo llevaba para juntos recorrer esa tierra de maravilla que son los paisajes del Brasil.

La visita de Javier fue una verdadera comunión padre/hijo que me hizo muy feliz por varias razones al margen de la inestimable compañía.

A lo largo de ese tiempo tuve la satisfacción de ver que este hijo estaba formado, maduro. Que sus principios estaban donde y como debían estar. Que siendo el más introvertido de mis hijos, era posiblemente, también el más ligado a las cuestiones espirituales y trascendentales. Me encantó ver que aún sin la sociabilidad que mostraba Pablo podía desarrollar relaciones de profundidad con gente de ambos sexos y de su edad. Y que aun sin la increíble determinación de Huenú él también se había puesto metas y evalué que ya tenía las herramientas para alcanzarlas, cuestión que en 10 y 15 años demostraría que así era, al llegar en su carrera a los niveles más altos de su profesión y especialidad.

Es decir que con la presencia de Javier la vida me hizo un regalo que gocé intensamente y que supongo que él también disfrutó; pues los 20 o 30 días de la pretendida visita inicial se transformaron en nada menos que un año entero conviviendo juntos!

Afortunadamente, la soledad nunca fue demasiada, pues en paralelo, a veces con Javier y en otros momentos Pablo solo, o Huenú sola, o Pablo y Huenú juntos, recibí las esperadas visitas de los chicos. Otro fringe benefit de la Organización ya que nos pagaba un pasaje por año para que los hijos fueran desde donde estuvieran a visitarme en mi destino de Brasilia.

Gracias a esa magia, pudimos viajar y regodearnos con los chicos en varios lugares. Huenú por su edad, por su etapa de estudio en el secundario y porque en vacaciones sentía la obligación de estar un poco con Mirtha, fue quien menos pudo visitarme, pero igual pude disfrutar con ella unas visitas a Rio y a Brasilia varias veces y hasta pasamos unos días increíbles en el Amazonas, donde partiendo de Manaos recorrimos una serie de lugares de misterio y magia vegetal. En relación a la Gorda, por sobre el placer de la compañía, me encantaba ver como mi hija iba creciendo, haciéndose una señorita y adquiriendo el carácter fuerte y determinado que la acom-

pañaría cuando ya fuera una mujer.

Su sensibilidad y su sentido del humor eran complementos importantes que uno podía disfrutar, y nuestras discusiones, siempre vivaces y encendidas, tocando los temas más variados eran un placer que en mucho me recordaban a las discusiones de la cofradía de mis amigos del secundario.

Si de algo me convenía con cada visita de mi hija, era de que la vida le iba a deparar muchas cosas interesantes y si no se las deparaba, entonces... que la vida tuviera cuidado, porque no sabía con quien se había metido!

Pablo por su parte me acompañó un montón de veces. Cada vez que podía, cada vez que conseguía escaparse en los primeros años de su facultad y luego de su trabajo en donde cada vez que por mecanismos misteriosos obtenía unos permisos increíbles en Alcatel, se me aparecía para que nos diéramos un buen pedazo de 'quality time'.

Juntos hicimos varios viajes por tierra y recorrimos Salvador y los estados de Rio, Sao Paulo y Minas Gerais.

Yo tenía unos proyectos en una alejada localidad del centro del estado de Bahía adonde había que llegar luego de dos días de camino. Todo el pueblo no pasaba de ser una villa de menos de 8,000 habitantes, simple y sin muchos recursos, pero tenía el aire rural del nordeste brasileiro, donde la calma, la cachaza y los ritmos de zamba en el aire eran constantes. Allí fuimos y como nuestros proyectos significaban para la gente local algo importante tenía una serie de prebendas pues estábamos elevando a Iraquara de la categoría de 'municipio' a la de 'municipio saludable' con participación y de acuerdo a una metodología OPS/OMS; lo que para esta gente simple, aislada y poco respaldada por su gobierno central, era como si Dios la hubiera elegido para la segunda visita de Cristo al mundo.

Como los habitantes típicos de estos lugares eran (siguen siendo!) más que bondadosos, hospitalarios y simpáticos, disfrutamos con Pablo de toda esa oferta de buena onda interminable. Nos invitaban a comer aquí y allá; nos paseaban por el pueblo.

Sabiendo que yo hacía cavernas prepararon una expedición para mostrarnos una que tenían a unos kilómetros del pueblo y que entre paréntesis resultó una hermosa experiencia espeleológica.

Pero no paraba allí la cosa; a veces hasta nos sentíamos un tanto incómodos con tanta atención y deferencia. Por ejemplo en un caso tuvimos que ir a ver a una parturienta que habiéndose enterado por los altoparlantes de la municipalidad que en la plaza vociferaban la presencia 'dos doctores Filipe e Pablo' quiso ponerle a su hijito recién nacido el nombre de 'Pablo'. No tuvimos más remedio que ir a la casa de la parturienta (una humilde vivienda) y llevarle un regalito para conocer al menino.

En otra, hasta plantaron en una de las calles principales de la villa un árbol al que llamaron 'Filipe' en honor a mi propio nombre.

Y más aún, como visitantes distinguidos y al no haber ni una posada en el lugar, nos hospedábamos en la casa del intendente, una enorme casona colonial, con muchos cuartos, patios y enredaderas con flores por todos lados, tratándonos a los dos como a verdaderos reyes.

A la tardecita y luego de que yo hubiera terminado mis reuniones y actividades con la gente y que Pablo hubiera acabado sus visitas y paseos con los muchachos y muchachas que por consejo del intendente lo acompañaban y llevaban a todos lados, nos juntábamos en la famosa casona de

este hombre a tomar unas cachazas en reuniones donde iban cayendo uno a uno los 'importantes' del pueblo, desde el comisario al cura pasando por gente del gobierno local, el farmacéutico y el médico del pueblo. Allí charlábamos de todo un poco y esta gente que en su enorme mayoría no había salido de pueblo tan aislado, se maravillaba con nuestras andanzas y cuentos, tanto de Pablo como míos; de tantas tierras por las que ambos habíamos andado. No podían creer que hubiéramos vivido en el África o que ambos supiéramos esquiar, pues absolutamente nadie de ese pueblo tenía la más mínima idea de lo que era la nieve.

Un día nos prestaron dos motocicletas y nos dijeron como llegar a Lençóis, un pueblito a unos 80 Kms de Iraquara, y si ésta última era una localidad humilde, aquella donde llegamos era menos que menos, pues allí terminaba la terrible trocha que llegaba hasta ella. De regreso de ese viaje tan interesante que hicimos padre e hijo y del que tengo recuerdos que me ponen la piel de gallina por los momentos en que pensábamos que ni con las motos iríamos a pasar (de más está decir que tanto de ida como de vuelta jamás cruzamos un carro o un ser viviente), a la tardecita y en la consabida reunión con el intendente en su casa, habían invitado a uno del pueblito en cuestión y el hombre lo abrazaba a Pablo y le decía textualmente:

- Que Vds. que vienen del África hayan llegado hasta mi aislado pueblo, mi desconocido pueblo, es solo obra de Dios. Solo Dios pudo haberlos guiado hasta allí y en este momento, con la visita de Vds. yo soy la más feliz de las personas!

Cuestión que por lo cándida nos llenaba de calor y simpatía.

Entre otras visitas de Pablo, las que más recuerdo fueron unas a Brasilia, unos viajes en velero por las islas del estado de Sao Paulo, una maravillosa estadía en Buzios (lugar que nos encantó a pesar de que en nuestro último día Pablo pisó un erizo que por varias jornadas lo dejó dolorido y con el pie infectado) y dos o tres vivencias por la siempre fabulosa Rio de Janeiro.

En uno de estos encuentros en Rio, conseguí un contacto con una 'Jefa de Ala'; en rigor una mujer a la que llegamos en medio de una favela con algún sobresalto aunque sin incidentes y que por 100 escasos dólares nos permitía participar en una de las secciones ('ala') de una escola de zamba y desfilar en una de las grandes murgas durante el carnaval. Además ese valor incluía también el disfraz que aunque simple era espectacular tal como los que se ven por televisión. Así fue que en febrero del 95 el famoso Zambódromo de Río de Janeiro, a lo largo de todo su trayectoria y en medio de un público nutrido y delirante vio desfilar en la escola de Mangueira, bien en el centro del Ala dos Arlequines, a dos danzantes argentinos, padre e hijo, vestidos de oro, rojo y blanco, con botas, largas guanteletas y antifaces, con un banderín en la punta de una vara; sin que faltaran flecos por todos lados y si bien yo me sentía un tanto floripondio con tanta gala y esplendor, valió la pena esta otra experiencia vivida con Pablo, que cuando menos fue colorida y muy cálida; una corta pero fuerte compensación a la separación física en que desde hacía ya unos años tenía con mi hijo.

Tres cosas que me dejó también mi trabajo en la OPS y el Brasil y a las que haré mención a continuación fueron: la belleza del país; los deportes de aventuras y Kwakukundala.

Brasil no es solo el Brasil de la postal del Pan de Azúcar y el Corcovado; el de las bonitas meninas de Copacabana y el Pelourinho de Salvador.

Este increíble e inmenso país tiene miles de pequeñas y grandes cosas que solo al viajarlo y vivirlo profundamente pueden llegar a conocerse.

En principio la calidez de su gente. Ya he mencionado esto, pero creo que no está demás volver sobre el tema, pues la buenísima onda vertida sobre mi persona en los 5 años que viví en Brasil ameritan mi renovado agradecimiento. Independientemente de los problemas y carencias individuales, todo el mundo parecería estar contento. Todo el mundo ríe; todos aman, danzan, gozan. Es un país de calor y como tal todo aparenta más liviano: desde las ropas hasta los malos humores. Ver un carro de basura en el que uno de los basureros va pasando los paquetes de residuos al camarada en el volquete al ritmo de su canto de zamba mientras que el que lo recibe lo recibe con una sola mano pues en la otra tiene el travesaño de una percha, (que salió de la basura), y que utiliza como palito de tambor, batiendo el costado del camión, solo en Brasil se puede dar.

Que el día en que el equipo nacional de fútbol juega un partido internacional nadie (pero nadie NADIE) puede verse en cualquier calle pues el país se para como si llegara el robot del 'Día que paralizaron la Tierra'; Y si por ahí el equipo hace un gol, si estás en una casa de departamentos te aterrorizarás pues los cimientos vibrarán como en el peor de los terremotos ya que la gente puede saltar, tirar cosas por las ventanas, contra las paredes y sacudir lo que tengan a mano.

Así en todas y cada una de las interacciones que van desde el tipo que te vende la hamburguesa al piloto del avión, al ministro del ambiente o al que te pide limosna en la calle. Una hermosura de gente.

La estadía me dejó el conocimiento físico de un país que por ser tan enorme tiene de todo. Desde un desierto a las montañas más altas y verdes; desde los pueblitos perdidos por cualquier parte con su colonialismo traducido en calles empedradas, techos coloniales y ropas simples pero multicolores al poderío de ser la séptima u octava economía donde el poder económico puede traducirse en magníficos puentes, amplias carreteras, futurísticos aeropuertos. Desde las postales únicas de ciudades como Rio, Salvador, Porto Alegre o mi querida Brasilia a la multi flora y fauna de los pantanales.

Al hablar de lo vegetal no puede dejarse de lado la magia de la inmensa Amazonia, adonde afortunadamente pude ir varias veces para maravillarme con esos lugares que son los más verdes del mundo.

Mis oídos escucharon de la boca de un 'pae' (una especie de brujo de la selva) como se preparan remedios autóctonos y lo vi a él mismo preparándolos con hojas, ramas y cortezas. Si eso no bastaba de esa zona marginal, llegué a palpar, mitad fascinado y mitad atemorizado el antiguo 'El Dorado', renacido en los garimpos auríferos; donde la gente, en medio de una crudeza, brutalidad y en condiciones miserables intentaba hacerse rica zarandeando, recogiendo y extrayendo oro con mercurio, que no importaba si era echado a la atmósfera y si había que inhalar, pues al salir de esos campos imposibles, podría vivir como un señor en alguna de las grandes ciudades y ya vería de curarse si es que el mercurio le había dejado algo de cerebro o del sistema nervioso todavía funcionando.

Finalmente las playas, no importa si eran por el norte, el centro o por el sur. Cualquier lugar de mar conllevaba playas de maravilla, donde el sol picaba fuerte, pero eso se solucionaba fácil, si era temprano en la mañana con agua de coco y si era cerca del mediodía o de la tardecita con alguna cachaza bien servida o la caipiriña que le diera fama al país en el mundo entero.

La segunda cosa agradable que me dejó Brasil fueron los deportes extremos.

Acá habrá que hacer alguna disquisición sobre las razones que llevan a una persona a realizar deportes que involucran alto riesgo.

En lo personal, habrá que hacer un análisis similar pues si bien en mi vida siempre hubo deporte, más de la mitad de lo que hice fueron prácticas en donde el riesgo y el peligro eran variables incorporadas.

Este es un punto al que no puedo escapar si lo que quiero dejar es una semblanza honesta de mis características y mi forma de ser; para que algún nieto de nieto pueda entender por qué a él también por ahí le hubo dado por hacer alguna locura deportiva. Y vale este análisis y la mención a los futurísimos descendientes, pues algo de la cuestión genética debe haber en esto de correr riesgos, ya que mirando a mis hijos, todos ellos han hecho deportes extremos, ya que al margen de esquiar donde y como nadie lo hace (off-piste, avalanches, etc.) a la velocidad y desaforo de un Fórmula 1 y de saltar cada vez que pueden en un bungee; en lo individual Pablo orilló todo lo que era extremo, desde el Himalaya a las motos, a los elefantes y a la aviación; Javier jugando hockey sobre hielo, escalando, kite surfeando y piloteando ultralivianos y Huenú saltando en paracaídas y como piloto de helicópteros entre otras. Todo sin olvidar que Pablo dejó su vida en un accidente con un ultraliviano.

Habría sido por imitación a las aventurillas radicales del papá o será que en verdad la genética tiene que ver con esto de los riesgos?

Cuando quiero interpretar la razón de mis inclinaciones por tales aventuras no puedo determinar si lo que perseguí a lo largo de tantos años fue sentirme distinto o tal vez de querer resaltar sobre el resto; lo que podría ocultar algún complejo de inferioridad por aquello dicho muchas páginas atrás, que cuando era un púber y un teenager no me gustaba lo que veía en el espejo cuando me miraba la cara; y que al margen de las estrategias anotadas de bailar, cantar, contar chistes y escribir cuentos (se entiende que todo estaba en función de levantar alguna morocha de proporciones), mostrar que uno era 'muy valiente y corajudo colgándose de una soga en el filo de una montaña; supongo que me hacía pensar que sumaba a cualquiera de las otras estrategias. Ya se sabe: lo que suma no resta.

Podría haber sido eso, por el lado de sentirme menos lindo y más necesitado de imagen y pensando entonces que entre un sonso que solo lee poemas y un audaz que salta en una moto, supongo que las minas considerarían como mejor candidato para procrear al segundo de los nombrados. Pero por ahí la cosa venía de mucho antes; de cuando en los potreros ya descritos de Caballito y en la niñez callejera las aventuras imaginadas que iban desde las también mencionadas batallas medioevales hasta los viajes interplanetarios, eso me pudo haber introducido y llevado a mundos de aventura que hicieron nido en mi cerebro y quedaron allí latentes para que en cada ocasión que se diera la oportunidad, salieran a exigir su cuota de adrenalina.

Tal vez sea el inevitable motor genético. No sé en que correrías puedan haber andado los ancestros por el lado de Mamá, pero por el de Papá, tengo dos cartas fuertes; una con el tío Rodolfo, aquél revolucionario corrido a tiros por las sierras de San Luis y más aún, las aventuras por los mares del mundo de un abuelo que aunque esto jamás nadie mencionó, imagino con varias cicatrices dejadas por las afiladas espadas de los malditos piratas chinos en algún golfo de por allá.

Finalmente no me extrañaría que el responsable del dislate aventuril sea algo relacionado con la drogadicción.

Tanto yo o mis hijos podremos decir que hubieron algunos cigarrillos, algunos porros aquí y allá; pero en rigor, nadie de la familia ha sido un adicto a nada. Leí por ahí que las aventuras generan adrenalina que es en sí misma una droga. No será que esa droga 'buena' fue la que nos apartó de caer en alguna de las 'malas'?

Cuando aún con mis setenta años cumplidos subo cerros del desierto con mi moto, siento al llegar a la cima la agitación y el golpe de la adrenalina corriendo por las venas... y que jorobar! ... me gusta y me siento bien. Definitivamente, ésta podría ser sin duda otra de las explicaciones.

Volviendo al pasado, y como ya he comentado, comencé mis años juveniles haciendo andinismo, un deporte que si bien nunca llegué a practicar in profundis ni a niveles de jugar con la muerte (nunca pasé de ser un mediocre escalador), contenía su cuota de innegable riesgo.

Es decir que desde las zambullidas de la cuna al suelo; luego los viajes interplanetarios y las aventuras medioevales con el Caballero Negro; siguiendo hacia las ascensiones en Sierra de la Ventana y Bariloche, la cosa iba en franco aumento y se vislumbraban momentos de gloria en el terreno de la mayor aventura.

Pero llegando a mis 30 largos, con la aparición de los hijos surge un fenómeno que me detiene; un freno; algo así como un hada buena que dice: '...Vamos a parar un rato... Están los chicos...!' Eso que sentí creo que sin darme cuenta lo he visto en muchos otros padres, pues al igual que una cantidad de amigos que hacían cosas parecidas, uno se auto impone un impasse mientras los hijos son pequeños. Sin duda que hay un sentimiento de protección, algo que hace que uno la piense mucho antes de tirarse de una azotea abriendo un paraguas, porque las chances de que sus chiquitos queden desprotegidos pueden ser altas.

El tema es que mientras tuve la responsabilidad de los hijos chicos, abandoné cualquier deporte que fuera riesgoso aún en pequeña medida.

Pero mi estada en Brasilia configuraba otra etapa. Ahora estaba libre, me sentía aún joven y fuerte y tenía ganas de hacer unas cuantas cosas antes de que 'fuera demasiado tarde'. Los chicos estaban cubiertos por un seguro de las Naciones Unidas y había tomado otro que pagaría el monto asegurado pasara lo que pasara, aún si yo me hacía papa al tirarme desde aquella azotea y hasta en el caso de que tuviera la linda idea de suicidarme. Sabía entonces que si moría los chicos tendrían la suficiente cobertura para poder terminar de estudiar, afianzarse, madurar y entrar en la vida sin tener que ir a vender diarios a las 4 de la mañana.

Con esa confianza y tranquilidad, más un par de compañeros de aventuras que estaban a mano y en el entorno de la maravillosa Brasilia, todo se dispuso para que me lanzara a buscar la adrenalina que había estado esperando por casi 20 años. Se aclara: acá y en ese momento no había ahora absolutamente ninguna necesidad de mostrar nada a nadie; tan solo el disfrutar de las cosas raras, o difíciles, o que habían quedado en stand-by por lo de los hijos chicos. Tal vez por la necesidad del shock adrenalínico. Quizás por los desafiantes piratas chinos.

Los consultores americanos mencionados: Mike Nelson (y en oportunidades Bob Zimerman),

más un negrito simpaticón que trabajaba en la oficina de viajes que había dentro del edificio de la institución (Ronaldo Oliveira) configuramos el grupo básico aventurero de la OPS. A lo largo del año en que Javier me acompañó, también él se unió al grupo y todos juntos comenzamos dos actividades que resultaron ser pasión, en especial para Mike y para mí: el canyoning y la espeleología.

Ambos deportes que eran populares en la zona debido a las características especiales del área de Brasilia: muchas cavernas y un montón de cataratas cercanas.

El Canyoning es algo simple. Casi una tontera. Hacer un rappel (la bajada por una pared vertical colgado de una sogas que pasa por un gancho de metal (el 'ocho' o también el 'descender') atado a un arnés que lo sostiene a uno. Esta técnica es viejísima y en mis días de escalador la usábamos hasta sin ningún aparatito, solo pasando la sogas por el hombro y por debajo de una pierna. El rappel es solo una técnica para bajar rápido por una pared que cuanto más vertical, más facilita el descenso.

Lo que saca a esta tontuela bajada de su relativa insipidez es que en el canyoning la rappeleada se hace... dentro de una catarata!

Sentir que uno baja en rappel en medio de torrentes de agua, que a veces ni dejan respirar es lo que transforma a la técnica en un deporte. De la misma forma que no es lo mismo remar en un bote en las plácidas aguas de un laguito en medio de un parque ciudadano que tratar de mantenerse a flote remando en los rápidos de un río embravecido; de igual forma en el canyoning las cosas cambian radicalmente. Si uno se descontrola con tanta agua, si no consigue manejar la respiración y coordinar sus movimientos embrutecidos por el golpe del agua, hay chances de que uno se vaya abajo donde lo esperan rocas no amigas y un exceso de aguas profundas.

La espeleología es la investigación de cavernas. Los Solsona (mi persona y los tres hijitos) ya habían saboreado las lodosas profundidades de Sudwala, una caverna en Nelspruit, Sud África adonde habíamos ido en un par de ocasiones con algunos amigos argentinos nucleados para tal fin.

Es decir que penetrar en las entrañas de una montaña y recorrer sus pasadizos y lugares ornados de formaciones no nos era nuevo cuando nos enteramos que Brasilia tenía decenas de interesantes huecos subterráneos.

Hicimos una primera visita a una de ella, tal vez la más cercana y visitada de Brasilia llamada 'O buraco das araras', pero a pesar de lo relativamente simple de la bajada, nos dimos cuenta con Mike que necesitábamos mayor conocimiento técnico y más herramientas para bajar y subir pozos profundos.

Dimos con un muchacho que ofrecía ambas cosas: la capacitación y el material pues era el dueño de una tienda por la zona comercial de la SQN 112. La decisión de hacer un curso con este muchacho fue excelente pues en un mes de reunirnos varias veces por semana aprendimos las triquiñuelas y el manejo de un instrumental que aunque no demasiado complicado necesitaba de una cierta maña para operar, sobre todo en las circunstancias en que uno se encuentra adentro de una cueva; esto es: colgado, o apretado entre dos piedras, o metido en un torrente de agua, o sin muchos lugares para poner los pies. Y siempre claro, en un medio donde no abunda la luz.

Con el bagaje técnico y unos cuantos 'fierros' (mosquetones, ascenders, descenders, ochos, crolls, puños, etc.) nos encontramos listos para las hazañas subterráneas y ... comenzamos a realizarlas!

Mi pasión por las cavernas quizás tuvo que ver con la frustración de no haber podido visitar jamás algún planeta lejano como habían sido mis sueños de niño. Me fascinaba el hecho de

acercarme a la entrada de una cueva y al transponerla sentir igual que en las películas de ciencia ficción, cuando al pasar por un portal los astronautas dejan la Tierra y se encuentran en un mundo absolutamente diferente en otra galaxia. Eso lo viví infinidad de veces pues al encontrar la entrada de alguna cueva a la que se llegaba por un sendero en medio de una selva calurosa, hirviendo de ruido, burbujeante de vida animal, insectos, colores y luz enceguecedora, con el solo y simple acto de penetrar por un pequeño hueco de conexión, dejaba atrás el paisaje bien definido para que todo virara en un segundo hacia ese otro planeta frío, oscuro, sin vida ni vegetación, en donde en lugar de ramas y follaje solo podía encontrar las bellas y fantasmagóricas formas de las estalactitas y estalagmitas, y cuando detectaba vida, o era aterradorante como lo son los horribles murciélagos que te podían pasar lamiendo la cara o rasando las orejas o te encontrabas con las muy extrañas formas blancas y ciegas que reptan por las profundidades; por lo que en verdad era difícil no pensar que se estaba en otro rincón del universo.

Esto de la espeleología me copó tanto que en cada viaje que hacía por la Región en razón de mi trabajo, preguntaba donde habían cavernas y junto con los libros y documentos de la Organización me acompañaba también con mi arnés y la ferretería correspondiente; y que recuerde, hice cavernas en Brasil, Perú, Colombia, Cuba, Estados Unidos, Belice, México, Santo Domingo, las Bahamas y Honduras.

Cuando ya había quedado solo, sin Lidia y sin Javier, mi vida de fin de semana, terminó centrándose entonces en las salidas con los amigos pero fundamentalmente con este gringo Mike y con el negro Ronaldo, que resultaron fabulosos compañeros para estas aventuras.

Con ellos recorrimos en dos o tres años decenas de cuevas y de cataratas. Un fin de semana hacíamos una caverna y al siguiente algo de canyoning matizando con algún trekking interesante. Recorríamos los alrededores pues esta magia de tanta oferta acuática y subterránea se daba en un radio de no más 50 o 60 kilómetros, lo que hacía fácil la llegada, la aventura y el regreso, que se matizaba finalmente en alguna reunión social los sábados por la noche.

Debo para terminar con esto de los deportes extremos mencionar mi afición por la altura, lo que se tradujo en un curso de ultraliviano.

Por detrás de los edificios más importantes (la casa de gobierno y el congreso) se extiende en Brasilia un hermoso lago (el Paranoá), en una de cuyas márgenes habían levantado un pequeño aeródromo exclusivamente para ultralivianos. No sé como llegué allí pero sí que me dije: 'Si hago tierra (moto y trekking); agua (canyoning) y me voy para las profundidades (las cavernas) entonces tengo que hacer algo por el aire'.

Me inscribí en el club e hice el curso de piloto de ultraliviano. Durante mi último año en Brasilia, antes de ir a trabajar, muy temprano en la mañana; desarrollé la rutina de volar un par de días por semana en unos raids de media hora a cuarenta minutos. Recuerdo con especial deleite aquellos amaneceres con el aire helado de la altura pegando en el rostro, pero gozando del maravilloso paisaje de esa ciudad del futuro, con sus enormes edificios, su tanto de verde y sintiendo la armonía del conjunto al ver pasar las enormes bandadas de flamencos volando muy por debajo mío, poniendo esa nota de color rosa increíble sobre el azul profundo de las aguas del lago.

Creo que si hubiera permanecido más tiempo en Brasilia, hubiera terminado comprándome uno de aquellos aviones. Tanto que los amé y luego tanto que los odié; pues fué uno de éstos avioncitos los que trajeron tanto dolor a la familia cuando en uno de ellos Pablo falleció 16 o 17 años más tarde.

En pocos párrafos más, haré de mi etapa en Brasilia un breve resumen aunque ya puedo anticipar que fue una etapa notable y agradable y que en mi relación con el medio, esto es con el Brasil y en especial con Brasilia se había desarrollado una comunión especial. Me gustaba el lugar. Me sentía bien. Me trataba con consideración, amistad y calor.

Brasilia era hermosa, amplia, con mucho verde y con áreas casi salvajes en medio de la ciudad. En la tierra tropical y calurosa que es el Brasil, su capital tenía un clima seco y agradable cosa que sumaba puntos ambientales.

He tratado de analizar el porqué de los amores que llegué a desarrollar en cada lugar adonde la vida me obligaba a acampar y llegué a la conclusión de que simplemente era una característica (supongo que positiva) de mi personalidad. Ya sabemos, el famoso: 'si no puedes lo que quieres... quiere lo que puedes'.

Al emigrar a la Patagonia, había terminado amándola y nunca la habría abandonado.

Cosa semejante me había sucedido con Sud África, la que al día de hoy sigo queriendo, recordando y añorando en la distancia.

Ahora estaba encantado con la nueva patria y dada mi situación: solo, con los hijos en los que ya se adivinaba una gran movilidad (Javier estaba en Londres, Huenú que estaba en Suiza hablaba de su gusto por Europa y Pablo que ya trabajaba para Alcatel en Johannesburgo me comentaba que pronto intentaría salir del África para otros lares.

Tratando de encontrar el lugar para mi nido definitivo, precisamente Sud África configuraba una poderosa atracción; pero volver a una tierra donde no iba a tener la compañía de ninguno de mis hijos y donde el único contacto sería Mirtha, me negaban la opción de la tierra afrikáner.

Estaba ya por llegar a los 5 años de conchabo y me quedaban solo 4 más por delante para jubilarme. En general, en la Organización los destinos (los contratos para desarrollar actividades en cada país) se dan para 5 o 6 años, con lo que malicié que ya no me ofrecerían otra plaza y que me quedaría allí en el Brasil para terminar mi contrato al tener que retirarme.

Porque no podía entonces ser Brasilia la tierra en donde quedara finalmente afincado? El lugar del retiro y en donde eventualmente quedaran los huesos para reposar?

Hacía un resumen y un análisis de mi estancia en esta ciudad y me gustaba todo lo que veía y lo que había disfrutado. Habían sido buenos y fructíferos los años de mi permanencia allí. La calidez de los brasileños, más toda la vida de aventuras que me había brindado el entorno natural brasiliense, sumado a que la ciudad tenía toda la infraestructura que puede necesitar una persona en el último tramo de su vida, definieron en cada uno de los análisis a esta ciudad como la de mi futuro para vivir una vez que me llegara la jubilación.

Una muchacha que conocí socialmente me conectó a una amiga que tenía una hermosa fazenda de unas 50 hectáreas a solo 20 Kms de Brasilia.

Esta mujer y su marido pertenecían a uno de los tantos sectores esotéricos que abundaban en esa zona; tenían mucho dinero, mucho tiempo libre y ganas de hacer algo espiritual, tirando a la paz, visión y tipo de vida oriental.

Cuando les conté de mis andanzas y trabajos en Tecnología Apropriada en el África se entusiasmaron tanto que me invitaron a entrar en su empresa y comenzamos a incorporar en su mega proyecto hasta un centro de instrucción que propondría una currícula basada en tecnologías para el Tercer Mundo y el subdesarrollo. 'O Pae Filipe' sería la cabeza del centro y uno de sus profesores más conspicuos.

Es así que me relacioné íntimamente con la fazenda caminándola de arriba abajo hasta encontrar y negociar con esta gente el pedacito de tierra que yo ocuparía con mi vivienda y luego donde colocaríamos el instituto de enseñanza.

Había ahora que hacer el proyecto, comenzando por la vivienda mía y para eso tenía que pensar sólo en términos de TA. Mi morada tenía que ser una representación de lo que se puede lograr cuando se proyecta y produce dentro de esa disciplina tecnológica.

Comencé con un diseño basado en el ferro-cemento. La casa tendría una forma de pan, en rigor varios panes uno al lado del otro, con grandes ventanales y un montón de gadgets y propuestas para hacer frente al calor natural del verano y a la sequedad del clima local; cosa que requería de bastante agua, la que afortunadamente, gracias a un río y un arroyo que bordeaban el lote de 7,500 m² podría disponer.

Con amor y mucho entusiasmo volqué en ese proyecto todos mis conocimientos de TA incluyendo una lista de hermosuras como: aislamiento térmico por paredes y vidrios dobles; climatización de ambientes por evaporación forzada de agua, circulación de aire interior por medio de torres de calor, pre-enfriado del aire interior por pasaje a través de tubos subterráneos, humidificación de los ambientes por presencia de agua libre dentro de los recintos, calentamiento del agua por paneles solares, elevación del agua sin energía externa, tratamientos del agua para consumo por técnicas alternativas (filtros de raíces, dinámica, etc.); tratamiento de las aguas servidas por digestión anaeróbica y pasaje por humedales, cocina por horno solar, producción de biogás, cultivos hidropónicos, eliminación de residuos orgánicos por composting en granjas de lombrices, producción de peces en laguna, etc., etc.

Una delicia de la tecnología apropiada en lo que iba a ser sin duda algo de impacto.

Llamé a todo el conjunto: **Kwakukundala**; palabra que había traído desde la tierra Zulú y que quiere decir 'como antes'. Es decir que esta morada con todo el conjunto de innovaciones tecnológicas sería sin dudas un buen lugar para vivir, pero por encima de ello, pretendía ofrecer una 'forma' de vida especial. Algo como había vivido la humanidad desde siempre pero hasta la era industrial, en aquellos tiempos en donde las moradas eran casi parte de la familia, en donde se vivía en contacto con la naturaleza y en respeto al medio ambiente, en donde la locura y el tráfico de la ciudad no podían alienar al ser humano. En fin...algo ... 'como antes'.

El desarrollo del proyecto ocupó en mis dos últimos años de Brasilia buena parte del tiempo que me dejaban las actividades diarias de la Organización, los viajes de trabajo y las aventuras de los fines de semana; pero no podría decir que las horas dibujando, la búsqueda de materiales, y el

recorrido de la fazenda de arriba para abajo y de abajo para arriba no fueran actividades que no disfruté. Me mantuvieron ocupado, excitado y feliz.

Con cada día que transcurría y que me acercaba al de la jubilación mi expectativa por Kwakukundala crecía y ya me veía en el entorno natural de la nueva vida.

Pero en diciembre del 97, en una reunión normal de trabajo que mantuvimos en Buenos Aires, Horst Otterstetter, que seguía siendo el director de la División de Salud Ambiental de la Organización y que había bajado desde Washington para el evento, me invitó una mañana a un desayuno solo de nosotros dos y allí me lanzó la bomba: había llegado la hora de que siguiera mi camino y en la Oficina Central pensaban que andaría muy bien en un lugar en donde mis conocimientos y mi mayor afinidad con la técnica serían de gran utilidad. Pasaría de ser un ingeniero de país a un asesor técnico en un centro regional. El Centro Panamericano de Ingeniería Sanitaria – CEPIS – ubicado en Lima, Perú.

Con una mezcla de entusiasmo pues por un lado me iba a sentir mejor en la tecnología que en las actividades mucho menos técnicas que había desarrollado desde mi llegada al Brasil; con la posibilidad de viajar y conocer extensivamente una región atrayente y sumando a que nunca me había desagradado el Perú, un país al que le respetaba su enorme oferta turística, paisajística e histórica; tenía por el otro lado la pena de dejar un rico baúl de experiencias, de vivencias y de las ilusiones que me había forjado alrededor de Kwakukundala y de mi vida de retiro en ese lugar ya muy amado del planeta.

Como he prometido cierro este capítulo de mi vida con un breve resumen.

Dejar Sud África significó por encima de todo, el dolor inmenso de apartarme definitivamente de mis hijos que al momento de mi emigración estaban todos allí ubicados.

Significó también dejar una tierra que a lo largo de esos 5 años me fascinó y me hizo sentir cómodo. Que me permitió disfrutar de su infraestructura de gran país y de lo hermoso que ofrece, desde los paisajes de maravilla a los leones y antílopes del Kruger National Park. Dejar linda gente y algunos amigos que fueron sustento en momentos de mucha tensión y dolor.

Pero la parte positiva de mi entrada al Brasil fue en primer lugar alcanzar la meta que había tenido por más de 20 años: entrar en las Naciones Unidas. Ser un funcionario de la Organización Mundial de la Salud!

Esto no tuvo mucha trascendencia en cuanto al desafío profesional. Ya he dicho que este trabajo ni fue difícil ni especialmente reconfortante por sus desafíos que nunca tuvieron magnitud; pero el solo hecho de haber conseguido acceder a él, no solo significó una percepción de logro profesional, de abrigar un sentimiento de ‘winner’, sino que ligado a ello le otorgó a mi situación económica y al de mi familia un cambio trascendental. Pasar a ganar 10 veces lo que se ganaba previamente configura para cualquier ser humano una notable descompresión; cambio de alto impacto que podría definir como el ver algo en una vidriera y poder entrar a comprarlo sin angustias; más la tranquilidad de poder pagar la educación de los hijos en los mejores lugares, disfrutar de excelentes coberturas en salud, en seguros de vida; y en pensiones de retiro dignas y sin angustias.

Como me dijera un tipo pasado de copas en un bar muchos años atrás:

‘El dinero no lo es todo en la vida; el otro 2 % es el amor!’.

Broma aparte soy de los que el dinero nunca importó por sí mismo. Se sabe que la gente que obtuvo la lotería, solo 6 meses después del golpe de suerte y del inevitable cambio de vida, no se sintió más feliz que antes. Lo que si tiene de importante la moneda en su justa medida, es la tranquilidad que otorga cuando uno sabe que las necesidades básicas (techo, educación, alimentación, salud, respaldo para la vejez, entretenimiento) están cubiertas y que hay un algoito más para gustos y disfrutes moderados. Eso es exactamente la protección y tranquilidad que me brindó el nuevo trabajo.

Siendo un amante de la naturaleza, Brasilia me sentó infinitamente mejor que el bullicio de otras ciudades de mayor lustre como Rio o Sao Paulo y supe aprovechar todo lo que me ofrecía; desde el ambiente ideal para los deportes que desarrollamos en cataratas y cavernas, más las salidas casi diarias con la moto a cualquier zona con verde; cosa que por sus características de ciudad recién horneada no me llevaba más que unos minutos; y por sobre todo aquello, esa paz y tranquilidad provinciana que me fascinaban y me llenaban de felicidad.

Recuerdo una mañana, que igual que muchas otras mañanas antes de entrar a trabajar salía a dar una vuelta en moto por la ciudad dormida para disfrutar de esas inmensas avenidas y el panorama urbano sin gente ni ruido. En la ocasión, sin nadie a la vista, y con el fresco de las 6 de la mañana bañándome la cara enfilé para el lado del Palacio del Planalto, la casa de gobierno. Al llegar por la enorme avenida de 6 carriles; absolutamente vacía de cualquier presencia vehicular o humana, detecto una cosa que se mueve en la distancia. Algo que se bamboleaba en medio de la inacabable avenida. Al acercarme no salgo del asombro: por el medio del cuarto carril, justo entre la Casa de Gobierno y el imponente Congreso; con paso tranquilo y como si se tratara del marqués de Kapurtala... una vaca lechera!!

Frente a la morada de quien rige los destinos de la séptima u octava economía mundial, en el centro de su ciudad capital... una vaca! Revolucionaria, libre, cagándose en las prohibiciones y reglamentaciones anti-circulación vacuna!

Fue tal mi júbilo y alegría de esa visión fellinesca que riendo a las carcajadas me felicité por lo afortunado de haber caído en este lugar de maravilla; hecho a la más precisa medida de mi sensibilidad, gusto y necesidad.

Pero no solo eso; un paso más allá de esta ciudad espectacular estaba, para complementar más aún, todo el Brasil con lo que ya he descrito; desde sus paisajes a sus playas; desde la fauna del pantanal al colorido de las favelas; desde el sabor colonial en sus pueblitos rurales al verde incommensurable de sus selvas y amazonia.

Esto claro, en cuanto a la parte física del lugar que me rodeaba.

En lo emocional, por sobre el bagaje que hasta ese entonces había logrado en mis cincuenta años de vida, Brasilia configuró una maduración personal adicional al tener que enfrentar la soledad real. Dejar a los hijos un continente atrás, más quedar solo tras la ruptura con Lidia y en la misma tónica, ver la partida de Javier luego de un año de tan inestimable compañía, me pusieron como nunca en contacto con mi soledad, lo que me llevó a trabar un contacto como nunca lo había hecho con mi ser interior, para aprender a respetarlo, a quererlo y a convivir en

paz y armonía con él, pues me di cuenta que ése, era el único verdadero compañero que estaría conmigo en todo momento.

En lo afectivo, Brasilia significó una época de pareja (con Lidia) que hasta la enfermedad de su hijo fue muy placentera en todos los sentidos y cuando Lidia no estuvo más, la intensa vida social de esta ciudad con su aire de 'muita bagunza e muito carnaval', en donde sobraban las señoras con pocas ganas de sufrir su mucha soledad y que se concentraban en la dorada franja de los 40 a los 50; me orientó la sociabilidad hacia la complacencia y el placer. Casi sin pensarlo las circunstancias me habían transformado en un solterón que disfrutó de variopintas y gratificantes compañías femeninas; total... ya me había hecho el solemne juramento que de ahí en más jamás, pero atención! Jamás jamás, el bueno de Felipito volvería siquiera a intentar formar nueva pareja!!

58 - 63

PERÚ LIMA Y EL CEPIS

El 15 de marzo de 1998 aterricé en Lima. Era un domingo y me habían mandado un auto del CEPIS a buscarme. En un momento del trayecto nuestro auto paró por el tráfico. Teníamos una continua pared a nuestra izquierda y la falda de un cerro a nuestra derecha donde se veían departamentos situados en la ladera. El chofer se da vuelta y me dice:

- Sabe? Este paredón circunda un campo de golf y del otro lado del campo está nuestro centro.

‘Wow!’ pensé. ‘Los departamentos situados sobre este cerro están a un tiro de piedra de mi trabajo y la vista que deben tener al estar sobre un campo de golf debe ser hermosa’.

Justo en el momento en que se reinicia el movimiento de los autos veo sobre la ventana de un edificio un letrero de ‘Se Alquila’ con su número de teléfono. Saqué mi bolígrafo y velozmente anoté el número en mi mano. El lunes antes de ir al trabajo llamé y en un mes ocupaba un departamento alquilado en la Calle Cerros de Camacho 755, Dto. 402. Sobre la ladera del cerro. Justo encima del Club de Golf Los Inkas. Un departamento que más tarde compraríamos con Lucía y que sería mi adorado castillo; mi reino, mi dominio y mi refugio durante todo el tiempo que viví en Lima.

Otra cosa que hice ese mismo lunes fue presentarme en mi trabajo. El CEPIS era un fantástico edificio rodeado de jardines con verdes y flores. En verdad era tan hermoso que no me acometió ninguna saudade pensando en el otro edificio que había disfrutado durante la estadía en Brasilia. Mi jefe y director del centro, Sergio Caporali, era un ingeniero brasileño que ya conocía, y con el que desarrollamos una muy buena relación que pasó más adelante a niveles de sólida amistad, lo que facilitó en mucho mi tarea profesional.

Si los asesores de salud ambiental (los ingenieros de país) tenían como principal función servir de intermediarios, de brokers entre los problemas y las necesidades tecnológicas de un país y aquellos lugares o personas en capacidad de solucionarlos, el centro en cambio proveía el conocimiento técnico en forma directa. El ingeniero de país actuaba como un facilitador, en ocasiones como un diplomático trasladando o permitiendo el traslado de información y conocimientos, mientras que el ingeniero del CEPIS actuaba con un técnico puro; un proveedor de primera mano de la tecnología necesaria.

Aquí había entonces dos cosas que me llenaban mucho más que lo realizado en Brasil; de ahí mi entusiasmo en desarrollar labores en el Centro.

La primera era que al volver a ser un técnico, retornaba a trabajar en forma directa, volviendo a mis gustos de ser un doer y no un tramitador.

En segunda instancia que aquí cada realización, cada ejecución, fuera un proyecto, el desarrollo de un equipo o la escritura de un libro conllevaba una acción social de vasto alcance; y la sensación de plenitud y de dar se tornaba totalmente distinta. No es lo mismo contratar o traer a un tipo para que escriba una guía con cuyas sugerencias pueden salvarse miles de vidas que ser uno mismo el que escriba una guía con cuyas sugerencias pueden salvarse miles de vidas.

Esto fue tan cierto y concreto que cuando más adelante hable sobre los libros escritos, se verá que escribí varios durante mi estadía en Sud África; que durante mi etapa en la Representación del Brasil desapareció por completo cualquier producción importante y que una vez transferido al CEPIS retomé la producción de esos documentos.

Las mayores áreas de trabajo del centro eran agua y saneamiento, residuos domiciliarios y hospitalarios, enfermedades laborales, desastres, mejoramiento de vida en el medio rural, producción sanitaria de alimentos, desarrollo de laboratorios de control, higiene y seguridad industrial, capacitación y producción de materiales de enseñanza entre otras. Su biblioteca conformaba la mayor reunión bibliografía en ingeniería sanitaria y en español del mundo entero.

Si bien el centro operaba como institución dentro de la OPS, (la ya mencionada rama de la OMS para las Américas), y si bien su misión era proveer servicios en América Latina y el Caribe, siendo el mayor centro de ese tipo dentro de toda la OMS, en ocasiones debíamos sobrepasar nuestras fronteras y teníamos contacto y acción con las otras ramas de la institución madre, al punto que no era extraño que recibiéramos cartas de la India, del Tíbet o del Japón solicitando algún tipo de aporte o consulta.

Se me había asignado un nuevo proyecto que dieron en titular 'Calidad de Aguas'.

La mayor casuística de enfermedad humana en el mundo son las diarreas. El 80% de las diarreas en el mundo provienen del agua de bebida contaminada. Ergo? Trata el agua; provee de agua segura a la población y como resultado tienes menos gente sufriendo, menos enfermos y muertos; menos recursos gastados.

Apenas comencé a desarrollar tareas en el centro me entusiasmé pues se confirmaba lo previsto. Ahora había acción directa.

Encima descubrí que afortunadamente tenía dentro de la institución unos cuantos profesionales con muy buen nivel y confiables. Gente seria y agradable que colaboró con las acciones de mi

área de muy buen grado y alta profesionalidad.

Para el año 1999 nos contactó la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos (la famosa EPA), que quería desarrollar unos programas de calidad de agua en Centro América, específicamente en Honduras, Nicaragua y El Salvador.

Los gringos no son tontos y jamás dan por el puro altruismo. Brindar apoyo a países como los mencionados llevaba la segunda intención de saber exhaustivamente qué estaba pasando en la región, qué se había logrado y en qué se estaba trabajando en el área de la salud y de la calidad del agua; tener acceso y posesión de enfermedades (virus y bacterias) locales para replicarlas en sus laboratorios de ciencia ficción en donde consiguen siempre nuevos insumos para sus armas biológicas a la vez que se pueden preparar vacunas para sus soldados en caso que tengan que invadir (a veces les ocurre, pobre gente... tienen que invadir...!) y finalmente, y no menos importante, poder meter el piecito, es decir tener algún tipo de presencia aceptada en países en los que si quisieran entrar directamente serían rechazados. Poca gente conoce la realidad de principios de Siglo XXI, en que la presencia física y concreta americana abarca a prácticamente uno de cada dos de todos los países que hay en el mundo; y no siempre esa presencia es militar. Porque... lo importante era (y es)... el piecito adentro!

Cuestiones éstas que discutíamos si la oportunidad se daba en algún bar confraternizando con los gringos que eran mi contraparte, quienes, siendo inteligentes, cultos y excelentes personas aceptaban y a veces hasta exponían tales verdades, por lo que nosotros siempre entramos en el juego sabiendo que su apoyo y el dinero que nos proveían eran de importancia para hacer lo que nosotros sí teníamos que hacer como parte de nuestro mandato. Algo por algo.

Y además, para que negarlo? a mí y a todos los de mi equipo nos encantaba que esta gente, con su enorme conocimiento científico nos pidiera ayuda y dependiera tanto de nosotros. Es que su altísimo nivel técnico no era el apropiado para lo que se necesitaba en la región más pobre del continente. Era como tener que mover piedras por una estrecha senda de montaña teniendo a disposición solo Porches y Ferraris de carrera. En esa situación se tendrá que solicitar ayuda al dueño del burro y del carrito con ruedas de madera.

De igual forma nosotros teníamos el conocimiento de la problemática, éramos los dueños del know-how que se necesitaba (saneamiento con tecnología apropiada) y conocíamos la gente con su idiosincrasia y el idioma.

Tenían que venir al pie.

Con una suerte enorme para nosotros pues contra nuestro carro con el burro ellos pusieron buen dinero, lo que nos permitió andar a excelente paso ya que la autonomía que nos permitían esos fondos nos dieron alas y mucha funcionalidad.

A lo largo de esos proyectos impulsamos un montón de acciones, capacitamos a cantidad de gente, produjimos montones de libros y material de transferencia tecnológica. Los documentos que me tocó escribir a mí en esa contienda están listados cuando hablo de lo que supe producir.

Si bien los proyectos conjuntos con la EPA tomaron buena parte de mi tiempo, no eran lo único que tenía en el portafolio, y a mis viajes a América Central siempre debí matizarlos con visitas a otros lugares donde nos solicitaban consejo, apoyo o capacitación. Hubieron oportunidades en

que debí viajar a Europa y al Asia y hasta en una ocasión pude volver a mi África querida. En 5 años de trabajo en el CEPIS tuve 44 misiones, en oportunidades cada una de ella con varios puntos o países a visitar, lo que habla de casi una misión mensual. Algo que finalmente me llegó a cansar con tanto aeropuerto, tantas esperas, tan malos dormires y tanta comida miserable.

Nuevamente debo decir que a pesar de la mayor pimienta que tuvo esta última etapa nunca llegó al desafío e intensidad de lo que me requería u ofrecía el CSIR. Sin embargo, la variedad de las acciones en donde jamás hubieron dos días iguales; los viajes y el contacto con distintas gentes que significaban fuente constante de distracción e interesante socialización; el ambiente siempre confortable de trabajo, la imagen que un cargo en la OMS genera y por encima de todo el saber que se estaba trabajando por el beneficio de mucha gente hicieron que el tiempo del CEPIS pasara rápido y satisfactoriamente.

Llegué al cumpleaños 63 en julio del 2003, y al final de ese mes dejé la Organización. Había arribado al punto final de una larga carrera laboral y de desarrollo profesional en donde salvo los años en que intenté ser empresario y no lo logré, puedo afirmar con honestidad y no poco orgullo que en esa senda casi todo lo que hubo fue bueno, interesante, con desafíos vencidos y con una prolífica tarea hecha por y para los demás.

Valió la pena...

LUCÍA Y EL NUEVO AMOR

Aquel lunes ya mencionado (16 de marzo 1998) en que comencé mi trabajo en el CEPIS, no solo me entrevisté con el Director del Centro, sino que obviamente me presentaron a la mayoría del personal.

Había pasado la media mañana y aún no terminaba de instalar lo básico que había llevado, algunos libros y pocas cosas personales, cuando necesité un par de inevitables como papel, el directorio interno, algo para la computadora y un par de cosas más. Llamé por el intercomunicador a quien me habían presentado como la Jefa de Secretarías y le dije: 'Lupita, necesito a mi secretaria. Aún no la conozco.'

A los 5 minutos entra a mi oficina algo que me gustó absolutamente de entrada. Era una mujer baja, pero muy bonita. Un buen cuerpo y una cara más que armoniosa en donde resaltaba dentro del óvalo ideal la nariz más perfecta que jamás se hubiera producido en ser humano alguno. Una agradable sonrisa le cruzaba el rostro y su actitud abierta y amistosa me dijo que me llevaría bien con ella.

- Con mucho gusto yo seré su secretaria. Soy Lucía Labarthe, pero Vd. me conoce como Lucía Figari. (Figari era su nombre de casada antes de enviudar y así había trabajado por muchos años en la Organización)

'Uyuyuy! Así que esta es la famosa Lucía Figari, la del lío aquel de algunos años atrás?!' pensé alarmado para volver al pensamiento anterior; y mientras devolvía su sonrisa con otra que saqué para la ocasión, terminé de pensar: 'Es que será posible que me lleve bien con esta mujer?'

Unos tres o cuatro años en el pasado, el jefe de Lucía allí en el CEPIS había querido contratar a un brasileño especialista en residuos, y como este tipo de contrataciones los hace la oficina del país donde vive el consultor, había sido nuestra responsabilidad contratarlo desde Brasilia. Como era de mi área, yo era el responsable de esa contratación.

Para este tipo de cuestiones administrativas, tanto la oficina como el mismo país tenían normas estrictas en cuanto a la documentación que teníamos que consolidar y que el consultor debía proveer.

El problema relacionado con esta anécdota surge porque entre los documentos que el profesional a ser contratado debía presentar figuraba una carta de aprobación de su jefe. Pero hete aquí que nuestro consultor andaba muy mal con ese jefe y la carta no aparecía. Yo se la solicitaba al ingeniero éste (que vivía en Rio de Janeiro) y él me bicicleteaba pues era evidente que no podía ablandar a su patrón para obtener el bendito permiso. El tiempo pasaba y comenzó entonces a generarse una correspondencia vía e-mails en donde Lucía que era encargada de la contratación dentro del CEPIS me apretaba cada vez más fuerte preguntándome porque no salía el contrato de este hombre y yo explicándole o tratando de hacerle entender que la demora tenía como razón que el tipo no aportaba la documentación que tenía que traer. La cosa había ido subiendo de tono y ambos comenzamos a hacer nuestros mensajes abiertos, es decir con copias a jefes y gente involucrada, lo que en cuestiones institucionales se entiende generalmente como actos de moderada agresión.

La cosa no para allí, pues llegando la fecha del viaje previsto para iniciar la consultoría, el consultor sigue sin presentar su documentación y como ya no se podía esperar más, desde el CEPIS le aprueban el viaje diciéndole que se largue y que luego se verá de resolver el problema administrativo, con lo que tanto el jefe de Lucía, como Lucía misma estaban, desde mi óptica, trasgrediendo la norma; y si bien esto no era de vida o muerte pues en efecto la cosa podía llegar a arreglarse; el by-pass activado por 'los del CEPIS' era de algún modo sentarse en la norma y en mis decisiones, ya que yo no hubiera permitido que el tipo viajara.

Si bien no habíamos llegado a la ruptura de relaciones había quedado claro que esta señora no podía pensar otra cosa que 'el Ingeniero Solsona es un intolerante y un jodido al hacer copias de nuestro litigio a los jefes' y yo a mi vez tenía la convicción de que 'los del CEPIS, con la mujer ésta a la cabeza son más duros que una piedra al no entender que están rompiendo reglas y defendiendo una posición indefendible'.

Y ahora... yo tenía delante de mí y como futura colaboradora... a mi litigante pasada! Dicho de otro modo: si bien conocía a un montón de gente del CEPIS y si bien en las pocas horas de estar allí ya me caían bien todos, justo justo me tocaba trabajar con la única persona con la que me había peleado medio feo en el pasado!

Sin embargo, algo en la sonrisa de ese rostro agradable me decía que no habría problemas, que a pesar de nuestra historia, igual nos llevaríamos bien. Y comenzamos a trabajar.

Todos los cursos de body language que había aprendido en mis capacitaciones dentro del CSIR comenzaron a indicarme que 'algo' estaba pasando con Lucía. Cada vez que me acercaba a pedirle algo, le notaba una cierta intranquilidad, como si le agarrara un cosquilleo, cosa que para una

mujer de mundo y segura de sí misma quería decir solamente una cosa: que yo le gustaba. Por mi lado ella me atraía muchísimo pero yo, fiel a mi postura de los últimos años brasilienses de que había que disfrutar de la vida sin compromisos, no pasaba más allá de hacerme los ratones con esta señora.

A todo esto yo había conseguido el departamento del Cerro de Camacho pero estaba esperando que llegaran mis muebles y todas las cosas de mi casa de Brasilia que la Organización me enviaba en un container. Por barco. Pero el barco no llegaba. Quien sabe por qué razón había quedado detenido en el puerto de Valparaíso y esa demora impedía que yo pudiera implementar mi casa.

La situación entonces era bastante patética pues al regresar del trabajo me encontraba en un departamento enorme, vacío. Canchero en eso de los traslados había traído conmigo una caja con lo básico de lo básico que configuraba lo mínimo imprescindible para hacer una comida, taladrar algún agujero en la pared y poder cocinar al minimórum. La caja traía pues una olla, algunos cubiertos, un par de platos, el mate, hervidor eléctrico y algunas herramientas como taladro, martillo, pela-cable, destornilladores, pinza y el imprescindible tester.

Compré una colchoneta de 3 cm. de espesor y una almohada, un televisor de 14 pulgadas y como hacía un calor impresionante (justo me tocó el peor El Niño de fin de siglo) instalé un aire acondicionado en el cuarto principal.

Mi vida entonces al llegar del trabajo era encerrarme en el cuarto a ver televisión con el aire acondicionado al mango; tirado en el suelo sobre la colchoneta. A las 9 me hacía un sándwich o cualquier porquería (ni siquiera tenía la heladera que también venía en el barco y usaba una caja de telgopor donde colocaba lo que se podía arruinar por el calor); preparada la comida volvía al cuarto, a la colchoneta y al tv; comía y me dormía hasta el día siguiente. Así por el largo espacio de casi dos meses hasta que el bendito barco con el container y mis cosas arribó allá por principios de junio.

Lo interesante de esta situación es que Lucía no solo era una excelente secretaria sino que conocía todos los rincones de la ciudad donde se vendía esto o se conseguía aquello; además siempre tenía a mano el dato del lugar preciso adonde hacer los trámites para pedir la electricidad o el gas o el cable.

Con su buena onda y su actitud de ayudar y solucionar problemas para los demás, era la persona ideal para que me ayudara en esos primeros momentos en que uno llega a un lugar en donde nada ni a nadie conoce.

Esto significaba que al terminar nuestro trabajo, con esa disposición anotada, como yo no tenía auto, ella me llevaba adonde tuviera que ir ese día para el trámite o la compra que fuera; y luego, ya hecho de noche, la ocasión era ideal para que la invitara a comer, cosa que aceptaba más que encantada. Y charlábamos y charlábamos y nos íbamos conociendo cada vez más y gustándonos cada vez más también.

No pasó mucho para sucediera lo que estaba en el aire. Apenas llegados los muebles y mínimamente instalado el departamento, éste pasó a ser el nido de amor donde disfrutamos de la pasión que generalmente acompaña a todos los buenos romances en sus inicios.

En el momento en que comenzamos con la relación y que vi que iba para adelante, me senté con el director del centro y le dije que estaba saliendo con Lucía. Con mucha picardía y el típico encanto brasileiro Sergio me contesta:

- Como me alegro por ti! Lucía es una maravillosa persona. Y cuanto lo siento por ella, porque tú eres un pícaro de lo peor!

La única contra de esa revelación fue que Sergio me dijo que convenía que Lucía ya no fuera mi secretaria y que me asignaría otra en su lugar; pero lo positivo y aquí inserto un importante punto de vista, es que al blanquear relaciones y/o mantener claridad en lo que uno hace se minimizan las torturas del qué dirán, de las habladurías por las espaldas y hasta de la misma imagen.

He visto muchos problemas (muchas veces en los lugares de trabajo) en donde la no claridad, el disimulo y el ocultamiento han terminado destruyendo relaciones y hasta matrimonios; creando malestares y enfermedades psicológicas, todo lo cual podría haberse evitado con solo clarear una situación delicada en sus inicios.

Un escenario como ése, en que en un universo relativamente pequeño (éramos unas 60 o 70 personas en el Centro) dos integrantes del grupo se relacionen sentimentalmente es un hecho destacable. Pero si uno lo blanquea de inmediato no hay pie a habladurías de espaldas, no hay dimes y diretes ni se dan especulaciones de ninguna índole.

El hacer público nuestro romance y nuestra relación fue algo inteligente y funcional.

En los primeros días de lanzada la noticia (que al margen del director la hicimos también pública al resto del plantel) los compañeros se nos acercaron tanto a Lucía como a mí y simplemente nos felicitaron. Mágicamente, en una semana ya nadie hablaba del romance. Se había aceptado que Lucía y Felipe eran una nueva pareja y todo estaba bien.

La parejita tenía sin embargo un punto delicado: los dos hijos de Lucía: el mayor César (alias el Tuto) de 23 años y Rocío a la sazón de 17.

Innegablemente chicos buenos, correctos y educados. El Tuto con un carácter agradabilísimo y una personalidad eminentemente social mientras que Rocío una muchachita que aunque sin el charm del hermano tenía un enorme sex appeal y vivía rodeada de amigas y amigos.

Sin embargo, ambos tomaron mal que su madre iniciara una relación conmigo. César, acunado en una cultura limeña excesivamente machista no podía ver con buenos ojos que alguien (cualquiera éste fuera) ocupara el lecho que por derecho le pertenecía a su padre; estuviera éste vivo o muerto.

Rocío por su parte, increíblemente mimada y con todos sus caprichos puntual y perfectamente satisfechos por su madre veía que la intromisión de una pareja le quitaba la atención, el tiempo y la devoción de su servidora, que dada la forma desgraciada de la muerte del padre en un feo accidente de tránsito Lucía proveía sin límites ni cuestionamientos.

Eso llevó a una situación especial para Lucía que debió llevar una existencia casi paralela; por un lado siendo la madre de sus hijos con los que pasaba hasta los sacrosantos almuerzos dominicales y por el otro siendo la amante de un tipo aislado y solitario con el compartía las horas del trabajo y la mayor cantidad de noches durante la semana.

Personalmente no podría negar que esta situación me parecía ideal, pues disfrutaba de la compañía y la pasión de alguien que me encantaba y me gustaba muchísimo, sino que configuraba de hecho un no-compromiso que me caía de perlas. Porque... no había que olvidar el juramento de Brasilia, aquel en el que me había prometido que luego de los dos sapos comidos con Mirtha y con Lidia, las mujeres... solo para compañía transitoria, y para calmar las ansias encendidas. Pasaron de esta forma varios meses hasta que a mediados de noviembre de ese año (seguimos en 1998) tuve que hacer una consultoría en Belice. El Gobierno y el Ministerio de Salud querían desarrollar normas para la calidad del agua y ésa era mi tarea.

Estaría una semana en el país centroamericano y luego a partir del lunes de la semana siguiente a mi actividad, tomaría vacaciones y Lucía se me uniría para pasar otra caliente semana de playa y amor en algún resort de la costa caribeña.

Temprano en la mañana del viernes (mi último día de trabajo) recibo una llamada urgente de Sergio al hotel.

- Felipe, tienes que irte urgente a las Bahamas! Tenemos una situación de emergencia allí y tanto el presidente como el ministro de salud han solicitado inmediata ayuda de la Organización. El lunes tienes que estar allí. No podemos decir no!

Intenté evadirme. Le dije que ya tenía preparado todo para una vacación allí en Belice y que Lucía, que se me uniría hasta había sacado su pasaje. Pero Sergio fue terminante.

- Mira – me dijo – no te mandaría de esta forma si no fuera algo muy gordo. La solicitud de urgencia no viene solo desde Bahamas sino desde nuestra oficina central y ya no es una solicitud sino una orden de nuestro Director General. Si pudiera te dispensaba, pero esto me sobrepasa. El lunes te apareces en el Ministerio de Salud en Nassau. Nuestra oficina de Belice te tendrá el pasaje para la última hora de hoy. Buen viaje! – y cortó.

Llamé por teléfono a Lucía y con pena tuvimos que abortar la semana que habíamos planeado; para quedar yo, al terminar la labor del día, solo con un fin de semana por delante sin mucho que hacer, rumiando la frustración que me acometía.

Así pasé todo el sábado y domingo en una soledad absoluta, paseando por las playas, caminando por las callejas de Belize Town, tirado en una hamaca junto a la piscina del hotel. Cuarenta y ocho horas de pura intromisión, de puro pensamiento y análisis para descubrir casi con sorpresa que si bien estaba frustrado porque me había ratoneado con una semana de puro amor y pasión, al analizar en profundidad y con la mayor honestidad que pude me di cuenta que más allá de lo que el cuerpo estaba perdiendo yo... yo quería estar con Lucía! Sentí como en una revelación religiosa que lo que más deseaba era su compañía; compartir los momentos, disfrutar de su presencia, sentir su alegría penetrándome por los poros.

Recuerdo el momento exacto en que habiendo estado sentado en una roca en la playa más cercana al hotel, me levanté como un resorte, con la única presencia de las suaves olas rompiendo con desgano contra la orilla; y en la soledad del momento, riendo, excitado y feliz exclamé gritando a los aires:

- Estás enamorado! Y no solo eso, resulta que ahora querés estar siempre junto a esta mina! Pero... y el juramento de Brasilia? Como es que ahora te agarrás de que 'La tercera es la vencida' cuando habías vivido los últimos años con que 'No hay dos sin tres'?

A mi regreso a Lima, mi visión de la 'nueva Lucía' cambió y me cambió completamente a mí también.

Ya no la sentí más como una hermosa mujer para compartir cama y momentos aislados. Ahora la veía como lo que había sido y sería al menos hasta el momento de escribir estas páginas 15 años más tarde: alguien muy especial, con una carga de positivismo, de buena onda, de alegría, de empatía, de calor, de preocupación por los demás, de energía, de bondad, de amor. El ideal para compartir momentos y más aún... la vida misma.

Tras vivir juntos full time a partir del 2000, el 8 de septiembre del 2001 nos casamos oficialmente. Una compañera del trabajo, Luz María Bustamante nos prestó su hermosísima casa y festejamos casamiento y ceremonia junto con las cuatro hermanas de Lucía (Cecilia –a.k.a. la Gordita, Carmen a.k.a. la Gringa, Denise y Roxana), con sus familias; a los que agregamos unos cuantos compañeros del CEPIS y mis tres queridos hijos.

Pablo, que fue el encargado de las palabras ceremoniales dijo en su discurso:

'Cuando se habla en estas ceremonias casi siempre se hace algún chiste en relación al sexo o a la pasión. Dada la muy avanzada edad de los contrayentes evitaré tales menciones pues los novios pueden llegar a preguntarse: 'De que está hablando? Qué es eso del sexo?' por lo que me circunscribiré a brindarles nuestro más sincero deseo para que se acompañen en esta última etapa, que aunque sea la última queremos que sea muy larga y muy feliz.'

Muchas cosas pasaron en estos 15 años. Hubo algunos momentos agridulces y los inconvenientes que acompañan a cualquier relación de pareja. Pero en el balance general la suma ha sido y es tan positiva que agradezco a todos y cada uno de los hechos y acontecimientos que fueron llevando mi vida azarosa por los caminos que me condujeron finalmente hasta Lucía. Agradezco especialmente a aquel fin de semana solitario y pensativo en las playas de Belice que me abrió el pensamiento a su máxima diafanidad y a entender lo que pasaba por mi alma; y agradezco finalmente las palabras de Pablo que terminaron siendo proféticas.

No sé que pasará en el futuro, pero espero seguir en su compañía hasta el último de mis días y sería feliz si es ella quien cierra mis ojos en el momento final.

63 a 72

LA JUBILACIÓN

En las Naciones Unidas las condiciones de trabajo son tan buenas que el personal es retirado a los 62 (tempranos) años. Lo que por norma se concreta en el final del mes en que el funcionario cumple esos 62.

Me tocaba a mí retirarme pues a fines del mes de julio del 2002; pero los proyectos de Centro América aún no estaban concluidos y como afortunadamente estaban mostrando excelentes resultados el mismo Director General de la Organización desde la Oficina Central en Washington (Sir George Alleyne – quien habiendo sido un destacado médico de Barbados, en otro tiempo colonia británica, había sido nombrado ‘Sir’ por la Reina Isabel II), me ofreció prolongar mi contrato un año más, lo que acepté halagado y agradecido.

Es así que se determinó mi fecha de término de actividades como el 31 de julio del 2003.

Ya he expresado que en mi vida tuve la inmensa fortuna (salvo el período 1986/89 en Buenos Aires con Fenar) de trabajar siempre en cosas que me satisficieron. Exceptuando lo de Fenar todos mis trabajos me proporcionaron un modo de vida, pero lo más reconfortante es que me brindaron desafíos, me permitieron aprender haciendo, y si algo de lo que tenemos que hacer en esta vida para pasar sin agobio es entretenernos... una de las cosas más importantes que mis trabajos me dieron fue precisamente eso: entretenimiento. Jamás hice cosas copiadas, jamás dos días me ofrecieron la misma rutina, jamás sentí que lo que hacía no tenía sentido.

Si hubo alguna carga en relación a mi vida laboral, en realidad nunca nada vino de los mismos trabajos, sino que la cosa estuvo más bien dentro de mi persona.

La responsabilidad a través de la educación que me dieron y con la que me largaron al ruedo, hizo que cada cosa que emprendiera me significara un compromiso; y tanto que tuviera que dar una conferencia, interesar a algún ministro de salud, organizar un congreso para mil asistentes

o simplemente escribir una carta, tomé siempre esas tareas (y todas las demás) como algo personal, algo en lo que era mejor no fallar.

La parte positiva de esa actitud es que si uno se empeña a fondo poniendo todos sus recursos en sacar algo de la mejor forma posible, entonces es altamente probable que los resultados casi siempre sean muy buenos; y eso es uno de los productos que obtuve en toda mi carrera laboral. Se hicieron muchas cosas, unas cuantas de impacto y si bien hubieron algunas pifias, que recuerde no me llevo ningún fracaso tipo hundimiento del Titanic.

Lo negativo fue que la carga de responsabilidad y búsqueda de la perfección sin haber sido intolerables ni jamás llevado al agotamiento, ni dejarme exhausto o molido, me habían dado, eso sí ... muchas ganas de descansar!

Los últimos meses de mi labor fueron bien movidos pues había que terminar una serie de acciones y de compromisos pasados; aunque sin dudas, lo de mayor exigencia eran los mencionados proyectos de Nicaragua, Honduras y El Salvador. Había que rendir cuentas a los gringos y a su dinero invertido.

Es decir, que a mayor carga, mayor ganas de jubilarme por lo que en mi oficina campeaba sobre la pared principal un gran calendario donde se iba marcando cada día menos que quedaba por trabajar con una grossa cruz color bermellón.

Para mediados de julio del 2003 ya tenía casi todos mis planes ejecutados, los compromisos saldados y con gran esfuerzo personal y el magnífico aporte de todos los que me apoyaban en el proyecto, culminamos lo de Centroamérica.

Para la tercera semana de julio viajé a Washington a hacer la presentación del informe final en el cuartel central de la EPA, cuestión que salió redonda.

Estaban presentes la gente de la OPS que había colaborado desde nuestro nivel central con el proyecto y del lado de los gringos todos los que habían trabajado con nosotros en Centroamérica (a los que me he referido como gente linda, inteligente y de nivel) más tres o cuatro peces gordos entre los que sobresalía una mujer que era la tercera o cuarta en toda la inmensa estructura de esa agencia y a la que sus subordinados presentes trataban como si fuera una pequeña diosa bajada del Olimpo para la ocasión.

La presentación del trabajo realizado fue sin dudas mi último acto laboral y lo disfruté pues habíamos culminado el proyecto con éxito total. Nada más que como un ejemplo de lo presentado pudimos ofrecer la producción de 11 nuevos manuales e instrumentos de trabajo para capacitación y/o trabajo en el campo de la calidad del agua con una tirada total que superaba los 17,000 ejemplares. Para terminar la visita a Washington mencionaré que fue una semana muy ajetreada pero que me brindó enorme satisfacción y felicidad.

Todo estaba cerrando como debía cerrarse. Habíamos hecho impacto con el socio rico y dentro de mi casa, los colegas y jefes washingtonianos estaban más que conformes. Hasta hubo una pequeña reunión al nivel central en que me hicieron una cálida mini despedida. Al nivel extra-laboral en las horas libres disfruté también de salidas, paseos e invitaciones sociales de los gringos

junto con Lucía que me había acompañado en esta expedición. Fue mi último viaje de trabajo y repito que aunque con presión y enorme responsabilidad, todo salió tan bien que me queda la sensación del disfrute que fué.

La llegada de regreso a Lima para la última semana de trabajo fue tan caótica y de enorme carga que hasta olvidaba marcar el almanaque con mis cruces rojas. Es que había que dejar todo terminado, informado y si era posible con un moñito el trabajo de 5 años en el Centro; de 10 en la Organización y hasta diría de los más de 30 en la profesión. Pero fiel a la impronta de mamita Elisa ... lo logramos!

Para el 31 de julio no solo presenté todo lo que había que presentar y dejé absolutamente todo lo administrativo finiquitado, sino que hasta tuve tiempo de asistir a una 'función de despedida' que se hizo en el CEPIS, adonde concurrió la plana entera y donde tras hacer un racconto de lo actuado como profesional del centro en mi lustro ahí dentro, se dijeron unas cuantas palabras y me hicieron presente un paquete con regalos. Quedaba cerrada mi actuación, creo que elegante y correctamente. Me iba con mucha tranquilidad y con la sensación interna de no haber fallado. A qué? No sé, pero me sentí enormemente satisfecho de haber podido cruzar con el rojo mi almanaque, por última vez.

El mismo día en la noche y luego de mi despedida en el CEPIS, el director del centro, Mauricio Pardon, un peruano que yo conocía desde mucho tiempo atrás nos invitó a Lucía y a mí a una cena en mi honor en su casa de Miraflores. Había invitado a dos o tres parejas relacionadas con el trabajo y hasta un guitarrista y cantor de motivos peruanos para matizar la velada.

Si bien me pareció un lindo gesto de quien había sido mi último jefe (mi apreciado Sergio Corporali se había retirado 6 meses antes), la agradable reunión no tuvo nada de verdaderamente especial hasta que agotadas las botellas y afónico el cantor criollo nos levantamos para regresar a los hogares.

Al momento en que nos dábamos el consabido abrazo de despedida, Lourdes, la esposa del Director, una mujer a la que conocía también desde mucho atrás pero que a fuer de ser honesto nunca me había parecido nada del otro mundo, al abrazarme me dijo al oído como en una confesión:

- ...y no te olvides que "jubilación" viene de la palabra "júbilo", por lo que de ahora en más ya sabes: a tener mucho júbilo Felipe!

Pucha!... que las palabras de esta dama me quedaron retumbando y con ellas como mantra me dormí esa noche en el día que había sido uno de los más intensos de mi vida laboral.

El 31 de julio había sido mi último día y por tal razón había dejado oficialmente de trabajar. Sin embargo eran tantas las cosas que quedaban, devolver y reclamar libros prestados, sanear mis cuentas con la biblioteca de la institución, desarmar algunos equipos y aparatos que tenía en el salón de exposición, despedirme con largas charlas de algunos que habiendo estado de viaje aún no los había podido saludar, acarrear las plantas que habían sido buenas compañeras a pesar de mi poca atención, tirar o guardar un montón de cosas y porquerías que durante tanto tiempo inevitablemente se habían acumulado.

Así la llevé hasta la mañana del tercer día en que habiendo terminado con todo de todo, llegó finalmente el momento de la verdad. Ya no tenía nada que hacer. Ya no quedaba nada por guardar o transportar. Había llegado al fin, el verdadero momento de mi retiro.

Comprendí perfectamente que esa salida no era una más de las cientos o miles de salidas que había efectuado cada vez que me retiraba del trabajo. Esta significaba el fin de mis días de trabajador. Saludé a los que tenía ante mi vista con un ademán rápido y bajé las amplias escaleras con un nudo en la garganta. Estaba en un estado de tensión e inestabilidad emocional enorme. Subí al auto, me dirigí a la puerta y mientras esperaba que se abriera el portón de hierro, el guardia, un negro simpático (el 'zambo' Agurto) al que cada vez que algún heladero andaba por ahí me gustaba mimarlo comprando un sorbete para mí y otro para él me dijo: 'Así que ya se va?'

Con enorme congoja solo pude asentir con la cabeza.

Entonces el hombre vuelve a hablar y me pregunta nuevamente: 'Podría bajarse un segundo del auto?'

Bajé sin entender para qué el trámite, pero apenas estuve afuera del carro el negro se adelantó, me abrazó y me dijo con verdadero sentimiento estas exactas palabras:

- Sabe ingeniero? Lo vamos a extrañar por acá...

Esa fue la gota que rebalsó el vaso. Agradecí y rápidamente me monté en el auto justo cuando comencé a llorar. Con un llanto profundo, sostenido; y así, solo y en silencio seguí llorando los dos mil metros distantes entre el CEPIS y mi casa.

Era tal mi confusión que no podía entender si tenía agobio, tristeza o alegría. Estaba definitivamente en un estado de profunda emoción. Estacioné el auto y quedé mirando el campo verde de golf que se extendía ante mi vista y en ese momento brotaron como de la nada las palabras de Lourdes en su despedida: 'Que tengas mucho júbilo Felipe!'

Quién hubiera dicho que justo de esa señora, anodina para mi gusto, hubiera llegado el mensaje orientador y salvador!

- Cuánta razón tiene esa mujer - me dije - Hay que tener júbilo y eso voy a hacer. Voy a iniciar entonces una nueva vida en donde lo único que tenga que hacer, con cuidado, con esmero, sin apuros y sin sobresaltos; con afán, dedicación, placer y disfrute será... tener júbilo!! Mucho júbilo! Y allá voy...

Sequé mis lágrimas que recién entonces comprendí eran de alegría. Salí del auto, entré en el departamento y ... comencé mi nueva etapa!

Dos cosas tenía claro para ese momento y para el futuro de ese momento. La primera es que hay que tener los sentidos alertas, pues a partir del primer día de jubilación se vive una descompresión que si uno no está preparado puede resultar rara, angustiante, peligrosa.

Hasta el momento del retiro uno ha sido un gas metido dentro de un cilindro. En rigor, está en forma líquida, confinado a las paredes y al volumen de su botellón de metal. De pronto se abre la

válvula y uno sale al espacio. Se ha transformado en gas! y como tal siente que flota en un espacio infinito. La descompresión es total; se vuela, se respira distinto, se ve la vida desde otra forma y en otra forma. Pero también se ha perdido el control y la seguridad que significaban las sólidas paredes del cilindro, la contención y el contacto íntimo con otras moléculas iguales a uno, las que con su calor, roce e íntimo contacto nos daban también seguridad para no sentirnos solos, sin saber qué hacer ni dónde caer.

Ligado a esto, la importancia de la segunda cosa que también tenía clara y es que desde el inicio del retiro y hasta el final, para tener armonía y vida interna, para poder alcanzar aquel júbilo... había que tener proyectos!

Tal como en aquella tarde de Pretoria cuando Papá me confesó que su ciclo estaba terminado y yo le había aconsejado que no abandonara sus proyectos porque ellos eran vitales para seguir adelante; ahora, el consejo me lo tenía que auto dar yo mismo.

Confieso que a pesar de las enormes ganas de descansar, tenía también cierto recelo pensando en la descompresión mencionada, y que no quería que la nueva vida me pillara sin proyectos, así que antes del momento de jubilación había abierto varias puertas que estaban listas esperándome.

La primera era continuar con el trabajo pero como free-lancer. Siempre hay cosas que hacer en el campo donde uno ha estado operando y los nombres de los profesionales que andan moviendo el guiso de estas ollas y que se menean de aquí para allá y que producen libros y dan charlas, son redundantes y están en la boca y la mente de todo el mundo.

Si uno no deja que pasen los 4 o 5 años en que el nombre va desdibujándose y diluyéndose y la gente comenzando a pensar que 'este tipo ya está demasiado viejo' hay todavía grandes oportunidades y ofertas para trabajar.

En mi caso, sin duda que las ofertas llegaron.

Primero una consultoría para un trabajo sobre calidad de agua en Bangladesh. (*Bangladesh? Con esa cantidad enorme de gente y el ruido y la inseguridad?*) No. Bangladesh no.

Luego la India. (*Pero otra vez me quieren llevar tan lejos? Y el calor que hace por esos lados? Y la tierra y el polvo que siempre hay en el aire?*). No. La India no.

Ecuador; un trabajo cercano, simple y de 5 días nomás para unas reuniones con el fin de trazar un plan de acción para el gobierno. (*Esto está bien, es cerquita, voy un rato, toco, aplauden, paso el sombrero, charlo con dos o tres y me vuelvo. Pero... en verdad... me conviene tanto movimiento por solo una semana? Mucho trote por tan poco!*). No. Ecuador no.

Belice. Quieren que repase los proyectos que les dejé recontra preparados en el 98. (*Pero si se los dejé atado con piola de fantasía y todavía necesitan ayuda? Pero que son? Boludos?*) No. Belice no porque ya tendrían que haber hecho los deberes solitos. Que se jodan. No voy!

Italia. Quieren 3 conferencias en una universidad y que arme un proyecto para que los ingenieros que se forman en esa casa de estudios, puedan desarrollarlos en el África. (*Hmm! No está mal. Me gusta y encima me paseo y me tomo unos cafecitos en la Vía Véneto. Podría llevarla a Lucía ... Cómo? Me pagan todo pero el pasaje Lima-Roma no me lo quieren dar en business? Flaco... Ya estoy muy viejo para viajes largos de este tipo que no sean en business*). No. Italia no; porque son unos tanos miserables!

Y así con 4 o 5 ofertas más hasta que un día con su sentido común, Lucía riendo me dijo: 'Está

tan claro que no quieres trabajar más, que ya ni te preocupes en evaluar ésta o ésta otra oferta. Cierra la tienda para siempre y vive feliz’.

Gran consejo y a partir de allí seguí diciendo que no, pero ya sin culpa alguna.

En relación a la continuidad del trabajo, había otra posibilidad que no era externa (que me vieran a buscar) sino interna. Yo preparar lo mío y salir a ofrecer.

Los proyectos de Centroamérica habían sido exitosos en cuanto a que habían funcionado bien, pero por encima de ello, nos había permitido armar una estructura importante en el vasto tema de calidad de agua. Teníamos la visión general, las formas de organizar todo. Los documentos (libros, manuales, hojas de cálculo, bibliotecas electrónicas) que habíamos producido y que habían mostrado ser funcionales y que hasta los teníamos traducidos al inglés.

Habíamos estructurado un montón de conferencias y cursos, algunos de los cuales, como el de inspecciones sanitarias para plantas de tratamiento de agua eran poco menos que perfectos y habían producido increíbles resultados. Lo más importante quizás, era que estábamos en condiciones de presentar un paquete tan sólido y con tantas posibilidades de éxito que podíamos venderlo como pan caliente a los países necesitados de estas herramientas en el tercer mundo; desde Europa del este a los estados africanos. En el Medio Oriente y en el Sudeste asiático.

Poseíamos los contactos y apoyo de grandes instituciones: nuestra misma madre la OMS y las Naciones Unidas, los gringos en varias de sus formas: la EPA, la USAID, el servicio de Salud Americano; y también entes de peso mundial como el Banco Mundial o el FMI.

Junto a mí seguía firme el equipo que me había acompañado en Centroamérica entre los que tenía la mejor carne; gente inteligente, capaz y fiel, tanto de Perú como de algunos países de América Central, de Estados Unidos y aún de Europa.

La mesa estaba servida para hacer algo grosso que no solo funcionaría sino que, salido ya del marco de las Naciones Unidas donde hay limitaciones presupuestarias y/o marcos restrictivos para ciertos gastos, nuestros paquetes se podían vender a precios excelentes lo que redundaría en enormes ganancias.

Lo pensé. Lo pensé muy seriamente y hasta mantuve algunas reuniones con algunos de esos colegas íntimos que habían sido los compañeros de lo ya actuado y que conformarían parte del equipo futuro. Hubo muchas charlas y yo... la seguí pensando.

Lo bueno es que la empresa significaría desde el punto de vista económico la ganancia de algunos millones de dólares con un proporcional muy importante para mí que actuaría como la cabeza de la empresa. La contra era que el tiempo para concretar esto al nivel donde queríamos llegar (bloque de los países de Europa del Este, del Sudeste Asiático y varias regiones de África) lo calculábamos entre 7 a 10 años, al menos en la etapa que requeriría mi involucramiento directo, continuo y en la primera línea de batalla.

Costaba mucho dejar de lado algo que funcionaba, que era bueno, que sería comprable, que disfrutaba en manejarlo, que lo conocía como a un hijo y que lo quería como a un hijo y lo más importante cuando se evalúa un proyecto, que sería altamente redituable en todo sentido.

La contra era por un lado lo que bien apuntaba Lucía: porque si en el fondo ya no tenía ganas

de trabajar, de cargarme con responsabilidades... para qué tomarlas? Luego; si bien es cierto que el dinero jamás sobra y que siempre es bueno tener un poquito más, también era cierto que en toda mi vida nunca lo busqué sino para cubrir las necesidades familiares y personales, y tan cierto es que jamás el dinero fue meta que ni siquiera supe hacerlo cuando lo necesitaba. Pero ahora había logrado una tranquilidad económica que me permitiría vivir con un alto nivel de dignidad, en una linda morada, pudiendo comer, vestirme, divertirme y con la maravillosa cobertura médica del sistema de las Naciones Unidas que junto con la jubilación me seguiría adonde fuera, a cualquier lugar del planeta.

Saltó lógicamente, lo que era evidente: para que necesitaría una pila de dinero al final de mi vida cuando ya ni tuviera cuerpo o ganas para gastarlo? Quizás hasta ya ni tuviera vida. Más aún, es posible que el esfuerzo, estrés y la responsabilidad me quitaran inclusive algún tiempo del que me quedara para vivir.

Si finalmente se me había abierto el esperado mundo de dulce descanso, tenía que aprovecharlo, sumergirme en él y disfrutarlo. Tenía a mi lado a Lucía que en dos años también se jubilaría haciendo uso de una jubilación temprana que la organización ofrece, y entonces nos lanzaríamos a viajar, a disfrutar de cualquier forma pero sin el esfuerzo y la preocupación del día a día en el trabajo.

Lo pensé una vez más y aunque con algo de pena y un poquito de tristeza tomé finalmente la decisión: No me embarcaría en ese proyecto de trabajo!

De la misma forma que en el pasado había tomado la decisión de ir a vivir al Sur y luego la había valorado tanto, ésta otra decisión, la de dejar un proyecto importante pero que sería demandante y me quitaría la posibilidad de tener júbilo, también fue algo bisagra y que mostró luego de casi 10 años la importancia y lo acertado de haberla hecho.

Pero algo había que hacer y vuelvo ahora a aquello de las puertas que había abierto para el momento del pase a la descompresión. Tenía una enorme montaña de libros que a los de siempre (los que estuvieron conmigo todo el tiempo) les había sumado otro montón que había ido comprando para los tiempos de lectura.

Al margen de la actividad con los libros que yo ya tenía incorporada como hábito comencé a pintar cuadros al óleo; a tocar el clarinete, a hacer algunas artesanías de madera, a liderar la directiva de nuestro condominio y lo más grosso que tenía en carpeta: preparar el curso de Bioarquitectura Alternativa.

El proyecto frustrado de aquella morada en Brasilia que había llamado Kwakukundala, era tan rico al conjugar una arquitectura natural y ambiental con todo el caudal de tecnología apropiada que había desarrollado en el África que estaba seguro que ofrecer un curso de dos o tres meses de duración, idealmente de post grado en el tema, tendría gran aceptación. Ya disponía de una importante herramienta: la bibliografía (que era mi libro titulado precisamente 'Kwakukundala'), por lo que solo quedaba armar el curso y lanzarme al ruedo.

Pero como bien dice el refrán que a los 6 meses de jubilado nadie está en el plan A (elaborado

previamente mientras se trabajaba) y en cambio ya todos los retirados andan por el B o el C, igualmente pasó en mi caso.

Lo del curso de bioarquitectura se frustró no porque la idea fuera mala sino por el regalo que recibí por jubilarme y que me introdujo en el que finalmente sería el proyecto más importante de los siguientes años.

A los pocos días de mi retiro recibí dos hermosos regalos... que me hice yo mismo!

Un arenero para andar por el desierto y un viaje con Lucía a la Argentina.

Del primero no tengo mucho que decir; salvo que duró poco pues terminé prefiriendo la moto para andar por las serranías; pero el viaje a Argentina, en especial a la Patagonia, dio pie finalmente a ese proyecto importante de mi era de jubilado: Aitué; y que me sacó al menos por 7 u 8 años del rumbo del curso mencionado.

El proyecto patagónico no solo significó su preparación y concreción, sino también que nos ocupó a Lucía y a mí con los viajes y con el disfrute de prolongadas estancias en el Sur.

Cuando las tareas de levantar y concretar el proyecto patagónico estuvieron listas comencé entonces tres empresas más que me ocuparon mente y tiempo.

El primero fue el estudio de física cuántica. Tal vez porque de la época de la universidad recordaba algunas cosas que me habían dejado grandes dudas (ah! la maravilla de la 'duda' en la mente científica!) teniendo ahora el tiempo y la disposición para encarar una de esas nubes que me habían intrigado y que dada la entendible dificultad de meterse en algo que no es simple hasta por definición, no solo lo ví como algo genial para clarificar y entender sino que lo sentí como un desafío muy importante al que tenía ganas de enfrentar.

En el mundo de la ciencia, no existe duda de que si bien es muy difícil poder entender qué somos; qué es la Realidad, de donde miércoles viene y adonde miércoles va todo... son la física cuántica (que se mete en lo más pequeño) y la cosmología (que se adentra en lo más inmenso) las únicas que nos pueden acercar un poquito a conocer algo de lo que somos y de esa Realidad y Destino. Por todo ello y por el desafío mencionado acepté el reto que tomé con bastante seriedad, para luego de 3 años de pelearme con una pila de libros conseguir entender algo así como el 0.1% del 0.1%, que si bien es poco, tampoco es poco.

Realizado con deliciosas ganas, regocijo, afán y pudiendo ahora entablar algún diálogo con quarks, cuerdas, funciones de onda y multiversos, la prueba ha configurado una hermosa ocupación que aún sigue en pie y entreteniéndome muchos momentos de mis días.

El segundo de los proyectos salió por casualidad del anterior. Estando leyendo uno de los libros mencionados en la casa de playa en Lima, pasa una pareja amiga y me preguntan que leo. 'Mecánica cuántica', les contesto, y el tipo entonces me larga la idea:

- Qué bueno! Todo el mundo habla de eso pero nadie sabe nada. Yo soy uno de ellos. Que maravilloso sería que una vez que entiendas que es todo ese rollo, prepararas un curso entendible y lo ofrecieras a gente de todo pelo. Yo sería tu primer alumno.

Buena idea! En mis años en la OMS había tenido que pararme tantas veces delante de un público y ofrecer innúmeras presentaciones que había alcanzado un buen nivel de transmisión. Manejaba el Power Point de Microsoft con mucha soltura y sabía que podía hacer buenas y convincentes exposiciones.

Porque no armar entonces unos cuantos cursos relacionados con el tema y comenzar a hacer esas presentaciones en universidades, institutos, etc? Comencé a preparar conferencias sobre Física Cuántica, el Universo, Mundos Paralelos, Einstein, Relatividad y $E=mc^2$, Los límites al crecimiento humano, Tecnología Apropiada, etc. Y en eso estoy hoy.

El tercero de los proyectos del último tiempo es esta autobiografía misma. Por las características y la finalidad expresada al inicio de este escrito, los dos libros que componen el paquete autobiográfico, sé que tendrán muy pocos lectores.

Es posible que nadie los llegue a leer completamente.

Sin embargo eso no quita que haya sido un hermoso proyecto y que me mantuviera buena parte del último año y medio ocupado en su producción. Una tarea que me ha entretenido y que he disfrutado en sumo grado.

Espero que terminado todo lo que aún está en progreso, sigan saliendo otras inquietudes del tipo que sean. No quiero morir por ahora. Al menos no por aburrimiento.

AITUÉ

Unas líneas más arriba, destacué como el más importante proyecto de la era post-trabajo, la concreción de una vivienda, de una chacra en Trevelin, Chubut, Patagonia argentina.

Por su importancia voy a relatar los alcances y avatares de la epopeya.

En el viaje de festejo de mi jubilación que hicimos a Argentina, pasamos dos semanas en Buenos Aires; luego Lucía se vuelve a Lima a trabajar, y ya solo tomo un avión embarcándome para Esquel.

Llegar a ese rincón patagónico tan querido fue toda una experiencia pues hacían 19 años que me tenía ausente. Diecinueve años!

Me instalé en casa de mis amigos Lidia y Daddy y alquilé un auto, comenzando a recorrer los lugares por los que tanto habíamos andado cuando los chicos eran pequeños. Di vueltas, entré en lugares, ví gente, recuperé amigos. Entre los camaradas que volví a visitar estaba Luis Margonari, un médico que había sido jefe mío en las épocas en que yo manejaba el Saneamiento Ambiental y que ahora vivía en una chacra a 7 Kms de Trevelin. Fue lindo el reencuentro y dada la hospitalidad, me quedé en su casa tres días en los que hablamos de todo lo ocurrido en tan larga ausencia.

En la noche del segundo día y luego de bajarnos una botella de tinto, Luis se metió en una pieza y volvió con un enorme plano.

- Vos tenés que quedarte por acá. Este es el plano de la chacra. Recorrela y con un lápiz marcá el pedazo que más te guste y después ya arreglaremos como me pagás. Pero vos tenés que venirte para estos lados.

A la mañana siguiente hice lo sugerido. Recorrí las 12 Hectáreas de la propiedad y delimité un pedazo de 3 Has. que me gustó. Era un pinar inmenso, en lugares con un bosque impenetrable, salpicado con grandes cipreses; un arroyo cristalino cruzando por un costado y una vista al valle sensacional.

Sin pensar demasiado en lo que hacía; más que nada siguiendo un impulso emocional se lo compré y con esa noticia regresé a Lima. Era Noviembre 2003. Para marzo del siguiente año la llevé a Lucía para que conociera el rincón patagónico y la adquisición. Hicimos una vacación hermosa caminando por los bosques, pescando en el lago Futalaufquen, viajando en el trencito trocha angosta, recorriendo caminos, disfrutando la calidez de los amigos tantos años abandonados.

Al término de la visita y de regreso a Lima, decidimos construir algo en el predio. El momento por el que la Argentina pasaba era ideal pues todo estaba barato y seguro en pocos años al volver los precios a niveles normales habríamos hecho una diferencia. Era una inversión con miras a ganar algún dinero, pero como subproducto interesante podríamos disfrutar de la hermosura del lugar y yo del reencuentro con los viejos amigos.

Quise esperar hasta mayo de ese año (2004) en que iría a Houston a ver qué pasaba con mi tonto corazón que había comenzado a gritar por algo que no andaba bien.

La tecnología actual en algunos temas es tan desarrollada que a la coronaria tan tapada la abrieron sin problema. Me colocaron un stent y el pronóstico dijo que habría algún tiempo más. Habiendo entonces zafado y siguiendo vivito y coleando, en el mismo mes de mayo comenzamos las acciones.

Empecé con los planos. Armé todo desde scratch. Pieza por pieza. Cada noche en que avanzaba con el proyecto que iba diseñando como el mejor de los arquitectos lo charlábamos con Lucía quien me decía 'Más de esto, menos de lo otro; un poco más arriba, tira para el costado'. Así fue perfilándose todo el desarrollo de esa inmensa obra.

Para fines de ese mes realicé el primer viaje de una larga serie para dar el puntapié inicial a través de una acción básica: encontrar a mis socios en la construcción.

En los años 80 yo había hecho el proyecto para el tratamiento de los efluentes del hospital zonal de El Maitén, a unos 120 Kms de Esquel y la empresa contratista había colocado un arquitecto como jefe de obra. El Pichi Iribarren había sido mi contraparte y si bien habíamos estado en lados opuestos del mostrador (él por el lado de la constructora y yo por el de Salud Pública en mi actividad de control de la obra) nos habíamos llevado muy bien. Me había gustado su profesionalidad y honestidad terminando la normalmente difícil relación como buenos amigos.

Estando ahora en Esquel, en la cola de un supermercado me lo encuentro una mañana y al verlo nomás le espeto: 'Vos vas a ser mi director y administrador de obra'. El Pichi acepta y yo feliz pues ya tenía en la bolsa uno de los hombres claves. Faltaba el otro.

Lidia Ceriana a quien ya he presentado, había sido la socia de Mirtha en el Instituto de Inglés (Oxford) que juntas habían montado. Conocía a esta muchacha desde sus 19 años y la sentía más que amiga; algo así como una hermana que no tuve. Una mujer interesante, inteligente, siempre de buen humor y considerada. Una hermosura de persona a quien siempre quise mucho y bien.

Su marido, David (Daddy) Glass, era el padre de Guillermo, compañero de escuela y de correrías y aventuras de Pablo (entre otros habían estado juntos en el Himalaya en una de las últimas andanzas de Pablo). Por carácter transitivo, el padre de un amigo de un hijo es un amigo. Nos hicimos compinches con Daddy, un tipo noble e inusualmente derecho. Daddy aceptó ser quien manejara los fondos para la obra de la chacra a la que bautizamos: Aitué.

Este nombre, de paso sea dicho, lo sugirieron ambos Daddy y Lidia y nos gustó tanto que con Lucía al toque lo aceptamos. ('Aitué' quiere decir 'Lugar Amado').

A partir de ese momento, que repito era fines de mayo 2004, comenzamos una epopeya que se mantendría por un año y medio hasta dar por terminada la obra.

El modus operandi de esta etapa de construcción era el siguiente: yo viajaba a Esquel y me alojaba en la casa de los Glass quienes me acogieron más allá de una buena amistad; me trataron como un hermano querido, como un hijo mimado y como un amigo entrañable, todo en un solo paquete. Hasta uno de los cuartos de la casa lo habíamos bautizado 'la 102 de Felipe' como si fuera una habitación de hotel y yo me sentí en todo momento como en mi casa o como en una residencia de lujo.

Al poco tiempo había comprado una camioneta y con ella iba todos los días hasta la obra en donde hacía de todo: controlar, verificar, ir hasta Trevelin a comprar un tornillo que estaba faltando, cortar un árbol que molestaba, hacer trámites en la municipalidad, volver a Trevelin a comprar otro tornillo; charlar y discutir cuestiones constructivas con el Pichi que diariamente se hacía presente en la obra, pensar donde poner esto o lo otro, retornar otra vez a Trevelin a comprar más tornillos.

Como complemento de todo eso, siempre estaba pensando en cómo hacer y cómo solucionar muchas cosas que deseaba concretarlas dentro del contexto de la tecnología apropiada en respeto a la filosofía Kwakukundala que también implementé en muchos aspectos de la obra y que, típico de los tipos demasiado autosuficientes, me parecía que solo yo las podía entender (y hacer).

Entre todo esto estaban cosas muy especiales como una laguna, una planta potabilizadora, una espiral para meditaciones, una caballeriza, un fantástico incinerador de ramas, etc.

Al cabo de un mes o mes y medio de tareas, fusilado por tanto esfuerzo regresaba feliz a Lima y luego de un descanso de también 30 o 40 días volvía a Esquel para otra nueva etapa.

A fines del 2005 la obra estaba prácticamente lista y con Lucía pasamos el verano del 2006 instalados en nuestra morada patagónica.

Lo bueno de Aitué fue que tal como se había pensado constituyó no solo en un hermoso lugar para estar y disfrutar sino que me permitió también un reencuentro con mis raíces, en la vital etapa en donde se consolidó la familia.

Esquel fue donde mis hijos iniciaron su vida activa y en donde aprendieron a vivir en un marco familiar que independientemente de los problemas de pareja que existían entre Mirtha y yo fue definitivamente sano y bueno.

Cruzarme ahora en la calle con antiguos rostros me llenaba de una mezcla de calidez, sorpresa e intriga pues la mayoría de las veces sabía que era gente conocida pero que no podía ubicar; como en el caso de los muchos antiguos alumnos con cara de hombres adultos a los que les encontraba un aire conocido pero hasta que no les preguntaba el nombre no podía reconocer totalmente. Vivía casi dentro del cuento de 'Rip van Winkle' que había leído cuando estudiaba inglés de chico y que trataba de un aldeano europeo posiblemente del siglo 18 o 19 que viviendo en un pueblito, todos los días llevaba a sus cabras a pastar al bosque. Hacía una corta siesta y regresaba a su hogar. Un día sin embargo, al repetir como siempre su rutina, Rip retorna a la aldea pero nota que las cosas han cambiado, este árbol es mucho más frondoso, la fachada de aquella casa está casi derruida, la torre de la iglesia vista a la distancia está torcida y quemada por un rayo. Cuando se adentra en el pueblo se topa con gente a la que le encuentra algún parecido con la otra gente de su entorno habitual, pero absolutamente todos tienen el rostro mucho más viejo. Es que han pasado 20 años durante su siesta y ahora pueblo y gente es tanto mayor.

De la misma forma, entre esta gente que recuperaba luego de 20 años, recuperé a quienes habían sabido ser grandes e íntimos amigos y los reencuentros tenían una calidez tierna y profunda.

Con especial cariño recuerdo una tarde en que volvimos a esquiar con Teddy Lloyd, uno de mis grandes amigos y con el que habíamos sido íntimos compañeros de aventuras en el esquí y en la montaña. Nos ubicamos en el T-bar tal como lo habíamos hecho un millón de veces 20 y 30 años atrás en que subíamos riendo y hablando hasta por los codos; pero esta vuelta ninguno dijo una palabra y el ruido suave de los esquís sobre la nieve era lo único que rompía el silencio. A mitad de camino hacia la altura, en medio de ese ambiente que solo da la montaña con nieve, Teddy me pasó un brazo por encima del hombro y susurró casi como para sí: 'Como antes...' y noté que a él al igual que a mí, se nos habían humedecido los ojos.

Hermosas vivencias que compartimos en todo momento con los mencionados Lidia y Daddy, con Teddy y su esposa Tere y con unos magníficos vecinos de alambrado por medio: Hugo y Gloria Zárate. Como siempre; pocos amigos, pero profundos y muy queridos.

Al margen de este relato personal, en cada viaje al sur, vi como Lucía, una típica habitante citadina comenzaba a descubrir y a encontrarse con la paz y quietud del lugar. Buenas charlas los dos solos, largas lecturas, sus horas sentada al piano y luego las noches junto al fuego, fueron una revelación o una nueva apertura en su vida que me encantaba hubiera descubierto pues yo mismo disfruté cada minuto de mi estancia en esos lugares de ensueño y con su compañía todo se hacía más cálido y agradable.

Aprovechamos también con Lucía para recorrer los alrededores, la costa atlántica con sus ciudades de Rawson, Trelew y Puerto Madryn; adonde fuimos a ver las pingüineras y salimos a buscar ballenas en la época de apareamiento en el Golfo Nuevo. Visitamos Chile y como era de rigor, hicimos numerosas visitas a Bariloche, que en su calidad de ciudad más importante de la región contrabalanceaba la rutinaria tranquilidad y soledad de Trevelin.

Tal como expresé, Aitúé fue pensada como una inversión con el producto añadido de tener una vivencia, sobre todo para mí en uno de los lugares más importantes y emblemáticos de mi vida.

Durante 7 u 8 años hicimos precisamente eso, quizás con la precisión de un reloj suizo.

A principios del 2012 apareció un comprador y decidimos vender. Había llegado el momento y cumplido el ciclo supimos aceptar la pérdida de todo lo que este lugar paradisíaco significaba. Pero era claro que nuestro futuro ya estaba asentado en el Perú y que yo cada vez más viejo no iba a poder sostener mucho las visitas y la presencia que el manejo de una chacra importante requería. Para colmo ubicada a 7,000 Kms de nuestra morada!

Aitué se construyó con alegría y se vendió de igual forma. Lo que nos dejó en el medio bien valió la pena.

Quedan aún más caminos por recorrer y otras puertas por abrir. De cualquier modo... Gracias Aitué!

MIRANDO A LOS HIJOS

Si este documento pretende ofrecer una idea de quién y cómo soy, sin duda no podría dejar de lado unos párrafos para lo que entiendo ha sido el producto más importante que conseguí crear y formar: los hijos.

Por otra parte, si esta biografía está dedicada a los nietos y a los nietos de los nietos. A todos esos futuros ciudadanos, no les vendrá mal no solo conocer a un ancestro de X generaciones atrás, sino también a otros ancestros de X-1 generaciones.

Como he expresado al ir intentando mechar pensamientos y posturas, soy un convencido de que las improntas de la temprana infancia son las que moldean la base del carácter y los principios morales del adulto futuro. Derivado de aquel marco de amor, calidez y protección paternal que recibí y que relaté cuando me referí a mi niñez, mis sentimientos se forjaron acorde a ese patrón y no me fue difícil tratar de brindar a mi nidada lo mismo que recibiera yo a mi tiempo.

Creo así, que mi amor y dedicación; mi responsabilidad en cuanto a proveer seguridad y conducción fueron altos. Cuando a veces alguien me dice: 'Que buen padre fuiste', mi respuesta es que no veo nada de especial, porque en el dar de padres a hijos solo debe destacarse cuando NO se es bueno, correcto, protector, orientador, educador. Que uno haga lo que tiene que hacer, solo es cumplir con un mandato que en el mejor de los casos es una obligación moral y en el peor de los casos un mandato biológico. Si una vaca cuida a su ternero y una araña a sus arañitas, que mérito puede haber en que un ser humano, con toda su carga intelectual haga lo mismo? Es lo que corresponde y lo que se debe hacer. Punto.

Y si uno hace lo que debe hacer, casi sin darse cuenta tendrá el premio de ver que su esfuerzo y dedicación (porque atención que hacer lo que se debe hacer conlleva una tarea y en casos un sacrificio) lo recompensará con hijos que verá fuertes, nobles, ubicados y retributivos en el amor y el respeto.

Cuando mis tres hijos han llegado a la adultez total y uno de ellos ya es a su vez padre de dos niños, ha llegado el momento de hablar de ellos y de nuestra relación al menos como yo la percibo.

Como introito quiero destacar como los veo como paquete, como grupo.

Definitivamente sus caracteres sociales son distintos. Típico de las ubicaciones que tienen en la camada, los dos de los extremos son los más abiertos y sociales y el del medio el más introvertido. Pero al margen de esas características correspondientes a la última capa de la cebolla, internamente muestran infinitos puntos en común; casi una unidad en sus creencias y valores. Son serios, correctos, bondadosos. Inteligentes bien por encima de la media (aunque esto sea cierto, siempre se pondrá en duda pues no hay padre que no crea que sus hijos tienen por lo menos diez neuronas más que Einstein); socialmente sensibles, muestran un agradable sentido del humor.

De pequeños fueron tranquilos y obedientes, con muy pocos berrinches o caprichos y jamás presentaron problemas en su crianza y desarrollo.

Con la madre supimos crear una buena comunicación padres/hijos, con diálogos y contacto que se verificaba en salidas juntos, días de esquí, vacaciones.

Hasta en sus obligaciones, como las de estudiar o tener sus cosas ordenadas jamás dificultaron o preocuparon. Es más; en sus estudios fueron los tres tan diligentes que los padres lo único que mirábamos era el resultado de sus asistencias a escuelas y universidades. Andaban bien, tenían buenas notas, pasaban y se recibieron sin esfuerzo. Para que husmear o controlar el proceso. Se analizaba la producción por resultado.

En el campo de lo físico, los tres descollaron en los deportes donde se metieron. En el pico de su excelencia deportiva se puede mencionar a Pablo que llegó a ser en Sud África y en su momento, uno de los más destacados jugadores de beach volley semi-profesionales; Javier un increíble esquiador, dos veces subcampeón argentino de slalom y excelente escalador y kite surfer; por su parte Huenú encaró siempre deportes raros o difíciles, lo que siendo una esquiadora fuera de serie le permitió traer a casa las copas de dos campeonatos nacionales argentinos de esquí y el igual sudafricano; que practicara infinidad de saltos en bungee y fuera paracaidista y piloto de helicópteros entre otros.

Si esta descripción parece la de una familia ideal de televisión al mostrar gente tan linda y al asegurar una tranquila y armoniosa relación de padres e hijos y de los hermanos entre sí, es porque en verdad, así lo fue. En el crecimiento y maduración de estos tres chicos hubo mucha concordia y poco alboroto. Tal vez porque habían reglas claras que se hacían cumplir, todo se desarrolló sin complicaciones.

Tres hijos que conformaron una unidad placentera y nada conflictiva.

Cuando crecieron, hicimos con la madre lo que todo progenitor dice y pocos hacen que es: habiéndoles dado alas... permitirles y alentarlos a volar. Por ello, con la libertad de que gozaron y que apoyamos, cada uno enrumbó para tierras alejadas terminando por asentarse en tres continentes distintos, difícil tarea para los padres de poder seguir a sus crías! Pero que en aras de verlos crecer y convencidos de que cada uno de ellos estaba donde quería así lo aceptamos.

Cuando fueron adultos, supimos y supe en especial quitar ya las redes de seguridad y dejarlos a sus propios cuidados y desarrollos, lo que hizo que cada uno de ellos también velara por su seguridad, su crecimiento y su encontrar el lugar en el mundo y la sociedad.

Un buen padre; un padre que ama correctamente a su hijo jamás debe pavimentarle el camino. La mejor ayuda es solamente entregarle un detallado mapa carretero. Será el retoño quien deba hacer su camino, cruzando de alguna manera un puente roto, bordeando un hueco profundo, salvando los peligros de su ruta.

Exactamente eso es lo que hicimos con Pablo, Javier y Huenú. Y como si estuviéramos frente a un patrón, en la búsqueda de su camino los tres tuvieron que pasar por situaciones de profundas crisis y de sufrimiento, lo que a los padres nos angustió sobremanera y si en algún momento tiré un salvavidas fue absolutamente para que no se hundieran; pero me da orgullo decir que de lo peor, de lo más profundo en donde los tres cayeron (Pablo con su primera compañía de provisión de internet en Madrid; Javier cuando quedó sin empleo y sin acciones luego de la caída de las dot.com en Vancouver y Huenú al encarar la compañía de juegos al aire libre en Canadá que no funcionó y también al finalizar su matrimonio), los tres tuvieron la fortaleza, la entereza y la habilidad para salir y terminar siendo increíbles triunfadores.

La receta de enseñarle a volar al pichón y luego pegarle un empujón para que salte al vacío y ensaye su vuelo en solitario, funcionó. Haber tenido en su momento la angustia pero también el valor y el amor de no apoyar más que lo indispensable en los momentos de extrema dificultad tuvo más luego la recompensa del orgullo de ver tres hijos muy fuertes y altamente exitosos.

Siendo lo descrito el retrato general haré a continuación una breve mención a las características de cada uno y mi relación con ellos.

PABLO

Pablo Solsona nació el 22 de marzo de 1972 en Buenos Aires y falleció el 6 de agosto del 2009 en las afueras de Madrid.

Desde chico Pablo tuvo la típica independencia y sociabilidad de los primogénitos pues comenzando en el jardín de infantes y siguiendo a su vida adulta mostró una enorme apertura social que se tradujo en amigos de todo tipo y esparcidos por todo lugar.

Era un niño abierto, fresco, extrovertido. No gustaba del mimoseo y no soportaba muchos besos y abrazos todos juntos, pero su calidez y la forma de mostrar todo el enorme amor que lo inundaba se manifestaba por otros carriles y aquí va un ejemplo. Cuando la primera computadora entró en nuestra casa, todos hicimos un cursillo inicial de Basic que era por donde se les entraba a estos equipos antes del Windows.

Un día de 1982, en un viaje contratado por la OMS, estando en Ginebra, abro uno de los libros que había llevado y de una de sus páginas cae un papelito. Era un micro programa escrito precisamente en Basic que Pablo había preparado antes de mi partida y colocado entre las páginas de mi libro para que lo encontrara exactamente como lo encontré. El papelito contenía estas líneas:

```
10 PRINT "♥"
20 PRINT "QUE TE VAYA BIEN"
30 PRINT "SUERTE"
40 PRINT "TE QUIERO MUCHO"
50 GO TO 10
RUN ♥ (PRESS RETURN) (Pablo)
```

En lo físico, desde corta edad tuvo facilidad por los deportes y esquiando ganaba cantidad de carreras a pesar de estar dentro de un conjunto de chicos muy competitivos. Había acumulado cantidad de medallas y fue varias veces campeón de esquí provincial.

A la escuela la llevó casi sin ocuparse pero sus notas eran excelentes y creo que sin demasiado esfuerzo terminó la etapa de la primaria siendo el abanderado, el de mejor promedio. Y ello sin la presión que yo había soportado. Yo 'tenía' que ser el mejor. Él lo fue porque quiso o porque así le salió, casi seguro por una superior condición a la mía.

Su etapa del estudio secundario comenzó en Esquel, siguió en Buenos Aires y terminó en Pretoria.

Mientras cursaba el quinto del high school, en ésta última ciudad, nos enteramos de becas que ofrecía la empresa de telefonía francesa Alcatel. Pablo aplicó y recuerdo una tarde en que estando todos en casa lo llamaron desde Johannesburgo para decirle que le ofrecían la beca, pero que solo sería media pensión. El episodio fue sumamente tenso pues mientras toda la familia estaba detrás suyo escuchando nerviosamente la conversación, Pablo, con su inglés que todavía no era perfectamente fluido defendió su posición con tanta pasión y razonamientos tan irrefutables que la mujer del otro lado del teléfono finalmente dándose por vencida exclamó: 'Esta bien... te la has ganado. Te daremos la full beca'; lo que nos llevó a abrir una botella de champagne y sentir una especie de orgullo grupal por lo valiente y convincente que el hijo y hermano había estado. Con esa beca Pablo vivió toda su carrera en Cape Town, estudiando en UCT (University of Cape Town) donde en 1994 se graduó de ingeniero electrónico y una vez recibido pasó a trabajar en Alcatel pues el compromiso era responder con otros 4 años (que habían sido los de la beca) empleado en la empresa.

A partir del momento de su egreso en la universidad y luego de negociar la fecha de su entrada en la compañía, se dio el lujo de dar la vuelta al mundo durante 18 meses en los que pasó por un montón de países, me visitó una temporada en Brasilia, viajó en el velero de un amigo por todo el Caribe, nos encontramos en Washington y New York adonde yo había ido por trabajo y luego pasó una larga temporada trabajando en Londres.

De vuelta a Sud África su vida transcurrió entre su trabajo, su hermosa novia (Kim Broderick) y su carrera como jugador semi-profesional de beach volley, lo que lo llevaba a viajar por todo el país y por otros cercanos habiendo tenido destacado lugar en certámenes en Mozambique, Seychelles, Mauritius. Era tal su entusiasmo por este deporte que en varias ocasiones llegaría a mí correo en Brasilia un mensaje de este tipo:

'Este fin de semana jugué con Casey (uno de sus usuales compañeros de team) un torneo en Port Elizabeth. Lo ganamos! y el cheque que he recibido equivale a dos meses de mi paga como ingeniero en Alcatel; encima he disfrutado como loco y en medio de millones de chicas hermosísimas. Qué más puedo pedir?'

Para 1999 y cuando aún le faltaba cumplir con un año de su contrato en Alcatel, decidió mudarse a España. Nosotros habíamos viajado con Lucía a visitarlo y también para que mi compañera conociera un lugar que como he dicho me trató tan bien y que tanto quise y quiero; y fuimos los ocasionales y afortunados testigos del momento en que Pablo tomó un avión para embar-

carse rumbo a Madrid. Esa tarde en el aeropuerto de Johannesburgo asistimos a la despedida de Pablo de Sud África y de Kim, quien quedó llorando desconsoladamente en la terminal y prometiendo que pronto lo seguiría, aunque yo, y creo que Pablo también teníamos la duda que jamás lo haría, como así sucedió.

Asentado en Madrid alquiló un muy alegre departamentito en el barrio de Ciudad Lineal y desde allí se dedicó a vivir la vida.

Terminó su contrato con Alcatel y comenzó a trabajar por su cuenta haciendo varias cosas en paralelo. Algunas con la misma Alcatel yendo a distintos países (muy) subdesarrollados que habían adquirido sistemas de radio/teléfono para sus áreas rurales y en donde él adiestraría a los ingenieros y técnicos locales en la instalación y manejo de toda la maquinaria; por lo que no era raro recibir un mensaje por ejemplo desde la casa de Gobierno de algún país africano adonde lo habían alojado diciendo que estaba por ir a cenar con el dictador de turno!

También para Alcatel y junto con otros socios había desarrollado un curso de capacitación a distancia para ingenieros que querían acceder a ciertos puestos o actividades en la empresa. Era un curso internacional en donde en cada clase había gente de todo el mundo que participaba en tiempo real entrando con preguntas e interaccionando con su profesor, Pablo, que se comunicaba con ellos por la pantalla de su laptop con una cámara que captaba su imagen; y resultaba gracioso porque cuando este profesor de aire académico y camisa con corbata que era como lo captaba la cámara, cuando terminaba su lección se levantaba de la silla y se podía ver que de la cintura para abajo estaba en calzoncillos.

Más adelante Pablo intentó cosas más importantes y fundó una empresa para proveer servicios de internet a barrios periféricos de Madrid. No funcionó. Lo endeudó y le produjo angustias sin fin. Pero logró salir y conectándose con otro argentino fundaron una nueva empresa que compraba tiempo en bulk de la Telefónica de España y lo vendía a cabinas y locutorios. Esta vez sí funcionó y llegaron antes de su muerte a facturar 500,000 euros mensuales, lo que los hizo la tercera empresa de ese tipo en España.

Con otro amigo madrileño fundó en paralelo otra empresa denominada 'Vuelo Solar', que operaba huertas solares (enormes equipos con miles de celdas solares) para producir electricidad de fuente renovable (el sol) y que vendían a la red nacional interconectada.

Si bien la segunda etapa de lo que consideraba su proyecto de profesión, trabajo y vida era vivir de rentas a los 45 años, a los 36 había ya logrado cumplir con la primera etapa, que era no volver a trabajar en un empleo de 8 a 18. No era que faltara a sus compromisos o responsabilidades, pero todo lo que hacía lo realizaba en un marco de total libertad ya que con su laptop y su celular que lo conectaba al mundo, a la gente o a los problemas, podía entrar en contacto o proveer soluciones desde las montañas de Chamonix, las playas de Santo Domingo o desde las arenas de alguna isla griega.

Su estándar de vida había crecido y su posición económica se estaba consolidando sólidamente. Luego de varios amoríos locales, había formado pareja con una española, Mayte García Zapata, una abogada con la que se llevaba muy bien y con la que tras 7 años de vida en común iban a casarse en noviembre del 2009, lo que obviamente no ocurrió pues murió tan solo tres meses antes.

Por encima de estos datos profesionales y de desarrollo, algo que caracterizaba a Pablo en cuanto a su carácter, era su apertura social con miles de amigos de todo pelaje y color ubicados en cualquier parte del planeta. Amigos a los que visitaba at random cada vez que podía pues si había dos cosas por las que este muchacho moría era por los viajes y las aventuras.

En relación a los primeros era típico para mí recibir un mensaje de este tipo que si bien lo hacía en tono totalmente humorístico no dejaba margen para mostrar que también era la expresión de un sentimiento real:

‘Diez días seguidos! Podés entender que he estado trabajando sin parar diez días seguidos sin descansar? Por ello sé que no te extrañará la foto que te adjunto. Estoy buceando en los arrecifes de coral de Mozambique. Un beso. Pablo’.

O el mensaje podía mostrarlo tomando sol en Aruba o esquiando en Andorra o andando en elefante por algún lugar de calor o en trineo de perros por uno de frío. No era raro que con algún pretexto (‘Tenía que dar un curso en Colombia y ya que estaba tan cerca me corro a verte’) se nos apareciera a mi (y también a su madre en Sud África) en viajecitos relámpagos que nos llenaban de amor y calidez. En sus relativamente pocos años había visitado más países aún que yo, y había superado aquello de que cada uno debía tener visitados más países que años de vida.

En cuanto a las aventuras, todo lo atraía y todo lo hacía. Era un intrépido que gustaba de la velocidad, del riesgo, de la adrenalina y de experimentar cosas nuevas tanto fuera en la tierra, el agua o el aire.

Al respecto del último elemento, junto con un amigo madrileño habían comprado en Suiza un avión ultraliviano y con él andaría por todos los alrededores de Madrid disfrutando el aire en la cara. En ese ultraliviano encontró, infelizmente, también su hora final.

En cuanto a mi relación personal con Pablo valga lo siguiente. En principio Pablo fue de algún modo el que estaba tomando mi posta de haber mantenido unidos a los hermanos y a mí con ellos y de ese papel en buena parte se había posesionado ahora él; habiendo sumado por supuesto a su madre por la que se preocupaba manifiestamente. Estaba pendiente de todos y aunque fueran cortos y fugaces, sus mensajes (one-liners) o sus telefonemas (nunca de más de un par de minutos) nos traían su frescura, su preocupación y su cariño a todos y cada uno de los del clan familiar.

En lo estrictamente íntimo de nuestra relación padre/hijo, habían dos cosas que me encantaban. La primera era un involucrarme en su mundo. Él era un empresario con experiencia y enorme visión; yo un pésimo hombre de negocios y con un fracaso en la única empresa que encaré; sin embargo cada vez que iba a intentar algo nuevo o hacer un cambio o giro en alguna de sus empresas me consultaba, aún conociendo perfectamente mis limitaciones en el campo, por lo que era claro que sus consultas eran más que nada para incorporarme en su universo; de la misma forma que habiéndonos visitados varias veces en Aitué y enamorado del lugar, había intentado comprar un campo de 55 Hectáreas entre nuestra chacra y Esquel, y si bien él decía que lo hacía porque era un buen negocio, estoy convencido que la primera intención era tener excusas para ir a verme más seguido y para poder realizar acciones junto con su papá en el desarrollo de ese campo.

La segunda pequeña tontera que me deleitaba era que cada vez que nos veíamos, inevitablemente; siempre; en algún momento de nuestro contacto, fueran dos semanas, dos días o dos horas, él encontraría la oportunidad y el lugar en que estando los dos solos se acercaría y con su sonrisa más tierna me diría como en la mayor de sus confesiones:

‘Te quiero mucho... Pa’.

JAVIER

Javier Solsona nació el 28 de Noviembre de 1974.

Si bien vió la luz en Buenos Aires su historia comienza en rigor en Esquel, pues allí nos mudamos cuando este chiquito tenía recién cumplido un año de vida.

Supongo que sus primeras emociones derivadas del contacto y relación con la gente de su alrededor fueron aún más ricas que las que tuvo Pablo ya que al entorno de Javier se habían sumado los abuelos Chola y Tito; quienes como ya he dicho no pudieron ser mejores en cuanto a eso de brindar cariño y atención.

Javier vivió esos primeros años a la sombra de su hermano, pero salvados los primeros tiempos del natural e inevitable período de celos, Pablo lo acogió de buen grado en su mundo y dada la ventaja de una diferencia de edad pequeña (apenas un poco más de dos años) se hicieron compañeros de juegos. No eran dos hermanos que tuviera cada uno su mundo, sino que ambos compartían casi al 100% su universo de estudio (la escuela Normal), de actividades (los dos al mismo club y los dos en el equipo de esquí), de juegos (fútbol, carreras, y lo que estuviera de moda en ese momento) y por supuesto, de amigos también.

Un ejemplo típico en cuanto a las acciones comunes derivado de amigos comunes lo configuraban los hermanos Mateo, unos muchachitos que vivían a una cuadra de nuestra casa y cuyos hermanos se relacionaban así: el mayor Federico era compañero de grado de Pablo; Gustavo dos años menor que su hermano era compañero de Javier en la escuela; pero en el medio los Mateo tenían otro hermano Rodrigo que estaba un año por debajo del mayor y uno arriba del menor y que era obviamente parte del grupo, lo que conformaba un quinteto en el que las edades terminaban confundiéndose para hacer que todo el plantel funcionara como una sola entidad; lo que daba como subproducto que tanto Pablo como Javier se vieran como iguales a pesar de su diferencia de edad.

Cuando dos hermanos son seguidos pero desarrollan muchas actividades juntos, es inevitable que el mayor lleve la batuta, que sea el más visible, el de mayores imágenes y acciones; por lo que los segundos, opacados por la grandilocuencia y las posibilidades de sus mayores, serán menos visibles, más callados y tendrán un perfil más bajo.

Exactamente eso es lo que vivió y en lo que se transformó Javier. El más introvertido y callado de los dos, posiblemente el más tímido también.

Cualquier padre honesto al que se le pregunte cuál es su hijo más amado dirá: yo quiero a todos mis hijos de la misma forma, los quiero a todo por igual y con la misma intensidad, pero por este o este otro factor me siento más cómodo o estoy más ligado a este hijo o a esta hija.

Tal vez por verlo más retraído y sin la seguridad e independencia que mostraba Pablo, tal vez porque de chiquitos Pablo era más reacio a los cariños y besuqueadas y Javier no, yo tendía a

proteger y a centrar un poco más mi interés en Javier. Él a su vez, mostraba una clara predilección por mí, por hacer cosas juntos, por estar cerca. Era un chico tierno, afable, muy calmo y uno de mis amigos prendado de su forma tan dulce lo bautizó 'El Solsonita de felpa'. Era este chico en verdad un osito de felpa.

Nuestra relación papá/hijo estaba tan conectada que debido a que en la época de su niñez yo solía desaparecer a veces por más de un mes cumpliendo con las asesorías de las organizaciones que me contrataban, no era infrecuente que con cada viaje mío el chico desarrollara alguna enfermedad que casi mágicamente se curaba apenas llegaba yo de regreso al hogar.

El primer día de clase; el cambio de colegio en nuestro pasaje por Buenos Aires; la llegada a Sud África y la entrada en un colegio donde no conocíamos la respuesta de los chicos locales a este extranjero que aún no hablaba perfectamente el idioma; todas eran situaciones que dada la introversión mencionada y que ninguno de sus dos hermanos mostraba, nos preocupaba con la madre al punto de que estábamos siempre pendientes de que se lo viera sufrir o no pudiera manejar situaciones. Pero la realidad era que siempre regresaba de cada nueva experiencia triunfante; se lo veía tranquilo, confiado, habiendo pasado la prueba. Indudablemente su calidez y aire bonachón; su cero agresividad y amplia simpatía derribaba cualquier barrera que se le pudiera poner de entrada. Un tipo al que se aceptaba sin mucho vericuetos.

Luego de mi separación con Mirtha, la familia se mudó a Cape Town. Pablo seguía en la casa donde se había instalado de entrada. Mirtha se fue a vivir a un chalet en el sur de la ciudad y ante la necesidad de que los chicos estuvieran cerca de sus casas de estudio les alquilé a él y a Huenú un departamento en el barrio de Rondebosch para que vivieran juntos.

Apenas instalados Javier comenzó a cursar en la misma universidad donde estaba Pablo: UCT.

Se enroló en un Bachellor en Ciencias de la Computación y en los tres años reglamentarios que duraba la carrera se recibió sin ningún contratiempo.

Como he relatado, apenas dado el examen final y sin quedarse para la ceremonia de entrega de títulos se fue a Leysan a trabajar como instructor de esquí con Pablo. De allí partió para pasar un año entero en Brasilia conmigo y de Brasilia pasó unos días en Argentina, luego en Cape Town con la madre que allí había sentado su residencia definitiva y luego, amparado por su ciudadanía sudafricana pudo entrar sin problemas en Londres adonde quería comenzar su carrera profesional ligado a la computación.

Corría el año 1997 y lo fui a visitar un par de veces a Inglaterra. Estaba perfectamente instalado en una vieja casa victoriana del barrio de Fulham que compartían unos cuantos amigos sudafricanos. Estas 'communes', que encontré sumamente agradables y que hoy en día son populares en las grandes ciudades de occidente, configuran una muestra de modernismo, permitiendo que un montón de gente aislada y sin vínculos en ese lugar, participen de un ambiente casi familiar evitando posibles síndromes de soledad.

La estancia en Inglaterra fue muy productiva para Javier puesto que fue allí donde comenzó su verdadero camino independiente.

Primero como individuo, pues en Londres dejó el entorno familiar primigenio (al principio todos en Pretoria, luego con Huenú en Cape Town y finalmente en su paso por Brasilia conmigo) para de ahí en más vivir absolutamente solo.

Pero fue también su comienzo como profesional, pues es allí donde inicia su larga carrera en el mundo de la computación comenzando el primer trabajo importante en nada menos que en Cisco Systems, el coloso del networking moderno.

Los dos o tres años de Londres fueron muy positivos para Javier; sin embargo, en toda la historia previa desde la infancia hasta la llegada a la gran ciudad europea, él y sus hermanos habían estado siempre en contacto íntimo con la naturaleza, la montaña y el esquí; y eso era algo que sentía le faltaba en Londres, una ciudad tan neblinosa, tan llana y tan alejada de nieves y laderas.

Si bien cada dos por tres se escapaba a las pistas de esquí de algún resort alpino, (cada vez que podía en la compañía de Pablo ya instalado en Madrid; con uno de estos encuentros ascendiendo los dos juntos al Mont Blanc para bajarlo esquinando); pero aún así sentía que la nieve le quedaba demasiado lejos, muy a trasmano.

Canadá se mostraba como mucho más atractivo en cuanto a la oferta de naturaleza y esquí, pero además, lo verdaderamente importante de este país era que en Vancouver se concentraba lo mejor de lo mejor en lo que fuera capacitación y producción de juegos de consola, el siguiente paso en el camino que Javier se había trazado.

Apuntó entonces sus miras a la ciudad del oeste canadiense y luego de un viaje por Europa, Argentina y Sud África adonde fue a visitar a su madre y aprovechó para hacer un curso de piloto de ultraliviano (cuando no con los extreme-sports!) se radicó en marzo del 2000 en aquella ciudad del oeste canadiense.

En pocos meses ya contabilizaba una residencia, un auto, un trabajo, una novia (otra abogada) y una reserva en acciones de Cisco y de otras compañías de informática que había ido adquiriendo. Su vida parecía de maravillas, tranquila, encaminada, con bastante solidez.

Y de pronto... explota la famosa caída de las 'Dot.com'. Una especie de ajuste del mercado de todas esas instituciones que había florecido demasiado artificialmente en lo que se dio en llamar la 'Burbuja de la Información Tecnológica' o la 'Burbuja de la Internet' y que al pincharse el enorme globo del que todas estaban colgadas colapsó ese mundo artificial dejando un montón de gente en la miseria y sin trabajo. Javier fue uno de ellos.

De director de una compañía (World Broadcast Network) pasó a desempleado. De su reserva monetaria mantenida cuidadosamente en un considerable paquete de acciones, tenía ahora solo papeles y un respaldo económico que se había reducido prácticamente a la nada. Como las desgracias vienen en tren hasta se cayó su romance con la abogada.

Tal vez por no preocuparnos o quizás por una gran fortaleza interna no nos había comunicado lo mal que estaba, pero yo presentí que algo no andaba bien.

Para julio del 2001 tuve que hacer un viaje de trabajo a nuestra oficina central en Washington y en un impulso, más por intuición que por lo que Javier me hubiera expresado, me metí en un avión y me escapé un fin de semana hacia Vancouver.

Me asustó verlo flaco, cansado y evidentemente preocupado por la situación que estaba viviendo. Recuerdo que abrí su heladera y lo único que había era una mandarina! Trágico. Sin embargo a pesar de lo duro de la situación vi que el espíritu seguía firme y ello me lo confirmó pues en la mesa del living: en un bol, comprada posiblemente con las poquísimas monedas que quedaban había... una flor! Blanca, viva, lozana; como una promesa de esperanza.

Lo metí en su auto y tras cargar gasolina pues el tanque estaba vacío nos fuimos directo a un supermercado a comprar víveres. Fue un placer volver a ver su heladera repleta de comida. Cenamos como buenos y viejos amigos y nos sentamos a tejer una estrategia.

La cosa no pintaba buena en el lacerado mundo de la tecnología internética y eso iba a demorar un tiempo más. Quedamos en que haría un curso de Character Animation en la Vancouver Film School, lo que le ocuparía el resto del 2001. Así fue.

Finalizada su capacitación y siendo alumno distinguido le ofrecen una beca que le permite participar en proyectos propios de la escuela; recibe un premio y se consolida como un sólido técnico de los computer graphics. Es a partir de allí donde Javier comienza una carrera espectacular.

Al año siguiente (2002) entra a trabajar en EA (Electronic Arts), la mayor compañía en ese momento de producción de juegos para consolas y computadoras en el mundo entero.

Es tan buena su gestión, tan de excelencia su imagen que tres años más tarde cuando un grupo de directivos de esta empresa se escinde de EA para formar otra compañía, se lo llevan a Javier con ellos. Esta nueva compañía (Lost Boys Studios) pinta tan bien que a los pocos meses es comprada por Disney. Javier pasa a trabajar entonces para el coloso Disney como jefe de la sección de Rigging.

(El rigging es un proceso de computación gráfica tanto para juegos o cine, mediante el cual se prepara un personaje o un objeto para que pueda ser posteriormente animado. Es crear hombrecitos o personajes de alambre y dotarlos de los movimientos apropiados para que luego al moverse parezcan naturales. El rigger es un especialista que no solo debe poseer sólidos conocimientos de software y programación sino también de un alto sentido estético para que su modelo pueda expresar movimiento, expresiones reales y hasta sentimientos).

Para el 2008 Javier es uno de los especialistas más reconocidos en el mundo y es captado por Dream Works, la enorme compañía de cinematografía (originariamente creada por el mítico Steven Spielberg) donde comienza a trabajar como Character Technical Director pudiendo su trabajo verse en filmes como Shrek 4, Turbo, El Gato con Botas, The Guardians, The Trolls, etc.; y en donde al momento de escribir estas notas sigue trabajando exitosamente.

Para ir a trabajar a DW Javier deja Vancouver para asentarse en el Silicon Valley, cerca de San Francisco, más precisamente en San Mateo, California.

Lo interesante y destacable de estos logros impresionantes es en primera instancia que jamás Javier recibió al apoyo o el patrocinio de nadie para llegar adonde llegó. Los logros alcanzados han sido debidos absolutamente a su inteligencia, a su profesionalidad y a su tesón.

En segunda instancia demuestra su resolución, pues el lugar alcanzado es el resultado de los años de estudio, del aprendizaje, del crecimiento profesional, de ir avanzando en sus

trabajos, del aumento en su producción, de llegar finalmente a ser uno de los mejores. Una determinación que desde los 10 años no lo apartó ni un milímetro del camino trazado. Y eso sí que es determinación!

En lo personal, en agosto del 2006 Javier conoce a su actual esposa, Suzanne Forestell, una hermosa canadiense de cristalinos ojos azules que como era de esperar también es... abogada! Suzanne configura una excelente compañera de su marido, dando gusto ver como ambos desarrollan una serie de actividades conjuntamente, como la fotografía, acciones sociales, kite surfing, etc. Personalmente desarrollo una linda relación con mi nuera y admiro lo que hace y como lo hace. La veo inteligente, despierta, dedicada, interesada socialmente y con una muy agradable personalidad.

En febrero del 2007 Javier y Suzanne se casan y juntos se radican en San Mateo, cerca del trabajo de Dream Works (San Mateo queda a unos 40 minutos al sur de San Francisco).

En septiembre del 2008 nace su primogénito (y mi primer nieto!) al que llaman Nash. Un hermoso muchacho que incorpora nuevos aires de emoción y calor en la vida de toda la familia. Dos años más tarde, en noviembre del 2009 nace el segundo hijo: Rio, tan hermoso y tan gratificante como su hermano. En todo esto, Suzanne se muestra una dedicada y amante madre criando a sus niños con un amor y una devoción que merece destacarse.

Finalizo esta semblanza del segundo de mis hijos haciendo un breve comentario sobre la relación que siempre ha primado entre los dos.

Sin duda que los primeros tiempos en que siendo un niño muy pequeño tenía tanto apego a su padre han signado buena parte de la relación actual. Siempre ha sido muy fácil nuestra comunicación y hay una horizontalidad que mucho se parece a una relación de amigos más que la de una de padre e hijo. Un lindo y gratificante vínculo el cual disfruto y del cual me enorgullezco.

HUENÚ

Huenú Solsona nació en Esquel el 10 de agosto de 1977.

Porque en aquella época no era tan común que los padres asistieran a los partos, en los tres casos había tomado contacto con mis hijos cuando abriéndose la puerta una nurse se aproximaba con un paquetito envuelto en gasas o lienzos y decía: 'Aquí está su hijo!'

Tengo que ser honesto y cuando ví a Pablo por primera vez casi me muero. Parecía un primate, pues tenía pelos por todos lados y encima era medio estrábico, es decir... bizco.

Para la segunda, en el momento en que me presentan a Javier, esperando ver a otro orangután-cito vuelvo a quedar pasmado pues éste no tenía pelos, pero sí presentaba la cara cubierta de granos y pústulas. Parecía un anuncio del 'Antes' de usar una crema contra el acné.

Curado de espanto, pensando que no hay dos sin tres, cuando me traen a Huenú, en el momento de abrirse el paquetito, me preparé para ver cualquier otra aberración. Quizás un pibe con una oreja en medio de la frente, o a lo mejor la carita mitad pelo y mitad granos, tal vez las facciones de Quasimodo o las del fantasma de la Opera; en fin...que no tenía muchas esperanzas de que no fuera otro pequeño monstruito.

Pero lo que vi me dejó atónito. Era la recién nacida más hermosa que se hubiera producido en la especie humana. Carita perfecta, redondita, suave, rosada, de piel inmaculada. 'Así si!!' grité y sentí que la vida me hacía el mejor regalo. Ahora teníamos la prole perfecta y con una niña no hermosa, sino recontra hermosísima!

Siendo beba, yo adoraba los momentos que ambos disfrutábamos cuando la paseaba por todo el enorme living de nuestro bungalow, llevándola con un solo brazo. Su cabecita en mi mano, el cuerpito descansando en mi antebrazo y las patitas colgando a los costados, mientras le cantaba sin interrupción aquello de 'Negra... negra consentida... negra de mi vida... de Papá nomás...!' o hablándole ininterrumpidamente mientras ella no apartaba su atención de mi cara al irle largando cosas así:

- Gorda, te hago una pregunta: cuando seas grandes te vas a quedar solterona para cuidar a tu papá o te vas a quedar solterona para cuidar a tu papá? Ahh, te vas a quedar solterona para cuidar a tu papá...! Qué bien! Te tomo la palabra...!

Que a veces cambiaba por el otro más primordial de:

- Hijita linda... a quien querés más? A tu papá o a tu papá? Cooomo? Que lo querés más a tu papá? Hum! Que tu mami no se entere...!

Pero fuera yo como papá o Mirtha como madre o los hermanos como hermanos o los abuelos como abuelos ni que decir que por el hecho de haber nacido en Esquel y en el ambiente donde lo hizo, Huenú gozó de una atención única y exclusiva. Sin duda que fue la mimada de padres, hermanos, abuelos, amigos y de todos los parientes que por el lado de Mirtha abundaban por el pueblo, lo que también le dio una infancia de amor, protección y calidez inigualables.

Poco a poco la niña fue creciendo firme, decididamente y en sus primeros años era tan compradora que nadie podía quedar libre a sus encantos. Tenía unos cachetes redondos que le daban un aire de muñecota y de allí que la comenzamos a llamar entre los de la familia con el apodo con que la seguiríamos considerando por toda la vida: la 'Gorda'. Desenfadada, alegre, simpática en extremo, pícara, graciosa y para mayor, hablando con un ceceo que la hacía absolutamente adorable.

Era la niña perfecta, la hijita soñada.

Cuando a los 5 años comenzó a ir al nido, rápida y fluidamente se hizo de amiguitos por todos lados. Huenú tenía la popularidad de una reina de belleza. Y encima era tan graciosa y tan seria a la vez que nadie podía dejar de quererla y regocijarse con sus posturas, su forma de ser y sus expresiones de persona adulta.

Al respecto, estando en el jardín de infantes, la encargada, la querida 'Srita. Olga' (Olga Nastovich), una gorda simpática y excelente maestra jardinera nos llamó un día a Mirtha y a mí porque quería hablarnos de Huenú.

Intrigados y pensando que quizás la chiquita habría hecho alguna travesura concurrimos al día siguiente a hablar con Olga.

Pero no era ninguna travesura. Tan solo que esta mujer no salía del asombro y quería compartir con nosotros los padres, el sentimiento de estupor que tenía desde dos o tres días atrás.

- Vds. no lo van a creer, pero cuando en medio de la clase le pregunto a Huenú si en las clases de cocina que tenemos una vez por semana le gustaría aprender a hacer polenta me respondió que no, que en su menú, esa comida era 'superflua', que mejor la 'descartáramos'. Pero de dónde saca esta niñita de 5 años ese vocabulario? Acá eso no es común y me dejó tan estupefacta que tenía que compartirlo con Vds. y felicitarlos por lo madura y adorable que es Huenú.

En la etapa del colegio la Gorda pasó igual que sus hermanos siendo una de las más aplicadas alumnas y tal como he expresado muchas páginas atrás, en toda la carga del colegio para el hogar, fueran tareas, estudios, preparaciones, cuentas, composiciones, búsquedas, etc., poco y nada fue lo que los padres nos encargamos de vigilar y/o apoyar. Cada uno tenía su responsabilidad (allí sí corrió lo de la responsabilidad) y habiendo que cumplir, cada uno cumplía con lo suyo. Aunque no se ha mencionado, estaba claro que cada niño también estudiaba inglés en el instituto de Mirtha y Lidia cosa que fue fundamental cuando nos mudamos a Sud África. Deportivamente quizás por los genes del abuelo Piri, que como se ha contado era el deportista de los hermanos Solsona allá por los años 1920 y 30, también Huenú resaltó en ese campo. Junto con sus hermanos concurrió a la escuela de esquí de nuestro Club Andino Esquel y al destacarse como corredora, desde los 7 años fue seleccionada para ser parte del team de carreras del club, lo que a lo largo de su trayectoria deportiva la llevó a ganar montones de medallas para culminar con el honor de haber sido dos veces campeona argentina de esquí, logro nada fácil de conseguir en un campo donde abundan por miles los buenos esquiadores.

Lo interesante de Huenú fue que en lo que encarara siempre había solidez y sentido común. Dueña de un carácter firme y determinado, típico de la gente de Leo, una vez colocada la mira en alguna meta no cejaba hasta conseguirla; y habiendo sido bendecida con una simpatía natural pasó por las etapas de pubertad y adolescencia en forma tranquila, sin tensiones ni problemas, acompañada socialmente por un entorno tanto familiar como de amigas y amigos cálido y afable.

Igual que para sus hermanos; los que podrían haber sido duros cambios al tener que enfrentar nuevas escuelas, mudanzas de ciudades y hasta de idioma, la pérdida del contacto con su gente íntima y amiga, etc., todo ello no significó otra cosa que desafíos pasajeros, los que al vencerlos con facilidad, posiblemente fortalecieron su carácter.

Al acercarse la época de su entrada a la universidad Huenú mostró deseos de estudiar hotelería. Con la madre teníamos la certeza total que la chica quizás estaba para más. Podía encarar cualquier estudio por largo y difícil que pareciera pues a sus capacidades las veíamos muy altas; pero fieles a que fueran los mismos hijos los que decidieran su futuro apoyamos la iniciativa.

En un viaje de avión recuerdo haber leído un aviso sobre la mejor escuela de hotelería de Suiza y cuando se lo mostré, se deleitó y escogió esa institución. La maravilla de trabajar para las Naciones Unidas permitía que uno mandara a los hijos a estudiar prácticamente a cualquier establecimiento pues, la organización pagaba el estudio universitario. La escuela suiza requería solo 3 años y allí la inscribimos a Huenú.

Como también he relatado, para inicios de 1996 acordamos con Mirtha que yo la llevaría a la escuela.

Nos encontramos entonces con Huenú en el aeropuerto de Ginebra, ella llegando desde Sud África y yo desde Brasilia; para luego irnos juntos a pasar unos días con Pablo y Javier que estaban trabajando en Leysan y finalmente acompañándola hasta instalarla en la Escuela de Hotelería Les Roches, de Bluche; cuestión que ya he relatado cuando conté acerca de mis tiempos en el Brasil.

La alternancia en sus semestres de academia en Bluche y los de trabajo complementario fueron disfrutados y realizados sin contratiempos. Para fines de 1998 Huenú terminó su carrera y me corrí hasta el pequeño pueblito suizo para estar presente en la ceremonia en la que le entregaron su diploma y una medalla de oro por haber sido el tercer promedio de toda la escuela. No quería que su esfuerzo no disfrutara al menos con la presencia de alguno de sus familiares.

A partir de allí y ya liberada de su etapa estudiantil, tal como les había prevenido a cada uno de mis hijos, ellos sabían que aunque su padre estuviera siempre como salvavidas para algún caso extremo, a la vida había ahora que encararla con sus propias armas y herramientas. Es decir de ahí en más Huenú tenía que salir a valerse por sí misma. Y así lo hizo; disfrutando de todo lo que hacía y aprovechando las oportunidades para viajar, conocer y encarar cosas nuevas sin importar los desafíos.

En un carrusel de viajes, lugares y actividades pasó por trabajos en Londres, Glasgow, Les Gets (Suiza) y Val d'Isere (Francia) para estacionarse entre el 2000 y el 2001 en la hermosa Chamonix, el pueblo a los pies del increíble Mont Blanc, donde consigue trabajar por casi dos años como bar tender.

Siempre que me daban las fuerzas y las posibilidades y aunque no era fácil pues estos críos se había desperdigado por todo el mundo y además tenían una movilidad increíble, trataba de visitarlos, de verlos, de que sintieran y yo también poder sentir, el contacto directo. Obviamente que los e-mails fueron maravillosos y nos permitieron seguir siendo una familia, pero también es cierto que nada puede reemplazar al contacto físico y al poder estar sentado frente a frente y mirándose a los ojos. Fue así que en una visita que tuve que hacer a la oficina central en Ginebra me corrí a verla a este pueblito de ensueño. (La oficina central para mi trabajo regional en las Américas estaba en Washington, pero mi oficina central general era la de Ginebra).

Del trabajo mencionado de bar tender, solo puedo decir que me pareció de espanto. Ambiente nocturno, insalubre, respirando el humo de mil cigarrillos, con manadas de tipos avanzándola y un salario miserable que le daba nada más que para comer. No podía siquiera alquilar un dormitorio y para vivir había arreglado con un muchacho que tenía un cuarto en un chalet que la dejaba dormir de día; y a cambio ella le limpiaba el cuarto y el baño. Era tan precario este lugar, que cuando lo visité me dio una pena inmensa pues la gorda no tenía ni un estante para ella, ni un mísero lugar donde colocar sus pocas ropas, las que tenía que guardar adentro de su maleta!

Un espanto en verdad, pero sin embargo, ese trabajo tenía la magia de dejarla esquiar de día, pues trabajando de noche, Huenú podía escaparse casi todas las jornadas al Mont Blanc para hacer sus bajadas maravillosas.

Repito que en este bar la gorda trabajaba de noche haciendo dos cosas: sirviendo tragos en la barra y parando las mil propuestas y avances de cada tipo que se acercaba a tomar un trago. Hasta que uno de estos monigotes hizo... Bingo!

Lance Cyr era un snowboardista famoso. En esos momentos se lo consideraba uno de los 10 mejores del mundo, un loco que saltaba por los riscos más altos y hasta tenía un cameraman que lo seguía para ir plasmando sus andanzas. Huenú y Lance se enamoraron perdidamente.

Terminado lo que supongo era 'un tiempo razonable' en Chamonix, Huenú decidió seguir a su hermano Javier que emigrado a Canadá ya se había asentado en Vancouver; e iniciando los trámites prontamente consiguió su residencia. (Huenú también como ciudadana sudafricana tenía facilidades para entrar, salir y residir en países del Commonwealth).

A mediados del 2001, instalada en Vancouver trabaja unos meses como mesera en un restaurant local y a fines de ese año, siguiendo la nieve se muda a Whisler, posiblemente el resort de esquí más importante del norte; Canadá y Estados Unidos incluidos.

Muy enamorado, Lance la sigue a Canadá y el día de primavera de ese año se casan en una hermosa ceremonia a la que asisten todos los integrantes de la familia, lo que personalmente me complace sobremanera pues veo en el muchacho no solamente una buenísima persona, sino que compruebo todo su amor, y cuidados que le prodiga a mi hija.

A principios del 2002, instalados ambos en Whisler y luego de que trabajara unos meses en una empresa que producía ropa de deportes invernales, el matrimonio decide encarar una actividad que suponen les dará un aventón económico. Compran un Orbotron (esa especie de giróscopo donde uno se mete para dar mil vueltas para arriba y para abajo) y un bungee trampoline (una cama elástica sobre la que se salta sostenido por un arnés) y durante 3 o 4 años operan estos juegos que instalan en distintos pueblos vacacionales de la Columbia Británica; pero a pesar del esfuerzo... la suerte les es esquiva. La empresa no da resultado y los abate una enorme crisis económica, gracias a la cual en gran medida y tal vez repitiendo lo que le había pasado a sus padres cuando la debacle de Fenar, el matrimonio también sucumbe a la crisis y para mediados del 2005 Huenú y Lance se separan.

Herido en sus sentimientos, fracasado en sus emprendimientos, sin una moneda en el bolso, cercano a los 30 años y sin rumbo fijo y claro, cualquier homo sapiens normal hubiera capotado o al menos entrado en profunda depresión.

Pero típico de ella, sacando fortaleza de lo más profundo Huenú no se amilanó. Con sus últimos centavos sacó un pasaje para Cape Town y recaló en la ciudad que conocía bien, donde tenía gente amiga y muy importante, donde vivía su madre quien inicialmente le brindó abrigo. Estando en Whisler había visto algo que le había parecido interesante: gimnasia al aire libre. Había tomado un curso de entrenadora y sentó su estrategia empresarial en Sud África sobre esas bases.

Para septiembre de ese 2005, Huenú inició su actividad. Haciendo manualmente unas hojitas de propaganda fotocopiadas y pasándolas puerta a puerta consiguió reunir a 30 mujeres que atendieron al primer curso de 'Boot Camp' (una especie de gimnasia al aire libre con algunas características de tipo militar, aunque sin gritos de sargentos y muchísima buena onda y alegría).

A través de su decisión, su voluntad, su empeño y su inteligencia, a los 7 años de iniciada *Adventure Boot Camp for Women*, la empresa mantiene un caudal de más de 3000 clientas men-

suales; hay campamentos por toda Sud África y la compañía vende franquicias como si fuera Mac Donalds o Burger King. Un verdadero mini imperio creado a partir de la nada pero con una increíble voluntad y el tesón. Hoy Huenú vive en Camps Bay en su hermoso departamento con una increíble vista al mar.

Esta muchacha que disfruta también del gen del deporte extremo o de la búsqueda del riesgo siempre ha estado ligada a actividades deportivas no convencionales. Descartando el esquí off-piste que la caracteriza cuando se coloca las tablas, la gorda ha realizado infinidad de saltos en paracaídas, en bungee y hasta ha seguido la locura de realizar un curso de pilotaje de helicópteros. Kayakista de mar, voleibolista de playa; no ha tenido ningún reparo cuando en mis tiempos hacía cavernas y canyoning, de acompañarme en algunas ocasiones.

En abril del 2010, juntó a 9 personas más para internarse en una isla desierta en el sur de Tailandia donde sin otro apoyo que un cuchillo y un par de elementos más convivieron durante un mes sin comida ni contacto con el mundo exterior. Una aventura de Robinson Crusoe que imaginó y concretó en base a sus ganas de ver que se sentía en esa situación extrema.

Creo que con todo lo descrito no queda mucho más por decir en cuanto a su personalidad y en como la veo a mi hija. Es una mujer fortísima, con un carácter y un espíritu que se doblará pero jamás quebrará y que genera admiración en los que la conocen.

Típica representante de Leo, cuando toma decisiones... toma decisiones! Y en general y a pesar de saber escuchar y tener mucho sentido común es difícil hacerle cambiar de nota cuando está convencida de que algo debe ser de determinada manera. Con tanta seguridad personal, fue y es sin dudas, una personalidad contestataria y férrea defensora de sus posicionamientos, lo que a veces me ha llevado a discrepar con ella; y de mis hijos fue Huenú con quien más confrontaciones he tenido. Pero no es que me disgustara. Al cabo de cada discusión, a veces por minúsculos ángulos en los puntos de vista, al margen del acaloramiento por la defensa de las posiciones, siempre admiré su bravura y su fortaleza y en esa forma de ser abierta, confrontacional; y en silencio y para mí mismo, me deleitaba y sonreía al ver como quizás Huenú, fuera de mis hijos, la que más se me pareciera en su trato con los demás.

Cierro estos párrafos sobre mis hijos en que he tratado de describirlos como los veo, dejando estas líneas en blanco y negro como un homenaje a lo que son, a lo que han logrado y al orgullo que siento por verlos gente de bien, inteligentes y triunfadores en todos los órdenes; y por encima de todo ello... al placer de sentir su amor.

He dicho muchas veces y lo repito quizás hasta cansar: que entre mis hijos y yo se ha dado la rara y loable situación de que todos compartimos un mutuo sentimiento de amor, orgullo, respeto y admiración por los otros miembros del conjunto. Lo digo de corazón. Lo agradezco de corazón.

LA MUERTE DE PABLO

Cuando era un chico de 14 o 15 años leí en uno de los libros de mi abuelo sobre la vida de Licurgo, un gobernante espartano del siglo VII antes de Cristo.

Un gran hombre público que cambió la forma de vida de sus ciudadanos, promulgando le-

yes 'coherentes', desmilitarizando la ciudad y subordinando todo al bien común. Fue tanta la prosperidad que dio a su ciudad-estado que cuando una de las colonias espartanas, sumidas en desorden y pobreza lo llamó para que fuera a arreglar los desastres, dicen las crónicas que reunió al pueblo en la plaza y les hizo jurar a todos que mientras él no volviera a Esparta, respetarían lo que les dejaba y que los ciudadanos no volverían a empuñar las armas.

Todos juraron y Licurgo se fue.

Pasó así unos cuantos años en la colonia hasta volverla próspera; y habiendo cumplido su misión sus antiguos gobernados comenzaron a reclamarle que regresara a Esparta. Licurgo pensó:

'Si en mi ausencia han respetado el juramento, y ya que todo está y sigue tan bien... yo no debo volver. Éste es el buen momento para morir'... y se suicidó.

Esta historia, que repito, leí casi de niño me dejó marcado pues siempre he pensado que hay buenos y malos momentos para morir.

Por mayo o junio del 2009, charlando una noche con Lucía, los dos solos disfrutando las luces nocturnas ciudadanas vistas desde la terraza de nuestro departamento en Lima, le dije exactamente eso:

'Sabés? Tengo todo lo que quise tener. Una maravillosa compañera; hijos fuertes y encaminados de los que estoy orgulloso; un pasado, una historia personal de la que no me arrepiento y de la que también me enorgullezco; un cálido lugar donde vivimos, una situación económica de tranquilidad y una salud que aunque no perfecta me deja disfrutar de unas cuantas cosas sin dolores. Creo que al igual que Licurgo... éste sería el mejor momento para morir'.

Qué proféticas resultaron esas palabras! Tan solo un par de meses más tarde, estando con Lucía de compras en un supermercado cerca de casa suena el celular de Lucía quien me lo pasa y me dice: 'Es Huenú y está llorando'.

- Papá, Pablo se murió!.....

En momentos de escribir estas líneas, ya pasados algunos años de su muerte, no puedo dejar de escapar mis lágrimas. Puede cualquiera que lea esto imaginarse el impacto que la noticia así, tan brutal me hizo.

Lo primero que me invadió fue como una sensación de certeza. Quizás otra persona, como un acto de auto protección hubiera negado o cuestionado que esas palabras fueran ciertas; pero lo que yo sé es que allí y en ese momento lo que impactó, fue la sensación de certeza. No cabía otra posibilidad excepto que Pablo se hubiera muerto!

Que desesperación, que angustia, que dolor! Ya no vería a mi chiquito querido, a mi amante y amado hijo.

Lo que siguió en los días inmediatos fue caótico. El viaje a Madrid, el encuentro con Mirtha, destrozada también; el dolor y el amor de Javier y Huenú que más que hermanos habían sido amigos y compañeros; la tragedia de Mayte, su mujer que quedaba sola a 3 meses de su boda luego de 7 años de convivencia. El pesar de tantos amigos que llegaron desde todos lados, inclusive desde Sud África.

Luego vinieron los trámites inevitables, la cremación y el regreso al hogar, adonde ahora ya todo

el mundo de placidez y beneplácito se había roto.

Ni que decir que la presencia constante, la compañía y la comprensión de mi mujer fueron vitales y tanto agradecí al destino tenerla a Lucía junto a mí; pero igual, y a pesar de ello, juro que tantas pero tantas veces pensé en aquel griego, que había dicho lo de morirse en el momento adecuado. Como fue que no morí cuando aquella noche se lo comenté a Lucía? Cuánto dolor me habría ahorrado. Cuántas lágrimas que encerrado en el baño descargaba por horas tratando de calmar una angustia que no me dejaba.

Igual que esos malestares físicos como los típicos dolores de muela que son estables, que están ahí; constantes, sin variaciones y que no quieren aflojar ni se van, así me sentí con el dolor de la muerte de Pablo. Era un dolor de base que durante tres o cuatro meses no me dejó ni respirar. Dicen que hay varias etapas en la muerte de un ser querido: la negación, la cólera, el luto, la aceptación.

Personalmente no pasé por ninguna negación. Como dije, desde el instante en que Huenú me comunica que mi hijo ha muerto, la certeza de ese hecho en mi mente es total. Y al decir 'certeza' me refero a la certeza de lo irremediable, de lo irreversible.

En cuanto a la cólera no creo que tuviera episodios de tanta rabia como dicen los entendidos. Y si algo hubo, la paciencia y comprensión de Lucía que siempre estuvo a mi lado supo disculpar y disimular cualquier exabrupto producido por el dolor. Finalmente, no es que la aceptación venga con el tiempo. Lo que el tiempo aporta es el acostumbamiento, pues lentamente uno se acostumbra a no esperar las repetidas llamadas telefónicas, a no recibir sus acostumbrados e-mails, a no tener la alegría del anuncio de una visita inusitada e inesperada 'Porque tenía que hacer algo por este lado de Sud América, cerquita de tu casa'.

Con el correr de los años, he vuelto a mi vida normal. Puedo sociabilizar, hacer chistes y reír. Nadie diría al verme que llevo el estigma de un hijo muerto. Pero nadie sabe del dolor, que al igual que aquel dolor de muelas caprichoso, persistente, profundo, no se va ni se irá; que será mi compañero hasta el momento que abandone este vivir.

'Un padre no sobrevivirá a su hijo', dice algún proverbio por algún lado. Qué sabio. Porque cuando eso ocurre, es demasiado el dolor que produce.

Mucha gente creyente me ha dicho: 'Que lástima que no creas en Dios, pues la religión te habría ayudado mucho'.

Mi contestación es que por el contrario, si hay algo que me pacifica es precisamente no ser religioso. Que hubiera pasado si encuadrado en los términos religiosos, yo me hubiera portado bien (como lo he hecho) y Dios 'me mata' un hijo? Yo no lo vería como una prueba sublime. Lo vería como que el hijo de puta rompió el contrato que teníamos. Algo así como que:

'Yo me porto bien, hago los deberes y cumplo con todas tus exigencias; pero eso sí, vos no te mandes ninguna joda grosera, como cortarme los dos brazos, dejarme ciego o matarme un hijo'.

Si yo hubiera sido religioso entonces con la muerte de Pablo me habría sentido estafado.

Solamente si hubiera sido increíblemente, monstruosamente religioso, podría haber encontrado justificación; pues si hubiera sido fanáticamente religioso, entonces sin dudas que sería ... poco inteligente y supongo que siendo poco inteligente uno puede comer cualquier sapo.

Desde mi óptica de ateo y nihilista veo a la muerte de un hijo como una cuestión de probabilidades. En la ruleta de la vida he sacado tantos números buenos (soy blanco, inteligente, físicamente apto. He podido estudiar, he tenido una buena vida y hasta he podido comer todos los días, cuestión ésta última de la que una quinta parte de la Humanidad no disfruta). En la ruleta... a veces también te toca algún cero. Eso es lo que me tocó y lo acepto pues pienso que todo es azar.

Inmediatamente después de ocurrida la muerte, una inmensidad de cartas y telefonemas llegaron a la familia y a mí personalmente; con pésames y muestras de dolor.

Para responder a todas esas manifestaciones de empatía y cariño por el amigo fallecido escribí un Requiem que envié a todos los que me hicieran llegar sus condolencias y que transcribiré a continuación pues relata en pocas líneas quien era este muchacho maravilloso, como fue su vida y su muerte y mi amor por él.

REQUIEM PARA PABLO

Acabados de llegar con Lucia a Lima, luego de la enorme angustia de tener que aceptar la trágica muerte de Pablo, a lo que debimos sumar el dolor de la despedida en una ceremonia donde acudió un sinnúmero de amigos desde tres continentes, más los inevitables trámites que vivimos durante los días en Madrid; y aunque todavía en proceso de asimilación de la tragedia pero afortunadamente un poco más tranquilo, he querido responder a tanta muestra de pesar, de solidaridad, de amistad y de sostén evidenciada en la enorme cantidad de mensajes y llamadas llegados desde todas partes del mundo, con las más hermosas palabras de aliento y consternación.

Y aunque sea con unos pocos párrafos siento que debía contactarlos para agradecerles a todos. Me sería en estos momentos y situación prácticamente imposible escribir a cada uno de Vds. en forma individual, por lo que ruego sepan disculpar el tono universal de este mensaje. Ya habrá ocasión de hacerlo por separado.

Pablo murió en un accidente de aviación. Luego de un largo almuerzo con uno de sus socios (todos sus almuerzos siempre eran largos) y antes de volver a su casa tomó camino del aeródromo donde guardaba su avión ultraliviano y se elevó con el solo propósito de hacer una pasada de saludo sobre el chalet de sus suegros en el sur de Madrid. El viento de cola lo llevó rápidamente y por ello, en vez de aterrizar en el aeropuerto rural pegado a la casa de los padres de Mayte (una opción válida y que podría haber utilizado), decidió volver a su aeródromo pensando que llegaba antes de que oscureciera. Pero no fue así. Demoró más de lo previsto y se hizo de noche. Los ultralivianos no tienen luces y todo su instrumental es muy básico. Los que conocen a Pablo saben que no se inmutó demasiado y llamando por su celular consiguió conectarse con la torre del aeropuerto que lo comenzó a guiar hacia lugar seguro. Infelizmente la nula visibilidad de la noche, justo cuando estaba por aterrizar le impidió ver los cables de alta tensión que se cruzaron en su camino. El avión prácticamente explotó en el aire y cayó a tierra en un par de segundos. Pablo ni se enteró de su muerte. Todo fue instantáneo y este hecho, aunque nimio y poco importante ante la gran tragedia, significó de algún modo un alivio. Más aún, con una sonrisa varios de sus íntimos amigos, aseguraban que la única emoción de su camarada en ese momento tenía que ser de júbilo porque 'lo estaba logrando, iba a aterrizar a oscuras y sabía que tendría una nueva y fabulosa anécdota para contar. Antes que estar alarmado o preocupado

seguro que sentiría una gran felicidad'.

Y allí está la clave de todo. Si hubiera que decir que fue Pablo, esa última palabra lo definiría mejor que nada. Su vida era sinónimo de Felicidad.

Al margen de un montón de lindas características como ser humano, Pablo fue un tipo exitoso en absolutamente todos los campos de la vida. Estaba a punto de casarse con su compañera de muchos años, Mayte García Zapata, una mujer a la que amaba y que no solo era amado por ella, sino que no podría haber encontrado una pareja que lo comprendiera tan bien y le diera alas como ella lo hizo, permitiéndole vivir con la intensidad que él necesitaba.

Familiarmente, vivía pensando en su entorno íntimo; un hijo amante y preocupado por sus padres; y como hermano, más que un hermano, fue un verdadero amigo y confidente tanto de Javier como de Huenú. Su personalidad abierta, simpática y campechana le granjeaba cantidad increíble de amigos de los que tenía por todas partes del mundo. Su éxito también lo había acompañado en su profesión (era Ingeniero con un MBA) dueño de 4 o 5 empresas que iban desde las telecomunicaciones a la capacitación y a la producción de energía por huertos solares. Uno de sus máximos logros y que le originaba un caudal enorme de auto gratificación y orgullo era la administración de su tiempo, ya que manejaba sus negocios desde el celular y la laptop. Había conseguido 'nunca volver a cumplir un horario', y cuando según él 'ya había trabajado 10 días seguidos sin parar', es que había llegado el tiempo de descansar. Allí se abría el abanico de actividades a las que se escapaba. Desde la montaña al mar. Del norte al sur. Desde las cimas a las profundidades. Su alma viajera lo llevó a recorrer 51 países y en casi todos ellos desarrollaba su gran pasión: la aventura de deportes extremos.

Sin mencionar sus vuelos casi cotidianos, tan solo en los último 18 meses y a modo de ejemplo, se pueden mencionar una escapada a los glaciares patagónicos y un raid en motos por el norte de España (estos dos conmigo como compañero). Agregar nada menos que una expedición al Himalaya (subió hasta los 5200 metros en el Daulaghiri); esquí con helicópteros en Rusia, su acostumbrado paseo para ver la vida salvaje en el Kruger National Park en el África y una aventura sobre elefantes en Nepal. Como perla habría que mencionar que hacen tan solo unos pocos días nos acompañó en la peregrinación de 120 Kms que hicimos con Lucia en el Camino de Santiago en Galicia.

Pablo vivió la vida intensamente y la saboreó a cada instante. Si se extrapolara, se podría pensar que su futuro habría sido igual de rico y disfrutable, pero es innegable sin embargo, que la muerte lo llevó evitándole desengaños, fracasos, desconsuelos o dolores. La tristeza que deja en muchos, es por la falta que nos harán su calor, su simpatía, y el amor que derrochaba. Definitivamente no es por él. Quizás se fué en su mejor momento.

Asumo que con el tiempo, cuando el dolor afloje, nos quedará el recuerdo imborrable de tanta cosa linda que Pablo supo generar en todos a quienes tocó con su existencia. Me gusta una frase que se publicó en un diario de Ciudad del Cabo (Sud África) donde vivió muchos años y donde fue un conocido jugador de beach vóley, otra de sus pasiones en los años estudiantiles:

'Han habido muchas lágrimas alrededor de su muerte, pero los recuerdos que deja Pablo Solsona invariablemente provocarán sonrisas y cálidas memorias, testamento y muestra de su naturaleza como gran hombre'.

Gracias a todos por tanta demostración de cariño y por haberme dejado expresar estos pensamientos emocionados sobre mi querido hijo.

Felipe

72 a ...

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Escribo estas líneas cuando estoy cumpliendo 72 años.

Mirando al pasado reciente, puedo volver sobre lo que ya he esbozado al hablar de mi jubilación, en donde se llenaron los días con lindos e interesantes proyectos; con prolongadas estancias en la chacra de Trevelin y con un montón de viajes, algunos de los cuales; por lo interesantes que fueron o por las emociones que me provocaron relataré en el próximo capítulo.

Sin ahondar en mucho detalle sobre la última década, diré que salvando la tragedia de la muerte de Pablo, han sido excelentes años; plenos, dulces, interesantes, entretenidos.

No me he aburrido ni un solo segundo de esta larga etapa sin trabajos ni responsabilidades laborales, ya que por el contrario esa falta de responsabilidades me ha hecho la vida mucho más leve, aligerada.

He tenido todo el tiempo del mundo y afortunadamente la salud, salvo cosillas inevitables me ha dado buen respiro. Destaco que en todo momento la compañía de Lucía en cada cosa que he hecho y la de mis hijos aún en la distancia han sido fundamentales para que me sintiera tan bien. Quisiera seguir así.

Vuelvo a aquella cena con la despedida de la mujer de mi jefe aconsejándome que 'tuviera júbilo' y creo haber cumplido.

Hoy se abre una nueva etapa en nuestra vida debido a la venta de Aitué. Por un lado ya no iremos más a pasar las largas temporadas a la querida Patagonia y tendremos más tiempo libre dentro de nuestro tiempo libre.

Por otro lado, el dinero de la venta que afortunadamente no se necesita para comer ni pagar cuentas, lo pienso gastar en hacer los últimos viajes que el viajero empedernido aún no ha conse-

guido trajinar. Sin mucho pensarlo, creo que meteré en esa bolsa al valle del Nilo, otra vez Japón, Europa del Este, los narrow boats de los canales ingleses, otra vuelta por la querida y admirada Europa con su Roma, su París, su Londres y las montañas del sur de Alemania; Capadocia, una inevitable visita (otra más?) a la increíble y espectacular NYC y por supuesto varios viajes a ver a los amigos de Esquel y a disfrutar de la oferta cultural de mi Buenos Aires querido.

Eso para empezar. Cuando nos cansemos o cuando empiece a mermar el dinero entonces nos focalizaremos en lo que mientras den las fuerzas no dejaremos de hacer y que es algo a lo que aún no me he referido con toda la profundidad que el tema tiene: los nietos.

Maravillosos y dulces enanitos mezcla de dulzura, de amor, de complacencia que en tan poco tiempo nos han llenado a mí y a Lucía (quien de buena gana y el mejor amor los ha incorporado como nietos propios) con su ternura y el calor que sus padres Javier y Suzanne ya les han improntado desde el vamos.

A estas alturas Javier nos ha regalado el hermoso presente de dos varones espectaculares: Nash nacido el 18 de septiembre del 2008 y Río el 9 de noviembre del 2010. Podría venir algo más por el lado de Javier y Suzanne y podría llegar también por el lado de Huenú, quien a estas alturas ya tiene un gran deseo de gozar de la maternidad.

En los años pasados hemos ido con Lucía varias veces a ver a estos niños al hogar de San Mateo y muchas más iremos a visitarlos en el futuro. Definitivamente los nietos, aún en la distancia, serán un imán y un aliciente para que armemos las valijas.

Para el tiempo de descanso entre los viajes, habrá que preparar, que crear, que desarrollar proyectos. Mientras el físico aguante y la mente no se achicharre, seguiré con intentos del tipo que sea.

Sumando pues los proyectos a los viajes mencionados y las visitas a hijos y nietos creo que hay un cartón lleno well-in-advance. Me gusta el pronóstico.

Y finalmente... si la muerte estuviera cerca, será también bienvenida.

Tal como vi manejar la llegada de su muerte a mi padre y al Negro Barrios, con tanta hidalguía, serenidad y aceptación, espero hacer frente de igual modo yo a mi momento.

Solo desearía que no hubieran dolores ni faltas a mi dignidad en los momentos terminales.

Previsor como siempre he sido, he redactado un testamento de vida (no entiendo por qué lo llaman 'de vida' si se refiere a la muerte) donde pido que sean compasivos y llegado el momento me desenchufen o me ayuden a morir si es que no estoy en buenas condiciones y no puedo tomar yo mi decisión.

Como expresé en la introducción, una verdadera autobiografía debería contener hasta las últimas palabras expresadas con el último aliento del tipo que se va.

Pero creo que a estos mis 72 años, ya ha habido bastante para contar y para agobio del que ha tenido el aguante de leerse todo el rollo!

Por lo que va llegando entonces el momento de no relatar más historias ni hacer más proyecciones.

Lo que falta para terminar este libro, será solo un racconto de algunos viajes que disfruté y un tema sobre salud y mis percepciones.

Ya casi hemos llegado al fin. Al fin de mis días. Al fin de mis memorias.

LOS VIAJES

Tal vez el legado que me dejara el Ratón Mickey con cuyas aventuras yo me maravillaba al leer el Pato Donald, quien con sus andanzas ratoneriles me llevaba por el mundo en donde yo quedaba atrapado con los dibujitos de una Europa medioeval, de un África selvática o de una tierra de puertos con barcos y veleros; a lo que habría que sumar las aventuras que viví en los potreros de mi niñez donde tantas veces me encontraba peleando dragones, caballeros de coraza y otros, pero nunca de Caballito, Buenos Aires, Argentina, sino que eran habitantes de fantásticas tierras lejanas y exóticas, es que tuve desde muy chico, una impronta sobre la magia de los viajes como creo poca gente disfrutó.

Viajar para mí fue la concreción de lo que constantemente se creaba en aquella fértil imaginación infantil. Conocer otros parajes tuvo y tiene en mi persona más de sentimiento que de concreta actividad; y toda vez que pude lo hice realidad. Tanto los viajes ya comentados de la época estudiantil hasta la actitud de emigrar ante dificultades económicas nunca fueron el común entre mis amigos; pero vaya a saberse porque razón (serán los genes del abuelo capitán de la marina real española?) esos genes me tocaron a mí y con tamaña intensidad.

Si tuviera que asociar mi esencia de persona a acciones y sentimientos concretos creo que entre 'lo que más soy', es decir entre lo que más he tenido como sentido de vida, podría señalar: la familia como un todo; con mis hijos por un lado y mi pareja (fundamentalmente en la persona de Lucía) por el otro, luego la ciencia, los libros, un trabajo con orientación social y finalmente los viajes. Quizás por que lo buscara con afán o tal vez porque la suerte me ayudó hasta en los trabajos que tenían como una componente intrínseca recorrer países, ciudades y parajes, he tenido el inmenso privilegio de viajar mucho. Pero mucho, realmente mucho. He sido verdaderamente afortunado en ver tantas veces lo que ocultaba el horizonte y he vivido también tantas aventuras y experiencias extrañas; todo lo cual entiendo que ha ayudado a enriquecerme como persona.

Al momento de escribir estas líneas he contabilizado 53 países visitados y si bien no he cumplido con la regla que establecimos con los hijos de que cada uno debía haber conocido tantos países como años de edad tuviera, me he acercado bastante a esa norma.

Por la riqueza atesorada en esos países recorridos, y porque no quiero que me pase como cuando pienso en la batalla contra los piratas chinos del Abuelo Solsona en el Siglo XIX, que sé que ocurrió, pero que no sé como ni me han quedado los sabrosísimos detalles que debe haber tenido esa historia; voy a dejar aquí y ahora algunos relatos de viajes míos, que por lo magnificante o por la aventura vivida, tal vez sean de interés para algún nieto de nieto y muy importante también, por que quizás abra a ese lector del futuro puertas para que él también lo intente; para que salga a descubrir sus nuevos y exóticos mundos.

Mecharé entonces unos pocos cuentos, tal vez 9 o 10 y ahí me detendré, puesto que ya con eso creo que habrán hartas anécdotas. Si me extendiera más sin duda que cansaría considerablemente a mi lector, y no solo eso; si encarara la tarea de relatar todo lo visto y vivido en periplos y tierras visitadas, requeriría miles de páginas más... pues no podría dejar de mencionar las escaladas a las montañas de mi tierra, los chapuzones en las playas de maravilla del Brasil, la travesía en crampones en los hielos patagónicos, la visita a los cuatro mayores templos mayas (Chichén Itzá, Uxmal, Palenque y Tikal) y al enorme azteca de Teotihuacán en América Central, ni la emoción sentida al haber visto en directo las obras de arte de los grandes museos y catedrales de Europa entre las que no podría olvidar al Guernica, la Monalisa, El Beso, los relojes de Dalí, El Desayuno sobre la hierba, El Flautista, los trípticos de El Bosco, los trazos negros de Goya ni los amarillados prados de Van Gogh. Tendría que recordar las tormentas de tierra en el centro del África, los extraños animales de la isla de Madagascar, los rascacielos de las ciudades americanas, las centenas de ciudades por las que pasé y entre las que no puedo dejar de mencionar las más importantes que recuerdo, que listadas someramente son: Nueva York, Rio, París, Quito, Vancouver, Edimburgo, Brasilia, Roma, Brujas, Tokio, Viena, Nairobi, Londres, Bangkok, San Francisco, Bogotá, Salzburgo, Panamá. Las tres cataratas madres del Iguazú, Niágara y las Victoria.

Debería describir las aguas cristalinas y cálidas de tantas islas del Caribe, las decenas de profundas cavernas entre las que no puedo omitir las más bellas que encontré en Belice, Santo Domingo y Brasil. Habiendo recorrido todos y cada uno de los países del continente americano no podría menos que destacar cómo me impactaron las bellezas increíbles de dos de ellos, a los que considero las joyitas de todo el conjunto: Guatemala y Colombia. Tendría que hablar mucho de los ofrecimientos turísticos de mi amada Sud África y de sus reservas de animales salvajes con los 'cinco grandes'; de los lagos del sur argentino y chilenos y habiendo viviendo en el Perú ya muchos años, toda la magia de un país hermoso que recorrí junto a Lucía de par a par y donde hay que mencionar el Cusco, el impacto de Machu Picchu (al que fui por lo menos 10 veces), los caminos del Inca, los adobes de Chan Chan y Túcume, las misteriosas líneas de Nazca.

Debería contar como recorrí el Gran Cañón (el Cañón del Colorado) bajándolo y subiéndolo en un solo día, aventura/hazaña tan exigente que por poco me mata. No podría ocultar como me maravillaron los reflejos fosforescentes del mar en la Grotta Azzurra en las cercanías de Capri, o la catedral de Sal y el restaurant más increíble en que haya estado jamás ('Andrés Carne de Res') ambos en las afueras de Bogotá; así como aguas, peces y colores en varios arrecifes de Belice, Zanzíbar, Bahamas y Martinica, ni los dulces sonos de las marimbas al recorrer las calles del increíble Chichicastenango en el altiplano guatemalteco.

Como evitar hablar del asombro que ciudades del arte como Florencia me produjeron? Y de Roma? Nada más que la narración de la mañana entera que pasé en la Capilla Sixtina supongo que merecería casi un volumen entero. Tendría que describir el temor sentido en las callejas retorcidas y tenebrosas de algunas ciudades de Marruecos y por allí cerca la extrañeza que me produjeron las gentes con túnicas en el borde del Sahara, como la curiosidad nacida al ver las vidas de pescadores, indios y garimpeiros en mis varios viajes a la Amazonia, tanto brasileña como peruana y ah!...las bailarinas tailandesas! Hablando de Tailandia, habría que contar sobre sus hermosos templos, las verdes islas, los locos tuc-tucs, los trabajadores elefantes y las sensuales casas de masajes. Como podría callar la maravilla de ver los barcos pasando por el canal de Panamá en unas esclusas que vi repetidas pero mil veces más pequeñas en el Rideau

canal de Ottawa? Y los recorridos en motoneta por las cálidas islas griegas? Santorini, Andros, Naxos? No podría olvidar las comidas en Nairobi donde llegué a probar gusanos fritos, carnes de cocodrilo, cebra, ñu y jirafa en una sola noche; ni los castillos de Europa entre los que ví los de Escocia, Inglaterra, Portugal, España, Austria y los famosos del valle del Loire. Y hablando de castillos y cosas antiguas, como no plasmar lo inentendible y un poco atemorizante de tantos encapuchados en las peregrinaciones de Semana Santa en España? Como no mentar las correrías en sandbuggies por las arenas de varias playas brasileñas, donde destacan las dunas de Genipabu? Tendría que extenderme acerca de las varias visitas a los canales, museos y edificios de Venecia, a las andanzas por las islas flotantes de los uros en el Titicaca pues adonde hoy son atracciones turísticas supe pasar una temporada de trabajo en mis primeros años profesionales. Y ya que estamos en el agua, recordar los viajes por los ríos famosos del mundo, entre los que pude surcar el Rin, el Támesis, el Hudson, el Sena, el Zambezi, el Danubio, el Amazonas y nuestro ancho Rio de la Plata. Habría que dejar un capítulo para las bajadas en esquí en laderas de las mayores cadenas, como los Apalaches, los Andes, los Pirineos, los Alpes y los Arlberg. Finalmente no podría dejar de extenderme sobre las aldeas rurales africanas o los raids en moto por el desierto peruano o los montes brasilienses.

No podría todo eso.

Contaré entonces en la forma más resumida que pueda, los periplos que rescato de ese inmenso receptáculo en donde tengo tantas memorias viajeras, porque siento que no puedo dejar que al menos unos pocos de esos recuerdos me sobrevivan cuando yo muera.

Son los viajes o aventuras que más he disfrutado o los que más me han enseñado o los que más quiero. Aunque mezclados y presentados en forma independiente, tal como van llegando a la memoria, aquí los expongo; porque contando lo que hice y como viví las experiencias creo que eso habla también mucho de quién y cómo soy.

EL VALLE DEL RIFT Y LA PREHISTORIA HUMANA

El Valle del Rift es una rajadura inmensa ubicada en el noreste del África. Comienza sobre el Mar Rojo, penetra en Etiopía y se adentra en Kenya y Tanzania.

Con poca agua, toda subterránea y cargada con flúor, UNICEF quería conocer con exactitud la dimensión del problema y ver como se podía atacar.

En 1985 me contratan para un trabajo de 6 semanas; viajo a Ginebra donde en la central de aquella agencia de la ONU me dan instrucciones y luego sigo para Addis Abeba, la capital de Etiopía.

Apenas llegado en un día domingo, consigo instalarme en el hotel, que siendo uno de los mejores, hoy no pasaría por un hotelucho de 1 estrella en un pueblito alejado de El Salvador o Nicaragua. Almuerzo un sándwich al mediodía y salgo a caminar por las amplias calles de la ciudad. Hago 4 o 5 cuadras, veo un lindo edificio con arcadas y un techo de domo, algo raro por lo importante en un lugar en donde de entrada se veía la enorme pobreza y le tomo una foto. Siento gritos. A la carrera se me acerca un negrito agitado y blandiendo los brazos.

Es un policía de civil. Me explica (en mal inglés) que le acabo de tomar una foto al Banco Central y que eso está penado por la ley. Debo ir preso. Me resisto, comienza a juntarse gente. Aparece otro negrito también policía de civil y comienza a defenderme. Estoy en el medio de una feroz disputa sin saber qué demonios dicen pero de todos modos me siento muy nervioso. Soy la pelota del partido. Al final gana el que me quiere meter preso.

El 'bad cop' me agarra del brazo y vamos caminando hasta la comisaria (o algo así) pues son solo doscientos metros. Atrás nuestro ya tenemos una multitud que nos sigue. Que grita, canta, se alborota. Como no entiendo absolutamente nada de lo que dicen no sé si me apoyan o no. Pero cuando entramos a la comisaria estoy muy nervioso.

El lugar es miserable, triste, con mucha gente y policías mal entrazados que van y vienen. Obviamente entre esa marejada de gente no hay ni un solo blanco. Son todos más negros que la noche. Me tiran dentro de una celda. Tiene gruesos barrotes y las paredes (atención!) están salpicadas con sangre!

Por más de una hora la paso ahí dentro en un estado de enorme excitación y preocupación.

La situación es muy complicada. No sé qué es lo que esta gente puede interpretar por quebrar la ley en este país. Me preocupan los problemas raciales, pues teniendo a un blanco en situación desventajosa, pueden fácilmente aprovecharse de cualquier excusa para hacerle (hacerme) daño. No tengo idea de lo que me espera. Supongo que sin mucha vuelta me pueden dar una paliza y hasta quizás me lleguen a torturar y a matar.

Como iba a dar una breve caminata llevaba solo mi cédula de identidad argentina pero no acarrea-
ba ningún papel diciendo que venía contratado por UNICEF y para peor nadie sabía que yo ya había llegado al país y que estaba ahí y en esa situación. Como no iba a estar muy preocupado?

Finalmente me vienen a buscar. Me llevan por corredores tenebrosos hasta una oficinita donde detrás del más pedorro de los escritorios hay un negro; alto, flaco, con una gorra con más laureles que el ganador de las olimpiadas en Atenas.

Más tarde me enteraría que este tipo era el segundo comandante general de toda la policía de Etiopía. El diálogo (en inglés) comienza así:

- Que hacía sacando fotos de lugares prohibidos?
- No sabía que eran prohibidos
- Hay carteles por todos lados
- Están en amhárico
- Pero están
- Comprenda general (si a un sargento le decimos 'general' no hay problema. Lo bravo es decirle 'sargento' al general) que hace menos de tres horas que he llegado a este país y en ese poco tiempo no he podido aprender vuestra lengua.
- Puede probar que solo hace 3 horas que está en el país?
- No. (No tenía el pasaporte conmigo)
- Hum! Malo! Tiene documentos?

(Le muestro mi cédula. Sabría este tipo que hay un país que se llama Argentina? Toma el documento y mira el plástico como arrobado. En esa época en Etiopía los pocos nacionales que tenían 'documentos' poseían tan solo un papel escrito. No había credenciales. Señala entusiasmado la parte de la impresión digital).

- Wow! Esto que está aquí es una huella digital!! Yo he estudiado esto! –

(Es decir que este policía de alto rango tampoco había visto ni tomado una huella digital en su vida! Adonde había ido a caer!!! Finalmente pronuncia las palabras que había estado temiendo).

- Tendrá que ir preso.

(Se me hieló la sangre. No me puedo sacar de la cabeza las paredes con sangre. Con la mayor serenidad que puedo trato de no mostrar mi miedo y sigo intentando convencerlo)

- Mire general, yo vengo a trabajar para UNICEF, vengo a brindar ayuda al país

- Sí, pero tomó fotos prohibidas

- Es que no sabía que estaba prohibido tomar fotos

- Pero hay carteles

- Están en amhárico

Y así en ese rollo como si fuera el cuento de la buena pipa, la seguimos por espacio de casi dos horas más con ese diálogo imposible; hasta que finalmente, con maestría y sicología impecables que me salieron de adentro exclusivamente por el tremendo pánico que sentía y la adrenalina que me mantenía como si hubiera fumado 10 porros todos juntos, lo fui tranquilizando y llevando al campo que yo quería, que era el de explicarle cual sería mi trabajo en el Rift para que el tipo aflojara y se le disipara la idea de retenerme en la cafúa.

Afortunadamente y al cabo de largo tiempo conseguí convencerlo y llegamos a un acuerdo: él se quedaba con el rollo (quería quedarse con la cámara y esa fue otra larguísima batalla); el lunes la gente de UNICEF tendría que traerme para ir juntos a revelar el rollo. Revelado, la policía se guardaría la bendita foto del banco central y yo quedaba libre de culpa y cargo.

Me dejaron ir y volé al hotel a encerrarme en la habitación, donde ni pude lavarme la cara que para entonces contaba con varias capas de transpiración acumuladas; y no la pude lavar porque... no había agua en ese momento en el bañito!

Bajé a recepción donde afortunadamente funcionaba el único teléfono del hotel y consultando la guía telefónica llamé a la embajada argentina. Era domingo por la tarde, pero me dije que a lo mejor podía encontrar a alguien. En efecto me atiende un flaco que resultó ser el tercer secretario que de pura suerte estaba haciendo no se qué en un día festivo. Me presento y cuento lo del arresto

- CÓMO?? - Me dice el tipo en perfecto castellano de Buenos Aires – Pero que hijos de puta! No te digo? Si éste es un país de mierda!! Quedáte ahí que te paso a buscar para llevarte a mi casa.

Palabras y acento tan porteño que me supieron a cantos de sirena y a gloria celestial.

Al ratito me recogió en un auto con chapa diplomática y me llevó a su casa donde pasé el resto de la tarde y donde también cené con él y su mujer. Solo allí y tras varios tintos mendocinos fue que me volvió el alma al cuerpo.

Salvada la entrada que fue bien estresante, mi trabajo en Etiopía fue más que interesante. Pero no solo por el trabajo, sino por lo que vi y que pasaré a relatar lo más brevemente que pueda.

Este fue uno de mis primeros viajes al África y encima lo hice a un país tan atrasado que en muchas ocasiones tuve la certeza de que una máquina del tiempo me había transportado al lejano pasado 8,000 ó 10,000 años atrás, cuando el Hombre era aún poco menos que un animal destacado sobre el resto de las especies. No miento al decir que ese viaje para mí fue tomar contacto con el hombre prehistórico.

Comencé mi raid por el Valle que de entrada se apareció como un territorio salvaje. Nunca ví un camino. Nos desplazábamos en un jeep por la sabana africana, a la sazón inmensas pampas con muy poca vegetación y enorme desolación.

Si cuando entraba en contacto con gente me transportaba a la prehistoria, cuando no la veía no me alcanzaba para retornar al presente, sino que la mayor parte del tiempo me sentía como Stanley o Livingston explorando el África misteriosa como ellos lo hicieron en pleno siglo XIX.

En el mencionado jeepito apenas entrábamos el chofer y mi contraparte, un ingeniero simpático e inteligente de nombre Folla Nigatu que me lo habían dado como contrapartida pues era un tipo que conocía varios de los dialectos de los habitantes por donde andaríamos.

Cuando nos desplazábamos raudos por esas inmensidades, eventualmente yo a los gritos los haría parar para ver una manada de elefantes, o alguna tribu de negros casi en pelotas corriendo en total silencio arreando majadas de camellos. Era un sueño, pero un sueño increíble. Vi vagando por esas pampas, sueltos y libres, a leones, cebras, hipopótamos, millones de gacelas y de ñus, y hasta en la distancia llegué a divisar una chita corriendo con esa rapidez increíble algo que parecía un conejo o algún animal menor.

La explicación que ofrece Wikipedia del valle del Rift dice que... 'se trata de grandes extensiones de sabana por las que se mueven enormes manadas de mamíferos, como el búfalo africano, el ñu, la cebra, la jirafa o el elefante africano'. Si esto es lo que se dice hoy sobre aquellos lugares, bien puede imaginarse el lector como sería la cosa casi treinta años atrás.

Entrar en un villorrio era una especie de programa que se repetía en cada lugarcito con gente adonde nos metíamos, nunca algo diferente a un conjunto de 10 a 30 chozas, situadas en alguna zona con árboles y obviamente con alguna fuente de agua. Llegaba el jeep por la senda mayor (de más está decir que nunca se veían 'calles' sino que todas eran sendas) y nos parábamos en lo que parecía ser el centro del lugar.

Curiosamente, con la llegada del vehículo todos desaparecían. No quedaba ni un alma a la vista. Folla Nitagu sacaba entonces la cabeza por la ventanilla y comenzaba a gritar a voz en cuello.

- Tora malumba tumba! O caku zimbara bitango. Acunga! Acunga! (estoy inventando por supuesto, pero sus palabras sonaban muy parecidas a eso)

Lentamente uno por aquí, otro por allá comenzaban a aparecer negros con largas lanzas, supongo que listos para atravesar al que viniera en tren de joder o perturbar.

Pero las palabras de Folla Nigatu prontamente los tranquilizaba, al explicarles nuestra misión y que veníamos enviados por el Gobierno, que aunque ellos no conocían muy bien porque en un país tan pobre prácticamente no existía la presencia estatal en la mayoría de estos parajes alejados, igual me daba la impresión que tenían a ese Gobierno o a la figura gubernamental, como

algo importante o que podía hacerles algún daño, por lo que no intentaban meterse con él. Bajábamos entonces los tres del jeep y rápidamente todo el lugar se llenaba de gente. La mayoría de los tipos observando a una prudencial distancia y dejando que los líderes negociaran o trataran con Folla Nigatu. Las mujeres codeándose, mirándome, señalándome y hablándose entre ellas en secreto a la vez que largaban por lo bajo risitas nerviosas y miradas picaronas; y estimo que típico de muchas reuniones de señoras occidentales a la hora del té o del cocktail, se estarían preguntando qué tipo de atributos portaría este extranjero de piel tan distinta.

Mientras caminábamos hacia la fuente de agua (un pozo, un arroyo, una fuente) el 100% del villorrio nos seguía y sin duda que los pequeños eran los más asombrados. La lejanía, el aislamiento y la desconexión que en esa época había en la zona, era la causa de que estos pibes jamás hubieran visto un hombre blanco, por lo que en ocasiones me agarraban, me olían la piel, me lamían para saber el gusto y hasta sufrí un par de mordiscones.

En Addis me había cargado con un montón de monedas para regalar a estos chicos que sabía encontraría en el camino, pero luego del primer villorrio y de dar unas cuantas me di cuenta que no tenía sentido. Esta gente no conocía el dinero y una moneda nada podía comprar. Algo similar sucedió con los caramelos que llevé. No había interés en ellos, pues nadie había visto ni probado jamás uno de ellos.

Así fue día tras días durante el mes en que fuimos barriendo este inmenso valle, tomando muestras de agua, chequeando la fluorosis de la gente (fácil de detectar por los dientes manchados de marrón) y yo maravillándome de esta África salvaje y muy poco explorada. Dormíamos adonde nos daban algún alojamiento y a veces era difícil poder encontrar una cama, pues la mayoría de esa gente dormía en camastros de paja, tirados en el suelo. Jamás vi una sábana y dormía siempre vestido, pues a pesar del calor ni me animaba a quitarme la ropa. Mi única protección era un enorme spray de insecticida que me habían recomendado llevar y que usaba a discreción matando cuanto bicho, araña, ciempiés o alacrán hubiera debajo de la cama; ya fueran éstos bichos reales o inventados por mi temor y aprensión.

En relación a la comida, lo que vi en ese mes, fue casi todo un asco y un montón de porquerías hartas complicadas de meterlas en el estómago y en verdad, muy pocas veces pude comer algo bueno, como un guiso de carne de cabra, alguna sopa de cola de buey, mandiocas o choclos hervidos. De hecho regresé a Addis muy flaco pues por temor a agarrarme alguna enfermedad no comía sino lo que veía muy hervido o muy asado.

Creo que vimos el valle entero al menos en su parte etíope; bordeamos un par de lagos enormes pero sin gente a sus orillas y pasamos y penetramos solo de refilón por la Depresión del Danakil, una especie de olla enorme situada en la línea del ecuador y con una altura por debajo del nivel del mar, razones ambas por las que hacían de ese lugar (y siguen haciéndolo) el sitio más caluroso de la Tierra. Ni que decir que bajar del jeep por esa zona era igual que meter la cabeza en un horno ardiente. Cerca de allí, en la periferia de la Depresión, varios años más tarde encontrarían los restos de la muy famosa Lucy la *australopithecus afarensis*.

Junto con los variados escenarios y los animales salvajes vi la cruda existencia humana como no tenía idea de que podía existir; con la impresionante lista de limitaciones y carencias que si hubieran

sido más o de cualquiera de mi entorno, no las habríamos podido tolerar.

Estoy hablando sin eufemismos, de la más cruda y primitiva forma de vida.

Para comenzar vi como manejaban su agricultura. Sembrando con un arado hecho con un palo y otro más chico cruzado que hendía la tierra; arado no tirado por bestias sino por un par de hombres. La cosecha la vi hacer con los tipos cortando el trigo o la avena con un trozo de chapa curvo y afilado (el único utensilio más o menos moderno) y luego, para separar la paja del grano, esperando algún día de viento, esta gente colocaba las espigas maduras en círculos de 5 o 6 metros para pisarlas bien entre toda la familia, con lo que los granos salían de la espiga para luego, con unas ramas largas, tirar todo al viento. Las pajas volaban hacia un costado, los granos se precipitaban en el redondel. Igual a como hacían los primeros hombres cuando descubrieron la agricultura.

Como me tocó viajar en época de una inmensa hambruna vi campos de refugiados adonde llegaban muchos que por la sequía no habían podido cosechar nada y estaban literalmente muriendo de hambre. En rigor, fue tan tremendo el golpe, que vi a gente desfalleciendo; y vi tanto a hombres, a mujeres y hasta a niños que apenas hasta las lágrimas, pobres criaturas, inocentes de todo pecado muriendo de desnutrición o deambulando con sus pancitas hinchadas por la falta de alimento. Su energía se veía tan reducida que a pesar de que sus caras estaban constantemente cubiertas de moscas ya ni mostraban fuerzas para espantarlas.

Ligado al hambre y a lo que yo iba a hacer estaba el agua. Si bien el valle del Rift tiene algunas zonas verdes, en la parte etíope el valle se presenta como una enorme sabana con escasa vegetación y poca agua. Para paliar esa falta, el gobierno a lo largo de varias décadas había ido perforando pozos cada 100 o 200 kilómetros.

Las perforaciones eran profundas y las aguas con alta carga de flúor lo que se traducía en fluorosis que atacaba desde los dientes hasta los huesos dejando a mucha gente con el esqueleto torcido. Mi misión había sido levantar un inventario de todos los pozos, evaluar su estado físico, medir su concentración en flúor y proponer medidas para remediar la situación que se sabía era problemática.

Una a una fui viendo las perforaciones, chequeando sus ritmos de bombeo, tomando muestras de agua y analizándolas con un medidor que me habían provisto en Ginebra, el que contaba con un electrodo específico, instrumento que en ese momento era toda una novedad tecnológica.

Yo que había trabajado en el tema del flúor en La Pampa y la provincia de Buenos Aires habiendo analizado aguas con tenores de fluoruros extremos, del orden de 10 y 12 mg/litro (cuando la norma decía que no se debían pasar de los 3 mg/litro), me encontraba aquí en Etiopía con valores de hasta 30 mg/litro! Una verdadera monstruosidad!

Pero al margen de llamarme la atención ese dato técnico, lo verdaderamente impactante eran las imágenes y la actividad que detectaba cada vez que me acercaba a uno de estos pozos. Por todos lados hombres, mujeres y niños, burros, caballos, algún camello y carros artesanales tirados por alguno de esos animales o por la misma gente. Y lo increíble: larguísimas colas de varios cientos de metros de estos negros, mayoritariamente mujeres con enormes vasijas que lentamente iban llenando de un par de caños que proveían el agua.

A través de Folla Nigatu pude conocer sus historias. Muchos de ellos venían desde decenas de kilómetros con sus cántaros en travesías de hasta un par de días de duración. Llegados al pozo,

en ocasiones tenían que esperar en la cola uno o dos días más, durmiendo tirados en el suelo para luego de llenados sus recipientes volver con su pesada carga las decenas de kilómetros de regreso al hogar, tal vez llevando 20 o 25 litros de agua como máximo!

Cuántas veces tuve en la memoria esta gente tan carenciada, más cercana a una vida casi animal que a una humana y la comparé con la mía y la de los míos agradeciendo al destino la enorme suerte de haber nacido dónde y como lo hicimos.

Terminado mi trabajo de campo dejé una semana para trabajar en el laboratorio donde me pusieron un ayudante, Tamane Gosaye, un químico joven y talentoso al que traté de pasarle la mayor parte de mis conocimientos y consejos para que pudiera escalar y eventualmente escapar de tanta miseria.

El trabajo fue tan provechoso que al margen del inventario que se hizo, conseguí dejarles una tecnología para que hicieran frente a su problema. Era algo que implementado a través de sistemas simples podían solucionar en buena medida su problemática.

Cuando antes de irme debí presentar mi informe final, me prepararon una reunión especial en la casa de gobierno, adonde salvo el famoso dictador que regía en ese momento (Mengistu Haile Mariam) estaban todos los generales y coroneles que uno se pudiera imaginar. Prepararon un desayuno que en un país tan pobre y en medio de la hambruna que estaba matando tanta gente, se me antojó una burla feroz pues en esa mesa había de todo lo que uno se pueda imaginar para comer y beber. Hice mi presentación y al final cuando les digo que ahora ellos mismos pueden solucionar el problema pues les dejo toda la tecnología y la gente capacitada para hacerlo, el más lleno de laureles en su gorra y que representaba al gobernador/dictador me dice la frase que en ese segundo me confirmó que estos pueblos se han acostumbrado tanto a la ayuda extranjera que poco o nada quieren hacer ellos. Sus palabras fueron:

- Que maravilloso trabajo y cuanto le agradecemos a Vd. y a UNICEF todo lo que nos dejan. Creo que hay un gran futuro y vamos a solucionar el problema sanitario de tanta gente. Pero eso si... mejor que venga Vd. a poner todo en marcha y operar el gran programa...!

Al tiempo recibí la carta del bueno de Tamane Gosaye confirmando lo que me temía: tan promisorio faena terminó desdibujándose por una idiosincrasia basada en el estirar la mano; en el recibir y en no empeñarse en nada que significara esfuerzo o imaginación.

Como dice el refrán: 'Dale de comer a un tipo un pescado y comerá un día. Enséñale a pescar... y se pasará el día en el bote tomando cerveza sin hacer nada!'

Como anécdota graciosa que me pasara en Addis va la siguiente.

Una noche me invita un consultor de Naciones Unidas a su casa. Es un cocktail. Paquete. El tipo es egipcio y a la reunión va gente importante etíope, somalí y por supuesto también egipcia. Tengo ganas de ir pero obviamente no tengo saco. Menos un saco como la gente. Bajo al front desk del hotel convencido de que estos pedorros jamás podrán solucionar mi problema.

'No me podrán conseguir un saco para ir a una reunión elegante?' les pregunto y ante mi sorpresa me dicen: 'No problem. In a minute'. Y en un minuto se aparece un tipo con un hermoso, reluciente y blanco saco que me pruebo y queda de maravillas.

A la hora señalada, tomo un taxi y aparezco en el domicilio del egipcio. Efectivamente se ve que la reunión era grossa. Mucha gente toda encumbrada y reluciente, aunque para mi sorpresa, tanto el dueño de casa como absolutamente todo el resto de los demás invitados vestían 'bubus' (largas túnicas blancas) y además muchos de ellos mostraban la cabeza cubierta. Luego de saludar el dueño de casa, comienzo a deambular sintiéndome un exógeno total. Un marciano entre tanto venusino. De pronto y por allá veo a otro tipo, un negro alto y buen mozo; elegante, también vestido de saco blanco. Al fin uno como yo! Me acerco y me presento: 'Soy Felipe Solsona y estoy haciendo un trabajo en el valle del Rift. Vengo de la Patagonia'. 'Oh! la Patagonia...! Es tan lejana y solo he oído hablar de ella. Como es? Hace mucho frío?' Y comenzamos a charlar amenamente.

Como a los cinco minutos y en lo mejor de la conversación súbitamente me corta en lo que estaba hablando y me dice azorado:

- Uy! Perdóneme! La charla está muy interesante pero tengo que trabajar. Yo soy el mozo.

De todos modos la cosa no termina allí. Al día siguiente el dueño de casa me llama por teléfono eufórico:

- Gracias a Vd. la fiesta fue un éxito. Todo el mundo me ha felicitado por haber conseguido un mozo de piel blanca!!

Con razón en ese hotel que era una miseria habían solucionado mi problema tan rápidamente. Los hijos de puta me habían facilitado un saco de mozo que les sobraba!

EL SALVADOR RURAL Y GUERILLERO

En 1987 tuve que hacer unos trabajos en El Salvador. La OPS me ofreció visitar varios lugares rurales para ver de implementar sistemas de provisión de agua potable. Algo que era bastante frecuente en mis consultorías y aquí vale una aclaración que tiene que ver con varios de mis trabajos en ingeniería sanitaria.

Estos países centroamericanos y los sudamericanos con menos desarrollo (Perú, Bolivia, Paraguay, Venezuela, Ecuador) no tenían en mis años demasiada ingeniería sanitaria. Sus universidades ni siquiera formaban ingenieros de esa especialidad. Los pocos que por ahí se podían encontrar estaban formados en Estados Unidos o en Europa (con dos escuelas importantes en el viejo continente, una en Holanda y la otra en Inglaterra). Por esa razón la tecnología que implementaban estos ingenieros, era la única que conocían y que siempre salía de Estados Unidos o de Europa; es decir la más alta tecnología disponible; y tal como se ha visto, por el factor social y lo que mencionado de mi trabajo en Sud África, la implementación de tecnologías alternativas o apropiadas era y es absolutamente más indicada para conseguir buenos rendimientos a la vez que operaciones y mantenimientos asegurados. Por esa razón las organizaciones internacionales intentaban introducir las tecnologías más simples que gente como yo ya habíamos estado manejando, diseñando e implementando. Esa es la razón de ésta y otras llamadas y consultorías al respecto.

El asunto es que en esos días El Salvador era tierra difícil pues el país se hallaba en guerra civil; y más difícil aún pues tenía que ir a ver pueblos en el norte, en la zona de Chalatenango, cercana con Honduras; un área considerada de tibia a caliente.

Pero como nuestra economía familiar esquelense de esos días era bien ajustada, y como los refuerzos en dólares que cada consultoría aportaba, no permitían hacerme muy el exquisito, jamás rechazaba una oferta. Así que luego de un breve paso por San Salvador para recibir instrucciones y el contacto y apoyo de una camioneta y personal del Ministerio de Salud salvadoreño nos enrumbamos para el norte.

De este viaje rescato dos o tres cosas que me llamaron la atención y por ello la inclusión en esta serie de relatos.

La primera es que me dije que si finalmente se había concretado mi asesoría, la cosa no debería estar tan dramática como para que el riesgo de ir a zona de guerra (o guerrillas) fuera tan alto. Así que con miedo inocultable pero con una esperanza de que nada me tocara, ni yo viera, ni me enterara de cualquier cosa bélica, salí como digo, de San Salvador para mi destino rural.

El viaje en un país muy atrasado fue casi todo por caminos malos y sin pavimento. Cada tantos kilómetros alguna patrulla nos paraba. Un ingeniero que era mi contraparte y que iba en el asiento de atrás decía: 'Estos son del ejército'. El chofer paraba, mostrábamos los documentos, decíamos adónde íbamos y cuál era la misión y nos dejaban seguir. Luego de unas horas de camino y habiendo pasado ya unos cuantos de estos controles vemos al costado del camino unos tipos con ametralladoras que no se parecían a los que según el ingeniero eran del ejército. El chofer también detecta la diferencia y dice: 'Ahí están los guerrilleros'; a lo que el ingeniero exclama sobresaltado: 'Mete velocidad!'.

El chofer pisa el acelerador y pasamos como tromba entre los tipos que intentaban pararnos; pero apenas los dejamos atrás siento el tumtumtum de las ametralladoras lanzando balas.

Al día de hoy nunca supe si nos tiraron a matar o si solo tiraron por encima del vehículo para asustarnos. Sea lo que fuera puedo jurar que si bien no me mataron, me dejaron con un julepe encima que me tuvo preocupado todo el tiempo en que estuve en los pueblitos que iba a visitar y en donde allí, afortunadamente, no tuvimos problemas. Pero el sustazo era porque sabía que mi camino de regreso a San Salvador pasaba por el mismo lugar donde nos esperarían los malditos.

La segunda cosa que me quedó de esta experiencia y también ligada a lo bélico, es el ambiente que percibí cuando se vive en una guerra; tanto sea abierta y brutal como la Segunda Guerra Mundial; como la de este caso salvadoreña, que era más bien encubierta, de largo aliento, de todos los días; puesto que la de este cuento duró nada menos que doce años y mató cerca de 100,000 personas.

Cuando es así, el sentimiento de la gente es de finalmente llegar a acostumbrarse a la vida dentro de un conflicto para finalmente terminar aceptándola; pero de la misma forma como acepta el que perdió una pierna tener que encarar cada día con sus limitaciones, o como acepta el que tiene un dolor fuerte y crónico tener que vivir cada momento sujeto a esa presión que lo carcome y perturba.

Así ví como esta gente sobrellevaba la guerra en la que quizás ni hoy ni mañana pasara nada, pero tal vez pasado mañana se vieran intensamente afectados por una bala, por una bomba

o por la falta de un camión trayendo medicinas o víveres indispensables que volado por los aires, los dejaba sin remedios o sin lo imprescindible hasta quien sabe cuándo.

Todo ello crea en la gente una desazón, una vida a ser vivida llena de dolor, de miedos, de frustraciones.

A pesar de que en esta guerra, la acción que viví solo fue el pequeño y hasta casi simpático episodio de las balas que no nos alcanzaron, por lo presenciado y hablado con la gente y por el ambiente general, se incorporó en mí un sentimiento tan fuerte y de tanto rechazo en relación a la guerra y a los conflictos que muchos años más tarde me puse a investigar, a leer mucho y hasta produje una audiovisual sobre el conflicto armado humano; en donde coloqué como cuestión lo que al día de hoy no he podido dilucidar: si la guerra y el conflicto son inherentes a la naturaleza humana o si en cambio son incorporados a través de una cultura de agresión.

Finalizo este viaje que me dejó recuerdos muy intensos con la visión de vidas totalmente distintas a la mía lo que para mí dio más fuerza aún a las ansias viajeras. Puede uno leer libros sobre lejanas culturas y saber que pasa en aquel lugar o en aquel otro. Pero nada le permite a un ser humano comprender la diversidad de nuestra especie a través de lo que ve directamente, a través de lo que vive con el contacto con otras gentes y costumbres.

Recuerdo dentro de este contexto, como me impresionó la vida en un pequeño pueblito del que no recuerdo el nombre, pero donde pasé varios días y que no era distinto a muchos otros pequeños conjuntos de 20 o 30 casas diseminadas alrededor de una placita miserable, sin flores ni siquiera su pasto cortado.

Me gustó la vida comunitaria, las puertas abiertas, el perro que cuida su territorio sea propio o del vecino, de las casas constituidas por no mucho más de un par de cuartos y adonde había que entrar con cuidado para no pisar al perro, al gato, la gallina con sus pollitos, el chanco o los patos; todos bichos dueños y habitantes por derecho propio de los recintos de la casucha.

Y finalmente lo que me impresionó fue la sensación de comunidad que los habitantes de las ciudades hemos perdido. Si una patrona hacía un plato especial o un postre que en esos lugares y en medio de una economía de guerra no eran comunes, salía a la calle y al que pasaba el entregaba un pedacito de pastel porque el pastel no era de ella, ni de su familia, sino de su clan, de su comunidad.

En la misma onda me llamó también la atención la cárcel del pueblo. A pesar de conllevar una guerra, no vi a la gente particularmente agresiva ni bélica. Pero supongo que de tanto en tanto a alguno le darían los diablos azules y se mandaría alguna macana, como armar un escándalo, pegarle a otro, romper algo importante. Para esos casos entre todos lo metían a la cárcel. Pero como obviamente en estos pueblitos miserables y en la época en que pasaron estas historias, no había infraestructura, policía o ninguna autoridad, los mismos vecinos se juntaban y decidían que pena ponerle al revoltoso. Y si por ejemplo eran 3 días de cárcel, entonces que los pagara, pero ... pasándola dentro de la comunidad. La 'cárcel' era una pequeñísima celda de 2 x 2 situada en el mismo centro de la placita!

La idea? Que el trasgresor cumpliera su pena, pero que no se sintiera segregado por la comunidad. Estando en la plaza, a la tardecita su mujer le traería la comida, y luego se juntarían los amigos para charlar con el preso a través de unos barrotes de caña que con una patada podrían ser fácilmente rotos, pero que simbólicamente colocaban al transgresor donde debía estar pero sin que perdiera los valores comunitarios.

CAMELLOS EN EL DESIERTO DEL KALAHARI

En marzo de 1997 y tras un año de haber estado conmigo en Brasilia Javier me dice las palabras que había temido escuchar durante largo tiempo.

- Pa, te voy a dejar. Tengo que seguir mi camino y quiero comenzar mi carrera en Londres. Me voy para allá.

A pesar del dolor de la pérdida por lo tan lindo que la habíamos pasado durante ese año entero, pero teniendo a la vez muy claro que animal que ama debe dejar libre a su cachorro le respondí:

- Ok, sabés que lo siento, pero apoyo que quieras seguir tu destino. Eso sí, vamos a despedirnos en serio, a lo grande. Para festejar el regalo que me hiciste de acompañarme todo este tiempo, te voy a hacer un contra-regalo ahora a vos. Vamos a hacer un viaje de aventuras que nos quede como recuerdo. Esa va a ser la cherry on the top de tu estadía conmigo.

Nos pusimos a ver opciones y como iba a ser una aventura grande, no podíamos dejarlo afuera a Pablo. Huenú todavía estaba demasiado atada por su escuela, así que concentrándonos en donde y en cómo podía Pablo incorporarse ya que estaba trabajando en Johannesburgo, decidimos que tenía que ser algo por aquel lado, por la parte del África.

Triangulando entonces con Pablo, llegamos finalmente a la elección: haríamos una expedición en camello por el desierto del Kalahari en la parte noroeste de Sud África y luego recorreríamos en kayaks el Orange River que bordea Namibia.

Para abril de 1977 nos encontramos los tres en Johannesburgo y como la aventura pintaba muy excitante se nos unieron José Prozzi y Pablito Balmaceda, los amigos argentinos que había hecho en el CSIR.

El día señalado partimos de madrugada desde Pretoria en los autos de los Pablos enrumbando para el Parque Nacional del Kalahari en el nordeste de Sud África y llegando al atardecer a algo parecido a una farm ya dentro del desierto. Una vez allí conocimos al resto de los que harían el viaje con nosotros y al que sería nuestro guía, un flaco afrikáner muy simpático quien a su vez, nos presentó... a los camellos.

Los de la aventura seríamos unos 10 o 12 tipos y cuando el guía nos tuvo a todos juntos nos llevó hasta un corral con un montón de esos bichos y sin muchas vueltas nos dijo simplemente: 'Elijan su camello. Pero elijan bien porque el animal que escojan será su compañero de las 24 horas para los próximos siete días'.

Ahí estaba el chiste. Como elegís un animal del que no tenés ni idea de cómo es, de si será bueno o malo, si pateará o escupirá y finalmente si será galopador o tendrás que molerlo a palos para que avance?

Encima, nada más que para el simple acto de acercarse ya había que tener mucha valentía; pues estos animales al levantar la cabeza alcanzaban una altura de dos metros y medio, es decir que desde

allá arriba uno se sentía mirado (mal mirado) por una bestia enorme, con caras de pocos amigos y como digo, sin que supiéramos si eran buenos o malos y con qué reacción podrían salirse ante nada más que un intento de caricia por nuestra parte.

Pero había que elegir, así que todos nos pusimos a dar vueltas y yo finalmente agarré uno que me pareció que me miraba con menos antipatía. Era alto, garboso (tanto como lo puede ser un camello) y de pelo alazán claro, es decir bastante blanquecino.

Haré aquí la aclaración de que si bien los llamábamos 'camellos' en realidad eran dromedarios, es decir bichos de una sola joroba.

Las siguientes dos horas las pasamos aprendiendo a comunicarnos con estos señores. De qué forma se les colocaba la montura, como subir y bajarlos; de qué manera se los montaba. Enseñada las órdenes específicas que había que darles, porque por ejemplo para desmontar no bastaba con apretar las piernas, tirar de una rienda, golpearle el cogote y esperar que se arrodillara. No. Si el bicho junto con lo anterior no recibía la orden de 'Down' uno podía pasar una tarde entera sin que el maldito dromedario se moviera. Y también solo obedecía órdenes específicas para que retrocediera o para levantar el galope. Algo así como a los perros que se les ordena: 'Sit', 'Down', 'Come', 'Roll'.

Finalmente nos sentimos cómodos con las órdenes y los puntos básicos que nos permitirían la navegación y como ya era de noche, luego de una comida y un corto fogón nos dormimos en un galpón de la farm arropados en nuestras bolsas de dormir.

Temprano al día siguiente y luego de un ligero desayuno, en medio de mucha excitación y algarabía nos juntamos todos los excursionistas en el corral y montando nuestras 'naves del desierto' comenzamos la aventura.

Los camellos iban delante en caravana y cerrando la marcha nos acompañaban dos carretas tiradas por yuntas de mulas, donde se transportaban nuestras bolsas de dormir, la comida y el agua para toda la aventura.

Los camellos se desplazaban uno detrás del otro aunque en ocasiones conseguíamos colocar nuestro animal al costado de algún otro para charlar entre nosotros. Pero no era fácil. Estas bestias, a pesar de estar bien entrenadas, se mostraban muy independientes y si bien accedían a ir adonde uno los dirigía parecía necesitarse como una etapa de convencimiento, diálogo previo, bastante paciencia y un par de latigazos hasta conseguir que hicieran lo que uno deseaba.

La caravana se desplazaba lentamente y cada uno de nosotros íbamos zangoloténdonos de un lado al otro en la muy extraña montura, que situada delante de la joroba, para los acostumbrados a andar a caballo, nos parecía como que estábamos mal ubicados en el lomo, quizás como demasiado tirados hacia adelante del animal.

Las marchas eran relativamente lentas pero cada tanto y como para evitar que nos durmiéramos y nos cayéramos desde allá arriba, el guía proponía un galope, que todos aceptábamos entusiasmados.

Ni que decir que galopar un camello tiene aristas mucho más distintas, difíciles, y atemorizantes que hacerlo en un caballito. Es que el galope es en rigor un trote pero con unas zancadas tan largas que entre una y otra pisada parecería que ha pasado un continente por debajo.

Además la velocidad que agarrábamos era increíble pues estos animales llegan a pasar los 40 Kms/hora, velocidad que allá arriba y con el zarandeo se antoja espeluznante; y si a eso se suma una cierta sensación de ingobernabilidad, de que el bicho se puede rajar para donde se le antoje, era seguro que todos los jinetes sufríamos una fuerte sacudida adrenalínica que nos venía bien para despertar cualquier modorra que pudiéramos haber levantado entre el zangoloteo y el calor del desierto.

Llegada la noche acampábamos en cualquier parte, aunque casi siempre cercanos a alguna protección rocosa. Nos colocábamos alrededor de un fogón a relatar las anécdotas del día y a masajear las áreas doloridas. El guía y uno de los negros que iban en la carreta preparaban la comida y aunque magra y simple la devorábamos mientras el día moría. Tomábamos las bolsas de dormir que venían en la carreta y nos tirábamos a dormir a la intemperie, rezando para que no nos visitaran cascabeles, ciempiés o alacranes; todas alimañas de las que por ahí abundaban.

Con el correr de los días fuimos conociéndonos mejor con nuestras monturas y lo que al principio era desconfianza y un poco de temor se fue transformando en cariño y familiaridad. Supongo que a su vez, los bichos éstos habrían empezado a reconocer nuestras caras y nuestras voces y aceptándonos como buenos patronos, respondían con menos reticencias a nuestros mandatos.

Las marchas diarias cubrían aproximadamente unos 40 o 50 kilómetros y los paisajes por los que pasábamos eran los típicos del Kalahari, un desierto con alguna vegetación aunque muy achaparrada y escasa, pero que no se parecía al de Namibia o al sahariano que solo mostraban arena y sol.

En partes me llamaba la atención la similitud que encontraba entre este desierto y nuestras mesetas patagónicas con yuyos tipo coirones y no mucho más; aunque en un par de oportunidades vimos unos árboles, que aunque mustios y muy petisos, cambiaban lo yermo del paisaje dando sensación de algo de vida. Los panoramas por otra parte cambiaban frecuentemente, a veces presentándose como amplios descampados, otros como pequeños valles o grandes montículos y hasta entramos y recorrimos varios desfiladeros rocosos como los de las películas de cowboys.

Personalmente me encantaba el hecho de estar haciendo lo que hacía, acompañado por mis dos hijos y por mis caros amigos, en una camaradería tan linda y tan argentina que disfruté intensamente; pues sobaban los chistes, las risas y el humor porteño, y cada vez que podíamos nos enfrascábamos en alguna carrera que terminaba en más chistes y chichoneos.

Al cabo del séptimo día llegamos a la orilla del río Orange, que limita Sud África de Namibia. Nuestra aventura allí iba a cambiar de vehículo. Dejaríamos las naves del desierto para tomar las naves de las aguas.

En la mañana del octavo día nos despedimos de nuestros amigos dromedarios, del guía afrikáner y de los negros y nos juntamos con otra gente que nos estaba esperando. Todos juntos, con nuevos guías y nuevos equipos bajaríamos el caudaloso Orange en otra semana de remar nuestras canoas.

El Orange es un río amplio, generoso, de un enorme caudal con aguas marrones parecidas a las

muy conocidas por nosotros del Río de la Plata. Como corre a lo largo del desierto del Kalahari, la vegetación es casi inexistente, excepto en las orillas en las que una estrecha franja de verdor acompañaba al curso.

Una camioneta preparada con una estructura que parecía un andamio de construcción permitía transportar 9 canoas juntas, las que nos esperaron en el punto donde nos dejaran los camellos y donde se sumaron otros aventureros para completar los 18 remeros del viaje ya que las canoas eran dobles.

Nosotros nos ubicamos: Javier y yo en una; Pablo y José en la segunda y Pablito Balmaceda se unió a un muchacho afrikáner en una tercera. Así largamos la acuática aventura.

De la misma forma en que en el viaje de los camellos nos habían acompañado dos carretas para llevar comida, bolsas y agua, acá un guía en un gomón llevaba todo lo que iríamos a necesitar y en cuanto a nuestros efectos personales, nos habían provisto de unos baldes con tapa para que en el caso eventual de irse al agua no se hundieran.

A partir de nuestra salida y durante otros 7 días bogamos por el caudaloso río.

Lo más llamativo fue andar por un río de desierto, en donde a los costados (excluyendo la mencionada pequeña faja de arbustos de las orillas) no se veía absolutamente nada vivo, ni animal ni vegetal. Cuando parábamos y bajábamos para caminar, para hacer alguna excursión era estar verdaderamente en el desierto pues al bajar el Orange, nos íbamos acercando al océano y el panorama era cada vez más yermo y estéril, lo que era definitivamente bien llamativo.

La bajada en cuestión tenía de bueno que no siempre había que remar fuerte, pues la corriente, en algunos tramos era vertiginosa y nos hacía distanciar entre los botes.

Cada tanto y cuando la dispersión era grande, el guía nos hacía reunir, para lo que el primer bote se agarraba de algunas ramas o algún tronquito de un arbusto creciendo en un islote. De ese bote se agarraba un segundo bote al pasar. Y luego un tercero y un cuarto hasta que todo el lote se amarraba unos a otros quedando como los eslabones de una cadena.

Lo excitante de todo este viaje eran sin duda los rápidos, de los que debimos pasar unos cuantos y justo en el último, nuestro bote se dio vuelta y Javier y yo salimos despedidos. Estábamos bien al centro del cauce, con unos 50 o más metros de agua a cada lado, así que yo me colgué de mi balde cerrado que actuó como perfecto salvavidas. Fue así que yo por un lado aferrado a mi balde y Javier por otro agarrado a un remo seguimos por un largo trayecto hasta que otros compañeros que habían pasado bien y que estaban aguas abajo nos fueron recogiendo tanto como a nuestras cosas y al bote mismo.

Las noches eran las típicas noches de campamento con fogón, comida, relatos de aventura, y escudriñar los cielos negros y rutilantes; para que muy pronto, dado que el cansancio siempre era considerable, nos tiráramos bajo las estrellas a dormir en nuestras bolsas.

Al terminar el periplo, nos esperaba un camión que había llegado por una senda horrenda y que nos llevó de regreso a la farm de donde habíamos partido con los camellos.

Tomamos nuestros autos y en un entretenido viaje de vuelta en donde pasamos por un parque con unas cascadas increíbles, un par de bodegas de vino donde hicimos honor el excelente producto sudafricano; más un par de noches en campings donde paramos, retornamos finalmente luego de esa hermosa aventura con los hijos y los amigos.

A los pocos días me despedí de Pablo que quedaba en Johannesburgo y de Javier que se quedaría con Mirtha unas semanas antes de volar a Londres. Había valido la pena tan buena despedida!

MONGU Y EL ÁRBOL DE LOS BRUJOS

En octubre del 86 me contrató la OMS para hacer unos trabajos de capacitación en control de calidad de aguas en Zambia.

Viajé a Lusaka y tras un largo y penoso viaje de 600 Kms que me parecieron una infinidad pues el viaje duró dos días dadas las pésimas condiciones de la senda (ni siquiera camino), llegué finalmente a mi destino final.

Mongu era la última avanzada (civilizada?) y más allá solo restaban el río Zambeze y las tierras sin demasiada presencia occidental. La razón de este viaje era que en Mongu se habían reunido tres o cuatro misiones de ayuda internacional de las cuales las más importantes eran la danesa y la noruega; y desde Ginebra estaban aprovechando esa presencia para comenzar proyectos piloto para controlar la calidad del agua debido a las altas tasas de diarreas imperantes en la región.

Había que llevar equipos portátiles de microbiología por membranas filtrantes; se tenían que instalar los equipos y capacitar a unos pocos agentes sanitarios, los que basados en Mongu saldrían por una extensa área rural analizando la calidad del agua. Mi misión era instalar los equipos, capacitar a la gente y al final de mi tarea, coordinar un encuentro al que concurriría el jefe del saneamiento ambiental de la OMS, Richard Helmer, (de quien hablo más adelante), los misioneros extranjeros y unos cuantos funcionarios de salud pública zambianos.

Mi viaje al valle del Rift me había puesto en contacto con lo más básico de la vida rural del África. Este nuevo viaje me conectaba con lo que se podría llamar una vida urbana africana. Pero lo interesante es que esta 'ciudad' solo tenía unos 2,000 o 3,000 habitantes y era tan pero tan pobre que más parecía un rejunte de chozas de neandertales que un conglomerado moderno. Para comenzar en la villa ésta, no había electricidad (solo grupos electrógenos en algunos lugares), ni calles pavimentadas, ni farmacias, ni bares, ni tiendas.

Solo una escuela que se caía de solo mirarla, un puesto de salud con una parte derruida y que sería mi lugar de trabajo y el Hospital del Placer ('The Pleasure Hospital') al que me referiré más adelante.

El hotel donde me hospedaron, era la única casa de alojamiento y si bien no tenía baño en la habitación, el cuarto no era tan malo y de todos modos se veía infinitamente mejor que los inmundos cuartuchos donde había pernoctado en mi viaje por el Rift.

En el hotel me daban de comer las tres comidas y para el almuerzo o cena yo solo deseaba que nunca fuera ni lunes ni martes; dos días que odiaba por la producción de la cocina del hotel.

La razón?

En la parte trasera del hotel había un pequeño corral con unas cuantas vacas con más pinta de hindúes que de pampeanas. Chiquitas, flaquitas, huesudas; tirando a muertas de hambre. Pero ... proteína al fin.

Que pasaba los martes y los lunes? El martes era día de matanza. El cocinero con un ayudante mataban una de estas vacas ahí mismo en el corral y con pedazos del cogote, chorreantes de sangre, se iban los dos hasta la cocina y hacían un guiso, con lo que la carne que llegaba a mi boca era dura, fibrosa, espantosa. El miércoles el plato servido contenía trozos de las paletas y del pecho de la vaca, lo que sin dejar de ser malo, era un poquito más tragable que lo del día anterior. El jueves el plato llevaba un cortesito menos duro y más sabroso como aguja o alguna costilla; el viernes la cosa estaba mejor aún y así seguíamos hasta llegar al domingo; día de gloria! en que nos preparaban cualquier plato pero esta vez usando el cuadril del animal. A pesar de que pregunté varias veces parece que las vaquitas en cuestión venían sin lomo, lo que hubiera sido grandioso disfrutar.

Llegábamos entonces al lunes, que era sin dudas el día más odiado por mí, porque siendo el rabo lo último que quedaba de la vaca, me lo metían en un potaje que a fuer de ser honesto, el cocinero llamaba sin vueltas ni eufemismos: 'The oxtail soup of the day'.

Lo impactante de mi estadía en Mongu se debe al tríptico que podría definir así:
La grandiosidad del Zambeze, Sexo Africano y la increíble Magia Negra.

Dicen que solo quien ha visto las 3 madres y la hermosa hija, puede vanagloriarse de conocer las cataratas del planeta Tierra. Estamos hablando del Niágara, Iguazú y Victoria (las madres) y del Ángel en Venezuela (ésta es la hijita, que aunque no es muy 'voluminosa' se trata de la más alta de todas las existentes).

Yo ya conocía la del Niágara en Canadá, y la 'nuestra' del Iguazú. Estar en Mongu era acercarme a la última de las madres, las cataratas de Victoria y eso me atraía de mi viaje a esa región.

El Zambeze es un río muy largo que se inicia en la frontera con el Congo y bajando por toda Zambia, pasa luego por Mozambique para volcar aguas en el océano Índico.

Este río tiene dos características interesantes. Por un lado forma varias cataratas a lo largo de su curso, la más impresionante siendo la famosa Victoria y por otro, una vez al año sufre unas inundaciones que al curso de aproximadamente unos 200 o 300 metros de anchura lo transforman en un espejo que llega hasta los 40 Kms (sí, kilómetros!) desde una orilla a la otra. A esto es lo que se conoce como 'Las praderas inundables del Zambeze' ('The Zambezi flood plains').

Durante mi estadía hice varias incursiones al río; comprobé lo primitivo de la vida de esos aislados pobladores pescadores situados en sus orillas y en una oportunidad hasta subí en una de las muy inestables canoas de un pescador local.

No me tocó la temporada de las inundaciones pero al estar en las afueras de Mongu, poblado que había sido construido en una elevación sobre uno de los bordes del río, no me podía imaginar que ese curso, ahora relativamente normal con orillas separadas tan solo por 200 o 300 metros se transformara de tal modo que lo único que se viera fuera algo así como un lago o un mar adonde la vista llegaría a perderse.

En cuanto a las cataratas de Victoria, a pesar de las enormes ganas de conocerla, por la carga de trabajo y por la dificultad en llegar hasta ella (trabas para conseguir vehículo y pésimos caminos) me la perdí. El destino me daría la revancha y años más tarde, estando ya en Sud África la visité en un par de oportunidades para comprobar que a pesar de lo difícil de poderlas ver pues se trata de una rajadura en la tierra adonde cae una monstruosa cantidad de agua que forma una bruma casi constante, la bestia es igualmente imponente y bien vale el viaje hasta ella.

El segundo tema que me impactó fue el sexo africano.

Cuando uno habla de grupos y de sus hábitos en particular, habla también de comportamientos; los que están definitivamente asociados al nivel de desarrollo, de sofisticación o por el contrario de primitivismo o falta de elaboración de la cultura en particular.

El sexo es un ejemplo típico.

Las sociedades desarrolladas consideran al sexo fundamentalmente como una actividad productora de placer.

El sexo implica no solo el delicioso y retributivo disfrute de franelas y orgasmos. En nuestra cultura va tanto más allá que tiene hondas implicancias psicológicas y sociológicas.

Supongo que si a un joven occidental del siglo XXI se le pregunta que le viene a la mente cuando se le menciona la palabra 'sexo' muy posiblemente dirá: 'placer, sensualidad, disfrute, complacencia, voluptuosidad, compartir, volar, deleitarse, sublimación, libido, erotismo, goce'. Y al final y como que casi ni lo había tenido en cuenta agregaría:

'Ahh! ... Hijitos!'

Gente menos 'modernizada', sujeta a pautas culturales más arcaicas que casi siempre están apegadas a rígidas y vetustas religiones o cuando hablamos directamente de gente muy básica como la que se encuentra en el África; la cosa será totalmente distinta, pues en esta gente sin duda se priorizará el factor reproductivo sobre el meramente placentero.

Esto es lo que ví en Mongu. El hombre negro no tiene sexo amparado en la necesidad de una retribución placentera solamente. Aunque supongo que al flaco que se está tirando a la negrita no le disgustará gozar con una buena revolcada, lo cierto es que el fin primordial de esa práctica será para él, la descendencia.

En estos tiempos actuales de cambios fulminantes no sé como será la organización familiar o si seguirá tal cual como yo la ví; pero en la década del 80 (siglo XX) en aquella zona del África subsahariana, la estructura social rural se centraba en la figura del hombre. Macho, rey y pieza absolutamente pivotal de cada clan familiar; que se componía por él mismo como cabeza y luego una serie de esposas, que dependiendo del nivel económico podían variar entre 2 y 6. Aclaro que las mujeres se compraban a los padres de la novia con cabezas de animales que iban desde chanchos a vacas. Como anécdota simpática nuestra compañera del CSIR, Baby Mogane, una socióloga negra que había estudiado en Londres y que tenía un nivel cultural altísimo un buen día nos presentó a su novio, David; otro negro de gran nivel; simpático, culto, técnico de IBM. Al cabo de dos años se casaron y yo fui uno de los invitados a la fiesta de su casamiento que se hizo en Mamelodi (la township cercana a Pretoria). A pesar del nivel occidental de los novios, no pudieron evadir la pauta cultural en que los padres de ambos seguían inmersos. Por tal ra-

zón, David tuvo que 'pedir a la novia' aportando... dos vacas!

Lo gracioso era que en la fiesta del casamiento, entre una multitud de gente que había en la modesta casita de Mamelodi, en el jardincito pastaban orondas ambas vacas, en su calidad de dote cumplida.

Pongamos ahora el ejemplo de un campesino que ha tenido el patrimonio suficiente para comprar 4 esposas. En el predio que por herencia o partición de herencia le tocara, el tipo elegirá un lugar apropiado y construirá 5 'tukules' (el tukul es una choza circular entre 3 y 5 metros de diámetro con una sola entrada y generalmente sin ventana (Pregunta: porque en el África las casas son circulares y en occidente cuadradas?).

Cada tukul será ocupado por una esposa distinta. La práctica es que cada noche el hombre elegirá una choza y dormirá hoy con esta mujer, mañana con otra, pasado con otra haciendo lo mejor que pueda para preñarlas a todas juntas.

La quinta choza, es la destinada a los hijos que van surgiendo cuando ya tienen una edad suficiente para estar emancipados de las madres. Mientras son bebés vivirán en el tukul con su madre, pero cuando han crecido son metidos todos juntos en la choza común.

Esta superproducción de hijitos le acarrea al jefe de familia la seguridad de una vejez tranquila y protegida. Los hijos se harán cargo de las necesidades del padre viejo y eventualmente impedido. Impedido para trabajar? Bueno... no necesariamente; pues el machismo es tan grande que quienes trabajan la tierra son fundamentalmente las mujeres. Los hombres estarán presentes en el momento de arar la tierra (que requiere mayores esfuerzos) o en el momento de la zafra; pero en el resto del tiempo, cuando hay que hacer las tareas de mantenimiento y cuidado de los cultivos son las mujeres las encargadas de ello.

Y si las esposas se pelean? Mejor que no lo hagan, pues el marido, ejerciendo su poder omnipotente puede echarla de la familia, con lo que la pobre mujer se transformará en una paria sin donde vivir ni tener forma de mantenerse y encima sin el calor de sus hijos, los que quedarán como posesión del clan y al cuidado de las otras madres. Es decir que a la fuerza ahorcan! y por ello el esquema funciona; pues en todos los campos que visité, siempre me llamó la atención la armonía que reinaba en esos conjuntos familiares.

Esa pues es la situación del sexo entre los negros; y como resumen digamos que en el África central se tira para procrear. Si hay algo de placer es secundario y aunque no lo mencioné antes, aquí lo hago: si hay placer es solo para el hombre pues la mujer generalmente es castrada para que no sienta nada (labios de la vagina y clítoris son ablacionados en ceremonias que las transforman en 'mujeres'). Buena gente!

(Para finalizar esta parte del relato sería bueno recordar al pícaro de mi ayudante del CSIR, el Timothy Motshoeme, quien me confesó que en un determinado momento de su vida llegó a tener a 4 mujeres embarazadas en paralelo).

Y los que no tenían una familia formada? Los que no habían conseguido un pedacito de tierra?

Esos no cogían?

Que va!

Aquí es donde haré la descripción del Hospital del Placer.

Éste era un lugar exclusivamente para negros, y un blanco podía asistir y tomar una copa pero no interactuar con nadie.

Por tener mi trabajo mayor conexión con gente de NORAD (la agencia de ayuda internacional noruega), conocí a unos cuantos noruegos que vivían en Mongu, trabajando en el área de salud. Una noche uno de ellos me dijo: 'Querés ver algo que ni te imaginás? Vamos al Pleasure Hospital'.

En las afueras de Mongu (lo que significaba estar a solo 700 u 800 metros del 'centro' del villorrio), en medio de la oscuridad de la noche (recordar que en Mongu no había electricidad de red y por lo tanto las calles eran oscuras y lúgubres), en un terreno descampado y rodeado de viejos árboles, se alzaba un galpón de paredes de barro y cañas. Un par de puertas permitía acceder al interior, un recinto de unos 10 x 10 metros.

Un pequeño grupo electrógeno daba vida a tres (sí, solo 3!) lamparitas (una amarilla, una roja, una azul) colgadas de un alambre y dando mortecina luz sobre una negra sentada en un banquito. Al lado de la negra una mesita y sobre ella una victrola (un tocadiscos) de esos que funcionaban a manija. Apoyados contra una pata de la mesita, 4 o 5 longplays de vinilo. La negra era la DJ y los 4 discos, 'la colección musical'.

En la pared opuesta dos palos con un tablón cruzado. Al costado un negro con 3 botellas sin etiqueta con algún brebaje que supongo contendría suficiente alcohol para poner contento y atontado al que se animara a ingerir. Eso era todo lo que había en el Hospital del Placer. Ah... olvidaba lo principal: un enjambre de negritos y negritas bailando apretados al son de los riquísimos 'éxitos' que la negra del tocadiscos iba pasando uno a uno y que dada la escasa cantidad de discos repetía varias veces por noche.

Y el 'placer'? Porque lo de 'hospital del placer'?

Exactamente eso es lo que le pregunté al médico noruego que me había llevado. 'Fijáte en cualquier pareja. Seguila por un ratito y vas a ver que pasa', me dijo y eso hice.

Me concentré en un negrito alto bailando con una negrita vestida de rojo con flores blancas, pilcha fácil de distinguir en la penumbra del local.

No habrían bailado dos piezas apretaditos, cuando tomados de la mano salieron del recinto.

'Adonde van?' volví a preguntarle a mi acompañante. 'Seguílos y vas a ver'. En efecto los seguí y los ví acercándose a un árbol donde ella graciosamente se recostó contra el tronco y levantándose la falda roja con flores blancas, dejó que el negrito picarón hiciera lo que hacen los negritos picarones una vez que han bailado dos piezas apretaditos!

Cuando los ojos se me fueron acostumbrando a la oscuridad vi que una cantidad de árboles cercanos al Hospital, estaban ocupados por otras tantas parejas serruchando como en un aserradero modelo.

Pero eso no fue lo peor; porque al flaco alto que lo había visto tirando con la del vestidito rojo con flores blancas, lo veo al rato danzando con otra negrita, para al cabo de sus dos consabidas pasadas de la misma pieza del long play, desaparecer entre la espesura para echarse otro polvito con la nueva compañera. Bingo! Cartón lleno!

Los de NORAD, que trabajaban en el tema me decían que de la población sexualmente activa de la región estimaban que entre el 30 y el 40 % estaba infectada de SIDA (HIV). Claro! Con esas prácticas, tirando a troche y moche y sin protección alguna, como África no iba a tener la tasa de crecimiento más alta del planeta y como no iba el HIV a ser una enfermedad más popular que el resfrío o el hambre?

En tercera y última instancia tengo que hablar del impacto que me significó entrar aunque muy someramente en el mundo de la magia negra.

Si mi viaje a Etiopía me permitió conocer a la gente más ligada al lejano pasado humano, la visita al centro del África me introdujo en lo que llamaría la verdadera esencia de la cultura y del ser negro africano; en donde impera el misterio de la magia, de lo desconocido y lo inexplicable.

Allí conocí parte del arte a través de las máscaras y algunos implementos usuales caseros (como ejemplo valga el de las almohadas que en esta gente no eran acolchados como los usados por nosotros los occidentales, sino pequeños soportes de madera para descansar la cabeza). Pero sin duda que entre lo más destacable que pude entrever, resaltaba la parte cultural de su magia y de sus creencias esotéricas.

Lo primero que conocí en este rubro fue el 'Árbol de la sangre'.

Una tarde en que tuve que ir a una aldea cercana por estas cuestiones del agua, mi acompañante, una especie de técnico en saneamiento (con escasísimos conocimientos pero que podía comunicarse con alguna soltura en inglés) luego de estar en la aldea y hablar con un par de gente local, me dijo que un 'doctor' iba a hacer una curación y que podíamos asistir, cosa que al no tener ni idea de lo que sería no me lo quería perder.

Nos apartamos hasta unos 100 metros de la casa más alejada del villorrio y allí nos encontramos con unas 10 o 15 personas, sentadas en el suelo que escuchaban a un viejo que parado junto a un enorme árbol sostenía un cuchillo en su mano derecha. El enorme tronco del árbol estaba marcado por cantidad de tajos los que me llamaron la atención pero nada dije.

El técnico me hizo sentar en el suelo junto con los otros y en voz baja me dijo que observara al doctor. Éste hablaba y hablaba y cerraba los ojos, pero cuando los abría solo se veía el blanco de los mismos. Había entrado en obvio trance. Al cabo de unos 15 o 20 minutos en que francamente ya me sentía aburrido, el hombre pareció cobrar una nueva vida y en forma compulsiva comenzó a dar tajos contra el tronco y para mi sorpresa, de la corteza comenzó a manar un líquido espeso, rojo oscuro.

- Qué es eso? Savia? Así de roja? - pregunté a mi técnico.
- No - me contestó por lo bajo y continuó – Es sangre!
- Cómo va a ser sangre? Sangre de quien? – pregunté intrigado
- Es la sangre de la gente que el doctor está sanando. Deben sangrar para curar. Y sangran a través del árbol. El árbol sangra, ellos sangran. El árbol cura sus heridas, la gente cura sus males
- Pero dónde está esa gente?
- Alguna entre estos que están acá sentados. Y otros están lejos. Pueden estar muy lejos
- Y funciona?

- Nunca deja de curar...
- Y esto lo hacen a menudo?
- No, porque este doctor no es del lugar. Es un doctor muy bueno que vive viajando, recorriendo las aldeas de Zambia y solo visita un pueblo para curar cada tanto.

Esto resultó tan fuerte, que muchos años más tarde supe que mi querida OMS llegó a valerse de estos 'sangomas' o doctores hechiceros para introducir sus medidas sanitarias, como por ejemplo la vacunación o el cuidado perinatal en el difícil mundo africano.

De todos modos, lo que más me llamó la atención en relación a esto de la magia lo viví en otras dos ocasiones.

La primera fue una invitación a una ceremonia. De la mano siempre atenta de algún amigo de NORAD y que significaba una puerta de entrada a todas estas cosas que de otra forma no habría conseguido conocer, llegamos a una pequeña aldea en donde estaba todo el pueblo reunido. Quizás unas 40 o 50 personas.

Igual que en el caso del árbol de la sangre, nos sentamos con mi acompañante en un espacio abierto, no muy grande, pero despejado y sin vegetación en lo que supuse sería una especie de plazoleta del lugar. Lo único destacable dentro de este espacio era un par de palos; dos varas que se erguían una al lado de la otra con una separación de un metro o metro y poco. Arriba del todo, como a 5 o 6 metros ambas puntas se veían unidas por una trenza de cuero.

Al costado de la placita un pequeño corral recibía gallinas, algunos animalitos parecidos a raposas o hurones (vaya a saber que serían); hasta ví un cochinillo; odres que supongo contendrían alguna bebida alcohólica y paquetes cerrados hechos con tejidos tipo arpillera. Todo eso eran cosas o animales que la gente iba depositando en el corralito a medida que llegaban al lugar.

Esperamos un rato hasta que comenzaron a sonar unos tambores. Tam tam tam! De pronto no sé de dónde aparece un brujo. Vestido de brujo... con una túnica trenzada con un hilo parecido al sisal, con flecos por todos lados, y ostentando colores blanco, negro y marrón.

En la cabeza una máscara enorme tallada en madera. Era casi un círculo, muy fea, de una inexpresividad manifiesta y con pelos (o algo parecido a pelos) que partían de toda la circunferencia. El brujo blandía en su mano izquierda un garrote bastante parecido al as de bastos; y en la derecha un 'espanta moscas' que era un simple palo con un montón de crines como si fuera la cola de un caballo.

Con una agilidad increíble, con la espalda contra uno de los palos y los pies contra el otro, fue subiendo hasta llegar arriba del todo. No sé cómo, pero consiguió sentarse en la correa de cuero y una vez instalado allí arriba comenzó a zarandearse. Los tambores en ningún momento dejaron de sonar y el brujo comenzó un canto que más tenía de gritos alocados de que de ritmo o música. Mientras mantenía sin mucho movimiento el garrote en una mano, a la otra cada tanto la revoleaba haciendo que las crines flotaran a su alrededor como si estuviera alejando a los malos espíritus.

Habría durado esta ceremonia una hora larga cuando luego de esa inacabable y cansadora actividad todo cesó. El tipo se silenció y quedó inmóvil sin yo poder entender cómo se mantenía en esa posición tan inestable y como tendría el culo luego de tanto tiempo sentado en una correa de

cuero. Permaneció de esa forma inmutable por largo rato hasta que de pronto lanzó un alarido impresionante y elevando su mano al cielo hizo volar el garrote hacia los aires, el que dio vueltas sobre nuestras cabezas para terminar cayendo pesadamente en el suelo entre dos negros a los que les ví la mirada de terror y luego de alivio por la zafada de que no se les enterrara hasta el omóplato.

Al rato y tal como se iniciara, la cosa terminó sin mucho aspavientos. El brujo bajó lentamente ya sin gritar pero acompañado por los tamtam y como había aparecido, desapareció. Fin del espectáculo. Pero que era esto?

El noruego vino en mi ayuda con la explicación.

- No sé si la estadística será real o no, pero se estima que en el África, el 70% de las muertes que no son por enfermedad o vejez se deben a alguna interacción de la magia negra. Brujos, sangomas, envenenamientos, maleficios, enfermedades inexplicables. Todo producto del accionar de tipos como el que viste danzando en la sogá, allá arriba. Y en realidad lo que ese tipo estaba haciendo, no era un baile o un acto de circo. Estaba en medio de una ceremonia cuya finalidad era llevar la muerte y/o la desgracia a unos cuantos. Las gallinas y chanchos y ofrendas en el corral es el pago de los que le piden haga la magia para eliminar a algún pariente malquerido o a algún enemigo que los está molestando. Así es como funciona el África por acá – terminó con una sonrisa.

Lo último que tengo para contar relacionado a la magia negra, vino también gracias a un médico noruego. Una tardecita en su sencilla casa de Mongu y luego de una invitación a tomar unas cervezas, yo que había quedado tan impresionado con lo del brujo arriba en los palos torcí la conversación para el lado de la magia y fue entonces que este hombre me dijo textualmente:

- Esto que te voy a contar y lo que vas a ver no lo creerás. Pero te juro que es absolutamente real, cierto. Lo he vivido.

Se levantó, fue a una habitación interna y volvió con un pequeño atado en una arpillera. Lentamente lo abrió y descubrió una pieza que aún hoy tengo fresca en mi mente. Eran dos palos. De unos 30 cms cada uno. Cruzados y atados por una correa. Todo el conjunto parecía haber sido quemado. Estaba negro y lo más curioso, es que sin saber yo de que se trataba, sentí repulsión o miedo ante esos palos. Era como si algo me dijera: 'Ni se te ocurra tocarlos!'. Y no los toqué. 'Qué es esto?' pregunté hondamente intrigado.

El noruego dejó el paquete con la cruz adentro sobre la mesa. Me dí cuenta que él también sentía como una especie de temor o respeto y al igual que yo evitó tocar el artefacto.

Se recostó en el sillón, bebió otro sorbo de cerveza y me largó:

- Es un avión.
- Jeje – sonreí con cara de tonto y continué – Pero porque es un avión y porqué está quemado?
- Aquí va la historia; que te repito es genuina porque yo lo vi todo

Me recosté también en mi sillón y comencé a escuchar el relato.

- Yo llegué a este lugar hace como tres años, y lo hice en un mal momento para la población local. Habían tenido una sequía muy fuerte y la cosecha había sido pésima. Tenían hambre. Un día, cosa rara por aquí sopló un huracán que se llevó un montón de techos. Un cocodrilo del Zambeze literalmente se comió al bebe de una mujer que había ido a lavar su ropa y lo había dejado en la orilla. Muchas cosas nefastas. Demasiada mala suerte.

Pero la cosa no para allí. Tal vez por la sequía, un día se desata un fuego en el pueblo que consume tres o cuatro chozas.

Es en el medio del tumulto de la gente tratando de sofocar el siniestro cuando pasa un avión por encima de Mongu. Si bien no muy común; que pasara un avión de línea por nuestro cielo era un hecho posible, aceptable, pero la gente lo tomó muy mal. Lo que sacaron en limpio es que todas las desgracias que estaban sufriendo en la localidad se debían a ese pájaro maldito y extraño que les había traído la mala suerte.

Llamaron al brujo, le explicaron que pasaba e hicieron una ceremonia como la que viste la semana pasada. Pero en ésta lo que el brujo hizo fue traer un avión y en medio de la ceremonia lo quemó. Lo que ves aquí; estos palos feos y las correas, son los restos del avión ése.

- Y qué pasó? Eso fue todo? – pregunté intrigadísimo

- No, claro que no. Como a los dos o tres días de la ceremonia, se oyó en el aire el ruido de un motor. Era una avioneta que volaba bajo y que al igual que el avión de línea pasó por encima de la población. Si un avión comercial era difícil de avistar por estas tierras, una avioneta lo era mucho más. 'Que hace esa avioneta por aquí?' me pregunté en ese momento y la respuesta que tengo para mí, ahora, es que quizás estaba allí para responder al sortilegio del brujo.

- No entiendo.

- Aquí viene lo increíble. Luego de pasar por encima del pueblo, se oyó un ratear, unos ruidos. La avioneta perdió altura y cayó. Se incendió. Sus dos ocupantes murieron carbonizados. Yo ayudé a sacarlos de adentro.

- Entonces quiere decir... - dije con los ojos llenos de asombro y sin poder apartarlos del feo avión de palos cruzados y quemados

- ...quiere decir – terminó el médico – que el avión causante de tanto daño estaba neutralizado. La magia había hecho su trabajo...

EUROPA EN MOTORHOME

Para 1973, programamos un viaje con Mirtha de dos meses a Europa y lo destacable de este viaje es que lo hicimos en un motorhome.

Tito y Chola se instalaron en el departamento de Vicente López para hacerse cargo de Pablo que estaba chiquito pero tenía muy buena onda con sus abuelitos, lo que disminuyó nuestra culpa por dejarlo y nosotros partimos comenzando el periplo en Londres.

Luego de unos cuantos días en Inglaterra conociendo la capital más Oxford, Cambridge y otros lugares tan peculiares y pintorescos como son los ingleses, decidimos que estábamos para la gran aventura en el continente.

Con el correr de los años haría varios viajes muy similares por Europa y en especial tengo

lindísimos recuerdos del que hice con Lucia en el 2006 cuando dimos vueltas por todos lados disfrutando y festejando la jubilación de mi mujer.

Algo que no volví a repetir y que fue lo más destacable de la tournée europea realizada en el 73 es que para movilizarnos utilizamos, tal lo expresado, una casa con motor!

Al finalizar nuestra ronda por Inglaterra, en las afueras de Londres alquilamos uno de esos motorhomes y con él cruzamos el Canal de la Mancha en ferry para iniciar nuestro viaje continental por Bélgica (empezamos en Brujas).

‘La Ballena’ como rápidamente la bautizamos tenía pinta de eso, de una pequeña ballenita. Gordita, con una frente redonda y abultada y un cuerpo que hacía juego con su ‘cara’. Adentro mostraba dos cómodos asientos frontales y luego un interior en donde un amplio living comedor se transformaba de noche en cama. Una cocina bien implementada con heladera y anaqueles y hasta un baño con ducha y todo. Una preciosura en donde la comodidad reinaba en un vehículo que no dejaba de ser digamos que ... portátil.

Con esta bestia nos ingeniamos para pasear por Bélgica y Holanda, Luxemburgo, Francia y Alemania y hasta bajamos por toda Italia hasta Nápoles, lo que no fue poca hazaña, dados los estrechísimos caminos costeros y el voluminoso porte de la Ballena.

En el relato de este viaje dejo constancia entonces de lo lindo que fue moverse con un vehículo de este tipo, sobretodo en una época en que los tránsitos no eran tan densos y violentos como los que vemos cuarenta años más tarde.

Como anécdotas para el recuerdo quedan los bares de Paris en donde descubrimos el Pong, o lo que sería uno de los primerísimos (si no el primero) de los juegos de consola. El Pong era un tenis que se manifestaba en la pantalla con un punto que iba de un lado al otro y uno debía devolverlo haciendo subir o bajar un pequeño segmento. Se podía jugar de a dos y era tan adictivo que a pesar de tener las monedas contadas para el viaje, dejamos unas cuantas de ellas en las ranuras de esas máquinas pues el jueguito llegó a fascinarnos.

Dos sucesos que quedaron para el recuerdo como cosas finalmente cómicas fueron los siguientes:

Una noche nos habíamos peleado con Mirtha, cosa que como vemos desde el inicio de nuestro matrimonio ya era casi una constante. Ni recuerdo el motivo ni mucho importa. El hecho es que estábamos enojados y tuve que parar en una gasolinera para cargar combustible. Mientras estaba pagando al encargado de la bomba, Mirtha que estaba cargada por la discusión que habíamos mantenido y para dejarme mal parado delante del hombre, abrió justo en ese momento el desagüe de la cocina, con lo que delante del hombre y mío comenzó a caer por un caño toda el agua servida del lavadero, que traía desde algunos tallarines hasta trozos de comida. El tipo no podía entender como alguien hubiera osado hacer semejante cosa y yo no sabía dónde meterme de la vergüenza. La bronca que me agarró fue fenomenal, pero con el tiempo acepté la joda como algo gracioso y así quedó para el recuerdo.

La otra anécdota también teñida de chanchería ocurrió en el paso de San Gotardo. Para cruzar desde Goschenen en Alemania a Airolo en el norte de Italia, en aquella época solo existía el 'San Gotardo', que era un túnel ferroviario para cruzar directamente la frontera sin tener que dar mucha vuelta alrededor de los Alpes suizos, lo que significaba que los 45 minutos que duraba el trayecto evitaban tener que gastar un par de días andando por la montaña.

El tren tenía unos pocos vagones de pasajeros y la mayor parte del transporte era para vehículos con la única limitación de que los conductores tenían que subir sus autos a los vagones especiales y luego permanecer dentro de los vehículos pero en total oscuridad. Cuál sería la razón de esto último no tenía idea, pero uno no va a ponerse a argumentar con un alemán acerca de una ley alemana; por lo que subimos nuestra Ballena al vagón, nos sentamos en nuestros asientos delanteros y apagamos las luces.

Comienza a andar lentamente el tren cuando me dan ganas de ir de cuerpo. Llego al inodoro en medio de la oscuridad y en la oscuridad me descargo. Cuando regreso al asiento noto que mi bolsillo estaba muy ligero. Justo en la frontera alemana habíamos cambiado unos cuantos dólares a liras para entrar en Italia con moneda local. Donde estaba todo ese dinero? Definitivamente que se había caído al bajarme los pantalones y que estarían sin dudas en el gran tacho que era el inodoro, pues se trataba de un inodoro químico que disgregaba la materia orgánica gracias a un líquido fortísimo que llevaba dentro.

Ajj! Cuando llegara al Airolo, tendría que quitar la tapa del inodoro y sacar los billetes del asqueroso baño. Me quedé unos minutos sentado para nada contento con la perspectiva de la tarea que me esperaba cuando pudiéramos bajar el motorhome a tierra firme y tuviéramos luz para realizar la desagradable tarea. Pero de pronto me asaltó un pensamiento: que pasaría si el líquido que contenía el inodoro, siendo tan fuerte para destruir la materia orgánica destruyera también los billetes?

Eso era algo que no podíamos permitirnos pues directamente no teníamos forma de reponer ese dinero.

Así fue que en la oscuridad volví al baño y en la misma espantosa oscuridad tuve que meter mis manos en la ensalada del líquido cloacal para uno a uno ir pescando y sacando de entre la mierda las liras italianas, las que luego también en la oscuridad tuve que lavar en la pileta de la cocina. Una tarea que verdaderamente puede llamarse ...bien de mierda!

MOTOS Y BUCEO EN LA ISLA DE ZANZÍBAR

A fines del 97 recibo un mensaje de Pablo que me dice palabra más palabra menos:

'Pa, que te parece si ya que no nos vemos desde el Kalahari, pasamos los dos solitos un fin de año en algún lugar interesante. Estuve averiguando y se me ocurrió que Zanzíbar, en Tanzania podía ser el 'place'.

Nunca he sido bueno en rechazar ofertas de aventuras o viajes y menos cuando vienen de alguien muy querido.

Así que para diciembre de ese año nos encontramos en Johannesburgo, tomamos un avión para Dar es Salaam y de allí otro pequeño para aterrizar en el micro aeropuerto de Zanzíbar.

Si mi aventura en Etiopía había significado para mí conocer el pasado de la Humanidad y mi estada en Mongu me había dado la idea de lo que era un conglomerado africano, la estada en Zanzíbar fue dar de lleno con lo que era un país africano de fin de siglo XX; con su enorme carga de limitaciones, de carencias y de pésimos funcionamientos.

Aunque parezca grande en el mapa, la isla de Zanzíbar no tiene más de 100 Kms de norte a sur y en su parte más ancha apenas unos 40 Kms. Está situada en el Océano Índico y si mencioné la palabra 'país' en realidad la cosa no es así, pues la isla pertenece a Tanzania; pero siendo que en una breve temporada entre 1963 y 1964 tuvo vida independiente y a que en momento de nuestra visita operaba muy autónomamente, quizás no era tan errado haberle dado ese mote de 'país'.

Para dar una idea de cómo funcionaba (e imagino que todo seguirá bastante parecido aunque pasen muchas décadas del siglo XXI), comenzaré contando que a pesar de que esta isla está solo a unos 100 Kms de Dar es Salaam, tuvimos que esperar en el aeropuerto de esta capital casi 6 horas hasta subir en el avionsucho que finalmente nos llevaría a Zanzíbar City. Nos reíamos con Pablo diciendo que si hubiéramos sabido de la demora, habríamos llegado antes si nos hubiéramos largado nadando. Y eso no es todo. Al llegar al aeropuertito, no había nadie esperando (no sé como habrá aterrizado el piloto!) y tan nadie había que fue el mismo Pablo el que desde el suelo abrió la compuerta del cargo y subiéndose al avión bajó nuestras maletas.

Nos instalamos en el 'hotel' Kiponda una especie de hostel para mochileros, durmiendo en una pieza común donde habían como 6 u 8 camas marineras y con un baño por allá afuera; pero aunque precario el lugar, siendo céntrico nos sirvió como de base de operaciones durante la semana que pasamos en Zanzíbar City.

Esta ciudad tuvo importancia por el tráfico de esclavos. De hecho, el término 'zanzibar' quiere decir 'costa de negros', en referencia a los negros que se vendían y compraban durante los siglos XVII a XIX. Tal era el tráfico que por año pasaban a la esclavitud y eran vendidos no menos de 50,000 a 60,000 pobres hombres negros.

Otra nota destacable de la isla (en rigor de varias islas aunque en especial donde nosotros estábamos, que era la mayor y cuyo nombre real era -y es- Unjuga) es la producción de especias.

Ambas características se notaban claramente y en la city se veían rastros de la venta de esclavos en lo que se denomina la Stone Town, con sus mercados y casas de piedra y en el interior numerosas farms que seguían produciendo especias de todo tipo.

Apenas llegados supimos de un tallercito que alquilaba motocicletas. Tras una característica negociación alquilamos dos motos para el tiempo en que estaríamos en Zanzibar City y con ellas nos movimos por toda la ciudad y por el resto de la isla, que en pocos días cubrimos en su totalidad dada las relativamente menudas dimensiones de la misma. Dos anécdotas tuvimos relacionadas con las motos.

Una tarde decidimos llegar hasta Mtegani, el villorrio más austral de la isla. Nos habían dicho que desde la costa se podían ver orcas y ballenas. Los caminos eran sendas de tierra llenos de huecos, por lo que no se veía absolutamente ningún vehículo motorizado y eventualmente solo nos cruzaríamos con algún carro tirado por burros.

En medio de esa soledad y cuando estábamos en el trayecto de Tunguu a Kitongani, al dar la vuelta en un recodo del camino nos topamos con una barrera. Era una larga rama que impedía el paso; y junto a la rama un negrito metido dentro de un uniforme raído sentado sobre una piedra.

‘Papers?’ nos preguntó y extrajimos los dos papeles mal escritos que el dueño del taller nos había dado como ‘documentación’ por el alquiler de las motos. ‘Estos papeles son malos (cuales serían los buenos?) y estas motos no tienen luces de posición’ nos dijo prepotente aunque con el consabido aire del que implica que si aparecía alguna ayudita para los niños pobres, casi seguro sus hijitos, la cosa se podría perdonar. Ante mi impavidez continuó: ‘No pueden seguir’. Rápidamente y por lo bajo Pablo me largó en español. ‘El morocho quiere una propina. Yo no tengo chelines (tanzanos) así que dale vos algo’.

Pero yo no estaba para coimas. Me había molestado la actitud altanera y lo injusto de la cuestión. Cierto era que los papeles escritos a mano acreditando la posesión parecían miserables y también que la moto no tenía luces de posición; pero esto era una responsabilidad del alquilador de motos, no mío; así que luego de explicarle esos puntos le dije directamente que no habría propina; y leguleyamente comencé a discutir con esto que podía ser un policía, un militar o vaya a saber qué porque en el uniforme no había placa ni identificación, lo que lo hacía más peligroso dado el aparente anonimato.

A medida que pasaban los minutos la discusión crecía, y posiblemente atraídos por los gritos que comenzamos a cruzarnos, desde la espesura vegetal que nos rodeaba, comenzaron a aparecer negritos y más negritos.

Nuestra discusión seguía en aumento y el tipo de mala manera me pide los documentos personales. Saco de mi mochilita el pasaporte argentino pero el negro lo mira casi con desprecio y me dice que no sirve.

Del mismo compartimento y esperando que esto lo impresionara recurro a mi carta brava: el Laissez-Passer; el pasaporte celeste de las Naciones Unidas; documento que no solo tiene mucho peso de por sí, sino que por ley internacional, da a su poseedor el privilegio de recibir un tratamiento diplomático. Pero el negro lo agarra, lo mira y termina diciendo ya muy enojado: ‘Yo no sé que esto y a mí no me interesa. Ahora no solo no pueden pasar sino que me voy a quedar con las motos’, a lo que los negritos de alrededor (que ya serían más de 20), todos con cara de gran enojo, asentían alborotadamente hablando en forma agitada entre todos ellos.

Con enorme sentido común Pablo me larga ya alarmado

- Pa, dejá de pelear y aflojále unos dólares porque estos negros nos van a romper el culo!!

Pero mi rabia y mi estúpida tozudez fue en la oportunidad tanta y tan desubicada que no me callé; siguiéndola, y creo que solo unos segundos previos a que la tragedia estallara y que el tipo y sus amigos nos molieran a palos y se quedaran con las motos se me ocurrió algo que había escuchado hacer en Arabia o en Afganistán. Dije gritando:

- Ud. vió mi pasaporte. Soy argentino. Maradona es mi primo!

La batahola cesó como por milagro. Del griterío pasamos al silencio total. Al negro se le abrieron los

ojos y por un segundo quedó como si hubiera metido los dedos en el enchufe.

- Maradona? - dijo casi como en trance
- Sí. Maradona! Y si mi primo se entera que Vd. nos paró, se va a enojar muchísimo!
- Maradona? – volvió a repetir – Su primo?
- Maradona. Mi primo!

Sin decir una palabra volvió al costado del camino, tomó la rama y alzándola para que siguiéramos nuestra ruta dijo ya en un tono absolutamente moderado y casi con vergüenza:

- Dígale que me perdone y que a mí me encanta como juega al fútbol...

La segunda anécdota tuvo consecuencias más graves. Una noche fuimos a tomar unas cervezas a uno de los dos únicos lugares con pinta de occidente que tenía Zanzíbar City; un bar con mesas en la calle y poca iluminación.

Al rato llegaron dos gringuitas rubias y muy bonitas y cuando se sentaron en una mesa, con Pablo las encaramos y al aceptarnos nos sentamos con ellas. Pasamos una velada recontra tibia y agradable y cuando nos separamos tomamos nuestras motos, pero siendo tal la dosis etílica que cargábamos al darle la patada de arranque zafé a la palanca y me clavé el pedalín donde asienta el pie, en la canilla. Me hice una herida profunda que al principio no dolió demasiado pero que al llegar al hostel no se veía bien.

Al día siguiente temprano en la mañana intentamos conseguir alcohol o algo para desinfectarla pero no encontramos ni farmacias ni nada parecido y como al rato teníamos que salir para el norte la tuve que dejar tal como estaba. Morada y un poquito caliente.

Hicimos el viaje en un carrito destartado hasta el extremo norte de la isla para llegar a la localidad de Banda Kuu. Allí alquilamos un cuarto en algo parecido a un hotel de playa. Eran cabañitas mínimas, pegadas al mar; tan simples que hasta el suelo de la habitación era de arena. Al lugar lo regenteaba una pareja de sudafricanos y para esa fecha, que ya era inminente al fin de año, se juntaron unos cuantos extranjeros que ni idea de dónde habrían sacado el dato de ese lugar.

De todos modos e independiente de la simpleza y limitaciones del hostel (baños afuera, poco agua, noches sin luz eléctrica) el lugar era paradisíaco por lo hermoso, con un mar azul cristalino al alcance de la mano y a nuestras espaldas un follaje denso y fragante con monos, pájaros exóticos y todas esas bestias tan típicas de las selvas tropicales

Los días transcurridos allí fueron de maravilla y un lindísimo tiempo de calidad entre padre e hijo. Dimos mil vueltas, nos metimos en zonas apartadas, conocimos la vida de los lugareños en sus viviendas peculiares, sus medios de transporte público tan primarios como simpáticos. Penetramos en selvas densas donde a veces hasta teníamos que escapar de alegres y bullangueros monitos que viendo a humanos acercarse nos perseguían para que les diéramos algo de comer. Visitamos granjas de especias donde conocimos las plantas que ofrecen tantos de esos polvos y granos que uno tiene en la cocina y que agrega a troche y moche pero sin tener idea de donde salen. Vaya éste como ejemplo: de qué plantas salen la pimienta blanca y la pimienta negra?

Respuesta: del mismo árbol. Son la misma cosa. Solo difieren en el tratamiento que se les da (la negra es la que se recolecta cuando todavía no está madura, y al dejarla secar se pone negra y se arruga mientras que la blanca es la que se recolecta ya madura para macerarla con agua, luego de lo cual se le quita la piel y aparece el grano blanco). Viste? No la sabías!

Visitamos una isla solo habitada por enormes tortugas donde encontramos las increíbles ruinas de las cárceles de la época de los esclavos, que parecían fantásticamente devoradas por una extrema agresividad selvática e hicimos buceos con snorkel absolutamente todos los días de nuestra estada. Hasta contratamos en tres o cuatro ocasiones un enorme bote con vela, todo increíblemente rudimentario pero que funcionaba maravillosamente, y con el que nos llevaban hasta bien lejos de la costa donde los arrecifes coralinos eran más bellos. Vimos montañas de peces y hasta nadamos cerca de uno de esos increíbles monstruos llenos de colores y de espinas y protuberancias, sabiendo que si tocábamos cualquiera de esas púas éramos boleta, pues se trataba de los peces más venenosos que existen en el mar.

En fin, un disfrute maravilloso que se coronó cuando a las 12 de la noche del 31 de diciembre, en un fogón a la luz de luna, junto con los gringos que también estaban recibiendo la llegada del nuevo año, entre todos, entre padre e hijo nos pasábamos las botellas de ron y los porros que todos compartían. Un recuerdo hermoso de un hermoso hijo.

A todo esto y en relación a la herida de la pierna, en toda Banda Kuu (en rigor un conjunto de chozas de caña), no pude encontrar no ya una farmacia, sino alguien que tuviera un poco de alcohol, por lo que lo único que pude hacer fue limpiarlo con agua y jabón y desinfectarlo como podía pasándole un pañuelo con la cachaza que había llevado desde Brasil.

Por fuera se veía solo una costra y no parecía estar demasiado mal, pero dolía más de lo que debía y en los últimos días, si bien no me privé de bucear y andar por ahí con Pablo, ya había comenzado a renguear.

Llegamos de regreso a la casa de Pablo en Johannesburgo uno de los primeros días de enero, a eso de las 6 de la tarde listo para arreglar la maleta para tomar el avión de regreso a Brasil que partía a medianoche; pero sintiendo mucho dolor me dije que no sería mala idea ir al hospital que quedaba a 100 metros del departamento de Pablo para que me dieran algo para mitigar la molestia hasta llegar a Brasilia donde me haría tratar lo que fuera que no estuviera bien.

Llego a la guardia y me atiende una médica que me revisa la pierna. Le digo que se apure pues tengo que salir para el aeropuerto.

- Vd. ni va al aeropuerto, ni toma un avión ni sale de este hospital. Yo no lo dejo irse de aquí, pues si Vd. se va y no vuelve inmediatamente, Vd. pierde la pierna! Así que yo lo interno en este mismo momento y mañana a primera hora lo operamos porque su pierna está literalmente... medio podrida!

Al no tener opción, no pude sino quedarme tal como dijo la mujer, pasar por la operación que fue brava porque tuvieron que raspar y quitar la carne (realmente estaba podrida) hasta dejar visible el

hueso, y luego pasar dos o tres días en el departamento de Pablo para llegar en muletas de regreso a mi casa y mi trabajo en Brasilia. Fue un mal final pero valió la pena porque este viaje quedó como un hermoso recuerdo por todo lo que vivimos.

CAZANDO UN ZORRO DESDE EL GLOBO

He relatado que en 1992 asistí a un seminario en el DF, donde un funcionario de la OPS me prometió y cumplió en enviarme los formularios que terminarían con mi entrada en las Naciones Unidas.

En ese viaje hubo otro incidente menor pero que más tarde daría pie a una interesante y placentera aventura.

Luego de mi exposición técnica en el seminario y en los típicos corrillos de estos eventos donde deambula la gente, se me acerca un gringo que se presenta como Roger Hopee.

Es algo mayor que yo, sumamente amable y simpático. Para hacer un aparte me invita a tomar una bebida en el bar y en el rato de charla que tenemos allí me dice que él pertenece a una empresa de Albuquerque, New Mexico, (LATA – Los Alamos Technical Associates) donde están trabajando en una línea similar a lo que hacemos nosotros en Sud África. Queriendo desarrollar un equipo semejante al nuestro se daba cuenta que nosotros estábamos más adelantados y me hace una invitación a visitar sus laboratorios en Estados Unidos.

Le digo que sería bárbaro, que no veía inconvenientes en poderlo hacer; le doy todos mis datos y me olvido del asunto.

El hecho es que un par de meses más tarde, recibo en efecto tal invitación. Me mandan un pasaje hasta Albuquerque y me invita a permanecer los 4 o 5 días de mi estada en USA en su casa. Lo hablo con Koos, está de acuerdo y para allá me voy.

Una vez llegado a Nuevo México, veo sus equipos, lo que están haciendo, hablamos de cómo eventualmente yo cambiaría algunos diseños y me ofrecen trabajo.

Por esas cosas de las negociaciones, por esos tira y afloja en que por una pizca no se llega a la situación win-win, o tal vez simplemente porque el destino así lo quiso; por tan solo unos pocos miles de dólares de diferencia entre lo que me ofrecían y lo que yo estaba dispuesto a aceptar no se dio lo de este trabajo; pero que a los efectos del cuento del zorro, poco tiene esto que ver.

Porque el asunto es que tuve que pasar todo el fin de semana en su hermosa casa, sobre las laderas del monte Sandía en uno de los barrios lindos de Albuquerque, donde Roger y su mujer, con la mayor hospitalidad me agasajan como a un niño consentido. Me siento verdaderamente como en mi hogar.

El tema es que el sábado por la tarde Roger me dice: 'Mañana es el día de una gran cacería del zorro y tú vas a ayudarme a cazarlo'. Y detrás de la invitación donde no cabía escapatoria vino toda la explicación.

Este hombre había resultado ser uno de los más destacados pilotos americanos de balones de aire caliente (hot air balloons) y la 'caza' a la que iríamos al día siguiente era un vuelo muy especial y una actividad deportiva muy practicada entre los entusiastas de estos globos.

Antes de irme a dormir tuve la mala idea de preguntarle cual sería mi tarea en el globo. 'Serás el encargado del matafuego... para el caso de que se nos incendie la góndola' me respondió con absoluta tranquilidad; lo que me hizo pasar la noche muy excitado y no poco preocupado también; pues no podía apartar la mente de andar colgado, sin paracaídas y apagando incendios a 3,000 pies de altura.

A la mañana siguiente y mientras desayunábamos llegaron a su casa tres muchachos a los que nos juntamos para cargar todos juntos en la inmensa camioneta de Roger los implementos para el vuelo: la canasta o góndola, los quemadores, los tubos de propano, ropas, guantes especiales de amianto, unos palos con garfios en la punta parecidos a los bicheros de las lanchas, cuatro o cinco cosas de las que no tenía idea para que servían y por supuesto MI matafuegos!

Cuando todo estuvo pronto nos fuimos Roger y yo en una camioneta y los tres muchachos en la otra. Los pibes esos eran el 'Rescue Team'. 'Rescate de donde?' pregunté. 'De donde podamos caer', respondió mi amigo.

Al rato de andar llegamos a un enorme descampado, una especie de pampa a unos 20 Kms de la última línea de casas de Albuquerque. Para mi sorpresa había una cantidad enorme de gente, agrupada en equipos y armando cada uno su enorme bestia de variadas formas y colores.

Al cabo de una hora en la que ayudé a desplegar el globo (en rigor se lo llama 'sobre' o 'envelope' en inglés), colocar en su lugar y aprovisionar la góndola, ajustar cables, incorporar los quemadores, etc., etc., Roger prendió a estos últimos y el globo comenzó a llenarse lentamente de aire caliente.

A la media hora siguiente, todo el lugar estaba lleno de globos inflados, anclados al suelo pero prontos para despegar.

Suena un cuerno por algún lado y un globo comienza a elevarse. 'That's the fox!' me dice Roger y le pregunto: 'Salimos ya?'. 'No! Hay que esperar a que el zorro escape'.

Habremos estado mirando como se alejaba este globo por espacio de unos 20 o 30 minutos más, anclados a tierra por unos ganchos bajo el control de los muchachos del team de rescate cuando un nuevo llamado sonoro de ese cuerno profundo dió la orden de salida al resto de los globos. Qué emoción! Rápidamente los balones se elevaron a buena velocidad y ver alrededor mío a no menos de 50 o 60 de esos monstruos elevarse; pasando unos hacia arriba, quedando otros más abajo, fue un espectáculo inolvidable.

Cómo era? Que había que hacer en este juego?

Cuando nos dieron la orden de partida, el zorro que había partido antes, comenzó su descenso en un lugar adonde el viento lo había llevado y estando a metros del suelo había tirado una bolsa llena de arena. En el mismo punto donde ésta cayera, su respaldo (el rescue team de él), había colocado unas largas lonas de unos 30 metros de longitud y 1 metro de ancho formando una enorme cruz bien visible desde el aire por el resto de los globos, los que llevaban cada uno una bolsa semejante rellena con unos 4 o 5 Kg de arena y con una soguita y un número en la punta. La 'caza' consistía entonces en bajar y posicionar el globo para poder tirar su bolsa justo en

el centro de la cruz. El tripulante que le daba al centro o el que hubiera arrimado más si es que nadie había podido darle al centro, habría 'cazado al zorro' y ganado la competencia.

Pero como seguir a un globo que vuela llevado por el capricho de los vientos si un globo es absolutamente ingobernable?

Allí fue donde me di cuenta que mi idea previa sobre el ballooning era errada. Porque estos enormes armatostes tienen cierto grado de maniobrabilidad.

Dentro de la góndola, hay pocos instrumentos. Un altímetro, un medidor de ascenso y descenso vertical y en casos un gps. Obviamente que lo más importante es el sistema de quemadores compuesto por dos toberas (actúa una por vez y son dos por si hay una falla); sistema que a través de un potente chorro de gas, produce una llama enorme que calienta aire, el que pasando por el agujero ('garganta') del globo lo llena de aire que siendo más liviano que el que está fuera del balón hace que éste se eleve. Y lo hace muy bien puesto que un globo con una barquilla para 4 o 5 personas puede pesar hasta 1 tonelada. El asunto que yo no sabía es que los vientos por allá arriba pueden ser muy locos, con una capa que va hacia el sur y la de arriba al norte y la de más arriba al sudoeste; lo que a un piloto avezado que sabe como 'leerlos' le permite dirigir a la nave en la dirección que desea.

Así fue que elevando el globo (abriendo las toberas para más aire caliente) o bajándolo (se abre un copete en la parte superior que permite que escape parte del aire caliente) pudimos seguir la ruta del zorro hasta acercarnos lo suficiente como para llegar casi hasta el lugar de la cruz, aunque Roger no fue todo lo preciso que se requería y solo conseguimos tirarla quedando a unos 30 o 40 metros del zorro. Otros habían estado más cercanos y por ello no ganamos la caza ese día. Que sin embargo y a pesar de la aprensión y un poco de julepe de estar colgado en esa barquilla miserable que a ratos se bamboleaba demasiado peligrosamente para mi gusto, fue una nueva experiencia que valió la pena del viaje a Albuquerque. Y lo bueno fue que no tuve que usar el matafuegos, claro!

LA PEREGRINACIÓN DEL CAMINO DE SANTIAGO

Cuando hicimos el raid en motos por el norte de España con Pablo (siguiente relato), me habían llamado la atención los peregrinos con los que nos cruzamos en varios de los caminos rurales por donde habíamos andado. Al pasar por algún pueblo donde hicimos un alto, al ver en una librería una guía sobre el Camino de Santiago la compré y llegado a Lima me puse a investigar sobre este asunto.

Que terminó siendo muy simple. A la muerte de Cristo, los apóstoles se desperdigan por el mundo para publicitar la palabra del Señor. Unos van pallá, otros pacá y al bueno de Santiago, llamado 'El Mayor' le dan en exclusiva la península Ibérica.

En aquellos días recorrer caminos llenos de mala gente, alimañas, osos, perros salvajes, etc., etc., debe haber sido cosa dura, por lo que nuestro don Santiago llega hecho un desastre a lo que es hoy Santiago de Compostela (en su honor, claro) y muere con el peso en su conciencia (al menos es lo que debería haber tenido según mi visión) por haber dejado en el camino un montón de conversos, los que más tarde formarían la caterva de esos cabezas de asnos, o sean las 'ovejas del Señor' que hoy pueblan nuestra querida madre tierra España en tan gloriosa proporción.

Pasan muchos siglos y para el X o el XI, se comienza la costumbre de hacer peregrinaciones siguiendo las huellas de Santiago y hasta se crean nuevas rutas, todo en honor al hoy santo, en largas caminatas de varios cientos de kilómetros que parten, desde cualquier lugar de España; desde Francia, Portugal, Suiza y hasta de Inglaterra.

La costumbre muere para el siglo XVII pero se recrea en el siglo XX.

Digamos que ahora, el periplo se hace con gente un poco menos primitiva, ya no en su 100% siguiendo un andar religioso sino con un enorme porcentaje que es directamente de corte turístico.

En ésta es donde me apunté.

Ni que decir que una vez interiorizada de la aventura que le proponía, Lucía se entusiasmó al toque y por espacio de 6 meses, estando en Lima y en Trevelin, Felipito y su mujer no pararon de caminar preparándose para la marcha que les esperaba.

En mayo del 2009, aterrizamos en Madrid y junto con Pablo tejemos la estrategia del viaje.

Como no estamos seguros de poder aguantar varios cientos de kilómetros haremos lo que por 'ley del caminante' se estipula que es lo mínimo que debe hacerse en el Camino para ser considerado Peregrino, que son 100 Kilómetros; por lo que decidimos iniciar nuestra aventura en Sarria, un pueblo de Lugo situado a 125 Kms de Santiago de Compostela, la meta final.

El día anterior a nuestra salida nos despedimos de Pablo y tomamos desde Atocha un tren que saliendo de Madrid nos dejaría en Sarria luego de una noche que pasamos de maravillas en el vagón dormitorio que parecía una cápsula espacial, maravillosa creación de diseño que hasta permitía en un espacio mínimo, tener baño con ducha y todo.

Temprano en la mañana del 26 de mayo 2009, partimos desde el pueblito éste de Sarria con dirección a nuestra primera etapa, Portomarín, a unos precisos 23 Kms de distancia.

Apenas comenzados a andar descubrimos dos cosas. La primera que la aventura pintaba sensacional. La segunda que las malditas mochilas pesaban como una condena.

Antes de entrar a Portomarín, se debe cruzar un puente sobre el Río Miño para luego subir una empinada y larga cuesta hasta alcanzar al pueblo que está dominando el paisaje desde allá arriba. Luego de 20 Kilómetros en que uno ya estaba realmente cansado y con una mochila que en Sarria, pesando tan poco como 8 Kgs se había transformado por la magia de tantos kilómetros pateados en por lo menos 20 o 30, se nos hacía bien pesado vencer la cuesta que teníamos al frente.

Es en ese preciso momento en que una alegre peregrina nos pasa como tejo y Lucía viendo que no lleva nada a la espalda le pregunta por su carga, a lo que la muchacha le dice: 'Pues que me la ha llevado el taxi. En cada pueblo hay taxis que te adelantan tu mochila y tú caminas descargada. Al llegar a destino tienes tus cosas esperándote mujer!'

Santas y mágicas palabras que permitieron que a partir de nuestra segunda etapa anduviéramos mucho más ligeros, descansados y contentos pues todo el esfuerzo ahora estaba en dejarnos llevar por nuestros pies, sin preocuparnos por las cargas en las pobres espaldas.

Lo que deseo dejar con el relato de esta experiencia es que no es común que uno salga a peregrinar en serio. Y si bien a Lucía no la alentaba una luz religiosa y como quien hasta aquí haya llegado en la lectura sabrá que muchísimo menos a mí, no puedo dejar de mencionar el sentido

y la importancia espiritual del recorrido para miles que lo hicieron. Es que aún hoy en mucha gente y sin lugar a dudas los miles que en siglos anteriores hollaron los senderos que nosotros recorrimos tras sus pasos, esta acción era mucho más que una aventura o el haberse puesto una meta y largarse para lograrla. Se ha tratado sin dudas de un viaje espiritual, en donde los sufrimientos y peligros a vencer significaban, una vez sobrellevados, una depuración para el alma de cada peregrino.

No diré que tuvimos con Lucía tal percepción, pero sí algo de eso hubo pues es innegable que si bien sabíamos que no nos atacarían osos ni lobos y que a todo lo largo de las rutas no hay ladrones que quieran llevarse unos pocos trapos en una mochila sudada, al camino... hay que caminarlo! Y hacer 20 o 25 Kilómetros en un día... ok, puede ser; pero cuando es un día y al siguiente y al otro, llega un momento en que el cuerpo está decididamente cansado; que por más training que uno tenga, un tobillo, una rodilla o algún músculo con ganas de molestar... molestarán; y se sentirá entonces, todo el peso del desafío. Que es mayor cuando ya estás pisando los setenta.

En nuestro caso, si bien hubieron algunos dolorcillos (una noche no pude dormir por un dolor persistente y agudo en un talón), la magia de los paisajes te compensa casi todo en el ir pasando de un pueblito a otro, de una villa a un conjunto de granjas con sus cabras, sus burros y ovejitas; en medio de un verdor maravilloso y de esas cosas tan añejas y coloridas que siempre muestra la vieja Europa (un hórreo, alguna vieja capilla, una casa de piedras, lajas y musgos; unos cercos de maderos primitivos, una cabaña de vaya a saber qué siglo).

Así fuimos avanzando bajo la tutela de nuestro querido Pablo, quien habiéndonos provisto de un celular en Madrid nos seguía y protegía desde la distancia llamándonos cada 5 o 6 horas para ver si seguíamos vivos o muertos o si no habíamos perdido algún zapato en el camino. Nuestras etapas tras Sarria y Portomarín fueron las de Pallas de Rei, Melide, Arzúa, Arca do Pino y Monte do Gozo antes de la meta final en Santiago.

Pablo, que para estas cosas podía dejar todo de lado para no perderla, se nos unió en Melide para continuar juntos los tres y terminar nuestro periplo en Compostela.

Llegar hasta la amplia plaza frente a la enorme basílica y abrazarnos por la culminación del peregrinaje, tuvo, no lo puedo negar, algo de esa sensación espiritual que el esfuerzo y el haber vencido al desafío gozaron tantos otros en cuantos siglos de hacer lo mismo.

Luego de entrar a la catedral y sacarnos las fotos correspondientes, nos sentamos los tres en un bar al costado del enorme edificio a tomar las mejor merecidas cervezas en mucho tiempo.

Ya descansados y munidos de nuestros pasaportes (unos pequeños librillos que uno compra en el punto donde inicia su viaje y que va sellando en cada lugar – posada, bar, hostel, etc.- a lo largo del camino) los fuimos a mostrar al Cabildo de la Catedral, un oscuro antro al lado de la basílica.

Nuestros pasaportes certificaban que Lucía y yo habíamos pasado los 125 Kms por lo que ya éramos merecedores del título de 'Peregrinos', lo que sería testimoniado en el Cabildo con la entrega de unas credenciales llamadas 'Las Compostelas'.

Al presentarnos nos preguntaron: 'Cual es el motivo de tu peregrinación?'; a lo que mientras Lucía contestaba sin mirarlo a los ojos: '...la devoción...'; yo, mientras sonreía por el descaro de mi mujer y utilizando el aire más anticlerical que pude, respondí con la mayor honestidad: 'Por placer, por el desafío y por el orgullo de concretarlo sin necesidad de invocarlo a Dios!'.

Como resultado de lo cual Lucía recibió una hermosa compostela, en un pergamino, escrito en el más puro latín con su nombre también en ese idioma ('Luciam'), con sello y bordes afileados, papel de palimpsesto y firmada por nada menos que el *Canonicus Deputatus pro Pregrinis* y en donde claro! se daba mérito a las exigencias del camino domeñadas por la honorabilísima señora.

Y a mí? Pues que como al parecer al camino lo había hecho por pura joda, sin la debida reverencia al Señor, al santo y a todos los otros santos que recorrieron el mismo itinerario cansándose posiblemente mucho menos que yo, me tiraron un burdo y pedorrísimo papel madera que solo decía en tono de conmiseración :

'Bienvenido a la Catedral y quiera que el Santo le conceda las gracias de la peregrinación...'. (y aunque lo obviaron en el texto, estaba claro que tras esas palabras el sentimiento de la Santa Iglesia podría haber expresado algo así como: '...a ti, pequeño monstruo y anticatólico infiel al que deseamos hayas arribado a la basílica con el mayor esguince de tu vida!')

Ahh!... admirado Maquiavelo... cuánta razón tenías cuando expresabas que aunque mala y objetable, la mentira es la mejor forma de obtener los mayores réditos!

Este Camino de Santiago resultó un maravilloso paseo, donde todo se juntó: una gran aventura; la realización de una vacación absolutamente inédita, el desafío físico de una demanda que el cuerpo supo aguantar, la visión de unos panoramas fascinantes; algo del ya mencionado sentimiento espiritual y el haber disfrutado de la última aventura que tendría con mi hijo, quien murió tan solo dos meses más tarde.

Nuestra aventura del Camino de Santiago culminó en Compostela el 1 de junio 2009.

JAPÓN - DE VIAJES AL FUTURO Y TEMPLOS DEL PASADO

Por alguna razón que no me explico, todos mis viajes e intereses viajeros abarcaron solo tres continentes: América, Europa y el África.

Estando a escasos dos meses de jubilarme, me invitaron a un simposio en Adelaide lo que tomando unos días de leave, me habría dado la posibilidad de conocer en algún detalle al que creo es un hermoso país, Australia; pero el solo pensar en ese viaje tan largo y cansador me hizo rechazar la invitación. Tal vez en el fondo, aún reconociendo lo interesante y desarrollado del país no me interesaba demasiado pues me resonaban las palabras que me había confesado Pablo luego de que pasara un par de meses visitándolo: 'Mirá Pa, es bárbaro. Y si lo llenás de negros... es idéntico a Sud África!'; lo que me hizo pensar que costo-beneficio (un viaje tan molesto para ver algo similar a lo que había vivido durante 5 años) no justificaba.

Por razones igualmente cuestionables, algo similar me ocurrió con el Asia. Nunca tuve de-

masiadas ganas de ver que era China o esos pueblos de los que había tenido una buena visión en dos viajes a Tailandia, uno de ellos hasta con buena internación en el mundo rural. Y sin descartar la belleza de los templos, el bullicio de sus calles con los raids en los famosos 'tuc-tucs' andando locos por todas partes y la suavidad y sensualidad de sus delicadas mujeres, sentí que con esas visitas a Tailandia ya conocía todo el continente. Estúpida y totalmente objetable concepción pero que me servía como excusa para no desear bucear mucho más en el Oriente.

Habiendo llegado al año del Señor del 2002, la OMS organiza una enorme reunión en preparación de la nueva versión de las Guías OMS para la calidad del agua potable (en '*Un árbol, un hijo, un libro...*', hago una descripción de ese documento, y de cómo el proceso de una edición anterior había influido en mi vida).

El evento actual sería en Tokio.

Como la calidad del agua era mi responsabilidad en América Latina y el Caribe y como encima acababa de producir el libro '*Guías para elaborar normas de calidad del agua de bebida en los países en desarrollo*' (ver referencia a esto en la misma sección de '*Un árbol...*'), debía presentar el libro a mis pares, por lo que armé mis maletas y para el Japón me largué.

La reunión duró una semana y al finalizar la misma me dije que ya que me habían pagado un pasaje en business (que no era nada barato), aprovecharía tomándome 10 días extras de vacaciones para recorrer y conocer un poco a este pueblo del que poco sabía.

Que fue lo que ví y que me impactó?

Para comenzar, siendo tantos japos en unas islas tan pequeñas no es chiste que cuidan el lugar y que cada pedacito donde poner los pies es contabilizado y apreciado. Cuando solicité una reserva en el hotel donde se hospedaría la mayoría de los asistentes al simposio no me preguntaron qué tipo de suite quería (supongo que standard, doble, de lujo, suite, etc.). La extraña pregunta fue: '*Cuántos metros quiere?*'. Metros de qué?' pregunté.

'De habitación, claro!'. El hotel diferenciaba las categorías de sus habitaciones en función del espacio que ofrecían!

En los sucesivos hoteles donde fui hospedándome, fue esa la constante, aprendiendo hasta donde podía relacionar el metraje mínimo con el precio máximo a mi alcance y poder así pernoctar en algo que no fueran las 'cápsulas' (ver un par de párrafos más abajo) sin dejar mis ahorros de toda la vida.

Un comentario para los baños que configuraban un artículo aparte. Me llamaron la atención los baños que en prácticamente todos los hoteles donde paré se trataba de premoldeados plásticos donde todos los elementos (lavatorio, estantes, compartimento para ducha, inodoro, perchas, etc.) estaban conformados en una sola pieza. Repito: premoldeada.

En relación al inodoro, aviso al viajero que tenga al Japón por meta, que para usarlo con satisfacción y alegría uno debe haber aprobado un curso equivalente al de especialista en cohetes espaciales, pues son tantas las palancas, botones y artefactos con que está provisto, que si uno no es muy idóneo, las chances de hacer una deposición decorosa... son bajas.

Sin embargo, una vez que uno llega a entender a estos engendros del futuro, es un gusto disfrutar todo lo que te hacen por aquella zona de allá abajo, puesto que tablas calefaccionadas, aguas a presión dirigidas precisamente adonde hay que dirigir las, chorros de aire que acarician con sensualidad y finalizaciones del proceso con una higiene y un placer para nada occidentales... Llevan a exclamar que vale la pena cagar en el Japón!

En este país y en especial en Tokio todo es grande en números. Mi hotel estaba ubicado a 200 metros de la estación de metro de Shinjuku, lugar vital para conectarse a cualquier parte de la ciudad utilizando el excelente medio de locomoción. Claro... que hay que manejar aquellos grandes números mencionados. Nada más que para dar una idea de ello, baste decir que ese metro mueve 8 millones de personas por día y que por 'mi' estación de Shinjuku pasaban en una sola jornada casi dos millones de japoneses. Como no me pareció posible me instalé una tarde en una pasarela superior para ver los distintos niveles y plataformas por donde pasaban los usuarios y comprobar que en efecto la visión era la de una imparable e incontenible marea avanzando en oleadas. Sin duda que por allí pasaban millones de millones de japoneses!

Tanto es el apiñamiento que finalmente descubrí que mi cuarto del hotel de Tokyo, a pesar de que cuando entré me dije que podría haber pagado unos metros cuadrados más, terminaba siendo un palacete, pues evidentemente para ciento y pico de millones metidos en unos cuantos islotes, cada centímetro vale oro. Las casas que vi, si bien ordenadas y limpiísimas, eran minúsculas, con la mayoría de las paredes de papel, no creo que para abaratar sino que el ancho de un papel es obviamente mucho menos que el de un ladrillo. Todo allí es tan reducido que ví también los dormitorios de los 'hoteles cápsula', lugares donde un oficinista puede pasar la noche para no hacer largos viajes hasta su casa en algún lugar lejano. Tan solo una cucheta con un par de repisas, una pequeña pantalla de TV, un reloj y un ventilador para que el japo no se ahogue. Cucheta a la que se debe entrar gateando y donde yo y cualquier cristiano que no tenga el aguante kinoto nos habríamos sentido absolutamente claustrofobiados de haber tenido que dormir ahí dentro. (El baño al final del corredor, a la derecha!).

Varias cosas me impactaron de este viaje y pasaré a comentarlas brevemente, pues me dejaron una profunda impresión.

El orden y el respeto; la mezcla del pasado con el futuro; la tecnología.

Difícilmente podría escribir un tratado sobre como son los japoneses dado el poco tiempo que pasé por las islas; pero en ese contacto efímero, a veces con un vendedor, otras con el guarda del tren, más allá con un viejo sentado en un banco del parque, con el ingeniero en aguas con el que trabajé; todos me dieron esta imagen:

Respeto. Un respeto tremendo. Respeto por los demás, por las leyes, por lo que hay que hacer, por las tradiciones, por su emperador y las autoridades, por su cultura.

La tradición. Sin duda que Japón es uno de los países más avanzados y tecnificados de la era que me tocó vivir. Cuando uno recorre las calles del barrio de Ginza y ve los enormes edificios de montones de pisos que son tiendas donde se vende lo último de lo último en tecnología y que están siempre llenos de jóvenes ávidos de ver y tener lo más revolucionario en laptops, ce-

lulares, tabletas y gadgets de todo tipo, se maravilla cuando esos mismos jóvenes irán a trabajar pero previamente rendirán respeto a sus ancestros en los pequeños altares familiares budistas y sintoístas y dentro del contexto altísimamente tecnificado en que se mueven son respetuosos de un montón de supersticiones que a un occidental causarían gracia. Pero es ese respeto (otra vez el respeto) a las tradiciones los que los hace tan especiales y en una época en que todo es light, en que en cuando en otros países (Argentina por ejemplo) un anciano entra en un negocio el dependiente quizás un muchachito 50 o 60 años menor se dirigirá al viejo con un irrespetuoso 'Que querés che?', la tradición japonesa mantiene un riguroso sistema de saludos de reverencia que regula exactamente cuánto debe uno inclinarse dependiendo de la jerarquía relativa de cada uno de los que se enfrentan en el saludo.

Visitar los antiguos templos y en un mundo descreído de casi todo ver a viejos y jóvenes pagando respeto a ancestros y dioses, es alentador, pues si bien algunas tradiciones pueden sonar hoy obsoletas y a veces ridículas, el respeto por esas tradiciones es en cambio, lo que hace a la gente ordenada, disminuye el caos social y ayuda a un progreso coordinado.

Templos. El pasado. Hablando de templos, me llamó enormemente la atención como en cualquier ciudad, en zonas de altos edificios, muestra de una era de avanzada, sumergidos entre el mar de cemento y cristal, conviven templos, jardines de quietud y recintos zen, donde la gente se aísla a veces por un momento en su ajetreado día para cargar las pilas en esos remansos de paz y reencuentro con su espiritualidad.

Estos templos, dada su proliferación en todas las ciudades y áreas rurales, son la muestra más fehaciente del apego a un pasado rico en tradiciones, donde conviven antiguas religiones con una naturaleza respetada y con un exquisito arreglo de jardines y paseos; con templos y pequeños edificios (nunca supe sus funciones) de una delicadeza que solo la tradición de muchas vidas podía haber producido.

Los lugares de veneración y meditación fueron desde mi óptica la visión de ese Japón del pasado lejano, una especie de cultura de miles de años que convive sin ningún problema ni complejo de inferioridad con la otra modernísima cultura de los transistores, las computadoras y los trenes de alta velocidad.

Tecnología. El futuro. Ya que menciono a los trenes bala, no pude dejar de hacer un viaje en uno de ellos; el Shinkansen. Lo tomé en Tokio y viajé hasta Hiroshima. De regreso hice una escala en Nagoya para ver sus templos. Quizás este shinkansen signifique una de las muestras más representativas del altísimo grado tecnológico desarrollado por los japoneses, pues fue éste el primero en su tipo en el mundo entero. Subir a ese prodigio de la ciencia y la técnica me excitó sobremanera y disfruté las 2 o 3 horas del viaje, admirando cada delicioso detalle dentro del vagón, desde la textura y comodidad de los asientos hasta la delicadeza y belleza del ganchito en la pared para colgar una cámara o una cartera.

Luego la velocidad. Trasladarse a casi 300 Kms/hora es para imaginarse en una coctelera; pero gracias a un delicado sistema de traslación/suspensión apenas si uno 'disfrutaba' una vibración sutil que nos indicaba que estábamos casi en un cohete espacial. Ver pasar los campos y ciudades a esas velocidades fue sin dudas sentirme en el futuro.

Como del futuro fue también la sensación que tuve cuando accedí a la estación de Nagoya adonde había ido a ver los templos de los que me habían hablado. La enorme estación donde uno entra

sintiendo algo parecido a lo que me pasó al ver las mareas humanas del metro de Shinjuku pero desplazándose por interminables escaleras mecánicas, silenciosas y veloces que se internaban en niveles superiores que uno imaginaba llegaban hasta el cielo.

Todo enmarcado en recintos con enormes muros cubiertos de inmensos paneles televisivos, lo que me hizo sentir en medio de aquellos relatos que viví en mi juventud cuando leía ávido los cuentos de ciencia-ficción de la revista Más Allá. Una delicia.

Y ya que estamos en ésta de los trenes, vaya una anécdota que si bien más tarde me hizo reír, en el momento me desesperó. Tenía que tomar el shinkansen a las 16:48 para regresar a Tokio. Con gran previsión llegué a la estación a las 16:00. Tenía un montón de tiempo para encontrar la plataforma. Lentamente comencé a recorrer la estación de trenes, pero pronto me di cuenta que no iba a ser fácil encontrar el bendito andén donde pasaría mi tren. Vi un guarda y le pregunté hablándole obviamente en inglés. No me entendió. Busqué otro y otro y otro y siempre igual. Nadie hablaba otra cosa que el japonés. Me acerqué a policías, vendedores de las tiendas, otros paseantes. Nada. Los letreros que anunciaban los próximos trenes colocados en cada uno de los andenes de poco servían pues estaban escritos en los ideogramas que conocemos pero no entendemos.

Por si esta limitación fuera poca, la maldita estación tenía vías que corrían a distintos niveles, de los que conté hasta 4.

A medida que pasaban los minutos, me acercaba a la hora de partida y no tenía idea de en qué nivel o en qué plataforma mi tren pararía por lo que comencé a preocuparme y luego a desesperarme. Perder el tren significaba un trastorno enorme, pues podría perder el avión de regreso a Lima y también perder el pasaje que me había costado un montón.

Por allá vi a un único occidental. Un muchacho rubio, joven. 'Hablas inglés?'. 'Sí' - me respondió; 'Pero si buscas ayuda estás frito. Estoy más perdido que el diablo y nadie me entiende', me dijo con la misma cara de desesperación que yo debo haber tenido, y siguió su camino presuroso. La cosa se resolvió pues en cada cartel había un circulito con el horario de salida del tren que pasaba por ese andén y cuando ya recorriendo a la carrera andén tras andén ví que en uno de ellos se veía la mágica cifra de 16:48 pregunté a varios japos que por allí esperaban: 'Tokyo?', 'Tokyo!'; 'Shinkansen?', 'Shinkansen!'. Bingo! Había dado finalmente con el maldito andén!

Aunque el impacto que me hizo el Japón daría para muchas páginas más, solo quiero dejar dos líneas para destacar la increíble belleza de sus edificios.

No puedo ocultar mi gusto por la arquitectura. Siempre digo en broma que en mis próximas dos o tres reencarnaciones trabajaré de arquitecto y tanto es mi pasión por esa disciplina que hasta he escrito un largo libro sobre arquitectura (ver en la sección correspondiente).

De la misma forma que un pequeño en la escuela puede hacerse el valiente pues tiene un hermano grandote que lo defenderá si se mete en problemas, yo como respaldo puedo decir con orgullo y cariño que tengo en mi único primo varón (Justo 'Jujo' Solsona), a un peso pesado con el que nadie se meterá pues Jujo es uno de los más destacados arquitectos de Argentina de todos los tiempos, y con el que al final de nuestros días nos hemos encontrado y convertido en grandes amigos.

Mi gusto entonces por la arquitectura y todos los edificios que en viajes y libros he estudiado fueron la base para que pudiera mirar los edificios japoneses; los de la nueva arquitectura, con

una admiración especial y un enorme disfrute pues creo que se trata de las obras comunes menos comunes que se puedan encontrar.

Llegado aquí y pronto a finiquitar este par de páginas sobre mi visión de Japón quiero dejar muy en claro que no estoy escribiendo lo que escribo como si fuera una guía de turismo. Lo hago porque quiero exponer qué cosas de otras culturas me dejaron su impresión; su impacto.

Tal vez por hacer saber qué he sentido al ver la Cúpula Genbaku en el Parque Memorial de la Paz en Hiroshima (que es la estructura pelada que quedó luego de la explosión atómica) quede registrada mi aversión a la guerra, a los sufrimientos y a las destrucciones que provoca.

De algún modo quiero exponer como, si cuando siendo joven me desilusionó del Japón su pasado guerrero que estudié en el colegio, hoy saludo casi con admiración la posición pacifista de su gente; y deseo dejar sentado la inteligencia que veo en la aparente contradicción de que siendo uno de los países más tecnificados del mundo mantenga en paralelo rígidas costumbres ancestrales, y como ejemplo lo recién mencionado: como en medio de un increíble desarrollo que los ha llevado a construir los más modernos edificios, éstos pueden coexistir, con los admirados, disfrutados y venerados templos tan ligados a la antigua tradición.

Me gustó Japón.

MOTOS POR ESPAÑA

Si el trabajo de madre de Mirtha hacia sus hijos fue desde mi óptica excelente, creo que yo tuve también buenos logros y algunos en aspectos específicos.

Tal vez porque Pablo y Javier eran varones igual que yo y con juegos que me eran más afines que los femeninos con que se entretenía Huenú, puedo haberles dado un poco más de atención que a mi gorda querida; lo que me permitió no solo jugar y entretenerme con ellos y sus amigos, sino también, y aquí lo muy importante, poder trabajar con mucho amor para que los hermanos fueran más que hermanos, que se desarrollaran como amigos.

Fue un gran orgullo y un enorme placer comprobar con el correr de los años que así terminó siendo.

Pablo y Javier iniciaron esa relación de hermanos-amigos en las laderas de La Hoya cuando corrían en el mismo equipo para el Club Andino Esquel; pero también jugaron fútbol, corrieron, nadaron, pescaron, patinaron y caminaron, siempre juntos.

Al crecer y aún en la distancia supieron arreglar sus tiempos, sus trabajos y sus vacaciones para continuar disfrutando la presencia del hermano en cada locura que se les ocurría.

Una linda muestra de esa unión de hermanos ocurrió en enero del 2007. No sé como lo manejaron, pero estando uno en Madrid y el otro en Vancouver coordinaron para irse juntos a esquiar a Andorra, parar para tomar aliento, el auto y las dos motos que Pablo tenía en Madrid en ese entonces y largarse para el sur. En Tarifa cruzaron el Mediterráneo en ferry y una vez en Marruecos se dispusieron a hacer un raid en motos por el país africano.

Se corría una de las ediciones de la carrera París-Dakar y de paso quisieron ver esa actividad

viajando en paralelo con sus motos por los desiertos del país. Fue una gran aventura y aquí es donde entro yo.

No puedo negar que me hubiera encantado ser parte del periplo, pero supongo que por no tener nada más que dos motos, Pablo pensó primero en su hermano-compañero antes que en su papá y estuvo bien que así fuera, pero repito, sentía 'que me la había perdido'.

En noviembre de ese año, sacando como siempre un pretexto de la manga, Pablo hizo una de sus habituales apariciones por Lima para 'hacer un rato de familia'.

Durante esos días de estadía, en un aparte a solas con él, Lucía le comentó:

'No sabes cómo tu papá hubiera querido acompañarlos en el viaje a Marruecos'.

Pablo abrió inmensos los ojos y como haciendo un mea culpa exclamó:

'Huy! Ni lo pensé. Voy a tener que arreglar esa macana que me mandé!'

Para junio del año siguiente (2008), recibo una de sus habituales llamadas telefónicas y durante la conversación y como al pasar, Pablo me larga:

- Pá, me voy a comprar una moto buenísima. Una KTM 960 cc. y daré mi African Twin como parte de pago. Pero si venís a España, antes de entregar la vieja, te invito a que hagamos un viaje en motos, los dos solitos para disculparme por no haberte llevado a Marruecos.
- Hmm... - contesté -, que linda la idea, pero... tengo miedo que sea mucho, que me canse; yo soy de motos pequeñas, la African es enorme... tendría que pensarlo...
- No! No lo pienses nada! Te estoy invitando! Vos ponéte en Madrid que yo banco todo el resto. Como podés rechazar algo así?

En efecto, era imposible de rechazar.

En los siguientes dos meses tejimos la estrategia, la ruta, y la extensión. Finalmente quedó establecido que sería mejor no salir de España y movernos por donde quizás nuestra Madre Patria sea más bonita, que es en su parte 'de arriba', el norte. No importaban tanto los kilómetros sino el tiempo y la confraternidad que tendríamos en ese deambular uno al lado del otro.

Para principios de septiembre llegué a Madrid, y antes de que pudiera siquiera ir al baño me agarró y me dijo: 'En Zaragoza se desarrolla una de las exposiciones más grandes del mundo sobre el tema del Agua. Quiero llevarte porque ese es tu universo. Mañana salimos para allá'. Fuimos y disfrutamos de algo que era realmente enorme con stands inmensos, y shows espectaculares. Miles y miles de visitantes y eso sí, en algunos casos colas de hasta 4 horas! Pero igual fue un agradable pasar de los dos juntos.

Regresamos a Madrid; me alojé los 4 o 5 días siguientes en su departamento e hicimos varias salidas con las motos por los alrededores de la gran ciudad para acostumbrarme a la African Twin. Yo ya llevaba muchos años trajinando off-road. Había comenzado bastante en serio con Javier en los tiempos de Brasilia y luego había continuado en los desiertos del sur de Lima donde Lucía tenía su casa de playa a la que concurríamos en los veranos y en los tiempos en que no estábamos en Aitúé.

Como motoqueiro, había conseguido cierta maña y mucha seguridad en situaciones de fuera de camino (trepadas a cerros, sendas de selva, curso de ríos, piedras y arenas, etc.), pero para hacer todo eso, siempre había tenido la facilidad dada por motos ligeras, nunca más de 100 o 110 kilogramos y con cilindradas menores de 250 cc.; que en última instancia se parecían más a bicicletas que a motos.

Pero la African Twin era una pequeña bestia de 750 cc. y nada menos que 250 Kg de peso. Era como estar acostumbrado a manejar un auto europeo y de pronto tener que ponerse al mando de un camión con remolque.

Los días andando por Madrid y los kilómetros recorridos me permitieron ir conociendo y acostumbrándome al mamotreto hasta sentirme confortable y estar yo (y no ella) al mando de la cosa. Cuando me sentí fuerte y confiado le dije a Pablo: 'Ahora sí; estoy listo!' y en la mañana del 14 de septiembre 2008 partimos en nuestra travesía de casi dos semanas.

Una vez que hubiéramos salido del ejido y la influencia de la gran Madrid, cosa que hicimos por inevitables y excesivamente bulliciosas y cargadas autopistas, paramos en una estación de servicio a tomar un café y allí Pablo me tranquilizó:

- A partir de ahora vamos a andar sin verdadero rumbo fijo. Yo te propongo que vayamos recorriendo millaje en alguna dirección pero sin prisa ni verdadera meta. Sigamos adonde nos lleve el camino y cuando se nos acabe el tiempo o las ganas pegamos la vuelta.

Me pareció ideal la propuesta y a partir de allí y por todos los días que siguieron, nuestro modus operandi sería el siguiente.

Tomaríamos el desayuno en la posada u hotel donde hubiéramos dormido y luego, con el mapa de su celular en mano Pablo seleccionaría un posible destino para ese día. Y digo 'posible' pues a veces llegábamos a él y otras no, quedándonos un poco antes o siguiendo si el lugar no nos gustaba demasiado.

Lo más atractivo de todo era que Pablo diría: 'Nuestra meta hoy son 200 kilómetros y los haremos en dirección nor-noroeste'.

Prepararíamos entonces nuestras alforjas, dejaríamos el hotel y montando las motos comenzaríamos a rodar en aquella dirección; pero aquí lo bueno: solo teníamos la orientación del destino final pero para nada seleccionada la ruta a seguir, la que se iría abriendo a medida que íbamos andando.

Fue así que en esos días y bajo esa metodología se me abrió una España desconocida y supongo que desconocida para la enorme mayoría de los millones de turistas que acuden a ese país. Una España rica en zonas rurales de la más diversa estructura, paisaje, composición, riqueza, adelanto o atraso, costumbres, etc.

Como he mencionado, luego de tomar un desayuno nos enfundaríamos en nuestras chaquetas (comenzaba a hacer un poquito de frío) y saldríamos. Pablo tomaría la dirección que marcaba su gps y empezaríamos a meternos en los pequeñitos caminos rurales que íbamos encontrando a nuestro paso. Al parecer, la Unión Europea había entregado muchos miles de millones de dólares a España para que tejiera una red vial amplia y absolutamente conectiva. Y los gallegos lo

hicieron. Por eso me maravilló encontrar hasta por las partes más alejadas y despobladas pequeños senderos rurales, la mayoría de las veces para que pasara un solo vehículo, pero perfectamente pavimentadas y lo ideal para nosotros: sin tener que cruzar con el más mínimo tránsito. Esa estructura nos facilitó enormemente el desplazamiento y a la vez que nos permitió gozar con total tranquilidad el paisaje que se nos iba desarrollando a nuestro andar nos abrió (al menos para mí) el conocimiento de una España que como dije, pocos turistas llegan a conocer; una España rural, hermosa, con multitud de pueblitos o villorrios pequeños, a veces de no más de 20 o 30 casas, muchas de viejísimo origen, pero a pesar de su vejez conservando su aire de señoras elegantes e hidalgas; adornadas con flores y por supuesto conservando ese sabor rural con la vaca metiendo sus hocicos por la ventana de la cocina y las gallinas picoteando libres en los patios o jardines.

En ocasiones pasaríamos por pueblos abandonados, con 10 casas de piedra y techos de lajas, bien sustentadas y conservando a todas luces una fortaleza que las dejará vivir por varios siglos más. En otras (y esto nos pasó varias veces) en una curva del camino se nos mostraría como una aparición fantasmal, algún castillo medioeval. Ora en ruinas ora en perfecto estado de conservación y funcionando (para qué no sé; pero definitivamente en funciones).

Para finalizar con el muestrario de apariciones teníamos también los monasterios e iglesias. En un país tan tocado por el catolicismo, estas obras religiosas abundaron en el viaje, y por supuesto que era muy distinto en vez de ver las iglesias domingueras de hoy en día, el penetrar en uno de estos monasterios que tendría una vejez de un milenio o más.

Lo increíble de todo esto es que esta visión de lo tan antiguo, tanto en la estructura rural, en los villorrios y en los templos y castillos, chocaba con interesantes chispas de la mayor modernidad. Explico.

Pablo hizo en este viaje lo que solía hacer en su vida normal. Si bien no ocupaba un escritorio de 8 a 18 como él decía; también era cierto que no por eso dejaba de estar pendiente de sus compañías y ocupaciones.

Este empresario de la modernidad manejaba sus actividades a través de su laptop y de un celular; cosa que a pesar de nuestra 'vacación' siguió haciendo durante todo el viaje. Pasaba entonces que luego de andar unas horas, junto a algún riacho (de los que en el norte abundaban por suerte) y bajo la sombra de buenos árboles, pararíamos a descansar. Quizás yo me tirara en la gramilla a hacer una siestecilla cuando Pablo sacaría de su mochila su laptop y su celular para entrelazar media hora de mensajes y charlas con sus socios. La modernidad extrema era que a veces esto ocurría realmente en el medio de la nada y Pablo podía conectarse perfectamente por internet y por telefonía.

Esas chispas de modernidad las vimos también en otra oportunidad en una nueva vuelta del camino, cuando luego de salir de una poblado de casas, cercos y calles de piedra, todo con muchos siglos de antigüedad, nos topamos con unas mamotricas antenas satelitales (tal vez 40 o 50 metros de diámetro) con un cartel a la entrada de la bien cuidada y mejor custodiada cerca que decía 'Estación Espacial de la NASA'.

En este largo deambular pasamos por tantos lugares y regiones que no es importante destacar.

Solo recuerdo a grandes rasgos que nuestras motos transitaron seguramente por Burgos, Santander, Santillana del Mar, Oviedo, Asturias, León y Valladolid. El nacimiento del Ebro; el pueblo de Proaño donde sacamos fotos en honor a Lucía (Labarthe Proaño). Dejamos también atrás, ríos y aldeas; valles y montañas entre las que me impactaron las de los Picos de Europa. En fin... un lindo muestrario de la España más bella.

A la noche, pararíamos en cualquier lado a dormir. Dormimos en hoteles, en hostales, en posadas, y hasta en un camping. Recuerdo la noche del camping en un poblado mínimo adonde habíamos llegado ya medio tarde y sin haber encontrado nada mejor nos tuvimos que meter en una cabaña bien pioja. Y aunque para mí todo me parecía ideal, el pobre Pablo, como me estaba obsequiando el viaje me dijo esa noche:

- Que invitación de mierda te he hecho! Adonde te he traído a dormir! Así que mañana te prometo compensar. Vamos a parar en algún lugar de los buenos!

Y en efecto, al día siguiente pararíamos en Burgos, adentrándonos en la ciudad (cosa que raramente hacíamos) pero acción importante para que Pablo cumpliera su proposición y nos deleitáramos cenando y pasando la noche en un parador de lujo, preparado y armado con un gusto exquisito, dentro de los muros de un convento de vaya a saberse de que siglo anterior. Como digo... una promesa bien cumplida!

En lo emocional, lo hermoso de este viaje fue el disfrutar de esa relación de amigos que siempre tuve con mi hijo. Una relación que aprovechaba estas ocasiones tan especiales tal como lo estábamos haciendo en España y como lo habíamos hecho antes en Perú, Argentina, Zanzíbar, Brasil, en nuestro periplo a Washington y Nueva York; en varios lugares de Europa y hasta en la misma Sud África.

Significaba encontrarnos y disfrutar de este quality time, en el que un padre y un hijo a pesar de las distancias supieron y pudieron erigir una relación de amigos y compañeros aventureros.

Hoy pienso con pena pero con mucha ternura y agradecimiento en este viaje, que nos permitió un deambular tipo 'Easy Rider' donde dos motoqueiros recorren caminos sin demasiado rumbo fijo, disfrutando del paisaje, de los momentos de la confraternidad en la presencia del otro.

Llegar a un poblado mínimo, donde seguro habría un bar abierto y tomarnos una cerveza, o pasar justo a la hora del almuerzo por una posada donde se ofrecía un 'Guiso de lentejas con chorizos de campo como los hace tu madre' o un 'Cocido Montañés' con 'Vino propio para escanciar' y compartir esos momentos con alegría y chistes conformaron un recuerdo con mucho de compensación luego de su muerte.

Una noche paramos en San Vicente de la Barquera, uno de los lugares más lindos de España donde había estado tiempo atrás con Lucía. Me había gustado tanto que ya que pasábamos cerca de allí quise que Pablo lo conociera. No recordaba en ese momento el nombre del hotel donde habíamos estado, pero dando vueltas finalmente lo encontramos. Se trataba del 'Hotel Gerra Mayor'; una estructura de pocas habitaciones ubicada sobre un verde prado que terminaba en acantilados sobre el mar. Un ensueño.

Mientras cenábamos allí recibimos un telefonema. Era Javier que nos anunciaba que había nacido Nash! Nuestro primer nieto y primer sobrino, por lo que pedimos una botella de champán y nos abrazamos por haber recibido la tan buena noticia estando los dos juntos.

El dueño de la posada, al enterarse que éramos padre e hijo se nos acercó y nos dijo con una sonrisa muy tierna:

- Que magnífica relación que tenéis. No es común en un padre y un hijo. Se ve que la lleváis muy bien. Os envidio y os felicito.

Por ese comentario y por los momentos que se hicieron tanto más fuertes y vívidos luego de su muerte, es que me quedó un profundo agradecimiento por la invitación que mi hijo me brindó para disfrutar de esa apasionante aventura.

EL LARGO CAMINO DEL PERÚ A LA PATAGONIA

En septiembre del 2007 teníamos planeado con Lucía irnos a Aitué para quedarnos y pasar el verano en Trevelin.

Como en tantos viajes anteriores, hasta tenía sacados los pasajes de avión Lima-Buenos Aires y todo estaba pronto para partir.

No sé cómo, porqué, de dónde, me nació la idea de dejar el avión de lado y hacer un raid en la camioneta. Me imaginé que el viaje desde Lima hasta la Patagonia podría ser una aventura excitante y que nos divertiríamos y la disfrutaríamos con mi mujer, quien como era de esperar, apenas le mencioné la loca idea me respondió con un positivo: 'Pero claro que sí!'

Tengo aquí que hacer un reconocimiento especial a mi querida Lucía quien a pesar de estar apegada a su Lima natal, donde hijos, hermanas, amigas, actividades, sus intereses, tenis y hasta su propia idiosincrasia la ataron, atan y atarán profundamente; y el reconocimiento va porque a pesar de tantos lazos y de ese disfrutar de estar y pertenecer a un lugar, cada vez que le he dicho: 'Que te parece si nos vamos a...!' siempre; pero absolutamente siempre ha respondido con la mejor disposición a encarar los caminos propuestos.

Para un viajero empedernido, no puede haber nada mejor que una compañera siempre dispuesta a otro viaje; mañana mismo, y al destino que sea. Junto a Lucía y en nuestros 15 años de estar juntos al día de escribir estas líneas, hemos recorrido caminos por nada menos que: Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Colombia, México, Sud África, el Caribe, Estados Unidos, Canadá, España, Grecia, Austria, Alemania, Luxemburgo, Croacia, Suiza, Portugal, Andorra, Italia, Francia, Montecarlo y por supuesto de pe a pa y de pi a po, todo, todito el Perú.

Fue entonces que con su pronta aceptación armamos las maletas, preparé el auto (una hermosa CRV – Honda) y el 16 de septiembre del 2007, a las 5 de la mañana partimos desde nuestro domicilio en Cerros de Camacho 755, Depto. 402, Lima, Barrio de Santiago de Surco.

Tomamos la Panamericana sur y pasamos por Pisco e Ica en donde unos pocos días antes había estado el epicentro de una fortísimo terremoto que había destruido el 80% de la primera de las mencionadas. Tuvimos que rodear la ciudad, pasar entre ruinas y gente apesadumbrada

para seguir rumbo al sur hasta nuestra primera etapa, la ciudad/pueblo de Camaná cerca de la frontera sur del Perú.

Luego vino Iquique en el mar de Chile y un poco más al sur giramos bruscamente hacia el este comenzando la trepada hacia los Andes y hacia la Puna de Atacama. Hicimos un parate en San Pedro de Atacama pasando dos días allí para visitar los geiseres humeantes. Espectacular sensación de ver salir de la tierra agua hirviendo cuando la temperatura ambiente es de 10 grados bajo cero (Tatio). Y luego bañarse en un arroyo con agua caliente mientras a tu alrededor todo son cristales de hielo.

La entrada a Argentina lo hicimos por el Paso de Jama a una altitud tremenda a la que la excelente máquina que teníamos casi se muere asfixiada por falta de oxígeno. Una belleza yerma en la desértica meseta altiplánica barrida por vientos y fríos de los buenos.

Hicimos noche en Salta y luego de recorrer unos caminos de montaña en medio de verde selva pasamos una zona de maravillosas formaciones: la Quebrada de las Conchas. Trepamos y pasamos luego las cuestas de Tafi del Valle en Tucumán, donde paramos en uno de los hoteles más bonitos de todo el recorrido (Hotel El Mirador).

Nuestra parada siguiente fue un hotel con spa en las Termas de Río Hondo donde cargamos las baterías al 100 %.

De Santiago del Estero hicimos un alto en Totoral, cuna y morada de Chachi Solsona, mi prima querida de la que tanto hablé al relatar mi etapa de la infancia temprana y que ahora a la vejez es el centro de una gran y maravillosa familia. Todos, desde ella y su marido Lito Arizaga a sus hijas Liliana, Adriana y Jacqueline con maridos, hijos, nietos y bisnietos nos cobijaron, mimaron y ofrecieron toda su calidez provinciana que tanto disfrutamos. Me encantó también que todos conocieran a Lucía la que como era de esperar los enamoró con su simpatía y modos peruanos.

Disfruté en ese pequeño pueblito del norte de Córdoba que mi mujer conociera los lugares, recodos y rinconcitos por donde pasé tantas horas felices en una bendecida niñez y como no llevarla a visitar la gruta del San Cayetano que la devoción de mi madre erigiera y que hoy es parte del devocionario local y punto de atracción turística?

Como homenaje a mi querida vieja, hice hacer una placa para recordarla y dejar asentados su fervor y su actitud de ofrenda a toda una comunidad.

Del Totoral seguimos bajando hacia Mina Clavero, donde de jovenzuelo había pasado algún glorioso verano e hicimos noche en uno de los lugares más turísticos de la provincia:

Carlos Paz, junto a las aguas del Dique San Roque.

Bajando casi en línea recta no podíamos dejar de ver ese pedazo de Alemania en Argentina que es Villa General Belgrano y desde allí corrernos hasta la Cumbrecita con sus calles solo peatonales.

La pulcra y simpática Merlo en San Luis nos permitió pasear otro par de días y en una de las excursiones hasta tirarnos en una tirolina sobre un largo y profundo cañadón.

En Neuquén visitamos a un viejo y querido amigo de los tiempos de Esquel, Aldo Morales; quien junto con familia nos recibió con una enorme calidez. Vinieron luego El Chocón, San Martín de los Andes, Villa Angostura y Bariloche, donde tendría la última cena con mi amigo Carlos Casullo, ya para ese tiempo con una condena a muerte por el cáncer que lo acosaba.

En la tarde del 6 de octubre 2007 llegábamos a Aitúe luego de 7,000 Kilómetros recorridos.

Nuevamente aquí y tal como dijera en varias ocasiones a lo largo de la descripción de estos, mis viajes, no se trata de hacer una exposición turística de los lugares visitados. Este escrito no pretende ser una guía de turismo.

Lo que se pretende es dejar asentado un sentimiento y como una pasión por los viajes me llevaron a recorrer tantos caminos. Pretendo también dejar un memento de los recuerdos que hoy, en la vejez supieron anidar para quedarse hasta que mi mente se disuelva. Quiero destacar las emociones, alegrías e inconvenientes sufridos y los reconocimientos que a lo largo de los mismos debí a muchos.

Por eso es que este viaje desde Lima al Chubut, que no fue sino un simple viaje en auto tiene un valor que va más allá de la exposición de los lugares por los que se pasó, pues lo verdaderamente importante y destacable fue la forma de hacerlo, en que en vez de recorrer tantos kilómetros en 5 o 6 días tardáramos 3 semanas, lo que hizo del periplo un viaje no común, pues lo degustamos a cada metro del camino, con cada pueblito pasado, con cada caminata, con cada museo recorrido, con cada paisaje mirado.

Y por encima de ello por la hermosa compañía que fue Lucía a lo largo de todo el trayecto.

Terminan aquí las descripciones de los viajes que más me gustaron, impactaron o dejaron huellas en mi alma y mi recuerdo.

Han habido muchos más viajes, y espero que haya aún muchos más. Pero estimo que para una autobiografía cualquier lector dirá que ya fueron bastantes y que poner fin aquí está más que adecuado!

UN ÁRBOL, UN HIJO, UN LIBRO...

De ese proverbio que dice que nadie debería irse de esta vida sin antes haber tenido un hijo, plantado un árbol y escrito un libro, se nos antoja que el hijo, sin duda la empresa de mayor envergadura, costo, esfuerzo, responsabilidad y tiempo demandado, por la necesidad biológica de vernos trascendidos, por el disfrute inmenso de ver crecer a los retoños o directamente por algún polvo escapado sin mucho control, es la que más fácilmente la gilada consigue plasmar para respetar el tan mentado proverbio.

Plantar un árbol, para los habitantes de la ciudad, a veces no es logro tan accesible, pero es interesante ver como muchos amigos, aún ciudadanos típicos, cuando preguntados, nos aseguran que a través de las ocasiones y oportunidades más variadas, aquí o allá supieron dejar también algún arbolito en pie.

Lo de escribir un libro... allí la cosa no es tan común y si bien hacer tal tarea no es mucho más que alargar la escritura de alguna elaboración tipo 'Composición tema: La Mosca' o ponerle más palabras a algún proyecto en el que se trabaja y al que hay que programar y por lo tanto escribir sobre él; son pocos los que pueden mostrar entre sus medallas la producción de un libraco con todas las de la ley. Esos de título, índice, capítulos y muchas letras entrelazadas; metido el conjunto entero entre dos tapas, duras o flexibles, blanco y negro o color.

En mi caso particular tuve 3 hermosos hijos, de los que hice mención y he hablado en otras líneas con buen detalle; he dejado como humilde contribución ecológica un montón de árboles en pie, que comenzando con los que le ayudé a Papá a plantar en Ezeiza, más los que siguieron en Es-

quel, el África, Trevelin y otros alejados parajes, hasta el mencionado que quedó en el pueblito de Iraquara, suman un buen número como para que no se diga que no he cumplido con lo que exige el proverbio. Tengo en mis espaldas, sin ocultar ni agrandar, muchas decenas de amigos verdes creciendo por un par de continentes.

En relación a lo de los libros haré acá una historia de cómo empezó todo y de lo que supe producir; historia que quizás sea un poco larga de más pero que quiero destacar porque es una parte de mi vida que disfruto evocar y que me llena de legítimo o no legítimo orgullo, pero que me llena al fin, pues es algo bueno que creo he legado para otros.

Escribir nunca me resultó difícil. Quizás algo de la chispa de los Márquez que parece era multiuso o multitareas y daba hasta para el lápiz; o quizás porque fue el Tío Narciso el verdadero escritor del seno familiar que pudo haber influenciado subconscientemente al pequeño Felipito con su producción; el asunto es que escribir nunca pareció complicado, comenzando ya en la temprana edad escolar donde a la 'Composición tema: la Vaca' podía sacarle el jugo (o la leche) arrimando un montón de puntitos con los vuelos y palabrería que le daba a las andanzas del mamífero unguilado; así como a las maniobras de la oveja, del cartero, de Merceditas de San Martín, de la familia, de la Revolución de Mayo.

Creo que también añadió su aporte algo que nos imponían en la escuela de Inglés de Flores, adonde como he comentado, concurrí durante varios años.

Allí era típico que nos pidieran para la clase siguiente traer una composición (en inglés, pero que para el desarrollo del hábito de la escritura daba lo mismo), con temas insólitos sobre los que no se podía escribir así a lo tonto; porque había que pensar; poner la imaginación a mil y tejer historias, andanzas y ficciones. Es que las profesoras te decían: 'Para el martes, el tema de la composición es: ...' y allí salían con esas cosas locas (que aún recuerdo) tales como:

'La caja' o 'El pájaro que cayó con el ala herida' o '¿Porque tenía el pirata un solo ojo?' o 'Juan' o 'Entró al sótano y la luz no encendió al pulsar la perilla' o '¿Que había debajo del papel?' o 'Gato de bronce' o 'Cuatrocientos y Doscientos'.

Esto era maravilloso, porque había una exigencia dura pero también una invitación a entrar en el mundo de la fantasía para que una vez dentro de éste, se pudiera llegar hasta donde dieran las ganas o el cuero. Y ahí estaba la cosa, porque cuando a uno le tiran por ejemplo el primer tema: 'La caja'... solo un salame escribiría que '... la caja era negra, cuadrada y tenía un cierre dorado. Pepito la había recibido de su Mamá y él la cuidaba mucho'.

Zás! ahí estaba el candidato para una nota miserable. Pero si en vez de aquello metías el cambio para que tu mente entrara en automático y comenzabas a pasar los velos que llevan a la tierra de la imaginación y del ensueño, estabas pronto para mandarte algo así como:

'... emanaba un olor raro, misterioso, tan misterioso como la forma de abrirla que no se entreveía simple, pues no había cierre, bisagra ni unión de cualquier tipo, hasta que mucho rato después y luego de mil pruebas la princesa descubrió que la única forma de desatascarla era dándole tres suaves golpes sobre uno de los costados. Unos pocos segundos antes de que la caja mostrara su contenido, el misterioso olor se intensificó y un vaho tenue y azul inundó la habitación del castillo, lo que dio un marco espectacular a la figura que fue saliendo de adentro del

receptáculo lenta, muy lentamente; a la vez que con aquella voz de ultratumba decía ...' etc, etc, etc, con lo que uno se acercaba planeando y fácil a un 'Muy bien 10, Felicitado!' y no al pedorro 3 que hubiera sacado si se quedaba en que la caja era azul o negra, la bisagra dorada y con Pepito que no sabía que mierda hacer con el cofrecito en cuestión.

El hecho real es que mientras otros pibes odiaban tener que escribir su *composition*, yo disfrutaba pues para mí era un pasaporte a un mundo ideal, lleno de aventuras, seres maravillosos y sobre todo que eran mundos que yo podía disfrutar igual que si estuviera dentro de ellos y mucho más, sabiendo que eran los mundos que yo había creado. Estábamos hablando de **mis universos**.

Para cuando tenía 15 años me di cuenta que podía escribir. En esa época produce el primer cuento. No era lo primero que escribía, pero sí fue lo primero que tuvo forma e **intención** de cuento y al que llamé: 'Un día de primavera'.

Trágico, negro, criticable, casi desagradable; pero un cuento... con pinta de cuento.

El tema era el de un tipo (estaba contado en primera persona) que estaba feliz; se sentía bien y estaba contento, pero que sabía que para que su día estuviera total, completo, debía realizar un acto loable. Algo de bien, una buena acción al estilo de cualquier boy scout entrenado y compuesto. Sale de paseo por un bosque cercano y tras discurrir por la vegetación entre la armonía vegetal y los animales, con mariposas y todo el rollo de hermosura y complacencia, de olor y color llega a una tapera, una especie de casucha escondida entre el follaje. No hay nadie a la vista. Va a alejarse cuando siente un movimiento, un ruido en el interior de la covacha. Lentamente penetra encontrando que todo es suciedad, basura, olor pestilente. Siente asco y una repulsión ante todo lo que esa cueva representa frente a la armonía y hermosura del entorno del bosque al otro lado de la puerta. En medio de la penumbra ve un bulto con algún movimiento dentro de un manojito de ropas sucias. Atiborrado de moscas e insectos hay un niño, un bebe. Quien relata, tras shockearse con la visión, piensa acerca de la vida que le espera a este niño; discurre sobre su futuro, en la belleza de la vida y en las pocas cosas que este ser podrá disfrutar ante su condena a vivir una existencia de miseria, suciedad y dolor. La escena se corta. Vuelve el protagonista a caminar por el bosque, feliz, pleno, porque ahora sabe que el niño no sufrirá las inclemencias de una vida injusta. Y no sufrirá pues el niño ha quedado en la vivienda y en el mismo lugar en que fue encontrado. Yace junto al palo ensangrentado que le quitara la vida. La buena acción del día estaba cumplida!

Como digo, puede que desagradable, bastante criticable; pero quizás la descripción del bosque, tal vez la crítica a la desigualdad e injusticia de la vida, quizás lo inesperado del final; el hecho es que, increíblemente, a todos los lectores de aquel momento les gustó. 'Que bárbaro!' 'Que horrible!' 'Que negro!' pero... 'Que bueno!'. Es decir, una primera producción coronada de éxito.

El asunto es que con ese miserable cuento, sentí en aquel momento que estaba entrando a la literatura y por la puerta de la autoría. Podía escribir!

Es en este punto donde se conjugan los cuentos que van saliendo por puro gusto, por la pasión de escribir, con la estrategia para levantar minas que se describió con anterioridad.

Pero igual la cosa seguía siendo muy de entrecasa, tipo hobby, algo así como 'hoy me mando un cuento porque no tengo otra cosa que hacer'.

Hasta que un verdadero espaldarazo vino en el año 1967.

A Guillermo Ventín lo había conocido en la facultad. Él estudiaba física y yo química y nos habíamos caído mutuamente bien. Un día nos topamos cara a cara a la salida del subte en Primera Junta y nos preguntamos donde vivía el otro, para descubrir que nuestras casas distaban solo 50 metros una de otra. Nos hicimos más que patas. Yo tenía la llave de su departamento (Rivadavia esquina Campichuelo), que funcionaba como la vivienda del Guille y como bulín de ambos, adonde unas cuantas naifas de variados pelajes supieron poner en forma horizontal sus jóvenes existencias.

Pero al margen de la sana y juvenil cuestión impúdica, carnal y lujuriosa, el bulo también funcionaba como centro de reuniones con un montón de gente entrando o saliendo, aunque la mayor de las veces eran encuentros tan solo del Guille y mío en ese rincón de amigos, en reuniones donde pasábamos horas charlando, riendo, filosofando y discutiendo en intelectualidades que al margen de entretenernos y disfrutarlas configuraban por se ejercicios altamente innovativos e inteligentes.

Como minúsculos ejemplos valgan los certámenes en que nos liábamos para ver quien podía mantener diálogos y parlamentos sin incurrir en errores gramaticales y/o de sintaxis (cosa nada fácil como descubrimos) o la 'Creación de una amistad', cuestión que se nos ocurrió pues dado que hacía poco que nos habíamos conocido, decidimos hacernos amigos pero... con normas y reglas!; las que una vez discutidas terminaron en un documento denominado 'Método de formación de una amistad' donde se explicitaban las bases, reglas y normas para el comportamiento de cada miembro de esa amistad. Valga decir que las mismas fueron celosamente cumplimentadas por ambos lados y tontera o no; casi 50 años más tarde el método demostró su validez, pues el Guille sigue siendo un amigo muy querido y a pesar de que ambos vivimos en montones de países diferentes, jamás dejamos de tener contacto y mantener el vínculo con mucho calor y cariño.

Entre otras inquietudes intelectuales que manteníamos entre los dos, yo solía leerle mis cuentos de ciencia ficción o directamente se los dejaba a él para que los leyera y luego los discutiéramos.

Un día Guillermo me dice que ha aparecido en el diario un concurso nacional de cuentos precisamente de ciencia ficción y que hay buenos premios; que debería presentar uno de los míos. Como dije, aún me sentía un total amateur, nada que ver con algo como un escritor en serio, y rechacé la sugerencia de mi amigo.

Pasaron las semanas y un día en que estando yo en el departamento estudiando mi química (cosa que hacía con frecuencia ya que allí estaba más tranquilo que en mi propia casa con tantas clientas de Mamá entrando y saliendo), llega Guillermo de su trabajo; abre la puerta, al verme lanza un grito y me tira un diario que agarro en el aire.

- Ganaste! Saliste cuarto!

No entendía nada de nada. Pero en dos minutos la cosa quedó más que aclarada. Ante mi negativa, Guillermo había tomado uno de mis cuentos, *Nudo en el tiempo* y en secreto lo había llevado y presentado en el concurso. Se habían evaluado 130 obras llegadas de todo el país y mi 'Nudo' había salido cuarto. Editores Dos, una nueva editorial lo publicaría junto con otros 4 (los

3 primeros y el que me seguía que había ganado el quinto lugar) en un solo volumen. No lo podía creer! Abrimos una botella para festejar y no paré toda la noche de agradecerle a mi amigo por su tan desinteresada, noble acción. Guillermo, un gran tipo y un enorme amigo que me hizo pensar que sin ser Borges o Cortázar quizás algún día llegara a tener mis libros en varios anaqueles.

El comienzo de esto había sido excelente, pero no la culminación. No sé si fue problema de dinero o contractual que hubo entre la compañía que había abierto el concurso y la editorial mencionada, pero el asunto fue que el libro nunca salió a luz. Llegué a ver en una imprenta de la calle Medrano al 500 las pruebas de galera (una larga lonja de papel con 'mis palabras') pero todo eso terminó en la papelería por falta de pago. Una gran frustración y una vocecita interna que me decía que 'el que nace para pito nunca llega a corneta'; pero cuando me abatía por la frustración aparecía otra vocecita que retrucaba diciendo que no escuchara a la primera; que todo era cuestión de tiempo, que la oportunidad importante en algún momento llegaría.

Pasaron los años y cuando en mi primer empleo importante y ya como profesional comencé a trabajar en Saneamiento Ambiental, tal como he comentado me encargaron que desarrollara la fluoruración de las aguas en el país y ello conllevó estudios, ensayos y toda la actividad de implementar la medida, lo que al cabo de 3 años me había dado un caudal de conocimientos importantes, que según mis jefes de ese entonces era vital transferir a la ingeniería sanitaria del país para producir un efecto multiplicador; y como parte de esa estrategia me pidieron que pusiera conocimientos y sugerencias operativas en un documento. Así fue como para septiembre de 1973 salió a la vida un manual que llevó por título el largo y descriptivo de:

• *Técnicas detalladas de instalación, operación y control de sistema simples para fluoruración (1973)*

La edición, hecha por y en la oficina de publicaciones del Ministerio de Bienestar Social no pudo ser más miserable y barata; con lo que el libro parecía más un rejunte de hojas fotocopiadas que un libro técnico con los laureles y orlas que a mí me parecía debía tener. Pero que más dá? Tenía mi primer libro publicado, con nada menos que 108 páginas y para el no muy numeroso tipo de público al que iba dirigido, una respetable tirada de 650 ejemplares.

La segunda oportunidad, el segundo libro, fue el que más satisfacciones me dio. Por el contexto, por el impacto y por el nivel de difusión que tuvo. A pesar de que fue una de mis más tempranas obras, fue la de mayor envergadura, mi obra 'cumbre', la realmente importante. Como tal creo que se me permitirá describir su historia.

Como ya he relatado, yo había comenzado a trabajar como consultor a corto plazo de la OPS/OMS por mi experiencia en el tema de la fluoruración de aguas. Pero en la central de Washington sabían que en Argentina me movía como la cabeza de todos los programas de vigilancia y control de la calidad del agua de bebida. Era el 'hombre de la calidad del agua' y cada vez que en algún país de la región había que hacer algún estudio, un congreso o cualquier actividad multinacional en esa área, allí estaba Felipito en algún pueblito rural midiendo o haciendo sugerencias; y si no, en algún congreso o reunión sentado en primera fila o haciendo alguna presentación. Con los años me había hecho conocido y era un consultor de corto plazo importante dentro de

la OPS. Tenía un par de características que agradaban a los consultores de Washington pues era un tipo que conocía la teoría de las cosas, en lo que ellos llamaban un 'sound engineer', que no quiere decir un 'ingeniero de sonido' sino un ingeniero de valor, sólido; que además tenía un valor adicional: era un 'doer', es decir un hacedor, un tipo práctico; alguien que cuando decía como se conectaba un tubo, lo decía porque había leído el libro donde se enseñaba a hacerlo pero también porque él mismo había conectado unos cuantos con sus propias manos.

Dentro de este contexto de practicidad era conocido por haber desarrollado unas técnicas innovativas para realizar inspecciones sanitarias en campo y tenía alguna fama con algunos logros en tecnología apropiada, entre los que destacaba un dosificador de soluciones hecho con una lata de cerveza y un vaso de plástico dentro. (Ejemplo como para que se entienda por donde andaba la cosa).

Finalmente, como transmisor, cuando se paraba delante del público era simple y claro en sus explicaciones. Se le podía entender.

Por ello es que con el tiempo fui pasando de 'Representante de la Argentina' a 'Representante de la OPS'.

Entre las maravillosas cosas que realizan las Naciones Unidas está el ser normativa. La Organización toma todo el conocimiento mundial, lo evalúa, lo mastica y luego haciendo un resumen y quitando lo malo e inservible produce guías que son la orientación para que los distintos países produzcan sus normas; esto en los más variados campos del quehacer humano.

En lo referente a la salud y dentro de ella a las enfermedades de transmisión hídrica, la OMS producía (y lo sigue haciendo) las famosas 'Guías para la calidad del Agua Potable' que son los documentos que utilizan los países para producir sus propias normas de calidad de agua para que el agua potable que se entrega a la población, sea eso: potable.

En 1982 se preparaba la tercera edición (cada edición se producía cada 8 años más o menos) y en esta ocasión el documento se presentaría en 3 volúmenes. El primero con los límites para cada sustancia presente en el agua de bebida; el segundo con toda la información científica que avalaba los valores presentados en el primer volumen; y el tercero una edición especial para que los países en vías de desarrollo (los pobretones) tuvieran la posibilidad de generar sus propios programas de vigilancia de la calidad del agua en las zonas rurales y marginales, donde los problemas de salud por enfermedades de transmisión hídrica son mayores.

Del 22 al 26 de marzo de 1982 se desarrolló en Ginebra una reunión preparatoria para la producción de esos documentos y allí concurrí ahora como 'el Representante de la OPS'. Cómo me considerarían los directores de la OPS en Washington que sin ser de la planta de la Organización, puesto que era un profesional externo, igual me eligieron para que representara a la rama americana de la OMS en esta importantísima reunión, y que de hecho, representara también a todo el continente y a su ingeniería sanitaria, cuestión que, entendiblemente, me llenó de orgullo y satisfacción.

Pero la cosa iba a inflarse más aún, pues a lo largo de las reuniones que abarcaban mañanas y tardes enteras mis intervenciones tenían lo que creo que les faltaba a muchos de los otros representantes entre los que había un paisano de cada pueblo. Lo que aportaba yo era sentido común y veía que cada vez que abría la boca, el Director del Área de Salud Ambiental de la OMS en Gine-

bra, un ingeniero alemán, simpático, alto y de grandes bigotes, un tal Richard Helmer, me miraba y anotaba en su cuaderno. Fue así que el viernes 26, el último día de la reunión, a la hora del break de la media mañana, Richard se acerca y me dice al oído: 'Quiero hoy almorzar contigo'. Acepto y a la hora del almuerzo nos vamos al restaurant del último piso de la OMS, que ofrece una vista sensacional de toda la ciudad de Ginebra. Cuando estamos a mitad de la comida, Richard me dice:

- Felipe, has llegado a esta reunión con la mejor recomendación de los colegas de Washington. Conozco varios de tus trabajos; sé de tu experiencia en los países en desarrollo y me han gustado tus participaciones en nuestras reuniones; todo lo cual te muestran como la persona ideal para que seas tú quien escriba el Volumen 3 de las Guías. Quiero que coloques allí toda tu experiencia para diseminarla por el mundo.

Mientras luchaba para que el pedazo de papa que estaba masticando en ese momento no se me escapara por una oreja, balbuceé la aceptación y terminé primero el almuerzo y luego la reunión en un estado de excitación increíble. Al llegar esa noche al hotel, la emoción fue tan grande que saltaba de la alegría a la vez que no podía contener lágrimas de felicidad.

Vuelto a Esquel, el 15 de abril (de 1982) me llega el contrato para escribir el libro con un pago de 3,000 dólares. Una verdadera fortuna en esos días!

Tenía, eso sí, que terminar el documento para el 30 de junio, lo que me daba menos de tres meses de tiempo. A partir de allí mi tarea fue la de escribir y escribir. Volví del trabajo en la Jefatura Sanitaria y luego de comer me dedicaba con ahínco al libro creándose en la casa una graciosa atmósfera en donde 'escribir libros' era la moda y todo el mundo estaba en la onda de la escritura. Al encerrarse en el altillo el papá 'autor', uno a uno se arrimaban los hijitos, 'autores' también; y nos pasábamos las horas escribiendo; yo mis Guías; Pablo que a la sazón tenía 10 años lo hacía con largos cuentos de aventuras; Javier, que todavía no maneja la escritura demasiado bien, urdía algunos más modestos y simples tirando para el lado de la fantasía; y hasta Huenú que no sabía escribir nos acompañaba haciendo dibujitos de hadas y caballos con 6 patas.

Finalmente terminé el trabajo que fue enviado a 60 personas en todo el mundo para que lo evaluaran, criticaran y sugirieran algunos cambios si era el caso, lo que muestra por un lado todo el proceso que se requiere llevar a cabo cuando se emite un documento de las Naciones Unidas y por otro, la seriedad de lo que se produce. Con todo lo recibido, la OMS me volvió a contratar para pasar 15 días en Ginebra evaluando las respuestas recibidas, que fueron 41 y que sirvieron para preparar la versión final.

Tenía ahora mi segundo libro y si bien mi nombre no aparecía en letras doradas sino que en el Apendix 1 figuraba solo como 'colaborador', junto con 5 o 6 más que no escribieron nada pero que por su importancia en el mundo del agua potable y por haber sugerido que yo adicionara tal o tal otro tema, junto con el mismo Helmer, quien solo por haber manejado el proceso de la producción del libro sin haber escrito o sugerido absolutamente nada, fueron también incluidos.

Dentro de esos 'colaboradores' tengo que citar a Brian Commins, un ingeniero inglés que fue contratado junto conmigo en otro viaje adicional a Ginebra; esto ya en el año 1984; para que pasara a 'buen, correcto e ingenieril' inglés mi versión que obviamente no estaba tan depurada en lo idio-

mático. Brian no aportó sino la pureza del idioma y durante 15 días pasamos larguísimas horas analizando párrafo por párrafo y traduciéndolo correctamente a lo que sería la edición final, en una prueba más del rigor que cada publicación de la ONU conlleva. En las dos semanas que convivimos en Ginebra, Brian me mostró que los lavados ingleses pueden tener muy buena onda, ser simpáticos, y hasta verdaderamente agradecidos.

De todos modos, el hecho de que mi nombre estuviera dentro de una ensalada de gente, no fue óbice para que mi aporte fuera conocido dentro del mundillo de la ingeniería sanitaria y eso me hizo entrar en una especie de top-ten de la calidad del agua, lo que me sirvió más tarde y como ya he contado, para entrar como funcionario de las Naciones Unidas, meta que había sido mi norte desde que comencé en eso del saneamiento.

Las Guías en cuestión tuvieron un gran impacto en el mundo de la ingeniería sanitaria. Mi original (que como se expresó fue escrito en inglés) se tradujo al español, al francés, al chino mandarín, al ruso y al islámico y la tirada de todas las traducciones es difícil de estimar hasta para la misma OMS, pues siendo un libro para difusión, la producción de más ejemplares no requería de permisos especiales y desde Ginebra se apoyaba que se editara aún por Ministerios de Salud de distintos países. Pero sin duda fue de miles y miles de ejemplares y una estimación cautelosa en la OMS, que me dieron años más tarde, se inclinaba por más de 20,000 ejemplares.

Todo el trabajo descrito culminó con la entrega del documento final en Ginebra recién en 1984 (tras el refinamiento que le dio Brian Commins) para ser publicadas y diseminadas en 1985. El título final de la obra fue:

• *Guidelines for Drinking Water quality – Vol 3 – DWQ control in small community water supplies* – (Guías para la calidad del agua potable - Vol 3 - Control de la calidad del agua potable en sistemas de abastecimiento para pequeñas comunidades)

Lo importante de destacar para terminar con el tema de este libro, es que gracias a todas las circunstancias, desde las innovaciones que desarrollé en mi trabajo y como las supe hacer conocer; a lo fortuito, es decir a la suerte de la conexión que se creó con la OMS hice algo que sabía era bueno para mucha, mucha gente, pues a través de las acciones que se proponían en el documento se pretendía aminorar los riesgos para su salud. No sé a cuantos habrán beneficiado las sugerencias aportadas, pero indudablemente que un gran número de pobres y humildes en los lugares más remotos mejoraron su nivel de vida, su salud y en casos hasta sus vidas, gracias a esas Guías. El sentimiento de dar, de haber dado, que de allí surgió y que me acompañó toda la vida, se lo debo entonces a la escritura. A los libros.

En esto de publicar, hubo un gap entre las mencionadas Guías y la siguiente obra, que en rigor fue parte de una tanda de manuales técnicos que se produjeron dentro de mis funciones como profesional en el CSIR, en Sud África. Como he mencionado, allí no solo había que hacer investigación y desarrollo, sino que los resultados de esas acciones debían dejar herramientas para que otros se beneficiaran y nada mejor para una buen traspaso tecnológico que un manual, una guía.

En los casi 5 años que pasé en el CSIR produje de esa forma los siguientes manuales:

- *Guidelines on hydraulic flocculation* - (Guías para floculación hidráulica) (1990)
- *Disinfection for small water supplies* - (Desinfección para pequeños abastecimientos de agua) (1990)
- *Rural water tanks with HFB technique*- (Tanques para agua rural con la técnica del HFB) (1991)

Todos bajo las mismas características de ser manuales técnicos, dirigidos a ingenieros, con muchos dibujos, fórmulas y argot del tema sanitario; contando entre 50 y 100 páginas y publicados por Scientia Publishers, la editora asociada del CSIR.

Siempre dentro de mi actividad profesional en el CSIR, conseguí vender a la Water Research Commission (una entidad gubernamental que apoyaba ideas y proyectos relacionados con el mejoramiento del uso del agua), una investigación para proyectar, construir y difundir una tecnología de filtración dinámica, un tipo especial de filtración lenta por arena.

Vendida la idea y con dinero en mano, viajé a la Argentina donde había conocido estos filtros, sistemas que nunca habían pasado de ser elementos técnicos contruidos más con pasión que con conocimientos y que nunca habían sido estudiados en profundidad. Viajé por las provincias argentinas de Buenos Aires, Tucumán, La Rioja y Catamarca, y tomé muy buena información; la que regresada a Pretoria me sirvió para montar un sistema de investigación y pruebas de filtros en la planta de tratamiento de líquidos cloacales de Daspoort que rindieron finalmente un buen manual que se publicó primero en inglés bajo los auspicios del CSIR en 1993 y que luego, ya desde la OMS conseguí me extendieran permisos para traducirlos primero al portugués y luego al español. El manual se editó en 1993 y tenía 158 páginas. Como es fácil imaginar llevaba por nombre el tema que trataba:

- *Dynamic filtration* – (Filtración dinámica) (1993)

Ya como funcionario de la OMS, y en la etapa del CEPIS, dentro de los ya explicitados proyectos de Centroamérica desarrollados con dineros de la EPA americana, preparé tres manuales más. El primero con la cooperación de un joven ingeniero peruano que me dio una mano en la búsqueda de información, fue una obra que tuvo buena distribución mundial. Los otros dos de menor envergadura fueron documentos cuyos títulos orientan claramente el propósito de cada obra. Se editaron en los talleres del CEPIS y salieron como publicaciones OMS/OPS. Los tres títulos fueron también traducidos al inglés y editados como tales:

- *Desinfección del agua* (2002)
- *Guías para elaborar normas de calidad del agua de bebida en los países en desarrollo* (2002)
- *Guía de promoción de calidad del agua para escuelas de países en desarrollo* (2003)

Ligada a mi estancia en Brasilia, describí con detalle el amor que desarrollé por esa ciudad y su área circundante. Conté como había interesado a un grupo de gente para desarrollar un centro de capacitación en tecnología apropiada y como me habían separado un terreno, junto a un arroyo para que yo construyera mi morada.

Dado que toda la obra, desde la vivienda a la forma de tratar el agua y la basura entre otras reque-

rían mucho pensar, investigar e idear la mejor forma para concretar los subproyectos, fue enorme lo que escribí en notas y pantagruélico lo que dibujé. En planos, en diseños, en garabatos. Tenía en el cuarto que con Javier habíamos transformado en biblioteca, una mesa en donde la infinidad de papeles con notas y dibujos arremolinados mostraban fehacientemente que la teoría del caos puede ser real al menos en algunos departamentos de Brasilia.

Estaba en eso, cuando en una de sus varias visitas, Pablo se pone una noche a husmear el conjunto de hojas y al rato de estar en ésa me dice con entusiasmo:

- Pá, si a todo este material lo ordenás convenientemente, tenés un libro fabuloso, que no creo haya muchos de este tipo. Dáale, intentálo!

Me pareció una buena idea; un desafío interesante, por lo que al día siguiente desarrollé lo que podía ser el índice del libro y vi que si bien ya tenía cantidad de material en algunas áreas, en otras debía trabajar mucho más, buscar información y hasta investigar y estudiar algunas cosas que un libro así debía presentar y que yo no conocía en profundidad.

Estamos hablando del año 1997 y como también he mencionado, justo a finales de ese año pasó lo que no me esperaba: me transfieren al CEPIS, en Lima, Perú.

Quedaba atrás el proyecto de mi morada final en Brasilia; pero descartar la construcción de la casa no significaba que debía cancelar mi proyecto del libro.

Fue así que lentamente, a veces escribiendo durante treinta días seguidos, luego dejando 5 o 6 meses sin tocar el manuscrito para luego retomar, agregar unas cuantas páginas, nuevo receso y de esa forma, lenta, muy lentamente fui disfrutando la escritura de ese manual, que luego de casi 10 años concluí y que dí en llamar

• *Kwakukundala, Bioarquitectura Alternativa*

Este fue mi libro número 10 y curiosamente fue el primero que nadie bancó. Yo debí pagar la edición de 500 ejemplares, pero lo hice con una enorme satisfacción pues independientemente de que tan bien o que tan mal pueda estar escrito es indudable que la propuesta que ofrece de una vida distinta, natural y menos estresante como la de hoy en día, cala en quien lee el documento, fundamentalmente en la gente joven. El caudal de información en tecnología apropiada que se presenta es también un aporte importante que mucha gente ha utilizado con éxito y Aitúé fue un lugar en donde mucho de lo expuesto cobró realidad.

Finaliza mi producción literaria con la presente Biografía, en sus dos libros:

Libro 1 – La historia que con quizás demasiadas páginas ya he terminado; y muy pronto finalizaré (cuando ordene todo el material que tengo) el:

Libro 2 – Correo, Cabeza y Corazón, que como expliqué al comienzo en la introducción, contará sobre mis pensamientos en formas de ensayos y del material intercambiado con los hijos a través de tantos e-mails.

Todo lo cual permite responder al proverbio a que se hizo mención al comienzo de este tramo, con una faena que no parece haber sido magra. No fue un libro escrito, sino once que ya están concretamente producidos y un total de 12 si vivo un poquito más.

Pero si en vez de un 'poquito' consigo sobrevivir todavía un tantazo más, entonces... quien sabe...?

Debo agregar para terminar, que salidos del tintero hubieron otros cientos de escritos de variadas layas. En verdad han sido cientos, los que se escaparon como artículos en revistas, jornales; trabajos solicitados, otros presentados en simposios, congresos, reuniones; capítulos de libros, páginas en diarios y periódicos, páginas en internet, y varios más que ni remotamente podría contabilizar o indexar ahora. Cuando regalé toda mi colección de libros y manuales de ingeniería sanitaria a Susan Tamariz, una colega, ayudante y discípula del CEPIS que me acompañó por 3 años en los programas de Centro América, y por quien guardo un especial cariño tipo tutor-ahijada o padre-hija, me llamaba la atención abriendo los libros de los que me desharía, en cuántos de ellos tenía yo algún tipo de presencia.

Esto es entonces lo que supe o pude realizar en el mundo de los libros.

Hoy con el avance de la Internet, con toda la información que provee a lo que debe sumarse la innovación de los libros electrónicos (los que también poseo); debo reconocer que antes que leer de una pantalla, aún prefiero sentarme a leer el libro de carne y hueso (bueno... de papel y tintas) sintiendo su peso en mis manos y en mi regazo.

Cuando leo en el sillón de mi biblioteca rodeado de cerca de los 3,000 volúmenes que supe juntar a lo largo de la vida, me siento más que acompañado; casi protegido. Creo que estos buenos amigos no van a morir y entonces me gusta el sabor de saber que junto con todos ellos, escondido en algún estante, quedó algo del material que repito, supe o pude concebir.

La enorme mayoría de las palabras por mí impresas no han sido dibujadas para solaz; ni siquiera la presente biografía de la que ya se ha explicado su misión. Eso ha hecho mi obra, sin duda poco atractiva para el lector común. Al respecto y si tengo que 'defenderme' por lo poco interesantes que mis escritos han sido, es que siempre se trató de material para realizar transferencia tecnológica, para que cumplieran una función técnica y social. Repito que es material que ha andado por el mundo para hacer el bien, y si hay valor en esa acción fue todo fortuito, pues en todos los casos se trató de obras que se me pidió que hiciera y si llegaron a comarcas y gentes remotas, el crédito no fue mío. Tanto el CSIR como las Naciones Unidas a través de la Organización Mundial de la Salud fueron los que se deben llevar los laureles en esa humanitaria gestión.

Hoy estimo que es muy difícil conseguir los artículos o capítulos de libros, y hasta difícil de conseguir alguno de los 11 libros mencionados.

Algunos están en la OMS/OPS, otros en algunas bibliotecas del mundo; unos más en bibliotecas de instituciones de salud pública y/o en bibliotecas de facultades, sobretodo de ingeniería y arquitectura.

Casi todos tienen sin embargo, una copia en la Biblioteca Nacional Argentina de Buenos Aires donde por no habérmelos pedido, llevé un par de copias de cada uno suplicándoles que los amontonaran en algún estante, cosa que de puro buenos accedieron a hacer. (Si Fabio no va a la montaña, deberá ser la montaña la que vaya donde Fabio).

Para finalizar se presenta una tabla donde se especifican las características de mi producción escrita. (Donde graciosamente, he dejado dos o tres líneas en blanco más para lo que pueda venir. Es un chiste, pero también casi una obligación de que si sigo viviendo, pues, que siga escribiendo!

LAS CUESTIONES DEL CORAZÓN (O SOBRE LA SALUD)

Que el título no llame a engaño. Esta sección nada tiene que ver con romances o amoríos, sino con mi corazón de carne y hueso (ok, de carne y coronarias); pues si el mayor propósito de este libro es dejar la semblanza de un antepasado, pienso que sería de gran valor para el nieto del nieto saber si entre sus mayores hubo alguien que tuviera uñas encarnadas o no, pie plano o no, el corazón infarctable o no; para poder chequear de donde le vino el estigma si es que algo similar le ocurriera a él.

En última instancia las vivencias sin duda serán distintas y los genes podrán influenciarlas solo en alguna medida; lo que significa que el perfil genético aportará mínimamente que el nieto de nietos sea más o menos aventurero o viajador, que estudie ingeniería o medicina; pero en cambio, estos señores genes sí pueden tener una influencia mayor en cuestiones de físico y de salud; razón por la cual ofreceré un reporte sobre mi bagaje y andamiaje para los records de los futuros Solsonas hijos de Solsonas.

AVISO: Por lo expuesto ut supra, queda de la lectura de esta parte, totalmente licenciado quien no sea un descendiente directo con alguna mácula, disminución física, tara, factor emocional adverso o problema psicológico profundo que esté buscando algún ancestro a quien echarle la culpa.

Mi físico fue normal. De contextura delgada y de una altura que podría decirse el más petiso de los altos o el más altos de los enanos. No fui del tipo musculoso o demasiado agraciado y en alguna revisión médica, por ejemplo la del ejército, el evaluador sobre 10 puntos posibles; si estaba por regalar nota, podría haberme puesto un 7. Mejor un 6. Lejos de un Quasimodo pero tampoco nada del otro mundo.

Para los pelados descendientes del futuro: No me echen la culpa a mí! Yo no fui! Si bien mi padre Felipe y todos sus hermanos fueron pelados como bochas, por el lado de los tíos Márquez todos mantuvieron su cabellera hasta el final. Al parecer yo salí a ellos y también estoy conservando el pelaje en la última recta.

Ok; eso en cuanto al look general.

En lo referente a la salud, de chico fui normal. Tuve las enfermedades típicas de la niñez y nada fuera de contexto. A los 8 años me operaron de las amígdalas y también del apéndice. También sobre eso nada al margen de lo que le pasa a la purretada en general.

Alguna vez, siendo púber tuve algún dolor de cabeza, pero muy esporádico. Sin embargo, eso fue un anuncio de lo que vendría más adelante.

Hasta los 30 años tuve buena salud y buen estado.

A partir de allí, comencé con continuados dolores cabeza. Según investigué forzado por la desesperación de los malestares, la cabeza duele por tres causas. Problemas cervicales; fácil dilatación de las arterias y tensión emocional (que actúa sobre la dilatación).

Creo que en mi caso los tres factores estuvieron presentes. Mi columna siempre estuvo mal. Todo bien de nacimiento pero con el tiempo se fue tornando un poco torcida y con vértebras medio aplastadas, a lo que sumé con los años algún pico de loro y todas esas porquerías óseas que van deformando el esqueleto. Caídas, golpes, deportes sin mucho cuidado, años de esquí a

lo yeti; todo fue causa de una situación ósea que en 1992 casi me lleva a la cirugía de columna, algo que en Sud África es común. Afortunadamente no lo hice pues la degeneración paró por allí y no avanzó, pero definitivamente tuvo su parte de aporte en los dolores.

Eso fue lo netamente mecánico y no lo más importante. Definitivamente mis fuertes dolores tuvieron como causa principal la tensión nerviosa. Y no puedo encontrar otra causa que lo ya mencionado de aquella búsqueda de la perfección y de una responsabilidad exagerada impuestas por la pobre vieja. Tener una familia perfecta, hijos fuertes, sanos e inteligentes, un buen desarrollo profesional, linda imagen personal y familiar, dinero para la subsistencia y para la economía del futuro entre otros, fueron sin duda los acicates y las presiones que me llevaron a un estado de enorme exigencia que tuvo en el dolor el pago de las consecuencias. Maleficio y tortura con las que finalmente aprendí a convivir como se convive con una pierna de menos o con un lunar de espanto en la punta de la nariz.

Cuando fui comprendiendo la naturaleza principal de mis dolores hice lo que debí haber hecho al comienzo: bajar las revoluciones y aprender a desestresarme. El remedio que mejor anduvo en esa onda fue sin dudas el conjunto de yoga, meditación y técnicas de relajamiento (sobretudo las dos últimas); las que al iniciarlas vi que eran el camino pues los dolores comenzaron a decrecer, y con gran dedicación en los primeros años y nunca totalmente abandonadas las seguí hasta la vejez.

De todos modos el mejor remedio vino por el afloje de la presión precisamente cuando emigramos a Sud África y mucho más cuando me separé de Mirtha. La entrada en la OMS con todo lo bueno que ello significó, fue un escalón más hacia la tranquilidad y paralelamente hacia la disminución de mis dolores. A partir de Brasil ya no tenía migrañas por los nervios sino por la columna torcida, por una barra de chocolate de más o por exceso de drinks en alguna esporádica noche de jarana. Todo lo cual confirma, que aunque me dé vergüenza reconocer, que hubo una importante componente psicológica que solo resolví con demasiada demora. Consejo para los descendientes: elijan una madre que les dé mucho amor, pero que no rompa las pelotas para que sean el mejor.

En la generación de mis padres, por el lado de la familia de los Márquez (Mamá y todos sus hermanos) y por el de los tíos Solsona (exceptuando a Papá) toda esa gente murió del corazón. Que Felipito tuviera un destino de ACV estaba entonces genéticamente programado. Mis problemas aparecieron, como he relatado, por las tremendas presiones y desarreglos de la época de Fenar cuando regresamos a Buenos Aires y cuando andaba por los 47 o 48 años. Supongo que si no hubiera sido por las angustias que tuve en esa patriada, quizás no habrían comenzado tan pronto, pero a no engañarse; no había escapatoria. Más temprano o más tarde tenían que aparecer.

Aunque tratados, al tener la presión y el colesterol altos comencé a sentir en el 2003 isquemias (dolores de pecho) importantes; y en mayo del 2004 fuimos con Lucia a Houston donde me colocaron un stent. Tenía la coronaria anterior izquierda ocluida en un 90%; o como dice el viejo refrán: cerrada como culo de muñeco.

Hoy, casi 10 años más tarde de la operación y en ocasión de escribir estas líneas el tubito de titanio sigue al parecer funcionando correctamente.

Exactamente a los 70 años empecé a tener diabetes tipo 2. Salvo el título que le han puesto a esta enfermedad que aparece cuando el páncreas empieza a flaquear y la insulina a no tener la calidad A-1 de años anteriores no me molestó ni molesta en absoluto. Con unas pildoritas mantengo los índices de glucosa contenidos.

(Nota: El nombre que le pusieron los imbéciles es Diabetes 'Senil'. Senil tu abuela, sonso!).

Tal como he mencionado, todos los varones Solsona de la generación de mis tíos sonaron por cuestiones cardíacas. Todos menos Papá que murió de cáncer de próstata. Parafraseando a Woody Allen (un director de cine y escritor punzante de mi era) que decía: 'La Humanidad está ante la siguiente encrucijada: O desaparecer por alguna guerra nuclear o desaparecer por el agotamiento de recursos, plagas y enfermedades. Ojalá que sepamos escoger correctamente'... yo diré algo parecido puesto que mi próstata comenzó un poco antes de los 60 a mostrar signos de hiperplasia.

Mi frase para la historia será: 'Tengo excelentes posibilidades de morirme de un furibundo ataque al corazón o de un cáncer prostático. Ojalá que me toque lo mejor!'

Por la parte mecánica no me puedo quejar. A los 70 pasados sigo haciendo off-road en moto por los cerros del desierto peruano, camino mucho y hasta hace un par de años jugaba a la paleta frontón. En el 2011 comencé con dolores en las rodillas y en abril 2012 tuve que operarme de uno de los meniscos. Pero esto no debe preocupar a los descendientes. Acá solo se está pagando el precio por una historia personal de mucho trajinar y quizás descuidar a estas importantes articulaciones de locomoción. La historia mencionada está llena de episodios crueles para esas juntas: saltos excesivos, golpes, accidentes y caídas, excesivas corridas y caminatas. Es decir: Me lo merezco!

Falta poco. Solo quedan dos más.

Una son los ojos que en su juventud supieron ver como lince y/o lechuzas nocturnas. Pero a los 47 – 48 comenzó una interesante presbicia que se fue acentuando e hizo que a partir de los 50 utilizara anteojos. Hoy a los 72 y a pesar de los culos de botella que uso para leer, igual comienzo a ver bastante mal al menos del izquierdo. Quedaré como Morgan el pirata? (Era Morgan el de un solo ojo?).

Y finalmente un par de sílabas para el órgano que nunca nadie definió de mejor forma que mi apreciado Ambrose Bierce en el Diccionario del Diablo:

'El aparato con el pensamos que pensamos. El cerebro.'

O volviendo al genio de Woody Allen:

'Voy a hablar ahora del cerebro, que es mi segundo órgano predilecto.'

Afortunadamente tanto Mamá Elisa como Papá Felipe llegaron a su muerte a los 78 y 84 años con su materia gris en perfecto estado. En cuanto a mí, a los 72 años me siento también fresco y sin patinajes, al punto que siento y puedo desarrollar inquietudes interesantes, siendo una de las últimas el estudio de la mecánica cuántica... y entenderla. (Favor de no hacer caso al famoso físico Richard Feynman – quien ganó un Nobel precisamente por sus aportes en esto del mundo cuántico - y quien supo decir que: 'El que dice que entiende la física cuántica, yo incluido,... miente; porque esto es absolutamente inentendible!').

Fui un tipo inteligente. En las dos mediciones de Cociente Intelectual (CI) serias que me hicieron con los métodos tradicionales, el valor que alcancé fue en 1979 (Buenos Aires, Hospital Borda) de 139 y en Pretoria en 1989 (Evaluación integral pre-entrada al CSIR, en el Ministry of Human Resources) de 140. En Sud África en el año 93 me invitaron a entrar en

Mensa (que reúne al 10% de la población con mayor CI), y al que no llegué a acceder porque la invitación fue hecha pocas semanas antes de emigrar para Brasil.

Esto de la inteligencia me distinguió (creo) y no solo lo disfruté sino que sentí ese atributo como una herramienta maravillosa que utilicé todo lo que pude. Hoy se evalúa a la inteligencia más allá del frío valor numérico obtenido en un test tradicional de CI; que en última instancia mide algunos parámetros que no lo son todo para el buen desarrollo de una persona.

Se habla ahora también de inteligencia emocional, laboral, lógica, cinestésica, creativa, práctica, social, etc, con lo que aquellos valores pelados de los CI mencionados pueden no decir todo lo que involucra una verdadera inteligencia.

Personalmente prefiero la definición que expresa: 'Inteligencia es poder resolver adecuadamente todos los problemas que se nos presentan en la vida con las herramientas que uno tiene'; lo que ejemplificando permite entender que es más inteligente el que con un CI determinado puede hacer frente y resolver un profundo problema emocional, que otra persona que no puede, a pesar de tener el mismo coeficiente.

Pienso finalmente que hay un bagaje de fábrica con el que uno llega al mundo. Viene de los genes y sin duda el mayor peso en la inteligencia radica allí. Pero no lo es todo. Luego vendrán la alimentación, el estímulo temprano, la educación y más luego aún, todo lo que uno pueda aportar ejercitando la mente a través de las inquietudes que lo lleven a estudios, desafíos y gimnasias intelectuales; en usar productos de la inteligencia como el sentido común y también en manejar la inteligencia y sus razonamientos para morigerar y aún poner en caja a las emociones y pasiones cuando éstas pretenden salirse de curso; que eso es también gimnasia mental.

Personalmente traté con cuidado de cultivar esa última faceta que llamaría la de la inteligencia sobre las emociones y que podría definir así:

'Tener pasiones; de las buenas y de las malas está bien; aceptándolas y valorándolas para sentir que uno tiene la vida metida dentro y que está funcionando; pero con un policía atento que evite el desboque y el desbalance. Ese policía debe ser mi razonamiento derivado de una inteligencia sana. Esa es la inteligencia que nos controla con ... inteligencia!'

Siempre me sentí orgulloso de haber sido un tipo inteligente y los que vengan más adelante podrán disfrutar de ese bagaje al menos en cuanto a los genes que reciban de mi parte y que a mi vez yo recibiera de los Solsona y (recuerden!) de la chispa de los Márquez.

Pablo, Javier y Huenú son ejemplos de que eso de los genes funciona (sin desestimar los maternos que también hicieron su importante aporte); porque mis tres hijos no fueron menos bendecidos que yo.

(Nota para los descendientes futuros: No piensen que si para el 2060 empardan nuestros CI serán tan inteligentes como nosotros. Hay un llamado Efecto Flynn que asegura que los cocientes de la población se elevan 3 puntos por cada década que transcurre!).

Ligado a la cuestión mental está obviamente lo emocional. En esta área y a lo largo de todo el partido que he jugado se ha mantenido una buena reserva emocional. Lo positivo de no haber tenido muchas cosas desde el principio hizo que se aprendiera a esperar para lograr. Pues aunque siendo un tipo de personalidad ansiosa, cuando las cosas importantes requerían

de espera, lo pudimos aguantar.

No puedo negar que durante una etapa importante de mi vida, la ya mencionada impronta de tratar de alcanzar la perfección me trastornó. Me hizo sentir una presión insana que durante casi dos décadas consiguió maltratarme y enfermarme. Hubo una debilidad que en su momento no supe reconocer como tal y que me ganó; y solo supe enfrentarla veinte años más tarde. Lo que no habla demasiado bien de mí, al menos en ese rubro.

Sin embargo y en descargo, puedo decir también que hechos, situaciones y experiencias malas como problemas matrimoniales, dificultades económicas, desastres financieros, golpes de mala suerte inconcebibles, dolores físicos atroces y en los últimos años el golpe tan doloroso como la muerte de un hijo querido no consiguieron quebrarme. Al margen del dolor profundo y agudo conseguí al menos hasta hoy salir con gruesas cicatrices pero sin haber sido doblegado; es decir con una buena fortaleza emocional. También he visto eso en mis tres hijos. Que vivan los genes!

La otra variable conectada a lo emocional y a lo mental es el temperamento.

Una persona es como una fruta que presenta su pulpa y su cáscara. La pulpa es el centro, el meollo en donde están asentadas su esencia, la moral, las creencias, sus valores. Lo de afuera es su temperamento, la forma en que se relaciona con los demás, que tan simpático o antipático, que tan afable o bonachón.

No será cosa bruta decir que de las frutas hay dos frutos que disfruto. El tomate y el kiwi. Ambos tienen un corazón excelente. Ambos son generosos, sabrosos, llenos de vitaminas y sabores. Pero por fuera la cosa es bien distinta. Mientras que el tomate reluce con su rojo brillante, llamativo y una piel tersa y suave, el kiwi aparece feo, de un marrón casi obscuro, con una pelusa que raspa. Nunca le miré las bolas a un oso, pero supongo que los kiwis bien podrían pasar por esos artilugios. Si ahora yo, en función de esta descripción frutífera tuviera que describirme, diría que tengo algo de tomate pero no puedo escapar a mostrar también una parte de kiwi.

Por dentro soy pulpa forjada por gente buena y por un medio ambiente que a mediados del siglo XX se mantenía con excelentes principios y valores. Por fuera, es decir por el lado de la cáscara, lo del tomate salió pues una vez que se venció la primaria timidez de infancia y pubertad, con el tiempo y con las necesidades profesionales se fue mejorando notoriamente hasta acabar mostrando una personalidad que sin ser desbordante ni apasionante y ni siquiera arrimar a lo bonachón y campechano del Piri, podría definirse como de abierta, agradable y creo que siempre interesante, pues en cada contacto con quien quiera que fuera, rutinariamente he intentado meter alguna cuestión de interés o llevar la conversación al campo de las ideas.

Lo que me toca de las bolas del oso lo puedo explicar pues en ocasiones hablo y hago juicios con una franqueza que por demasiado cruda puede transformarse en sopapos o baldes de agua fría que no siempre son bienvenidos. Dicen los entendidos que a veces la excesiva franqueza puede confundirse con una soberbia encubierta; y si bien estimo que lo hago con cierta simpatía no dejo de tener un airecillo un tanto arrogante. Que no lo siento de cuna, ni de clase, ni por algún logro que pueda haber conseguido, sino más bien por hacer alarde de un sentido común, de una ubicuidad y de una inteligencia que los siento por encima de la media, de lo que estoy muy

consciente y de lo que en el fondo... me enorgullezco. (Ah! que canalla!).

Al tener que exponer mis áreas flacas, no puedo negar tampoco un par de características que comenzando en la madurez se fueron acentuando con el correr de los años.

La impaciencia y la intransigencia son quizás dos de esas florcitas que bien me adornan. En ocasiones puedo ser intolerante y si bien mi sentido común me dice que no puedo exasperarme por un tío que no me trae el menú o por otro que se cruzó la luz roja, no he podido controlar con mucho éxito esa impaciencia que mejor sería no disfrutar y de la que (al menos una!) no me enorgullezco.

Finalizo resumiendo lo de mi esencia física y mental de la siguiente manera.

Parecería que salí físicamente apto. No un Hércules por tamaño o fortaleza y aunque lejos de ser un 'buen mozo' y hasta con una cara que nunca me gustó demasiado, pude caminar entre la multitud sin que nadie se riera de mí.

La salud física en general fue buena aunque al final del camino comenzaron a aparecer los desgastes de la maquinaria. Vaya a saber cómo serán los días finales y como me tratará el final final.

Emocionalmente hubo un período de flaqueza en donde no se pudo enfrentar correctamente la presión por una falla educativa. Eso llevó a enfermedad y solo se pudo salir de ello con mucho esfuerzo y luego de que hubiera pasado excesivo tiempo. Demasiado. Una baja nota en este punto. Al margen y en los momentos puntuales de emergencias y catástrofes, de cosas feas y delicadas apareció una fortaleza emocional que pudo hacer frente hasta uno de los dolores más grandes que afecte a un ser humano: la muerte de un hijo.

En lo cerebral, acompañó la suerte de un alto Cociente Intelectual y una frescura mental que están llegando hasta lo último.

En lo social, sin el atractivo que supo tener ni mi padre Felipe ni mi hijo Pablo creo haber navegado en el mar de las relaciones con buenos vientos y arribado a buen puerto. Si por ahí perdí un par de marineros por alguna maniobra brusca, no hay inconveniente en reconocerlo; pero digamos que en el trayecto total, no fui tan mal navegante.

EL AUTOR POR EL AUTOR

Tanto he hablado sobre mi persona que creo a estas alturas debe estar bien claro que soy y como soy. De todos modos, esa era la idea detrás de tantos miles de palabras.

Restará o sumará el lector, un 10 o 15 por ciento sobre lo que lea e interprete acerca de lo escrito; todo ello será válido y desde aquí no hay oposición, pues si bien he tratado con mi mayor honestidad de presentar las historias tal cual las he vivido y de exponer mis pensamientos tan puros como por mi mente han pasado, es posible que aún así haya desviaciones a lo que fue absolutamente real y verdadero.

'La realidad no existe; todo son percepciones' dicen los físicos y no pocos filósofos, y este escriba, sin ser físico ni filósofo aunque con un poquito de ambas cosas, también cree firmemente en ello. Así que a continuación expondré en pocas líneas algo que no debería dejar de lado y que son

mis percepciones sobre mí mismo. Qué cosas han pasado y pasan por mi cabeza, puesto que, en última instancia, 'nadie conoce mejor que yo a yo'.

He tenido y tengo buenos valores y principios; y descartando lo que ni debería mencionarse como el no matar, el no robar, y el no joder a nadie; destaco entre lo que me supieron inculcar y que mantuve a lo largo de toda la vida: el respeto a los demás, la responsabilidad frente a los afectos y a la sociedad, el sentido de ayudar; de realizar algo por los demás.

Me repulsa el odio, la mentira y la hipocresía. Amo al amor, al cariño y la expresión de los mismos. Mis sentimientos más nobles y cálidos van por la familia y por los hijos.

Me gusta compartir.

Nunca he odiado. No sé lo que es odiar y jamás he envidiado nada. Si me apretaran y tuviera que decir a cuales siento mis sentimientos más inmaculados, tendría que decir que son esos dos: el no-odiar y el no-envidiar.

La honestidad es un mandamiento que acato más que si me lo hubiera dado Moisés en el Sinaí. En un mundo en donde cada día se tuerce más hacia el lado de 'el que no roba es un pobre gil' y donde gobierno, funcionarios, médicos y abogados, la que te vende el pescado y el que te estaciona el auto te esquilmán o te engañan; cuando todo el mundo encuentra inevitable llevarse o tomar algo sin esfuerzo; los pocos que seguimos fieles al principio de no afanar nos vamos aislando más y más. Pero aunque sea el último idiota que no mete la mano en la lata, así terminaré.

Me gustan los amigos y he disfrutado de relativamente pocos, pero magníficos cumpas, habiendo tenido algunos a lo largo de la vida entera.

Ninguno de mis amigos es no-inteligente.

Podría decir que casi deifico a la inteligencia. Agradezco al destino y me enorgullezco de lo que me tocó y de lo que les tocó a mis hijos en ese rubro. La inteligencia ha sido una de las herramientas que mejor he utilizado y aprovechado.

Me encantan, practico y disfruto del humor y del sarcasmo. (No se puede ser sarcástico si no se es inteligente).

Disfruto de la eficiencia, sea para verla en la producción de un auto por robots soldadores; cuando hago una paella en la cocina o al encolar una cajita de madera en mi taller. En contrapartida me molesta la ineficiencia, que es el gasto de recursos (tiempo, esfuerzo, dinero) por no hacer las cosas en forma organizada y bien pensada.

Antes de cerrar un trato se puede negociar hasta morir. Una vez cerrado el pacto, sea en blanco y negro o de palabra; el compromiso debe ser total. El contrato y la promesa ni se doblan ni se quiebran.

Me joden los racistas. No creo que alguien sea menos por tener un color determinado de piel o los ojos más redondos o menos oblicuos. Pero no me gustan ciertas mañas de ciertas culturas de

ciertos lugares. Algunas prácticas y costumbres de algunos pueblos, no por como lucen sino por como hacen, pueden caerme muy torcidas. Ahí está: soy una especie de racista... pero cultural!

Amo a la docencia. Le tengo un respeto y una admiración especial por ser una de las faenas más nobles del ser humano. Siempre disfruté toda vez que me paré delante de quien fuera: niños, estudiantes o profesionales para explicar o para ofrecer algo de mis conocimientos. Tuve el honor de enseñar en colegios y universidades y hacer cientos, tal vez miles de presentaciones.

Me gusta el arte (aunque mal, siempre he tocado algún instrumento; aunque mal, he pintado unos cuantos cuadros; aunque mal no poco es lo que he escrito). Me gusta el arte y lo disfruto; pero sin que sean excluyentes, reconozco que más me endulzan las ciencias y la tecnología.

A la ciencia y a la tecnología las he amado toda mi vida. Son parte mía. Me siento un científico. En las horas de insomnio, mi mente se entretiene arreglando cosas, creando ingenios, modificando gadgets.

Hablando de gadgets. Cada vez que veo algo novedoso, ingenioso, técnicamente avanzado o revolucionario lo compro. Tengo cajones llenos de porquerías. El 80% no sirve para nada; pero del 20% restante... no entiendo como pude haber jamás vivido sin ellos!

He sido un lector empedernido y los libros siempre han sido parte importante de mi vida. Con el consejo de un experto más las ganas de hacer y con un buen libro o manual, puedes levantar un palacio o un imperio. Con el experto y las ganas pero sin el libro... no se puede.

Me hace bien la compañía de mis libros. Ya lo he dicho: he llegado a juntar cerca de 3,000!

Respeto y valoro en quien lo tiene, al sentido común.

Si la inteligencia viene en gran medida de la fábrica que nos parió, el sentido común en cambio lo forja uno mismo. En toda la vida profesé y traté de engordar a mi sentido común como se engorda un pavo para Navidad.

He llegado a viejo siendo un buen observador. Si juntamos las tres cosas: inteligencia, sentido común y buena observación a lo largo de una vida, tenemos...sabiduría!

La sabiduría es vital para ayudarte a hacer frente a lo que la vida te tira, a esperar, a comprender, a perdonar, a entender muchas cosas, a apoyar a quien a tu lado pueda no encontrar el rumbo y a esperar tu fin confiado y tranquilo.

La gente se divide en 'maximizadores' (quieren solo lo mejor, lo que está arriba de la lista de lo que sea) y 'satisfaccionadores' (los que se conforman con lo que les cubre la necesidad sin que necesariamente sea lo mejor de lo mejor). Soy un neto satisfaccionador.

Me gusta y me ajusto sin problemas a la ley y a lo establecido. Podría vivir feliz en el corsé de un Japón o de una Alemania. Me cuesta acomodarme al caos peruano.

No soy obsesivo del orden, pero me gustan mis cosas lo suficientemente arregladas y definitivamente no podría vivir en un desorden total.

No tiro manteca al techo pero entre el vaso medio lleno y el vaso medio vacío me quedo con lo primero. Con tantos viajes y movidas he dejado afectos siempre detrás. No vivo cerca de mis hijos y nietitos. Siento la vejez que se acerca con sus limitaciones. Tengo sobre mis espaldas la muerte de un hijo. Si hiciera la lista... cuantas negatividades! Sin embargo me siento bien. Digo

sin vergüenza ni mentira... que soy feliz. Jamás me miro al espejo sin antes prepararme con una sonrisa para que cuando yo me vea, no me vaya a creer que estoy siquiera un poquito triste.

Uno de los lemas que siempre he respetado y que está ligado a lo que digo en el párrafo anterior es: 'Si no puedo lo que quiero, entonces quiero lo que puedo'. Eso ayudó también a encontrar la felicidad cuando no tenía la felicidad.

He leído que la felicidad viene 50% en el bagaje genético y 10% de lo fortuito; por lo que un 40% está en nuestras manos moldear. Es decir que casi la mitad de tu felicidad depende de que tanto lo quieras ser. Afortunadamente he comprendido que la felicidad no es una meta sino paradas en el camino para mirar el paisaje, la puesta del sol. La inteligencia está en disfrutar esos momentos por aislados que ellos sean.

Para mí Dios es alegría. Me divierto mucho con él. Por ejemplo: Soy profundamente ateo (no creo en Dios), agnóstico (estimo que es imposible entender el concepto de Dios); apateísta (la existencia de un ser superior es irrelevante para el ser humano) y nihilista (la vida no tiene sentido). Si eso no es la alegría del Señor... dime hermano qué éso es?

Y ya que estamos... Que creas en algo que se pueda llamar Dios... vaya y pase. Pero... Religión? Dije que no sabía odiar? Bueno, sí; odio algo. Odio la religión; un verdadero opio de los pueblos. Como se puede ser religioso e inteligente a la vez? Para mí son excluyentes. Prefiero sobrellevar una duda inteligente a vivir en la creencia de algo que es decididamente falso.

Tampoco me gustan los militares y lo militar. Que se sienta placer por empuñar armas y matar a otros justificado en alguna justificación que seguro se tiene a mano, no ha sido para mí. Soy un profundo pacifista y creo que tal como decía Lanza del Vasto, una muerte más otra muerte nunca es igual a cero muertes.

Ligado a esto diré que nunca fui una persona violenta ni fui indiferente a la violencia que eventualmente tuve que observar o vivir. Ver dos tipos peleando en la calle por ejemplo, podía dejarme mal por días enteros.

He adorado en cambio la belleza. En las formas, en los tonos. En la arquitectura, en el arte, en los cuerpos y los rostros. En los niños. En los animales. En un buen paisaje. En el cosmos y en las ideas. Respeto y disfruto profundamente de la Naturaleza. Tuve la suerte y la decisión de irme a vivir a lugares de enorme belleza natural. Aún en la seca costa del Perú pude encontrar bellos paisajes. Cuánto que ofrece un atardecer en la playa, una montaña con nieves o un bosque con sus flores! Me apena como estamos tratando a esa maravillosa Naturaleza. Sé que le queda poco tiempo a la especie humana por el daño ecológico que ciega y estúpidamente estamos haciendo. No lo veré yo; pero la crisis, la catástrofe planetaria, está a la vuelta de la esquina. Me apena que consigamos destruir uno de los planetas más elaborados del Universo. Podrá la inteligencia de la especie evitar tamaña desventura; tal estúpido desatino?

Para finalizar, pienso que un ganador (un 'winner') es quien alcanza las metas que se puso en la vida, independientemente de que tan altas o bajas éstas hayan sido. Al entrar en la vida adulta coloqué unas cuantas en mi horizonte; y me da mucha alegría ver que he podido cumplir con todas ellas.

Estoy satisfecho...

FICHA TÉCNICA

Me encanta como en los manuales del usuario, de instalaciones o de operación, sean de licuadoras, automóviles, taladros, computadoras, teléfonos o muebles para armar, siempre al final de cada uno de ellos hay una hojita que resume todas las características del producto al que las mil páginas anteriores describieron en sus utilidades y operatoria.

Es una hojita donde no se jode. Donde no se habla al voleo sobre las mil funciones que nunca se usarán ni sobre si hay que mirar bajo la cama antes de instalarlo o si es pecado mortal que le caiga agua encima.

La hojita en cuestión va directamente a lo que el artilugio, mueble o ingenio es, no a lo que hace. Pesa tanto. Mide cuanto, es rojo y trabaja a 12 volts. Chau. Palo y a la bolsa. La pura verdad y nada más que la verdad sobre lo que el bendito aparatito es. La Ficha Técnica es el Identikit; el DNI pelado y ni siquiera si votó o no votó.

Ni decir que disfruto inmensamente de repasar esas hojitas, donde pareciera que se concentra lo que verdaderamente importa del producto que mereció tan enorme despliegue de funciones y cualidades en tantas hojas previas. Porque allí está la esencia, lo que el producto es sin eufemismos, sin vueltas ni adornitos.

Esta autobiografía que he tenido la fortuna y el trabajo de armar para exponer a los ojos de mis hijos y nietos; a los de los nietos de los nietos de los nietos y hasta de amigos o viajeros desprevenidos, es ... un huevo de información! Un tal inmenso cúmulo de datos y notas que no niego pueda parecer excesivo; como que mucho.

Por ello es que para quien solo desee lo importante y no quiera lidiar con tantos cientos de páginas y tantas miles de palabras, es casi un deber y un acto de consideración presentar todo ese bollo en forma concentrada.

Esta Ficha Técnica que se incluirá a continuación y que rutinariamente se esquivo en todas y cada una de las autobiografías de hombres célebres o importantes, es lo que sin duda hace a esta biografía tan única y extraordinaria. Aquí va.

DATOS DE FILIACIÓN

Nombre Completo	Felipe Enrique Solsona
Nombre del Padre	Felipe Rodolfo Emilio Solsona
Nombre de la Madre	María Elisa Márquez
Nombre del Abuelo Paterno	Justo Solsona Jufré
Nombre de la Abuela Paterna	Dolores Martí
Nombre del Abuelo Materno	Narciso Márquez
Nombre de la Abuela Materna	Clementina Gilberti
Fecha y Hora de Nacimiento	10 Julio 1940 - 02:45
Lugar de Nacimiento	Buenos Aires, Argentina

DATOS FÍSICOS

Peso al nacer	3,5 Kg
Estatura al nacer	0,50 m
Estatura de toda la vida	1,73 m
Peso en la vida adulta (18 - 61 años)	70 ± 1 Kg
Peso de vejez (+ 62años)	80 ± 2 Kg
Color de ojos	Marrones
Color de cabellos	Castaños
Grupo sanguíneo	0 - Rh Negativo
Respuesta física en resistencia al esfuerzo	4/5
Respuesta física en velocidad instantánea	3/5
Aptitud para los deportes	4/5
Enfermedades especiales (y edad de aparición)	Jaquecas tensionales (30 años) Presión arterial (48) Disminución sección de coronaria (63) Hiperplasia prostática (57) Presbicia suave (48) fuerte (63) Diabetes Tipo 2 (70)

BACKGROUND INTELECTUAL

Cociente Intelectual	139.5 (promedio de 2 evaluaciones)
Aptitud para las ciencias	5/5
Aptitud para las artes	2/5
Aptitud para el comercio	1/5
Vocabulario en idioma materno (Esp)	4/5
Expresibilidad en idioma materno	3/5
Claridad conceptual	5/5
Visión global de los problemas	5/5
Atención a los detalles	4/5

BACKGROUND ACADEMICO

Estudios primarios	Completos. Escuela Primera Junta, Bs. As.
Estudios secundarios	Completos. Colegio Nacional Mariano Moreno, Bs.As. Título: Bachiller
Estudios universitarios	Completos. Fac. Ccias. Exactas, Bs.As. Título: Licenciado en Química
Estudios post-universitarios	Completos. Fac. Ingeniería, Bs.As. Título: Ingeniero Sanitario
Idiomas (leído, hablado, escrito)	Español, Inglés, Portugués

BREVE HISTORIA LABORAL

1998 - 2003	Asesor Regional OPS/OMS - ONU Lima - Perú
1993 - 1998	Asesor de País OPS/OMS - ONU Brasilia - Brasil
1989 - 1993	Investigador científico, Project Leader CSIR Pretoria - Sud África
1986 - 1989	Gerente FENAR Buenos Aires - Argentina
1975 - 1986	Jefe Dto. Saneamiento Ambiental Esquel - Argentina
1970 - 1975	Jefe Prg. Nac. Vigilancia Calidad del Agua de Bebida Salud Pública. Buenos Aires - Argentina

BREVE HISTORIA DOCENTE

1974 - 1975	Prof. Titular - Química Sanitaria Univ. De Morón - Argentina
1985 - 1986	Prof. Adjunto - Química Gral. Univ S.J. Bosco Patagonia - Argentina
1978 - 1985	Prof. Obras Salubridad Escuela Politécnica Esquel - Argentina

RELACIONES MARITALES

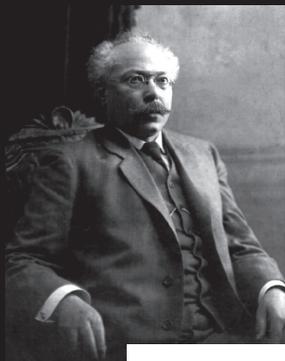
Esposa (Fecha nacimiento esposa) * Inicio - Duración de la relación*	Mirtha Criado Ayats (19.01.1947) *1970 -1992* Lucía Labarthe Proaño (22.05.1951) *1998 - sigue al 2012
---	---

DESCENDENCIA

Hijos (fecha de nacimiento - defunción)	Pablo (22.03.1972 - 06.08.2009) Javier (28.11.1974 -) Huenú (10.08.1977 -)
Nietos (al año 2012) (fecha de nacimiento) Nombres de los padres	Nash Solsona (18.09.2008) Javier Solsona/Suzanne Forestell Rio Solsona (09.11.2010) Javier Solsona/Suzanne Forestell

**La historia »
en fotos**
[Anexo]

Los abuelos Solsona | Martí



LOS
ORÍGENES



Los abuelos Marquéz | Gilberti

Mamá Elisa



Papá Felipe

MIS PADRES



« 1940



1952 »

1967
∨



1957 »

1989
∨





1 año

2 años



Bebe

4 años

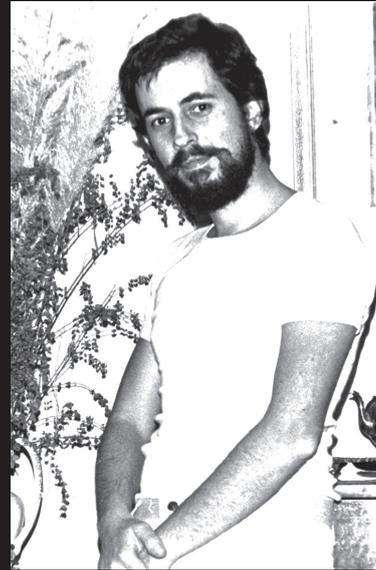




^
13 años



^
18 años

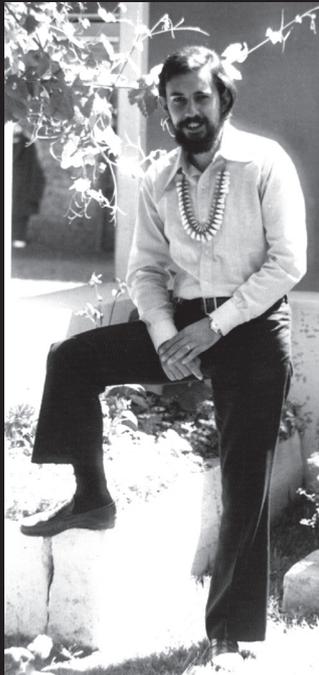


^
25 años

30 años
v



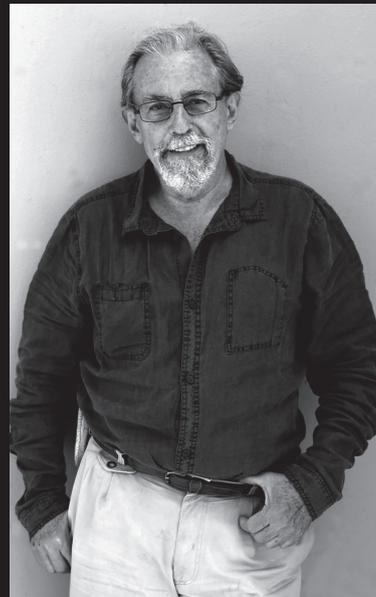
^
50 años



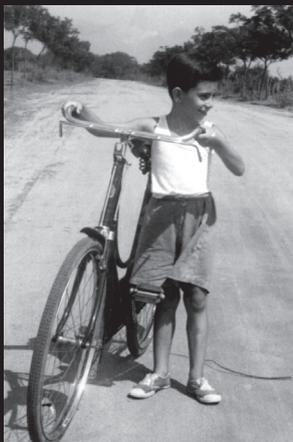
60 años »



^
72 años



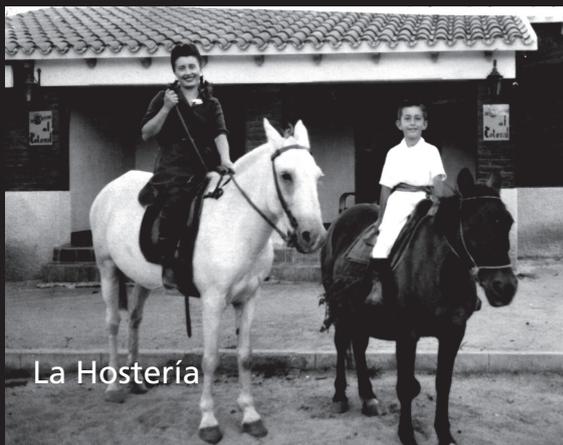
TOTORAL



La bici
Releigh



Prima
Chachi



La Hostería

EZEIZA



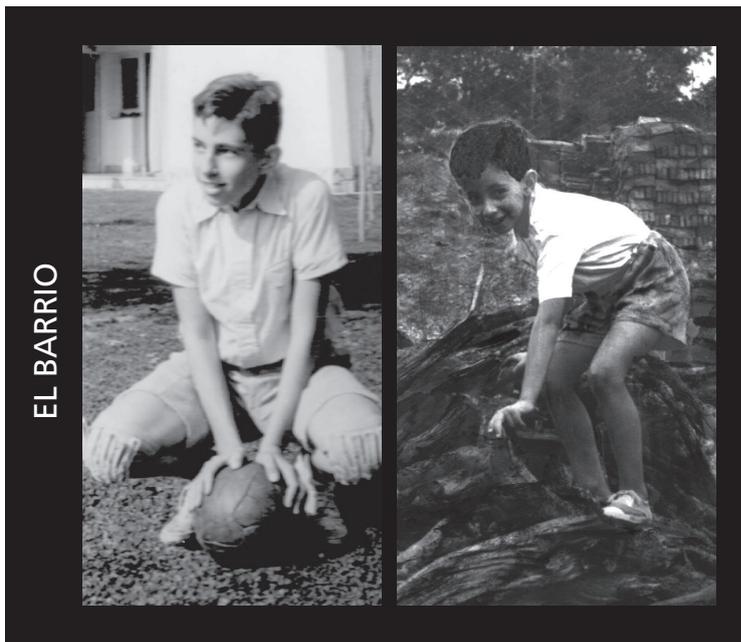
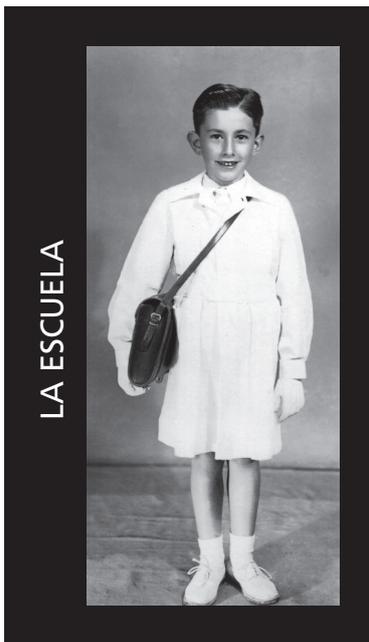
El viejo
trabajando



La casa



El Picaflor



LA COFRADÍA



Parados Izq a Der

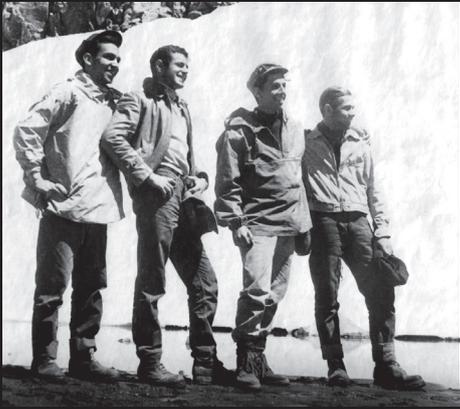
- _C. Rizzo
- _C. Casullo
- _E. Barrios
- _C. Bouret
- _D. Silva
- _C. Carrere

50 años después...

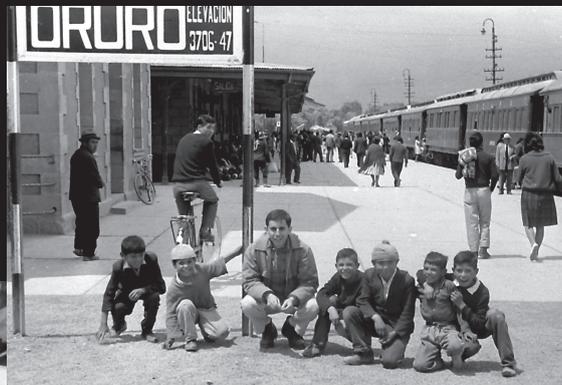


Daniel - Carlos (parado) - El Abuelo - Papá - Felipe - El Negro

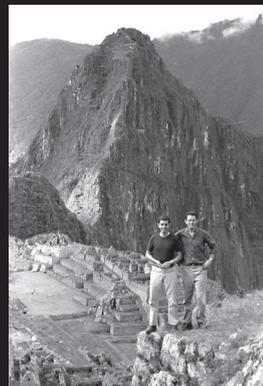
LOS TRAGAMILLAS



Bouret - Gordon
Felipe - Carrere



Con el amigo H. Pescuma



SATURDAY NIGHT FEVER



Parte de la barra



Liliana



El Super Trío
Georgie
Pocho - Felipe



SIRVIENDO A LA PATRIA

UNIVERSIDAD



Las largas horas...



Un gran compañero
Fernando Damianovich

Guillermo Ventín





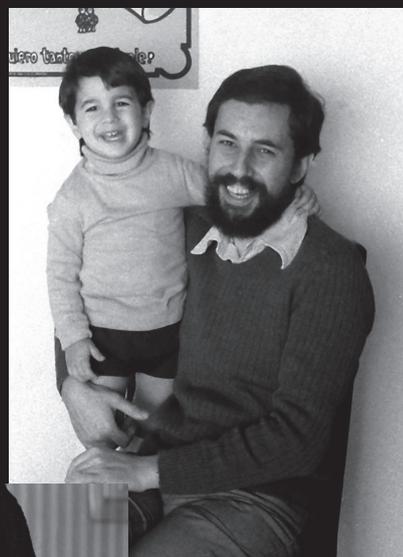
Aguantando la manteada por miembros de la Cofradía a la culminación de la carrera

PRIMER TRABAJO EN SERIO - Laboratorios Alex





PRIMEROS AÑOS DEL MATRIMONIO EN BUENOS AIRES



Pablo



Javier



Pablo y
abuelos
Piris



LA VIDA EN ESQUEL



Nuestra casa

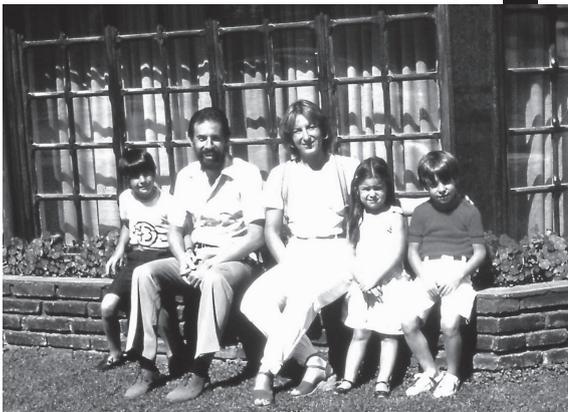


Navidad 1980



Pablo abanderado





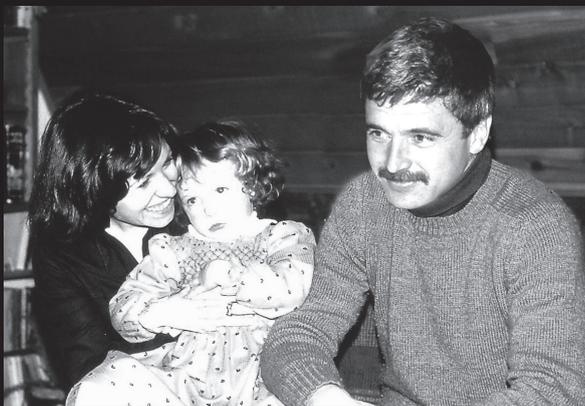
La moto de los raids sabatinos



Pescando con Teddy Lloyd
[abajo Teddy y Tere]



Los primos
Lombardelli



LOS ABUELOS



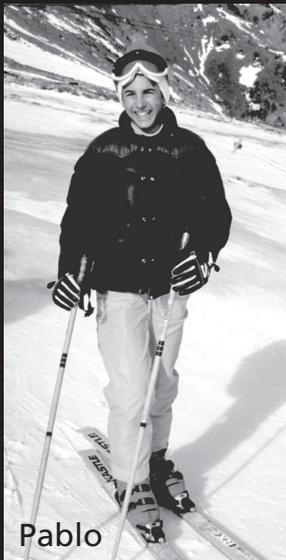
Tito y Chola



Los Piris en su casita de Esquel



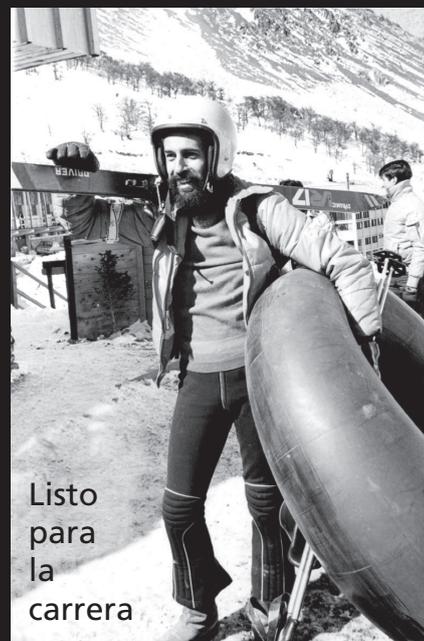
LA HOYA



Pablo



Javier



Listo
para
la
carrera



Huenú

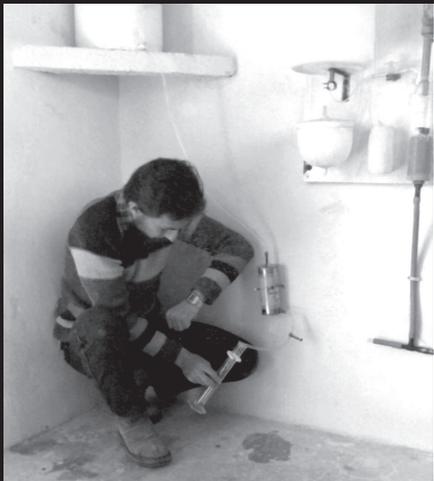
TRABAJOS EN ESQUEL



El rincón de trabajo



Por los caminos en verano



Agregando flúor con una Lata de cerveza - Tec Apr



Por los caminos en invierno [con mi ayudante Luis Soto]



La credencial de periodista

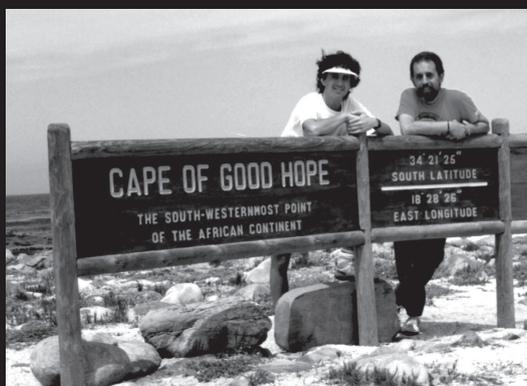
SUDAFRICA



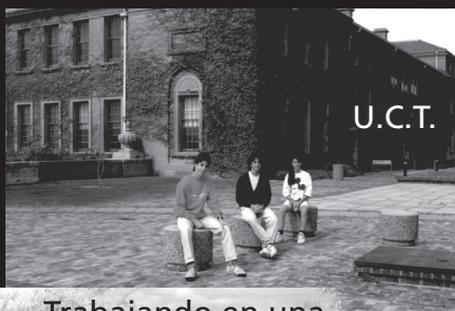
NUESTRA CASA



Listos para el colegio



Con Pablo al sur del sur



U.C.T.



Entabeni



Trabajando en una game reserve



Huenú con Max

Los amigos del Voley
José Prozzi
José Heredia
Jorge Prozzi



TRABAJOS EN EL CSIR SUDAFRICANO



Koos Wium



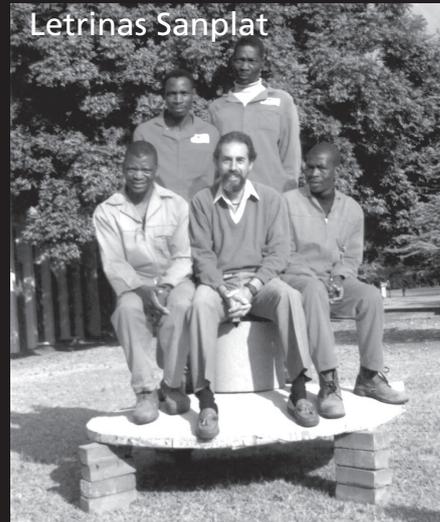
CSIR



'Black Demon' Timothy



Desarrollando técnicas
de desinfección



Letrinas Sanplat



Tanques de agua



Biogas en Botswana

BRASIL



Típica actividad



En Amazonas



Con Javier y Huenú



Con Pablo en Rio



Los tiempos
junto
a Lidia



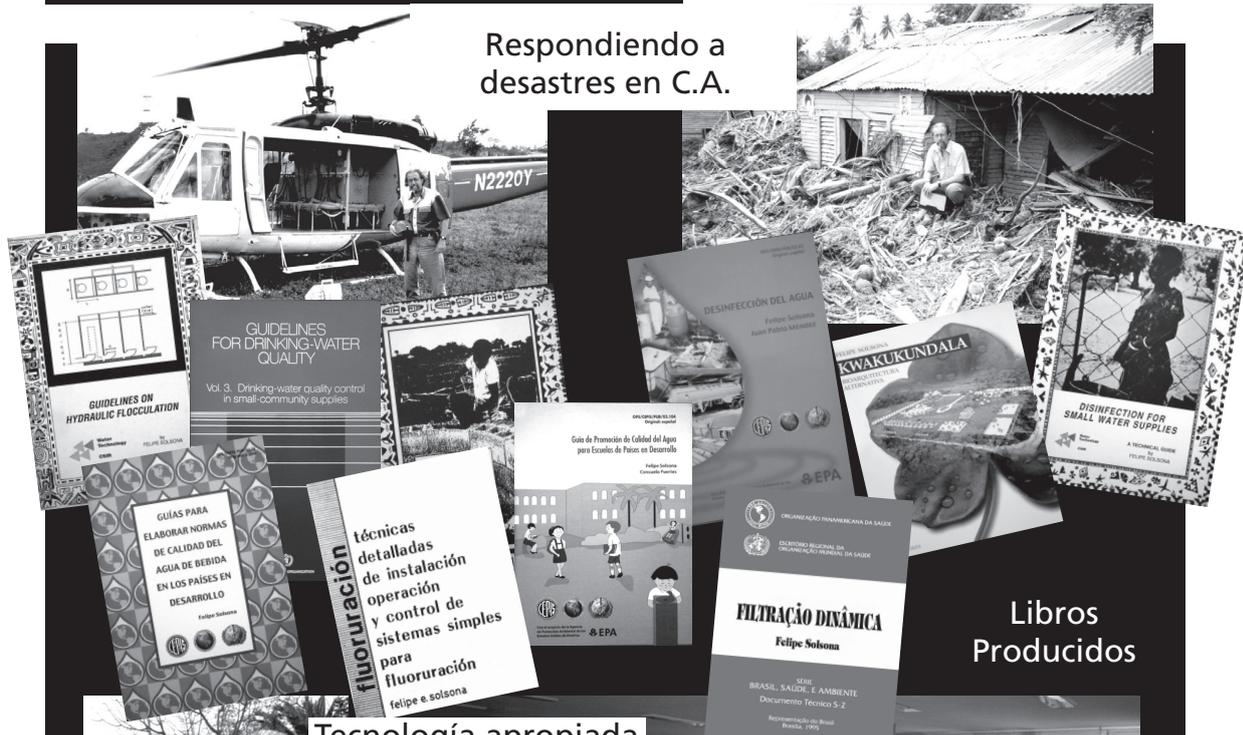
LIMA - CEPIS



Con el Dr. Gral. OPS/OMS G. Alleyne y Dir. CEPIS S. Caporali

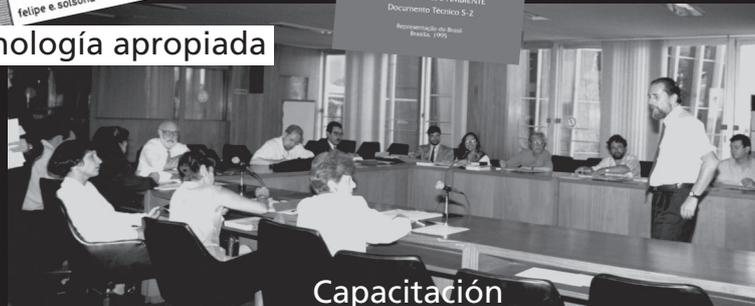
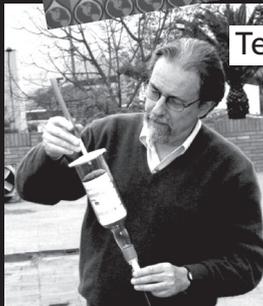


Respondiendo a desastres en C.A.



Libros Producidos

Tecnología apropiada



Capacitación

PERÚ



Nuestro Departamento



El cálido rincón de trabajo



Con Lu en la casa de playa



en el golf bajo nuestro dto.

LOS HIJOS NOS VISITAN

Huenú y Javier

Pablo



AITUÉ



Con Daddy y Lidia



En el Futalaufquen



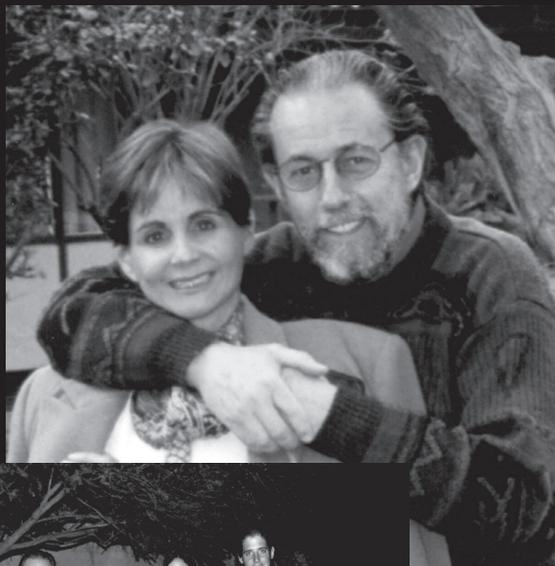
Pablo descansa en su Patagonia

LUCÍA



La hermosa Lu a los 19



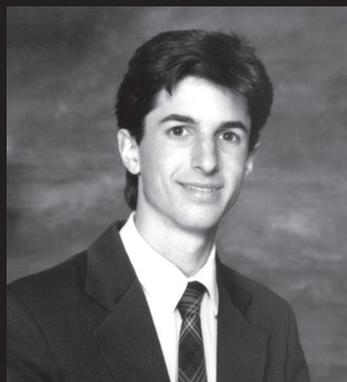


En el casamiento con
nuestros hijos

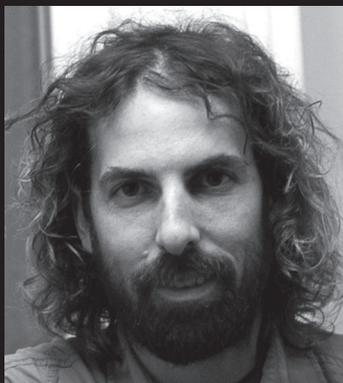


LOS HIJOS

Pablo



Javier



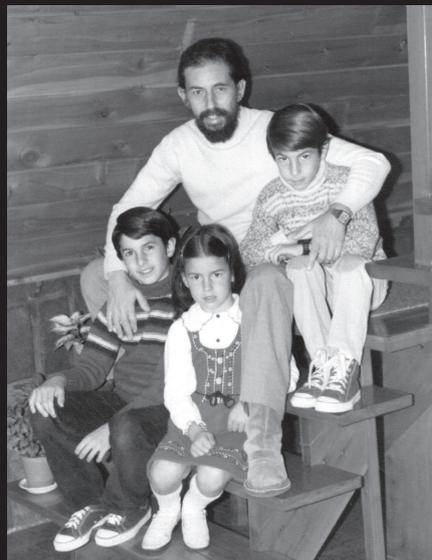
Huenú



EL PAPÁ CON SUS HIJITOS



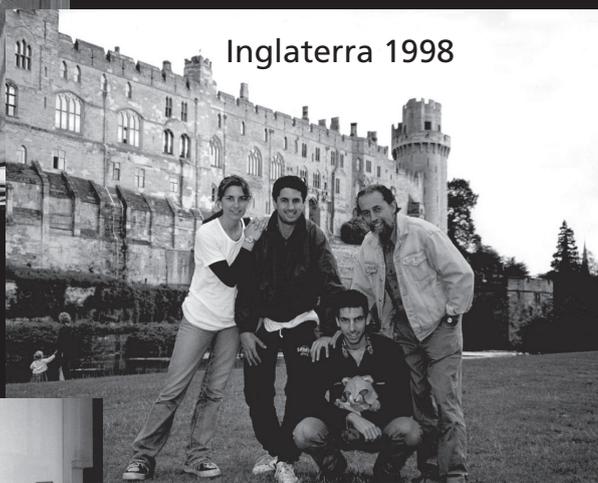
Sud África 1990



Argentina 1980



Suiza 1996



Inglaterra 1998



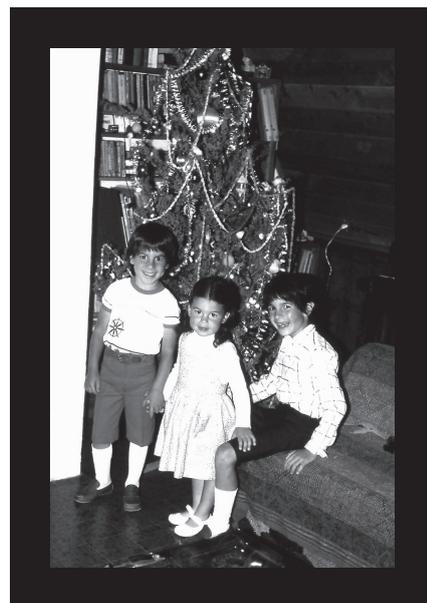
Perú 2001



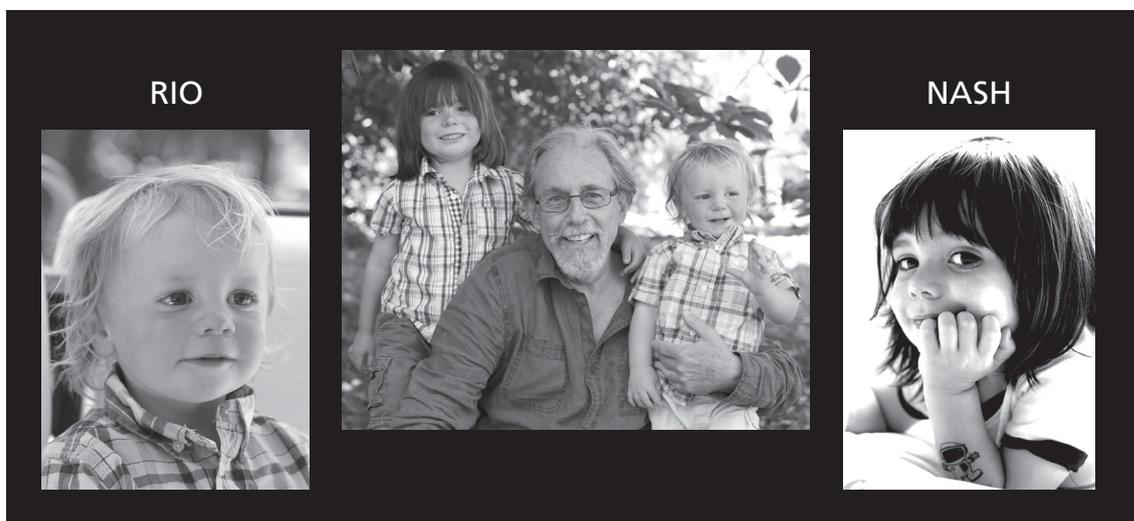
La última juntos
Aitúé 2009

02-01-2009

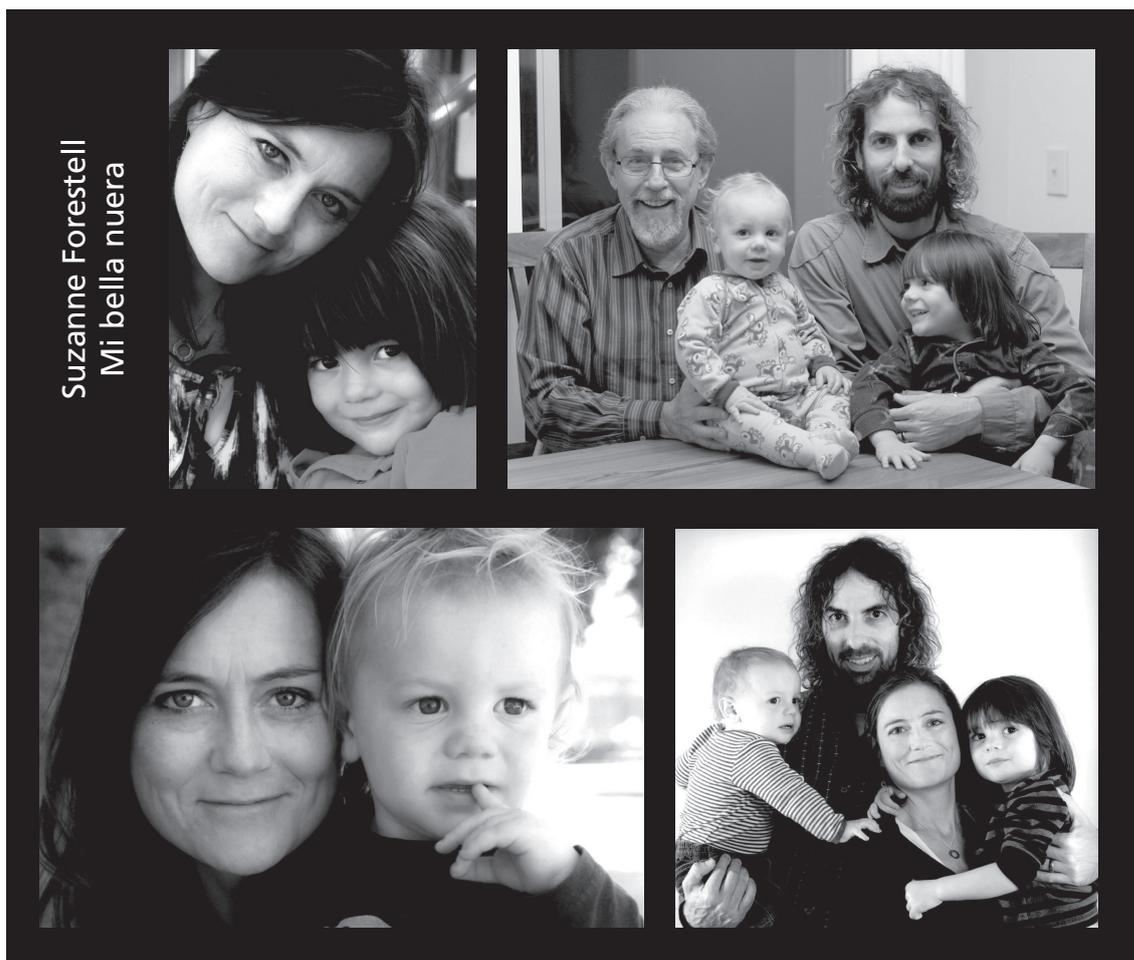
LOS HERMANOS



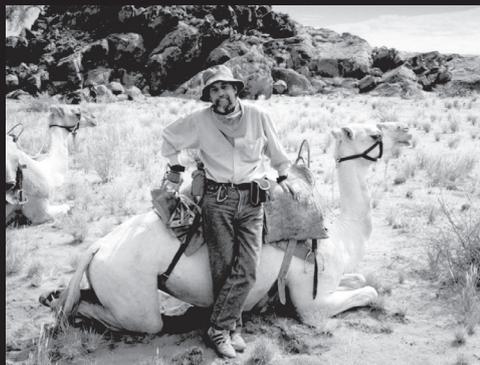
LOS NIETOS



(al 2012)



EXTREME SPORTS



VIAJES

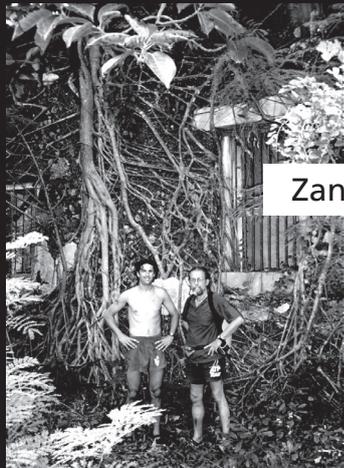


En Solsona, el origen

Desierto de Atacama



La Prisión



Zanzibar

A bucear



Zurs



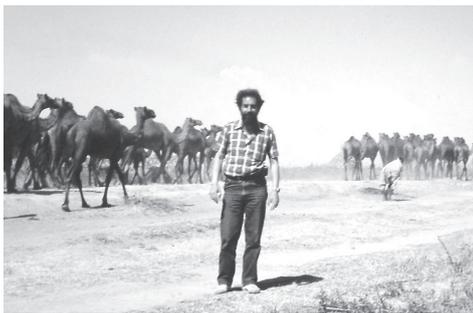
Tailandia

Venecia



Schwangau





El Valle del Rift



El árbol de la sangre



El Zambezi



Guerrero del Rift



Brujos

Foto que me mandó a prisión



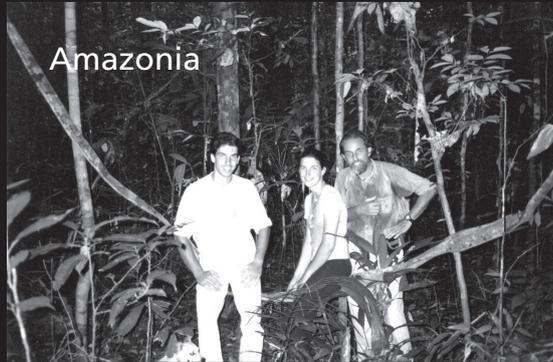


Caza del zorro



Con Lu en África

Orange River



Amazonia

Motos con Javier



Con Huenú - Santorini



Hiroshima



Japón



Raid en motos con Pablo



Con los Glass en el Express a Cusco



Con Lu y Pablo en el Camino de Santiago



Bajando el Grand Canyon



Lima - Trevelin - 7,000 Kms

